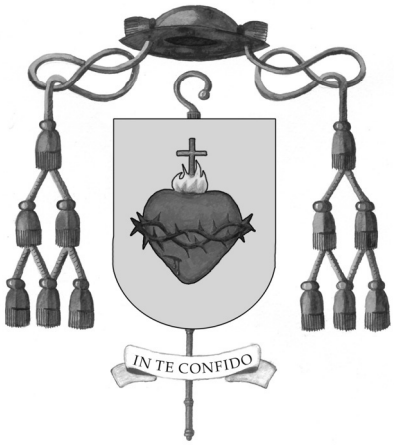
LAS CARTAS SOBRE LA MESA

José Ignacio Munilla Aguirre

LAS CARTAS SOBRE LA MESA

TRES AÑOS COMO OBISPO DE PALENCIA



ciudadelalibros

Madrid, 2009

Primera edición: diciembre de 2009

© José Ignacio Munilla Aguirre, 2009
Introducción y edición: Pablo Cervera Barranco
© De la presente edición: Ciudadela Libros, S. L.
C/ López de Hoyos, 327
28043 Madrid
Teléf.: 91 1859800
www.ciudadela.es

Diseño de cubierta: o3, S. L.
www.o3com.com

ISBN: 978-84-96836-64-8
Depósito legal: M-48.933-2009
Fotocomposición: Paco y Javier Arellano
Impresión y encuadernación: Cofás
Impreso en España — *Printed in Spain*

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra en cualquier tipo de soporte o medio, actual o futuro, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Índice

A MODO DE PRESENTACIÓN, por Pablo Cervera 13

CARTAS PASTORALES

«Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad» 19
El aborto tiene muchos «cómplices» 21
De Londres a Roma, sin dejar el Támesis. Enseñanzas para los de casa 23
Iglesia Diocesana: arrimando el hombro. Pides ¿«más que los curas»? 25
La sabiduría de la inocencia. «Si no os hacéis como niños...» 28
Con Rafael, ahuyentando «diablillos» 29
Peregrinos en Ars 32
San Rafael Arnáiz: la glorificación del «frustrado» 34
El mundo del revés: ¡Matar es un derecho! 37
¡Benditos sacerdotes! (Test de «estima sacerdotal») 39
La sabiduría de la Cruz 42
¡Fiestas, sí; «pan y circo», no! 44
Cuando el sentimiento anula la razón 46
De «reyes» y «mendigos» 48
De la mano de San Pablo 50
Cerro de los Ángeles, el «epicentro» 53
«Toda rodilla se doble...» (Flp 2, 10) 54
¿Crisis económica o crisis moral? 57
Guiados por el Espíritu Santo 59
Internet: Ángel y demonio 61

Adoremos 64
La niña del exorcista 66
Apúntate a Religión 68
Delito y Pecado 70
La Cruz Peregrina ya está en España 73
Aborto y Semana Santa 75
Benedicto XVI, a corazón abierto 78
Derecho a la vida... ¿por plazos? 80
La pitonisa de Endor 83
Ayuno cuaresmal 85
Derechos humanos «torcidos» 88
¡Eluana vive! 90
Cincuenta años en guerra contra el hambre. (Tres tentaciones vencidas) 92
Con serenidad y fortaleza. (A propósito del bus ateo) 95
Cuestión de conciencia. (EpC: Sentencia del Supremo) 97
«Queridos niños misioneros». (Carta a los niños, con motivo de la Infancia Misionera) 100
«Cuando contemplo el cielo...» 102
Jesucristo: Victoria del Amor 104
Dignidad de los más inocentes 106
El futuro en una plaza 109
Cinco razones para la Misa en Colón 110
El cielo en casa. ¡Feliz Navidad! 111
«Proyecto Raquel» 112
El Dios que se revela 115
«Aquí tenéis la señal...» 117
Esperanza alegre. Apostolado de la sonrisa 120
Ciertamente, muy «bella» 122
Dejar a Dios en el banquillo 124
A ti, que eres joven... ¡Cristo te llama! 126
No es obligatorio quedarse fuera 128
El «*camino*» de Alexia 130
Curar enfermos, pero sin eliminar a nadie 133
¿Y si fuese tu madre o tu hermana? 136
Ave Virgo audiens! 138
Sin origen ni meta... (Aborto y eutanasia) 140
Laicidad positiva y... ¡coherente! 142

Promesas de libertad 145
«Nuestra Señora de la Cruz del Sur» 147
Humanae Vitae, cuarenta años después 149
De la evolución a la involución: volvemos al mono. (Proyecto Gran Simio) 152
Pablo, el converso. (Inicio del Año Paulino) 154
Lecciones de un cuento de la infancia 157
Servir a dos señores. Dios y la política 160
Antitópicos 162
Dios tiene corazón 164
Todo por los hijos 166
«Esperanza» y «esperanzas» 169
Sabios consejos a los jóvenes 172
La belleza salvará al mundo. (El culto al feísmo) 174
Las otras vías para llegar a Dios 176
Nuevo Catecismo para Niños: *Jesús es el Señor* 179
Pasión por Jesucristo. (Tres años de Benedicto XVI) 182
No somos dueños 184
Misericordia o «dejarse amar» por Dios, el legado de Juan Pablo II 187
Gracias, María 189
Santo entierro. (Signo de la esperanza en la resurrección) 191
La noticia es la unidad, no la división. (Elecciones en la Conferencia Episcopal) 193
Confesarse 196
Fe 198
Escuela de novios 201
Limosna, por justicia y caridad 203
Divina Misericordia 206
Con perdón... insistimos. (Sobre la Nota de los obispos) 208
Ciencia con conciencia 210
Censura laicista en la Universidad 213
Que nadie toque a Caín... ni a Abel 216
Papá, ¡que te denuncio! 218
Todo «por» la familia, no «a costa de» la familia 220
Por la familia cristiana 223
¡Feliz Navidad! 225
Aprendizaje y ejercicio de la Esperanza 227

«Angelitos» para el Cielo 230
COF: Centro de Orientación Familiar 233
Psicología y moral del divorcio. De Fenicia a Palencia 235
Iglesia, ¿quién eres? 238
Principio de subsidiariedad 240
¿Por quién repican las campanas? 242
Marxismo y martirio 245
Los mejores hijos de la Iglesia 247
Una lectura del posconcilio 250
Educación para la Ciudadanía: ¿Divide y vencerás? 252
Romper nuestra sordera 254
¡«Vivan» los síndrome de Down! 257
Eutanasia solapada 259
El libro del Papa 261
La sonrisa de Madre Teresa, diez años después 264
Nueve razones a favor de la clase de religión 267
27.3 270
Hipótesis sobre María 273
Algo no funciona. ¿Y si hiciésemos autocrítica? 275
Cuatro virtudes y diez mandamientos de la carretera 278
Testimonios heroicos. (Sobre los «goles en propia meta») 280
Simplemente, Caridad: «Lo hacemos por Jesús» 283
Silencio elocuente 285
Pasión por la verdad 288
Primera comunión 290
Seminario de ayer y de hoy 293
De hutus y tutsis. (La fuerza de la eucaristía) 295
El Camino y la Verdad y la Vida 298
Ambiente revuelto... 301
Manipular la causa de los pobres 303
La Luz de Pascua 306
Respeto a la fe católica y sus imágenes. La Reparación: el «plus» del bien 309
El Hijo de Dios se hizo embrión. 25 de marzo: ¡Bendigamos la vida! 311
Y tú, ¿no has pensado alguna vez...? 313
El camelo de Cameron. La Resurrección de Cristo, piedra de escándalo 316

El auge del esoterismo 319
Sentencia del Constitucional sobre profesores de religión 322
Sobre el referéndum de Portugal 325
El pensamiento débil 328
El pan de la cultura 330
Tres razones para peregrinar a Tierra Santa 332
Ecumenismo «casero» 335
Libertad 338
Casados, ¡mucho mejor! 340
«Vendrán de Oriente y Occidente...» 343
De Códigos Da Vinci 345
Los Reyes Magos existen 347
Si quieres la paz... respeta la Ley Natural 349
¡¡¡Ooooh!!! 352
La Navidad secuestrada 355
El laicismo que viene. (Cómo cambiar el agua de la pecera sin que se enteren los peces) 357
Dame paciencia, ¡pero, dámela ya! 360
Tres peligros del momento presente 362
Principio antrópico 364
Manda el porro a la porra 367
Endiosamiento del deseo. Sobre la Ley de Identidad de Género 371
El padre Mariano. La santidad al alcance de la mano 374
Sangre inocente. El caso de la clínica de Barcelona 376
Hermana muerte 378
Palencia misionera 380
Imposición de las manos 383
Todas las religiones no son iguales 384
Acuerdo para la financiación 386
Amo a la Iglesia 388
Por la página de Pentecostés... 390
En ti confío. Despedida de *El Diario Vasco* 391

HOMILÍAS

«Un año más, San Antolín» 397
«Por Cristo, con Él y en Él» 401

Apóstoles de la Vida 405
Cinco pistas para la Comunión 409
San Antolín, patrono y mártir 414
Funeral por las víctimas del accidente del 1 de mayo 418
«Comunicación del obispo de Palencia en el inicio del ministerio episcopal» 422

CARTA PASTORAL CONJUNTA

«BUSCAD EL ROSTRO DE DIOS» (HERMANO RAFAEL) 429

Prólogo 429

Semblanza del Hermano Rafael Arnáiz 431

Espiritualidad y mensaje 438

Rafael, modelo para los jóvenes 448

CONCLUSIÓN 454

ÍNDICE TEMÁTICO 457

A modo de presentación

Al cabo del cierto tiempo que me ha requerido la preparación de este libro, lo último que podía imaginar es que con él se cerraría el primer ciclo de la vida episcopal del autor, José Ignacio Munilla, ahora ya nombrado obispo de San Sebastián. Dios sea bendito.

Al margen, evidentemente, de este acontecimiento de calado hondo para su persona y para la Iglesia en España, yo me había ofrecido hace meses a monseñor Munilla para recoger en un libro sus cartas pastorales y homilías, en las que se resume una parte importante de su magisterio episcopal. Asumí con gusto la tarea, porque me parecía que se haría así un buen servicio a la Iglesia en España. Aquí está, pues, el fruto de ese trabajo.

Sorpresa, alegría y agradecimiento suscitó en mí el nombramiento como obispo de Palencia de este gran amigo y querido compañero de seminario y aventuras eclesiales varias. Hacía tiempo que se podía prever, porque su perfil reunía las virtudes que hoy necesita ver el Pueblo de Dios en sus pastores. El nuevo obispo reunía, en mi opinión, las dotes necesarias para ser un gran pastor de la Iglesia. A su sólida formación intelectual, espiritual y teológica, se une el celo y la inquietud del sacerdote preocupado por el bien de sus fieles. De sus años de sacerdocio, ahí está esa parroquia de El Salvador, en Zumárraga (Guipúzcoa), que da prueba de ello: edificio material y edificio espiritual. Hoy, a aquella noble tarea, se pueden añadir los desvelos que durante tres años largos le han ocupado al frente de la diócesis palentina.

José Ignacio no era un desconocido, ni en los ámbitos eclesiales, ni en la vida social vasca. En sus años sacerdotales seguimos sus intervenciones en la prensa vasca saliendo al paso de los temas acuciantes de la vida social y eclesial con cercanía, inteligibilidad y hondura. La luz y

oportunidad de sus escritos hizo que salieran reproducidos más allá de su tierra. Hoy, la riqueza de magisterio que presentamos en este volumen* ha ganado y granado en madurez y calidad, y sus pastorales han dado la vuelta al mundo, dicho sea sin exageración alguna. Basta asomarse al portal de Internet de la Agencia Zenit para ver cómo, casi todas las semanas, su carta dominical es distribuida a todos los países de lengua española. Desde su primera carta pastoral, sonada y sonora por su título «Manda el porro a la porra», pasando por la dirigida en forma de cómic a los monaguillos; hasta la recentísima que, por su iniciativa, han elaborado de forma conjunta siete obispos de España, relacionados de uno u otro modo con el hoy ya San Rafael Arnáiz (Hermano Rafael).

Monseñor Munilla tiene la virtud de ser claro, hacerse entender, ser incisivo y acometer con valentía y, muchas veces, con humor, los temas de actualidad más arduos y urgentes. Es lo que hoy más se necesita, se desea y se agradece. Aconsejo vivamente al lector que haga una lectura rápida del índice temático para que vea la riqueza doctrinal y cultural de los temas que aborda don José Ignacio en sus cartas: por ellas pasan tanto el cine y la literatura, como los documentos de la Iglesia, las noticias de actualidad social, política y eclesial (tanto diocesana como universal), los tiempos litúrgicos y las fiestas locales.

Quizá por todos esos motivos, y con los medios que la tecnología nos permite hoy, las cartas que ha dirigido a sus diocesanos de Palencia han sido leídas con atención y fruición más allá de esa noble y venerable diócesis palentina. Para muestra un botón. Al año de ser él ya obispo de Palencia, me encontraba un día en Roma. Es habitual que me vea con el que fue mi director de tesis, el padre Karl J. Becker S.J., profesor emérito de la Universidad Gregoriana y a la sazón consultor de la Congregación para la Doctrina de la Fe y estrecho colaborador de Benedicto XVI. Según me comentó venía leyendo hacía tiempo las pastorales de un obispo de España que le hacía llegar un hermano jesuita. Ponderó la oportunidad, clari-

---

* Hemos estructurado el libro en dos partes, correspondientes a dos géneros diversos del magisterio episcopal: cartas pastorales y homilías. En lugar aparte hemos situado la pastoral sobre el Hermano Rafael «Buscad el rostro de Dios», debido a la autoría conjunta del documento. Recogemos de modo completo los tres años de episcopado de monseñor José Ignacio Munilla en la Diócesis de Palencia. La disposición interna de estos documentos sigue el criterio cronológico, desde lo más reciente a lo más antiguo en el tiempo. En el índice temático se podrán encontrar las diversas materias sobre las que versan estos documentos. El autor permite el uso apostólico de estas cartas y están a disposición de quien quiera hacerlo en *www.enticonfio.org*.

dad expositiva y hondura doctrinal de las mismas. Luego me preguntó: «¿Sabe usted quién es ese monseñor Munilla, obispo de Palencia? Ya lo creo, le respondí. Es compañero y gran amigo mío».

Su fecundidad sacerdotal estuvo unida a un vivo movimiento de jóvenes y familias (Loiola), extendido por el País Vasco y Navarra: de él han surgido abundantes vocaciones matrimoniales, sacerdotales y religiosas. Cierto es que no le ha faltado la «cruz de la incomprensión»; pero, por la gracia de Dios, no se ha arredrado.

Como una presencia más de la Iglesia en los medios de comunicación, a monseñor Munilla diariamente le oímos comentar con increíble claridad y convicción el Catecismo de la Iglesia Católica, en Radio María.

Escribir sobre un amigo es fácil y podría extenderme innecesariamente mucho más. Ahora nos queda invocar la fuerza del Espíritu, para que sea asistido en la nueva e importante tarea que le ha encomendado el papa Benedicto XVI. Pido de corazón a San Ignacio de Loyola, el vasco más universal, nacido a poca distancia del caserío materno de don José Ignacio Munilla, que interceda por él, con el fin de que esta misión eclesial sea para bien de la Iglesia y mayor gloria de Dios. «En Ti confío», su lema episcopal, seguirá haciéndonos ver el Corazón que anima y late detrás de su ministerio episcopal.

PABLO CERVERA BARRANCO

CARTAS PASTORALES

«Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad»

Diario Palentino, 22 de noviembre de 2009

¡Mis queridos y muy amados fieles de Palencia! No hace falta que os diga que me hubiese gustado estar más tiempo entre vosotros. ¡Lo sabéis de sobra! Más aún, estoy seguro de que también éste hubiera sido el deseo de nuestro papa Benedicto XVI, ya que es evidente la conveniencia de que el «pastor» permanezca, entre los que le han sido encomendados, un tiempo suficiente (¡difícil de cuantificar!), de forma que puedan darse las condiciones para que madure la siembra...

Sin embargo, ahora que el Santo Padre me ha pedido responder a su llamada a ser pastor de la Diócesis de San Sebastián, creo que todos debemos tener la altura de miras necesaria para comprender las responsabilidades que tiene el Papa en su tarea de gobierno de la Iglesia. Por eso me atrevo a pediros a todos que os unáis conmigo en la respuesta afirmativa que le he dado.

Nuestro amor por la Iglesia no se circunscribe ni se agota en nuestro terruño. ¡Somos hijos de la Iglesia Católica, que es universal! ¡Qué os voy a decir yo a vosotros, cuando tantísimos hijos de estas tierras de Castilla están esparcidos por los lugares más recónditos de las misiones católicas!

No somos dueños

Una de tantas cosas buenas que tiene la obediencia que practicamos en el seno de la Iglesia Católica es que nos ayuda a entender que no somos dueños de la parcela, ni de la tarea que Dios nos ha encomendado... ¡No somos imprescindibles!

No podemos olvidar las palabras del Señor: «Uno es el sembrador, y otro el segador» (Jn 4, 37). De la misma forma que a mí me ha tocado «cosechar» tantos frutos sembrados por quienes me han precedido, también confío en que otros harán lo propio con la labor desarrollada en estos tres años...

Como solía decir mi paisano San Ignacio, a nosotros nos toca hacer las cosas con plena entrega y dedicación, «como si sólo estuviesen en nuestras manos»; aunque al mismo tiempo hemos de esperar y confiar, «como si sólo dependiesen de Dios».

El Señor dirige su Iglesia. La ama muchísimo más que nosotros. Sabe mejor que nadie lo que necesita en cada momento, y no la abandona; es más, «la cuida como el esposo hace con su esposa» (cf. Ef 5, 25).

Por todo ello, el primer sentimiento que quiero compartir con vosotros es éste: ¡¡Confianza plena en Dios!! Él me trajo a vosotros, Él me lleva. Lo primero fue providencial, y lo segundo también. ¡Que no nos quede ninguna duda de ello!

¡Gloria a Dios!

En este momento, quiero dar gracias a Dios por estos tres años. ¡Ha sido para mí un «regalazo» el haber podido iniciar el ministerio episcopal entre vosotros, queridos palentinos! Verdaderamente, sois «gente de buena masa», como dijo nuestra querida Santa Teresa de Jesús. No es una frase hecha. Lo he podido comprobar.

De igual modo que me despedí de Zumárraga diciendo que allí aprendí a ser sacerdote, no olvidaré nunca que en Palencia he aprendido a ser obispo. Vuestra ayuda y colaboración ha sido encomiable. Os doy las gracias de todo corazón.

Por encima de todo, en este momento quiero glorificar a Dios por todas sus «obras», y porque me ha permitido ser su «albañil» en la construcción del Reino.

No olvidemos que la misma belleza de nuestra preciosa catedral palentina, palidece y se esfuma si la comparamos con la belleza infinitamente superior de la obra de la gracia que Dios está realizando en nosotros. Hoy también me toca recordaros, y, si cabe, de una forma especial, que sólo Dios es la fuente de nuestra felicidad. He aquí el resumen de todo cuanto os he querido transmitir en estos tres años:

Os invito a enamoraros de «Aquel» que está locamente enamorado de cada uno de nosotros.

Bajo el «cayado» de nuestra Madre

Pero mi marcha de Palencia no será inmediata. Os prometo poner todo mi interés en que la transición sea lo más ágil y eficaz posible.

La Virgen María, nuestra Madre, a la que veneramos en esta querida tierra palentina con tantas advocaciones, nos va a acompañar en este proceso. La «Divina Pastora» será la encargada de darnos un pastor conforme al Corazón de su Hijo. ¡Que Dios os bendiga!

EL ABORTO TIENE MUCHOS «CÓMPLICES»

Diario Palentino 17 de noviembre de 2009

Buscar titulares de impacto, suele tener el riesgo de la simplificación caricaturesca. Lo hemos comprobado en el modo en que nos fue servida la noticia de las declaraciones del Secretario de la Conferencia Episcopal Española, referente a la responsabilidad de los políticos católicos en la votación de la Ley del Aborto. Esa misma sensación la he tenido yo al leer en un titular, las siguientes palabras puestas en mis labios: «Quien apruebe la Ley del Aborto estará en situación de complicidad de asesinato». Ciertamente…, es así… Pero las afirmaciones tienen un contexto explicativo que no puede ser ignorado.

La mujer no es la única responsable

La doctrina moral católica aborda la cuestión de la responsabilidad moral en los actos en que hay una cooperación con el mal. La culpabilidad no recae exclusivamente en quien realiza materialmente el mal, sino también, en mayor o menor grado, en aquellos que han cooperado con él. En el caso del aborto: aquellos que han incitado, o incluso, pre-

sionado para que la mujer aborte; el médico y el personal sanitario que realiza la operación; el dueño de la clínica abortista que se enriquece con el «negocio»; la clase política que ha dado amparo legal a la eliminación de la vida inocente…

La responsabilidad moral del político

La vocación política tiene la finalidad de buscar el bien común, poniendo un especial énfasis en la defensa de los más débiles. Como es obvio, cualquier legislación proabortista es totalmente contradictoria con esta vocación política. Es un absurdo que existan más respaldos legales para acabar con la vida humana, que para ayudar a sacarla adelante.

Así se entienden las declaraciones que hemos realizado los obispos: Los políticos católicos que voten a favor de una ley del aborto, se colocan en una situación de total y abierta contradicción con su fe (además de legislar contra natura, esto es, de forma contraria a su propia vocación política).

Tampoco estará de más recordar que existe una complicidad por «omisión», es decir, por dejación de las responsabilidades políticas. Me refiero al caso de aquellos que, aunque no voten a favor de una ley del aborto, no cumplen con su obligación moral de derogarla cuando posteriormente alcanzan el poder.

Acordémonos de Mandela

Sorprende comprobar las reacciones producidas ante este posicionamiento de la Iglesia. Parece como si el problema estribase en una agresión de la Iglesia hacia la clase política… Sin embargo, lo único cierto es que los agredidos son los niños a los que no se les permite ver la luz, por la única razón de que no son «deseados».

No olvidemos que Mandela pasó veintisiete años en la cárcel porque pensaba (y no se callaba) que los negros son iguales que los blancos. Nosotros afirmamos que los niños que están en el seno de sus madres tienen la misma dignidad que los que están fuera… No sé si tendrán que pasar otros veintisiete años para que una afirmación tan «atrevida» pueda ser expresada públicamente, sin caer por ello en el ostracismo...

¡¡Cómo nos duele a todos que nos recuerden nuestras responsabilidades morales!! Sin embargo, como dijo Jesucristo: «La Verdad nos hace libres». Y yo añado: «¡aunque escueza!».

DE LONDRES A ROMA, SIN DEJAR EL TÁMESIS (ENSEÑANZAS PARA LOS DE CASA)

Diario Palentino, 15 de noviembre de 2009

La Santa Sede hizo pública el 20 de octubre, la constitución de una fórmula eclesial especial para acoger a todos los anglicanos que han solicitado recientemente su ingreso en la Iglesia Católica. Se trata de unos cuatrocientos mil fieles anglicanos, acompañados de unos mil sacerdotes y de varias decenas de sus obispos.

No es la primera vez que acontece un fenómeno masivo de conversiones al catolicismo procedentes de la Iglesia Anglicana. Sin embargo, en el caso presente, la novedad estriba en la forma con la que la Santa Sede ha decidido acoger a estos conversos, permitiendo que conserven buena parte de sus tradiciones eclesiales y litúrgicas, y creando para ello una estructura canónica que facilitará el camino a cuantos puedan solicitar en el futuro su «retorno a casa».

El valor de la Tradición

Cuando el Sínodo General de la Iglesia Anglicana autorizó en el año 1992 el sacerdocio femenino, se suscitó un debate dentro algunos sectores de nuestra propia Iglesia, en el que algunos juzgaban como excesivamente rigorista el principio católico de la transmisión íntegra de la Tradición: ¿No se estaba exagerando al afirmar que no tenemos autoridad para cambiar nada de la Tradición recibida de Cristo? ¿No era excesiva la sospecha de que la modificación de algún aspecto puntual, habría de terminar por adulterar el depósito de la fe?

Han pasado diecisiete años desde entonces y, en el Sínodo General de la Iglesia Anglicana celebrado este año, se ha terminado por asumir, en la práctica, la ideología de género, al aceptar la ordenación de cléri-

gos abiertamente homosexuales, que viven en pareja. Es de suponer, que pronto se realizará la «acomodación» del matrimonio a la «ideología de moda».

¡Cuántas enseñanzas nos ofrece la historia! En estos tiempos de secularización, los católicos deberíamos aprender algo muy importante de estos conversos que hoy llaman a las puertas de nuestra Iglesia: el valor del depósito de la Tradición. Sin la Tradición —cuya estima compartimos con la Iglesia Ortodoxa— la fe termina por disolverse en las ideologías del momento.

La estima y el valor del celibato

Cerca de mil clérigos anglicanos van a recibir el sacramento del Orden Sacerdotal, integrándose en nuestra Iglesia Católica a través de un «Ordinariato personal», gobernado por alguno de sus clérigos u obispos. Los clérigos que estaban casados, seguirán viviendo su compromiso matrimonial, adquirido con anterioridad a su conversión, al mismo tiempo que ahora ejercerán el sacerdocio católico.

Asimismo, los nuevos candidatos al sacerdocio que ingresen en sus seminarios a partir de ahora, asumirán el celibato, como el resto de los presbíteros católicos de rito occidental. En este primer momento, la elección de los obispos responsables de estos Ordinariatos, se realizará entre los clérigos u obispos célibes provenientes del anglicanismo.

Se trata de una solución muy razonable que, al mismo tiempo que se muestra respetuosa y responsable con la situación de partida de estos clérigos casados, también demuestra la gran estima de los conversos por el celibato. Una actitud tan positiva debería cuestionar a quienes, entre nosotros, habían llegado a pensar que el celibato no tenía futuro. Sin embargo, es notorio que el celibato es un don de Dios que reafirma en gran medida el sentido vocacional del sacerdocio. ¡Cuánto nos ayuda el «desposorio con Cristo» para poder vivir el ministerio sacerdotal como un auténtico «desposorio con la Iglesia»!

El verdadero ecumenismo

¿Cómo puede afectar todo este proceso al diálogo ecuménico? ¿No podría ser interpretado, tal vez, como una estrategia proselitista de la

Iglesia Católica, que se aprovecha de la grave crisis que padece la Iglesia Anglicana, para «robarle» sus fieles?

Lo cierto es que, el arzobispo anglicano Primado de la Iglesia de Inglaterra, Rowan Williams, y el arzobispo católico de Westminster, Gerard Nichols, ofrecieron el mismo día que se hizo pública la noticia, una rueda de prensa conjunta, en la que elogiaron este camino emprendido. Sus palabras fueron muy esclarecedoras: «Se trata de un reconocimiento de la sustancial convergencia en la fe, doctrina y espiritualidad entre la Iglesia católica y la tradición anglicana». «Sin los diálogos de los pasados cuarenta años este reconocimiento no habría sido posible».

En resumen, este «paso de gigante» al que estamos asistiendo ha dejado patente que el concepto de «ecumenismo» no es antagónico al de «conversión». Muy al contrario, el verdadero ecumenismo es el que posibilita que las conversiones no sean puestas sistemáticamente bajo la sospecha de proselitismo, sino que sean reconocidas como la culminación del proceso del diálogo ecuménico.

Esperamos expectantes la beatificación del cardenal John Henry Newman (1801-1890), que tendrá lugar en mayo de 2010. Su figura es un estímulo para todos aquellos que buscan con pasión la Verdad, y están dispuestos a abrazarla con todas las consecuencias, una vez encontrada. Suya es la siguiente expresión, que ojalá pudiéramos hacer nuestra: «En mi vida no he pecado nunca contra la luz».

IGLESIA DIOCESANA: ARRIMANDO EL HOMBRO
PIDES ¿«MÁS QUE LOS CURAS»?

Diario Palentino, 8 de noviembre de 2009

El próximo domingo celebramos el Día de la Iglesia Diocesana. Habría muchos temas que tratar sobre este motivo; pero en esta ocasión me voy a centrar en el que suele resultarnos más «antipático»: pedir dinero.

Soy consciente de la fama que tradicionalmente se nos ha «adjudicado»: «¡Pides más que un cura!». Sin embargo, en honor a la verdad,

me atrevo a denunciar la falsedad del dicho popular, por muy recurrente que sea.

Las cosas no son lo que aparentan: hay algunos que «parece que piden, cuando en realidad están dando»; mientras que hay otros muchos que, «parece que dan, cuando lo cierto es que están pidiendo». No quiero poner ejemplos concretos, porque a nadie le gusta buscarse enemigos...; pero estoy seguro de que los lectores tienen la agudeza suficiente para concretar este principio en casos prácticos...

«Ayudar a la Iglesia en sus necesidades»

No sé si lo recordaremos... pero éste es el quinto y último de los mandamientos de la Santa Madre Iglesia: «Ayudar a la Iglesia en sus necesidades». La razón es obvia: la Palabra de Dios no tiene precio, pero su predicación tiene unos costes... La ayuda que prestamos a la labor evangelizadora de la Iglesia es proporcional a nuestra estima de la vida de la gracia que a través de ella recibimos.

Recientemente, un misionero africano que pasaba unos días de merecido descanso entre nosotros, me decía lo siguiente: «Cuando vengo a mi pueblo, y pido a mis conocidos ayuda económica para excavar un pozo de agua, encuentro una respuesta pronta y generosa. Sin embargo, si pido colaboración para construir una capilla o para hacer unas aulas para la catequesis, la respuesta es mucho más limitada».

¿Será acaso que todavía no hemos descubierto que la Eucaristía sacia la sed del hombre, y que la Palabra de Dios es lámpara que ilumina nuestro camino?

La «X» en la Declaración de la Renta y el óbolo de la viuda

Nuestra aportación a la Iglesia a través del IRPF de la Declaración de la Renta es un capítulo importante para el sostenimiento de la Iglesia, aunque el apartado principal es otro: los donativos directos de sus fieles. Por ello, nos estaríamos engañando si pensásemos que con rellenar la casilla de la «X» hemos «cumplido» ya con el compromiso de sostener económicamente nuestra Iglesia.

No olvidemos que esa «X» no añade nada a nuestro desembolso, sino que simplemente canaliza una parte de nuestros impuestos: la Igle-

sia recibirá una ayuda, pero nosotros pagaremos lo mismo. Dicho a las claras: con la contribución a la Iglesia a través del IRPF, no nos estamos «rascando el bolsillo».

Las palabras de Jesús sobre aquella viuda a la que vio echar dos pequeñas monedas en el óbolo del templo, son muy significativas: «...los demás han echado de lo que les sobraba, mientras que ella ha echado de lo que necesitaba» (Lc 21, 4). El desprendimiento de aquella mujer conmovió a Jesucristo, porque era proporcional a su amor.

Predicando con el ejemplo: el caso de los anglicanos

El sostenimiento económico de nuestra Iglesia no sólo es posible por nuestras contribuciones, sino también por una administración muy austera; de forma que los recursos que son puestos en manos de la Iglesia «cunden mucho».

Frente a todos los sambenitos y frases hechas, me atrevo a decir que, en materia de pobreza, en la Iglesia se predica con el ejemplo. No creo que exista otra institución en la que el sueldo de sus máximos responsables sea tan parejo al de los trabajadores más humildes. Tampoco creo que exista otra entidad en la que se haga ¡tanto con tan poco dinero!

En las últimas semanas hemos vivido una noticia que, tal vez, haya podido pasar inadvertida. Me refiero a que cerca de medio millón de cristianos anglicanos han solicitado su ingreso en la Iglesia Católica. Entre ellos se incluyen unos mil clérigos y varias decenas de obispos.

Pues bien, esos clérigos conversos, al hacerse católicos verán reducido su sueldo a un tercio de la cantidad que cobraban anteriormente como clérigos anglicanos. Al abrazar la fe católica, eran conscientes de que la «riqueza en la fe» iría de la mano de la «pobreza en lo material». ¿No es éste un impresionante testimonio de fe y de pobreza evangélica?

¡El que tenga ojos para ver, que vea! ¡Arrimemos el hombro como expresión del amor a nuestra Iglesia Diocesana!

LA SABIDURÍA DE LA INOCENCIA
«SI NO OS HACÉIS COMO NIÑOS...»
Diario Palentino, 7 de noviembre de 2009

Cada niño que nace en el mundo es una señal inequívoca de que Dios mantiene la esperanza en los hombres... La virtud de saber transmitir a los niños nuestra experiencia es proporcional a nuestra disposición para aprender de su inocencia... ¡Qué atractiva y, a la vez, qué sorprendente nos resulta la sencillez de los niños! ¡Y qué vileza tan grande el tomar excusa de su educación para violentar la inocencia de los pequeños! Nuestra cultura necesita urgentemente de los niños, porque pocas cosas hay tan falsas como una alegría sin inocencia...

Con frecuencia, los adultos no somos felices a causa de nuestra excesiva complejidad. Necesitamos de la inocencia de los niños para conocernos a nosotros mismos e incluso para llegar a conocer a Dios. Como decía San Bernardo: «El desconocimiento propio genera soberbia; pero el desconocimiento de Dios genera desesperación». Los niños son un buen espejo del Corazón de Dios, así como del corazón del hombre.

Me venían a la cabeza todos estos pensamientos después de leer un «ppt» que llegaba a la «bandeja de entrada» de mi correo electrónico. (En medio de tantas frivolidades como circulan por Internet, solemos recibir también algunas perlas, de esas que ensanchan nuestro corazón y elevan nuestros horizontes). Se trataba de una conocida colección de cartas dirigidas a Jesús que un profesor italiano había recogido de sus alumnos de Primaria. La forma de expresarse de estos niños destila sinceridad y pureza. Con ingenuidad y simpatía, nos aportan una dimensión más auténtica y profunda de la realidad.

¡Benditos sean esos maestros que llevan a los niños a descubrir en Jesucristo, a su mejor amigo! ¡Benditos sean esos niños que, en su inocencia, nos enseñan a los mayores a descubrir la sabiduría de la vida!

Ojos puros para reconocer la belleza: «Querido Niño Jesús: Yo creía que el naranja no pegaba con el morado. Pero luego he visto el atardecer que hiciste el martes. ¡Es genial!» (Eugenio).

Intuición para descubrir la fuente de la sabiduría: «Querido Jesús: Hemos estudiado que Tomás Edison descubrió la luz. Pero en la catequesis dicen que fuiste tú. Yo creo que te robó la idea» (Daría).

Ser niño para bucear en el Corazón de Dios: «Querido Niño Jesús: Seguro que para ti es dificilísimo querer a todos en todo el mundo. En mi familia sólo somos cuatro y yo no lo consigo» (Violeta).

Inocencia que cuestiona nuestros fundamentos: «Querido Jesús: ¿El padre Mario es amigo tuyo, o sólo es un compañero del trabajo?» (Antonio).

La coherencia de los sencillos: «Querido Jesús: Ya no me he vuelto a sentir sola desde que he descubierto que existes» (Nora).

La gratuidad de la amistad: «Querido Jesús: No creo que pueda haber un Dios mejor que tú. Bueno, quería que lo supieras... Pero no creas que te lo digo porque eres Dios, ¿eh?» (Valerio).

Afortunadamente, la iniciativa social ha conseguido que en España se comience a abordar el debate en torno a la cultura de la vida frente a la cultura de la muerte. Los cristianos podemos y debemos contribuir con nuestro mensaje de fe en la vida, acompañado del compromiso solidario en las situaciones más difíciles. No en vano la «causa de la vida» es la «causa de Jesús». Él no sólo nos invitó a amar a los niños, sino también a aprender de ellos:

> Le presentaban unos niños para que los tocara; pero los discípulos les reñían. Mas Jesús, al ver esto, se enfadó y les dijo: «Dejad que los niños vengan a mí, no se lo impidáis, porque de los que son como éstos es el Reino de Dios. Yo os aseguro: el que no reciba el Reino de Dios como niño, no entrará en él». Y abrazaba a los niños, y los bendecía poniendo las manos sobre ellos (Mc 10, 14-16).

¿Será por esto que se congregaron tantas familias y niños en la manifestación por la vida del 17-O en Madrid?

CON RAFAEL, AHUYENTANDO «DIABLILLOS»

Diario Palentino, 11 de octubre de 2009

¡Felicidades Palencia! Ha llegado el anhelado 11 de octubre: la canonización de nuestro muy querido Hermano Rafael Arnáiz.

Rafael es, antes de nada, nuestro «amigo»; consecuencia lógica que se desprende de ser «santo», es decir, «amigo de Dios»... No dudemos de que él puede ayudarnos a «acertar» en el camino de la vida. Su his-

toria, sus ansias de felicidad y sus luchas interiores se asemejan a las nuestras, mucho más de lo que nos imaginamos... Las circunstancias de nuestra vida serán muy distintas, pero las batallas que nos presentan las tentaciones y los medios que tenemos para poder vencerlas son básicamente los mismos. Aunque hayan pasado más de setenta años, y aunque el estrés y el ruido que nos envuelven contrasten con la paz y el silencio del claustro monacal, estamos básicamente ante los mismos retos.

Para demostrarlo, me quiero servir de un texto extraído de las cartas del Hermano Rafael; un pasaje entrañable y emblemático en el que nuestro santo comparte con nosotros su lucha contra el hastío y la falta de sentido de la existencia:

> Las tres de la tarde de un día lluvioso del mes de diciembre. Es la hora del trabajo, y como hoy es sábado y hace mucho frío, no se sale al campo. Vamos a trabajar a un almacén donde se limpian las lentejas, se pelan patatas, se trituran las berzas, etc. [...] La tarde que hoy padezco es turbia, y turbio me parece todo. Algo me abruma el silencio, y parece que unos diablillos están empeñados en hacerme rabiar con una cosa que yo llamo recuerdos... En mis manos han puesto una navaja, y delante de mí un cesto con una especie de zanahorias blancas muy grandes y que resultan ser nabos. Yo nunca los había visto al natural, tan grandes... y tan fríos... ¡Qué le vamos a hacer!, no hay más remedio que pelarlos.
>
> El tiempo pasa lento, y mi navaja también, entre la corteza y la carne de los nabos que estoy lindamente dejando pelados. Los diablillos me siguen dando guerra. ¡¡Que haya yo dejado mi casa para venir aquí con este frío a mondar estos bichos tan feos!! Verdaderamente es algo ridículo esto de pelar nabos, con esa seriedad de magistrado de luto.
>
> Un demonio pequeñito y muy sutil, se me escurre muy adentro y de suaves maneras me recuerda mi casa, mis padres y hermanos, mi libertad, que he dejado para encerrarme aquí entre lentejas, patatas, berzas y nabos.
>
> [...] Transcurría el tiempo, con mis pensamientos, los nabos y el frío, cuando de repente y veloz como el viento, una luz potente penetra en mi alma... Una luz divina, cosa de un momento... Alguien que me dice que ¡qué estoy haciendo! ¿Que qué estoy haciendo? ¡Virgen Santa! ¡Qué pregunta! Pelar nabos..., ¡pelar nabos!... ¿Para qué?... Y el corazón dando un brinco contesta medio alocado: «Pelo nabos por amor..., por amor a Jesucristo».

La batalla de Rafael con esos «diablillos» que pretendían robarle la paz, la alegría y hasta la misma esperanza, es también la nuestra. Nues-

tra vida puede resultarnos monótona, tediosa e insufrible, o por el contrario, gozosa e ilusionante, dependiendo de la clave de sentido que mueva nuestra existencia.

Frente a quienes piensan que el motor del mundo es el dinero, el poder o el placer; los santos nos recuerdan que el verdadero motor, y el único capaz de darnos la capacidad de ahuyentar a «los diablillos», al mismo tiempo que nos revela el sentido de nuestra existencia, es el amor: el amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús.

El rostro de Cristo tiene la virtud de hacerse presente y de cautivarnos a través de los santos, y ahora, en concreto, a través de quien será venerado como San Rafael Arnáiz. Porque, como dice nuestro Papa Benedicto XVI, con una expresión certera, «los santos son la estela luminosa con la que Dios ha atravesado la historia».

El Hermano Rafael está acompañado de otros cuatro santos más, en esta ceremonia de canonización: Zygmunt Szcsny Feliski, polaco, obispo y fundador de la Congregación de las Hermanas Franciscanas de la Familia de María; Francisco Coll i Guitart, español, sacerdote dominico y fundador de la Congregación de las Hermanas Dominicas de la Anunciación; Jozef Damian de Veuster, holandés, sacerdote de la Congregación de los Sagrados Corazones (muy conocido por su entrega heroica a los leprosos, relatada en la película *Molokay*); y Marie de la Croix, francesa, fundadora de la Congregación de las Hermanitas de los Pobres.

Ciertamente, estamos ante grandes figuras que han destacado por su fecundidad apostólica y por la estela que han dejado tras ellos. Entre estos, el Hermano Rafael llama la atención porque no fundó nada, ni tuvo ningún puesto relevante, ni destacó externamente ante los demás; es más, hubo de conformarse con ser un simple «oblato», ya que su salud no le permitió abrazar íntegramente la regla trapense... Rafael no hizo cosas grandes, ¡¡sólo fue santo!!

Esto nos recuerda que no debemos confundir la santidad, con unos modelos determinados de liderazgo que nos resultan inalcanzables para el común de los mortales... La santidad no sólo debe ser admirada, sino sobre todo deseada, trabajada y suplicada a Dios. De forma similar a como el destino natural del niño es hacerse hombre, así también el fin del cristiano es ser santo. Es la meta lógica de quien ha sido redimido por Cristo...; lo contrario sería una frustración. Como decía la Madre Teresa de Calcuta: «La santidad no es el lujo de unos pocos, es un simple deber para cada uno de nosotros». Por ello, el

escritor converso Léon Bloy escribía: «Sólo existe una tristeza: no ser santo».

PEREGRINOS EN ARS

Diario Palentino, 4 de octubre de 2009

Del 14 al 19 de septiembre pudimos realizar la peregrinación sacerdotal diocesana a Ars, donde se venera el cuerpo incorrupto del patrono de los sacerdotes, San Juan María Vianney, popularmente conocido como el Santo Cura de Ars.

En representación de toda la diócesis palentina, con motivo del Año Jubilar Sacerdotal en el que nos encontramos, acudimos cerca de treinta sacerdotes a esa pequeña población francesa cercana a Lyon. Además de disfrutar de una inolvidable convivencia, pudimos también meditar en nuestra vocación y encomendar a nuestro patrono dos intenciones prioritarias: el aumento de vocaciones en nuestros seminarios y la santidad de los sacerdotes.

¡Hemos orado por ti!

Pedir por los sacerdotes y por las vocaciones sacerdotales es lo mismo que rogar a Dios por ti y por tus necesidades. En efecto, la razón de ser del sacerdocio no es la propia realización de los sacerdotes. El presbítero no es un hombre que haya elegido una profesión para su promoción, sino alguien que ha respondido a una llamada de Dios que le pide entregar su vida como «pan partido», para que el mundo tenga vida...

La oración por los sacerdotes que allí hemos realizado es semejante a la que realizó Jesucristo en la sobremesa de la Última Cena, en la que oró al Padre por sus apóstoles y por todos aquellos que, a lo largo de los siglos, llegaríamos a tener fe gracias a la palabra de éstos y de sus sucesores. He aquí unos versículos de la llamada «oración sacerdotal» de Cristo:

> He velado por ellos y ninguno se ha perdido, salvo el hijo de perdición, para que se cumpliera la Escritura [...] Yo les he dado tu Palabra, y el mundo los ha odiado, porque no son del mundo, como yo no soy del mundo. No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno [...] Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo. [...] No ruego sólo por éstos, sino también por aquellos que, por medio de su palabra, creerán en mí, para que todos sean uno (Jn 17).

Frente al mayor de los males

El Cura de Ars no se distingue por especiales cualidades, como poseer un refinado lenguaje o unos elaborados planteamientos teológicos. Fue un sencillo cura rural, que se caracterizó por «ir al grano», a lo esencial.

Su empeño principal fue entregar su vida «por los pobres pecadores». Se trata ésta de una expresión que a algunos, tal vez, les pueda parecer un tanto arcaica y heredera de una espiritualidad ya superada... ¡Ni mucho menos!

He aquí la razón del gran valor del sacerdocio: entre todos los males que afligen a la humanidad, el sacerdocio incide en el principal de todos ellos: el pecado. Muchos otros males de nuestra existencia (enfermedades, pobreza, carencias afectivas, etc.) pueden hacernos sufrir... pero solamente el pecado es capaz de robarnos la caridad y la esperanza, indispensables para alcanzar la Vida Eterna.

El mejor remedio

El Santo Cura de Ars es conocido, muy especialmente, por su apostolado en el sacramento de la Confesión, a cuya administración paciente llegó a dedicar ¡quince horas diarias! Cuando cayó agotado, cinco días antes de su muerte, los últimos penitentes se apiñaban junto a la cabecera del moribundo. Se calcula que hacia el final de su vida el número anual de peregrinos penitentes alcanzaba la cifra de ochenta mil.

El Cura de Ars sufría y gozaba, al mismo tiempo, administrando el sacramento del perdón, porque su único deseo era ser testigo de la conversión de los pecadores, y en ello consumía todas sus energías. Cuando se encontraba con almas impenitentes, lloraba ante ellos: «Oh, amigo mío —decía—, lloro yo precisamente por lo que tú no lloras». Ahora

bien, ¡su alegría era grande, al ser testigo de cómo los corazones arrepentidos renacen a la esperanza!

Pero el momento cumbre de su jornada, y en el que más disfrutaba, era en la celebración de la Eucaristía. Son suyas las siguientes palabras: «Si el sacerdote no tuviera la consolación y la felicidad de celebrar la Santa Misa no podría soportar su tarea». «La felicidad que hay en decir la Misa se comprenderá sólo en el Cielo». ¡Parece como si el Santo Cura de Ars «cosechase» en la Santa Misa, las gracias que luego habría de distribuir en la Confesión...!

En pocas palabras, los verdaderos remedios que alivian el mal del ser humano son la Eucaristía y la Confesión. Por ello, concluimos en que el sacerdocio es un don de Dios para que el mundo tenga vida. Me remito a estas incisivas palabras que el Papa dirigía recientemente por videomensaje a un grupo de mil doscientos sacerdotes que se dieron cita en un Retiro Internacional Sacerdotal en Ars:

> Pensad en el gran número de misas que habéis celebrado o celebraréis, haciendo cada vez a Cristo realmente presente sobre el altar. Pensad en las innumerables absoluciones que habéis dado y que daréis, permitiendo a un pecador ser perdonado. Percibís en ese momento la fecundidad infinita del Sacramento del Orden. Vuestras manos, vuestros labios, se convierten, en el espacio de un instante, en las manos y en los labios de Dios. Lleváis a Cristo en vosotros; habéis, por gracia, entrado en la Santa Trinidad. Como decía el santo Cura: «Si uno tuviera fe, vería a Dios escondido en el sacerdote como una luz detrás de un vidrio, como un vino mezclado con el agua».

SAN RAFAEL ARNÁIZ: LA GLORIFICACIÓN DEL «FRUSTRADO»

El Norte de Castilla, 3 de octubre de 2009

La próxima canonización del Hermano Rafael ha puesto a nuestra diócesis de fiesta... El domingo 11 de octubre, una numerosa peregrinación palentina se dará cita en el incomparable marco de la Plaza de San Pedro, en el Vaticano, dando gloria a Dios por la obra buena que ha

realizado en cinco nuevos santos, entre los que se encuentra quien desde ese día será invocado como San Rafael Arnáiz.

Soy consciente de que existe el riesgo de participar en este acontecimiento sin conocer en profundidad la figura y el mensaje de este joven trapense que la Iglesia nos propone como modelo de santidad. Por ello, más que adentrarme en una explicación sistemática de su espiritualidad, mi intención en estas breves líneas es suscitar el deseo de acceder a la lectura de la vida y los escritos del Hermano Rafael, ¡una auténtica joya de la espiritualidad católica! Los escritos del Hermano Rafael ya están publicados en la mayoría de las lenguas modernas y están siendo traducidos a numerosas lenguas orientales. El Hermano Rafael tiene la virtud de expresar la más honda vivencia mística, con una frescura y cercanía de lenguaje que la hace fácilmente trasladable y aplicable a nuestra propia vida.

Pues bien, la «historia» del Hermano Rafael, así como el «modelo» de vida cristiana que nos ofrece están condicionados en gran medida por una grave enfermedad (la diabetes sacarina), que «frustró» en gran manera sus planes y sus proyectos. Su salud no le permitió asumir la vida ordinaria del monje trapense, teniendo que resignarse a llevar un régimen de vida distinto, a tener que abandonar con frecuencia el monasterio, a ser una carga para sus compañeros e, incluso, al sufrimiento ante la posibilidad de que la enfermedad fuera un impedimento para su propia vocación.

Entresaco de sus escritos, un pasaje muy significativo, en el que el Hermano Rafael nos abre su alma:

> Había una vez un «tonto de circo» que cada vez que entraba en la «pista» se caía..., iba de aquí para allá, arrastrando sus enormes zapatos y con grandes esfuerzos lograba arreglar la esquina de la alfombra. Cuando ya creía que estaba bien, tropezaba en ella..., la volvía a arrugar y se caía...; sudaba...; su trabajo consistía en sacar una silla... Para ello se remangaba, se secaba el sudor de la frente con un enorme pañuelo y, como si arrastrara un enorme peso, sacaba a la pista la silla y, por último, se sentaba en ella. Todos se reían de él al ver lo orgulloso que se retiraba, creyendo que había ayudado a los demás a preparar los aparatos, alfombras y demás enseres que los artistas necesitaban para su trabajo.
>
> Yo conozco a un trapense que en la Trapa hace igual que el «tonto del circo», toda su actuación se reduce a un «hacer que hacemos», arrastrando los pies y secándose el sudor.

Este pobre hombre hace reír a los ángeles que contemplan desde el cielo el espectáculo del mundo y, aunque no hace los arriesgados trabajos de los demás artistas, ni da «saltos mortales», ni ejercicios de fuerza, o «volteretas en el trapecio»..., ¿qué más da? ¡Si no sabe más que desarrugar las alfombras y con ello se gana los aplausos de los ángeles!...

Santidad no es perfeccionismo

Una de las grandes enseñanzas de la vida del Hermano Rafael es ésta: la santidad no debe confundirse con el perfeccionismo. Este último, el perfeccionismo, se caracteriza por centrar todos los esfuerzos en la materialidad de nuestras obras, de forma que las podamos culminar correctamente, sin error ni fallo alguno... Sin embargo, la santidad no consiste tanto en la perfección material cuanto en la aceptación y en el ofrecimiento, por amor de Dios, de nuestros esfuerzos y de nuestros pequeños «logros», así como de nuestras limitaciones y errores.

A lo largo de los escasos años en los que el joven Rafael permaneció en la Trapa de Dueñas, tuvo que ir desprendiéndose —en un claro ejercicio de purificación pasiva— de sus planes, proyectos, propósitos... Rafael soñó al ingresar en la Trapa con llegar a ser un monje perfecto; pero, finalmente, Dios le concedió ser... ¡un monje santo!

El santo humor del Hermano Rafael

Otro aspecto muy característico de la espiritualidad del Hermano Rafael, es su sentido del humor, vivido incluso en momentos trágicos de su vida, como expresión de una admirable confianza y abandono en las manos del «sólo Dios». La experiencia de Rafael nos enseña que cuando nos empapamos del amor infinito de Dios, entonces somos capaces de reírnos de nuestros agobios, de nuestras preocupaciones y, en definitiva, de nuestro propio «yo», que tanto nos ocupa y nos preocupa.

Pero no olvidemos que la alegría del Hermano Rafael, aún naciendo de su confianza en Dios, requiere de un ejercicio ascético constante y firme. Mantener el sentido del humor en medio de las cruces de la vida, tiene el precio de mortificar nuestras melancolías, relativizar nuestras decepciones, pasar por alto los desprecios que podamos sufrir y elevar nuestros corazones. La alegría y el sentido del humor del Hermano Rafael son la penitencia más agradable a los ojos de Dios.

Para todos aquellos que no puedan acudir a Roma, el sábado 24 de octubre, celebraremos en nuestra Diócesis de Palencia un día de acción de gracias con motivo de la canonización. Por la mañana, a las 12.00, tendrá lugar en la Trapa de Dueñas una solemne Eucaristía; mientras que, por la tarde, a las 18.00, la Santa Misa será en la catedral. Daremos gracias a Dios por la elevación a los altares de quien escribió: «Dios no nos exige más que sencillez por fuera y amor por dentro».

EL MUNDO DEL REVÉS: ¡MATAR ES UN DERECHO!

Diario Palentino, 27 de septiembre de 2009

El jueves 24, fiesta de la Virgen de la Merced, tuve la gracia de visitar el Centro Penitenciario de Dueñas (Palencia), donde celebré la Eucaristía con un numeroso grupo de cientos de presos, en honor a su Patrona. Uno de ellos, de nombre Manuel, compartía conmigo la dura experiencia de su vida, en presencia de otros reclusos. No olvidaré su rostro ni sus palabras: «Mire usted, a mí me pasó una cosa muy simple: empecé por matar a Dios, borrándolo de mi conciencia; para luego continuar agrediendo a mi familia, a mis amigos y a todos los que se cruzaban en mi camino, y ya no me detuve ni ante el respeto debido a la vida misma».

¡Me sentiría yo mucho más seguro en una nación gobernada por Manuel, que por alguien que sostenga que matar a una criatura en el seno materno, es un «derecho»! ¡Me fío mucho más de quien ha tocado fondo en la vida, por muy bajo que haya caído, y que ha hecho la experiencia humilde del retorno a la sensatez, que de aquel otro que se cree que va a reinventar una nueva civilización y se muestra seguro en la soberbia de su ideología!

Oídos sordos a la razón

En la sesión extraordinaria del Consejo de Ministros realizada el sábado, día 26, se ha aprobado el Proyecto de Reforma de la Ley del Abor-

to, en el que se propone una mayor liberalización de este crimen, llegando a la aberración de considerarlo como un «derecho». Se trata de pasar de la actual «despenalización» de un mal, a su consideración como un bien.

La razón de ser de esta iniciativa es doble: una es la puramente ideológica (tengamos en cuenta que en España ya padecemos, en la práctica, el aborto libre); y, la otra, la tutela de las clínicas abortistas, para que el fraude generalizado que cometen actualmente, pueda tener amparo legal.

¿Qué otras razones podrían esgrimirse para justificar esta decisión política? Es conocido que en España estamos ante un auténtico invierno demográfico y que el aborto es la principal causa de mortalidad. Más aún, España es el país de la Unión Europea que ha incrementado en los últimos diez años el número de abortos en un mayor porcentaje, con un 126%. A gran distancia le sigue Bélgica con el 36% de aumento y Holanda con un 26%. Mientras que Italia ha disminuido en un 9,71%, Alemania, en un 10,71%, y Polonia ha disminuido un 89,31%.

En consecuencia, no parece que puedan argüirse razones de política demográfica. España necesita urgentemente españoles, y la solución propuesta es... ¿¿otorgar el derecho de eliminarlos?? La única explicación para esta sinrazón es la puesta en práctica de un ideario de ingeniería social, donde el aborto es esgrimido como una bandera del feminismo... Y, sin embargo, cada vez constatamos con más frecuencia que la madre no es sino la segunda víctima del aborto. Más aún..., cuando el feto abortado es de sexo femenino, ¿dónde quedan los derechos feministas de esa «nueva mujer»?

Con la claridad y la transparencia que la caracterizaban, decía la Madre Teresa de Calcuta: «El más grande destructor de la paz es el aborto porque, si una madre puede matar a su propio hijo, ¿qué nos queda a nosotros, matarte a ti y tú matarme a mí? ¡No nos queda más que eso!». Sus palabras han resultado proféticas, habida cuenta de que el incremento del número de abortos en España ha ido en paralelo al aumento de los índices de criminalidad, como es el caso de la violencia doméstica.

El peor de los males

Pero no pensemos que el aborto mismo es el peor de los males, por mucho que se trate de la cruel eliminación de vidas inocentes. Todavía

hay un mal que podría ser mucho más nefasto: me refiero al hecho de que la liberalización del aborto pudiera tener lugar sin resistencia social alguna; sin que tal noticia tuviese la capacidad de sacarnos de nuestras preocupaciones cotidianas; sin que nuestra conciencia se sintiese conmovida. Si tal cosa sucediese, estaríamos ante la certificación de un mal inconmensurable: la muerte de la conciencia moral individual y colectiva, mucho más funesta que la misma muerte física.

Afortunadamente, tenemos noticia de que cuarenta asociaciones han reaccionado con presteza, convocando una gran manifestación para el día 17 de octubre en Madrid. El lema de la convocatoria es: «Por la Vida, la Mujer y la Maternidad». La información necesaria podemos encontrarla en *http://cadavidaimporta.org/*. Confiamos en que esta iniciativa sea un signo del despertar moral de nuestra sociedad. No es hora de cruzarse de brazos, sino que tenemos el deber de actuar, de «dar la cara» en favor de la vida. Si no lo hiciésemos por esta causa, ¿por qué otra lo habríamos de hacer?

¡BENDITOS SACERDOTES!
(TEST DE «ESTIMA SACERDOTAL»)

Diario Palentino, 20 de septiembre de 2009

El inicio del curso pastoral es una buena ocasión para recordar que estamos ya avanzados en la celebración del Año Jubilar Sacerdotal, convocado por Benedicto XVI en el 150 aniversario de la muerte del Santo Cura de Ars, patrono de los sacerdotes.

Algunos han podido pensar equivocadamente que un Año Jubilar Sacerdotal es una cuestión interna del ámbito clerical. ¡Ni mucho menos! ¡Cuántas veces son los propios fieles los que nos recuerdan a nosotros, los sacerdotes, el don tan grande que hemos recibido! En realidad, cuando alguien se acerca a un sacerdote con verdadero deseo de encontrar a Dios, está contribuyendo, sin darse cuenta, a la fidelidad de ese sacerdote y a la promoción de las vocaciones sacerdotales.

¿Valoramos el sacerdocio y queremos a nuestros sacerdotes?... Recuerdo que hace unos años estuvo de moda un tipo de «test», en el que se preguntaba sobre nuestras actitudes ante un determinado tema, ofreciendo finalmente una evaluación según las respuestas emitidas. Con un poco de humor, vamos también nosotros a diseñar un «test de estima sacerdotal», que nos sirva de autoevaluación:

1. **¿Has rezado últimamente por tu párroco, por tu obispo o por el Papa?**
   a) Ni siquiera sé cómo se llaman.
   b) En la Misa ya se suele pedir por ellos, y yo me sumo a esa petición.
   c) Lo hago todos los días en mi oración personal.
2. **¿Has abierto tu conciencia a un sacerdote, confiando en que pueda ayudarte en tus problemas?**
   a) Cada uno tiene que solucionar sus problemas.
   b) «Cuatro ojos ven más que dos»... Siempre es conveniente escuchar y acoger los consejos de quien pueda ayudarnos.
   c) La mayor ayuda que he recibido de un sacerdote ha sido cuando sus consejos venían unidos al perdón de Dios en el sacramento de la Confesión.
3. **Cuando entre tus amistades escuchas comentarios anticlericales...**
   a) He seguido la corriente, para no quedar mal.
   b) Me he hecho el sordo, como si estuviese a otra cosa.
   c) He dicho lo que pensaba, dando testimonio de mi fe.
4. **En un sacerdote veo...**
   a) Una «reliquia» del pasado.
   b) Un «profesional» de la religión.
   c) Un ministro de Dios; «otro Cristo» entre nosotros.
5. **¿Cuántas veces has invitado al párroco a tu casa?**
   a) Al cura se le llama sólo cuando ha muerto alguien.
   b) Cuando está la abuela con nosotros, suele traer la Comunión.
   c) Varias veces... Me encantó cuando nos relató en una sobremesa la historia de su vocación.
6. **Cuando oyes a un sacerdote predicar...**
   a) Le atiendo dependiendo de sus cualidades oratorias.
   b) Le escucho si el tema del que habla me resulta interesante.
   c) Veo en él un instrumento por el que Dios me habla.

7. **Cuando se hace una colecta en favor de los seminarios...**
   a) «Los curas» están siempre pidiendo.
   b) ¡Se pide para tantas cosas! ¡Una más!
   c) Colaboro gustosamente porque pienso que ninguna vocación debería frustrarse por falta de medios económicos.
8. **Cuando veo un sacerdote anciano en la Iglesia o por la calle...**
   a) Me viene a la cabeza que la Iglesia está de capa caída.
   b) Lo importante es que diga la Misa rapidito.
   c) Doy gracias a Dios por su fidelidad y por todo el bien que haya podido hacer.
9. **Cuando veo un sacerdote joven en el altar...**
   a) Desconfío de su inexperiencia. ¿Qué me va a decir a mí?
   b) Le observo a ver cómo lo hace, y le «califico».
   c) Doy gloria a Dios por su vocación y le encomiendo intensamente.
10. **¿Cómo reaccionarías si tu hijo te dijese que quiere ser sacerdote?**
    a) Le preguntaría a ver si se ha vuelto loco, y le recordaría que tenemos que conservar el apellido.
    b) Le pediría que se lo pensase bien y que primero haga una carrera universitaria.
    c) Me llevaría una de las alegrías más grandes de mi vida, y le apoyaría plenamente.
11. **¿Le has planteado a algún niño, adolescente, o joven, la posibilidad de ser sacerdote el día de mañana?**
    a) Yo no me meto en líos. Allá cada uno con su vida.
    b) Soy de la opinión de que hay que valorar todas las vocaciones, aunque sean diferentes a la nuestra.
    c) Sí que me he fijado en alguien concreto, y rezo por él... Un día de estos se lo «dejaré caer».
12. **¿Qué piensas de la expresión del Santo Cura de Ars: «El sacerdote es el amor del Corazón de Jesús»?**
    a) Me parece un espiritualismo desencarnado.
    b) Pienso que eso sólo se podría decir de algún cura santo.
    c) Creo que es exactamente así, aunque «lleven este tesoro en vasijas de barro» (2 Cor 4, 7).

Evaluemos qué tal te ha ido:

Si la letra «a» aparece en la mayoría de tus respuestas..., me sorprende que este test haya llegado a tus manos; pero le doy gracias a

Dios de que así haya sido, para poder decirte como sacerdote que soy, que Dios te quiere con locura y que espera de ti una respuesta de amor.

Si a la mayoría de las preguntas has respondido con la «b», me gustaría decirte que no estás disfrutando de los tesoros que Dios te ofrece por medio del sacerdocio.

Pero, si la letra «c» es la tuya... entonces te digo que no dejes de rogar a Dios por la santificación de los sacerdotes y por el aumento de vocaciones sacerdotales, porque estoy segurísimo, de que, a ti, Dios te va a escuchar.

LA SABIDURÍA DE LA CRUZ

Diario Palentino, 13 de septiembre de 2009

El 14 de septiembre conmemoramos la fiesta litúrgica de la Exaltación de la Santa Cruz. Se trata de una de las celebraciones de origen más ancestral, que se inicia con el hallazgo que Santa Elena, la madre de Constantino, hizo de la Cruz de Cristo, allá por el año 320, en Jerusalén.

¿Qué tiene la Cruz de Cristo que ante ella nadie permanece indiferente? ¿Por qué algunos la veneran emocionados mientras los endemoniados se revuelven ante su sola presencia? ¿Qué misterio y qué sabiduría es ésa que se manifiesta y se esconde tras un signo tan sencillo?

La Cruz es acontecimiento salvífico y signo de amor

La Cruz de Cristo es, mucho antes que un símbolo, un acontecimiento. En realidad, deberíamos decir que en la Crucifixión tiene lugar, al mismo tiempo, un doble acontecimiento: en el orden natural, la injusticia de los hombres conduce a Cristo a la Cruz; mientras que en el orden sobrenatural es Cristo mismo quien se entrega a la Cruz para hacernos «justos». La Cruz es, simultáneamente, la consecuencia del pecado y su remedio.

He aquí el gran acontecimiento salvífico: Dios Padre nos ama y nos ha abrazado a todos en la Cruz y en la Resurrección de su Hijo. La

Cruz de Cristo es, en consecuencia, la prueba y el signo del amor de Dios.

En la entrevista que Vittorio Messori realizó a Juan Pablo II, en el libro *Cruzando el umbral de la esperanza*, le preguntaba sobre el sentido del silencio de Dios ante el sufrimiento humano. La respuesta del Papa queda para nuestra meditación: «Si no hubiera existido esa agonía en la Cruz, la verdad de que Dios es Amor estaría por demostrar».

La Cruz es «forma» del cristiano

Es cierto que la Cruz es, en cierto sentido, una especie de «ley de vida». Forma parte de nuestra naturaleza limitada y contingente que, en la actual situación, es inseparable del sufrimiento. Alguien afirmó, con un punto de humor, que el problema del transporte de las cruces está resuelto porque se fabrican a domicilio...

Sin embargo, lo propio y lo específico del cristianismo es el estilo y la manera de aceptar y vivir esta realidad inexorable: la fe nos permite superar el miedo a la Cruz, en la confianza de que las cruces de la vida están pesadas en la balanza del amor. Santa Teresa de Jesús se atrevía a afirmar: «Quien amare mucho a Dios, verá que puede padecer mucho por Él; el que amare poco, poco. Tengo yo para mí que la medida del poder llevar gran cruz o pequeña es la del amor» (*Camino de Perfección*, 32,7).

La experiencia de la vida cristiana nos enseña que cuando la Cruz es «abrazada», pesa mucho menos que cuando es «arrastrada». Los discípulos de Jesucristo estamos llamados a experimentar que las cosas más amargas pueden llegar a ser dulces a la luz del misterio de la Cruz.

La Cruz es misterio fecundo

La Cruz es fruto del amor solidario de Cristo. Jesús la abrazó identificándose con nuestra condición y con nuestro destino. De aquí sacamos la consecuencia de que la fe cristiana no nos ha de llevar a la pasividad: no podemos caer en la tentación de cruzar nuestros brazos, quienes somos seguidores de Aquel que murió con los brazos abiertos.

Ahora bien, el plan de Dios no se ha limitado a participar del dolor humano, sino que también ha querido que ese dolor pueda llegar a ser

«redentor». Ésa es la sabiduría de la Cruz que han entendido los hombres de Dios. La fecundidad no está en la eficacia de nuestras obras, sino en la unión de nuestra pequeñez e impotencia al misterio de la Cruz de Cristo. Así, por ejemplo, el cardenal vietnamita Van Thuan escribía sobre la experiencia de sus largos años vividos en prisión, en los que tuvo la tentación de pensar que se estaban desperdiciando los mejores años de su vida: «Viendo la inutilidad "práctica" de mi vida, pensaba en Jesús en la Cruz: también Él estaba inmovilizado y no podía hacer lo que hizo en su vida pública... y, sin embargo, desde allí hizo lo más grande, redimirnos a los pecadores».

Por todo ello, que a nadie le extrañe que «exaltemos» la Santa Cruz. Honramos y ensalzamos la Cruz de Cristo y, más aún, estamos «exultantes» de gozo por el misterio que en ella se ha revelado: el AMOR.

¡FIESTAS, SÍ; «PAN Y CIRCO», NO!

El Norte de Castilla, 5 de septiembre de 2009

No tengo nada en contra de las fiestas... Es más, le doy gracias a Dios porque hayamos podido celebrar las fiestas patronales palentinas, recién concluidas, en buena armonía, alegría y paz. Es obvio que el equilibrio personal y las buenas relaciones sociales necesitan del disfrute justo de la faceta lúdica de la vida, y que no todo van a ser debates sobre problemas acuciantes y temas trascendentes...

Sin embargo, hecha esta matización, me permito recordar cómo el Imperio Romano sometía a sus súbditos con la conocida estrategia del «pan y circo», de forma que la táctica de contentar a los ciudadanos romanos con un calendario en el que los días festivos igualaban a los laborables resultaba ser más eficaz para evitar las sublevaciones que las mismas medidas represivas de las legiones del César...

Los espectáculos llenos de violencia en el circo, la promiscuidad sexual en las termas romanas, los interminables banquetes en los que se usaba del *vomitorium* para poder seguir comiendo y bebiendo después de haber «desalojado», resultaron ser el camino más sencillo y eficaz para conseguir que la ciudadanía perdiese toda capacidad crítica

y se «abandonase» a la clase dirigente, renunciando a ejercer su derecho-deber de presencia en la vida pública.

Dos milenios después, las cosas no han cambiado tanto... Algunos han llegado a afirmar que uno de los motivos de la caída de las dictaduras comunistas del otro lado del Telón de Acero fue precisamente su falta de inversión en la estrategia «pan y circo». El capitalismo occidental, por su parte, se ha caracterizado precisamente por lo contrario: el ocio desenfrenado del fin de semana se ha convertido en el icono de la juventud; el consumo de alcohol y de drogas se confunde con la diversión; la música se ofrece como un «mundo alternativo», capaz de aislar a sus adictos de la vida real...

Recuerdo haber escuchado a quien fuera Cardenal de París, monseñor Lustiger (converso del judaísmo), la siguiente expresión: «Una buena parte de la población acampa fuera de la ciudad». En efecto, hoy es perfectamente posible que un ciudadano viva aislado de la «urbe» o de la «polis», inmerso en la «burbuja» de su cadena musical —en la que ni tan siquiera escucha las noticias—, visionando una y otra vez partidos de fútbol o películas, enganchado a los *realities* de la telebasura, y totalmente ajeno a los grandes retos y debates de la sociedad.

Mientras tanto... ¡mientras que nosotros estamos de fiesta!, pasan inadvertidas infinidad de noticias que nos deberían abrir los ojos a la estrategia de la que estamos siendo objeto... Noticias muy graves, no pocas veces, que no llegan a ocupar ni el más mínimo espacio en las páginas de los periódicos, y, menos aún, en los espacios televisivos... La estrategia del «pan y circo» tiene una gran capacidad de adormecernos, hasta el punto de sumirnos en la ignorancia y en la insensibilidad.

Señalo un ejemplo que me ha impulsado a escribir estas líneas. El pasado 27 de agosto, la ONU dio a conocer oficialmente la *Guía de educación sexual para el empoderamiento de los jóvenes*, que tiene el subtítulo de *Directrices internacionales para la educación sexual*. El documento está elaborado por la UNESCO, con el asesoramiento, entre otros organismos, de la UNICEF, la OMS y el Fondo para la Población de las Naciones Unidas (FNUAP-UNFPA).

En cuanto a los contenidos del documento, existen aspectos perfectamente asumibles desde una ética natural, e incluso desde una antropología cristiana; pero, desgraciadamente, se entremezclan en él indicaciones sobre la iniciación a la masturbación a partir de los cinco años, así como la mentalización en «los roles de género y en los estereotipos de género», es decir, se introduce desde la más tierna infancia en la en-

señanza la ideología de género abogada por el homosexualismo y el pansexualismo. Para los jóvenes, a partir de quince años, se propugna explícitamente la promoción del «derecho al acceso al aborto seguro».

El mero título de *Directrices internacionales para la educación sexual*, nos hace caer en la cuenta de que mientras que en occidente —¡el «nuevo Imperio Romano»!— vivimos en una permanente fiesta, está en marcha todo un plan estratégico, perfectamente diseñado, para cambiar los valores de nuestra civilización. Como alguien afirmaba con una gráfica expresión: «¡Están cambiando el agua de la pecera sin que se enteren los peces!».

Por ello, aún a riesgo de ser percibido por algunos como un aguafiestas, me atrevo a insistir: ¡Fiestas, sí; «pan y circo», no! Y es que... la auténtica fiesta no es una evasión de la realidad, sino todo lo contrario, es la capacidad de mirar la existencia con esperanza. Lo difícil no es organizar una fiesta, sino encontrar quien sea capaz de vivirla con verdadera alegría.

CUANDO EL SENTIMIENTO ANULA LA RAZÓN
El Norte de Castilla, 1 de agosto de 2009

A los pocos días de la muerte de Rayan, el niño fallecido por el trágico error de una enfermera en el Hospital Gregorio Marañón, Borja Montoro publicaba en el diario *La Razón* una viñeta gráfica, de esas que cuestionan nuestros presupuestos y ponen al descubierto nuestras hipocresías. El texto era el siguiente: «Si en lugar de haber muerto esta semana a causa de un dramático error, hubiese muerto hace un par de meses como consecuencia de un aborto, hoy nadie hablaría de esta pobre criatura».

Ciertamente, ha sido llamativo comprobar cómo la opinión pública nacional llegó a estar conmocionada por aquel suceso fortuito, al mismo tiempo que continuaba sin mayores resistencias la tramitación política de una legislación que considera el acceso libre al aborto como un «derecho».

Me permito también aducir como ejemplo otro suceso más lejano: en octubre de 1991 una niña de doce años, llamada Irene Villa, sufría

junto a su madre un cruel y despiadado atentado de ETA, en el que perdió las dos piernas y tres dedos de una mano. El telediario del mediodía ofreció unas impactantes imágenes en las que Irene se intentaba levantar del suelo sin ser consciente todavía de que le faltaban las piernas. Aquellas imágenes conmocionaron a la opinión pública, hasta el punto de que a las pocas horas, en lugares de notable connivencia con el terrorismo, se organizaron por primera vez, manifestaciones espontáneas contra la banda armada.

El influjo de aquellas imágenes había resultado más convincente que todos los discursos de condena de la actividad terrorista o, incluso, que los argumentos en favor de la dignidad de la vida humana... ¿Es que acaso, en los anteriores atentados terroristas, no se había derramado sangre o no se habían generado viudas y huérfanos? ¿Tendremos que reconocer, tal vez, que los argumentos racionales son incapaces de iluminar y cuestionar nuestras conciencias? ¿Tan inmaduros podemos llegar a ser, como para dejarnos dominar por nuestra emotividad —«ojos que no ven, corazón que no siente»?

De la misma manera que el impacto de unas imágenes y su efecto emotivo pueden llevar a la opinión pública a posicionarse en defensa de unos valores éticos, también puede ocurrir —y de hecho ocurre— exactamente lo contrario. Nuestra cultura actual, calificada por muchos como de «pensamiento débil», es fácilmente manipulable. ¡Es lo que ocurre cuando el sentimiento anula la razón!

Ciertamente, la cultura de hoy se caracteriza por una notable sobreexplotación del sentimentalismo, en detrimento del uso recto de la razón. Es más, no son pocas las personas que confunden los sentimientos generosos o altruistas con la pura emotividad, como si el hecho de conmoverse o emocionarse fuese sinónimo de tener una alta sensibilidad moral.

Es verdad que solemos calificar nuestra cultura como «racionalista». Sin embargo, no queremos decir con ello que nuestra cultura utilice en exceso la razón... ¡ni mucho menos! El racionalismo de nuestros días considera verdadero sólo aquello que es experimentable y palpable, rechazando la apertura a la fe. En realidad, para que los términos no llamen a la confusión, quizás debiéramos designar a la cultura actual como «materialista» o «tecnologicista», en lugar de racionalista.

La Iglesia compagina su discurso de fe, con el recurso continuo al discernimiento racional. Como reiteradamente está remarcando en su pontificado Benedicto XVI, una de las grandes tareas de la Iglesia es

reclamar la razón. Más aún, algunos han designado la pastoral de Benedicto XVI como una «pastoral de la inteligencia». En su última encíclica, *Caritas in Veritate*, el Papa hace afirmaciones como las siguientes: «Sin la verdad, la caridad cae en mero sentimentalismo». «La verdad libera a la caridad de la estrechez de una emotividad que la priva de contenidos relacionales y sociales, así como de un fideísmo que mutila su horizonte humano y universal» (n. 3).

Ciertamente, a pesar de lo dicho hasta aquí, queda en pie la expresión de Pascal: «El corazón tiene razones que la razón desconoce». Pero en nuestros días es necesario remarcar que no debemos confundir la emotividad con el afecto. El verdadero amor ha de ser afectuoso, pero no siempre emotivo. Y es que... ¡hay emociones que no construyen, y emociones que afianzan la afectividad en el amor! Solamente la razón será capaz de discernir entre ambas.

DE «REYES» Y «MENDIGOS»
El Norte de Castilla, 4 de julio de 2009

Recién acontecida la muerte del cantante Michael Jackson, y cuando los medios de comunicación se prodigaban en difundir la noticia con todo tipo de detalles y especulaciones, me encontraba con un grupo de adolescentes que recibían el sacramento de la Confirmación. Parecía lógico que aquella noticia tuviese cabida en nuestra conversación, habida cuenta del eco que estaba alcanzando.

No creo que haga falta convencer a nadie del influjo tan notable que pueden llegar a tener las estrellas musicales en nuestro horizonte cultural, moral y espiritual, y especialmente en el caso de los jóvenes. El hecho de que un icono tan destacado de la música moderna, considerado como el «rey del pop», haya llevado una existencia tan contradictoria y concluya sus días de una manera tan dolorosa, nos invitaba a una serena reflexión sobre la fragilidad de los valores de la cultura occidental:

—¿Sabéis? ¡También yo tenía aproximadamente vuestra misma edad cuando murió Elvis Presley, el «rey del rock»! ¿No os parece mu-

cha casualidad que estas dos «estrellas» hayan muerto de una forma tan similar?

—¡De casualidad nada! —me respondió uno de aquellos jóvenes—. ¡El mismo Michael Jackson había manifestado que tenía el temor de «terminar como Elvis»!

No está de más añadir que nuestros jóvenes son bastante más lúcidos de pensamiento de lo que muchas veces solemos suponer.

Divorcio entre el gusto estético y el bien moral

El hecho de que la cultura dominante esté tan profundamente marcada por el subjetivismo y el relativismo contribuye más, si cabe, a que el gusto estético sea entendido como algo puramente arbitrario (¡sobre gustos no hay nada escrito!). Son muchos quienes piensan que sus gustos e inclinaciones musicales nada tienen que ver con los valores de su vida, máxime cuando en muchos casos nos cuesta entender la letra de las canciones.

Lo cierto es que algunos mitos o «iconos» musicales han ejemplificado con sus vidas el inexorable callejón sin salida al que conduce la disociación entre la estética y el bien moral del ser humano. ¿Cómo se compagina el que un artista alcance el cenit de su carrera profesional, al mismo tiempo que crece su grado de desesperanza? ¿Cómo es posible que la opinión pública dirija su admiración hacia unos «reyes» que, en el fondo, no son sino «mendigos» de una felicidad, la cual son incapaces de alcanzar?

La humildad de saberse instrumento

¡Qué difícil es mantenerse en la cumbre de la fama sin corromperse! ¡Qué fácil es caer en la tentación de un endiosamiento que termina por ensombrecer el valor de la obra artística! Posiblemente, una de las tentaciones más frecuentes en el mundo del espectáculo consista en desviar la atención de lo objetivo a lo subjetivo: de la obra musical, al cantante ídolo; del deporte, a la estrella galáctica... terminando por fomentar un culto a la imagen, que anula la conciencia de sabernos «instrumentos» de un misterio de verdad y de bondad que nos precede y nos supera.

La vida y la muerte de Michael Jackson esconden la tragedia de toda una generación incapaz de alcanzar una libertad por la que suspira. ¿Hasta qué punto estamos marcados y condicionados por las heridas generadas por la desestructuración familiar? ¿En qué consiste la libertad: en hacer lo que queramos o en querer lo que nos corresponde hacer? En última instancia, ¿la felicidad consiste en inventar una realidad a nuestro capricho, o más bien en querer conformar nuestro deseo con la voluntad divina?

Michael Jackson ha sido una «parábola» —y al mismo tiempo una «víctima»— de nuestra época, un «paradigma» del occidente carente de cimientos sólidos, capaz de lo mejor y lo peor, generoso y caprichoso, materialista e idealista... un genio tan contradictorio como nuestra cultura misma.

No sería justo que metiésemos en el mismo saco todas las experiencias de la música moderna. Existen intentos serios de plasmar un mensaje de esperanza en expresiones musicales innovadoras, como es el caso del conjunto irlandés U2, que actúa estos días en Barcelona. En una reciente entrevista, el solista del grupo, Bono, declaraba que se había inspirado en la arquitectura del maestro Gaudí para crear el escenario de su gira: «Gaudí hacía un lugar donde la gente podía rezar. Y para nosotros la música es una plegaria. A veces es a Dios, a veces es a tu amor, pero siempre una plegaria». En efecto, la clave de un producto musical de calidad no puede estar exclusivamente en el genio del artista, sino también en su propuesta de sentido, además de en la coherencia moral de su vida.

DE LA MANO DE SAN PABLO

Diario Palentino, 28 de junio de 2009

Coincidiendo con la Solemnidad de San Pedro y San Pablo, hace un año se inauguraba el Jubileo del Año Paulino, convocado por Benedicto XVI con motivo del dos mil aniversario del nacimiento del «Apóstol de los gentiles». Llegado el momento de su clausura, damos gracias a Dios porque, pasados estos doce meses, nos hemos familiarizado más

con la vida y el legado espiritual de San Pablo, cuyas Cartas escuchamos con tanta asiduidad en las Eucaristías dominicales.

A lo largo de este año se ha realizado un notable esfuerzo a distintos niveles para dar a conocer su figura y su doctrina: homilías dominicales, publicación de biografías, conferencias divulgativas, congresos académicos, cursillos formativos sobre sus diversas Cartas, peregrinaciones tras las huellas de San Pablo por la llamada Ruta Paulina, películas, etc. De una forma especial, cabe destacar las veinte catequesis impartidas por el Papa, en los habituales encuentros que mantiene los miércoles con los peregrinos que acuden a Roma. La editorial de la Conferencia Episcopal Española (Edice), ha publicado estas bellísimas y profundas catequesis en un libro titulado *Aprender de San Pablo*, que bien pudiera servirnos para dejar grabado en nosotros el legado de este Año Paulino que ahora finaliza. Mención aparte merece la incorporación de las Iglesias ortodoxas a este Jubileo convocado por el Papa, tal y como anunció el Patriarca Ecuménico de Constantinopla, Bartolomé I.

Sólo los enamorados enamoran

La fuerza de San Pablo nace de su profunda experiencia interior: «Vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gál 2, 20). Fundado en la conciencia de saberse amado incondicionalmente por Cristo, Pablo vive con radicalidad los consejos evangélicos: «Por mi parte, muy gustosamente me daré y me desgastaré totalmente por vosotros» (2 Cor 12, 15). La consecuencia lógica de todo esto es que la figura de Pablo «arrastró» en su tiempo —y lo sigue haciendo en el presente— a muchísimas personas, al seguimiento de Cristo: «Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo» (1 Cor 11, 1).

He aquí una de las intuiciones que más ha sido subrayada en este Año Paulino que llega a su fin: la Nueva Evangelización sólo podrá ser acometida con éxito por quienes estén «enamorados de Cristo». Las características del momento en que vivimos acentúan más, si cabe, esta convicción. La secularización interna de la Iglesia se caracteriza por un estilo de vida relajada, «alérgico» a cualquier sacrificio y renuncia, que se expresa con un discurso plano, en el que sólo se desarrollan los puntos de consenso con la cultura dominante. La experiencia nos demuestra que, por este camino, todos los proyectos pastorales están condenados a la esterilidad.

San Pablo no buscó gratuitamente conflictos, pero tampoco los rehuyó cuando se presentaron. Nunca cedió a la tentación de procurar una falsa armonía con su entorno, sino que «combatió» decididamente con la espada de la palabra. En su ministerio apostólico no faltaron incomprensiones y disputas, tal y como él mismo reconoce: «Tuvimos la valentía de predicaros el Evangelio de Dios entre frecuentes luchas... Como sabéis, nunca nos presentamos con palabras aduladoras» (1 Tes 2, 2. 5).

Sin embargo, no podemos olvidar que la clave del ministerio de San Pablo no está en su espíritu combativo; más bien hemos de decir que la clave del espíritu combativo de Pablo se explica por su «encuentro» con el Resucitado: «Todo lo juzgo como pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús. Por Él lo perdí todo, y todo lo estimo basura con tal de ganar a Cristo» (Flp 3, 8). Lo que motiva a San Pablo es el hecho de ser amado por Cristo, de donde se deriva un celo apostólico inagotable. El espíritu de lucha que muestra el Apóstol de los gentiles en sus Cartas, así como su capacidad de sufrimiento, es proporcional a su amor por Cristo.

La sabiduría de la cruz, cumbre del amor

La vida de San Pablo es un ejemplo práctico del mensaje evangélico que nos introduce en la sabiduría de la cruz: «Nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para nosotros [...], fuerza de Dios y sabiduría de Dios» (1 Cor 11, 23). Aunque pueda parecer paradójico, la cruz es «sabiduría» para los judíos, porque revela el auténtico rostro de Dios, que el Antiguo Testamento sólo había podido mostrar parcialmente. Al mismo tiempo, la cruz es «sabiduría» frente a la filosofía griega, demasiado segura de sí misma y de su lógica.

Gracias a Jesucristo, la cruz se ha convertido en la llave humilde que nos abre al misterio de la gracia divina. Así lo ha experimentado San Pablo a lo largo de toda su vida: «Te basta mi gracia, porque mi fuerza se manifiesta en la flaqueza. Por tanto, con sumo gusto seguiré gloriándome en mis flaquezas para que habite en mí la fuerza de Cristo [...] porque cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Cor 12, 10).

Éste es el regalo que nos da San Pablo como conclusión de su Año Jubilar: la sabiduría de la cruz, reveladora del amor. La cruz es el cami-

no que certifica y autentifica el amor... ¡No tengamos miedo a la cruz, porque sería tanto como tenerle miedo al amor! Es imposible acercarse a la figura de San Pablo sin recibir una invitación a la conversión. ¡Glorifiquemos a Dios por la vida de Saulo de Tarso, testigo del amor apasionado de Dios por cada uno de nosotros y de la respuesta ardiente de quienes se dejan alcanzar por la llamada divina!

CERRO DE LOS ÁNGELES, EL «EPICENTRO»

La Razón, 17 de junio de 2009

Todo terremoto tiene un hipocentro desde el que se expanden en todas las direcciones las temidas ondas sísmicas... Pero hay también otro tipo de terremotos «benéficos», que sólo liberan «ondas de vida», cuyo foco emisor necesita ser reconocido con los ojos de la fe...

La renovación de la Consagración de España al Corazón de Jesús, que tendrá lugar el próximo domingo 21 en el Cerro de los Ángeles, nos ofrece la posibilidad de sumarnos a una «onda expansiva» de incalculable potencia. Como decían los clásicos, el bien es difusivo; y no existe un bien mayor que el Amor de Dios Padre manifestado en su Hijo Jesucristo.

Citemos brevemente cinco claves para comprender mejor el sentido de la renovación de la Consagración de España al Corazón de Jesús, que nos disponemos a realizar:

1. **Volver al «amor primero»:** En realidad, nuestra consagración fundamental tuvo lugar en el bautismo. La consagración que hacemos ahora no es sino una toma de conciencia de nuestra pertenencia a Dios. Lo más trágico que ha podido suceder en nuestra vida es haber dado la espalda al Amor de Dios. Por el contrario, lo más gozoso es el regreso al Corazón de Dios, para comprobar que nuestro nombre estaba inscrito en él desde siempre.
2. **Llamada a la reparación:** Reparar es recuperar el tiempo perdido, viviendo el momento presente en intensidad de amor. Nos sentimos también corresponsables de los pecados de nuestro prójimo (¡el que

esté libre de pecado que tire la primera piedra!). La reparación es una llamada a ejercer de cirineos, cargando sobre nuestros hombros la cruz del mundo...

3. **Fundarlo todo en Cristo:** Solamente cuando la justicia social es fundada en Cristo, somos capaces de reconocer la dignidad de todo ser humano, especialmente de los más desvalidos... La historia está demostrando que necesitamos de Cristo para reconocer la ley natural, tal y como nos advertía aquella «profecía» de Chesterton: «Quitad lo sobrenatural, y no encontraréis lo natural, sino lo antinatural».
4. **Proposición, no imposición:** En contra de lo que algunos sospechan y recelan, la Consagración de España al Corazón de Jesús es una invitación y no una imposición, dirigida a todos y a cada uno de los españoles: «Mira que estoy a la puerta llamando, si alguno escucha mi voz y me abre, entraré y cenaremos juntos» (Ap 3, 20).
5. **Desde dentro hacia afuera:** Las verdaderas revoluciones surgen en el interior del hombre, y llegan a transformar las estructuras exteriores. Las falsas revoluciones, por el contrario, son las que comienzan imponiendo un cambio de estructuras, sin capacidad alguna de sanar el drama interior del hombre... La Consagración al Corazón de Jesús marca el cumplimiento de la profecía de Ezequiel: «Arrancaré de vosotros el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne» (Ez 36, 26). Sin olvidar que no se trata de una espiritualidad meramente «interiorista», sino que pone en marcha un proceso de renovación social hacia el reinado de Cristo.

«TODA RODILLA SE DOBLE...» (FLP 2, 10)

Diario Palentino, 14 de junio de 2009

La celebración del Corpus Christi se nos ofrece como la antesala para el inicio de la Adoración Perpetua en nuestra Diócesis. El próximo viernes 19, solemnidad del Corazón de Jesús, celebraremos la Santa Misa en nuestra catedral, a las 20.00 h., en la que, además de dar inicio al Año Jubilar Sacerdotal y de renovar la Consagración de Palencia al Corazón de Jesús, concluiremos llevando en procesión al Santísimo

Sacramento hasta la iglesia de las Clarisas, dando así inicio a la Adoración Perpetua. Sirvan estas líneas de hoy como ayuda para crecer en la comprensión de nuestra devoción eucarística.

Arrodillarse ante Cristo, remedio de toda idolatría

En la homilía que Benedicto XVI pronunciaba en el Corpus del año pasado, realizaba una hermosa catequesis sobre el significado de esta postura corporal en la oración y en la liturgia: «Arrodillarse en adoración ante el Señor [...] es el remedio más válido y radical contra las idolatrías de ayer y hoy. Arrodillarse ante la Eucaristía es una profesión de libertad: quien se inclina ante Jesús no puede y no debe postrarse ante ningún poder terreno, por más fuerte que sea. Nosotros los cristianos, sólo nos arrodillamos ante el Santísimo Sacramento».

En su obra *El espíritu de la liturgia*, el entonces cardenal Ratzinger daba respuesta a la objeción que juzga que la cultura moderna es refractaria al gesto de «arrodillarse». Con clarividencia y profunda convicción afirmaba que «quien aprende a creer, aprende también a arrodillarse. Una fe o una liturgia que no conociese el acto de arrodillarse estaría enferma en un punto central».

El hecho de que en nuestros días se esté extendiendo la costumbre de permanecer de pie en el momento de la consagración en la Santa Misa, o de que se suprima alegremente la genuflexión al pasar ante el sagrario, no parece que sea algo casual o insignificante. La «herejía» más extendida en nuestro tiempo —la secularización— no se caracteriza tanto por negar verdades concretas del Credo, cuanto por debilitar la firmeza de nuestra adhesión a la fe. Da la impresión de que lo políticamente correcto fuese creer a «cierta distancia», sin entregar plenamente nuestro corazón. En el fondo, estamos ante el olvido de aquellas palabras de Jesús: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser. Este mandamiento es el principal y primero» (Mt 22, 37-38).

No podemos olvidar que la adoración es el mejor antídoto frente al relativismo y que, por lo demás, es indudable que la genuflexión está estrechamente ligada al acto de adoración: es el reconocimiento que la creatura hace del Creador, es la manifestación humilde de nuestra sumisión ante un Dios todopoderoso que, paradójicamente, también «se ha arrodillado» ante nosotros en la encarnación, en su

muerte redentora y en su decisión de permanecer entre nosotros en la Sagrada Eucaristía.

Mención aparte merecen tantas personas que bien quisieran poder expresar de rodillas su adoración a Cristo, y que por limitaciones físicas se han de contentar con hacerlo con una inclinación u otros gestos de fervor y cariño. ¡Cuántas lecciones nos dan con su valiente perseverancia, sin rendirse a sus «achaques»!

Comulgar «a Cristo» y comulgar «con Cristo»

«El segundo mandamiento es semejante a éste: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". Estos dos mandamientos sostienen la Ley entera y los profetas» (Mt 22, 39-40). En efecto, el acto de adoración a Dios es consecuentemente seguido del ejercicio de la caridad con todos los necesitados. Éste es el motivo por el que la Iglesia ha unido los dos días «más eucarísticos» del año (Jueves Santo y Corpus Christi), a nuestro compromiso con los pobres, ejercido especialmente a través de Cáritas.

El acto de comulgar no termina con la recepción del sacramento. Recurro de nuevo a otras palabras del cardenal Ratzinger recogidas en el citado libro: «Comer a Cristo es un proceso espiritual que abarca toda la realidad humana. Comerlo significa adorarlo. Comerlo significa dejar que entre en mí, de modo que mi yo sea transformado y se abra al gran "nosotros", de manera que lleguemos a ser uno solo con Él».

Por lo tanto, comulgar «a Cristo» supone también comulgar «con Cristo», es decir, comulgar con todo lo que Él ama, con sus preocupaciones, alegrías, esperanzas y sufrimientos... de una forma especial, con sus predilectos, los pobres. Ciertamente, estamos ante dos señales determinantes para evaluar la calidad de nuestra participación en la Sagrada Eucaristía: la actitud de adoración y —fruto de ésta— nuestro compromiso con los necesitados.

¿CRISIS ECONÓMICA O CRISIS MORAL?
El Norte de Castilla, 6 de junio de 2009

La Iglesia Católica está expectante ante la inminente publicación de la tercera encíclica de Benedicto XVI, con el título de *Caritas in Veritate* (El Amor en la Verdad), que abordará aspectos de la Doctrina Social. Sin lugar a dudas, será un instrumento importante para ayudarnos a realizar una lectura específica sobre las causas morales de la crisis económica en la que estamos inmersos. La reflexión del Papa se promete especialmente interesante, habida cuenta de que en el año 1985, dentro del Simposio «Iglesia y Economía en Diálogo» en Roma, el entonces cardenal Ratzinger pronunciaba una conferencia («Market Economy and Ethics»), en la que predecía la crisis que ahora padecemos. Aquel vaticinio del futuro Papa, no estaba fundado tanto en teorías económicas, cuanto en la constatación de la violación de los principios de la justicia social. Dicho de otro modo, los problemas económicos son predecibles cuando tienen unas causas morales, y éstas deben ser abordadas si no queremos que la crisis se cierre en falso...

Con frecuencia oímos hablar de la crisis económica, como si se tratase de una estación cíclica de la naturaleza —la primavera, el verano, el otoño o el invierno—; de forma que la política económica se limita a centrarse en la búsqueda de medidas que alivien el impacto de los malos momentos. Pocos parecen atreverse a reconocer y denunciar las causas morales de esta recesión y a plantear soluciones estructurales que sanen de raíz el problema. ¡Algo parecido a lo sucedido con las recetas para controlar la extensión de la epidemia del sida! En este caso el Papa tuvo la valentía de poner el dedo en la llaga, afirmando que era totalmente necesaria la educación en una sexualidad responsable, puesta al servicio de la vocación del ser humano al amor estable. Sus palabras causaron escándalo en quienes pretendían solucionar un problema tan grave, mediante el mero recurso técnico del preservativo. Salvando las distancias... ¡estamos en las mismas! Sería bastante absurdo suponer que las causas desencadenantes de esta crisis económica vayan a quedar subsanadas por el mero recurso a unos «parches» multimillonarios, que impidan el hundimiento del sistema financiero, obviando los problemas de fondo.

Mención aparte merece la reflexión en torno a la licitud moral de las medidas tomadas en apoyo al sistema financiero. Al contrario de lo ocurrido en otras naciones, como Alemania o Estados Unidos, llama la

atención que en España se haya asumido el empleo de ingentes recursos públicos para salvar la banca privada, sin el más mínimo debate ético y, prácticamente, sin resistencia social alguna. ¿Qué explicación cabe dar al hecho de que unas entidades financieras anuncien el récord de beneficios en un ejercicio contable, y el año siguiente tengan que recurrir a recibir ayudas públicas?

Cito unas palabras de Benedicto XVI dirigidas el 30 de marzo del presente año al Primer Ministro del Reino Unido, Gordon Brown: «Si un elemento clave de la crisis es un déficit de ética en las estructuras económicas, esta misma crisis nos enseña que la ética no es "externa", sino "interna", y que la economía no puede funcionar si no lleva en sí un componente ético».

Consumir con templanza

Me centro en este momento en dos factores importantes que forman parte del problema moral causante de la crisis económica. El primero es la falta de templanza en el consumo. En muchas ocasiones se trata de una falta de templanza en el consumidor, artificialmente provocada desde multitud de resortes publicitarios, culturales, políticos, etc. Es bastante evidente que los datos espectaculares del crecimiento económico vivido antes de la crisis estaban ligados a un consumo artificialmente «inflado», que resulta insostenible a medio plazo.

Por desgracia, lejos de afrontar el problema de fondo, los responsables de la economía están dirigiendo a la población diversos llamamientos a reactivar el consumo, proporcionando para ello todo tipo de incentivos, como único medio para salir de la crisis. En vez de educar en el consumo necesario, creamos necesidades donde no las hay, para mantener unas expectativas económicas irreales. Por este camino, fácilmente podríamos salir de una crisis para entrar en otra...

Inversión en los países pobres

Si los bienes de producción —tanto materiales como inmateriales— no se ponen de forma equilibrada al servicio del desarrollo del Tercer Mundo y de los países en vías de desarrollo, paradójicamente, nuestro pecado de insolidaridad se vuelve contra nosotros mismos. En efecto,

estamos viendo cómo nuestras multinacionales deslocalizadas en países pobres pueden llegar a realizar una producción en condiciones infrahumanas, a precios sin posible competencia, hasta el punto de estrangular a muchas empresas en occidente. La lógica capitalista de la máxima ganancia termina por convertirse en la tumba de la economía mundial (sin excluir a sus impulsores).

¡Dios quiera que la anunciada nueva encíclica del Papa, *Caritas in Veritate*, reciba una buena acogida y suscite un profundo debate! Será una gran oportunidad para abordar las dimensiones morales de la economía del mundo contemporáneo.

GUIADOS POR EL ESPÍRITU SANTO

Diario Palentino, 31 de mayo de 2009

Este mes se despide con la coincidencia de la solemnidad de Pentecostés y la tradicional fiesta mariana del 31 de mayo. Una buena ocasión para sentirnos cautivados por el modelo de la Virgen María, «Esposa del Espíritu Santo», que ha sido la criatura humana que con mayor docilidad se ha dejado moldear y conducir por el Espíritu de Dios.

Nuestra fe católica afirma que la tercera persona de la Santísima Trinidad procede del Padre y del Hijo. Con profunda veneración, constatamos además que la presencia y la intercesión de María en el Cenáculo fue providencial para que los Apóstoles recibiesen el don del Espíritu en el primer Pentecostés de la era cristiana. Dios ha querido que el mayor de sus dones, el Espíritu Santo, tenga a María por «madrina», al igual que el resto de las gracias del Cielo.

El Espíritu Santo, plenitud de la obra de Cristo

Para que nos demos cuenta de la importancia del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia, nos puede ayudar el reflexionar sobre las palabras de Jesús en el Evangelio de San Juan: «Os conviene que yo me vaya, porque así vendrá a vosotros el Espíritu que viene de mi Padre» (Jn 16, 7).

Dicho de otra manera: ¡hemos «salido ganando» con la Ascensión de Jesús a los cielos, porque fue compensada con creces en la venida del Espíritu Santo! En efecto, sin la acción del Espíritu Santo no habríamos podido conocer en profundidad a Jesucristo: «Pero el abogado, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, hará que recordéis cuanto yo os he enseñado y os lo explicará todo» (Jn 14, 26).

Dos errores distintos, pero convergentes

Necesitamos renovar nuestra fe en el Espíritu Santo, precisamente cuando se está extendiendo la absurda creencia de que el «acceso» a la figura de Jesucristo haya podido permanecer vedado hasta el momento presente. Parece que gracias a algunas recientes investigaciones ¡estaríamos en disposición de conocer, por primera vez, el mensaje original de Jesucristo! Esta falsa suposición se está difundiendo en ámbitos y niveles bien distintos.

En primer lugar, la encontramos muy desarrollada en la abundante literatura y filmografía anticatólica de corte esotérico. Se intenta intoxicar a la opinión pública, presentando lo que es mera quimera e invención, bajo un ambiguo formato que emula a la historia novelada. Los guiones de estas producciones son muy similares: la Iglesia Católica habría «secuestrado» al auténtico Jesucristo a lo largo de la historia, hasta que ha llegado este momento en que somos liberados de la ignorancia, gracias al descubrimiento de algún papiro secreto que habría sido ocultado y custodiado a lo largo de los siglos por las órdenes oscurantistas medievales. ¡La cosa sería para tomarla a risa, si no fuera por la desafección sembrada, que lleva incluso a confundir la ficción con la realidad!

Pero no estamos hablando exclusivamente de un fenómeno extraeclesial. Entre nosotros, también se desarrollan métodos exegéticos que buscan el acceso al «Jesús histórico», que bien parecen dar crédito a la premisa de que la fe en Jesucristo predicada por la Iglesia Católica se haya alejado de la figura originaria. En efecto, determinadas exégesis de los textos evangélicos utilizan exclusivamente el método histórico-crítico, y desprecian o ignoran la exégesis canónica que la Iglesia ha realizado durante veinte siglos bajo la asistencia del Espíritu Santo. Quienes así proceden parecen olvidarse de que el Magisterio de la Iglesia y los mismos santos han sido inspirados, y sostenidos en todo mo-

mento, por la acción del Espíritu, para profundizar y predicar el misterio de Cristo.

Nosotros no dudamos de que la promesa de asistencia del Espíritu se ha visto cumplida con creces, de forma que hoy estamos en disposición de hacer una afirmación que posiblemente pueda sorprender y escandalizar a quienes han asumido los errores de planteamiento a los que nos hemos referido: los católicos del siglo XXI tenemos un conocimiento mucho más profundo y exacto de la figura y del mensaje de Jesucristo que el que tuvieron sus primeros discípulos. Más aún, no nos cabe duda de que los cristianos que vivan dentro de cinco siglos se habrán acercado a Jesucristo y a su Evangelio, todavía más que nosotros.

En pocas palabras: el paso del tiempo no nos ha alejado de Jesucristo, sino todo lo contrario, ya que es el Espíritu Santo quien dirige la historia de la salvación hasta la plena manifestación del Señor en la Parusía. Mientras tanto, el Paráclito, el Espíritu de la Verdad, continúa guiándonos hacia la plena comprensión del misterio de Cristo, nos fortalece con sus dones y nos enriquece con sus carismas.

Nos preparamos para un nuevo Pentecostés porque Dios desea completar en nosotros la santidad que obró en María. Así lo decía el «Papa bueno», el beato Juan XXIII: «El Espíritu Santo, que formó el cuerpo de Cristo en el seno de María, forma también, une, sana y fortifica a los miembros de Cristo». Por ello, por intercesión de Santa María suplicamos: ¡Ven, Espíritu Santo!

INTERNET: ÁNGEL Y DEMONIO

Diario Palentino, 24 de mayo de 2009

En la solemnidad de la Ascensión del Señor celebramos en la Iglesia Católica la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales. En su mensaje de este año 2009, el Papa nos habla sobre las nuevas tecnologías de la comunicación y nos invita a reflexionar sobre las luces y sombras, ventajas e inconvenientes morales que tiene la utilización de estos medios. Nuestra intención en este artículo es centrarnos, de forma específica, en las posibilidades y riesgos de Internet.

¡Bendita red!

La expresión no es mía, sino del director de la Oficina de Prensa de la Santa Sede, el jesuita Federico Lombardi. La pronunció el pasado mes de abril en la Universidad de Salamanca, tras ser investido Doctor honoris causa. El portavoz del Papa afirmaba que «Internet es una herramienta única para comunicarse», y sorprendió con la expresión laudatoria: «¡la bendita red!».

También Benedicto XVI elogia las potencialidades de las nuevas tecnologías a las que califica como «don para la humanidad», y a las cuales conecta con el anhelo del ser humano por establecer lazos de comunión. Señalemos brevemente algunas de las ventajas de Internet:

- Acceso a una información libre y plural, fuera del control y monopolio que ejercen las empresas de comunicación sobre otros medios de expresión.
- Abaratamiento de los costes de la comunicación, lo cual permite estrechar lazos entre amigos, familiares, misioneros, etc.
- Acceso inmediato a estudios e investigaciones, que ponen la cultura al alcance de todos.
- Desarrollo de sitios Web y redes sociales que aúnan esfuerzos en causas justas y altruistas, defendiendo los derechos humanos, el respeto a la vida, el bien de la naturaleza, etc.
- Agilidad en el aprendizaje, gracias a la naturaleza interactiva del medio.

¿Maldita red?

Sin embargo, seríamos muy ingenuos si solamente nos limitásemos a cantar las «loas» de Internet. El Papa no deja de señalar también en su mensaje los problemas morales que se derivan de su uso incorrecto:

- Adicción insana. Es un riesgo que hay que tener en cuenta (sin olvidar que algo semejante ocurre con la televisión). Cuando el uso de Internet se convierte en obsesivo, no sólo perdemos la necesaria libertad, sino que corremos el riesgo de padecer un grave aislamiento. El uso compulsivo de Internet llega a alterar los rit-

mos de descanso, el diálogo y la convivencia familiar, etc. Por todo ello, parece conveniente que en el hogar se establezca una disciplina en el tiempo y modo de su utilización.

- Acceso inmediato a contenidos negativos. Existe un serio problema por el hecho de que la pornografía, la violencia y tantos otros contenidos inmorales estén al alcance de un simple «clic». La ausencia de distancia entre el bien y el mal no contribuye en nada al dominio propio, sino que favorece que la voluntad quede avasallada por la curiosidad y los impulsos pasionales.

  Se calcula que en Internet están colgadas 372 millones de páginas pornográficas y que diariamente se realizan 68 millones de búsquedas de este género (el 25% del total). Parece un dato suficientemente contundente como para concluir en la conveniencia de proteger el ordenador de nuestro hogar con filtros especializados.
- Difusión de bulos, habladurías e indiscreciones. La inmediatez de Internet favorece la rápida difusión de difamaciones y noticias inexactas, agresiones a la intimidad, etc., mediante anonimatos y ocultamientos de identidad. Curiosamente, España es el país del mundo que más rumores difunde a través de la red. La indiscreción propia de nuestra cultura, que ha hecho del rumor un entretenimiento lúdico, es la causa de que el 70% de los bulos de Internet tengan su origen en España. No podemos dejar en el olvido aquellas palabras tan exigentes de Jesucristo: «Os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres darán cuenta en el día del Juicio» (Mt 12, 36).

En realidad, hablando con propiedad, hemos de concluir diciendo que la red de Internet no es «bendita» ni «maldita», sino que es el uso que hacemos del medio el que lo califica moralmente. Por lo tanto, más allá de los aspectos técnicos, la educación moral en el uso de Internet es imprescindible para que la red esté al servicio de la libertad humana, y no sea uno de los lugares en los que más se promueva nuestra esclavitud.

Con la confianza en el bien que las nuevas tecnologías pueden aportar al hombre, Benedicto XVI ha lanzado el siguiente reto a los jóvenes: «¡Brindad el testimonio de vuestra fe a través del mundo digital! Utilizad estas nuevas tecnologías haciendo conocer el Evangelio, para que la Buena Noticia del Amor infinito de Dios a todos los

pueblos resuene de forma nueva en todo nuestro mundo cada vez más tecnológico».

ADOREMOS

Diario Palentino, 17 de mayo de 2009

La Iglesia Católica en Palencia se ha embarcado en un singular proyecto de máxima trascendencia. Me estoy refiriendo a la puesta en marcha de la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento: una expresión de fe por la que la Sagrada Eucaristía podrá ser adorada, 24 horas al día, los 365 días del año. Durante algunas semanas, un religioso misionero del Santísimo Sacramento recorre las parroquias de nuestra capital palentina, catequizando e invitando a sumarnos a todos a esta iniciativa. ¿Querrá Dios que el 19 de junio, Solemnidad del Sagrado Corazón, podamos iniciar en Palencia un camino de adoración «a perpetuidad»? ¿Adorar al Señor día y noche, sin interrupción, hasta que Él vuelva? ¡Dios lo quiera!

¿Qué es adorar? Una chaqueta como ejemplo

Estamos en una cultura pragmática en la que fácilmente despreciamos todo aquello que no tenga una practicidad inmediata y palpable. Cuando alguien invoca los valores espirituales, no es extraño que se le responda: «¡Eso no nos da de comer!», o expresiones similares. ¿Para qué sirve «adorar»? ¿Qué sentido tiene ponerse de rodillas ante una custodia, con la cantidad de cosas que tenemos que hacer cada día?

En primer lugar conviene que recordemos que la adoración es connatural al ser humano. Lo normal es que la criatura adore al Creador. De hecho, aspiramos a que ése sea nuestro «quehacer» por toda la eternidad, en el Cielo, donde ángeles y santos adoran ya al Dios que hizo cielo y tierra.

Imaginemos una chaqueta caída en el suelo... Si alguien recogiese esa prenda de vestir sujetándola desde el extremo de una de sus man-

gas, o desde uno de sus bolsillos, el resultado sería un notable desbarajuste. La chaqueta debe ser prendida desde los hombros, para colgarla adecuadamente en su percha.

Con la adoración ocurre algo similar: adorar es coger la vida «por los hombros», y no «por la manga». Quien pone a Dios en la cumbre de los valores de su existencia observa que «todo lo demás» pasa a ocupar el lugar que le corresponde. Adorando a Dios se aprende a relativizar todas las cosas que, aun siendo importantes, no deben ocupar el lugar central, que no les corresponde. La educación en la adoración es totalmente necesaria para el vencimiento de las tentaciones de idolatría, en todas sus versiones y facetas: «Al Señor tu Dios adorarás y solo a Él darás culto» (Mt 4, 10).

Una presencia determinante

Recuerdo haber escuchado a un misionero el siguiente relato, del cual había sido él mismo protagonista. Para preparar a los niños a su primera comunión, les había juntado en la capilla de su misión, en plena sabana africana. Ante el tabernáculo, les hablaba con entusiasmo sobre una de las maravillas de nuestra fe: la presencia real de Cristo en la Eucaristía... «¡Dios está aquí! ¡Se ha quedado entre nosotros para que no estemos nunca solos» —les decía a los niños, señalándoles el sagrario. Aquellos niños escuchaban con viva atención y con honda impresión. Uno de ellos, de los más pequeños, levantaba su mano con insistencia, pidiendo el uso de la palabra para aclarar sus dudas. Llegado su turno, dirigía al misionero una inocente pregunta, que éste no olvidaría en su vida: «Y tú por las noches, ¿te vas a la cama y le dejas a Jesús aquí solo...?».

En nuestro examen de conciencia es necesario que revisemos si la distribución de nuestro tiempo, a lo largo de la jornada, corresponde a la fe que profesamos. Por ejemplo, ¿tiene sentido que dediquemos mucho más tiempo a la pantalla televisiva que al sagrario? ¿Qué cabe decir de quienes afirmamos creer en la presencia del Señor en la Eucaristía, y sin embargo hacemos tan poco por procurar su compañía? Vale la pena cualquier sacrificio, ya sea grande o pequeño, por encontrar un rato junto al Amor de los amores. No somos nosotros quienes «le hacemos un favor» al adorarle; es Él quien nos regala sus dones cuando acudimos a visitarle.

Corazón de la Diócesis

El proyecto de la Adoración Perpetua está llamado a ser el «epicentro» de la vida diocesana. No lo dudemos, el punto céntrico de Palencia se ubicará en la custodia en la que adoremos perpetuamente a Cristo. Todo lo demás, girará a su alrededor, como un satélite...

Os invito a todos a que os suméis a este proyecto, eligiendo una hora semanal para realizar vuestro turno de adoración, de forma que todos reclinemos nuestra cabeza sobre el costado del Señor, como hizo el «discípulo amado» (cf. Jn 13, 25). Bien podemos entender como dirigidas a nosotros aquellas palabras evangélicas: «El Maestro está ahí, y te llama» (Jn 11, 28)

LA NIÑA DEL EXORCISTA
Diario Palentino, 10 de mayo de 2009

He de confesar que la reacción de algunos círculos políticos y medios de comunicación ante los pronunciamientos de la Iglesia Católica y, más en particular, del Papa, me trae a la memoria a la niña de la película *El exorcista*, que veíamos allá por 1973, cuando todavía el flequillo nos tapaba la frente. Recuerdo con viva impresión aquellas escenas en las que una niña, de nombre Regan, se convulsionaba de forma violenta sobre la cama, levitaba, echaba espumarajos por la boca, se le entornaban los ojos y hasta giraba completamente su cabeza... ¡Y todo porque habían derramado sobre ella unas «inocentes» gotas de agua bendita!

Bromas aparte, tras las declaraciones de Benedicto XVI en una rueda de prensa, en la que se limitó a afirmar que la pandemia del sida no puede ser vencida exclusivamente por el recurso al preservativo, sino que se requiere una educación en una sexualidad responsable, hemos sido testigos de unas respuestas absolutamente desproporcionadas, injustificadas y muy reveladoras del «misterio» de fondo que se esconde tras estas reacciones «convulsivas»...

«Vendrán tiempos en que no se soportará la sana doctrina...»

Ya que estamos dentro del Año Paulino, en el que conmemoramos el dos mil aniversario del nacimiento del apóstol de los gentiles, creo que nos conviene considerar sus proféticas palabras dirigidas a Timoteo, que son una prueba viva de que no han cambiado tanto las dificultades a las que la Iglesia se enfrenta en la tarea de la evangelización: «Proclama la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo, argumenta, reprende y exhorta echando mano de toda tu paciencia en enseñar. Porque vendrán tiempos en que no se soportará la sana doctrina, sino que, para halagar el oído, quienes escuchan se rodearán de maestros a medida de sus propios antojos, se apartarán de la verdad y darán crédito a mitos. Pero tú permanece siempre alerta, proclama el mensaje de salvación, desempeña con esmero el ministerio» (2 Tim 4, 2-5).

Benedicto XVI ha tenido la «osadía» de recordarnos lo que es de sentido común... El problema está en que mientras nuestras autoridades no tienen inconveniente en pedirnos que dejemos de fumar o que moderemos la velocidad de nuestro vehículo, por poner un ejemplo, sin embargo, por influjo de una obsesión pansexualista, son incapaces de reconocer la gran ayuda que la vivencia de la castidad presta a la salud pública. Se produce la paradoja de que en algunas materias se pueden reclamar —incluso, ¡exigir!— cambios de conducta a los ciudadanos, más allá del uso de cinturones de seguridad o de filtros de nicotina; en cambio, en lo tocante a la sexualidad, no sólo permanecemos ciegos ante el problema moral, sino que nos revolvemos violentamente contra quien ponga el dedo en la llaga...

¿Fobia anticatólica?

No cabe duda de que estamos sumergidos en un ciclo cultural marcadamente anticatólico. No se trata de un fenómeno nuevo, aunque en los últimos años se haya acelerado, especialmente en algunos países como España. Un indicio muy significativo lo tenemos en la proliferación, en las últimas décadas, de filmografía de temática anticatólica. Sin ir más lejos, para este mismo mes está anunciado el estreno en el Festival de Cannes, de una película que se encuadra plenamente en este género (*Ángeles y demonios*). Sin embargo, en el cine y la literatura contemporánea, difícilmente encontramos tanta crítica amarga contra otras religiones...

Personalmente, me caben muy pocas dudas de que el factor determinante que explica este fenómeno no es otro que la unidad y la coherencia de la fe católica, inmune a ser absorbida por la dictadura del relativismo dominante. Si redujésemos nuestra predicación a algunos puntos comunes de amplio y vago consenso, entonces, ¡hasta podríamos llegar a resultar simpáticos en Hollywood! Eso sí, ¡tan simpáticos como insignificantes!

APÚNTATE A RELIGIÓN

Diario Palentino, 3 de mayo de 2009

Un año más, ya ha comenzado la campaña de la «X» en la casilla de la Iglesia Católica, en la declaración de la renta. Pero, sin embargo, hay otra campaña todavía más importante que no debemos dejar en el olvido. Me refiero a la inscripción de los hijos en la asignatura de Religión. Dado que son muchos los obstáculos discriminatorios que la Religión ha padecido desde la reforma de la LOGSE (primero a nivel estatal y, más recientemente, en nuestra autonomía de Castilla León), es importante que motivemos a la inscripción en esta asignatura.

Con un poco de humor, nos podemos imaginar la siguiente conversación hogareña:

—Hijo, ahora que rellenamos la preinscripción de matrícula para el próximo curso escolar, recuerdo que nos advirtieron de que éste es el momento de hacer constar la elección de la asignatura de Religión.

—No sé si merece la pena, papá. En mi clase muchos dicen que este año ya lo dejan. Fíjate que en el sobre de matriculación que nos han enviado, la Religión no viene entre las demás asignaturas, sino en un papel «aparte». Además, me imagino que sabrás que la nota de religión no sirve ya ni para hacer la media...

—Todo eso no son más que estrategias de quienes pretenden descarrilar un tren poniéndole continuos palos en las ruedas. No podemos ceder ante esas manipulaciones y chantajes.

—Pues en el patio he visto un cartel que dice: «La religión fuera de la escuela pública». Y, además, el profesor de Gimnasia dice que

el que quiera aprender religión, que se apunte a la catequesis de la parroquia.

—¿El profesor de Gimnasia, dices? ¿Es que le habéis pedido hacer «ejercicios espirituales» en lugar de ejercicios «abdominales», o qué? Mira, hijo, hoy en día es muy frecuente que la gente se salga del tiesto... Tenemos que aprender a defender lo nuestro: La escuela ha de ser el lugar en el que a los hijos os den la educación complementaria a la que recibís en la familia. Y, sin embargo, por el camino que vamos, la escuela se está convirtiendo más en una «delegación» de los políticos que de los padres. Es como si quisieran que los padres nos sintamos extraños en la que debería ser nuestra propia casa. Pero lo cierto es que nosotros no pedimos ningún privilegio con la clase de Religión, sino un derecho.

—Yo no te discuto esas cosas, papá; pero es que, ¡ya llevo un montón de años dando Religión!

—No te equivoques... Hoy en día, todo el mundo parece creerse con capacidad de hablar con ligereza de la religión y, especialmente, de criticar la fe católica... Sin embargo, yo creo que el problema fundamental es la ignorancia.

—Pero, ¡si yo ya tengo fe!

—Sí, pero a pesar de ello, estoy seguro de que conoces la Biblia y la fe católica mucho peor que tus padres; y mira que nosotros no llegamos ni a la suela del zapato de tus abuelos. Por ejemplo, ¿a que no eres capaz de darme la lista de las virtudes teologales, de los diez mandamientos o de los principales concilios de la Iglesia?

—¡Venga, papá... que tú tampoco eres capaz!

—Yo no me pongo como ejemplo, porque reconozco que me falta formación, pero a mí me gustaría que aprovechases la ocasión de aumentar tu cultura religiosa. En este momento, es especialmente importante saber dar respuesta a tantas «leyendas negras» como se difunden contra la fe cristiana y contra la Iglesia. De lo contrario, como les está pasando a muchos de tu cuadrilla, te llegarás a avergonzar de la fe que te hemos intentado transmitir.

—Es que, papá, en Infantil y Primaria nos apuntábamos todos a Religión; en Secundaria, ya menos; y ahora que he pasado al Bachillerato, apuesto a que vamos a ser una minoría.

—Pues tendrías que irte acostumbrando... Te voy a decir que tu padre se suele quedar muchas veces «más sólo que la una», cuando en la oficina salen temas de moral o de religión. Ya sabes que en esta casa no es que seamos muy «beatos», pero en el trabajo algunos me han puesto

el mote de «el cristiano». Bien es verdad que lo hacen con cariño, pero también con cierta sorna, que hay que saber encajar sin acomplejarse.

—Je, je... Pues... ¿qué dirían de la abuela, si la conociesen? ¡Lo mismo la llamaban, «Isabel la Católica»!

—Pues sí, hijo, tenemos que dar gracias a Dios por la fe que nuestros mayores nos han transmitido. No se trata de una mera cultura religiosa que nos permita comprender el arte, el folclore o la historia; se trata de algo totalmente necesario para entender nuestra existencia y orientarnos en el momento presente. ¿De qué nos sirve disfrutar ahora del bienestar que tenemos en esta casa si no sabemos responder a la pregunta por el sentido de la vida, que se pasa en un abrir y cerrar de ojos? ¿De qué nos servirían todos los conocimientos científicos, si nadie nos explica por qué y para qué estamos en esta vida?...

—Ya lo sé, papá. Además, no creo que haya otra asignatura en la que se nos permita plantear tan abiertamente nuestros «problemas». Pero bueno... ¡te lo decía para ver si «colaba»! Es que, en Bachillerato no hay alternativa a la Religión, y... no te voy a negar que apetece más ir al bar que entrar en clase.

Ciertamente, cada uno a su manera y con su estilo, es importante que se motive a los hijos, de cara a que entiendan que la Religión en la escuela es necesaria para su formación integral. No en vano, el cristianismo nos ayuda a comprender el significado último de la ciencia y de la cultura; toda vez que Jesucristo, «luz del mundo», nos desvela la plenitud del ser humano.

DELITO Y PECADO

El Norte de Castilla, 2 de mayo de 2009

En el discurso inaugural de la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal celebrada del 20 al 24 de abril, el Cardenal Presidente pronunciaba las siguientes palabras a propósito del tema del aborto: «Los valores éticos trascienden, preceden y sustentan la acción política [...] No faltan entre nosotros quienes parecen querer reducir la democracia a un mecanismo de regulación de intereses, afirmando que las leyes

deben representar simplemente una especie de denominador común de las diversas opiniones e intereses presentes en la sociedad, aun cuando lo que esté en cuestión sea nada más y nada menos que el derecho fundamental a la vida de los más débiles e inocentes».

Al día siguiente, la ministra de Igualdad, Bibiana Aído, salía al paso del pronunciamiento de monseñor Rouco: «A la Iglesia le corresponde decir qué es pecado, no qué es delito». En los días posteriores a las declaraciones de la ministra se han publicado varios artículos con la evidente intención de transmitir la idea de que la concepción moderna de la política excluye cualquier sumisión del orden legal al orden moral. El maridaje «moral-ley» sería una reminiscencia de la Edad Media, amparada contemporáneamente por los regímenes fascistas...

Sin embargo, el divorcio entre lo legal y lo moral conduce inevitablemente a reinterpretar la democracia desde el prisma del relativismo. La ética moderna sería aquella que nace del consenso mayoritario, en el marco de la ideología vigente en el momento histórico. De esta forma, se dejaría en el olvido algo tan básico como es el hecho de que la victoria en unas elecciones democráticas no otorga ni quita la razón, sino solamente el ejercicio de la autoridad.

En conclusión, «la democracia necesita de la virtud, si no quiere ir contra lo que pretende defender y estimular» (Juan Pablo II). Más aún, el relativismo no es la cuna de la democracia, como el laicismo actual sostiene equivocadamente, sino el virus que puede acabar con ella. De hecho, somos testigos de cómo «una democracia sin valores se convierte con facilidad en un totalitarismo visible o encubierto» (encíclica *Veritatis Splendor*, n. 101).

Fundamentación ética del pecado

Por el influjo de una mala formación religiosa, muchos identifican el pecado con el mero incumplimiento de un precepto religioso. El pecado sería la infracción de unas normas promulgadas por las autoridades religiosas, o provenientes de tradiciones ancestrales...

Por el contrario, como decía Santo Tomás: «El pecado ofende a Dios lo que perjudica al hombre». Dicho con otras palabras: nosotros no afirmamos que una acción sea mala porque haya sido «declarada» pecado por la Iglesia, sino más bien al contrario: reconocemos

que algo es pecado porque es malo para el hombre, contrario a su dignidad. La ley de Dios no viene sino a iluminar y a reforzar la ley natural.

Fundamentación ética del delito

Frente a quienes piensan que el único fundamento de las leyes humanas es el consenso político, el humanismo cristiano recuerda que la bondad de la legislación nace de los valores morales en los que está sustentada. Éste es el caso de la dignidad incuestionable de la vida humana, a la que consideramos como un valor «prepolítico»: no fue la Declaración de la ONU la que otorgó el derecho a la vida, sino la que lo reconoció. Tampoco es el Código Penal el que genera el delito, sino el que lo identifica.

Delito y pecado: no se identifican, pero se comunican

Es cierto que no todos los pecados han de ser considerados como delito (como es el caso del odio, en la medida en que se circunscribe al fuero interno del hombre). Sin embargo, otros muchos pecados (como es el caso de la calumnia) pueden llegar a ser delito (o falta), ya que lesionan los derechos del prójimo y atentan contra el bien común.

En sentido inverso, lo lógico es pensar que todo aquello que es materia de «delito» sea también materia de «pecado». Es verdad que no ocurre así en todos los casos de trasgresión de la ley en el ámbito civil. Por ejemplo, determinadas faltas administrativas han sido fijadas con un margen de arbitrariedad muy grande, de forma que su incumplimiento no implica necesariamente una violación del orden moral.

La conclusión es bastante clara: delito y pecado no se identifican, pero son dos conceptos que se comunican porque se fundamentan en una misma base ética. Por una parte, la identificación plena del delito con el pecado, conllevaría la negación del principio de autonomía del orden temporal, así como el principio de libertad religiosa. Pero, por otra, cuando es muy grande la divergencia entre las materias consideradas como delito o como pecado, queda patente que estamos ante una legislación injusta. ¡Éste es nuestro caso!

En conclusión, monseñor Rouco tenía razón en sus reflexiones: hemos de rechazar la tan repetida afirmación de que los cristianos no podemos exigir que la vida humana sea protegida por unas leyes civiles que obliguen a todos. No cabe traer al contexto del debate del aborto, como algunos han hecho, la afirmación de Juan Pablo II: «La fe se propone, pero no se impone». El valor de la vida humana no es una mera cuestión de fe, sino un dato humano-científico que necesariamente ha de tener una tutela legal. Es algo tan básico como entender que la contaminación irresponsable de la naturaleza es «delito», al mismo tiempo que «pecado»... ¡Ofende a Dios, porque perjudica al hombre!

LA CRUZ PEREGRINA YA ESTÁ EN ESPAÑA

Diario Palentino, 12 de abril de 2009

Han pasado veinticinco años desde que nuestro inolvidable Juan Pablo II, confiase a los jóvenes del mundo entero una austera y sencilla cruz de madera, de 3,8 metros de altura. Lo hizo en un marco solemne: era el Domingo de Pascua de 1984 y se clausuraba el Año Santo de la Redención, en el que se habían conmemorado los 1950 años de la muerte salvífica de Cristo. Las palabras del Papa lanzaban un reto que ha resultado ser verdaderamente profético: «Queridos jóvenes, al clausurar el Año Santo os confío el signo de este Año Jubilar: ¡la Cruz de Cristo! Llevadla por el mundo como signo del amor del Señor Jesús a la humanidad y anunciad a todos que sólo en Cristo muerto y resucitado hay salvación y redención».

En la celebración de las bodas de plata de dicho acontecimiento, un grupo de unos seis mil jóvenes españoles peregrinaba a Roma, encabezados por el Cardenal Arzobispo de Madrid y Presidente de la Conferencia Episcopal, don Antonio María Rouco. Los allí presentes fuimos testigos de un acontecimiento singular, en el marco de la celebración del Domingo de Ramos, presidida por el Papa en la Plaza de San Pedro del Vaticano: el traspaso de esta «Cruz peregrina», de las manos de los jóvenes australianos a las de los jóvenes españoles.

Preparados para el relevo: ¡recibimos el testigo!

En estos veinticinco años, la «Cruz peregrina» ha visitado los lugares más recónditos de la Tierra: consiguió entrar en los países de la Europa comunista, para terminar pasando por la Puerta de Brandenburgo, una vez caído el muro de Berlín; visitó la Zona Cero de Manhattan tras el atentado de las Torres Gemelas, sin dejar por ello de hacerse presente en los países más pobres; presidió en el año 2000 el memorable Vía Crucis de Juan Pablo II en el Coliseo romano; también fue transportada en trineo por los esquimales del Canadá...

Ante todo y, sobre todo, es la Cruz de las Jornadas Mundiales de la Juventud, en las cuales ha estado presente desde su inicio. Su llegada a nosotros, nos trae el impulso de revitalización que la JMJ de Madrid 2011 puede y debe dar a toda la Pastoral Juvenil española.

Hasta ahora, el «testigo» de la fe lo habíamos recibido principalmente, en el seno de nuestras familias, en el contexto de una tradición católica; pero, en el momento presente, es necesario que sean los propios jóvenes quienes también se entreguen ese «testigo» de la fe, unos a otros. Por ello, la «Cruz peregrina» visitará detenidamente la geografía española, derramando las gracias divinas que den cumplimiento a las palabras del apóstol San Juan: «Os he escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes y la Palabra de Dios permanece en vosotros y habéis vencido al Maligno» (1 Jn 2, 14).

Junto a la Cruz, estaba su Madre

Dos años antes de su fallecimiento, Juan Pablo II entendió que el signo que había legado a los jóvenes en la «Cruz peregrina», podía ser enriquecido. Aprovechando el momento en que los jóvenes canadienses entregaban la cruz a los jóvenes alemanes, añadió un segundo elemento que completaba el símbolo de la transmisión de la «antorcha» de la fe: un icono de la Virgen María, con la advocación «Salus Populi Romani».

Lo propio de la Madre no sólo es aliviar el peso de los sufrimientos de sus hijos, sino también enseñarnos a descubrir la presencia del Resucitado en medio de las cruces diarias. El Crucificado y el Resucitado, no sólo son la misma persona, sino que son dos condiciones inseparables de nuestra propia existencia. María se encarga de mostrarnos que ¡no hay rosa sin espina, como tampoco hay espina sin rosa!

La Virgen María ha resultado ser la «embajadora de la Cruz». Ella nos introduce en esta gran fiesta de unidad y de universalidad de la Iglesia Católica, en la que la «Cruz peregrina» llega desde las antípodas del planeta hasta nosotros. ¡Bienvenida sea!

El reto que nos encomienda el Papa

Al día siguiente de esta entrega de la Cruz, el Papa recibía en el Aula Pablo VI a los jóvenes presentes en Roma. ¡¡El encuentro fue una fiesta inolvidable!! Benedicto XVI transmitió un mensaje de calado a los jóvenes, a la par que les transmitía un ambicioso reto: «Este tiempo de preparación a la Jornada de Madrid es una ocasión extraordinaria para experimentar la gracia de pertenecer a la Iglesia, Cuerpo de Cristo. Las Jornadas de la Juventud manifiestan el dinamismo de la Iglesia y su eterna juventud" [...] «Os invito a formaros en la fe... y a que, en el camino hacia Cristo, sepáis atraer a vuestros amigos, compañeros de estudio y de trabajo, para que también ellos conozcan y confiesen al Señor en sus vidas». Como popularmente se dice, el Papa «no se anduvo por las ramas», sino que aprovechó la ocasión para hacernos caer en la cuenta del reto que se nos presenta, de cara a la transmisión de la fe a las nuevas generaciones.

Os deseo a todos una feliz Pascua de Resurrección. ¡Que la peregrinación de la Cruz de los Jóvenes por toda nuestra geografía siembre entre nosotros la esperanza y la alegría, preludio del gozo eterno al que estamos llamados con Cristo Resucitado!

ABORTO Y SEMANA SANTA
El Norte de Castilla, 4 de abril de 2009

¿Qué tiene que ver el aborto con la Semana Santa? La respuesta a esta pregunta requiere la matización de un «depende»... Si por Semana Santa entendemos unas escenificaciones callejeras de interés turístico nacional, entonces, ciertamente, no tiene nada que ver. Pero si la Semana

Santa es la memoria viva de la Muerte y Resurrección de Jesucristo, entonces, no lo dudemos, es absolutamente imposible separarlos. El aborto está íntimamente unido a la Pasión de Cristo, de la misma manera que lo están la guerra, el hambre y tantas otras injusticias, consecuencia de nuestro pecado, por cuya redención Jesucristo entregó su vida en la Cruz.

A quienes han afirmado que no hay conexión entre el aborto y esta festividad religiosa, les aconsejaría la lectura de un libro que nos marcó a muchos en nuestra juventud, con un título bien significativo: Dios llora en la Tierra.

Aunque duela, la libertad «libera»

Jesús nos enseñó que «la verdad nos hace libres» (cf. Jn 8, 32); pero mientras llega ese momento, ¡escuece bastante! Lo hemos podido comprobar a propósito de la campaña de la Conferencia Episcopal Española en defensa de la vida.

El lince está dando mucho que hablar, y confiemos en que también nos ayude a «reconsiderar». Lo cierto es que hay verdades incuestionables: un huevo de águila tiene más protección jurídica en España que un ser humano en el seno de su madre. No se trata de una afirmación agresiva desde la trinchera, como algunos pretenden vender, sino de una simple constatación de la realidad.

La comparación entre el animal y el ser humano no «devalúa al lince» —como afirma algún político, en el colmo del despropósito— sino que, en todo caso, enaltece la causa ecologista. Lo increíble es que tengamos que recurrir al lince para dignificar al ser humano. En el fondo, estamos ante una constatación de que cuando nuestra cultura da la espalda a Dios, el hombre es destronado de su condición de «rey de la creación», hasta el punto de ser rebajado a la suerte del esclavo.

La mujer, santuario de la vida

Pienso sinceramente que la Iglesia está haciendo lo que Dios espera de ella en este momento clave de la historia: desgastar su prestigio y sus energías en la defensa de la vida de los más inocentes. La cultura

de la muerte pretende distorsionar la realidad, contraponiendo la defensa de la vida del hijo, al supuesto derecho de la mujer a una «maternidad a la carta». Pero lo cierto es que apostar por el hijo es apostar por la madre. Al decir esto, no estoy pensando exclusivamente en las heridas traumáticas que se manifiestan en el «Síndrome Post-Aborto»... Los males derivados del aborto para la mujer son muchos y devastadores:

¿Cómo se puede hablar del aborto como de un derecho de la mujer a «decidir en libertad», cuando sabemos de sobra que tras la mayoría de las interrupciones violentas del embarazo se esconde la presión e incluso el chantaje del varón? ¿Cómo se puede reivindicar el aborto en el contexto de la promoción de la mujer, cuando en numerosos países se está produciendo un grave desequilibrio entre la población masculina y la femenina, por motivo del recurso al aborto para la selección del sexo? El caso de China es paradigmático: por cada 119 niños, nacen tan solo 100 niñas. Se calcula que en el año 2020 habrá en ese país 300 millones más de hombres que de mujeres.

La reivindicación del feminismo radical, que ha ligado la promoción de la mujer a la liberación de su maternidad, ha resultado ser su propia tumba. Por el contrario, una de las dimensiones que más dignifica a la mujer es su condición de ser «santuario de la vida».

El sacrificio del inocente

Si queremos vivir en verdad y en intensidad nuestra Semana Santa, no podemos dejar en el olvido la acción de gracias por el don de la vida; la llamada a la responsabilidad en su cuidado; ni tampoco la denuncia profética ante el sacrificio de los inocentes. También Jesucristo fue el «inocente» sobre el que descargamos las culpas los pecadores. El diálogo del buen ladrón con su compañero de suplicio es bien significativo: «¿Ni siquiera temes a Dios, tú que sufres la misma condena? Y nosotros con razón, porque nos lo hemos merecido; en cambio, éste nada malo ha hecho» (Lc 23, 41).

Lo cierto es que, mientras discutimos, el aborto ha llegado a ser la primera causa de mortalidad en España. En toda nuestra dilatada historia, si excluimos la peste negra en la Edad Media, ninguna guerra, enfermedad o catástrofe, ha acabado con tantas vidas humanas. Lo que está en juego es algo tan básico, como nuestra capacidad de conmover-

nos por la suerte del inocente. ¡Es cuestión de humanidad, de solidaridad y de misericordia!

BENEDICTO XVI, A CORAZÓN ABIERTO

Diario Palentino, 29 de marzo de 2009

La última vez que tuve ocasión de estar cerca del Papa —concretamente, durante su viaje al Santuario de Lourdes en 2008— recuerdo que me causó una gran impresión ver su porte y su rostro humilde, bondadoso y sereno. Parecía como si en vez de soportar un gran peso sobre sus espaldas, fuese él llevado por otro «en brazos»... Me impactó aquella paz que transmitía, sobre todo porque no me resultaba difícil suponer las responsabilidades y las preocupaciones tan grandes inherentes a su ministerio. O, tal vez, ¡debería haber supuesto que ni tan siquiera era capaz de imaginarlas...!

El Papa comparte su dolor

Pues bien, la semana pasada el Santo Padre nos dirigió una carta muy especial a todos los obispos. En ella se expresa de una forma que nos resulta novedosa en la vida de la Iglesia: el Papa abre su corazón de pastor, expresando con una humildad conmovedora sus preocupaciones, manifestando su dolor por tantas infidelidades e incomprensiones y enumerando sus firmes convicciones y la razón de su actuación. (Se puede acceder a la lectura de la carta desde nuestra web diocesana: *www.diocesispalencia.org*).

El motivo que ha originado la carta ha sido la polémica suscitada tras la decisión de Benedicto XVI de levantar la pena de excomunión a los cuatro obispos consagrados por monseñor Lefebvre. Se trata de un problema que afortunadamente no tiene incidencia entre nosotros; pero, sin embargo, el contenido de la misiva nos ofrece un legado con plena actualidad, que va más allá de la circunstancia que la ha originado.

Nuestro mayor obstáculo, la desafección de «los de casa»

Al leer las palabras del Papa, rememoramos las palabras del Salmo 54, que la tradición de la Iglesia ve cumplidas en la traición de Judas: «Si mi enemigo me injuriase, lo aguantaría; si mi adversario se alzase contra mí, me escondería de él; pero eres tú, mi compañero, mi amigo y confidente, a quien me unía una dulce intimidad...». En efecto, es triste comprobar cómo la desafección de «los de casa», puede llegar a resultar más pertinaz e irracional que la de quienes no son miembros de la Iglesia. Ha sido impresionante conocer cómo el Papa alude a un texto de San Pablo a los Gálatas, afirmando que en un tiempo pensó que utilizaba expresiones un tanto exageradas, pero que ahora comprueba su verdad: «Porque toda la ley se concentra en esta frase: "Amarás al prójimo como a ti mismo". Pero, atención: que si os mordéis y devoráis unos a otros, terminaréis por destruiros mutuamente» (Gál 5, 14-15).

En efecto, por mucho que exista un problema grande de secularización y laicismo en nuestro entorno, el mayor obstáculo para la evangelización de nuestra cultura es la falta de comunión interna en el seno de la Iglesia. Y en el origen de esa falta de unidad está la desafección, es decir, la falta de amor entre nosotros.

Muchos piensan equivocadamente que el problema de comunión en la Iglesia se ha originado principalmente por motivos ideológicos. Ciertamente, será necesario para alcanzar la comunión, como dice el mismo Benedicto XVI en su carta, que unos y otros hagan el esfuerzo de aceptar el depósito íntegro de la Tradición Católica: tanto los lefebvristas, que sólo aceptan el magisterio anterior al Concilio Vaticano II, como los contaminados por el modernismo, que desprecian el magisterio anterior al Vaticano II, calificándolo despectivamente de «preconciliar». Sin embargo, la intuición agustiniana es perfectamente aplicable a este caso: «quien no ama, no conoce». Ciertamente, lo más grave es la «desafección», el desamor, que distorsiona la realidad, hasta el punto de llegar a hacer una caricatura de ella.

La gran conclusión que hemos de extraer del mensaje del Papa es la importancia de la caridad entre nosotros y, de forma especial, con nuestros pastores. Dicho a las claras: la comunión en el seno de la Iglesia requiere el amor, el afecto y la devoción al Papa. De lo contrario, nos limitaremos a refugiarnos en nuestras ideologías como justificación de nuestra soberbia.

Medios de comunicación devoradores

A lo anterior se añade la gran incidencia que determinados medios de comunicación, laicistas y anticlericales, pueden llegar a tener sobre los fieles católicos. Por ejemplo, el reciente viaje del Papa a África, se iniciaba con una polémica, en la que se intoxicaba la opinión pública con la siguiente necedad: «La predicación de la castidad es la responsable de la extensión del sida en África». ¿Cabe afirmar mayor estupidez?

Nos toca convivir con estos medios de comunicación «devoradores», que manipulan la opinión pública mundial y que odian profundamente a la Iglesia porque se resiste a someterse a la dictadura de lo que ellos consideran políticamente correcto. Los signos de los tiempos requieren que eduquemos en la capacidad crítica frente a este tipo de distorsiones de la realidad de la Iglesia. Al mismo tiempo, es necesario que cuidemos nuestra presencia en los medios de comunicación a los que tengamos acceso, sin olvidar la creación y potenciación de los medios eclesiales.

Concluyo diciéndoos que tengo la intención de dirigir esta semana una carta al Santo Padre, en nombre de toda la diócesis, para manifestarle nuestro cariño y adhesión, y hacerle saber que cuenta con nuestra oración para que el Señor le ilumine y le fortalezca en medio de tantas responsabilidades como ha puesto en sus manos.

Ahora, más que nunca, estoy profundamente impresionando al observar la paz y serenidad del Papa, propias de quien guía la Iglesia, al mismo tiempo que es «llevado en las palmas» del Padre, alentado por el Espíritu de Dios y sostenido por un «timonel» muy especial: Jesucristo.

DERECHO A LA VIDA... ¿POR PLAZOS?
Diario Palentino, 15 de marzo de 2009

Finalmente, después de tres meses de comparecencias, ha sido aprobado y entregado al Consejo de Ministros, el Informe de Conclusiones de la Subcomisión Parlamentaria sobre la Reforma de la Regulación de la

Interrupción Voluntaria del Embarazo. Lo más significativo del Informe es la pretensión de que el delito de aborto desaparezca del Código Penal, para lo que propone un sistema de plazos, en el que se permita abortar en las primeras catorce semanas de embarazo, sin ningún tipo de condición. Para otros supuestos, el plazo se alargaría hasta las veintidós semanas; y aún más en algunos casos determinados. Por si no hubiese sido ya terrible la cifra récord de 112.138 abortos en el año 2007 en España, el Gobierno ha manifestado su decisión de acoger la petición de la Subcomisión, para dar más facilidades al recurso del aborto.

Perversión del lenguaje

Mi primer comentario se dirige al título elegido para presentar el citado documento: «En el marco de una nueva norma sobre derechos y salud sexual y reproductiva...». Como ya nos advirtió el cardenal Bertone en su reciente conferencia sobre los Derechos Humanos pronunciada en Madrid, la perversión del lenguaje ha pasado a ser un instrumento habitual en la estrategia de la conculcación de los derechos humanos. Emplear los términos «salud sexual» o «salud reproductiva» para referirse al aborto, es algo así como reivindicar el despido libre utilizando el concepto de «salud laboral»; o como reclamar la liberalización de la pornografía infantil bajo el término de «desinhibición precoz»... Una prueba añadida de la intrínseca maldad del aborto es el hecho de que haya que recurrir a disfrazar su cruda realidad, para hacerlo socialmente aceptable.

Ataque a la vida, a la familia y a la libertad de educación

En medio de la crisis moral que padecemos, los católicos contribuimos al bien común, entre otras formas, con la defensa decidida de tres valores de suma importancia: el derecho inviolable a la vida, el apoyo a la familia, y el derecho-deber de ésta a la educación moral de los hijos.

Es muy significativo que las propuestas del Informe de la Subcomisión del Aborto no se reduzcan al desprecio a la vida concebida, sino que también desautoricen a la familia en la decisión del aborto: se pretende que las menores de edad —dieciséis años— puedan abortar sin que sea necesario informar a sus padres. Además, se aprovecha la co-

yuntura para imponer en el sistema educativo la ideología de género y otras reivindicaciones del pansexualismo. Transcribo una conclusión del citado Informe: «Formación en educación afectivo-sexual obligatoria en el sistema educativo, con el fin de prevenir embarazos no deseados [...], así como poner las condiciones para un intercambio afectivo, en toda su versatilidad y sin tabúes, entre las y los jóvenes basado en la igualdad, la libertad y el respeto a los derechos de la otra persona [...]».

Una vez más, contra la objeción de conciencia

El Informe de la Subcomisión propone la limitación del derecho de objeción de conciencia de los médicos y del personal sanitario. La objeción de los sanitarios en la práctica del aborto sólo se admitiría en el caso de que los interesados hubiesen inscrito previamente sus nombres en un registro público de objetores (¡no cuesta mucho imaginarse cuál será el destino profesional de estos «fichados»!). Paradójicamente, se afirma explícitamente que «se facilitará todo el apoyo institucional a los profesionales que practiquen las interrupciones del embarazo».

Cada vez entendemos mejor aquella expresión acuñada por el entonces cardenal Ratzinger: «dictadura del relativismo». Efectivamente, una y otra vez, estamos siendo testigos de cómo la «tolerancia» es invocada para justificar la introducción de determinados males morales; mientras que una vez implantados, se imponen como opción obligatoria, sin derecho siquiera a la objeción de conciencia. La estrategia es muy similar en todos los casos. Baste refrescar nuestra memoria sobre el itinerario seguido en otro caso reciente: 1.º Invocación de la tolerancia para las uniones homosexuales; 2.º Modificación del concepto de matrimonio en el Código Civil para equiparar las uniones homosexuales a las heterosexuales; 3.º Enseñanza obligatoria de la ideología de género en las escuelas, a través de Educación para la Ciudadanía; 4.º Negación de la objeción de conciencia a los padres que disientan.

La historia española está demostrando que una cosa es «invocar» la objeción de conciencia como estrategia política, y otra cosa muy distinta es «creer» en ella. Con frecuencia ocurre que los defensores de la objeción de conciencia pasan a ser sus detractores en cuanto alcanzan el poder.

En realidad, para creer en la objeción de conciencia es necesario creer en la libertad del hombre. Y para creer en la libertad del hombre

es indispensable confesar su dignidad espiritual. Solamente así descubriremos el absurdo de la reivindicación del aborto como un «derecho»... Solamente así podremos entender que detrás del «no al aborto» se encierra un «sí a la vida», inseparable de la dignificación de la mujer y del matrimonio.

LA PITONISA DE ENDOR

El Norte de Castilla, 7 de marzo de 2009

Supongo que el título elegido para este artículo puede resultar extraño para algunos lectores. La pitonisa de Endor es un personaje bíblico, que aparece en el capítulo 28 del Primer Libro de Samuel. La historia bíblica narra que el rey Saúl, aterrado ante la inminencia del ataque del ejército filisteo, y no sabiendo qué hacer, recurrió furtivamente a consultar a una adivina, la pitonisa de Endor, a pesar de que, anteriormente, él mismo había ordenado expulsar del país a todos los nigromantes y videntes. La desconfianza, y aquel silencio de Dios que le resultaba insufrible, hicieron que el rey Saúl cayera en la tentación de acudir al método de adivinación que él mismo había reprobado para sus súbditos. Es un pasaje bíblico de un gran dramatismo que, acaso, tiene más actualidad de la que cabe suponer (1 Samuel 28).

De horóscopos, tarots y mediums

No estamos ante un hecho menor... Baste comprobar que muchos medios de comunicación, ante la disminución de la publicidad comercial, están recurriendo al negocio esotérico para salvar sus maltrechos balances. A diferencia de lo que ocurre en otros ámbitos de la economía, los momentos de crisis son la ocasión propicia para que algunos hagan fortuna, explotando los miedos, supersticiones, angustias y ansiedades de los que sufren.

He aquí uno de los contrastes más llamativos de esta cultura occidental, que tanto alardea de no aceptar más dogma que las ciencias ex-

perimentales. Estamos ante uno de esos fenómenos inconfesables, que tienen mayor incidencia que la que estamos dispuestos a declarar en público. La ideología laicista y positivista se siente incómoda a la hora de reconocer esta paradoja: vivimos en una sociedad materialista, que hace alarde de su increencia, pero que, sin embargo, termina construyendo su peculiar «espiritualidad» a base de recetas esotéricas.

El esoterismo y el ateísmo son dos cosmovisiones con muchos vasos comunicantes. En el fondo y en la práctica, la superstición es tan contraria a la fe como lo es el ateísmo. Queda patente que la «credulidad» y la «increencia», lejos de ser dos fenómenos opuestos e incompatibles, son dos ramas de un mismo tronco: la desconfianza en Dios.

El hombre moderno recurre al intento de adivinación del futuro, para liberarse de sus incertidumbres y aplacar sus miedos. Estamos ante una nueva edición del mismo pecado de desconfianza de Saúl. El auténtico antídoto contra esta tentación lo hemos recibido de Jesucristo: «La actitud cristiana justa consiste en entregarse con confianza en las manos de la providencia en lo que se refiere al futuro y en abandonar toda curiosidad malsana al respecto» (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2.115).

El consejo que la tradición cristiana atribuye a San Ignacio es muy significativo: «Haz las cosas como si sólo dependiesen de ti, y luego espera y confía sabiendo que sólo dependen de Dios».

De rumores, filtraciones y cotilleos...

Aunque se trata de un «género inferior», los rumores, filtraciones y cotilleos pertenecen a la misma especie del esoterismo; o, cuando menos, son «parientes». Se trata de una tentación que está bien reflejada en el refrán que dice: «La información es poder». Es indudable que existe en nosotros una atracción morbosa hacia las «informaciones privilegiadas» o las noticias «en exclusiva». Los motivos pueden ser diversos: desde el deseo de protagonismo, hasta el ansia de curiosidad o el intento de superar las incertidumbres. Lo cierto es que ese afán desmedido de novedades, genera fácilmente una dinámica que nos aboca a multitud de «cotilleos», «vaticinios», «rumores», «filtraciones», «suposiciones»...

Sin embargo, no es verdad que el acceso a determinados «secretos» nos preserve del riesgo de cometer errores. Muchas veces sucede lo

contrario: cuanto más dispersos y ávidos de novedades estamos, más descentrados y alejados vivimos de nuestra propia realidad y del momento presente.

La conclusión que extraemos es clara: la fidelidad a la verdad exige la renuncia a la pretensión de conocer y controlarlo todo. En esta cultura tan marcada por la ansiedad, me atrevería a destacar la importancia de los siguientes rasgos de madurez: callar sobre lo que no se sabe; renunciar a curiosidades indiscretas que no son de nuestra competencia; no hablar de los ausentes y, si fuera necesario, hacerlo con discreción; renunciar a ejercer de profetas sin serlo; no preocuparse a destiempo; relativizar los problemas; practicar el «santo abandono»...

He aquí una oración inspirada en los escritos de San Pío de Pietrelcina, muy adecuada para todos aquellos que, como Saúl, estamos tentados —de una u otra forma— a acudir a la pitonisa de Endor: «Señor, el pasado lo arrojo a tu misericordia. El futuro lo confío a tu providencia. Y sólo me reservo el momento presente para vivirlo y ofrecértelo en intensidad de amor».

AYUNO CUARESMAL

Diario Palentino, 1 de mazo de 2009

Si el año pasado, el Santo Padre, Benedicto XVI, centró su mensaje de Cuaresma en el tema de la limosna, en 2009 nos invita a reflexionar sobre el sentido cristiano del ayuno. En nuestro contexto cultural, marcado por la sobreabundancia y el bienestar material, el testimonio de Jesucristo retirándose al desierto en oración y ayuno, por espacio de cuarenta días, se convierte en un signo impactante y en una llamada apremiante para todos los discípulos de Cristo.

Integridad y unidad de vida

Con frecuencia suponemos que los «enemigos» de nuestra felicidad están fuera de nosotros. ¡La realidad es muy distinta! De hecho, uno de

los mayores dramas que padecemos es nuestra «fractura interior», fruto de la falta de integración entre las tendencias espirituales y las carnales. Así lo expresa el propio San Pablo: «Realmente, mi proceder no lo comprendo; pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco. ¡Pobre de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?» (Rom 7, 15.24). Una de las principales causas de infelicidad es la propia incoherencia respecto a nuestros principios, que nos lleva a sentirnos impotentes para conducirnos en la vida, hasta el punto de ser más bien «arrastrados». Lo expresa el Catecismo de la Iglesia Católica, sin medias tintas: «La alternativa es clara: o el hombre controla sus pasiones y obtiene la paz, o se deja dominar por ellas y se hace desgraciado» (CIC 2.339).

Pues bien, el Papa en su mensaje de Cuaresma nos propone el ayuno, como un instrumento eficaz —que no el único— para alcanzar la añorada integridad personal: «La práctica fiel del ayuno contribuye, además, a dar unidad a la persona, cuerpo y alma, ayudándola a evitar el pecado y a acrecer la intimidad con el Señor».

Libres para abrazar la voluntad de Dios

A diferencia de algunas filosofías orientales, el ideal cristiano no es el mero «autodominio». El ayuno cristiano persigue la libertad interior, necesaria para poder descubrir y abrazar la voluntad de Dios —en definitiva, para la conversión—, verdadera fuente de felicidad para cada uno de nosotros. Así lo expresa el Papa en su carta: «El verdadero ayuno, por consiguiente, tiene como finalidad comer el «alimento verdadero», que es hacer la voluntad del Padre» (cf. Jn 4, 34).

Me permito ilustrarlo con un ejemplo. Supongamos que un individuo fuese trasladado a la mitad de una pendiente muy inclinada. Una vez allí, se plantea si el camino correcto es el de subida o el de bajada. Es verdad que el libre albedrío del que está dotado, le permite tomar cualquiera de las dos opciones. Pero, sin embargo, no es menos cierto que la dificultad de la subida, especialmente si no está ejercitado en el esfuerzo de la ascensión, puede llegar a condicionar en gran medida su discernimiento. ¡La probabilidad de hacer coincidir su elección con la opción más fácil es muy grande!

Pues bien, el ayuno cristiano es un ejercicio voluntario de renuncia, que persigue el crecimiento en la libertad interior, necesaria para la

búsqueda de la verdad y del bien en nuestra vida. Sólo así podremos «conducirnos» hacia el cumplimiento de la voluntad de Dios, sin ser arrastrados por la ley de la... «gravedad».

Ayuno de televisión e Internet

Es obvio que el ayuno no se circunscribe exclusivamente a los alimentos. Es muy conveniente que las modalidades elegidas a la hora de practicar el ayuno incidan en nuestras esclavitudes personales. Me atrevo, no obstante, a proponer un ayuno muy saludable para todos en esta Cuaresma, además del tradicional ayuno de alimentos, que en absoluto ha perdido su actualidad. Me refiero al ayuno de televisión e Internet.

El consumo de televisión y de Internet está alcanzando niveles de auténtica «esclavitud» entre nosotros. Si nos atenemos a las encuestas más recientes, el consumo televisivo medio diario del ciudadano español es de 227 minutos (¡3 horas y 47 minutos!). A esto ha de añadirse el consumo de Internet, en continuo crecimiento. Los consumos pasivos de estos medios de comunicación, así como la falta de sentido crítico frente a ellos, son un obstáculo muy serio para nuestra madurez y conversión y, en definitiva, para nuestra felicidad.

Con frecuencia solemos expresar nuestro malestar con respecto a los contenidos que se nos ofrecen en las pantallas; pero, paradójicamente, lo hacemos sin apagar el televisor y sin desconectarnos de Internet. Esta misma contradicción es suficientemente indicativa de nuestra falta de libertad interior. Dentro del año paulino en el que nos encontramos, resuenan en nosotros las ardientes palabras del apóstol: «Para ser libres nos libertó Cristo. Manteneos, pues, firmes y no os dejéis oprimir nuevamente bajo el yugo de la esclavitud» (Gál 5, 1). Todo ello nos llevará a concluir: ¡Hay que ser libres para ayunar, pero también hay que ayunar para poder ser libres!

DERECHOS HUMANOS «TORCIDOS»
Diario Palentino, 22 de febrero de 2009

El Cardenal Secretario de Estado de la Santa Sede, monseñor Tarsicio Bertone, pronunciaba una conferencia sobre los derechos humanos en el Magisterio de Benedicto XVI, durante su visita a España del 3 al 5 de febrero. La ocasión la brindaba el todavía reciente 60 aniversario de la proclamación por la Asamblea General de las Naciones Unidas de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, el 10 de diciembre de 1948.

Posguerra: Momento de gracia en la maduración de la conciencia

¡Qué fácilmente perdemos la memoria de los acontecimientos históricos, en los que se sustentan las conquistas que disfrutamos en el presente! El cardenal Bertone contextualizaba su reflexión con las siguientes palabras: «Aquella Declaración Universal de los Derechos Humanos debe considerarse un momento de importancia fundamental en la maduración de la conciencia moral de la humanidad, en consonancia con la dignidad de la persona».

La Segunda Guerra Mundial había concluido tan sólo tres años antes. En ella había fallecido más del 2% de la población de la Tierra (¡sesenta millones de personas!). Pocas veces como en aquellos años de posguerra, el ser humano ha sido tan consciente de las dramáticas consecuencias que pueden llegar a derivarse de las ideologías antihumanistas.

El sufrimiento había resultado ser una fragua en la que el espíritu de la humanidad había madurado aceleradamente. El escritor francés Georges Bernanos, que fallecía el mismo año de Declaración de la ONU que conmemoramos, dejaba escrito: «El escándalo del universo no es el sufrimiento, sino la libertad». En este contexto de reflexión madura, se produjo el consenso suficiente que hizo posible aquella Declaración de los Derechos Humanos. ¡Qué difícil hubiese sido hoy obtener aquel acuerdo!

¿Redefinir los derechos humanos?

Una de las afirmaciones del cardenal Bertone en la conferencia, que más eco ha tenido es la siguiente: «En nuestros días, hay un proceso

continuo y radical de redefinir los derechos humanos individuales en temas muy sensibles y esenciales, como la familia, los derechos del niño y de la mujer, etc.».

En efecto, muy pocos se atreven hoy en día a cuestionar la formulación de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Sería una estrategia impopular y abocada al fracaso. La táctica de nuestros días consiste en alejarse de aquel marco o, en última instancia, acoger su formulación, pero vaciándolo de su contenido original. No se niegan los conceptos, sino que se «redefinen». Paralelamente, se «diseñan» otros términos que son presentados engañosamente como equivalentes.

Entre los vocablos que son prácticamente excluidos del actual paradigma cultural, citamos los siguientes: «verdad moral», «voluntad», «bien común», «padres», «esposos», «autoridad», «naturaleza», «razón», «esperanza», «fe», «justicia social», «representación democrática»... Paralelamente, destacamos también algunos de los términos que configuran el nuevo lenguaje: «diálogo de civilizaciones», «sociedad civil», «diversidad», «salud sexual», «derechos reproductivos», «género», «homofobia», «globalización», «calidad de vida», etc.

Pero entre todos estos nuevos conceptos, el «derecho a elegir» se presenta hoy como el valor supremo desde el cual, en la práctica, se reinterpreta la Declaración de los Derechos Humanos. La realidad, tal y como tradicionalmente había sido comprendida, es considerada como una mera «construcción social». Para poder ejercer autónomamente el «derecho a elegir», es necesario liberarse de cualquier marco objetivo y normativo: bien sea semántico (conceptos claros), bien sea ontológico (filosofías realistas), bien sea moral (ley natural universal), bien sea social o cultural (tradiciones), bien sea político (soberanía popular y sentido de autoridad política), bien sea religioso (principios religiosos)...

En definitiva, las palabras del cardenal Bertone —«continua y radical redefinición de los derechos humanos»— estaban denunciando una inversión de valores: el placer es colocado por encima del amor, la salud y el bienestar por encima del derecho inviolable a la vida, los vínculos políticos por encima de los familiares, los cauces de participación de determinados grupos radicales por encima de la representación democrática, la autonomía del individuo por encima de la moral, las ideologías por encima de la ley natural...

Fundamento de la dignidad humana

Aunque hace ya sesenta años que se produjo aquel «gran consenso», no olvidemos que la fuente de los derechos humanos no puede ser el acuerdo político, sino la radical dignidad del ser humano. Monseñor Bertone recordaba que «los derechos humanos son anteriores y superiores a todos los derechos positivos. De aquí que el poder público quede sometido, a su vez, al orden moral, en el cual se insertan los derechos del hombre».

El Magisterio más reciente de la Iglesia Católica se ha prodigado en una decidida defensa de la Declaración de los Derechos Humanos. El cardenal Bertone nos recordaba que «cuando el Magisterio de la Iglesia habla de los derechos humanos no se olvida de fundarlos en Dios, fuente y garantía de todos los derechos, ni tampoco se olvida de enraizarlos en la ley natural». Es muy evidente que en la medida del avance de la secularización en nuestra sociedad, la reivindicación de los derechos humanos se ha relativizado y desdibujado... No en vano, Dios es el auténtico garante de la dignidad del hombre.

¡ELUANA VIVE!

Diario Palentino, 15 de febrero de 2009

El pasado lunes día 9, a las 20.10h., dejaba de respirar la joven Eluana Englaro, al mismo tiempo que se paraba su corazón. Habían pasado tan sólo tres días desde que le fuese retirada su sonda alimenticia en una clínica italiana. La polémica suscitada en torno a la autopsia no debe distraernos del hecho esencial: el asesinato de una joven, reivindicado por su propio progenitor por motivos compasivos.

Confundir para intentar justificar

La pretensión del padre de Eluana de justificar su petición de eliminar la vida de su hija, aduciendo que ella ya había manifestado, antes de su

accidente, que no le gustaría alargar su vida artificialmente conectada a una máquina, no deja de ser un argumento destinado a crear confusión. Lo cierto es que Eluana no estaba conectada a ninguna máquina, ni estaba sometida a ningún encarnizamiento terapéutico. Sencillamente, estaba inmersa en un prolongado coma, y era sostenida exclusivamente por la hidratación y la alimentación por sonda. Las religiosas que la cuidaban han revelado el dato de que Eluana abría los ojos durante el día, y los cerraba de noche.

La eutanasia de Eluana ha sido especialmente llamativa, porque ella no se encontraba en fase terminal (de hecho, llevaba diecisiete años en ese mismo estado, y quizás podría haber vivido muchos más). Pero, sin embargo, es necesario denunciar que no es tan inusual el recurso a este mismo método cruel de eutanasia, para acelerar la muerte de los enfermos terminales, provocando que su fallecimiento tenga lugar, no ya por causa del cáncer o de la enfermedad que padezcan, sino por causa de inanición o deshidratación.

«Libertad de amar» o «libertad de matar»

En el caso Eluana se han confrontado dos concepciones antagónicas e irreconciliables de la existencia: la «cultura de la muerte» y la «cultura de la vida». Por mucho que pensásemos que ya lo habíamos visto todo en esta vida, tengo que reconocer que me quedé profundamente impresionado al leer el titular con que uno de los periódicos de mayor difusión de este «país», daba la noticia del fallecimiento de la joven: «Eluana sale de escena y explica lo que es la libertad». ¡Estremece comprobar hasta dónde puede llegar la soberbia humana! Lejos de mostrar el menor arrepentimiento, se pretende elevar el homicidio al rango de la heroicidad... ¡La libertad de matar y de suicidarse!

Por el contrario, las religiosas que han estado atendiendo a Eluana a lo largo de estos años (es importante hacer notar que no fue su padre quien la asistió), han dado un testimonio impagable sobre la cultura de la vida. La mayor parte de las cadenas televisivas han ocultado la escena de las religiosas llorando, cuando a la 1.00 de la madrugada, Eluana era sacada «furtivamente» del hospital en que era cuidada y amada, para conducirla hacia la «clínica de la muerte». Mientras que el padre afirmaba que tenía la sensación de estar visitando la tumba de su hija cuando acudía al hospital, las religiosas se habían manifestado de otro

modo: «Nosotras la sentimos viva». «No pedimos nada a cambio, sólo el silencio y la libertad de amar y darnos a los débiles, a los pequeños, a los pobres...». La conclusión es bastante evidente: Somos capaces de apreciar y valorar el don de la vida, en la medida de nuestra salud espiritual.

Legalidad y moralidad

Sin entrar a valorar otros muchos temas de la agenda política del primer ministro italiano, Silvio Berlusconi, es un hecho que su decidida actitud en defensa de la vida de Eluana, ha abierto la puerta a otro interesante debate: ¿las leyes positivas de un Estado son la última instancia inapelable, o por el contrario, los derechos fundamentales del ser humano están por encima de cualquier interpretación jurídica? O dicho de otro modo: ¿es la ética la que tiene que someterse a la ley, o la ley la que tiene que ajustarse a la ética? ¿Berlusconi ha intentado burlar la legislación al hacer lo posible por salvar la vida de Eluana, o más bien se ha esforzado en humanizar el régimen legal?

En cualquier caso, Eluana ha aportado su granito de arena para intentar despertar a esta vieja Europa de su letargo moral. Lo peor no es ya ser víctimas de la cultura de la muerte, sino entrar en un «coma espiritual» que nos lleve a la connivencia con los verdugos. ¡Gracias Eluana, por «aferrarte» a la vida durante diecisiete años en coma! ¡Confiamos plenamente en que Dios te habrá dado, en plenitud, esa vida que aquí se te ha negado!

CINCUENTA AÑOS EN GUERRA CONTRA EL HAMBRE (TRES TENTACIONES VENCIDAS)

Diario Palentino, 8 de febrero de 2009

¡Bodas de oro!... El oro ha pasado a ser en nuestra cultura occidental el símbolo de los valores más excelentes. Ya de por sí, la perseverancia es una de las virtudes más sublimes y necesarias, y son muchos los re-

franes de inspiración cristiana que así nos lo recuerdan: «De muchos es el comenzar, pero de pocos llegar a término». «Mejor es el fin de la obra que su principio». «Persevera y triunfarás»... Y si a esto añadimos que, en el caso presente, estamos celebrando la perseverancia en el ejercicio de la caridad —la reina de las virtudes teologales, según nos recuerda San Pablo (cf. 1 Cor 13, 13)—, ya sólo nos queda exclamar: «¡Felicidades, Manos Unidas!».

Frente a la tentación de la «resignación»

El 2 de julio de 1955, la Unión Mundial de Organizaciones Femeninas Católicas hizo público un manifiesto que concluía con una peculiar declaración: «¡Declaramos la guerra al hambre!». Al poco tiempo, en España, un grupo de mujeres de Acción Católica se «enrolaba» en esa «contienda», proponiendo el Día del Ayuno Voluntario... Había nacido Manos Unidas.

Una de las modalidades de la «desesperanza» suele ser la de habituarnos a convivir con situaciones injustas, asumiéndolas como algo inevitable y justificando así nuestra inhibición. Los motivos que suelen estar en el origen de esta tentación de falsa «resignación» son dos: la lejanía e insensibilidad hacia el sufrimiento de nuestro prójimo, así como el desconocimiento del amor de Dios.

No me parece anecdótico ni insignificante el hecho de que fuese un grupo de mujeres el que lanzase el proyecto de Manos Unidas. La mujer, llamada por naturaleza a engendrar la vida, a protegerla y alimentarla, muestra una sensibilidad muy especial a la hora de movilizarse contra la lacra del hambre y de las injusticias en el mundo, sin ceder ante la tentación de la desesperanza.

Frente a la tentación del «atajo»

A la hora de afrontar el reto de la lucha contra el hambre, podemos tener además otras tentaciones. Muchos piensan, de forma tan ingenua como errónea, que lo decisivo es conseguir que los diversos organismos y asociaciones —ya sean privados o públicos— confluyan en el común deseo de trabajar contra la injusticia en el mundo; pero sin importarles las estrategias y los caminos concretos, elegidos para alcanzar esa meta.

¡Una equivocación tremenda! Y de ahí la importancia de que los católicos podamos disponer de asociaciones, como Manos Unidas, que nos dan una garantía de confluencia entre los fines perseguidos y los medios elegidos.

Sin necesidad de apuntar a nadie en concreto, tenemos que ser conscientes de que no todos los organismos que promueven el desarrollo del Tercer Mundo están respetando la dignidad integral de las personas y de sus culturas. Por desgracia, no son pocos los que están introduciendo políticas antinatalistas, hasta el punto de hacer depender las ayudas asistenciales que ofrecen, de la aceptación de determinadas pautas de esterilización, por parte de los gobiernos autóctonos. En el fondo, está latente una estrategia de combatir la pobreza, que consiste en lograr que disminuya el número de pobres que nacen; como también de forma similar, se intenta combatir la inmigración, frenando el crecimiento demográfico de los países pobres. ¡El fin nunca justificará los medios! Es la tentación de buscar el «atajo» para solucionar los problemas, en lugar de afrontarlos en su raíz: la injusticia.

Frente a la tentación mesiánica

También convive entre nosotros otro tipo de tentación: la «mesiánica». El Evangelio nos recuerda que la primera tentación que Jesucristo padeció en el desierto, fue presentada bajo la solicitación de «convertir las piedras en pan». ¡Qué fácil hubiese sido para el Mesías reducir su mensaje de salvación a la satisfacción de las necesidades materiales más inmediatas, de las cuales no era necesario convencer a nadie! Conocemos su respuesta: «¡No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios!» (Mt 4, 4).

Esto ha configurado el estilo específico del ejercicio de la caridad, en la historia de la Iglesia Católica. Éste ha sido igualmente el ideal de Manos Unidas: la lucha equilibrada contra el hambre en sus tres formas: hambre de pan, hambre de cultura y hambre de Dios.

No olvidemos que los cristianos somos seguidores de Aquel que multiplicó los panes y los peces, y que a la vez entregó su propio Cuerpo y su propia Sangre como alimento para la vida del mundo. ¡Qué mezquinos seríamos si, cuando de Él recibimos «oro», sólo diésemos «hojalata» a nuestros semejantes, y en el colmo del autoengaño, todavía nos considerásemos generosos! El Amor de Dios sólo puede tener

nuestra caridad por respuesta. ¡Hagamos nuestra la causa de Manos Unidas! ¡Ganaremos la guerra al hambre!

CON SERENIDAD Y FORTALEZA (A PROPÓSITO DEL BUS ATEO)

Diario Palentino, 1 de febrero de 2009

La Conferencia Episcopal Española publicó el pasado 23 de enero una Nota de prensa, con el título: «Una publicidad lesiva de la libertad religiosa, en autobuses públicos». La Nota pide a las autoridades civiles competentes la tutela del ejercicio pleno del derecho de libertad religiosa, de forma que la libertad de expresión no pueda ser esgrimida como excusa para ofender deliberadamente las convicciones más intimas de otros ciudadanos.

Resulta sorprendente que la presencia de un crucifijo en la pared de un colegio público se considere lesiva del derecho aducido por un solo padre, mientras que la exhibición publicitaria de un mensaje injurioso contra los creyentes en los autobuses urbanos, con evidente intención de agravio, se estime perfectamente admisible. Ciertamente, la lógica del laicismo es bastante peculiar...

¿Por qué es una blasfemia?

La Nota razona de la siguiente forma: «Insinuar que Dios probablemente sea una invención de los creyentes y afirmar, además, que no les deja vivir en paz ni disfrutar de la vida es objetivamente una blasfemia y una ofensa a los que creen».

«Dios es amor» (cf. 1 Jn 4, 8) y es la fuente de la felicidad del hombre. El ateísmo más militante suele sostener que la existencia de Dios es incompatible con la libertad humana. Dios es presentado como un tirano que nos conduce a vivir angustiados y amargados. Es difícil formular una blasfemia más contraria al rostro de Dios revelado en la Biblia: Dios es el Padre misericordioso que derrama sus gracias sobre

todos sus hijos, incluyendo a quienes le ofenden o le ignoran. El dolor que sentimos los creyentes ante una campaña de este tipo es similar al que podría experimentar un ateo al leer con sorpresa en una valla publicitaria: «Libérate de tus padres y serás feliz».

Blasfeman, luego existe

Más allá de la ofensa a Dios y de la falta de respeto a las convicciones de los creyentes, es muy probable que, por esas «carambolas» de la providencia divina, esta campaña injuriosa acabe teniendo resultados beneficiosos en sus destinatarios. De hecho, nuestra cultura actual ignora la cuestión de Dios, por entender que es un asunto privado que debe ser expulsado de la vida pública, y la noticia religiosa suele reducirse a criticar a la Iglesia. Sin embargo, esta campaña trae la cuestión de Dios al centro del debate, aunque sea de una manera impropia y maliciosa.

En efecto, son muchos los que se plantean en estos días cuál es el concepto de Dios del que han partido los autores de esta campaña, y si verdaderamente coincide con el Dios Padre revelado por Jesucristo y predicado por la Iglesia. Además, no deja de ser sorprendente que quienes se consideran ateos, gasten su dinero en intentar convencer a los demás de que Dios no existe. ¿Qué beneficio pueden sacar de este «apostolado»? Difícilmente nosotros invertiríamos nuestros bienes, por poner un ejemplo, para advertir a los demás de que no existen los extraterrestres, si no creemos en ellos. Es decir, este tipo de campañas promovidas por asociaciones militantes del ateísmo, lejos de aportar ningún dato objetivo contra la existencia de Dios, acaban por resultar un «espejo» de la conciencia incómoda de quien las pone en marcha. No sería lógico suponer que quien viviese pacíficamente su increencia, fuese a embarcarse en estas empresas publicitarias. Hoy, también, siguen haciéndose realidad las palabras del Evangelio que se refieren a Cristo como signo de contradicción ante el que nadie permanece indiferente (cf. Lc 2, 34).

Serenidad y mansedumbre, fortaleza y valentía

La Nota de la Conferencia Episcopal Española que estamos comentando, concluye con esta equilibrada invitación: «Los católicos respetarán

el derecho de todos a expresarse y estarán dispuestos a actuar, tanto con serenidad y mansedumbre ante las injurias, como con fortaleza y valentía en el amor y la defensa de la verdad».

Esta conclusión final es muy importante, porque nos ofrece una orientación sobre el talante con el que los cristianos debemos afrontar este tipo de injurias: Tan incorrectas e impropias serían las reacciones indolentes, como las agresivas, o como las equidistantes.

Sabemos de sobra que nadie hubiese permitido un lema publicitario formulado en los siguientes términos: «Probablemente Alá no existe. Deja de preocuparte y disfruta de la vida». Es evidente que estas blasfemias que se lanzan en Occidente son un abuso de los principios de respeto y tolerancia sembrados por el cristianismo. Pero, sin embargo, no nos avergonzamos del Evangelio; y deseamos ser seguidores de aquellas palabras de Jesús que nos piden «guardar la espada» (cf. Jn 18, 11); al mismo tiempo que responder con la misma firmeza y serenidad con que Cristo se dirigió al soldado que le abofeteaba: «Si he hablado mal, dime en qué. Pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?» (Jn 18, 23).

CUESTIÓN DE CONCIENCIA
(EPC: SENTENCIA DEL SUPREMO)

El Norte de Castilla, 31 de enero de 2009

Al conocer la decisión del Supremo que sentenciaba en contra del derecho de cuatro padres a la objeción de conciencia contra la EpC, Benigno Blanco, presidente del Foro de la Familia, declaraba con nitidez: «Esto es sólo una escaramuza, y no el fin de la batalla». Por ello, como la sentencia de los tribunales no prohíbe ni deja en suspenso nuestra capacidad de razonar, me permito aportar unas reflexiones sobre la «objeción de conciencia», con la intención de profundizar en un debate que continúa, y está más abierto que nunca.

Un ejemplo concreto: objeción al servicio militar

En su día, en España se aceptó el derecho a la objeción de conciencia al servicio militar. El caso era muy delicado, habida cuenta de las consecuencias prácticas de la objeción: otros soldados tendrían que asumir la tarea de la defensa nacional, con riesgo de sus vidas. En aquella ocasión, el Estado eximió a los objetores de su deber de contribuir a la defensa nacional, en virtud de los motivos de conciencia que alegaban. De esta forma, se reconocía que el respeto de la conciencia del individuo es un bien superior al acatamiento de una determinada forma de organizar la sociedad.

Y en el caso presente, ¿no estamos ante un evidente agravio comparativo? Cuando un padre discierne en conciencia que su hijo no debe cursar Educación para la Ciudadanía, toma una decisión que afecta exclusivamente a su familia, sin consecuencias gravosas para terceros. La objeción a la EpC no conlleva que los compañeros del objetor tengan que cargar con sus deberes, como era el caso del servicio militar. ¡Es verdaderamente difícil entender la negación de la objeción de conciencia en un ámbito tan familiar y personal como el que nos ocupa! No es de recibo que el principio de objeción de conciencia sea reconocido o rechazado, dependiendo de si la materia de la objeción es considerada políticamente correcta o no.

¿Objetar a las matemáticas?

Durante los tres días en los que se ha prolongado la reflexión del Supremo —¡no parece que la cosa esté tan clara, cuando el debate ha durado más de veinte horas!—, hemos escuchado comentarios del siguiente tenor: «Si el Tribunal concediese la objeción a EpC, los padres podrían llegar a objetar hasta a las matemáticas».

Una afirmación tan peregrina, deja al descubierto la existencia de dos posturas de partida bien diferentes: la de quienes creemos que los padres no son «tontos» y saben elegir mejor que nadie lo que conviene a la educación de sus hijos; y, por otra parte, la de quienes piensan que no se puede confiar en los padres, sino que es el Estado quien tiene la primera y última palabra en lo que respecta a la educación de los hijos.

¿Qué es la objeción de conciencia?

La objeción de conciencia es la negativa de un individuo a cumplir una norma del ordenamiento jurídico, por entender que es incompatible con un determinado valor moral percibido por la propia conciencia. Aunque, ciertamente, tenemos el deber de cumplir aquellas leyes que dicta la legítima autoridad, tampoco podemos olvidar que la conciencia del individuo está comprometida, en la búsqueda del bien, con otras instancias morales o éticas.

Tiene muy poco sentido el que sea un tribunal quien dirima si los contenidos de EpC vulneran las convicciones morales de los padres. ¿Eso quién tiene que decidirlo: un tribunal o los propios padres? Si se niega a los padres ese discernimiento, en la práctica no se reconoce el derecho a la objeción de conciencia.

No estará de más volver a leer la argumentación de la Sentencia del Tribunal Constitucional del 11 de abril de 1985, en la que se pronunciaba sobre el reconocimiento a la objeción de conciencia: «Cabe señalar, por lo que se refiere al derecho a la objeción de conciencia, que existe y puede ser ejercido con independencia de que se haya dictado o no tal regulación. La objeción de conciencia forma parte del contenido del derecho fundamental a la libertad ideológica y religiosa reconocido en el artículo 16.1 de la Constitución y, como ha indicado este Tribunal en diversas ocasiones, la Constitución es directamente aplicable, especialmente en materia de derechos fundamentales».

Cuando en un Estado existe una marcada tendencia a ningunear el principio de subsidiariedad, entonces el derecho a la objeción de conciencia se convierte en un obstáculo para poder lograr el fin perseguido: ¡Más «Estado» y menos «sociedad»! Sin embargo, los cristianos creemos firmemente que la familia —no el Estado, ni el partido político— es la célula básica de la sociedad, y esperamos que nuestra legítima visión de la existencia tenga plena cabida y reconocimiento en el orden constitucional español.

Como hijos de María, en las circunstancias presentes recordamos con plena confianza la promesa de nuestra Madre: «¡Al final, mi Inmaculado Corazón triunfará!».

«QUERIDOS NIÑOS MISIONEROS»
(CARTA A LOS NIÑOS, CON MOTIVO DE LA INFANCIA MISIONERA 2009)

Diario Palentino, 25 de enero de 2009

Queridos niños misioneros:

Soy José Ignacio, vuestro obispo. Muchos ya nos hemos conocido cuando he visitado vuestras parroquias o vuestros colegios. ¡A los demás espero visitaros muy pronto!

Os escribo esta carta, porque quiero compartir con vosotros una historia que he escuchado recientemente y estoy seguro que os gustará:

> Al padre Damián el Señor le llamó a ser misionero en la India. En su primer año en la misión, le encargaron trabajar en un orfanato donde había casi cien niños que habían sido abandonados. Se acercaba la Navidad y los niños del orfanato iban a escuchar por primera vez el relato de la Nochebuena. El misionero les contó cómo a María y a José no les dieron posada en ninguna casa de Belén... cómo tuvieron que pasar la noche en un establo... cómo al Niño Jesús lo tuvieron que acostar en un pesebre porque no tenían una cuna...
>
> Todos los niños escuchaban la historia impresionados, con la boca abierta. Nunca habían oído algo así. Una vez terminada la historia, el padre Damián les repartió un papel y un lápiz para que dibujaran lo que habían escuchado. Mientras los huérfanos dibujaban el «portal de Belén», el misionero se acercaba a los niños, para ver si necesitaban ayuda. Así llegó donde un pequeño de seis años. Este niño, Samir, había pintado en su hoja un pesebre con dos bebés dentro. El padre Damián le preguntó por qué había dos bebés en el pesebre. Samir cruzó sus brazos y mirando al pesebre comenzó a repetir, muy seriamente, la historia que acababa de escuchar.
>
> Lo estaba contando muy bien... hasta que llegó a la parte donde María pone al bebé en el pesebre. Entonces Samir empezó a inventar su propio final: «...y cuando María dejó al bebé en el pesebre, Jesús me miró y me preguntó si yo tenía un lugar para estar. Yo le dije que no tenía mamá ni papá y que no tenía un sitio donde vivir. Entonces Jesús me dijo que yo podía estar allí con él. Le dije que no podía, porque no tenía un regalo para darle. Pero yo quería quedarme con Jesús, por eso pensé qué cosa tenía para darle como regalo; se me ocurrió que podría darle calor. Por eso le pregunté a Jesús: «Si te doy calor, ¿ése sería un buen regalo para ti?». Y Je-

sús me dijo: «Si me das calor, ése sería el mejor regalo que jamás haya recibido». Por eso me metí dentro del pesebre y Jesús me miró y me dijo que podía quedarme allí para siempre.

Cuando el pequeño Samir terminó su historia, sus ojitos brillaban llenos de lágrimas; se tapó la cara, agachó la cabeza sobre la mesa y lloró feliz. El pequeño huérfano acababa de conocer, gracias al padre Damián, a alguien que no lo abandonaría jamás. ¡A Alguien que estaría para siempre junto a él!

Hay muchos niños como Samir que aún no conocen a Jesús, y que no pueden darle calor. Porque... ¿sabes? ¡¡Jesús está deseando que le demos calor!! ¡¡Que le demos nuestro amor!! Está deseando que nos acerquemos a Él, y sufre mucho cuando ve que hay tantos y tantos que no le conocen y no que saben cuánto les quiere. Jesús necesita que le ayudemos a que muchos niños como Samir, en Asia, le conozcan. ¿Queréis ayudarle? A quien ayuda a Jesús, Jesús le ayuda también.

Dentro de unos años quizás os llame Dios a algunos de vosotros a ser misioneros, como el padre Damián, en países lejanos. Pero, ¿sabéis que también ahora podéis serlo? Sí, sí, ¡también vosotros, los niños, podéis ser misioneros!

Seguro que ya habéis aprendido en la catequesis que desde que os bautizaron estáis llamados a ser misioneros. Jesús quiere que le ayudéis a que todos le conozcan, con vuestra oración por los demás, y también contando a vuestros padres, a vuestros amigos, a vuestros compañeros... ¡cuánto les quiere Jesús! Eso es ser misionero. Tenéis que ser misioneros en casa, en el colegio, en el parque... Nada hay más grande en el mundo que «ayudar a todos a acercarse a Jesús».

Pero no olvidéis que el misionero es el primero que se acerca a Jesús para darle calor, para darle su amor. Yo supongo que vosotros acudís muchas veces a Jesús ¿no? Que le rezáis, que vais a Misa, que le ofrecéis vuestros pequeños regalos... ¡Jesús os está esperando cada día!

El próximo 25 de enero vamos a celebrar la Jornada de la Infancia Misionera. Bajo el lema: «Con los niños de Asia buscamos a Jesús», queremos ayudar a que muchos niños de Asia conozcan a Jesús y puedan saber cuánto les quiere. Ya sabéis que para eso es necesario que haya misioneros que vayan a esas tierras. A ellos también les tenemos que ayudar con nuestra oración y con nuestra generosidad.

¡Cuento con vosotros para esta impresionante misión!
Os bendice con todo cariño, vuestro obispo,

† José Ignacio

«CUANDO CONTEMPLO EL CIELO...»

Diario Palentino, 18 de enero de 2009

Se cumplen cuatrocientos años desde que Galileo apuntase por primera vez al cielo con su telescopio, y las Naciones Unidas han declarado el 2009 Año Internacional de la Astronomía. Si bien es cierto que la ciencia astronómica tiene sus propios fines y métodos, el hombre religioso recibe con sumo interés todos sus descubrimientos y avances, porque para nosotros el firmamento es un lugar privilegiado por el que nos asomamos al misterio de la inmensidad de Dios y a la contemplación de su infinita belleza. Así lo dice el Salmo 8: «Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado, ¿qué es el hombre, para que te acuerdes de él, el ser humano, para darle poder» (Sal 8, 4-5).

Inmensidad del universo: ¡Ponte en mis manos y... observa!

La astronomía dispone de las comprobaciones científicas suficientes para afirmar que el universo es finito y que está en expansión. Recientemente, un astrónomo sevillano, José Luis Comellas, nos impresionaba con unos datos que nos ayudan a contemplar el universo: Cuando observamos el Sol, lo estamos viendo tal y como era hace ocho minutos. La razón es que, ése es el tiempo que tarda en llegar la luz desde el Sol hasta nosotros, a razón de 300.000 kilómetros por segundo. Y cuando miramos en el firmamento la Estrella Polar, la estamos viendo como era hace ¡trescientos años! Pero... eso no es nada, comparado con la distancia que nos separa de la Galaxia de Andrómeda: la luz que nos llega hoy desde ella, ha salido hace ¡¡dos millones de años!! Podría haber ocurrido perfectamente que esa galaxia

hubiese desaparecido hace miles de años, y que nosotros no tuviésemos todavía noticia de ello...

Desde estos datos, los creyentes nos maravillamos al considerar que toda esta inmensidad que forma el Universo, no es sino una pequeña criatura del amor de Dios.

¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?

Una de las cuestiones más apasionantes es la posibilidad de encontrar otras formas de vida en el Universo, y especialmente otras formas de vida inteligente. De forma mayoritaria, la comunidad científica no excluye esa posibilidad, aunque estima que las probabilidades son pequeñas, dadas las condiciones tan hostiles para la vida en el universo conocido.

En la hipótesis de que solamente existiese vida inteligente en la Tierra, parece lógico que los creyentes nos hagamos la pregunta de por qué un universo tan inmenso: ¿Somos tan importantes como para que Dios crease un universo de estas dimensiones, teniéndonos sólo a nosotros como sus habitantes? Si así fuese, estaríamos ante una prueba más de la dignidad del hombre. Tal vez, Dios nos está diciendo: «Si piensas que el firmamento es maravilloso, deberías ver mi obra maestra en... ¡el espejo!».

Iglesia Católica y astronomía

Una de las leyendas negras más extendidas contra la Iglesia Católica es la sospecha de que en su historia se ha comportado como enemiga de los avances científicos. La realidad es justamente la contraria: baste recordar que Copérnico fue un eclesiástico polaco; o que Lemaître, el pionero en proponer la hipótesis del Big Bang como origen del universo, era un sacerdote belga. Sin olvidar que los papas fueron grandes impulsores del estudio del cosmos, hasta el punto de fundar tres observatorios astronómicos.

Por lo que respecta al caso Galileo, frecuentemente aducido, hoy en día sabemos con precisión que el factor determinante del conflicto no fue otro que las malas relaciones personales y las rivalidades entre científicos. Conviene recordar que Galileo no estuvo un minuto en las cár-

celes de la Inquisición, ni fue sometido a tortura o vejación alguna. Su condena, por no cumplir su compromiso de enseñar el heliocentrismo como una hipótesis —ciertamente, una injerencia indebida del tribunal eclesiástico, como reconoció Juan Pablo II—, consistió solamente en una reclusión en su propia casa y la recitación de algunas oraciones. La leyenda negra sobre Galileo no sólo ha extendido la falsedad de su condena a la hoguera, sino que ha ocultado que Galileo falleció en su vejez, bajo el cuidado de su hija religiosa, y habiendo recibido la bendición papal.

En el momento presente, la Santa Sede mantiene un Observatorio Astronómico, conocido con el nombre de la «Specola Vaticana», desde el que se están impulsando importantes proyectos. Su razón de ser es el diálogo interdisciplinar, ya que la astronomía es una ciencia que nos ayuda a poner en perspectiva nuestra realidad, al mismo tiempo que nos introduce en un terreno fronterizo entre ciencia, teología y filosofía.

JESUCRISTO: VICTORIA DEL AMOR

El Norte de Castilla, 3 de enero de 2009

Han pasado ya 2009 años, y nuestra sociedad continúa debatiéndose entre la acogida y el rechazo a Jesucristo. El hecho de que su nacimiento marque el centro —el año cero— del calendario occidental, no quiere decir que Él sea, en la práctica, el fundamento de los valores que construyen nuestra vida. Pero lo cierto es que en estos dos milenios, la historia de la humanidad ha «progresado» en la medida en que se ha abierto al mensaje del Evangelio; mientras que, por el contrario, ha «retrocedido» cuando le ha dado la espalda.

El cristianismo transformó, en buena medida, la cultura cruel e inmisericorde del Imperio Romano y del mundo bárbaro. La pobreza y la debilidad, pasaron de ser un signo de maldición a convertirse en un reto para nuestra generosidad y en un cuestionamiento de nuestra falta de humanidad.

Por ejemplo, en el caso concreto de la atención a los enfermos, con la llegada del cristianismo comenzó la asistencia a los «incurables»,

aquellos que hasta entonces, según la práctica habitual, eran abandonados, e incluso expulsados fuera de los muros de la ciudad. Antes de Jesucristo, no se concebía que la sociedad emplease sus energías en acompañar y aliviar el sufrimiento de quienes carecen de perspectivas de «futuro». El cuidado de los minusválidos, enfermos mentales, moribundos, etc., terminó formando parte de la cultura occidental, por influjo de la concepción cristiana de la existencia, que reconoce en el ser humano una dignidad espiritual, más allá de su salud corporal.

Sin embargo, a lo largo de estos dos milenios, también la cultura de la muerte ha tenido numerosos valedores, como es el caso del filósofo Friedrich Nietzsche, quien en la segunda mitad del siglo XIX impulsó un pensamiento que ponía las bases para el posterior surgimiento del nazismo, del comunismo y de otras visiones anticristianas de la existencia.

Nietzsche despreciaba el cristianismo por haber difundido los ideales de la compasión, la piedad, la humildad, etc. En opinión de Nietzsche, todo ello es contrario a lo que él considera verdaderos valores: la salud, la vitalidad, el poder, lo enérgico, el triunfo, etc.

La historia prosiguió su curso inexorable, y tras la dramática lección extraída del nazismo y del comunismo todo hacía pensar que Occidente volvería a «progresar en humanismo», desde el redescubrimiento de sus raíces cristianas. Sin embargo, llegado el final del siglo XX y el inicio del XXI, nos encontramos con numerosos signos de alarma que amenazan con un «retroceso» hacia la cultura de la muerte, antaño superada por el cristianismo.

¿Qué pensar de una cultura que reivindica la muerte —el suicidio asistido— como un derecho? ¿Y qué sociedad estamos construyendo, en la que se llega a considerar la vida como un «infierno», y a la muerte como una «liberación»? Tal vez, la única característica novedosa de esta nueva reformulación del paganismo anticristiano en la que estamos inmersos, es que se nos presenta disfrazada de tolerancia y de libertad. Ya no se trataría de expulsar a los débiles y desahuciados de nuestra sociedad, sino de inculcar unos antivalores que los lleven a convencerse de que están sobrando, de forma que sean ellos mismos los que tomen la decisión de quitarse de en medio...

Sin embargo, al mismo tiempo que la cultura de la muerte parece imponerse, el mensaje de Cristo continúa abriéndose camino en nuestros días. Jesucristo se revela cada vez como más necesario y decisivo para todos aquellos que buscan el sentido de la existencia.

Del año 2008 recién concluido, merece la pena destacar el testimonio dado por las religiosas italianas que en la Clínica Talamoni, cerca de Milán, atienden a la joven Eluana, quien permanece ya dieciséis años en coma irreversible.

A petición del padre de Eluana, un juez concedió el permiso para retirarle la hidratación, la alimentación y la respiración artificial. En ese momento trágico, las religiosas encargadas tantos años de su cuidado diario, manifestaron públicamente su «disponibilidad para servir hoy y siempre a Eluana». «Nosotras la sentimos viva». «No pedimos nada a cambio, sólo el silencio y la libertad de amar y darnos a los débiles, a los pequeños, a los pobres...». Me permito reseñar un «pequeño» detalle que fácilmente pudo pasar inadvertido: la religiosa que realizaba aquellas declaraciones, en nombre del resto de la comunidad religiosa, se llama... ¡Misericordia!

Después del «terremoto» causado en Italia por las declaraciones de la hermana Misericordia, el Ministerio de Sanidad envió una circular a todos los centros hospitalarios públicos y privados italianos, en la que se prohíbe retirar la alimentación a los pacientes en estado vegetativo, lo que ha impedido ejecutar la sentencia que autorizaba a acabar con la vida de Eluana. El testimonio de estas religiosas ha vencido sobre la cultura de la muerte, cuando menos, en este «asalto». Aunque, a buen seguro, ellas se apresurarían a matizar que es el Amor de Cristo quien ha vencido en ellas.

Dos mil nueve años después, bien podemos decir que Jesucristo no sólo ha cambiado la historia de Eluana o la de las religiosas que cuidan de ella, sino que ha transformado el decurso de la humanidad. ¿Qué sería de nosotros sin el Dulce Nombre de Jesús? «No hay bajo el Cielo otro nombre por el que podamos ser salvados» (Hch 4, 12).

DIGNIDAD DE LOS MÁS INOCENTES

Diario Palentino, 28 de diciembre de 2008

Decía Kant que «mientras que las cosas tienen precio, los hombres tenemos dignidad». Ésta podría ser la conclusión a la que conduce la lec-

tura de las treinta páginas de la Instrucción *Dignitas Personae* (Dignidad de la Persona), recientemente publicada por la Congregación para la Doctrina de la Fe. Pasados ya veinte años desde la publicación de *Donum Vitae* (*El don de la Vida*), había llegado el momento de ampliar los temas abordados por aquella primera Instrucción, que fue pionera al dar un juicio moral sobre las modernas técnicas biomédicas reproductoras.

Los dos presupuestos fundamentales de los que parte la moral católica en este terreno, son los siguientes: 1.º El ser humano debe ser respetado y tratado como «persona» desde el instante de su concepción. Cualquier «individuo» de la especie humana —independientemente del estadio en el que se encuentre— no puede no ser persona. 2.º Dios ha querido que la procreación del hombre sea fruto del matrimonio y que tenga lugar en el marco de la expresión del amor humano, por el acto sexual.

Dignitas Personae concluye que «el valor ético de la ciencia biomédica se mide en referencia tanto al respeto incondicional debido a cada ser humano, en todos los momentos de su existencia, como a la tutela de la especificidad de los actos personales que transmiten la vida».

La fecundación artificial «versus» terapias sanadoras

Dignitas Personae denuncia un hecho gravísimo: «Todas las técnicas de fecundación in vitro se desarrollan de hecho como si el embrión humano fuera un simple cúmulo de células que se usan, se seleccionan y se descartan». El número de embriones sacrificados en estas técnicas es altísimo, y no cabe la aceptación moral de este hecho, como si fuese un precio inevitable para conseguir resultados positivos.

La Iglesia considera correctas y encomiables las intervenciones terapéuticas que tienen la finalidad de remover los obstáculos que impiden la fertilidad natural, así como las técnicas que ayudan a que el acto conyugal logre la deseada fecundidad; pero rechaza la fecundación asistida o artificial, que sustituye al acto conyugal.

Para responder a la expectativa de los matrimonios estériles que no han conseguido sanar su infertilidad por medios honestos, la Instrucción insiste en la necesidad de alentar, promover y facilitar los procedimientos de adopción de niños huérfanos. Ciertamente, Dios en su providencia, ha podido permitir la cruz de la esterilidad, integrándola

en sus designios de amor para con esos niños inocentes, carentes de una familia estable y acogedora.

«Experimentación con embriones» y «congelación», esclavitud del siglo XXI

No podemos en este artículo hacer un repaso detallado de todos los nuevos retos biomédicos que son objeto de estudio en *Dignitas Personae*. Me refiero brevemente a dos de ellos, tal vez los más «sangrantes»: la congelación de embriones y su sacrificio para la experimentación.

Dentro de la mentalidad pragmatista y utilitarista, las técnicas de fecundación in vitro, recurren a la congelación de los embriones «sobrantes». Se trata de una grave violación de la dignidad humana. Muchos de esos embriones pierden la vida en el proceso de congelación o descongelación. Privados de la acogida materna, la mayor parte de ellos quedarán «huérfanos» para siempre, «crioconservados» a muchos grados bajo cero, sin un destino cierto. Con una lógica cruel, al poco tiempo se justificará su utilización para la experimentación, con el argumento practicista de no desperdiciarlos: «¡Total, qué más dará, si no tienen salida!», «¡por lo menos podemos obtener material biológico con fines terapéuticos!».

La congelación de embriones provoca una situación de injusticia irreparable. Hoy en día continuamos congelando seres humanos, al mismo tiempo que nos cuestionamos qué hacer con ellos, sin respuesta digna posible. Los episodios más crueles de la historia de la esclavitud humana resultan anecdóticos comparados con esta nueva esclavitud del siglo XXI, disfrazada de avance tecnológico.

El Verbo de Dios se hizo embrión

Como afirmó el Concilio Vaticano II: «En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado» (GS 22). Hubo un momento en que Jesucristo, al igual que nosotros, fue un embrión. En el caso de que hubiésemos atentado contra Él, habríamos cometido el mismo crimen que los soldados romanos consumaron en el Calvario. Dicho de otro modo: aun antes de nacer, ya

desde el seno de María, Jesucristo nos ha revelado la dignidad de la vida humana.

La beata Teresa de Calcuta entendió que Dios le impulsaba a servir a «los más pobres de entre los pobres». En esa misma lógica, la Iglesia descubre hoy la llamada a defender a los más débiles entre los débiles: los embriones humanos. Como decía Juan Pablo II, tenemos conciencia de que «en torno a la familia y a la vida se libra hoy el combate fundamental por la dignidad del hombre».

¡Herodes mató a menos niños...! ¡¡Feliz Navidad!!

EL FUTURO EN UNA PLAZA

La Razón, 29 de diciembre de 2008

Los Santos Inocentes nos echaron una mano desde lo alto, sosteniendo las nubes amenazantes; de forma que la jornada resultó inolvidable. Una vez más, lo más llamativo fue la cantidad de familias numerosas, que no se arredran ante el frío, amenaza de lluvia, incomodidades, distancia, riegos, etc. ¡Qué grandes y hermosos han de ser sus ideales, para que decidan poner en marcha a sus «pequeños», sin regatear sacrificios!

Al verlos, me vino a la memoria la anécdota que se narra del mártir San Lorenzo: cuando en el año 257 el emperador Valeriano le exigió entregar todos los bienes de los cristianos que vivían en Roma, Lorenzo se presentó ante el «césar», acompañado de los pobres asistidos por la Iglesia romana, pronunciando aquella famosa frase: «Éstos son los tesoros de la Iglesia».

Ciertamente, todavía hoy, los pobres continúan siendo nuestro «tesoro». Pero a buen seguro que deberíamos de añadir otra perla no menos preciosa: la familia numerosa. Las familias reunidas en Colón son también el «tesoro de la Iglesia». ¡Ojalá fuese el conjunto de la sociedad española la que considerase a los niños y a la familia como el mejor de sus «activos» y la más bella de las «joyas»!

CINCO RAZONES PARA LA MISA EN COLÓN
La Razón, 27 de diciembre de 2008

Los católicos no somos masoquistas. Partimos del hecho de que no es nada apetecible ponerse en marcha hacia la Plaza de Colón, con una climatología tan dura y en unas fechas que invitan a la intimidad de la familia. Desde el criterio de la comodidad, nos sería mucho más fácil quedarnos en torno a la estufa, y en todo caso, participando de esa Eucaristía mediante la radio o la televisión. Pero como nuestro criterio de discernimiento no es la «apetencia» sino la «voluntad de Dios», sugiero cinco razones en pro de la conveniencia de acudir a esa Eucaristía:

1.º *La fuerza de la rogativa.* Son palabras del mismo Jesucristo: «Os aseguro también que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, lo conseguirán de mi Padre que está en los cielos» (Mt 18, 19). El poder de la intercesión del Pueblo de Dios orando en comunión, en favor de la familia y del respeto a la vida, puede tener una eficacia incalculable.
2.º *Clamor de los inocentes.* En el día de los Santos Inocentes, prestaremos nuestra voz a los que no la tienen: los 112.138 niños sacrificados el año pasado en España. Ellos no tienen sindicato que les defienda, ni partido político que les represente. Su clamor llega al Cielo, ciertamente, pero tiene también que alcanzar al resto de la sociedad, sirviéndose de nuestro pequeño «altavoz». «Si nosotros callásemos, gritarían las piedras» (cf. Lc 19, 40).
3.º *Signo visible del Dios viviente.* El influjo del laicismo imperante, podrá descolgar las cruces de las paredes, o hacer desaparecer los belenes y demás signos religiosos propios de la Navidad... pero no podrá impedir que nosotros mismos seamos «signos visibles» de la presencia de Dios en el mundo. La fe no sólo entra «por el oído» (Rom 10, 17), sino que también entra «por los ojos». La multitud que acuda a la Eucaristía del día 28, será un testimonio de que Dios «vive» y «habita» entre nosotros.
4.º *Despertar de nuestro letargo.* Pienso con frecuencia que quizás la Providencia divina permite la presente crisis moral como un medio para hacernos reaccionar ante nuestra mediocridad de vida. A veces ocurre que hasta que no vemos el rostro del mal no nos entregamos con «determinada determinación», en palabras de Santa Teresa. La

tibieza de los cristianos es uno de los mayores lastres que obstaculiza la llegada del Reino de Dios a nosotros.

5.º «*Confortaos mutuamente*» (1 Tes 5, 11). La soledad puede llegar a convertirse en una tentación de desesperanza. Dios ha querido que nos confortemos mutuamente en el peregrinar cristiano. *In nomine Domini*, vamos a la Plaza de Colón.

EL CIELO EN CASA. ¡FELIZ NAVIDAD!

Diario Palentino, 21 de diciembre de 2008

Se equivocan quienes piensan que la felicitación navideña es un acto protocolario y vacío de contenido. Muy al contrario, se trata de una tradición destinada a refrescar nuestra memoria, de forma que caigamos en la cuenta de que la Navidad es auténticamente «reveladora» del motivo que a todo ser humano se le ofrece, para colmar su felicidad.

El Cielo se inauguró en Belén

Las religiones que no han partido de la Biblia como fuente de la Revelación, han caído inexorablemente en el error de imaginar el más allá de la muerte —y más en concreto el Cielo— como un lugar maravilloso y fascinante, que garantiza la felicidad del hombre. La felicidad del Paraíso consistiría en la fortuna de vivir en un lugar extraordinario, en el que el hombre podrá incluso saciar sus apetencias y encontrar los placeres que en esta vida ha deseado, sin haberlos podido alcanzar. Es decir, fuera de la Palabra de Dios, la imagen que el hombre se ha forjado del Cielo ha sido tan material y carnal como ridícula.

Sin embargo, la Revelación cristiana es muy distinta. Nosotros creemos que la felicidad que se nos ofrece en el Cielo consiste en vivir con Jesucristo, compartiendo nuestra vida con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo. La felicidad no la da un «lugar», ni la satisfacción de unos placeres, sino el vivir «con el Señor» (cf. 2 Cor 5, 8). El Cielo consiste en dejarnos amar por Dios en plenitud, por toda la eternidad.

Una vez purificadas las falsas imágenes sobre la Vida Eterna, entendemos la razón para nuestra felicitación navideña: ¡el Cielo comenzó en Belén hace dos milenios! En efecto, aquella fue la primera vez que se nos ofreció la posibilidad de iniciarnos en esa experiencia de eterna felicidad: «¡Vivir con Él!». Paradójicamente, Él se abajó y tomó nuestra condición humana, para que nosotros pudiésemos «habitar» con Él.

Poco importa que el «lugar» fuese tan pobre como un establo, y que al Hijo de Dios se le hubiesen negado los «espacios más dignos» de aquella ciudad. ¡Aquella cuadra era el Cielo, porque el Cielo es Jesús!

Felicidad, ¡ya!

Una de nuestras tentaciones más frecuentes suele ser la de soñar con un cambio de escenario, como condición necesaria para lograr la felicidad deseada: «¡Si encontrase otro trabajo...! ¡Si pudiese marchar a otro lugar...! ¡Si cambiase esta situación adversa...!». Parece como si la felicidad fuese siempre una reivindicación pendiente, condicionada al lugar y a las circunstancias que nos rodean...

Sin embargo, cuando la tradición cristiana felicita las Navidades no lo hace al modo de quien aspira a un anhelo, sino como un recordatorio del don que ya nos ha sido dado en Belén. Somos «ya» felices y dichosos, porque en Él lo tenemos todo. ¡El Cielo ya ha comenzado en la tierra: en todos aquellos que han acogido a Jesús, como el Hijo de Dios!

Así es como esta Navidad viviremos unas fiestas verdaderamente «felices»: si ponemos al Señor en el centro de nuestras vidas. Él llenará de paz nuestros corazones y nuestros hogares.

¡Os deseo una Feliz y Santa Navidad a todas las familias palentinas!

«PROYECTO RAQUEL»

Diario Palentino, 14 de diciembre de 2008

Los defensores del supuesto derecho al aborto han difundido, con mayor o menor éxito, la imagen de la Iglesia Católica como enemiga del

proceso de liberación de la mujer. Sin embargo, la Iglesia no sólo quiere proteger la vida de los no nacidos; también quiere ofrecer el perdón y la sanación a todas las personas que arrastran el sufrimiento de haber abortado, sea voluntariamente o bajo presión, con conocimiento o desde la ignorancia.

Aborto: ¿liberación o autodestrucción?

Ya han pasado más de veinte años desde que el aborto fuese despenalizado en España, allá por el año 1985. Uno de los mayores tabúes de nuestros días es la pregunta sobre qué ha pasado con el millón de mujeres que han abortado desde entonces en España: ¿Supuso el aborto una liberación para ellas o, por el contrario, ha generado un trauma del que no consiguen liberarse? ¿El aborto fue solución u originó un problema mayor?

Ni qué decir tiene que las administraciones públicas no han realizado estudio alguno al respecto, y se han limitado a silenciar y a esquivar la cuestión... Sin embargo, recientemente hemos conocido algunos datos hechos públicos por la doctora Carmen Gómez-Lavín, médico psiquiatra, que es la investigadora española que más se ha ocupado del llamado «síndrome post aborto»: El 40% de las mujeres que han recurrido al aborto ha pensado en suicidarse. La incidencia del suicidio que se da entre ellas es entre seis y siete veces mayor que la de las mujeres que dan a luz. El 80% sufre síntomas depresivos. El 40% sufren trastornos de la sexualidad. El 60%, alteraciones de la conducta y el 70%, irritabilidad...

Paradójicamente, más del 90% de los 112.138 abortos practicados en España el año pasado, se acogieron al supuesto de riesgo para la salud psicológica de la madre. Sin embargo, la evidencia científica demuestra que el someterse a un aborto, lejos de mejorar la salud psíquica de la mujer ocasiona en la mayoría de ellas graves trastornos psíquicos.

«Proyecto Raquel» en Palencia

Con datos contrastados podemos afirmar que, si cierto es que el niño concebido es la primera víctima del aborto, la madre es la segunda víctima. En efecto, el aborto no sólo es un homicidio, sino que también es

una especie de «suicidio» moral, que hiere el alma de todos los que están involucrados en él. Por ello, consideramos necesaria la puesta en marcha en nuestra diócesis, del llamado «Proyecto Raquel», especializado en el acompañamiento a las mujeres que decidieron abortar y ahora sufren ante la necesidad de sanación de un dolor autodestructivo, del que no son capaces de liberarse y para el que no encuentran redención. Nuestro Centro de Orientación Familiar, recientemente abierto en Palencia, será quien lleve adelante este programa nacido en Estados Unidos, ofreciendo la ayuda psicológica y espiritual, además de la psiquiátrica, si fuera necesario.

El nombre de este proyecto está tomado de un pasaje de la Biblia, del profeta Jeremías: «Un grito se oye en Ramá, llanto y lamentos grandes; es Raquel que llora por sus hijos, y rehúsa el consuelo, porque ya no viven. Dice el Señor: Deja ya tus lamentos de tristeza, enjuga las lágrimas de tus ojos. El dolor que has sembrado tendrá su recompensa [...] Hay esperanza en tu futuro, dice el Señor» (Jeremías 31, 15-17).

Reconciliarse con la vida

El feminismo radical ha hecho creer a muchos que la promoción de la mujer pasa por la liberación de ésta de su excesiva vinculación a su maternidad. Desde este presupuesto, no es de extrañar que el derecho a la vida del «nasciturus» y la reivindicación por la realización de la mujer se hayan presentado en conflicto: «¡Este embarazo me trunca la vida!».

La realidad es bien distinta: la madre no necesita menos a su hijo de lo que el hijo necesita a su madre. El drama del aborto alcanza su culmen cuando la madre —que de ordinario suele tener una sensibilidad muy superior a la del padre— llega a percatarse de que su felicidad «murió» junto con su hijo.

El «Proyecto Raquel» es una apuesta por la posibilidad de sanación de nuestras heridas... Para llegar a perdonarnos a nosotros mismos por los errores cometidos, es necesario primero pedir perdón a Dios, autor de la vida; y, ¡también!, pedir perdón a ese hijo a quien agredimos injustamente y que, desde el seno de Dios, intercede por la conversión y sanación de sus padres. Es una cuestión crucial. Se trata de reconciliarse con la «vida», desde la experiencia que supone afrontar lo que pasó, pero desde la oportunidad de experimentar la misericordia infinita de Dios y poder ser artífices de un nuevo modo de mirar la vida. El siervo

de Dios, Juan Pablo II, lo expresó maravillosamente en su encíclica *Evangelium Vitae* (n. 99):

> Una reflexión especial quisiera tener para vosotras, mujeres que habéis recurrido al aborto. La Iglesia sabe cuántos condicionamientos pueden haber influido en vuestra decisión, y no duda de que en muchos casos se ha tratado de una decisión dolorosa e incluso dramática. Probablemente la herida aún no ha cicatrizado en vuestro interior. Es verdad que lo sucedido fue y sigue siendo profundamente injusto. Sin embargo, no os dejéis vencer por el desánimo y no abandonéis la esperanza. Antes bien, comprended lo ocurrido e interpretadlo en su verdad. Si aún no lo habéis hecho, abríos con humildad y confianza al arrepentimiento: el Padre de toda misericordia os espera para ofreceros su perdón y su paz en el sacramento de la Reconciliación. Os daréis cuenta de que nada está perdido y podréis pedir perdón también a vuestro hijo que ahora vive en el Señor. Ayudadas por el consejo y la cercanía de personas amigas y competentes, podréis estar con vuestro doloroso testimonio entre los defensores más elocuentes del derecho de todos a la vida.

EL DIOS QUE SE REVELA

Diario Palentino, 7 de diciembre de 2008

En la segunda mitad del siglo XX fueron muchos los analistas que vieron en la ideología marxista el mayor enemigo del cristianismo. Y esto, tanto por las persecuciones que los regímenes comunistas dirigían —siguen haciéndolo todavía en algunos lugares— hacia los creyentes de las diversas religiones, como por la explícita profesión de ateísmo de la que siempre hicieron gala. Sin embargo, la historia se ha encargado de demostrarnos que la ideología más persistente y perjudicial era otra: el racionalismo ilustrado.

Si lo característico del marxismo fue la negación de Dios, lo propio de la mentalidad racionalista ha sido, y es, la negación de la Revelación. Es decir, descartan por absurda la posibilidad de que Dios llegue a mantener una relación personal con nosotros. A la mentalidad raciona-

lista le repugna que los misterios trascendentes sean presentados con la cercanía y la concreción propias de algo que está a nuestro alcance. La pretendida Revelación sería el recurso de los ignorantes, que necesitan ver y palpar, porque son incapaces de pensar y abstraer. (¡Cuántas similitudes con el pasaje bíblico del Libro de los Reyes (2 Re 5, 1-15), en el que Naamán el Sirio, se resistía a aceptar que con sólo obedecer al profeta Eliseo, bañándose siete veces en el Jordán, podría quedar limpio de su lepra!).

Sin embargo, esta mentalidad racionalista, que alardea de tener un concepto más puro y desarrollado de la divinidad, comete un tremendo error, al impedirle a Dios ser Dios. ¿Es que le vamos a decir nosotros a Dios lo que puede y lo que no puede hacer? Y si Dios quisiese dirigirse al hombre como a su interlocutor, ¿qué principio filosófico ilustrado se lo iba a impedir? Es curioso que quienes acusan a la religión de constreñir la divinidad en un «mensaje revelado», caigan en la burda contradicción de supeditar la libertad de Dios a sus presupuestos ideológicos. Dicho en términos reivindicativos: ¡Dios tiene derecho a revelarse!

Pero el hecho de la Revelación no es sólo una potestad divina, sino que además es perfectamente coherente con la imagen de Dios que la propia Revelación nos ha dado a conocer: ¿Cómo pedirle al Padre que renuncie a hablar con quienes ha adoptado como hijos? ¿Cómo expresar una plena amistad con los hombres, si no es descubriéndoles todos y cada uno de sus más íntimos secretos? ¿Cómo puede resignarse Dios a la perdición eterna de aquellos a quienes ama, renunciando a la posibilidad de corregirles, mientras esto sea posible?

Si bien es cierto que la Revelación debe ser entendida siempre como un acto libre de Dios, al que no estaba obligado bajo ningún concepto, tenemos que añadir que se trata de una decisión en plena consonancia con lo más íntimo de su ser, que no es otra cosa que el Amor. ¿Hay algo más comunicativo que el amor?

El rechazo racionalista hacia la Revelación es la resistencia del hombre al amor de Dios; es la desconfianza hacia lo que Dios quiera decirnos, o hacia lo que sus caminos puedan depararnos. El rechazo de la Revelación esconde la sospecha de que Dios viene a robar la autonomía del hombre y a impedir su felicidad.

Frente a esto, la libre decisión de Dios de revelarse es consecuencia de su amor apasionado, que le lleva a implicarse en nuestra propia historia. La Revelación no es otra cosa que Dios mismo saliendo a la búsqueda del hombre. Y como en toda relación interpersonal, siempre es

necesario que alguien tome la iniciativa: «No sois vosotros quienes me habéis elegido a mí, sino que yo os he elegido a vosotros» (Jn 15, 16). ¡He aquí el misterio de la Navidad para el que nos estamos preparando!

Un gran «signo» por la Familia y por la Vida

Aprovecho este contexto para dirigiros una invitación. El próximo domingo, 28 de diciembre, el Cardenal Arzobispo de Madrid ha convocado una Eucaristía solemne, en la Plaza de Colón de Madrid, coincidiendo con la festividad de la Sagrada Familia y de los Santos Inocentes. Desde nuestra Delegación de Pastoral Familiar se están organizando autobuses para que los palentinos puedan también participar en ese gran «signo» por la Familia y por la Vida.

Sin embargo, ese encuentro de la Iglesia española no será un mero «signo», ya que la Eucaristía no sólo «simboliza» sino que también «realiza» lo que significa. Dios nos dará su gracia para que podamos cambiar el rumbo de la «cultura de la muerte» en la que estamos inmersos. El momento histórico que vivimos es especialmente grave: está en curso el proyecto de ampliación de la ley de aborto, además de la introducción de otra ley de «suicidio asistido», en palabras del ministro de Sanidad. Acudamos todos los que podamos a Madrid el 28 de diciembre, pidiendo a Dios que suscite en nosotros la vocación de ser apóstoles de la familia y de la vida.

«AQUÍ TENÉIS LA SEÑAL...»

El Norte de Castilla, 6 de diciembre de 2008

«Encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre» (Lc 2, 12). Sin embargo, en buena parte de las céntricas calles de las principales capitales españolas, no se encuentra «señal» alguna del nacimiento de Cristo. Es verdad que nos ha sorprendido el despliegue de todo un alarde de psicodélicas luces decorativas: figuras geométricas, diseños surrealistas, difusas evocaciones del abeto... Adornos muy lla-

mativos y exuberantes, pero... carentes de significado y de mensaje. Todo un esfuerzo estético de una cultura secularizada, que pretende vestir la nada de brillantes colores, «engalanando» el sinsentido de una «Navidad» sin «Natividad».

Signos y significados

Esta ausencia de «signos» ha sido precedida por la polémica del crucifijo que colgaba de la pared del colegio público vallisoletano. Una sentencia judicial ordenaba su retirada del aula, a petición de un padre, en contra de la voluntad mayoritaria de las familias de los alumnos, expresada en el Consejo Escolar. El juez estimaba que se trata de un «signo» que puede resultar agresivo contra la debida neutralidad en la educación de los colegios públicos.

Es sorprendente que se pretenda «hilar tan fino» a la hora de preservar la neutralidad, mientras que en esas mismas aulas se imponen obligatoriamente a los alumnos, con total impunidad, contenidos morales contrarios al sentir de sus padres (léase «Educación para la Ciudadanía»).

Esta contradicción, como tantas otras, demuestra a las claras, la inexistencia de la neutralidad en los valores. La ausencia de signos —máxime cuando nace de un rechazo explícito— es, por sí misma ya, totalmente «significativa» del nihilismo imperante. En realidad, el «relativismo» se expresa en la «nada», de la misma forma que el cristianismo se expresa en la «cruz» y en el «belén».

Todas las cosmovisiones de la existencia se plasman en determinados signos, y la «nada» no es una excepción. El gran engaño consiste en confundir el «vacío interior» con la «neutralidad».

La señal del cristiano

Siempre me ha impresionado que los dos grandes signos del cristianismo sean tan humildes y austeros: la Cruz y el Niño en un pesebre. ¡Qué lejos estamos de la simbología ampulosa y fascinante con la que se expresa la cultura secularizada y materialista!

Parece como si Dios hubiese elegido hacerse presente en nuestra vida bajo el signo de la debilidad, como pidiendo permiso para entrar,

sin deseo alguno de imponerse a quien no le otorgue libremente su consentimiento: «Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaremos juntos» (Ap 3, 20).

El debate sobre la presencia de los signos cristianos en los espacios públicos se ha orientado hacia las luchas reivindicativas, dejando en el olvido la perspectiva divina del mensaje. Yo me imagino a Jesucristo conversando con el conserje del colegio, o con el funcionario municipal, que cumplen la orden de retirar el pesebre y el crucifijo: «¡Pero, Antonio, si yo sólo quería deciros a todos que os quiero!».

De bueyes y asnos

«Conoce el buey a su amo, y el asno, el pesebre del dueño. Israel no conoce, mi pueblo no recapacita» (Is 1, 3). Este texto de Isaías fue uno de los que inspiraron a San Francisco de Asís, allá por el año 1223, para realizar la primera representación del belén, en la localidad italiana de Greccio.

San Francisco entendió que la presencia del buey y del asno, en la representación belenística, esconde una velada referencia al dolor de Dios por no verse acogido por la humanidad, representada en los habitantes de Belén: «Vino a su casa, y los suyos no le recibieron» (Jn 1, 11). El reproche de Yahvé —«Israel no conoce, mi pueblo no recapacita»— es una referencia al peligro de la insensibilidad espiritual a la que nos conducen los desmedidos afanes y preocupaciones materiales de la existencia.

Sin embargo, el buey y el asno no son sólo el signo profético que denuncia el rechazo del Hijo de Dios, sino que también nos representan a cada uno de los que deseamos acogerlo. En medio de esta particular «fauna» que conformamos entre todos, reivindicamos la imagen de aquel «burro» y de aquel «buey»... ¡Tal vez, haya llegado el momento de aprender algo hasta de los animales! ¿Y si le pidiésemos a Dios en esta Navidad, la gracia de ser el «burrito» de su belén?

ESPERANZA ALEGRE
APOSTOLADO DE LA SONRISA
Diario Palentino, 30 de noviembre de 2008

Este domingo, 30 de noviembre, celebramos el primer aniversario de la publicación de la segunda encíclica de Benedicto XVI: *Spe Salvi* (*Salvados en la Esperanza*). Precisamente este mismo día también, iniciamos el tiempo de Adviento, en el que la Iglesia renueva una vez más la invitación a vivir la virtud teologal de la esperanza.

Tenemos que reconocer que, con frecuencia, en nuestra cultura se ha forjado una imagen un tanto «melancólica» de la esperanza. Parece como si identificásemos la esperanza con un suspiro que añora la realización de unos ideales, al mismo tiempo que los percibe como una utopía inalcanzable. Alguien dijo que la esperanza sin Dios (¿«esperanza laica»?), por mucho que se exprese en tonos poéticos, acaba por reducirse al lamento triste y nostálgico.

¿No es cierto, acaso, que en nuestras conversaciones hay una gran inflación de lamentos y de reivindicaciones estériles? Todo el mundo parece quejarse de todo. El «victimismo» se ha convertido en una actitud de vida, consistente en creernos destinatarios de todos los males, al mismo tiempo que nos hacemos ciegos para reconocer el bien e incapaces de agradecerlo. Así lo describía Martín Descalzo: «Antaño la hipocresía era fingirse bueno. Hoy en día, la hipocresía es inventarse dolores, teniendo motivos para estallar de alegría».

Pues bien, en este tiempo de Adviento que iniciamos, tiempo de espera gozosa en el Mesías, tenemos una ocasión de oro para crecer en la virtud de la alegría. Pero... ¿cómo es eso de considerar la alegría como una «virtud»? ¿No se trata acaso, de un estado emotivo, fruto de unas circunstancias cuyo control no está en nuestras manos? ¿Acaso no sería algo ficticio el intento de procurar ser alegres «artificialmente»?

Los cristianos tenemos muchas razones para la alegría. La liturgia del Adviento nos las recuerda una y otra vez, ante el peligro de que los agobios de nuestra vida nos impidan disfrutar de ellas: «[...] cuando salimos animosos al encuentro de tu Hijo, no permitas que lo impidan los afanes de este mundo» (Oración colecta, Domingo II de Adviento); «[...] concédenos llegar a la Navidad —fiesta de gozo y salvación— y poder celebrarla con alegría desbordante» (Oración colecta, Domingo III de Adviento).

Ciertamente, la alegría es fruto de una Buena Noticia, pero no puede ser alcanzada sin librar antes una importante batalla interior. La alegría no es un estado anímico que nos sobreviene y nos abandona caprichosamente, sino que es un hábito que se adquiere con voluntad y perseverancia. Es el fruto del ejercicio de la penitencia interior, que nos lleva a mortificar tantas tristezas inconsistentes que pretenden imponerse a las razones para el gozo interior. Aunque nos puedan parecer incompatibles estos dos conceptos, no dudemos de que la «alegría» es la mejor «penitencia». Más aún, hemos de desconfiar de las penitencias que no nos lleven a superar nuestras tristezas y amarguras. La penitencia más perfecta es aquella por la que le ofrecemos a Dios y a nuestro prójimo una sonrisa transparente y perseverante, que solamente puede brotar de un corazón enamorado y agradecido.

Para resolver esta aparente paradoja, tal vez debamos redescubrir el auténtico sentido de la «penitencia», es decir, su sentido teológico. Decía Santo Tomás de Aquino en la *Suma Teológica*, que «la penitencia realiza la destrucción del pecado pasado». No olvidemos que la tristeza se introdujo en nosotros como fruto del pecado; y que éste no será plenamente vencido hasta que no rescatemos la alegría. Rescatamos la alegría sólo cuando hemos vencido el pecado.

La alegría cristiana que nace de la virtud teologal de la esperanza nos permite relativizar las preocupaciones y hasta nuestras propias debilidades. La sonrisa humilde y el buen humor resultan ser un arma espiritual de gran eficacia para vencer las tentaciones del Maligno. Al mismo tiempo, el «apostolado de la sonrisa» es uno de los testimonios más necesarios y convincentes en el momento presente.

Iniciamos en este domingo un nuevo año litúrgico. He aquí la primera súplica que la liturgia de la Iglesia dirige a Dios: «Aviva en tus fieles el deseo de salir al encuentro de Cristo que viene, acompañados por las buenas obras» (Oración colecta, Domingo I de Adviento). Lo sorprendente quizás sea descubrir que la primera «buena obra» que Dios nos pide, pueda ser... una sonrisa.

CIERTAMENTE, MUY «BELLA»

El Norte de Castilla, 29 de noviembre de 2008

No deja de ser significativo que cuando determinados directores de cine han realizado algunas obras maestras con alto contenido en valores éticos y espirituales, hayan coincidido en elegir el término «bella» para titularlas. Sería larga la lista, aunque ahora me refiero a películas como *¡Qué bello es vivir!*, de Frank Capra (1946), que se convirtió en un clásico navideño; *La vida es bella* (1997), de Roberto Benigni, y en nuestros días, *Bella*, producida e interpretada por Eduardo Verástegui.

La tradición cristiana habló de los tres trascendentales, como tres dimensiones de la existencia y de la realidad: «verum», «bonum» y «*pulchrum*». Es decir, lo «verdadero», lo «bueno» y lo «*bello*». La esquizofrenia de nuestra cultura ha consistido en pretender separar la belleza de la bondad y de la verdad. Sin embargo, la belleza no es otra cosa que el reflejo de la verdad. Mientras que la santidad (la bondad) es la belleza encarnada. Por eso, no es de extrañar que cuando el celuloide ha sido transmisor de valores morales «buenos» y «verdaderos», haya recurrido al concepto de «belleza» para expresarlos. En efecto, como decía el teólogo Von Balthasar, «lo primero que captamos del misterio de Dios no suele ser la verdad, sino la belleza». Frente al concepto secularizado de «belleza», nosotros creemos que la belleza es «aparición» y no «apariencia».

Tengo que reconocer que cuando terminé de ver la película de Verástegui, salí un tanto desconcertado... Había supuesto que esta película, de la que tanto había oído hablar, sería transmisora de sólidos argumentos con los que hacer frente a la «cultura de la muerte». Nada de eso. No se trata de un filme apologético destinado a convencer a los convencidos, sino de un emotivo cuestionamiento sobre el rumbo de nuestra existencia. Creo que el auténtico valor de la película, lo percibimos a posteriori, en la medida en que intuimos su importante contribución para afinar nuestra sensibilidad. El lenguaje de esta película es el adecuado para llegar a interpelar al hombre y a la mujer de nuestros días: sólo cuando los afectos son «alcanzados», llegamos a ser capaces de cuestionar nuestras razones o sinrazones.

«Si quieres hacer reír a Dios, cuéntale tus planes»

El filme comienza con esta frase, que resulta paradigmática en las historias personales que se entrecruzan a lo largo de su argumento. Cuando caemos en la tentación de soñar con una felicidad egocéntrica, propia del «triunfador», inevitablemente, las cruces de la vida acabarán despertándonos bruscamente.

¿Es incompatible la felicidad con la cruz? En realidad, la plenitud de nuestra existencia no se alcanza en la huida del dolor, ni en la desesperación, sino afrontando y madurando en la tribulación... Algunas contrariedades acaban por convertirse en alegrías, cuando son aceptadas; e incluso, los episodios más oscuros de nuestra existencia, pueden resultar un acicate para entender nuestra vida como una ocasión de eficaz reparación.

La fuerza sanadora de la familia

Uno de los valores más importantes de *Bella* es que muestra claramente la fuerza que la familia ejerce en cada uno de nosotros, aportando estabilidad personal, seguridad, sanación, etc. Lo más duro del sufrimiento es tener que vivirlo en una situación de orfandad moral, porque entonces resulta inevitablemente destructor.

Eduardo Verástegui se dirige con esta película, de una forma muy especial, a todos los inmigrantes hispanos de Estados Unidos, que corren los graves riesgos que se derivan del alejamiento de sus seres queridos y de la desestructuración de la institución familiar. La mayor pobreza de nuestros días es la carencia de la familia.

La fuerza evangelizadora del cine

Decía recientemente el cardenal Poupard, presidente del Consejo Pontificio de la Cultura, que «el cine puede construir una auténtica cultura de la vida». Es imprescindible que seamos conscientes de que, en la pequeña y en la gran pantalla, se está librando una batalla determinante entre «valores» y «antivalores». No podemos ser tan ingenuos de acercarnos al cine como a una mera industria de entretenimiento. En realidad, como en tantos otros terrenos de la existencia, tampoco en el mundo artístico cabe la neutralidad.

Una vez más, se demuestran proféticas las palabras de Cristo: «El que no está conmigo, está contra mí; y el que no recoge conmigo, desparrama» (Lc 11, 23).

DEJAR A DIOS EN EL BANQUILLO
Diario Palentino, 23 de noviembre de 2008

En artículos anteriores, hemos tenido ocasión de comentar diversos aspectos del discurso que Benedicto XVI dirigió a los jóvenes en la ceremonia de acogida de las Jornadas Mundiales de la Juventud de Sidney. En aquel incomparable escenario, el Papa nos ofrecía una batería de reflexiones de alto calado, con intención de suscitar en nosotros una capacidad crítica frente al reto de secularización y laicismo ante el que nos encontramos. Comento unas palabras de aquel discurso:

> La tarea del testigo no es fácil. Hoy muchos sostienen que a Dios se le debe «dejar en el banquillo», y que la religión y la fe, aunque convenientes para los individuos, han de ser excluidas de la vida pública, o consideradas sólo para obtener limitados objetivos pragmáticos. Esta visión secularizada intenta explicar la vida humana y plasmar la sociedad con pocas o ninguna referencia al Creador.

He aquí uno de los «dogmas» principales de nuestra actual cultura secularizada: las creencias religiosas pertenecen a la esfera de la vida privada, de forma que todo ciudadano tiene que dejar «aparcada» su religión cuando se trata de participar en la vida pública. Lo propio del Estado sería aquello que es público y común a todos los ciudadanos y, dado que las opciones religiosas son particulares y privadas, no tendrían lugar fuera del ámbito de la propia conciencia, del seno de la familia, o del recinto eclesial. Dicho con el símil futbolístico utilizado por el Papa en el citado encuentro juvenil: cuando el partido lo jugamos fuera de casa, a Dios habría que dejarle «en el banquillo».

El primer error de planteamiento es evidente: El hecho de que un Estado sea laico o aconfesional no implica que la sociedad y los indivi-

duos que lo conforman deban serlo igualmente. Un cristiano es lo que es, y no puede transformarse en «aconfesional» cuando se hace presente en la vida pública. Cada uno contribuimos al bien común desde nuestras convicciones personales. No puede ser de otra manera.

Benedicto XVI rebatió con firmeza esa teoría tan difundida, según la cual para tomar parte en la vida social, habría que hacerlo desde posiciones neutras o imparciales; es decir, laicas o aconfesionales. El Papa desenmascara así el engaño del laicismo:

> Se presenta como una fuerza neutral, imparcial y respetuosa de cada uno. En realidad, como toda ideología, el laicismo impone una visión global. [...] La experiencia enseña que el alejamiento del designio de Dios creador provoca un desorden que tiene repercusiones inevitables sobre el resto de la creación. Cuando Dios queda eclipsado, nuestra capacidad de reconocer el orden natural, la finalidad y el «bien», empieza a disiparse.

Es decir, la visión excluyente de Dios que en la vida pública deja la fe en el banquillo es tan «dogmática» como la visión cristiana. Nadie construye la sociedad sin estar inspirado en unos determinados valores. Así lo dice el Catecismo de la Iglesia Católica:

> Toda institución se inspira, al menos implícitamente, en una determinada visión del hombre y de su destino, de la que saca sus referencias de juicio, su jerarquía de valores, su línea de conducta. [...] Las sociedades que ignoran esta inspiración o la rechazan en nombre de su independencia respecto a Dios se ven obligadas a buscar en sí mismas o a tomar de una ideología sus referencias y finalidades; y, al no admitir un criterio objetivo del bien y del mal, ejercen sobre el hombre y sobre su destino un poder totalitario, declarado o velado, como lo muestra la historia» (CIC 2244).

En consecuencia, los católicos no hemos de avergonzarnos de nuestra explícita inspiración cristiana. En primer lugar, porque es totalmente falsa la supuesta imparcialidad de quienes enarbolan la bandera laicista. Pero, además, el Papa nos invitaba a hacer una lectura histórica de lo ocurrido cada vez que el hombre ha pretendido construir el Estado, rechazando toda referencia a Dios y a los valores objetivos de la moral. Lo ocurrido en el siglo XX con las ideologías nazi y marxista es buena prueba de ello. Pero incluso después de la caída de las ideologías seguimos corriendo un grave peligro; ya que

una democracia sin valores tiende a convertirse en un totalitarismo visible o encubierto.

Lo decía Chesterton con su habitual ingenio: «Quitad lo sobrenatural, y no encontraréis lo natural, sino lo antinatural».

A TI, QUE ERES JOVEN... ¡CRISTO TE LLAMA!

Diario Palentino, 9 de noviembre de 2008

Este fin de semana se desarrolla en el Palacio de Congresos y Exposiciones de Madrid un *Forum de Pastoral con Jóvenes*, al que acuden cerca de dos mil jóvenes pertenecientes a más de doscientas asociaciones e instituciones que se esfuerzan en la evangelización del mundo joven. La práctica totalidad del movimiento juvenil católico está representado en este *Forum*. Pocas veces, como en la presente ocasión, hemos sido testigos de un esfuerzo tan grande de comunión e integración en la Pastoral Juvenil española. Una iniciativa encomiable que nació de la orden religiosa de los Escolapios y que ha sido canalizada por las Delegaciones de Pastoral Juvenil de todas las diócesis españolas. La Providencia ha querido que éste sea el marco para dar el pistoletazo de salida a la preparación de las Jornadas Mundiales de la Juventud de 2011 en Madrid.

La fuerza de la esperanza

Recientemente ha finalizado en Roma el Sínodo de la Palabra, y resuena en nosotros un pasaje bíblico, que bien podría ser elegido como tema central de nuestra pastoral juvenil: «Os escribo a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes y la Palabra de Dios permanece en vosotros y habéis vencido al Maligno...» (1 Jn 2, 14). ¿A qué jóvenes se refiere San Juan? ¿Existen en nuestros días este tipo de «jóvenes fuertes», que permanecen fieles al mensaje de la Palabra de Dios y que salen victoriosos de las múltiples tentaciones? ¿No se tratará, tal vez, de un pasaje bíblico que describe a los jóvenes del primer siglo del cristianismo, pero que está muy alejado de la radiografía sociológica del actual mundo joven?

Sin embargo, la Palabra de Dios, a diferencia de la palabra de los hombres, no se limita a describir las circunstancias y situaciones de un determinado tiempo y lugar, sino que tiene el poder y la gracia de transformar la realidad, engendrando y dando a luz a una juventud renovada por el Evangelio de Cristo. La fuerza de la esperanza cristiana es tal que, en plena crisis de secularización del Occidente cristiano, en una situación histórica que muchos perciben como de «fin de época», escuchamos la voz del Espíritu que anuncia el renacimiento de la experiencia cristiana: «¡Yo hago nuevas todas las cosas!» (Ap 21, 5). Si algo está quedando claro en esta crisis posmoderna es que Jesucristo y su Evangelio no tienen alternativa. Como decía Chesterton: «Cualquier cosa muerta puede ir con la corriente, pero solamente algo que está vivo puede nadar contra la corriente».

La fuerza de la comunión

En nuestros días y en nuestras circunstancias, el aislamiento es «mortal» para el joven creyente. Los jóvenes cristianos que se encuentran en este *Forum* de Pastoral con Jóvenes, son conscientes de la importancia de la comunión para que el seguimiento de Cristo sea factible. Dios ha querido que caminemos juntos y que tengamos necesidad unos de los otros, para llegar a descubrirle. Estamos conectados por Jesús en la Iglesia... Se trata de un presupuesto irrenunciable.

Una de las señales más claras de la madurez cristiana es la conciencia de la necesidad de ser acompañados y acompañantes, al mismo tiempo. Todos nosotros tenemos algo de «oveja» y de «pastor». Es verdad que para aprender a ser «pastor experimentado», en buena lógica, primero hay que ser «oveja dócil». Pero también es cierto que hasta que el joven no viva la experiencia de acompañar a otros jóvenes y de ser apóstol de Cristo ante ellos, no llegará a valorar y a abrirse a la riqueza de comunión que se le ofrece en el seno de la Iglesia.

El referente de la joven nazarena

El *Forum* vive un momento álgido en la asistencia a la Vigilia Mariana en la fiesta de Santa María de la Almudena. María es el paradigma del encuentro entre la sed que Dios tiene del hombre, y la sed que el hombre tiene de Dios. La sorpresa del joven que descubre a María se pro-

duce al comprobar que mucho antes de que saliésemos al encuentro de Dios, Él ya había salido en nuestra búsqueda.

Al contrario de lo que muchos puedan pensar, la razón de ser de la Pastoral Juvenil no es la organización de actividades entretenidas para los jóvenes, sino un acompañamiento que conduzca al encuentro personal con Dios y que posibilite el discernimiento de la voluntad divina en la vida del joven.

Como le gusta repetir a Benedicto XVI en sus alocuciones: «Quien no da a Dios, da demasiado poco» y «Quien excluye a Dios de su horizonte, falsifica el concepto de la realidad»... Por ello, por fidelidad al proyecto de Dios y por amor a los jóvenes, no nos vamos a conformar con una Pastoral Juvenil de mínimos, sino que hacemos nuestro el ideal de la Inmaculada, recogido de alguna forma en el lema elegido para el *Forum*: «Caminar por las alturas» (Habacuc 3,19).

NO ES OBLIGATORIO QUEDARSE FUERA
Diario Palentino, 2 de noviembre de 2008

No es frecuente que los Papas utilicen la ironía como género de expresión. Quizás por esto me llamó poderosamente la atención una frase que escuché a Benedicto XVI en Sidney, en el contexto de las Jornadas Mundiales de la Juventud. Nos encontrábamos en el acto inicial, concretamente, en la ceremonia de acogida, y el Papa se dirigió a los jóvenes allí congregados con las siguientes palabras:

> Veo ante mí una imagen vibrante de la Iglesia universal. La variedad de naciones y culturas de las que provenís demuestra que verdaderamente la Buena Nueva de Cristo es para todos y cada uno; ella ha llegado a los confines de la tierra. Sin embargo, también sé que muchos de vosotros estáis aún en busca de una patria espiritual. Algunos, siempre bienvenidos entre nosotros, no sois católicos o cristianos. Otros, tal vez, os movéis en los aledaños de la vida de la parroquia y de la Iglesia. A vosotros deseo ofrecer mi llamamiento: acercaos al abrazo amoroso de Cristo; reconoced a la Iglesia como vuestra casa. Nadie está obligado a quedarse fuera, puesto que desde el día de Pentecostés la Iglesia es una y universal.

Aquella «fina ironía» de Benedicto XVI, escondía una profunda reflexión crítica sobre nuestro momento cultural. El hecho de que el Papa estuviese dirigiendo esa consideración irónica a una asamblea de jóvenes provenientes de todas las partes del mundo respondía al estándar de una cultura globalizada.

Soy consciente de que habrá quienes juzguen que el Papa estaba exagerando. ¿En qué lugares del mundo se prohíbe a los jóvenes acercarse a la Iglesia? ¿Acaso se estaba refiriendo con aquellas palabras a los cristianos perseguidos por el hinduismo fundamentalista en la India, o a los católicos de rito caldeo que son exterminados y expulsados de Iraq por la presión del fundamentalismo islámico? Evidentemente, no son estos los casos a los que Benedicto XVI estaba aludiendo. Su reflexión se refería a la cultura secularizante y laicista que, de forma globalizada, Occidente está «exportando» al resto del mundo.

En efecto, sin llegar a la persecución física, en nuestros días existen formas muy sutiles y eficaces de coaccionar a un joven de modo que, en la práctica, se vea limitado su derecho a la libertad religiosa. La concepción secularizada de la existencia, unida a la ideología laicista, encuentra un apoyo decidido en quienes gestionan las iniciativas culturales públicas, además de recibir una amplia difusión por parte de la mayoría de los «mass media». Esto contribuye a que en nuestra sociedad, la fe cristiana llegue a ser percibida como contracultural. Difícilmente encontraremos una persecución más despiadada y más eficaz, que aquella que constriñe al perseguido, hasta hacer que se sienta acomplejado y avergonzado de su propia condición. ¿Es normal que los inmigrantes de otras religiones se sientan más cómodos practicando su religiosidad en Occidente (¡de raíces cristianas!), que los propios jóvenes católicos?

Escuchando a Benedicto XVI, me venía a la memoria otro mensaje muy similar que Juan Pablo II dirigió a los jóvenes en las Jornadas Mundiales de la Juventud del año 2000, celebradas en Roma:

> [...] Seguir a Jesús es como un nuevo martirio: el martirio de quien, hoy como ayer, es llamado a ir contra corriente.

Y continuaba su discurso aquel Papa que tanto conectó con el alma de los jóvenes:

> Quizás a vosotros no se os pedirá la sangre, pero sí ciertamente la fidelidad a Cristo. Una fidelidad que se ha de vivir en las situaciones de cada día: en

> los novios y su dificultad de vivir, en el mundo de hoy, la pureza antes del matrimonio; en los matrimonios jóvenes y en las pruebas a las que se expone su compromiso de mutua fidelidad; en las relaciones entre amigos; en el que ha empezado un camino de especial consagración, etc.

Juan Pablo II no les ocultó a los jóvenes la dificultad de seguir a Cristo en el momento presente, pero al mismo tiempo les dio un mensaje de esperanza:

> Queridos jóvenes, ¿es difícil creer en un mundo así? En el año 2000, ¿es difícil creer? Sí, es difícil. No hay que ocultarlo. Es difícil, pero con la ayuda de la gracia es posible.

El Pontificado de Benedicto XVI ha añadido una reflexión de corte filosófico para denunciar la misma situación existencial descrita por Juan Pablo II. En efecto, ha sido Joseph Ratzinger quien ha acuñado el término *dictadura del relativismo*. En estos últimos años hemos sido testigos repetidas veces de cómo la invocación del «principio de tolerancia», no ha sido sino el primer paso para acabar imponiendo finalmente una ideología laicista obligatoria.

Tras aquella ironía reflexiva que invitaba a sacudirse complejos, el Papa concluía dirigiéndose a los jóvenes a corazón abierto:

> Queridos amigos, en casa, en la escuela, en la universidad, en los lugares de trabajo y diversión, recordad que sois criaturas nuevas. Como cristianos, estáis en este mundo sabiendo que Dios tiene un rostro humano, Jesucristo, el «camino» que colma todo anhelo humano y la «vida» de la que estamos llamados a dar testimonio, caminando siempre iluminados por su luz.

EL «*CAMINO*» DE ALEXIA

El Norte de Castilla, 1 de noviembre de 2008

Hace ya unos catorce años que cayó en mis manos una de las biografías publicadas sobre la vida y muerte de una adolescente madrileña, Alexia

González-Barros (1971-1985), cuyo proceso de beatificación está en curso. Se trataba de la historia dramática de una joven de trece años a quien se le había declarado un tumor maligno que acabó con su vida en menos de un año. Aquel libro no me dejó indiferente. Muy al contrario: en repetidas ocasiones me hizo llorar de emoción y en otras reía y disfrutaba al comprobar la belleza del tesoro de la inocencia, cuando ésta es iluminada por la fe cristiana. La fuerza testimonial que irradiaba, grabó en mí una huella imborrable. Entonces yo era todavía un sacerdote «novel», pero al concluir la lectura de aquel libro, comprendí que en adelante, aquella niña sería mi «amiga» por el resto de mis años. Recuerdo también que empleé un dinero del que en aquel momento disponía para distribuir en la parroquia abundantes ejemplares de su vida. Con alegría, pude comprobar cómo Alexia llegaba igualmente a otros corazones. A lo largo de estos años me he acordado de ella, de una forma especial, cada vez que visito o tengo noticia de algún niño o adolescente enfermo.

¿Qué es lo que más me llamó la atención de su historia? Por encima de todo, su plena confianza en la voluntad de Dios... «Jesús, que yo haga siempre lo que Tú quieras» —repetía con frecuencia—. Es como si en ella se fundiesen el sentido común y la más alta mística. Ciertamente, los niños inocentes —Alexia— nos enseñan a sobrenaturalizar lo natural y a naturalizar lo sobrenatural. También me impresionó profundamente la fuerza de la familia cristiana. ¡Aquella familia era una «piña» en la que se vivía una especie de «santidad compartida»!

Añado a lo anterior que el hecho de acercarme a la figura de Alexia me ayudó también a valorar más los carismas de la Iglesia, porque era notorio que la pertenencia al Opus Dei de varios de sus miembros, había sido un factor determinante del que se había nutrido aquella historia de amor. Y, finalmente, tengo que agradecer a Alexia que me «enseñase» a tener relación y devoción hacia nuestro personal Ángel Custodio. ¡Me quedé perplejo al descubrir la audacia con la que aquella niña «bautizaba» a su Ángel de la Guarda con el nombre de «Hugo»! La naturalidad con la que Alexia trataba con Hugo, me ayudó a entender aquella frase del Evangelio: «Guardaos de menospreciar a uno de estos pequeños; porque yo os digo que sus ángeles, en los cielos, ven continuamente el rostro de mi Padre que está en los cielos» (Mt 18, 10).

Pues bien, hace ya varios meses, llegó a mis oídos la noticia de que un director de cine, que se autodefine como «ateo practicante», había decidido inspirarse en la historia de Alexia para realizar una especie de

«contrahistoria» de su vida. No me lo hubiese creído, de no ser por el cúmulo de faltas de respeto a la religión cristiana, de las que ya hemos sido testigos... (No creo necesario detallar los casos recientes: obras teatrales con título blasfemo, exposiciones fotográficas de la misma índole, programas televisivos burlescos y despectivos, etc).

Finalmente, la película en cuestión ya ha llegado a las salas cinematográficas, con el nombre de *Camino*. Por si hubiese lugar a dudas, el director ha tenido la desfachatez de hacer un guión en el que la niña protagonista de la película lleva el nombre propio del título del libro que escribió el fundador del Opus Dei (Camino). La película utiliza la historia de Alexia como arma arrojadiza contra lo que la propia niña más amaba: su madre y su padre, sus hermanos, la Iglesia... Todo aquello que los creyentes habíamos admirado en el testimonio de Alexia y de su familia, por arte de magia, en la pantalla es retorcido hasta el extremo, y se nos muestra como grotesco, como masoquismo, fanatismo, manipulación... Baste citar el subtítulo burlesco elegido para la película: *¿Quieres que rece por ti para que tú también te mueras?...*

Aunque a estas alturas ya nada nos sorprenda, tengo que reconocer que a mí este episodio me ha impresionado: ¿Qué mal habrán hecho a nadie Alexia y su familia? ¿Por qué «se revuelve» ante su memoria un señor que se dice «no creyente»? ¿Será sólo cosa de buscar el dinero fácil, o habrá más factores que lo expliquen? Vienen a mi memoria las palabras que el «buen ladrón» dirigió a su compañero de suplicio, tras escuchar con asombro cómo éste insultaba gratuita e injustificadamente a Jesús crucificado: «¿Ni siquiera temes tú a Dios estando en el mismo suplicio? Y lo nuestro es justo, porque nos lo hemos merecido. En cambio, éste nada malo ha hecho. —Y volviéndose hacia Jesús le dijo—: ¡Señor, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino!» (Lc 23, 41).

La escena de los dos ladrones crucificados junto a Jesús es paradigmática: la humanidad no se divide en «buenos» y «malos». En realidad, todos somos «ladrones», es decir, «pecadores». Por el contrario, la humanidad se compone de pecadores «arrepentidos» y pecadores «convencidos». Los primeros reconocen su culpa, al mismo tiempo que aprecian y admiran toda la bondad que les rodea. Los segundos, por el contrario, parece como si encontrasen alivio blasfemando contra Dios, o ensuciando a quienes pudiesen estar más limpios que ellos. Ésta ha sido una constante en la historia de la Iglesia: el testimonio de los santos es estímulo para unos, al mismo tiempo que resulta molesto para otros.

Ante este tipo de situaciones, pienso que los católicos debemos reaccionar con audacia y con paciencia. «Es preferible encender una luz que maldecir las tinieblas», de modo que estamos ante una ocasión magnífica para dar a conocer la vida de Alexia y su maravilloso testimonio (*www.alexiagb.org*). Lo ocurrido demuestra que la vida de Alexia es mucho más luminosa de lo que suponíamos, especialmente en el momento histórico actual, en el que se introduce la eutanasia y el suicidio asistido. Nuestra sociedad está necesitada de «testigos» que den «luz» y que nos ayuden a vivir con sentido las cruces de nuestra existencia. ¡Alexia, danos audacia y paciencia para el «camino»!

CURAR ENFERMOS, PERO SIN ELIMINAR A NADIE

Diario Palentino, 26 de octubre de 2008

Con el título de «Curar enfermos, pero sin eliminar a nadie», la Secretaría de la Conferencia Episcopal Española hizo pública el viernes 17 de octubre, una Nota aclaratoria sobre los aspectos morales implicados en el nacimiento del llamado primer «bebé medicamento». La frase final del comunicado episcopal delimitaba claramente las cosas: «Con estas aclaraciones no se juzga la conciencia ni las intenciones de nadie. Se trata de recordar los principios éticos objetivos que tutelan la dignidad de todo ser humano». Sin embargo, como suele suceder en estos casos, las descalificaciones gratuitas contra la Iglesia no se hicieron esperar. Hemos escuchado acusaciones tan faltas de fundamento como injustas, llegando en el colmo del atrevimiento, a afirmarse que «la Iglesia no tiene humanidad ni caridad» (sic).

Sin embargo, significativamente, se ha silenciado el hecho de que el presidente de la Comisión Deontológica del Consejo General del Colegio de Médicos, Rogelio Altisent, lejos de festejar el éxito del primer «bebé medicamento» producido en España, haya afirmado lo siguiente: «Dejar por el camino los embriones que no han sido utilizados no es un tema neutro para la ética médica».

El fin no justifica los medios

El principal argumento moral por el que la Iglesia rechaza estas prácticas es el reconocimiento de la dignidad inviolable de la vida humana, independientemente de la fase en la que se encuentre. Un embrión humano no puede ser utilizado para un fin que no sea su propio bien. Así se afirma en la citada Nota: «Se ha puesto el énfasis en la feliz noticia del nacimiento de un niño y en la posibilidad de la curación de la enfermedad de su hermano. Expresada así, la noticia supone un motivo de alegría para todos. Sin embargo, se ha silenciado el hecho dramático de la eliminación de los embriones enfermos y eventualmente de aquellos que, estando sanos, no eran compatibles genéticamente».

Una vez ignorado o rechazado el principio moral que sostiene que *el fin no justifica los medios*, la suerte del ser humano es ya incierta... Todo depende de que formemos parte del colectivo de los seres humanos «destinatarios» o «beneficiarios», o de que nos toque engrosar el número de los «utilizados» o «sacrificados».

La vida humana se «desarrolla», no se «construye»

Está claro que en este debate, una de las cuestiones fundamentales es la del inicio de la vida humana. De hecho, algunas de las críticas dirigidas contra la Iglesia se han formulado acusándola de equiparar el valor de los embriones al de la vida de un niño. Pues bien, ¿cuándo comienza la vida humana: en la concepción, en el parto, al cuarto mes del embarazo...?

Sabemos de sobra que esta pregunta ha sido respondida de forma contundente por la Embriología, que es una rama científica de la Biología: la vida humana comienza en el preciso instante de la concepción. Sin embargo, puede ocurrir que determinadas formas erróneas de «imaginarnos» la realidad nos impidan extraer las consecuencias lógicas de esta afirmación. Algo así parece ocurrir con el candidato republicano a la presidencia norteamericana, John McCain, quien afirma que la vida comienza en la concepción, pero, sin embargo, acepta la experimentación con embriones humanos (¿?). Una pista para entender estas contradicciones podría ser la siguiente: ¿Cómo nos imaginamos el proceso de gestación de la vida, como una construcción o como un desarrollo?

En un artículo publicado por Joseph Koterski S.J. («Construction, Development, and Revelopment», *Life and Learning* XV, 2006), el autor desarrolla una interesante descripción del pensamiento contemporáneo, para explicar nuestras resistencias a aceptar algo tan obvio como es el respeto a la vida humana, independientemente de la fase en la que se encuentre.

Tal vez nos imaginamos que en el proceso de la gestación en el seno materno, la vida humana está en construcción, como ocurre en la fabricación en cadena de un vehículo. ¿En qué momento podemos considerar que el coche comienza a serlo? ¿En el momento en que le colocan el motor? ¿Cuando adquiere ya un determinado aspecto exterior? ¿En el momento en que sea capaz de ponerse en funcionamiento? Lo que es indudable, es que nadie llamaría «coche» al resultado de la primera fase de la cadena, cuando simplemente se hayan unido los primeros hierros y tuercas.

Sin embargo, la vida humana no se «construye» a partir de la concepción, sino que simplemente se «desarrolla». No existe un constructor exterior que añada piezas a ese embrión. El principio vital del ser humano está ahí desde el comienzo, en su código genético, y no necesita sino tiempo y condiciones adecuadas para desarrollarse. El ser humano no será «construido», sino que «ya es». ¡Sólo hay que «dejarle ser»!

La lógica del deseo

Nuestra cultura posmoderna arrastra un déficit muy notorio de racionalidad. Es frecuente que nuestras acciones se realicen a impulsos de la emotividad, sin que los principios morales objetivos tengan influjo determinante en nuestras decisiones. La lógica implacable del deseo se aplica tanto al aborto —para rechazar la vida no deseada—, como a la producción artificial de embriones en el laboratorio.

En el caso del «bebé medicamento», la lógica del deseo tiene un matiz especial de tipo utilitarista. Así lo denuncia la Nota de la CEE: «Por su parte, el hermano que finalmente ha nacido ha sido escogido por ser el más útil para una posible curación. Se ha conculcado de esta manera su derecho a ser amado como un fin en sí mismo y a no ser tratado como medio instrumental de utilidad técnica».

Una vez más, «la Iglesia desea prestar su voz a aquellos que no la tienen y a los que han sido privados del derecho fundamental a la vida». La alter-

nativa científica al «bebé medicamento», acorde con la ética, es la potenciación en España de los actuales bancos de sangre de cordón umbilical, de forma que tenga la suficientemente oferta como para posibilitar la consecución de donantes compatibles. Y es que... «ciencia» y «conciencia», se necesitan mutuamente.

¿Y SI FUESE TU MADRE O TU HERMANA?

Diario Palentino, 19 de octubre de 2008

De nuestro actual Papa se destaca generalmente su profundidad intelectual, que le hace especialmente apto para dirigirse al mundo de la cultura, desarrollando de una forma magistral el diálogo entre la fe y la razón. Entre tantas perlas como encontramos en su predicación, tal vez estén pasando inadvertidas otro tipo de reflexiones muy sencillas y «a ras de tierra», que no por ello resultan menos iluminadoras.

Como botón de muestra, me voy a referir a unas palabras que Benedicto XVI dirigió a los jóvenes en Sidney, en el discurso de acogida de las Jornadas Mundiales de la Juventud celebradas este verano. El contexto en el que fueron pronunciadas fue la denuncia de la proliferación de la violencia en las pantallas, unida a la degradación de la sexualidad: «Me pregunto cómo uno que estuviera cara a cara con personas que están sufriendo realmente violencia y explotación sexual podría explicar que estas tragedias, representadas de manera virtual, han de considerarse simplemente como "diversión"».

La reflexión del Papa no es tanto la del intelectual que parte de unos argumentos teóricos, como la del observador impregnado de sensibilidad cristiana. En efecto, una de las principales causas de la extensión del mal moral en nuestros días es la despersonalización de las relaciones sociales. Es mucho más fácil y probable que el hombre falte al respeto de su prójimo, o le inflija un daño objetivo, cuando lo considera extraño y ajeno a su vida.

Recuerdo una anécdota de infancia que traigo a colación: estaba ante el televisor viendo una película de vaqueros, en la que los indios caían «como moscas». Nuestro alborozo por la victoria de los «buenos»

era indisimulado. En un determinado momento escuché la voz de mi padre que me decía: «¡No olvides que los indios también tienen padre y madre...!». Aquella afirmación podía parecer tan obvia como extemporánea, pero en realidad había dado en el centro de la diana: el regocijo por el exterminio de aquellos indios presuponía una percepción despersonalizada de sus vidas.

Recuerdo también otra anécdota similar, aunque más reciente: conversaba con un grupo de jóvenes a quienes les costaba entender y aceptar los motivos por los que la Iglesia Católica juzga como inmoral el recurso a la pornografía. Nuestra charla, bien podía parecer una conversación de sordos, ya que mis interlocutores parecían totalmente impermeables ante los argumentos morales que les exponía. Sin embargo, todo cambió cuando en un determinado momento se me ocurrió decirles: «¿Y si fuese vuestra madre o vuestra hermana?».

He aquí una de las causas por las que nos cuesta tanto poner en práctica el mandamiento del amor al prójimo: la consideración despersonalizada de nuestro prójimo. ¿Cómo amar a los demás cuando los percibimos como ajenos y distantes de nuestras vidas, como competidores de nuestros intereses e incluso, a veces, como odiosos y hasta enemigos?

La Iglesia no se limita a predicarnos el ideal del amor, sino que también nos indica el camino que hemos de recorrer para vivirlo. Una de las pistas más iluminadoras y prácticas la encontramos en el n. 2.212 del Catecismo de la Iglesia Católica: en el contexto de la explicación del cuarto mandamiento de la Ley de Dios («Honra a tu padre y a tu madre»), se subraya el papel decisivo que tienen las relaciones familiares, a la hora de mostrar cómo deberían ser todas nuestras relaciones personales y sociales:

> El cuarto mandamiento ilumina las demás relaciones en la sociedad. En nuestros hermanos y hermanas vemos a los hijos de nuestros padres; en nuestros primos, los descendientes de nuestros abuelos; en nuestros conciudadanos, los hijos de nuestra patria; en los bautizados, los hijos de nuestra madre, la Iglesia; en toda persona humana, un hijo o una hija del que quiere ser llamado «Padre nuestro». Así, nuestras relaciones con el prójimo se deben reconocer como pertenecientes al orden personal. El prójimo no es un «individuo» de la colectividad humana; es «alguien» que por sus orígenes, siempre «próximos» por una u otra razón, merece una atención y un respeto singulares.

La conclusión es clara: la familia es el modelo de las relaciones sociales. En efecto, si nuestra fe cristiana afirma que la comunión interna de nuestras familias es imagen de la comunión de las tres divinas Personas de la Santísima Trinidad (cf. CIC n. 2.205), así también podemos añadir que nuestras relaciones sociales están llamadas a ser reflejo e imagen de la comunión familiar y de las relaciones personales que en ella se establecen.

AVE VIRGO AUDIENS!

Diario Palentino, 12 de octubre de 2008

Este mes está marcado por un acontecimiento eclesial de primer orden. El día 5 de octubre daba comienzo en la Basílica de San Pablo Extramuros de Roma, la XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, cuya celebración transcurre estos días en el Vaticano, hasta su clausura el próximo día 26. El tema del Sínodo es «La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia». La reflexión de la Asamblea Sinodal será importante para ayudarnos a caminar en la dirección de un mayor conocimiento de las Sagradas Escrituras, así como de una mejor disposición para dejarnos interpelar por su mensaje.

La Palabra se hizo carne y... la «Carne» se hizo «palabra»

Se ha dicho, con razón, que el cristianismo no es la «religión del libro» (definición ésta última que encajaría mejor con el Islam, por su forma de entender el Corán). Más bien, deberíamos definir el cristianismo como la religión de la Encarnación. Con otras palabras, lo central del cristianismo es el acontecimiento por el que Dios sale a nuestro encuentro. Dios se ha hecho presente en la historia del hombre; y la Palabra de Dios, antes que un relato escrito, no es otra cosa que el mismo suceso de la Salvación.

Ahora bien, así como en la oración del Ángelus decimos que «La Palabra se hizo carne»... a renglón seguido cabría añadir que, esa misma «Carne» —el Verbo encarnado— se hizo palabra. En efecto, bajo

la inspiración del Espíritu Santo, dentro de la Tradición de la Iglesia se ha plasmado por escrito el ministerio de Cristo, cumbre y plenitud de toda la Revelación de Dios. No hay razones para tener envidia de quienes fueron coetáneos de Jesucristo, ya que gracias a los Santos Evangelios, y a los sacramentos, podemos alcanzar un encuentro vivo y eficaz con Él.

Hay un episodio de la historia de la Iglesia muy ilustrativo de cuanto venimos afirmando. Nos referimos a la vida y obra de San Jerónimo (347-419), que fue quien tradujo del hebreo y del griego al latín los diferentes libros de las Sagradas Escrituras, resultando así la versión que llamamos «Vulgata», gracias a la cual la Palabra de Dios se puso al alcance de la mayoría del pueblo cristiano. En el espacio de ¡quince siglos!, ésta ha sido la traducción de la Biblia utilizada en la Iglesia Católica. Pues bien, es impresionante conocer que San Jerónimo vivió como un eremita, durante los treinta y cinco últimos años de su vida, en la cueva contigua a la gruta de la Natividad de Jesús en Belén. Aquél fue el lugar elegido para traducir y estudiar la Biblia, pared con pared con el espacio en el que la *Palabra hecha carne* «habitó entre nosotros». La Sagrada Escritura continúa siendo lugar de la morada de Dios entre los hombres.

María, oyente de la Palabra

Al acercarnos al sacramento de Penitencia, en la tradición hispana solemos invocar a María con el saludo del «Ave María Purísima», haciendo memoria de la que fue «perfecta redimida», para mejor disponernos a recibir el perdón de Dios. Se trata de una piadosa costumbre, que se sustenta en sólidas bases teológicas. En efecto, si decimos que María es medianera de todas las gracias, ¿no lo será acaso del don de la misericordia, el más precioso fruto del amor de Dios?

Y aplicándonos ahora al tema que nos ocupa, si María ejerce su maternidad mediadora en la recepción de los sacramentos, ¿no lo hará también con aquellos que acuden a las Sagradas Escrituras buscando el rostro de Dios? ¿No tendría igualmente sentido que invocásemos a María al disponemos a leer la Palabra de Dios, de forma similar a como lo hacemos en la Confesión?

Pues bien, en la Exhortación Apostólica «Marialis Cultus», publicada en 1974 por S.S. Pablo VI, la figura de María era presentada como

la «Virgo audiens», es decir, la «Virgen oyente» de la Palabra de Dios y de la palabra de los hombres. María escuchó las profecías del Antiguo Testamento, así como la misteriosa revelación del ángel enviado por Dios... y por encima de todo, María fue la que escuchó a su Hijo, *la Palabra encarnada*, durante tantos años de vida oculta en Nazaret. ¡Nadie como ella recibió la predicación evangélica de Jesucristo! En María aprendemos a realizar la auténtica «lectio divina»: Ella escucha la Palabra y la recibe en pura fe; la medita y la conserva en su corazón; y consecuentemente la hace vida y la transparenta en su actuar.

Por todo ello, cuando acudimos a la fuente de la Palabra de Dios, cuando iniciamos la lectura de la Biblia, María es nuestro modelo: Ave, Virgo audiens!

SIN ORIGEN NI META...
(ABORTO Y EUTANASIA)

Diario Palentino, 5 de octubre de 2008

Nada hacía suponer antes del verano que el Gobierno de España fuese a introducir en la presente legislatura las dos iniciativas que, finalmente, se han anunciado en septiembre: la ley de plazos para abortar y la ley de la eutanasia (en palabras del ministro de Sanidad, «suicidio asistido»). El programa electoral del PSOE en las últimas elecciones generales no incluía tales propuestas e, incluso, destacados dirigentes las habían excluido explícitamente.

La reflexión más extendida sobre este hecho es que estamos ante una maniobra de distracción de la crisis económica. La oposición acusa al Gobierno de lanzar una cortina de humo para eludir el debate de la economía, y su argumentación principal se centra en que «no hay demanda social» para introducir estas leyes. Inevitablemente, lo que cabe deducir de este planteamiento es que la cuestión determinante para los ciudadanos es la economía, mientras que el aborto, la eutanasia, el derecho a la educación... son asuntos menores. Parece claro que los partidos políticos proceden, hoy en día, con la convicción de que la única cuestión ante la cual la opinión pública es verdaderamente sensible y

que, en consecuencia, es capaz de poner en peligro la continuidad en el poder, o de posibilitar el acceso a él, es la salud de la economía. ¿Será verdad esto? ¿Hasta tal punto hemos anestesiado nuestra conciencia moral?

Recientemente, un periódico de tirada nacional (*La Gaceta de los Negocios*), publicaba una viñeta del humorista *Ramón*, en la que un señor leía atentamente los titulares de prensa que tenía entre sus manos: «ABORTO», «EUTANASIA», «SUICIDIO ASISTIDO«, «REAPERTURA DE FOSAS»...; mientras que reflexionaba para sí: «¿Y si, en vez de cortinas de humo, son el humo de un incendio pavoroso?». Con permiso del autor de este chiste gráfico, me sirvo de su aguda consideración para reflexionar en el presente artículo sobre la gravedad moral que se encierra en las iniciativas legislativas en curso, así como en el modo en que han sido introducidas.

Me parece particularmente significativo que la vida humana sea desprotegida legalmente, de forma simultánea, tanto en su inicio como en su fin. ¿Podemos dar por válido el presupuesto de que la dignidad de la vida depende de la fase en la que se encuentre? ¿Acaso nuestro actual «yo» es un sujeto distinto al del feto que fuimos o al del anciano que seremos?

El hombre desnortado, sin origen ni meta

Sólo cuando el hombre es consciente de su vocación al amor y de que, el amor está en el «comienzo» y en el «final» de sus días, será capaz de percibir la existencia humana como una unidad de vida. En efecto, si la vida es el mero devenir de una evolución ciega, si no está integrada en un proyecto del Dios creador y providente, si no sabemos de dónde venimos ni adónde vamos; entonces existe el riesgo de valorarla exclusivamente en sus etapas de plenitud, despreciándola en sus otras fases.

La crisis de sentido que padecemos, se traduce en la obsesión por querer prolongar la edad de juventud, como si fuese eterna, olvidando las preguntas definitivas de nuestra vida: «de dónde vengo» y «adónde voy»...

Animalización del hombre

Cuando se niega la espiritualidad del ser humano, inevitablemente, aumentan en él las similitudes con los hábitos del reino animal. Y así resulta que de la misma manera que la manada abandona a su suerte a las reses envejecidas, o que determinadas hembras sacrifican a sus crías cuando se ven acosadas, así también en el género humano desprotegemos la vida humana, precisamente cuando es más débil y cuando está necesitada de amparo: en sus inicios y en su tramo final. Es la lógica de la ley de la selva, perfectamente comprensible en el reino animal, donde la debilidad no es sino una ocasión selectiva para la mejora de las especies.

Cosmovisión egocéntrica

La aceptación del aborto y de la eutanasia eleva a la máxima potencia la manipulación del hombre por el hombre, llegando a hacer ley de nuestra tendencia egoísta por la que «usamos» del sujeto, cual si fuese un objeto.

El valor supremo de esta cultura utilitarista es nuestro deseo, hasta tal punto, que somos incapaces de imaginar una felicidad basada en la aceptación de la realidad. Y en esta dinámica, los niños y los enfermos llegan a ser percibidos como un estorbo que colisiona con nuestros planes.

Uno de los grandes dramas que padecemos, es la sustitución del valor moral de la dignidad humana, por la simple «calidad de vida». Ojalá, en medio de la situación presente, sepamos abrir un profundo debate en la sociedad española, en el cual afirmemos con profundidad, coherencia y valentía, el sentido trascendente de la vida humana.

LAICIDAD POSITIVA Y... ¡COHERENTE!

Diario Palentino, 21 de septiembre de 2008

El reciente viaje apostólico de Benedicto XVI nos ha ofrecido reflexiones importantes, especialmente valiosas para la clarificación de los con-

ceptos morales que hoy están en juego en el debate social de España. En el presente artículo me centraré en ese concepto de «laicidad positiva», en el que han coincidido Benedicto XVI y el presidente de Francia, Nicolas Sarkozy. El término no es nuevo. En octubre de 2005 ya había sido formulado en una carta escrita por el Papa al presidente del Senado italiano. Pero, sin embargo, es comprensible que la noticia haya vuelto a saltar como novedosa a los teletipos, al presentarse en el marco del encuentro entre el Papa y el presidente del Estado europeo que más bandera ha hecho de su laicidad. Las palabras de Benedicto XVI dirigidas a Sarkozy eran significativas: «La desconfianza del pasado se ha transformado paulatinamente en un diálogo sereno y positivo, que se consolida cada vez más». El discurso de Sarkozy tampoco defraudaba: «La Iglesia no deja de proclamar y defender la dignidad humana [...] Soy consciente de la importancia de las religiones para responder a la necesidad de esperanza de los hombres y no las desprecio. La búsqueda de espiritualidad no es un peligro para la democracia, ni para la laicidad».

La laicidad «positiva» se contrapone —como es obvio— a la «negativa», a la que de ordinario hemos designado como «laicismo». Los católicos entendemos perfectamente el valor de la «sana laicidad», ya que, además de defender el derecho a la libertad religiosa, proclamamos el principio de la autonomía del orden temporal (Cf. Concilio Vaticano II, *Constitución pastoral Gaudium et Spes*, 36); y no en vano, somos seguidores de quien pronunció aquella sentencia lapidaria: «Dad a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César» (Mt 22, 21).

La laicidad negativa, o laicismo, se caracteriza por pretender arrinconar la religión al ámbito privado, sin consentir que sea inspiradora de la vida pública. Un laicista nunca aceptaría la reflexión que Benedicto XVI realizó ante el presidente francés: «Debemos adquirir una más clara conciencia de las funciones insustituibles de la religión para la formación de las conciencias y de la contribución que puede aportar, junto a otras instancias, para la creación de un consenso ético de fondo en la sociedad».

Ahora bien, no son éstos los únicos criterios para distinguir entre la laicidad positiva y la negativa. Existen también otros elementos de discernimiento esclarecedores de la frontera entre «laicidad positiva» y «laicismo», y pienso que el caso español, por desgracia, resulta muy elocuente. En efecto, por la misma lógica que los estados laicos reivindican la autonomía del orden civil y del religioso, también se les ha de

exigir a éstos que apliquen el mismo principio a la separación de poderes y al respeto del principio de subsidiariedad.

¿Qué cabe pensar del hecho de que quienes acusan a la Iglesia de inmiscuirse en el orden temporal violen luego sin escrúpulos todo principio de separación de poderes, politicen los órganos judiciales, controlen los consejos de entidades financieras, promocionen a funcionarios y militares según afinidades políticas, intervengan políticamente en las mismas universidades y hasta en las instituciones deportivas...? No cabe duda de que un elemento para juzgar la rectitud de intención en la reivindicación de la laicidad por parte de los estados, será el respeto a la separación de poderes, así como el reconocimiento del principio de subsidiariedad, renunciando a la tentación de politizar toda iniciativa social.

La historia nos enseña mucho sobre las relaciones Iglesia-Estado. Cuando los estados han conseguido controlar a la Iglesia, interviniendo incluso en el nombramiento de los obispos (como es el caso actual de la Iglesia Católica Patriótica de China), entonces, curiosamente, cesan en su reivindicación del principio de laicidad y la separación del orden religioso y temporal. Pero, por el contrario, si los estados no consiguen someter la Iglesia al sistema político, entonces, la ambición del poder absoluto se transforma en reivindicación laicista.

En el momento presente, es llamativo que el Estado francés —constitucionalmente laico— evolucione hacia una mayor estima y tutela del hecho religioso; mientras que el Estado español, cuya Constitución se proclama «aconfesional» (¡ni tan siquiera laica!), camine por los derroteros de un laicismo negativo, de claro corte anticlerical. Baste mentar las continuas dificultades que la asignatura de Religión está padeciendo en la escuela pública, la imposición de la Educación para la Ciudadanía contra la voluntad de los padres, los proyectos de ley violadores de la ley natural (suicidio asistido y aborto libre), etc, etc.

Una buena prueba de que la laicidad positiva no está reñida con el profundo sentido religioso de la existencia, la tenemos en las palabras finales del discurso de Benedicto XVI ante las autoridades francesas, pronunciado en el Palacio del Elíseo: «Cuenten con mi plegaria ferviente por su hermosa Nación, para que Dios le conceda paz y prosperidad, libertad y unidad, igualdad y fraternidad».

PROMESAS DE LIBERTAD
El Norte de Castilla, 6 de septiembre de 2008

Este lunes (1 de septiembre) tenía lugar en la residencia pontificia de Castelgandofo, una entrañable entrevista entre Benedicto XVI e Ingrid Betancourt. Al poco tiempo de su rescate, con el que se ponía fin a más de seis años de secuestro, Betancourt había manifestado su deseo de encontrarse con el Papa. Fueron 25 minutos de conversación privada, seguidos de un encuentro con su familia, desplazada desde Colombia para compartir con ella este entrañable encuentro.

No parece que su conversación con el Santo Padre se centrase en detalles morbosos sobre las penalidades del cautiverio. A tenor de lo que Ingrid expresó en la posterior rueda de prensa, ella quería mostrar su gratitud a Dios, compartiendo con el Papa el itinerario espiritual que había recorrido a lo largo de su cautiverio: en efecto, antes de su secuestro, su fe era muy escasa. Sin embargo, como tantas veces ocurre en nuestras vidas, la situación límite fue ocasión de gracia para redescubrir el sentido religioso de la existencia, ayudada de la lectura de una Biblia que le había sido facilitada.

En plena selva, por la noche, los secuestradores permitían a sus rehenes escuchar la radio mientras reposaban en sus hamacas. El 1 de junio, un mes antes de su liberación, Ingrid estaba oyendo la emisora Radio Católica Mundial. Era el inicio del mes de junio, tradicionalmente dedicado al Corazón de Jesús, y se invitaba a los oyentes a consagrarse al Corazón de Cristo, recordándoles las Doce Promesas que el Sagrado Corazón había realizado en el siglo XVII a Santa Margarita María de Alacoque.

Al escucharlas aquella noche, enumeradas una tras otra, algunas le llamaron especialmente la atención; en concreto, las que se referían a que el Corazón de Cristo tocaría los corazones endurecidos y que nos ayudaría a cargar con nuestra cruz, además de bendecir nuestros proyectos. ¡Ingrid no lo dudó dos veces! Su conclusión fue categórica: «Esto es para mí. Yo necesito que Dios toque el corazón duro de la guerrilla, que toque el corazón duro de todos aquellos que no dejan que se produzca nuestra liberación [...] Yo necesito que Él me acompañe a llevar esta cruz porque yo sola ya no puedo más».

En la rueda de prensa, Betancourt compartía con todos nosotros la reflexión que el Papa le había dirigido al escuchar su relato: «Él te hizo el milagro de tu liberación, porque tú supiste pedirle. Porque tú no le

pediste tu liberación, tú le pediste que se hiciera su voluntad y que te ayudara a entender su voluntad». El encuentro con Benedicto XVI había tenido lugar en un clima de confianza que facilitaba las consultas espirituales. Por ello, dado que Ingrid había realizado aquel 1 de junio la consagración al Corazón de Jesús, prometiéndole que si era escuchada «sería suya», ahora le manifestaba al Papa: «Yo no sé lo que quiere decir ser de Cristo». Él le respondió: «Él te va a mostrar el camino».

El 27 de junio un comandante de las FARC le comunicaba a la prisionera que una comisión internacional había anunciado una visita a los prisioneros, y que era probable que algunos de ellos fuesen liberados. En realidad, se trataba de la operación militar encubierta que, gracias a la inteligencia y a la infiltración, se disponía a rescatarla junto con otros catorce rehenes.

Hemos de agradecer a Ingrid Betancourt su público testimonio de fe, en el que ha compartido con nosotros cómo Dios ha tocado su corazón. De una forma muy especial, le agradecemos que nos haya recordado uno de esos tesoros olvidados de nuestra fe católica: las Doce Promesas del Corazón de Cristo.

Dios quiso que aquellas promesas llegasen hasta la selva colombiana... Ahora, desde allí, se han difundido por otros muchos rincones del planeta. ¿Acaso nosotros no habitamos en otras «selvas» e, igualmente, anhelamos una liberación? Con la misma atención con que aquella mujer escuchaba el mensaje de Las Doce Promesas dirigidas a Santa Margarita María de Alacoque (1647-1690), así también, hoy podemos acogerlas nosotros:

1. A las almas consagradas a mi Corazón, les daré las gracias necesarias para su estado.
2. Daré la paz a las familias.
3. Las consolaré en todas sus aflicciones.
4. Seré su amparo y refugio seguro durante la vida, y principalmente en la hora de la muerte.
5. Derramaré bendiciones abundantes sobre sus empresas.
6. Los pecadores hallarán en mi Corazón la fuente y el océano infinito de la misericordia.
7. Las almas tibias se harán fervorosas.
8. Las almas fervorosas se elevarán rápidamente a gran perfección.
9. Bendeciré las casas en que la imagen de mi Sagrado Corazón esté expuesta y sea honrada.

10. Daré a los sacerdotes la gracia de mover los corazones empedernidos.
11. Las personas que propaguen esta devoción tendrán escrito su nombre en mi Corazón, y jamás será borrado de él.
12. A todos los que comulguen nueve primeros viernes de mes continuos, el amor omnipotente de mi Corazón les concederá la gracia de la perseverancia final.

¡Sagrado Corazón de Jesús, en ti confío!

NUESTRA SEÑORA DE LA CRUZ DEL SUR
Diario Palentino, 15 de agosto de 2008

El día 15 de agosto la Iglesia celebra la Solemnidad de la Asunción de la Virgen a los Cielos. En una buena parte de los pueblos de España se celebran las fiestas patronales, conocidas popularmente como el «día de la Virgen».

Belleza de María

Estamos en un tiempo en que el cuidado del físico femenino y masculino se ha convertido en una obsesión y, a veces, en la expresión de nuestros complejos interiores. Los cristianos ensalzamos la belleza de María, pero tenemos muy claro que hablamos de otro concepto de hermosura... La belleza física sin santidad nos hace vanidosos; lo cual nos conduce al ridículo, e incluso a la fealdad.

La auténtica belleza no es «apariencia», sino «aparición». En efecto, lo primero que captamos del misterio de Dios no es la verdad, sino la belleza. Y en un segundo momento, comprendemos que esa belleza es el esplendor de la verdad y de la bondad de Dios que sale a nuestro encuentro. De alguna manera, podemos decir que en la Virgen María se nos aparece Dios, ya que Ella es la obra más perfecta que ha salido de sus manos.

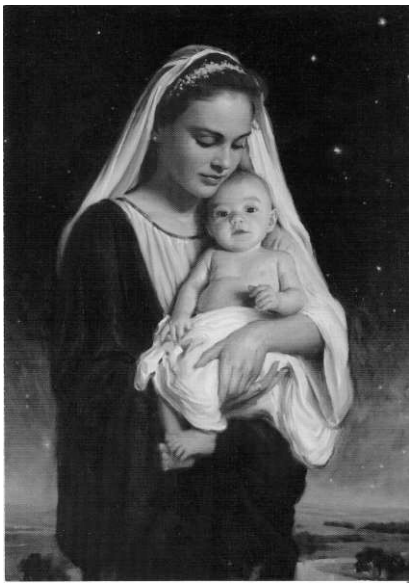
La hermosura de María cabe deducirla también de aquella frase de Santa Bernardette, quien fuera vidente de la Virgen en Lourdes: «Cuando se ha visto una vez a María, no se tiene más que un deseo: morir para volver a verla».

Esposa de Dios

María es la única mujer que ha podido llamarle a Dios «hijo mío». La Maternidad Divina de María es, sin duda, el dogma mariano por antonomasia, y de él se desprenden como consecuencia los demás: Concepción Virginal, Asunción a los Cielos e Inmaculada Concepción. Ahora bien, el Papa Benedicto XVI también se ha referido a Ella bajo la imagen de «Esposa de Dios», de una forma muy sugerente. Lo hizo en la introducción al Ángelus con el que concluyeron las Jornadas Mundiales de la Juventud en Sydney. Transcribo aquellas palabras, en las que comenta el saludo del arcángel Gabriel a María:

> Esta escena es quizás el momento culminante de la historia de la relación de Dios con su pueblo. [...] La Alianza con Israel fue como un tiempo de hacer la corte, un largo noviazgo. Luego llegó el momento definitivo, el momento del matrimonio, la realización de una nueva y eterna alianza. En ese momento María, ante el Señor, representaba a toda la humanidad. En el mensaje del ángel, era Dios el que brindaba una propuesta de matrimonio con la humanidad. Y en nombre nuestro, María dijo sí.
>
> En los cuentos, los relatos terminan en este momento: «y desde entonces vivieron felices y contentos». En la vida real no es tan fácil. Fueron muchas las dificultades que María tuvo que superar al afrontar las consecuencias de aquel «sí» al Señor. [...] En las diversas pruebas Ella permaneció fiel a su promesa, sostenida por el Espíritu de fortaleza. Y por ello tuvo como recompensa la gloria.
>
> Queridos jóvenes, también nosotros debemos permanecer fieles al «sí» con que acogimos el ofrecimiento de amistad por parte del Señor. Sabemos que Él nunca nos abandonará. Sabemos que Él nos sostendrá siempre con los dones del Espíritu. María acogió la propuesta del Señor en nombre nuestro. Dirijámonos, pues, a Ella y pidámosle que nos guíe en las dificultades para permanecer fieles a esa relación vital que Dios estableció con cada uno de nosotros. María es nuestro ejemplo y nuestra inspiración; Ella intercede por nosotros ante su Hijo, y con amor materno nos protege de los peligros.

Nuestra Señora de la Cruz del Sur



Hemos ilustrado este artículo con esta hermosa imagen, que tiene la advocación de «Nuestra Señora de la Cruz del Sur». Se trata de un cuadro al óleo, de aproximadamente un metro y medio de altura, que fue pintado y colocado para su veneración en la Catedral de Sydney, con motivo de las Jornadas Mundiales de la Juventud. La belleza de esta imagen estaba adornada de continuo por cientos de jóvenes que, arrodillados ante ella, rezaban el rosario y se consagraban a la Virgen, en el espíritu del lema del Pontificado de Juan Pablo II: «Totus tuus» (Soy todo tuyo, María). El curioso título de «Cruz del Sur» proviene de la constelación de estrellas visible únicamente en el hemisferio sur, tal y como están recogidas en la bandera australiana.

Las Jornadas Mundiales de la Juventud en Australia, así como el anuncio de su próxima celebración en Madrid, en 2011, nos han llenado de esperanza. A María le gusta contemplar los rostros de sus hijos vueltos hacia su Hijo, y estoy seguro de que su contribución maternal será decisiva en la evangelización de nuestros jóvenes.

HUMANAE VITAE, CUARENTA AÑOS DESPUÉS

El Norte de Castilla, 2 de agosto de 2008

La *Humanae Vitae*, una de las encíclicas que más polvareda ha levantado en la historia reciente de la Iglesia, cumplió cuarenta años el pasado 25 de julio. Sus afirmaciones morales se han visto corroboradas por

otras muchas encíclicas y documentos magisteriales (*Familiaris Consortio, Evangelium Vitae*, *Catecismo de la Iglesia Católica*, etc.). En una mirada retrospectiva, no cabe duda de que el Papa Pablo VI fue asistido por un don especial del Espíritu Santo, que le permitió confirmar en la fe al pueblo de Dios, a pesar de las fortísimas presiones contrarias. El momento histórico era muy delicado: dos meses antes había estallado en París el movimiento de «Mayo del 68». Los criterios de oportunismo hubiesen aconsejado posponer la publicación de la encíclica, pero eran otras las motivaciones de Pablo VI.

Justo cuando la revolución sexual reivindicaba aquello de «hago con mi cuerpo lo que quiero», la Iglesia recordaba que la sexualidad no puede ser reducida a un instrumento lúdico y reclama nuestra responsabilidad, que se concreta en el amor fiel y en la procreación. Pablo VI profetizó los peligros de aquella revolución sexual que, apoyándose en la seguridad que le daba la «píldora» (el nuevo fenómeno del momento), empezó por disociar la sexualidad de la procreación, hasta concluir por divorciar la sexualidad del amor. El concepto de «paternidad responsable» fue sustituido por el de «paternidad confortable», y en poco tiempo se acabaría por distorsionar todo lo referente a la sexualidad. El que fue Premio Nobel de Biología, Jérôme Lejeune, describía así esta concatenación de despropósitos: «La anticoncepción es hacer el amor sin hacer el niño; la fecundación in vitro es hacer el niño sin hacer el amor; el aborto es deshacer el niño; y la pornografía es deshacer el amor».

La *Humanae Vitae* invita a los padres cristianos a ejercer la paternidad responsable. Éstos están llamados a discernir con una conciencia recta el número de sus hijos, quedando siempre abiertos a los planes de Dios. Lo dice así la encíclica: «En relación con las condiciones físicas, económicas, psicológicas y sociales, la paternidad responsable se pone en práctica, ya sea con la deliberación de tener una familia numerosa, ya sea con la decisión, tomada por graves motivos y en el respeto a la ley moral, de evitar un nuevo nacimiento durante algún tiempo o por tiempo indefinido». Por lo tanto, conforme a la mentalidad cristiana, la paternidad responsable supone la búsqueda sincera de la voluntad divina, que se discierne desde las circunstancias particulares de cada matrimonio. Según este principio, ¿qué sentido tienen expresiones como hijo «deseado» o «no deseado»? Tras estos términos se esconde una mentalidad en la que la procreación se reduce a un objeto de nuestro deseo, olvidando que se trata de un don recibido de Dios, después de

un discernimiento responsable. En todo caso, cabría hablar de hijo «buscado» o «no buscado», pero ésta es una distinción menor para quien entiende que «el hombre propone, pero Dios dispone». Ciertamente, el don de la vida puede venir por sorpresa, pero siempre será un reto para el amor.

Una de las claves en las que la encíclica está fundamentada es la íntima conexión existente entre las dos principales finalidades de la sexualidad: la expresión del amor de los esposos y la procreación. Es moralmente ilícito que el hombre, por su propia iniciativa, rompa esta estrecha vinculación, impidiendo voluntariamente que la relación sexual quede abierta a la transmisión de la vida. El respeto a las leyes inscritas en la naturaleza es norma de moralidad para la persona humana. Por ello la *Humanae Vitae* considera que los métodos contraceptivos son contrarios a la voluntad del Creador, mientras que se considera lícita la regulación natural de la natalidad, recurriendo a los períodos infecundos del ciclo femenino. Así lo expresa el n. 16: «La Iglesia es coherente consigo misma cuando juzga lícito el recurso a los períodos infecundos, mientras condena siempre como ilícito el uso de medios directamente contrarios a la fecundación, aunque se haga por razones aparentemente honestas y serias. En realidad, entre ambos casos existe una diferencia esencial: en el primero los cónyuges se sirven de una disposición natural que Dios mismo ha puesto, mientras que en el segundo, impiden el desarrollo de esos procesos naturales».

La postura de la *Humanae Vitae* es de máxima coherencia: si partimos de que en el origen de toda persona hay un acto creador de Dios, de esta verdad básica se deduce que la capacidad de engendrar un nuevo ser humano, inscrita en la sexualidad humana, es una verdadera cooperación con Dios y con su amorosa Providencia. Hay, por lo tanto, una incompatibilidad entre la fe en el Dios creador de la vida y la pretensión de decidir e intervenir artificialmente en el origen y destino del ser humano. Por el contrario, el recurso a los métodos naturales de la regulación de la natalidad permite que los padres actúen, no ya como dueños y señores de la vida, sino como intérpretes inteligentes del plan divino. Es la diferencia entre quien acepta ser creatura, o quien juega a ser el creador.

Es de justicia que concluyamos con un merecido homenaje a S.S. Pablo VI. El hecho de que promulgase esta profética encíclica en plena revolución de Mayo del 68, es un signo elocuente de su fidelidad a la acción del Espíritu Santo, hasta el punto de ser considerado a su muer-

te como «mártir de la verdad». Su conciencia de ser depositario y no dueño del mensaje revelado, le llevó a actuar con una fortaleza y una prudencia extraordinarias que iluminan la situación de la humanidad en nuestros días.

DE LA EVOLUCIÓN A LA INVOLUCIÓN: VOLVEMOS AL MONO (PROYECTO GRAN SIMIO)

Diario Palentino, 29 de junio de 2008

> Hoy 25 de junio es un día histórico en la lucha por los derechos de los animales y en la defensa de nuestros compañeros evolutivos, que sin duda quedará marcado en la historia de la humanidad. Ha sido un paso valiente y decidido por romper la barrera de la especie y otorgar unos derechos merecidos a unos seres cercanos a nosotros. España puede sentirse orgullosa de este primer paso fundamental de los derechos por los seres vivos, que sin duda será reconocido, aplaudido y seguido por todas las naciones de la Tierra.*

Así es, España se ha convertido en la primera nación del mundo en reconocer para los simios tres derechos fundamentales del hombre: el derecho a la vida, el derecho a la libertad y el derecho a no ser torturados ni física ni psicológicamente.

¿Peligro de extinción o manipulación de conceptos?

La justificación del Proyecto Gran Simio ha sido el peligro de extinción en el que se encuentran algunas especies, tales como el chimpancé, los gorilas y los orangutanes. Hasta aquí, nada que objetar, sino todo lo contrario: la defensa de nuestro ecosistema es un deber de toda la sociedad y a ella han de contribuir todos los estados.

Sin embargo, y por desgracia, en el caso presente mucho nos tememos que el peligro de extinción es una mera excusa para confundir los

* Pedro Pozas, Coordinador del Proyecto Gran Simio en España.

conceptos. En efecto, los argumentos esgrimidos por el Proyecto Gran Simio no pueden ser más sorprendentes: la gran similitud genética que estos simios tienen con el género humano y la necesidad de «derribar la barrera de la especie».

La lógica de la irracionalidad: el experimento español

España está siendo utilizada como campo de experimentación de una ideología posmarxista que se caracteriza por su rebelión contra las raíces culturales de Europa, contra la antropología cristiana, contra la razón y contra la misma naturaleza.

La aprobación de una ley cuyos promotores pretenden «derribar la barrera de la especie», supone una negación radical del concepto de persona. Esto es posible porque previamente ya se había puesto en cuestión el concepto de género (¡cada uno puede elegir su sexo!). Paralelamente, se subvertía el concepto de matrimonio, definiéndolo como la unión entre «cónyuge A» y «cónyuge B». Para ello, había sido necesario primeramente minar la concepción de la sexualidad, desligándola de la procreación. Y, antes que nada, se había puesto en crisis el concepto del amor humano, reduciéndolo a unos sentimientos románticos volubles. Toda esta concatenación de despropósitos ha sido necesaria para que, en el momento presente, el Parlamento Español reivindique la libertad para los simios y el fin de la «barrera de la especie».

En esta lógica de la irracionalidad, en España se sacrifican cien mil niños anualmente en su período de gestación, mientras que todo un Congreso de los Diputados, se ha movilizado en defensa de los monos. Congelamos embriones humanos, como si fuesen cobayas de laboratorio, al mismo tiempo que instamos a la prohibición de la experimentación con los simios.

Materialismo craso

Peter Singer, filósofo australiano, es uno de los ideólogos de este Proyecto Gran Simio, al que se ha adherido el Parlamento Español. En su libro *Ética práctica*, afirma que si un animal tiene más perspectivas de futuro que una criatura humana enferma, entonces ha de tener también más derechos. Es decir, una vez negado el concepto de persona huma-

na, la «ética práctica» termina afirmando que los derechos no dependen de la especie, sino de la salud biológica.

Nos quedan pocas dudas de que el próximo paso será la eutanasia, la eugenesia y la limpieza étnica. ¡Es la lógica del materialismo! Con cierta sorna hacía este comentario un amigo: «Mi esperanza para escapar de la eutanasia es que me asimilen a los simios».

Similitud genética y originalidad radical del ser humano

El Proyecto Gran Simio se pretende justificar por la gran similitud genética entre los simios y los seres humanos, que podría estar en torno al 98 % de sus genes. Sin embargo, se silencia que la coincidencia genética del ser humano con todos los mamíferos es muy grande, superior incluso al 90 % en la rata y en el cerdo.

Pero, lo sorprendente no es tanto la gran similitud genética que tenemos con los animales, sino que a pesar de esta similitud genética, la especie humana sea tan preeminente y, además, que cada uno de los individuos que la conformamos tengamos una originalidad tan radical. ¿No deberíamos percibir en este hecho un claro indicio de la espiritualidad del ser humano, que lo diferencia sustancialmente del reino animal?

Esta última batalla del laicismo posmarxista y de la ideología de género pretende, en nombre de la libertad, negar la dignidad trascendente de la persona humana, para justificar su utilización como material genético. Sin embargo, la libertad es aquella cualidad del espíritu humano que permite a la persona no estar a merced de sus condicionamientos biológicos, psicológicos y sociales. ¡Por eso somos libres!, de lo contrario estaríamos plenamente determinados, como los animales.

PABLO, EL CONVERSO
(INICIO DEL AÑO PAULINO)

Diario Palentino, 22 de junio de 2008

En la solemnidad de San Pedro y San Pablo de este año 2008 iniciamos el Jubileo del Año Paulino, que concluirá en la misma fecha de 2009.

Se cumplen nada menos que dos mil años del nacimiento de Saulo de Tarso, lo que supone una ocasión inmejorable para acercarnos a este «decimotercer apóstol», tal y como ha sido designado en la tradición de la Iglesia. Hoy vamos a centramos en el primer paso determinante de San Pablo, su «conversión», proponiéndola como ideal de imitación en este Año Jubilar Paulino.

Es posible «dar la vuelta»

San Pablo dio un vuelco total a su vida. Pasó de perseguir ferozmente al cristianismo, a ser un enamorado de Jesús y un apóstol incansable de la Iglesia. Aquella transformación de Saulo ha pasado a ser el prototipo de la conversión cristiana, si bien es cierto que no todas las conversiones son tan espectaculares ni repentinas. Las hay mucho más discretas y paulatinas, sin que por ello dejen de ser igualmente profundas y eficaces.

Pero lo que está hoy en juego no es tanto el «formato» de la conversión, como la misma posibilidad de la conversión. En el ambiente cultural en el que vivimos, es fácil escuchar la apreciación de que «le han comido el coco» a una persona que ha experimentado una conversión religiosa. Curiosamente, nadie se plantea que antes de su conversión pudiera haber tenido «comido el coco». Y, sin embargo, es incuestionable que la propuesta del Evangelio, lejos de engañar a nadie, se presenta siempre con toda claridad y transparencia, mientras que las tentaciones de Satanás nos seducen desde el engaño.

¿Se le puede proponer al hombre de nuestros días el ideal de la conversión? ¿Es esto posible, hoy? ¿Puede un joven romper, como lo hizo San Pablo, con un ambiente tan materialista y alejado de Dios, para volverse radicalmente a Cristo? Me permito dar unas pistas para nuestra conversión personal:

Pasión por la verdad

Saulo, «el azote de los cristianos», cruel perseguidor de aquellos primeros seguidores de Cristo, a quienes hizo sufrir hasta el extremo, era un luchador apasionado por la verdad. No fue una persona indiferente ante el mundo que le rodeaba, y probablemente, ésta sea una de las claves de su conversión.

Decía la Madre Teresa de Calcuta que «el mayor pecado en nuestros días es la indiferencia»; y ésta es la causa principal de la dificultad para la conversión. El libro del Apocalipsis lo expresa con palabras contundentes: «Conozco tu conducta: no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Ahora bien, puesto que eres tibio, y no frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca» (Ap 3, 15-16).

Caer del caballo

Según la tradición, Saulo cayó del caballo cuando Jesús le salió al encuentro, camino de Damasco. Así se le representa en tantas obras de arte. Nosotros hemos pasado a utilizar la expresión «caer del caballo» para referirnos a las circunstancias de las que Dios se vale para salir a nuestro encuentro.

En ocasiones, Dios se sirve simplemente de una peregrinación, de una Eucaristía celebrada con particular devoción, de un retiro... ¡Cuántas personas han tenido su primera conversión en los Ejercicios Espirituales ignacianos, a los que habían acudido sin especial motivación, invitadas por un conocido! ¡Cuántos jóvenes han podido encontrarse con Dios gracias a las Jornadas Mundiales de la Juventud puestas en marcha por Juan Pablo II, a las que fueron, quizás, por mera curiosidad!

Dios tiene también otras muchas formas de hacernos «caer del caballo»: la muerte de un ser querido, el nacimiento de un hijo, un desengaño amoroso, un examen suspendido, una experiencia personal de aproximación a los pobres... Son muchas las mediaciones que Dios pone en juego para desinstalarnos de nuestras falsas seguridades, y abrirnos a Él como «fuente de gracia» y como «sentido último» de nuestra vida. Pero por encima de las circunstancias, lo sustancial es el encuentro con el Dios vivo, propiciado por una nueva sensibilidad, suscitada por el Espíritu Santo.

Camino de conversión en Palencia

Cuando la Iglesia convoca este Año Jubilar, conmemorativo de los dos milenios del nacimiento de San Pablo, no lo hace por guardar la memoria de un pasado glorioso, sino principalmente, por invitarnos a la con-

versión en el momento presente. Por ello, el Papa ha dispuesto que puedan ganar la indulgencia plenaria todos aquellos que, cumpliendo las debidas disposiciones (confesión sacramental, contrición perfecta, comunión eucarística y oración por el Papa), participen además en el Año Paulino, de las siguientes formas:

1.º Los peregrinos que acudan a la Basílica de San Pablo Extramuros de Roma, cualquier día del Año Jubilar.

2.º Todos los fieles que asistan a la Eucaristía de sus iglesias locales, en los días de la apertura y clausura del Año Paulino.

3.º Haciendo ejercicio de las facultades que el Papa nos ha concedido a los obispos para esta ocasión, dispongo que en la Iglesia de San Pablo de Palencia, regentada por los PP. Dominicos, pueda ganarse la indulgencia plenaria todos los primeros sábados de mes de este Año Paulino, además del 25 de enero —fiesta de la Conversión de San Pablo— y de los días del septenario con los que se concluirá el Año Jubilar.

4.º Todos aquellos que estuviesen impedidos para participar en los momentos y lugares antes mencionados, podrán también ganar la indulgencia plenaria uniéndose espiritualmente a una celebración jubilar en honor a San Pablo, y ofreciendo a Dios sus oraciones y sufrimientos por la unidad de los cristianos.

LECCIONES DE UN CUENTO DE LA INFANCIA

Diario Palentino, 15 de junio de 2008

Seguramente muchos habremos escuchado en nuestra infancia, de labios de nuestros padres y abuelos, aquel sabio cuento que tenía como protagonistas a un padre y a su hijo:

> Los dos viajaban con su burro atravesando diversos pueblos, suscitando comentarios muy dispares entre los lugareños:
>
> Al pasar por el primer pueblo, el padre montaba sobre el burro y el hijo caminaba a su vera. Los comentarios no se hicieron esperar: «¡Qué padre tan inmisericorde! ¡El pobre niño caminando y él encima del jumento, como si fuera un sultán!».

Al escuchar las murmuraciones, decidieron cambiarse antes de llegar a la siguiente población, de forma que ahora el padre caminaba y el hijo era quien montaba el borrico. Pero, sin embargo, las críticas no hicieron sino cambiar de signo: «¡Mira qué juventud tenemos hoy en día! ¡El anciano padre caminando, y un muchacho tan ágil, sentado a lomos del burro!».

Visto lo visto, pensaron que lo mejor sería montar los dos sobre el asno al pasar por el tercero de los pueblos. Pero las cosas se pusieron todavía peor: «¡Pobre burro! ¡Los que van montados en él demuestran ser más bestias que el desdichado animal!».

Aturdidos por tanta crítica, decidieron entrar al cuarto pueblo, ambos a pie, junto al burro. Pero, ni por esas...: «Pero, ¡qué tontos! ¿Para eso se han comprado un burro?, ¿para ir andando?».

La moraleja que se nos transmitía con la narración de este cuento era tan evidente como importante: necesitamos ser libres del juicio ajeno, para poder obrar en justicia y en verdad. Quien tiene su referente en las críticas de los demás, o en los aplausos cosechados, está condenado a no actuar en conciencia.

Pasados ya muchos años, he ido comprendiendo que aquella sabia narración que mi difunto padre nos contaba de pequeños tiene más aplicaciones de las que él mismo hubiese supuesto. ¿Acaso no le ocurre a la Iglesia, hoy en día, lo mismo que a los protagonistas del cuento? ¿No tenemos también nosotros que extraer la enseñanza de conquistar la necesaria libertad interior, para que la vida de la Iglesia sea lo que Dios quiere de ella, sin dejarnos amedrentar por tantas burlas, sátiras y comentarios ligeros?

El padre sobre el burro y el hijo caminando

A veces se le acusa a la Iglesia de paternalismo y/o de autoritarismo: «¡Míralos..., hablan ex cátedra y se creen que están en posesión de la verdad!». En medio de una sociedad en la que la figura del padre, e incluso el mismo sentido de autoridad, está en plena crisis, existe una reacción alérgica hacia el Magisterio de la Iglesia.

El hijo montado y el padre a pie

Es de sobra conocida la predicación moral de Iglesia respecto a los más débiles: enfermos, pobres, ancianos, niños no nacidos, huérfanos e hijos de familias desestructuradas, embriones congelados, etc. Sin embargo, tampoco aquí nos libramos de la incomprensión: «¡Cada uno decide los valores que cree que deben ser respetados!». En efecto, la opción cristiana «pro vida», se presenta como enemiga de la mentalidad «pro libre elección».

Los dos montados sobre el asno

Cuando la Iglesia se sirve de los medios modernos para la evangelización —televisión, radio, Internet, presencia en foros públicos, etc., con mucha frecuencia es percibida y criticada como una intrusa en la vida pública: «¿Por qué tienen que sermonearnos fuera del púlpito?». Y es que, con frecuencia se nos quiere hacer creer que el ámbito de las creencias religiosas se circunscribe únicamente al interior de la conciencia y a la sacristía.

Ambos a pie, junto al burro

Paradójicamente, otras veces la Iglesia es criticada, precisamente, por no dirigirse al hombre de hoy en su propio lenguaje: «¿Cuándo se darán cuenta de que se están quedando anquilosados con esa forma tan obsoleta de evangelizar?». Frente a estas contradicciones, nosotros no podemos perder la conciencia de que los métodos modernos de evangelización han de ser acompañados con la oración y la penitencia, para que puedan ser eficaces y fecundos.

Moraleja: nuestro público es Dios

Evidentemente, la moraleja del cuento no puede ni debe ser que tengamos que hacernos sordos a las correcciones y a las críticas, incluso cuando sean formuladas desde el desamor. Así lo decía sabiamente Unamuno: «Toma consejo del enemigo». Pero, ciertamente, una con-

clusión necesaria es que no perdamos la paz por causa del ambiente de juicios ligeros y críticas sistemáticas, en el que estamos envueltos. Esta es la moraleja: ¡Nuestro público es Dios! La Iglesia necesita la libertad interior para poder realizar la voluntad de Dios, que es justicia, amor y esperanza para todos los hombres.

SERVIR A DOS SEÑORES. DIOS Y LA POLÍTICA

Diario Palentino, 8 de junio de 2008

A diferencia de los paganos, los primeros cristianos se caracterizaron por no tener más «señor» que a Jesucristo, hasta el punto de que su negativa a adorar al César, llegó a ser el motivo del martirio de muchos de ellos. San Pablo lo tenía muy claro cuando proclamaba: «Al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo y en la tierra, y toda lengua proclame: Jesús es Señor, para gloria de Dios Padre» (Flp 2, 10-11). También en nuestros días, los cristianos tenemos la misma tentación de «servir a dos señores», sobre la que nos advirtió Jesucristo: «Nadie puede servir a dos señores, porque aborrecerá a uno y amará al otro; o bien se entregará a uno y despreciará al otro» (Mt 6, 24).

¿Sobre qué peligros concretos nos estaba advirtiendo Jesús? Son muchas las combinaciones a las que cabe aplicar la enseñanza evangélica de los «dos señores»: Dios y el dinero, Dios y la fama, Dios y el placer... «Dios y la política».

Desde una perspectiva mediática, al igual que ocurre con otras muchas realidades, los católicos suelen ser juzgados y encasillados en dos bandos: derechas e izquierdas. Sin embargo, la lectura desde el punto de vista evangélico es muy diferente. En realidad, los cristianos se dividen en dos grupos: aquellos para los cuales su adscripción política tiene más peso que su fe católica y aquellos otros para los cuales la fe católica es más determinante que su sensibilidad política.

En efecto, la vinculación política llega a tener, en ocasiones, tanta influencia en la vida de muchos creyentes, que limita en gran manera

la libertad evangélica necesaria para juzgar y discernir las ideologías de este mundo, desde el espíritu de Jesucristo. Por desgracia, hay creyentes que en la práctica llegan a condicionar la aceptación del Magisterio eclesial, al pronunciamiento —favorable o contrario— del partido político que suscita sus simpatías.

Los católicos no sólo han de valorar y estimar el ejercicio de la política, sino que están llamados a una participación activa en ella. Pero, sin embargo, me estoy queriendo referir a otra cosa en esta reflexión: el cristiano no debe «servir» a la política, cual si ésta tuviese un «señorío» sobre su corazón y sus valores de vida. («Se entregará a uno y despreciará al otro», Mt 6, 24)

Una vez concluidas las persecuciones del Imperio Romano a los cristianos, San Agustín —a caballo entre los siglos IV y V— afirmaba que «el mundo tiene dos formas de perseguir al cristianismo: la primera es la violencia y la segunda es la seducción». Sin dudarlo, él entendía que la segunda era más peligrosa que la primera. Es evidente que éste es también nuestro caso. En el momento presente se habla mucho de los ataques y del acoso laicista que está padeciendo la Iglesia, lo cual es cierto y debe ser denunciado. Pero quizás no reparamos lo suficiente en el poder de seducción que tantas ideologías contrarias o extrañas a la fe llegan a tener sobre los seguidores de Cristo. Recordemos aquellas palabras de reprensión dirigidas por Jesús a San Pedro: «Tú piensas como los hombres, no como Dios» (Mt 16, 23).

El cristiano que es seducido por ideologías o simpatías partidistas suele ser más fácilmente aceptado y adulado en los ambientes políticos afines, pero, inevitablemente, su identidad se ve diluida, como nos recordaba Jesucristo: «Vosotros sois la sal de la tierra. Mas si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? Ya no sirve para nada más que para ser tirada afuera y pisoteada por los hombres» (Mt 5, 12). En realidad, el cristiano solamente es capaz de transformar el mundo en la medida en que esté libre de él. Jesucristo nos advirtió: «No podéis servir a dos señores».

ANTITÓPICOS
El Norte de Castilla, 7 de junio de 2008

No son pocos los católicos que se sienten confusos ante el bombardeo de tantos tópicos laicistas y/o anticlericales que estamos recibiendo. ¿Qué deberíamos hacer los obispos en esta situación? Si hablamos..., algunos dirán que estamos polemizando innecesariamente o que estamos «entrando al trapo». Si callamos..., otros concluirán que «quien calla otorga» o simplemente, que la Iglesia no es capaz de dar respuesta a las acusaciones que se le hacen. Aun sabiendo que mis palabras serán objeto de interpretaciones encontradas, me dispongo a dar unas breves respuestas a algunos de los tópicos anticlericales más en uso:

1. «La Iglesia no sabe vivir en democracia»

Lo cierto es que la Iglesia Católica tuvo un papel histórico muy importante en la transición española, y es de sobra conocido que su aportación fue esencial para la reconciliación de las dos Españas. La integración de la Iglesia en el marco democrático no fue nada complicada, y su labor a lo largo de todos estos años ha sido subsidiaria del derecho que la Constitución reconoce a las familias para educar a los hijos conforme a sus valores religiosos y morales.

En este contexto histórico, la Iglesia no aspiró a un marco político confesional, ni ha pretendido imponer la fe a nadie, sino simplemente proponérsela a los que así lo soliciten. ¿Es mucho pedir por nuestra parte que las autoridades políticas tampoco impongan obligatoriamente sus ideologías a las nuevas generaciones, sino que respeten el derecho de los padres a elegir libremente? ¿Es antidemocrático el proceder y el posicionamiento de la Iglesia?

2. «La Iglesia se mete en política»

El hecho de que un obispo escriba una carta del tenor de la presente, ¿supone una intromisión indebida de la Iglesia en la política? ¿O no debería ser interpretada, más bien, como una contribución más en esta sociedad, en pro del bien común y de la madurez del sistema democrático? No olvidemos aquella frase profética de Juan Pablo II: «Una de-

mocracia sin valores se convierte con facilidad en un totalitarismo visible o encubierto».

3. «La Religión tiene que ser expulsada de la escuela pública»

El movimiento a favor de la expulsión de la clase de Religión del horario lectivo en la escuela pública olvida que, estrictamente hablando, España no es un estado laico, sino aconfesional. La aconfesionalidad supone que ninguna religión sea discriminada con respecto a las otras, sino en función de la demanda de los ciudadanos. Por ejemplo, los padres musulmanes que quieren que sus hijos reciban religión en la escuela tienen perfecto derecho a ello, si se reúne el número mínimo de alumnos.

Quienes piden la expulsión de la religión de la escuela, no sólo están excluyendo a sus hijos de esta asignatura, sino que también aspiran a impedir que otros padres puedan elegir libremente esta opción.

4. «Estatuto abusivo de los profesores de Religión»

Algunos critican que sea la Iglesia Católica la que tenga la facultad de dar el «visto bueno» a los profesores de Religión Católica en las escuelas públicas; así como que éstos reciban su sueldo de la Administración, como los demás profesores.

Pero, en el fondo, estas críticas tienen su origen en la resistencia a asumir todas las consecuencias que se derivan del artículo 27.3 de nuestra Constitución: «Los poderes políticos garantizan el derecho de los padres para que sus hijos reciban la formación religiosa y moral que esté de acuerdo con sus convicciones morales». El profesor de Religión recibe la capacitación de la Iglesia, no en virtud de ningún privilegio eclesiástico, sino por el derecho de los padres a que su hijo sea formado según sus valores católicos. De lo contrario, ¿quién iba a formar adecuadamente a los profesores de Religión, conforme a la sensibilidad demandada por los padres? Y respecto a la dificultad en admitir que quienes imparten Religión Católica formen parte de la plantilla del profesorado, ¿acaso los padres católicos no pagan sus impuestos exactamente igual que quienes eligen para sus hijos las asignaturas alternativas a la religión?

5. «La Iglesia vive a costa del dinero público»

¿Es cierta esa imagen que se transmite de que la Iglesia en España vive a costa del Estado español? Algunos se han tomado la paciencia de hacer cálculos sobre el ahorro que supone anualmente para el Estado español la vida de la Iglesia:

Si el Estado tuviera que hacerse cargo del coste del millón de alumnos de la Escuela Católica —atendidos en 5.141 centros de enseñanza—, además de asumir el cuidado de los enfermos de los 107 hospitales católicos, añadiendo los 1.004 centros de acogida, ambulatorios, dispensarios y asilos, 365 centros de reeducación social y 937 orfanatos; si tuviera que dar cobertura a los más de dos millones de personas que son atendidas por Cáritas y Manos Unidas... entonces podríamos calcular que tendría que desembolsar 36.000 millones de euros al año. Más aún, renunciamos a añadir otros cálculos, difícilmente cuantificables, como es el caso del movimiento turístico generado gracias al patrimonio de la Iglesia y a sus manifestaciones religiosas, etc. Sin embargo, resulta bastante sorprendente que con estos datos contrastables, la imagen que trasciende a la opinión pública sea la de un parásito social que vive del cuento. No tenemos otro remedio: frente a los tópicos, paciencia y razones.

DIOS TIENE CORAZÓN

Diario Palentino, 1 de junio de 2008

El pasado viernes celebrábamos la Solemnidad del Corazón de Jesús, y seguidamente nos hemos introducido en el mes de junio, tradicionalmente dedicado a la devoción al Corazón de Cristo. Para algunos puede resultar sorprendente que en plena expansión de la cultura de la secularización, se estén difundiendo con tanta profusión esas imágenes de «Jesús Misericordia», o que —por señalar un ejemplo inmediato— el próximo viernes 6 de junio, las tres diócesis de Madrid hayan convocado a los jóvenes de la capital en el Santuario del Cerro de los Ángeles, para realizar un acto de Consagración de la juventud de

Madrid al Corazón de Jesús, como clausura de la llamada «Misión Joven». ¿No resulta todo ello un tanto extemporáneo en plena posmodernidad?

El amor de Dios, presupuesto de la autoestima

La imagen del Corazón de Cristo y su mensaje de Misericordia, se presentan en el inicio del tercer milenio como auténtica «profecía» y «terapia» providencial. En esta cultura laicista en la que algunos afirman no tener más religión que «el hombre», paradójicamente, somos testigos de tantas carencias afectivas, heridas necesitadas de sanación, desequilibrios psicológicos, dramas interiores... Me impresionaron mucho unas palabras pronunciadas por el cardenal de Viena, monseñor Christoph Schönborn, en el contexto del Congreso de la Divina Misericordia realizado en Roma: «Cuando los agnósticos enarbolan al "hombre" como bandera frente al sentido religioso de la vida, hagámosles ver la radical necesidad que éste tiene de misericordia».

La experiencia nos está demostrando que la línea divisoria entre la presunción y la desesperación es prácticamente inexistente. Cuando más reivindicamos la autonomía del hombre frente al hecho religioso, más fácilmente caemos en el vacío interior, que nos conduce a la inevitable falta de autoestima. El paso de la jactancia y de la soberbia profesadas en público a la desesperación y al autodesprecio, confesados en privado, es muy fácil y, de hecho, se da con mucha frecuencia.

En nuestros días, no son pocos los que han aprendido a aceptarse, a valorarse y a amarse a sí mismos, desde la experiencia del amor incondicional de Dios hacia cada uno de nosotros. ¿Si Dios me quiere, quién soy yo para despreciarme?

Dios goza y sufre con el hombre

Con frecuencia, nos hacemos una imagen de Dios fría e insensible hacia la suerte del hombre. Nos cuesta creer que nosotros seamos algo importante para Él. En efecto, si dejamos de lado la revelación bíblica, estamos condenados a referirnos a Dios en términos impersonales —cual si se tratase de una energía cósmica— y con una inevitable sensación de lejanía. Si Dios está tan «distante» y es tan «distinto» a nosotros, ¿en

qué le puede afectar nuestra vida: nuestros aciertos y nuestros pecados; nuestras alegrías y nuestros sufrimientos?

En la encíclica *Spe Salvi*, el Papa nos recuerda una preciosa cita de San Bernardo de Claraval: «Impassibilis est Deus, sed non incompassibilis» (Dios no puede padecer, pero puede compadecer). En efecto, el Dios infinito y omnipotente —en palabras de Benedicto XVI— «se hizo hombre para poder com-padecer Él mismo con el hombre, de modo muy real, en carne y sangre, como nos manifiesta el relato de la Pasión de Jesús. Por eso, en cada pena humana ha entrado uno que comparte el sufrir y el padecer; de ahí se difunde en cada sufrimiento la consolatio, el consuelo del amor participado de Dios» (*Spe Salvi*, n. 39).

Corazón: entrañas regeneradoras

En aquel Congreso Mundial de la Divina Misericordia celebrado en Roma, uno de los ponentes de habla portuguesa, el brasileño padre Marcial Maçianeiro, realizaba una hermosa e interesante disertación de teología bíblica, en la que explicaba que en el lenguaje bíblico se da una equivalencia entre los términos «corazón» y «entrañas».

El corazón («leb», «kardia») es sinónimo del útero («rahamin», «splanchana»); de manera que cuando confesamos el amor de Dios en la imagen del Corazón de Jesús, en el fondo, estamos manifestando nuestra fe en que el amor de Dios nos «gesta» a una vida nueva. El Corazón de Cristo es la imagen del amor materno de Dios que, en su potencia regenerativa, nos sana, nos rescata, nos rehace, nos perdona... Por ello, no nos cansaremos de confesar: «¡Sagrado Corazón de Jesús, en Ti confío!».

TODO POR LOS HIJOS

Diario Palentino, 25 de mayo de 2008

Los obispos de Castilla y León hemos hecho pública, la semana pasada, una Nota sobre la asignatura Educación para la Ciudadanía, con moti-

vo de que el próximo curso comenzará a impartirse entre nosotros: la EpC es una imposición ilegítima, por parte del Estado, de una determinada formación de la conciencia de los alumnos, sin el consentimiento de sus padres.

A pesar de que algunos pretendan transmitir la imagen de que la Iglesia en España no asume la legitimidad del Estado aconfesional, la verdad es que las circunstancias actuales nos han llevado a convertirnos en portavoces y defensores de muchos derechos constitucionales de los ciudadanos, que son negados por la vía de los hechos consumados, por la estrategia de una ideología laicista totalitaria. Por mucho que moleste, nos sentimos en el deber moral de seguir recordando el artículo 27.3 de la Constitución Española: «Los poderes políticos garantizan el derecho de los padres para que sus hijos reciban la formación religiosa y moral que esté de acuerdo con sus convicciones morales».

Afortunadamente, cada vez son más los que entienden que la Iglesia no está defendiendo ningún interés particular, y ya existen muchas iniciativas ciudadanas de resistencia activa ante esta intromisión injusta. Las mismas sentencias del Tribunal Superior de Andalucía contrarias a la asignatura —y se han dado más pronunciamientos judiciales en la misma dirección— son la mejor prueba de que la Iglesia no estaba hablando de «fantasmas».

Objeción de conciencia

En la citada Nota episcopal declarábamos que «los padres tienen derecho a poner objeción de conciencia a la enseñanza de la asignatura EpC, así como a la denuncia personal de esta Ley». Es sabido que los centros de enseñanza privados no tienen opción a la objeción de conciencia, sino que el titular de este derecho es el ciudadano (los padres, en este caso).

En el momento en que escribo estas líneas, unos treinta mil padres españoles han tomado esta opción. Su objeción no va dirigida al centro de enseñanza, ni al profesor, ni al libro... sino al atropello de un Estado que pretende erigirse en educador moral de los hijos. Estoy seguro de que Dios bendecirá a estos padres que han decidido declararse en «santa rebeldía» por el bien de sus hijos. No quieren engañarse una vez más, optando por el «mal menor», porque han entendido ya que cuando el mal menor pasa a ser la opción ordinaria, termina por convertirse en

una inexorable cuesta abajo hacia el «mal mayor». Su resistencia activa está escribiendo una de las páginas más bellas de la historia de la lucha por el bien de los hijos, así como de la defensa del principio de subsidiariedad frente a la tiranía de los estados. Y cuando llegue el día de la victoria —¡que llegará!—, quienes nos hayamos quedado en segunda fila tal vez hayamos de sentir admiración y agradecimiento; y quizás un poco de rubor y vergüenza...

Consejería de Educación de Castilla y León

Mención aparte merece la postura de la Consejería de Educación de Castilla y León, que se está negando a tramitar las objeciones presentadas por los padres, aduciendo que en el desarrollo del currículo ya han quitado los contenidos que presumiblemente pudieran resultar contrarios a la conciencia de los padres. ¡Vuelven a tropezar en la misma piedra que el Gobierno central! ¿Quiénes son ellos para discernir los contenidos morales que los padres han de estimar como aceptables o rechazables? El Gobierno de Castilla y León critica la EpC de Zapatero; pero, como contrapartida, impone una EpC autonómica. Su postura no sólo es irrespetuosa con el derecho a la objeción de conciencia de los padres, sino que cae en el mismo desacierto que afirma rechazar.

Por lo demás, ¿acaso pueden garantizar que les vaya a ser aceptado ese recorte curricular de la EpC, cuando ya ha sido recurrido judicialmente por el Gobierno central? ¿Y si el próximo gobierno autonómico cambiase de signo político?

Asignatura de religión: más palitos en las ruedas

Mientras tanto, en lo que a la clase de Religión se refiere, estamos padeciendo las consecuencias de la presión ejercida por algunos grupos radicales, que han conseguido que la Consejería de Educación autonómica permita que la asignatura de Religión sea eliminada del impreso de matriculación. En efecto, en un número grande de centros escolares públicos de Castilla y León, los padres están teniendo que rellenar un impreso «aparte» para que sus hijos cursen la religión, ya que la asignatura de religión ha «desaparecido» de la matrícula escolar.

Mientras tanto, los profesores de Religión y sus alumnos están demostrando una altura moral muy grande, además de una paciencia encomiable, al continuar su recorrido en fidelidad, a pesar de que, en no pocos centros, la alternativa «real» a la clase de Religión no es la prescrita por la ley («Atención educativa» e «Historia de las religiones»), sino simplemente, «chatear por el messenger» o «jugar en el patio».

Es cierto que la política de los «palitos en las ruedas» desgasta la resistencia de algunos niños y familias... Pero también es cierto que fortalece la convicción y la determinación de otros muchos seguidores de Jesucristo.

«ESPERANZA» Y «ESPERANZAS»

Diario Palentino, 18 de mayo de 2008

El 24 de abril tuvimos entre nosotros la visita del obispo de San Sebastián, monseñor Uriarte, invitado a nuestra diócesis para hacer una presentación de la encíclica *Spe Salvi* (*Salvados en la Esperanza*). Sus reflexiones nos ayudaron a comprender hasta qué punto la felicidad del hombre está condicionada a la vivencia intensa de esta virtud, a pesar de que, al decir de algunos, la esperanza parece haber sido relegada a la condición de «cenicienta» de las virtudes teologales.

La primera constatación es que nuestra sociedad occidental padece una notable crisis de esperanza. Afirmaba monseñor Uriarte que «nuestro mundo occidental es muy rico en medios y muy pobre en fines», hasta el punto de que «la depresión se ha convertido en la dolencia psíquica característica de nuestro tiempo». Paradójicamente, los países desarrollados padecen con especial intensidad la desesperanza. Es un contraste que el hombre haya alcanzado cotas tan altas en el dominio del mundo, y que al mismo tiempo no tengamos claro adónde nos dirigimos y cuál es el sentido de la existencia.

No cabe duda de que hoy muchas personas construyen sus vidas persiguiendo solamente metas «parciales», tales como abrirse paso en la profesión, sacar la familia adelante, ganar en calidad de vida, etc. Incluso parecen no necesitar de un sentido profundo y trascen-

dente que dé una unidad a su vida. Pero, sin embargo, también los hay que se hacen la pregunta por el sentido definitivo de la vida: «¿Es esto todo lo que da de sí la vida y todo lo que puedo hacer en ella?».

El drama del hombre consiste en comprobar amargamente que, si no hay una «esperanza» definitiva, nuestras «esperanzas» están abocadas, tarde o temprano, a la frustración. Con fina ironía, monseñor Uriarte citaba en su conferencia las palabras del cómico Groucho Marx: «Vamos de victoria en victoria, hasta la derrota absoluta». En efecto, ¿de qué le sirve al hombre ilusionarse en las metas parciales, si al final todo queda reducido a la nada? El hombre que no piensa en el sentido último de la existencia es como un empresario al que no le preocupara el balance de su negocio.

El verdadero opio del pueblo

La teoría marxista acusó a la religión en general, y al cristianismo en particular, de ser el «opio del pueblo». La esperanza en el más allá sería una manipulación de las clases dominantes a los pobres, de manera que pospongan su deseo de justicia en esta vida, a un destino eterno. La acusación de Karl Marx a la religión se resume en que ésta pretende que el hombre se evada de sus «esperanzas humanas», para consolarlo con la «esperanza teologal».

Sin embargo, han pasado muchos años desde que el marxismo formulase aquella ideología y, entre tanto, hemos sido testigos —por poner un ejemplo emblemático— de cómo los obreros católicos de Polonia comunista se apoyaban en la esperanza teologal para ver realizadas sus esperanzas de un mundo más justo. Su testimonio, así como el de otros muchísimos cristianos, nos demostró que —como afirma el mismo Benedicto XVI en *Spe Salvi*— la esperanza en Dios no es sólo «informativa» sino «preformativa»; o dicho de otro modo, nuestra fe fundamenta y sostiene todas y cada una de las esperanzas de la vida en curso. En otras palabras, la experiencia cristiana ha superado la sospecha hacia una esperanza alienante: el presente carece de futuro, si el futuro no transforma el presente.

En realidad, lo que hoy estamos comprobando es que el verdadero opio del pueblo es el materialismo —«pan y circo»—, ya que conduce al hombre a la renuncia de sus ideales más nobles en servicio a los de-

más, para encerrarlo en un egoísmo feroz. La falta de una «esperanza», con mayúsculas, ha motivado que las esperanzas terrenas se hayan diluido en el bazar de nuestros egoísmos. Como apuntaba monseñor Uriarte en su conferencia, «muchos idealistas de ayer son los escépticos vividores de hoy, porque les ha faltado la esperanza teologal para sustentar sus esperanzas».

Nuestras «esperanzas» abiertas a la «esperanza»

Esperar es inherente al ser humano. Es imposible vivir sin esperanzas. Pero el gran reto está en integrar «esperanzas» y «esperanza». Es cierto que no tendría sentido una esperanza teologal que no se tradujera en esperanzas concretas. Pero también es verdad que el mundo presente corre el grave riesgo de devaluar tantas «esperanzas», si no las abre a la trascendencia.

Para que nuestras esperanzas sean verdaderamente «humanas», han de estar abiertas al infinito... Así lo afirmaba monseñor Uriarte:

> El hombre es insaciable, y permanentemente insatisfecho. Cuando logramos una meta esperada, al poco surge espontáneamente en nosotros una inquietud por una meta más elevada. En realidad, el corazón humano es un ser limitado con un ansia ilimitada [...] Esta desproporción entre su ser limitado y su aspiración ilimitada, este «desajuste», ¿no será signo de una llamada de Dios, portadora de una promesa en plenitud? [...] El análisis del deseo humano puede ayudar a descubrir la radical vocación trascendente del hombre.

Por todo ello, a pesar de que hayamos comenzado diciendo que nuestra sociedad occidental padece una crisis de esperanza, en realidad, debemos rechazar tanto la tentación del pesimismo, como la del optimismo ingenuo. Ninguno de los dos son cristianos. La esperanza cristiana consiste en vivir el presente con intensidad de «amor», desde la «fe» en el futuro que nos ha sido regalado en Cristo.

SABIOS CONSEJOS A LOS JÓVENES
Diario Palentino, 11 de mayo de 2008

El pasado 19 de abril, tercer aniversario del inicio de su pontificado, el Papa mantenía un caluroso encuentro con los jóvenes y seminaristas de la ciudad de Nueva York. Escuchando su discurso y viendo las imágenes del encuentro, me acordé de aquel refrán irónico y sugerente: «¡Si los jóvenes supieran y los viejos pudiesen!». Afortunadamente, la fluidez de la comunicación del Papa anciano con aquellos jóvenes deseosos de recibir su sabiduría de pastor, despejaba el pesimismo del proverbio y nos llenaba de confianza y esperanza hacia las nuevas generaciones. La Iglesia, ciertamente, necesita del dinamismo y de la fuerza de los jóvenes, al mismo tiempo que los jóvenes necesitan de la experiencia y de la sabiduría de la Madre Iglesia.

El mensaje de Benedicto XVI invitaba a los jóvenes a fijar su mirada en la vida de los santos. Frente a quienes perciben el cristianismo como un cúmulo de mandatos y prohibiciones, los cristianos somos los grandes admiradores de la belleza y de la bondad de Dios. Gracias a esa capacidad de admiración, propia de la sensibilidad que brota de la fe, el joven cristiano está llamado a disfrutar del don de la vida con una intensidad especial. Para ello, el Papa ayudaba a reflexionar a los jóvenes sobre dos riesgos de los que pueden ser víctimas, y les dirigía a continuación cuatro consejos concretos:

Tinieblas del corazón y tinieblas del espíritu

El Papa hacía esta distinción, verdaderamente original e inédita, e introducía a los jóvenes en una reflexión crítica sobre los influjos negativos de la cultura en la que estamos inmersos. ¿A qué quería referirse con esa distinción entre «corazón» y «espíritu»?

Las «tinieblas del corazón» se refieren a la vaciedad de tantos sucedáneos con los que pretendemos suplir la ausencia de auténtico amor en nuestra vida. Lo cierto es que, cuando el hombre no ama, mendiga afectividad de forma errónea. Es como si tuviese que reconocer amargamente: «la droga, el sexo, la diversión desenfrenada... no me hacen feliz, pero son lo único que me compensa de no serlo». Por el contrario, todas estas esclavitudes sumergen al hombre en un drama de insensibilidad para el amor.

Pero Benedicto XVI advertía a los jóvenes de que todavía hay otras tinieblas más densas y opacas, que además de tener la particularidad de no percibirse con facilidad, son, sin embargo, más nocivas: las «tinieblas del espíritu». En efecto, la manipulación de la verdad puede llegar a distorsionar nuestra percepción de la realidad, de modo que confundamos bien con mal, o verdad con mentira. El Papa pone un ejemplo concreto: «¿Habéis notado que, con frecuencia, se reivindica la libertad sin hacer jamás referencia a la verdad de la persona humana?». ¡Así es...! El dogma supremo de nuestra cultura actual parece resumirse en un pretendido «derecho a elegir» absoluto, sin ninguna referencia a la verdad que debe orientar nuestra libertad. ¿Cómo no recordar aquellas palabras de Cristo: «La verdad os hará libres» (Jn 8, 32)? En pocas palabras: si las tinieblas del corazón se caracterizan por frustrar nuestra vocación al amor, las tinieblas del espíritu impiden realizar nuestra vocación a la verdad.

Cuatro consejos para el camino

El primer consejo es el silencio que nos abre a la comunicación con Dios en un «tú a tú». El Papa anima a los jóvenes a perder el miedo al silencio. Posiblemente, el sobreexceso de ruido en el que estamos inmersos, esconde el temor del hombre a la soledad y al silencio. Y, sin embargo, el silencio no es signo de incomunicación, sino todo lo contrario: la sal de la palabra es el silencio. Frente a una tendencia a reducir nuestra vida espiritual a una relación esporádica con Cristo, Benedicto XVI propone a los jóvenes el ideal de una amistad íntima, fiel y perseverante.

En segundo lugar, el Papa recomienda a los jóvenes la vivencia intensa de la liturgia. Frente al tópico generalizado de que la liturgia es un lenguaje ininteligible para los jóvenes, les invita a adentrarse en ese misterio de unión entre el cielo y la tierra. Es importantísimo educar a los jóvenes en el lenguaje litúrgico, de modo que puedan llegar a percibir que «cada vez que los sacramentos son celebrados, Jesús interviene de nuevo en nuestra historia».

El tercer consejo es la práctica de la caridad. En efecto, no nos poseemos en propiedad, y nuestra vida carece de sentido si no es para ejercitarse en actos de amor concretos y eficaces. Por ello, el Papa invita a los jóvenes a estar atentos a las nuevas formas de pobreza que están

surgiendo... Lo cierto es que nuestra felicidad pasa, necesariamente, por hacer felices a los demás.

Y, finalmente, Benedicto XVI invitaba a los jóvenes a estar abiertos a la vocación. Fue una gozada comprobar la confianza y la libertad sin complejos con que se dirigió a los jóvenes para decirles: «Si no lo habéis hecho, planteaos seriamente si el Señor os pide seguirle de un modo radical en el ministerio sacerdotal o en la vida consagrada». Con esa misma confianza, se despedía de ellos invitándoles a participar este verano en la Jornada Mundial de la Juventud... Pero de eso hablaremos otro día.

LA BELLEZA SALVARÁ AL MUNDO (EL CULTO AL FEÍSMO)

El Norte de Castilla, 4 de mayo de 2008

Dice el refrán que «sobre gustos no hay nada escrito». La expresión es falsa en su literalidad, pero además parece sugerir erróneamente que el gusto estético es un sentimiento arbitrario, sin que quepa establecer relación alguna de causa-efecto entre nuestros gustos y los valores objetivos que sustentan nuestra vida.

¡Nada más lejos de la realidad! Frente a quienes piensan que la verdad es ajena al mundo del arte y que «no hay que mezclar las filosofías con la estética», lo cierto es que la belleza tiene una fuerza pedagógica para introducirnos en el misterio de la verdad, hasta el punto de que la belleza llega a ser transparencia de la verdad y de la bondad.

Cuando escuchamos una determinada pieza musical y llegamos a emocionarnos al experimentar su belleza, o cuando contemplamos algunas obras de arte que son elocuencia viva del misterio que representan, no nos cabe duda de que la expresión estética es el reflejo de la interioridad del hombre. Sin embargo, formulando este mismo principio en negativo, lo mismo cabría decir de tantas expresiones «estéticas» que parecen despreciar la belleza y hasta se regocijan en un «culto al feísmo»: la fealdad es la expresión del nihilismo y de la vaciedad de nuestra cultura.

¿Cómo tenemos que interpretar el enorme apoyo a determinados engendros estéticos, del estilo de esa canción tan manida, que últimamente se escucha en todas partes y a todas horas, por poner un ejemplo de nuestros días? No creo exagerar si digo que estamos ante una rebelión contra la belleza, la armonía y la elegancia, complaciéndonos en lo zafio, burdo y absurdo. La opción por lo antiestético es expresión de la negación del sentido armónico de la existencia y, en consecuencia, de la posibilidad del gozo contemplativo. La fealdad procurada es lo más parecido que conocemos al placer del pirómano, que disfruta con la destrucción de la creación.

Frente a esta crisis cultural de fealdad, el cristianismo está llamado a continuar su ancestral vocación de «tutor» o «abogado» de la expresión estética. Ciertamente, la Iglesia ya no puede ejercer de «mecenas» del arte, en el sentido económico del término. Sin embargo, existe otro tipo de mecenazgo más determinante, cual es la conjunción de los tres transcendentales: belleza, bondad y verdad. En efecto, estamos plenamente convencidos de que «la belleza es el esplendor de la verdad», al mismo tiempo que «la santidad es la belleza absoluta».

Conjuntamente con las tradicionales vías racionales para el conocimiento de Dios, la Iglesia siempre ha sostenido otro tipo de vías existenciales, como es el caso de la llamada «via pulchritudinis», es decir, la belleza como camino para descubrir a Dios. En efecto, nosotros creemos que la belleza es «aparición» y no «apariencia». En realidad, «lo primero que captamos del misterio de Dios no suele ser la verdad, sino la belleza» (Von Balthasar).

En resumen, la belleza es una clave fundamental para la comprensión del misterio de la existencia. Encierra una invitación a gustar la vida y a abrirse a la plenitud de la eternidad. La belleza es un destello del Espíritu de Dios que transfigura la materia, abriendo nuestras mentes al sentido de lo eterno. Traemos a colación una conocida cita de San Agustín: «Interroga a la belleza de la tierra, interroga a la belleza del mar, interroga a la belleza del aire que se dilata y se difunde, interroga a la belleza del cielo... interroga a todas estas realidades. Todas te responden: Ve, nosotras somos bellas. Su belleza es una profesión ("confessio"). Estas bellezas sujetas a cambio, ¿quién las ha hecho sino la Suma Belleza ("Pulcher"), no sujeto a cambio?» (*Serm*. 241,2).

El título que hemos elegido para este artículo es una conocida frase de la novela *El idiota*, de Dostoievski: «La belleza salvará al mundo». Pero, «¿qué belleza salvará el mundo?», pregunta un determinado per-

sonaje de esta novela, que se debate desesperado en medio del dolor. La respuesta a su pregunta se presenta como la tesis de la novela de Dostoievski: ¡Jesús crucificado! Sí, ciertamente, la belleza salvará el mundo, pero la belleza ha de ser descubierta, no solamente en la gloria del Tabor, sino también en la figura sufriente del crucificado.

En efecto, nosotros no identificamos la belleza con la «guapura», lo «atractivo», lo «placentero»... En realidad, la belleza no es para nosotros una mera experiencia estética, sino que el concepto pleno y consumado de la belleza se identifica con la misma «santidad». Por ello, no tendría sentido que buscásemos la belleza en meras manifestaciones artísticas, tales como la pintura, escultura, música... si al mismo tiempo dejásemos en el olvido que la vida de los santos es la realización y la manifestación más perfecta de la belleza.

Por el contrario, a la luz de la fe comprendemos que la fealdad por antonomasia no es el rostro sufriente del hombre, ni tan siquiera la misma muerte, sino el pecado. No en vano, el refranero cristiano enfatiza aquello de «¡es más feo que un pecado!», al mismo tiempo que invoca a María —la preservada del pecado— como «la criatura más bella de la creación» o «la obra maestra del Creador». Por algo decía Hans Urs von Balthasar —conocido como el «teólogo de la belleza»—, que «María es el esplendor de la Iglesia».

LAS OTRAS VÍAS PARA LLEGAR A DIOS

Diario Palentino, 27 de abril de 2008

El Catecismo de la Iglesia católica recoge la doctrina del Concilio Vaticano I, en la que se afirma la capacidad racional del hombre para conocer la existencia de Dios: «La Santa Iglesia, nuestra Madre, mantiene y enseña que Dios, principio y fin de todas cosas, puede ser conocido con certeza mediante la luz natural de la razón humana a partir de las cosas creadas» (CIC 36). A esto añade el mismo Catecismo una constatación realista: son muchas las dificultades que en la práctica tenemos para llegar al conocimiento de Dios, mediante el ejercicio de la razón (cf. CIC 37).

Esas dificultades, lejos de decrecer, en nuestros días han aumentado. En efecto, la cultura dominante no se caracteriza por la racionalidad, sino por el impacto visual, visceral, puntual y voluble.

En este contexto, los argumentos metafísicos con los que Santo Tomás de Aquino demostraba en el siglo XIII la existencia de Dios, sin haber dejado de ser verdaderos, están supeditados a la capacidad de raciocinio del hombre, que no siempre podemos dar por supuesta. Desgraciadamente, la filosofía occidental contemporánea ha renunciado mayoritariamente a plantearse las cuestiones fundamentales sobre la verdad objetiva y el sentido de la existencia, para reducirse al ámbito de la practicidad inmediata, ignorando los anhelos más profundos del hombre.

Juan Pablo II describía así en la encíclica *Fides et Ratio* la crisis de pensamiento del momento presente: «Tanto la fe como la razón se han empobrecido y debilitado una ante la otra. La razón, privada de la aportación de la Revelación, ha recorrido caminos secundarios que tienen el peligro de hacerle perder de vista su meta final. La fe, privada de la razón, ha subrayado el sentimiento y la experiencia, corriendo el riesgo de dejar de ser una propuesta universal» (n. 48).

En este contexto, y sin dejar en el olvido la labor subsidiaria que la fe está llamada a desarrollar en el terreno de la reflexión filosófica, es necesario proponer al hombre de hoy otras vías de acceso a Dios, que, aunque sean menos concluyentes desde el punto de vista racional, frecuentemente serán más efectivas, supuestas las características de nuestra cultura. Por lo demás, las vías racionales del conocimiento de Dios siempre estuvieron complementadas con estas otras «vías existenciales». Proponemos brevemente algunas de ellas:

El testimonio de los santos

Las virtudes heroicas que el Espíritu Santo ha suscitado en los santos, maravillan y cuestionan a todos aquellos que buscan la verdad y están dispuestos a seguirla una vez encontrada. En la historia de la Iglesia hemos podido comprobar frecuentemente que el testimonio de los santos ha ganado más almas para Dios que la erudición de los sabios. Es verdad que no debemos oponer las vías racionales a las existenciales, pero tampoco conviene que olvidemos aquel refrán: «Las palabras —a lo sumo— convencen, pero el ejemplo arrastra».

El grupo cristiano

Es claro que Dios es «familia» y que tiene un estilo «comunitario». Quiso revelarse a un pueblo, y está especialmente presente allí donde nos reunimos en su nombre. El encuentro con Dios no se suele producir caminando «por libre». De hecho, es mucho más difícil encontrar la meta caminando en solitario.

Por el contrario, Dios sale al encuentro del hombre en su Iglesia, y con frecuencia lo hace a través de otras personas o del arropamiento de algún carisma concreto.

El cultivo de la paz interior

El estrés sofocante que comporta nuestro ritmo de vida ha desarrollado una sensibilidad especial que valora sobremanera la paz interior. La Iglesia está llamada a cuidar espacios de silencio para el encuentro con Dios. Uno de los signos de los tiempos que observamos con sorpresa en estos momentos de intensa secularización es la gran atracción que ejercen los monasterios contemplativos.

Sin embargo, conviene que hagamos una matización: mientras que en determinadas escuelas, la paz interior se oferta como una «técnica» para alcanzar un estado psicológico placentero, sin embargo, la Iglesia predica la fe cristiana, no precisamente como una técnica de relajación, sino como la «clave de sentido» de la que la paz interior es una mera consecuencia.

El humanismo cristiano

En nuestra cultura agnóstica, el hombre es presentado como la medida de todas las cosas. La existencia de Dios se pone en cuestión, ante la sospecha de que la fe pueda mermar la autonomía del hombre. Sin embargo, estos prejuicios caen por su propio peso, en la medida en que se demuestra la capacidad humanizadora del cristianismo. La Iglesia ha sido y es experta en humanidad, de forma que en su experiencia nos muestra a Cristo como la culminación de las aspiraciones de plenitud de la humanidad y como el camino práctico para verlas realizadas. La historia se ha encargado de demostrar que sin Dios no hay creencia auténtica en el hombre.

La capacidad crítica ante los límites del agnosticismo

No podemos menospreciar la «vía negativa» para llegar a Dios. En efecto, hay quienes llegan a Dios por exclusión («Si Dios no existe, todo está permitido» Dostoiewski). La cruda experiencia de la degeneración moral en la que desemboca la secularización, ha permitido a muchos superar sus prejuicios ideológicos de partida, para abrirse al hecho religioso con disposición receptiva. Chesterton lo expresaba con gran agudeza: «Quitad lo sobrenatural, y no encontraréis lo natural, sino lo antinatural».

En resumen, las tradicionales vías racionales para el conocimiento de Dios son complementadas por tantas vías «existenciales» de las que el Señor se sirve para salir a nuestro encuentro. No en vano, Benedicto XVI afirmaba en una de sus catequesis sobre los Santos Padres, que el camino privilegiado para conocer a Dios es el amor. «No existe un auténtico conocimiento de Dios sin enamorarse de Él».

NUEVO CATECISMO PARA NIÑOS: *JESÚS ES EL SEÑOR*

Diario Palentino, 20 de abril de 2008

El 7 de abril se presentaba en la Conferencia Episcopal Española el nuevo Catecismo para Niños, que lleva el título de *Jesús es el Señor*. Los destinatarios de este libro son los niños de seis a diez años, de modo que estamos ante el instrumento adecuado e indicado para la preparación a la Primera Comunión. Este Catecismo destinado a los niños, lógicamente se dirige también a las familias, a los sacerdotes, a las catequistas, a los profesores y a todos los responsables de la tarea pastoral con niños.

Transmisión de la fe

El Catecismo es un libro respaldado por la máxima autoridad de la Iglesia y elaborado para transmitir de forma fiel y adecuada los conte-

nidos de la fe cristiana. En el año 1992 se publicó el *Catecismo Mayor de la Iglesia Católica*, y en su prólogo se indicaba la importancia de renovar los catecismos menores, tomando como punto de partida aquella gran obra.

En consecuencia, después de la Biblia, el Catecismo es el libro que tiene el máximo rango para los católicos. Nuestra fe no surge de nosotros mismos, sino que la recibimos de Jesucristo por mediación de la Iglesia. En definitiva, la misma existencia de un Catecismo como método de «entrega» de la fe es un signo de que la Iglesia no es dueña, sino depositaria de la Revelación de Cristo.

Doble fidelidad

La Iglesia no sólo es fiel al mensaje, sino también al destinatario. Por ello, la forma de expresión de la Iglesia no es ajena a los cambios sociales o culturales, ni tampoco a las distintas etapas y circunstancias del desarrollo de las personas. Transmitimos el mismo mensaje a todas las personas, de todo tiempo y lugar, pero utilizando un lenguaje adaptado —en el caso presente— al niño español de nuestros días.

Uno de los signos más evidentes de la veracidad de la fe católica, así como de la acción del Espíritu Santo en su Iglesia, es el hecho de que los más altos misterios sobre los que versa la teología católica, se pueden expresar en su integridad en un lenguaje sencillo dirigido a los niños. En realidad, un mensaje divino que no se le pudiera transmitir a un niño sería radicalmente falso.

Cuatro pilares

Los contenidos que aborda el Catecismo son cuatro: lo que la Iglesia cree (el Credo), aquello que la Iglesia celebra (los Sacramentos), lo que la Iglesia vive (los Mandamientos) y, finalmente, lo que la Iglesia reza (el Padrenuestro y la oración). El Catecismo nos conduce a la confesión de la fe en Jesucristo, a quien hay que conocer, amar e imitar.

Este nuevo Catecismo para niños está escrito en un tono narrativo, en el que se cuentan los grandes hechos de la fe cristiana, con un lenguaje capaz de ser memorizado. Al mismo tiempo, también se ha hecho el esfuerzo de resumir las narraciones en un elenco de pregun-

tas y respuestas, para ofrecer un sencillo formulario de los temas principales.

Catecismo y materiales

A veces se suele confundir el Catecismo con los materiales de catequesis. Son dos cosas distintas. Los materiales son esos apoyos pedagógicos que solemos ofrecer a los niños para que escriban, pinten, coloreen, etc, en torno al tema que el catequista les expone. Se trata de una ayuda pedagógica importante, pero que nunca debe sustituir o suplantar al Catecismo.

El Catecismo es un libro que todo niño debe de tener y saber utilizar. Más aún, me atrevo a aconsejaros a todas las familias que, junto a con Biblia, procuréis que en vuestra biblioteca no falte este Catecismo dirigido a los niños. Aunque no haya ya niños de esas edades en vuestras familias, es conveniente que todos conozcamos el lenguaje apropiado para expresar la fe a los más pequeños.

Volver a las raíces

Recuerdo una histórica entrevista televisiva realizada por Jesús Hermida al psiquiatra y escritor Juan Antonio Vallejo-Nágera, muy pocos días antes de la muerte de éste último, a causa de un cáncer de páncreas. Era el mes de marzo de 1990. Vallejo-Nágera tuvo la valentía de contar ante las cámaras que el final de su vida era inminente. Y lo hizo con una paz y una serenidad impactantes, dando testimonio de su fe cristiana. En un momento determinado, el entrevistador le dirigió esta pregunta:

—Siendo usted uno de los psiquiatras más eminentes de España, además de escritor prolífico y destacado humanista, ¿qué está usted leyendo en estos días finales de su vida?

La respuesta de Juan Antonio Vallejo-Nágera no se hizo esperar:

—En estos días finales de mi vida, he decidido volver a leer y a estudiar el Catecismo que aprendí de pequeño. He pensado que es un momento para redescubrir mis raíces.

Dios quiera que este nuevo Catecismo sea un instrumento eficaz para que nuestras nuevas generaciones adquieran una sólida formación doctrinal, de modo que enraícen su vida en los fundamentos de nuestra

fe católica. Con ese deseo, publicaremos en breve un decreto episcopal, derogando catecismos anteriores y promulgando el actual *Jesús es el Señor*, como el Catecismo oficial para todos nuestros niños palentinos de seis a diez años. ¡Encomendemos al Espíritu Santo que sean abundantes los frutos espirituales de este nuevo Catecismo!

PASIÓN POR JESUCRISTO (TRES AÑOS DE BENEDICTO XVI)

Diario Palentino, 6 de abril de 2008

El 2 de abril se cumplía el tercer aniversario del fallecimiento de Juan Pablo II. Aquel día la Iglesia entera se introducía en un profundo clima de recogimiento, orando intensamente por la elección de un nuevo Papa. Pedíamos al Espíritu Santo que iluminase a los cardenales de la Iglesia en aquella importante decisión. Teníamos confianza en la Providencia de Dios y sabíamos que el siguiente Papa sería igualmente asistido por el Espíritu Santo para conducir fielmente la barca de Pedro. La elección recayó en alguien ya muy conocido para todos nosotros: el cardenal Ratzinger, nuestro querido Benedicto XVI. Era el 19 de abril de 2005.

En estos primeros años del Pontificado de Benedicto XVI, hemos comprobado que el Espíritu otorga a sus pastores, carismas y dones diversos en favor del Pueblo de Dios. Lo que sorprende no son ya las diferencias entre los dos papas, sino la continuidad en su común empeño por centrar nuestra mirada en el Hijo de Dios y de María. He aquí el común denominador de Juan Pablo II y Benedicto XVI: un corazón de buen Pastor que contagia la pasión por Jesucristo.

Una de las grandes aportaciones que el Papa actual está realizando son sus riquísimas homilías y discursos. Muchos católicos las seguimos puntualmente, gracias a su difusión por Internet y otros medios, con gran aprovechamiento personal y utilidad pastoral. De una forma especial, me parece oportuno destacar el impagable servicio que Benedicto XVI está haciendo al conjunto de la Iglesia, al compartir con todos nosotros su vastísimo conocimiento de los Santos Padres de la Iglesia. En efecto, Joseph Ratzinger es uno de los mayores especialistas en los escritos de

los obispos y teólogos de los primeros siglos de la Iglesia. ¡Un don y un carisma muy especial, gracias al cual se están divulgando y popularizando muchos tesoros teológicos, tradicionalmente reservados sólo para especialistas capaces de acceder a esas fuentes!

En acción de gracias a Dios por el tercer aniversario de este Pontificado, quisiera compartir con vosotros una de esas «joyas» que Benedicto XVI nos ha regalado en su reciente predicación. Me refiero a la homilía que pronunciaba en la Vigilia Pascual de este año. En ella, explicando los símbolos litúrgicos de la luz y del fuego, contaba un interesante detalle de la Iglesia de los primeros siglos:

> Gregorio de Tours (538-594) narra la costumbre, que se ha mantenido durante mucho tiempo en ciertos lugares, de encender el fuego, para la celebración de la Vigilia Pascual, directamente con el sol a través de un cristal: se recibía, por así decir, la luz y el fuego nuevamente del cielo para encender luego todas las luces y fuegos del año. Esto es un símbolo de lo que celebramos en la Vigilia Pascual.

A continuación, extraía en su homilía las enseñanzas teológicas de esa tradición patrística narrada por San Gregorio de Tours:

> Con la radicalidad de su amor, en el que el corazón de Dios y el corazón del hombre se han entrelazado, Jesucristo ha tomado verdaderamente la luz del cielo y la ha traído a la tierra —la luz de la verdad y el fuego del amor que transforma el ser del hombre—. Él ha traído la luz, y ahora sabemos quién es Dios y cómo es Dios. Así también sabemos cómo están las cosas respecto al hombre; qué somos y para qué existimos. Ser bautizados significa que el fuego de esta luz ha penetrado hasta lo más íntimo de nosotros mismos. Por esto, en la Iglesia antigua se llamaba también al Bautismo el Sacramento de la iluminación: la luz de Dios entra en nosotros; así nos convertimos nosotros mismos en hijos de la luz. No queremos dejar que se apague esta luz de la verdad que nos indica el camino. Queremos preservarla de todas las fuerzas que pretenden extinguirla para arrojarnos en la oscuridad sobre Dios y sobre nosotros mismos. La oscuridad, de vez en cuando, puede parecer cómoda. Puedo esconderme y pasar mi vida durmiendo. Pero nosotros no hemos sido llamados a las tinieblas, sino a la luz. En las promesas bautismales encendemos, por así decir, nuevamente, año tras año esta luz: sí, creo que el mundo y mi vida no provienen del azar, sino de la Razón eterna y del Amor eterno; han sido creados por Dios omni-

> potente. Sí, creo que en Jesucristo, en su encarnación, en su cruz y resurrección se ha manifestado el Rostro de Dios; que en Él Dios está presente entre nosotros, nos une y nos conduce hacia nuestra meta, hacia el Amor eterno. Sí, creo que el Espíritu Santo nos da la Palabra verdadera e ilumina nuestro corazón; creo que en la comunión de la Iglesia nos convertimos todos en un solo Cuerpo con el Señor y así caminamos hacia la resurrección y la vida eterna. El Señor nos ha dado la luz de la verdad. Esta luz es también al mismo tiempo fuego, fuerza de Dios, una fuerza que no destruye, sino que quiere transformar nuestros corazones, para que nosotros seamos realmente hombres de Dios y para que su paz actúe en este mundo.

Este tercer aniversario del Pontificado de Benedicto XVI es una buena oportunidad para iniciarnos, o quizás reiniciarnos, en la santa costumbre de orar por el Papa y por sus intenciones. La oración por el Papa, integrada en el conjunto de nuestra vida cristiana, es uno de los signos más auténticos del amor a nuestra Madre Iglesia.

NO SOMOS DUEÑOS

El Norte de Castilla, 5 de abril de 2008

Uno de los problemas que tiene la Iglesia es que, con frecuencia, es percibida y juzgada bajo las mismas categorías de otras instituciones seculares con las que convive. Sin embargo, la naturaleza de la Iglesia es tan específica y singular —por motivo de tener su origen en Jesucristo— que su realidad es fácilmente distorsionada, cuando se pretende entender desde parámetros ajenos a ella:

¿Por qué la Iglesia no cambia muchas cosas de su vida interna? ¿No sería más práctico que se adaptase al momento presente, subiéndose al tren de los cambios culturales? Así como los ciudadanos eligen en cada momento el marco político que consideran más adecuado a la coyuntura y a las circunstancias, ¿por qué no puede la Iglesia también cambiar su marco estructural y ser más «semejante» al resto de la sociedad?

Sin embargo, sabemos que la Iglesia no se reconoce como «dueña» de lo que lleva entre manos desde hace veinte siglos, sino como «depositaria» de la Revelación divina, culminada en Jesucristo. El dueño no

tiene problema en cambiar las cosas conforme a su criterio, mientras que la Iglesia tiene como primer cometido custodiar este depósito de la Revelación que Cristo le ha confiado, para cumplir su misión de transmitirlo fielmente al hombre de nuestros días. Por aquello de que es mejor un ejemplo que mil teorías, me refiero a dos casos muy concretos que recientemente han ocupado los medios de comunicación:

¿Bautizar con otra fórmula?

El 29 de febrero la Congregación para la Doctrina de la Fe hacía pública la respuesta a dos preguntas que le habían sido formuladas, en referencia a la práctica bautismal irregular registrada en alguna parroquia inglesa:

«*Primera pregunta*: ¿Es válido el Bautismo conferido con las formulas «Yo te bautizo en el nombre del Creador, y del Redentor y del Santificador», y «Yo te bautizo en el nombre del Creador, y del Liberador y del Sustentador».

RESPUESTA: Negativo.

Segunda pregunta: ¿Deben ser bautizadas en forma absoluta las personas que han sido bautizadas con estas fórmulas?

RESPUESTA: Afirmativo.

En consecuencia, la Iglesia no se considera capacitada para cambiar una fórmula sacramental que tiene su origen en el mismo Jesucristo: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado» (Mt 28, 19).

Las presiones de la llamada «teología feminista» denunciaban que el lenguaje bíblico es «machista», por referirse a Dios como el Padre y el Hijo, y buscaban unos términos asexuados. La respuesta de la Iglesia, supone la convicción de que no está para contemplar las ideologías del momento, sino para predicar una mensaje que trasciende tiempos y lugares.

Comunión de los celíacos

La Diócesis de Huesca presentaba públicamente, el Martes Santo, un documento sobre el modo de administrar la Sagrada Comunión a los

celíacos, alérgicos al gluten del pan de trigo. En efecto, una madre cuyo niño se prepara para la Primera Comunión, había manifestado el deseo de que su hijo pudiese recibir la Comunión con pan de maíz. Ante la negativa a tal petición, algunos medios de comunicación lanzaron titulares como éstos: «Un niño celíaco sin primera comunión», «Familia denuncia a la Iglesia por no dejar comulgar a su hijo celíaco»...

También en este caso la Iglesia se consideraba sin autoridad para modificar una fórmula sacramental, que tiene su origen en el mismo Jesucristo, quien celebró la Última Cena con pan de trigo y vino de uva, y que se ha transmitido de ese modo en la tradición de la Iglesia, hasta nuestros días. Por lo tanto, las formas de pan especiales que carecen absolutamente de gluten son materia inválida para la Eucaristía, es decir, no se pueden consagrar. En el documento se explicita que los celíacos pueden comulgar de dos formas: bajo la especie de pan, utilizando formas especiales que contienen una pequeña cantidad de gluten de trigo, con lo que la materia empleada es válida para la Consagración Eucarística, sin que perjudique la salud de los celíacos; y también bajo la especie de vino.

Estos dos ejemplos se refieren a cuestiones muy concretas, pero son significativos y nos ayudan a entender mejor que no estamos capacitados para juzgar adecuadamente el proceder de la Iglesia, cuando partimos de una incomprensión de su carácter sobrenatural y de su estructura apostólica. La Iglesia está llamada a buscar nuevas fórmulas de evangelización, con capacidad de presentar el Evangelio al hombre y a la mujer de nuestros días, pero sin traicionar lo más mínimo el depósito de Cristo, del cual no es dueña, sino depositaria.

Si algunos concluyen que esta misión y naturaleza sobrenatural de la Iglesia, dificulta nuestra adaptación a los patrones culturales del momento presente, sería también justo añadir que nos preserva de muchos tópicos y de modas pasajeras. Como decía el genial Chesterton: «El catolicismo libera al hombre de la degradante esclavitud de ser un hijo de nuestro tiempo».

MISERICORDIA O «DEJARSE AMAR» POR DIOS, EL LEGADO DE JUAN PABLO II

Diario Palentino, 30 de marzo de 2008

¡Cómo pasa el tiempo! El 2 de abril se cumplen tres años del fallecimiento de Juan Pablo II. Eran las 21.37 de la tarde, a punto de concluir aquel primer sábado de mes —día consagrado al Corazón Inmaculado de María— y adentrados ya en la solemnidad de la Divina Misericordia, instituida por el mismo Juan Pablo II, en el segundo domingo de Pascua.

Creo sinceramente que durante aquellos días, la Iglesia Católica vivió una gran lección de confianza en la Misericordia de Dios, así como de abandono en su Providencia. Los meses y años previos a la muerte de Juan Pablo II habían resultado muy duros, especialmente en lo que se refiere a las noticias y comentarios transmitidos por la mayoría de los medios de comunicación occidentales: ¿era prudente en los tiempos actuales, siempre preocupados por la cultura de la imagen, mantener en el máximo cargo de la Iglesia a un hombre tan enfermo y desgastado? Los cálculos de las estrategias humanas hacían temblar y sufrir a muchos en el seno de la Iglesia. Sin embargo, todas aquellas desconfianzas y temores se esfumaron cuando el mundo fue testigo de que la enfermedad, la agonía y la muerte de Juan Pablo II, se convertían en un acontecimiento de gloria. ¡Cuántas lecciones pudimos aprender aquellos días!

«Pedro, ¿me amas?» (Jn 21, 16)

Aunque en la teoría teológica, los cristianos tenemos aprendida la lección de que «nada podemos sin la gracia de Dios» (Jn 15, 5), en la práctica, corremos el peligro de fundamentar nuestra confianza en las cualidades y capacidades personales. Por ello, Dios nos suele purificar en momentos determinados, de forma que quede patente ante nuestros propios ojos y ante los de quienes nos rodean que es su Misericordia, y no nuestros méritos, la que nos justifica y nos hace eficaces.

Que no nos quepa duda de que el acto más determinante realizado en el largo recorrido de Juan Pablo II fue su amor a Jesucristo y a todos y a cada uno de nosotros, por amor a Él. Como nos sucederá también a nosotros, al atardecer de su vida fue examinado del amor, el cual au-

tentifica el valor de nuestras obras: «Aunque repartiese todos mis bienes con los pobres, y me dejase quemar vivo, si no tengo amor, no me sirve de nada» (1 Cor 13, 3).

«Cuando soy débil, entonces soy fuerte» (1 Cor 12, 10)

Dos mil años después, se repetían las palabras de Jesucristo al primer Papa:

> En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías, e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras. Con esto indicaba la clase de muerte con que iba a glorificar a Dios. Dicho esto, añadió: «Sígueme» (Jn 21, 18-19).

Siempre me he preguntado qué momento de la vida de Juan Pablo II pudo ser más eficaz en su obra evangelizadora, ¿el Karol Wojtyla atlético y pletórico de cualidades y de proyectos, o tal vez un Juan Pablo II ya anciano, tan débil como confiado en la Misericordia de Dios? Algún día lo sobremos, aunque algo podemos intuir por aquellas palabras de San Pablo: «Mi fortaleza se realiza en la debilidad... cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Cor 12, 9-10).

«Dejadme ir a la casa del Padre» (Últimas palabras de Juan Pablo II)

Juan Pablo II había predicado abundantemente —tanto de palabra como de obra— a lo largo de todo su Pontificado. Y, sin embargo, le quedaba un paso fundamental y decisivo: el testimonio de la buena muerte. De la misma forma que Cristo mostró en su muerte la plena confianza y el abandono en Dios Padre («Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu»: Lc 23, 46); así también el Vicario de Cristo en la tierra vivía el momento de su muerte como el tránsito a la casa del Padre. Su paz y serenidad proclamaban ante el mundo la veracidad de las palabras del salmista: «Tu gracia vale más que la vida» (Sal 63).

Han pasado ya tres años. Es de suponer que la memoria colectiva irá olvidando inexorablemente este aniversario, como tantos otros. ¡Es ley de vida! Sin embargo, dirigimos nuestra oración a este Siervo de Dios, para que siga pastoreando desde el Cielo a su Iglesia, de forma que

nunca olvidemos tantas enseñanzas aprendidas durante su vida y... también en sus momentos finales.

GRACIAS, MARÍA

Diario Palentino, 23 de marzo de 2008

Con gran sentido común, no exento de fina ironía, San Ignacio de Loyola, en su libro de los *Ejercicios Espirituales*, da por supuesto que la primera aparición de Cristo resucitado fue a María, su madre. Así nos lo expresa: «Primero se apareció a la Virgen María; lo cual, aunque no se cuente en la Escritura, se tiene por dicho al afirmar que se apareció a tantos otros; porque la Escritura supone que tenemos entendimiento, según está escrito: «¿también vosotros estáis sin entendimiento?».

Ciertamente, se trataba de un encuentro tan hondo e íntimo, que no es de extrañar que no haya quedado reseñado en los Evangelios, permaneciendo en el secreto de la relación entre Madre e Hijo. Sin embargo, de alguna manera, también es cierto que nosotros estamos llamados a participar de aquella misteriosa «visita» del resucitado, en la medida en que hemos pasado a formar parte de la gran familia de Cristo —nuestro hermano— y de María —nuestra madre.

Aquel encuentro fue tan parco en palabras como intenso en la expresión de alegría y gratitud. El gozo de la Madre es la vida resucitada de su Hijo. Haciéndose portavoz de todos los redimidos, María expresaría a su Hijo el agradecimiento por su fidelidad en la cruz: «¡Gracias, Hijo mío, por tu fidelidad a la voluntad del Padre!».

Pero Jesús no es de los que se deja vencer en gratitud: «¡Gracias Madre por esa lección de fidelidad y obediencia que he recibido siempre de ti y de José! Gracias, porque nunca olvidaré que hubo un día en el que todos huyeron desesperanzados, y en el que la Iglesia te tuvo a ti como su único miembro santo. Felicidades, porque sostuviste junto a ti con celo ardiente a Juan, mi discípulo amado, convirtiéndote en escuela de esperanza para todas las generaciones...».

En efecto, el Resucitado no sólo nos comunica la gran noticia de que nuestros pecados han sido redimidos por su muerte y resurrección... sino que, para sorpresa y confusión nuestra, viene a expresarnos su gra-

titud por la fidelidad en su seguimiento. En esta Pascua de 2008, de una forma especial, el Señor muestra su felicitación y su agradecimiento a estos dos hijos predilectos de María:

Chiara Lubich:

El viernes de pasión fallecía, a los 88 de edad, Chiara Lubich, fundadora del movimiento de los focolares, uno de los carismas más difundidos en la Iglesia Católica, especialmente tras el Concilio Vaticano II. La Iglesia, en nombre del Resucitado, siente la necesidad de agradecer a esta elegida de Dios su fidelidad para llevar adelante ese carisma, don del Espíritu para todos los hombres de buena voluntad. Quince cardenales, además de incontables obispos de la Iglesia Católica, asistieron a sus funerales, presididos por Mons Bertone —Secretario de Estado de la Santa Sede—, quien en la homilía dio gracias a Dios por esta vida: «Dios suscita personas que ellas mismas sean amor, que vivan el carisma de la unidad y de la comunión con Dios y con el prójimo; personas que difundan el amor-unidad, haciendo de sí mismos, de sus casas, de su trabajo un "hogar", en el que ardiendo el amor contagia e incendia todo lo que está a su lado».

Paulos Faraj Rahho:

Esta Cuaresma ha sido testigo del secuestro y posterior asesinato del arzobispo de los católicos de rito caldeo de Mosul (Irak). El Señor resucitado agradece también a este testigo de la fe su fidelidad en medio de la persecución: ¡Gracias por haber permanecido allí, cuando la mayoría ha salido corriendo! Nuestra gratitud junto con la del Señor, a este pastor que, a imagen de Cristo, ha dado su vida por el rebaño que le ha sido encomendado...

En definitiva, dichosos también todos los destinatarios de la última de las bienaventuranzas pronunciadas por Jesús en el Sermón de la Montaña: «Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados seréis cuando os injurien, y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el Reino de los Cielos» (Mt 5, 10-12).

Felices Pascuas a todos, porque Cristo ha resucitado, y comparte con nosotros su victoria sobre el pecado y la muerte. ¡Gracias en nombre de Cristo resucitado por vuestra fidelidad y, sobre todo, por vuestro deseo de santidad!

SANTO ENTIERRO
(SIGNO DE LA ESPERANZA EN LA RESURRECCIÓN)

Diario Palentino, 16 de marzo de 2088

Una de las escenas de la Semana Santa que más unción ha suscitado en el pueblo de Dios es la del descendimiento de la Cruz del cuerpo sin vida de Jesús, para ser conducido al sepulcro: «Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque en secreto por miedo a los judíos, pidió a Pilato autorización para retirar el cuerpo de Jesús. Pilato se lo concedió. Fueron, pues, y retiraron su cuerpo. Fue también Nicodemo —aquel que anteriormente había ido a verle de noche— con una mezcla de mirra y áloe de unas cien libras. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en vendas con los aromas, conforme a la costumbre judía de sepultar. En el lugar donde había sido crucificado había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el que nadie todavía había sido depositado...» (Jn 19, 38-41).

No en vano, el lugar más venerado para los peregrinos que acuden a Tierra Santa, es la Iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén. Allí aconteció el suceso que ha cambiado definitivamente el curso de la historia: ¡La muerte ha sido vencida por la Resurrección de Jesucristo!

Afortunadamente, la Resurrección de Cristo no es un hecho aislado, ya que Jesucristo es presentado en las Sagradas Escrituras como el «primogénito» de entre los muertos (cf. Col 1, 18; Ap 1, 5). Nosotros, como hermanos menores de Jesús, esperamos también resucitar con Él a una vida nueva. La fe cristiana no se limita a creer en la inmortalidad del alma separada del cuerpo en el momento de la muerte, sino que también afirma la resurrección de nuestro cuerpo al final de los tiempos (cf. 1 Cor 6, 14; 1 Cor 15, 52). Por ello, la costumbre de enterrar a los difuntos, ha formado siempre parte de la expresión de fe cristiana. San

Pablo lo dice así, en una clara referencia al entierro de los cristianos: «Se siembra un cuerpo carnal, y resucitará un cuerpo espiritual» (2 Cor 15, 44).

Desde los inicios del cristianismo, los seguidores de Cristo mantuvieron esta costumbre del entierro de los cadáveres, como signo de su fe y esperanza en la resurrección. De hecho, las catacumbas en las que se refugiaban los cristianos perseguidos por los romanos, no eran sino galerías subterráneas donde enterraban a sus difuntos. En el momento presente, con una fuerza de lógica aplastante, en la medida en que se extiende entre nosotros la secularización y una especie de nuevo paganismo, entra en crisis la costumbre del santo entierro cristiano. Me refiero a dos casos concretos:

1. ¿Aventar las cenizas?

La Iglesia Católica no se opone a la incineración de los cadáveres; sin embargo, observa con preocupación cómo se extiende en nuestros días la costumbre de esparcir las cenizas de los difuntos en los montes, ríos, mares... u otros lugares que se juzgan como especialmente significativos para la memoria del difunto. A veces, incluso, los mismos cristianos asumen este proceder sin el debido discernimiento.

¿Por qué habríamos de dar un destino distinto a las cenizas del que damos al cadáver? Enterrar a los muertos es una obra de misericordia corporal, que se ha de aplicar indistintamente al enterramiento tradicional o al del cuerpo incinerado.

La liturgia de las exequias cristianas es muy elocuente cuando reza en el momento de la incensación: «... estos sus despojos fueron templo del Espíritu Santo y están llamados a ser, por la resurrección, piedras vivas de la Jerusalén Celestial».

En consecuencia, los cristianos enterramos a los difuntos en lugar santo: en el cementerio, palabra cristiana (*cementerium*), que literalmente significa «dormitorio». Para los cuerpos incinerados habrán de acondicionarse lugares adecuados (columbarios), donde depositar esos restos humanos; aunque, evidentemente, también podrían depositarse en las tumbas familiares o en fosas comunes.

2. Tratamiento de los fetos

Recientemente conocíamos la noticia de que el Gobierno español está preparando un Real Decreto que regula la sanidad mortuoria, por el que se legisla que los fetos abortados de hasta siete meses no serán considerados como restos humanos, de modo que no serán tratados en el futuro como cadáveres humanos, sino como «residuos biosanitarios». En la práctica, esto supone que los fetos no serán conducidos a la funeraria, sino a un vertedero sanitario.

Bien es cierto que en este caso, ya no estamos únicamente ante un signo de la pérdida de fe en la resurrección, sino ante un intento de ocultar el «cuerpo del delito». ¡Qué molesto debe de resultar la visita del vehículo de la funeraria a las clínicas abortistas para recoger los fetos difuntos! Gracias a algunos periodistas merecedores de elogio, hemos podido ver el reportaje fotográfico de los vehículos de la funeraria realizando estas recogidas a la 1.30 de la madrugada, en las clínicas de Madrid. Suponemos que los responsables de estas clínicas habrán preferido pagar el plus de nocturnidad a las funerarias, antes que sus clientes puedan ser testigos de esas «recogidas» a plena luz del día.

A los inocentes que se les ha negado el derecho a la vida, ¿les vamos a negar también el derecho a un entierro digno? ¡No nos basta con matarles, sino que pretendemos borrar cualquier signo de su existencia! Curiosamente, ese mismo intento tuvo lugar en Auschwitz y en otros campos de concentración de la Alemania nazi... Sin embargo, lo único que consiguieron fue convertir aquellos lugares de exterminio en unos grandes cementerios —dormitorios—, signos de la esperanza en la resurrección.

LA NOTICIA ES LA UNIDAD, NO LA DIVISIÓN (ELECCIONES EN LA CONFERENCIA EPISCOPAL)

El Norte de Castilla, 5 de marzo de 2008

Está claro que existe una estrategia para presentar una imagen dividida de la Iglesia Católica. El famoso refrán «divide y vencerás» se ha con-

vertido en todo un programa de acción. Ahora bien, ¿es cierta la imagen que se pretende transmitir de falta de unidad interna en el seno de la Iglesia Católica? ¿Se trata de un hecho cierto o de una maniobra virtual?

¿Dos Iglesias?

La cosa no es nueva, porque ya hace tiempo que se comenzó a difundir a través de algunos medios de comunicación la distinción entre «Iglesia de base» e «Iglesia jerárquica». Más recientemente, se pasó a hablar del supuesto enfrentamiento entre religiosos y obispos; y en el momento presente, con motivo de la renovación de los cargos de la Conferencia Episcopal, se pretende trasladar esa división al mismo seno del episcopado.

Sin embargo, esta imagen fracturada que no se corresponde con la realidad, se transmite sobredimensionando determinadas realidades marginales, al mismo tiempo que ignorando u ocultando la vida real de la Iglesia. Constatamos, por ejemplo, la presencia tan destacada y privilegiada que pueden llegar a tener en los medios de comunicación laicistas y anticlericales más beligerantes, aquellos grupos que se dicen católicos y cuestionan verdades básicas de la fe católica. Sin embargo, ¿quién de nosotros ha conocido esos grupos radicales en la vida diaria de la Iglesia? No cabe duda de que son más virtuales que reales.

La «comunión interna de la Iglesia» no tiene interés político ni acogida mediática, mientras que el «disenso» encuentra muchas puertas abiertas de par en par. Quienes se prestan a ese juego manipulador, no parecen ser conscientes de que, sin otro interés, son aplaudidos «contra» la Iglesia.

El relevo de Blázquez por Rouco

Valga mi corta experiencia como obispo novel para poder decir que, desde el primer momento me impresionó la comunión tan grande existente en el seno de la Conferencia Episcopal Española. No hubiese pensado antes de ser obispo, que en las Asambleas Plenarias se pudiera hablar con tanta libertad de todas las cuestiones, aportando cada uno sus matices y manteniendo una firme unión en lo sustancial.

Por supuesto que, como en cualquier lugar, en el episcopado también existen sensibilidades particulares y acentos distintos. Es algo bueno y enriquecedor. Pero, justamente al contrario de lo que se nos pretende transmitir estos días, la auténtica noticia es la «comunión» y no la «división». Baste comprobar que en este relevo de la Presidencia de la Conferencia Episcopal, se ha compaginado la elección de monseñor Rouco como Presidente, con la de monseñor Blázquez como Vicepresidente, además de confirmar en su cargo a la práctica totalidad de los integrantes en el Comité Ejecutivo, que es el órgano decisivo en el gobierno de la Iglesia Española.

Testimonio de comunión ante una sociedad fracturada

Yo no conozco otra institución en España más cohesionada y con mayor comunión interna que la Iglesia. Es cierto que los obispos nos lamentamos con frecuencia de la secularización interna en la Iglesia y que hacemos continuas llamadas a permanecer fieles a la identidad cristiana. Pero, aunque sólo sea por un momento, sugiero que dirijamos también una mirada a nuestro alrededor, de forma que podamos compararnos con esta sociedad profundamente dividida y enfrentada.

Los mismos medios de comunicación que estos días están volcados en el objetivo de mostrar una imagen fraccionada de la Iglesia son testigos de luchas despiadadas por el control de sus órganos de dirección. ¿Y qué decir de nuestros partidos políticos? Cada vez que tienen que elaborar sus listas electorales, asistimos al espectáculo de sus luchas intestinas por el afán de protagonismo y de poder. ¡Huelgan comentarios sobre la campaña electoral tan agresiva a la que estamos asistiendo! Incluso, el mismo deporte no es una excepción en este panorama de enfrentamiento.

Insisto, ¡no creo que exista en España otra institución con mayor comunión interna que la Iglesia Católica! Esta afirmación es todavía más evidente si la referimos a la Conferencia Episcopal Española. Sin duda alguna, la comunión en una misma fe es la razón y la garantía de esta unidad: «Todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gál 3, 28).

CONFESARSE

Diario Palentino, 2 de marzo de 2008

El tiempo de Cuaresma comenzó con una llamada a la conversión, y la Iglesia nos recuerda la importancia y la necesidad de acudir al sacramento de la Confesión, especialmente en estas fechas previas a la Semana Santa. Sin embargo, parece evidente que la práctica de este sacramento —conocido indistintamente como sacramento de la Penitencia, de la Reconciliación, del Perdón o simplemente, de la Confesión— sufre una notable crisis. Por ello es necesario que recuperemos este tesoro de gracia, expresado en el mismo Credo: «Creo en el perdón de los pecados».

De la pereza a las dudas

Una buena parte de los fieles que se han alejado de este sacramento no lo han hecho por un rechazo a la fe católica, sino simplemente arrastrados por el mal de la pereza y por la ley del mínimo esfuerzo. Es indudable que el sacramento de la Penitencia requiere un esfuerzo notable, y que a algunas personas les puede exigir altas dosis de vencimiento propio.

Pero, claro, quien cede a la pereza, tarde o temprano, se hace vulnerable a las dudas de fe: se empieza por entonar el célebre «yo me confieso con Dios», dejando en el olvido la afirmación bíblica de que «Dios confió a los apóstoles el ministerio de la reconciliación» (2 Cor 5, 18), para terminar por decir aquello de «yo no hago mal a nadie... no tengo pecados», contradiciendo las palabras de Cristo: «El que esté libre de pecado que tire la primera piedra» (Jn 8, 7).

Sensibilidad moderna

Más allá de la pereza, algunos piensan que la sensibilidad moderna chirría ante la confesión de los pecados a un ministro mediador. Sin embargo, deberíamos atrevernos a cuestionar el presupuesto de partida: ¿es cierto que la sensibilidad moderna es reacia a la confesión particular de los pecados? Hay a nuestro alrededor muchos síntomas que invitan a cuestionarlo. No me refiero únicamente al aumento de pacientes en

las consultas de los psicólogos, inversamente proporcional al descenso de la confesión. Ahí tenemos también la proliferación de los *reality shows* radiofónicos y televisivos, en los que los «penitentes» reconocen ante millones de espectadores sus «pecados» con sus rostros distorsionados por el zoom televisivo, como si de una discreta rejilla de confesionario se tratase.

Abusos en las celebraciones comunitarias

Por los motivos aducidos, tanto los fieles como los sacerdotes, podemos tener la tentación de cometer o de permitir determinadas infidelidades en la disciplina de este sacramento. Por ejemplo, ¿qué sentido tiene una celebración comunitaria de la Penitencia, en la que los fieles se limitan a confesar de forma genérica «soy pecador», o «perdón, Señor», sin necesidad de concretar sus propios pecados?

La declaración de los pecados personales ante el sacerdote, es una parte esencial del sacramento de la Reconciliación. Baste entender las siguientes palabras del Evangelio de San Juan: «A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (Jn 20, 23). Es decir, el sacerdote que administra este sacramento no puede ni debe hacerlo de una forma automática, ya que su tarea consiste en discernir si existe el debido arrepentimiento en el penitente, intentando suscitar en él una verdadera contrición, de forma que así puedan darse las condiciones para «perdonar» los pecados en nombre de Cristo, o «retenerlos», en su caso. Lógicamente, para poder realizar ese discernimiento es necesaria la manifestación de las faltas al confesor.

Confesiones rutinarias y desesperanza

Una celebración correcta del sacramento de la Penitencia no depende exclusivamente de la manifestación íntegra de nuestros pecados. Quienes nos confesamos con frecuencia debemos tener en cuenta que existe el peligro de caer en la rutina y en la superficialidad. Los penitentes hemos de procurar, con responsabilidad, que nuestra confesión sea un encuentro personal con Jesucristo, quien nos consuela en nuestras debilidades, al mismo tiempo que fortalece nuestra esperanza en el inicio de una vida nueva.

Los penitentes habituales podemos ser tentados también por el cansancio y hasta por la desesperanza, cuando a veces no percibimos un avance en la reforma de nuestra vida moral. Nos puede dar la sensación de que siempre caemos en los mismos pecados y de que estamos encadenados en una espiral de caídas y peticiones de perdón, sin progresos constatables. Sin embargo, la única manera de permanecer fieles a la llamada a la conversión es continuar fieles en el camino penitencial, «sin perder la paz, pero sin hacer las paces». Es decir, sin perder la paz interior porque no avanzamos como sería nuestra deseo; al mismo tiempo que nos resistimos a pactar con nuestro pecado, sin rebajar el ideal de la santidad al que estamos llamados. Decía un autor espiritual que el cristianismo no es tanto de los perfectos, como de aquellos que no se cansan nunca de estar empezando siempre.

Los cristianos que nos acercamos a recibir el perdón en estos días, estamos llamados a ser testigos de la Misericordia de Dios. La alegría del perdón es el mejor testimonio de fe y de esperanza ante nuestros hermanos. De forma similar a como San Agustín escribió un libro autobiográfico con el título de *Confesiones*, en el que cuenta la conversión de su vida pecadora, para proclamar ante el mundo la bondad de Dios; así también nosotros, al «confesar» nuestros pecados, «confesamos» el Amor de Dios.

FE

El Norte de Castilla, 1 de marzo de 2008

No creo que haya en nuestro diccionario otra palabra tan corta —con dos simples letras— y que encierre tanto contenido como ésta: «fe». No es fácil hablar abiertamente sobre este tema en un periódico de información general. Salvo honrosas excepciones, los medios de comunicación suelen renunciar a abordar el misterio de la fe, y se limitan a las noticias eclesiásticas, mejor o peor ofrecidas. Por ejemplo, en próximas fechas seremos testigos de un bombardeo de informaciones y desinformaciones en torno a la renovación de cargos en la Conferencia Episcopal Española. Curiosamente, en esta sociedad secularizada que reivin-

dica la bandera laicista, tienen más cabida en los «mass media» los temas clericales que las preguntas que el ser humano se hace sobre el sentido de su existencia, a las que responde la fe.

Fe y superstición

La prueba de la gran importancia y necesidad de la fe para una correcta cosmovisión de la vida es el hecho inexorable de que en la medida que nuestra cultura se vacía de Dios, se va llenando de ídolos. Como decía Chesterton, cuando los hombres pierden la fe en Dios, no es que dejen de creer, es que se lo creen todo. En contra de lo que el ateísmo ha pretendido transmitir, lo contrario de la fe no es la razón, sino la superstición. En el lenguaje bíblico, el abandono de Dios se expresa como una entrega a la idolatría; mientras que en el lenguaje moderno diríamos que quienes se alejan de Dios acostumbran a acercarse al ocultismo, al esoterismo y a otros sucedáneos de la fe que, lejos de dignificar al hombre, le hacen esclavo de sus miedos y fácilmente manipulable.

Fe y alegría

En efecto, en el Evangelio, el miedo se describe con frecuencia como la antítesis de la fe («¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?» (Mt 8, 26). Los cristianos somos conscientes de que la intranquilidad, la precipitación y la angustia son síntomas de inmadurez o de falta de fe. Dicho de otro modo, la paz interior y la alegría son la consecuencia lógica de la fe. Así lo expresaba la beata Teresa de Calcuta: «El fruto del silencio es la oración. El fruto de la oración es la fe. El fruto de la fe es el amor. El fruto del amor es el servicio. El fruto del servicio es la paz».

La fe dignifica al hombre, ya que el amor no deja de ser un acto de fe, al mismo tiempo que la fe es un acto de amor. En realidad, podemos decir que somos tan jóvenes como lo sea nuestra fe; y somos tan viejos como lo sean nuestras dudas. La fe en el amor de Dios nos permite comprender nuestra existencia a la luz de la Providencia de un Padre que nos quiere infinitamente más que nosotros a nosotros mismos.

Fe y Revelación

Contra lo que muchos creen, la fe no se limita a hablarnos de otros mundos, sino que nos habla también de la vida presente, a la luz de nuestra vocación trascendente. La fe se abre a la luz de la Revelación, descubriendo un sentido que la razón no llega a alcanzar por sí sola. Cristo es el intérprete que nos revela el sentido de la realidad que captan nuestros sentidos y nuestra razón.

Esta apertura a la Revelación divina es una condición indispensable para que la fe pueda considerarse como tal. Lo contrario sería confundir la fe con nuestros ideales personales. En efecto, una fe que nosotros mismos pudiésemos determinar no sería en absoluto fe. La fe es la capacidad del creyente para actuar, no por impresiones personales, consensos culturales, prejuicios o ideologías del entorno, sino guiado por la Palabra de Dios, que es tan veraz como eterna. Por lo demás, la experiencia nos dice que cuando relativizamos el depósito de la fe, inevitablemente dogmatizamos las ideologías personales.

Fe y mérito

Los católicos afirmamos que «la fe es un don de Dios, una virtud sobrenatural infundida por Él» (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 153). Pero algunos concluyen incorrectamente de esa afirmación, que el tener o no tener fe es una decisión divina arbitraria, en la que no colabora el sujeto. No es así. Hemos de pedir la fe a Dios con insistencia, además de disponernos adecuadamente para poder recibirla.

En otras palabras: la fe es meritoria, ya que supone un proceso interior en el que el creyente rinde su mente y su voluntad a la Verdad suprema. De hecho, el obstáculo principal para la fe no siempre proviene de las dudas de la razón, sino del orgullo y de la soberbia. Por ello, decía el cardenal Newman: «La fe es lo suficientemente oscura para ser meritoria, y lo suficientemente razonable para no ser arbitraria». Es decir, las dificultades para llegar a la fe son de suficiente envergadura, como para que creer sea meritorio; mientras que las razones para creer son de suficiente peso como para que el rechazo de la fe no esté exento de culpabilidad.

Concluyo invocando a la creyente por antonomasia: la Virgen María («Bienaventurada tú que has creído»: Lc 1, 45). Decía Unamuno que las

palabras de María en la Anunciación: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu Palabra» son la expresión de la más sublime obediencia de la fe, y la raíz de toda libertad. ¡Que Ella reavive nuestra fe!

ESCUELA DE NOVIOS
Diario Palentino, 24 de febrero de 2008

En el marco de las Charlas Cuaresmales que tradicionalmente suelen ofrecerse en nuestra diócesis palentina, hemos podido escuchar una conferencia que ha tenido un eco muy especial en el auditorio. Don Miguel Ortega, terapeuta familiar de la Diócesis de Getafe, compartía su experiencia con nosotros, disertando sobre las causas de las crisis matrimoniales y también nos ofrecía algunas pautas de terapia familiar.

Está claro que la «salud del matrimonio» está muy condicionada por la «calidad del noviazgo» previo. Inevitablemente, las carencias del noviazgo se arrastran al matrimonio. Sería bastante ingenuo pensar que la mera novedad del cambio de estado de vida, o la gracia del sacramento, fueran a subsanar las lagunas existentes en la educación del amor humano. Tampoco cabe esperar que el cursillo prematrimonial que una pareja realiza en las semanas o, a lo sumo, en los meses previos a la celebración de la boda, vaya a ser suficiente para suplir el proceso que debiera haberse recorrido durante los años de noviazgo.

La conclusión es bastante evidente: es necesaria una orientación pastoral en la etapa del noviazgo. Aunque el reto sea difícil, sería un gran logro si consiguiésemos poner en marcha una «Escuela de novios» en nuestro Centro de Orientación Familiar (COF). ¡Son tantos los temas que debieran plantearse en esa Escuela!

Enamoramiento sin ceguera

¿A quién amamos? ¿A la persona real que está junto a nosotros, o a una imagen idealizada de lo que nos gustaría que fuera? Muchísimas de las

crisis matrimoniales tienen su origen en el desencanto, al comprobar que la realidad difiere mucho del aquel sueño primero. Nuestro refranero señala un peligro real cuando dice aquello de «El amor es ciego».

Las relaciones prematrimoniales están contribuyendo también a acrecentar esa ceguera característica del enamoramiento. La relación sexual a destiempo tapa los problemas en vez de afrontarlos. Se ha insistido mucho en que las relaciones sexuales son necesarias para conocerse y, sin embargo, resulta que disponemos de unos datos estadísticos inexorables, en los que se comprueba que las parejas que han convivido antes de casarse tienen un índice de ruptura matrimonial muy superior a las que no lo han hecho.

De lo anterior se concluye que, en la relación de los novios, una cierta distancia es necesaria para poder conocerse en profundidad. Si no queremos que haya sorpresas desagradables en el matrimonio, es indispensable una educación en el amor que enseñe a los novios a no «quemar» etapas.

Del mini-divorcio al Divorcio

Cuando en el noviazgo se confunde el amor auténtico con un sentimiento inmaduro, cuando se queman las etapas intermedias, cuando el novio o la novia es considerado desde los primeros momentos como un miembro más de la familia de su pareja, cuando en la práctica se confunde la etapa del noviazgo con la del matrimonio, entonces ocurre que las rupturas de los noviazgos son traumáticas, hasta el punto de convertirse en una especie de «mini-divorcios».

De esta forma, el noviazgo, en vez de ser un ámbito en el que se aprende a discernir en libertad, se convierte en una primera experiencia que nos familiariza con el drama del divorcio.

La ausencia de un ideal

Posiblemente, la cuestión principal que habría de abordarse en esa «Escuela de novios» sea el cultivo del ideal común en el que se sustenta la relación de pareja. En efecto, a veces comprobamos que la pareja tiene dos ideales distintos y distantes, sin posibilidad de comunión entre ellos. Otras veces ocurre que no hay «pareja», sino que «uno» es

absorbido por «el otro», consecuencia inevitable de esa carencia de ideal común.

De forma muy gráfica, nos decía don Miguel Ortega en la conferencia que he mencionado, que muchos matrimonios fracasan porque se han quedado en la primera fase del noviazgo. La crisis se les plantea al comprobar que, llegado un momento determinado, ya nada les une: «Mi ideal eras tú cuando te veía vibrar enamorado, pero ahora ya te veo diferente y no hay nada que nos una...».

El ideal común sobre el que ha de fundamentarse el noviazgo y el matrimonio no puede ser el enamoramiento ciego, ni las metas económicas, ni determinadas ilusiones compartidas, ni tan siquiera el reto de los hijos —que no pueden ni deben suplir el proyecto común de la pareja—... El ideal común ha de ser necesariamente el de un amor maduro, fundado sobre unos valores consistentes.

Por ello, además de la educación en el amor humano, la Iglesia está llamada a presentar y a proponer a Cristo como el fundamento del amor esponsal. Los cristianos creemos que el amor de los esposos es un «sacramento», es decir, un «eco» del amor de Cristo a cada uno de nosotros. El matrimonio cristiano no es cosa de dos, sino de tres, porque la presencia de Jesucristo en medio de la pareja sustenta, configura y madura el amor humano.

Le pido a la Sagrada Familia de Nazaret que nos conceda la gracia de poner en marcha esta Escuela de Novios.

LIMOSNA, POR JUSTICIA Y CARIDAD

Diario Palentino, 17 de febrero de 2008

El Papa nos ha dirigido su mensaje cuaresmal en el que, de forma breve y pedagógica, nos recuerda los tres compromisos específicos a los que estamos invitados en este tiempo especial de conversión: oración, ayuno y limosna. Pero, en concreto, su exhortación se centra en el tercero, es decir, en la limosna. A continuación resumiré las finalidades y cualidades principales que el Papa atribuye a la práctica de la limosna:

Liberadora de apegos

El dinero y los bienes de este mundo ejercen un poder de seducción muy grande sobre nosotros. El cristiano necesita grandes dosis de radicalidad en su decisión de no entregarles el corazón, de lo contrario caerá inevitablemente en la idolatría («No podéis servir a Dios y al dinero» (Lc 16, 13).

En efecto, la limosna es liberadora, no sólo para quien la recibe, sino también para quien la practica. Comparto con vosotros una reflexión que llegaba recientemente a mis manos, y que me ha llamado poderosamente la atención: «Quien ama las cosas se cosifica. Quien ama a las personas se personaliza. Quien ama a Dios se deifica. Quien no ama nada se "nulifica"».

Creadora de comunión

El Papa señala que es frecuente que, durante este tiempo, en muchas parroquias se realice un gesto comunitario en el ejercicio de la limosna. Al igual que la Cuaresma se inicia y se concluye con una práctica comunitaria del ayuno —el Miércoles de Ceniza y el Viernes Santo—, también la limosna adquiere una fuerza muy especial cuando se realiza de forma comunitaria. No en vano la tradición de hacer las colectas por los pobres se remonta a las primeras comunidades cristianas (Rom 15, 25-27).

Nuestra diócesis palentina, en este curso 2008-2009, está inmersa en un plan pastoral que hemos designado como «Iglesia Samaritana». Tenemos una ocasión inmejorable para unirnos en el ejercicio de la caridad. La limosna cristiana crea comunión.

Restauradora de justicia

Benedicto XVI nos hace considerar que el socorrer a los necesitados es un deber de justicia, aun antes que un acto de caridad. De hecho, las enseñanzas evangélicas nos recuerdan que no somos propietarios absolutos de los bienes que poseemos, sino administradores. En consecuencia, no debemos considerarlos como propiedad exclusiva, ya que «sobre la propiedad privada grava una hipoteca social» (Juan Pablo II).

A este respecto baste recordar las palabras de uno de los Decretos del Concilio Vaticano II: «Satisfágase ante todo a las exigencias de la justicia, y no se brinde como ofrenda de caridad lo que ya se debe por título de justicia [...] La caridad cristiana es la que lucha por eliminar las causas del mal, no sólo los efectos» (*Apostolicam Actuositatem*, 8).

Ejercicio de donación personal

La auténtica caridad es aquella que imita a Cristo, «el cual, siendo rico, se ha hecho pobre por nosotros, a fin de enriquecernos con su pobreza» (2 Cor 8, 9). En efecto, Cristo nos ha enseñado que la auténtica caridad es aquella que no se limita a «dar» la limosna, sino que lleva a «darse» uno mismo, a «ofrecerse a Dios como culto espiritual» (cf. Rom 12, 1).

En esta línea, el Papa reflexiona en su mensaje cuaresmal en torno al pasaje evangélico de la pobre viuda que entregó en el cepillo del templo dos pequeñas monedas: «todo lo que tenía para vivir» (Mc 12, 44). He aquí, traducido a un ejemplo concreto, el ideal de la limosna como ejercicio de donación personal.

Verdadera alegría

En su mensaje, el Papa nos invita a profundizar en que «hay mayor felicidad en dar que en recibir» (Hch 20, 35). Es la consecuencia lógica de aquellas otras palabras de Jesús: «Quien busque su vida la perderá; pero quien pierda su vida por mí la encontrará» (Mt 10, 39). Por ello nos dice el Papa: «Cada vez que por amor de Dios compartimos nuestros bienes con el prójimo necesitado, experimentamos que la plenitud viene del amor y lo recuperamos todo como bendición en forma de paz, de satisfacción interior y de alegría».

Búsqueda de la gloria de Dios

Para que no hagamos de la caridad una falsa careta que esconda vanagloria, interés, filantropía u otras motivaciones no evangélicas, Benedicto XVI recalca la importancia de purificar la rectitud de nuestra inten-

ción. El Evangelio nos da un consejo muy práctico: «Que no sepa la mano derecha lo que hace la izquierda» (Mt 6, 3). La experiencia nos dice que el anonimato en el ejercicio de la limosna es de gran eficacia para purificar nuestra intención, de manera que sólo busquemos la gloria de Dios y el bien de nuestros hermanos.

En resumen, el Papa nos invita a adentrarnos en la Cuaresma con ánimo decidido, siendo generosos en el ejercicio de la limosna. Aunque su mensaje no lo especifica, es obvio que la limosna no se refiere exclusivamente al desprendimiento de nuestro dinero, sino que es un concepto más amplio: donación gratuita de nuestro tiempo, puesta de nuestros talentos al servicio de los demás, etc. ¡Que el Señor bendiga nuestro desprendimiento y generosidad y —como hizo con aquellos cinco panes y dos peces— multiplique sus frutos!

DIVINA MISERICORDIA

Diario Palentino, 10 de febrero de 2008

El día de la Patrona de Palencia, Nuestra Señora de la Calle, tuve ocasión de anunciar la próxima celebración en Roma —del 2 al 6 de abril—, del primer Congreso Mundial de la Divina Misericordia. Se trata de una iniciativa del arzobispo de Viena, cardenal Schönborn, a la que se han unido una veintena de cardenales de los cuatro puntos cardinales, conformando un patronato internacional organizador del Congreso. El Cardenal Primado de España, don Antonio Cañizares, será quien presida la Delegación Española. El Papa Benedicto XVI inaugurará y concluirá este encuentro eclesial, lo cual es muy significativo y muestra del máximo rango que la Iglesia ha querido otorgar a este evento.

¿Qué razón hay para subrayar y enfatizar tanto este atributo divino de la Misericordia? ¿Acaso no está presente ya en todas las páginas de los Evangelios y en la predicación ordinaria de la Iglesia? Evidentemente, por una parte, no tendría sentido que acentuásemos y recalcásemos, sino aquello que nos ha sido revelado por Cristo. Pero al mismo tiempo, es preciso que sepamos descubrir dónde sopla el Espíritu en cada momento, en respuesta a los signos de los tiempos.

Juan Pablo II fue el gran valedor de la Divina Misericordia, promulgando la encíclica *Dives in Misericordia*, instituyendo la solemnidad litúrgica de la Divina Misericordia y elevando a los altares a Santa Faustina Kowalska. La experiencia personal que Karol Wojtyla tuvo del rostro del mal en el siglo XX, primero con el nazismo y luego con el comunismo, es la clave para entender su afinidad con este misterio. Son expresiones suyas: «El límite que Dios ha impuesto al mal en el mundo es la mismísima Divina Misericordia». «¡Qué necesidad tiene el mundo de entender y aceptar la Divina Misericordia!».

Sin embargo, a pesar de que en la última parte del siglo XX y en el comienzo del nuevo milenio se viviese otro escenario muy distinto, en el que se iba perdiendo la memoria de los horrores de la guerra, no por ello dejaba de tener actualidad el Misterio de la Divina Misericordia. En el momento actual, la amenaza para el hombre no proviene tanto de unas ideologías de marcado cariz político cuanto de la disolución de las propias raíces cristianas y del efecto devastador de la secularización.

En efecto, el hombre contemporáneo se debate entre la soberbia propia de quien pretende reafirmarse en su autosuficiencia, dando la espalda a Dios, al mismo tiempo que padece una preocupante falta de autoestima y cae en la desesperanza. Paradójicamente, no estamos hablando de dos sujetos distintos —el orgulloso y el que se autodesprecia—, sino que es el mismo sujeto en situaciones diversas.

Por ello, aunque hayan variado las circunstancias históricas en las que Santa Faustina Kowalska recibió esa intuición, han surgido otras que hacen al hombre más necesitado, si cabe, de esa misma Misericordia. Así lo reafirmó el mismo Juan Pablo II: «La Divina Misericordia es la luz que ilumina el camino del pueblo del tercer milenio». «Aparte de la Misericordia de Dios no hay otro camino de esperanza para la humanidad». «Ha llegado la hora en que el mensaje de la Divina Misericordia necesita llenar los corazones de esperanza y ser la chispa que encienda una nueva civilización: la civilización del amor». En términos semejantes, Benedicto XVI ha expresado la misma convicción: «¡Cuántos, también en nuestro tiempo, buscan a Dios, buscan a Jesús y a su Iglesia, buscan la Misericordia Divina, y esperan un "signo" que toque su mente y su corazón!».

CON PERDÓN... INSISTIMOS
(SOBRE LA NOTA DE LOS OBISPOS)
Diario Palentino, 3 de febrero de 2008

¡Hay que ver la escandalera que se ha armado con la Nota de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española! En ella, los obispos ofrecen a los católicos unos criterios morales ante las próximas elecciones generales. Bien es cierto que las reacciones y las declaraciones de estos días están en sintonía con las virulentas reacciones que tuvieron lugar tras la concentración de las familias el 30 de diciembre, en la Plaza de Colón de Madrid. No es mi intención entrar en el comentario detallado de la Nota. Animo a su lectura directa, sin intermediarios que indispongan a su recepción, y ahora me limito a hacer algunos comentarios que ayuden a la reflexión:

Diferencia de talante

Ya sabemos que estamos en una sociedad muy plural, y que cada vez es más difícil esperar que los principios morales que propone la Iglesia vayan a ser objeto de un consenso generalizado. Pero, más allá de la pluralidad de pensamiento, me parece muy significativa la diferencia tan notable de talante entre la forma de expresarse de los obispos y la de la mayoría de sus críticos.

Por ejemplo, el punto tercero de la Nota episcopal habla en estos términos: «Respetamos a quienes ven las cosas de otra manera. Sólo pedimos libertad y respeto para proponer libremente nuestra manera de ver las cosas, sin que nadie se sienta amenazado ni nuestra intervención sea interpretada como una ofensa o como un peligro para la libertad de los demás. Deseamos colaborar sinceramente en el enriquecimiento espiritual de nuestra sociedad, en la consolidación de la auténtica tolerancia y de la convivencia en el mutuo respeto, la libertad y la justicia, como fundamento imprescindible de la paz verdadera».

Desde luego, nada que ver con el estilo y las formas de los políticos que han realizado declaraciones como éstas: «Los obispos son unos hipócritas». «Es una jerarquía integrista, fundamentalista, neoconservadora, que ni siquiera puede representar al sentimiento de la mayoría de los católicos españoles», «Los obispos nos están apretando [...] y nos están llevando a la denuncia de los Acuerdos con la Santa Sede».

Una falsedad

Es totalmente falso que la Iglesia Católica haya «entrado en campaña electoral». Los obispos no han hecho sino ofrecer a los católicos cerca de cuarenta criterios morales, que les sirvan como orientación antes de decidir libremente su voto. Los principales han sido: respeto a toda vida humana desde su concepción hasta su muerte natural, tutela jurídica del matrimonio, apoyo a la familia en su derecho de educar moralmente a sus hijos, firmeza ante el chantaje terrorista, distinción entre la sana laicidad y el laicismo, moderación de los nacionalismos, atención especial a los inmigrantes, vivienda accesible para todos, respeto a la naturaleza, colaboración con el desarrollo internacional de los pueblos, defensa de la mujer discriminada y humillada, lucha contra la esclavitud de las redes de prostitución, denuncia de las diferencias injustas entre personas y comunidades autónomas, etc.

La Nota no entra a juzgar los diferentes partidos políticos. Se limita a declarar una doctrina moral consolidada, sin hacer referencia a nadie en concreto.

Un anhelo

Aunque la Nota episcopal afirma que los católicos tienen derecho a apoyar a distintos grupos políticos y a militar en ellos, es de sobra conocido que ninguno de los partidos políticos con representación parlamentaria en España cumple la totalidad de las orientaciones morales señaladas por la doctrina católica.

Por desgracia, nos estamos acostumbrando a la teoría del «mal menor», como única formula de sentirnos representados en la vida pública. Sin embargo, lo razonable es que «el mal menor» sea algo transitorio —nunca definitivo—, y que al mismo tiempo los católicos vayamos dando pasos decididos hacia «el bien».

Imagino que no hará falta aclarar que no es tarea de los obispos la de conformar alternativas políticas, sino la de limitarse a dar orientaciones morales. Ahora bien, ¿no habrá suficientes laicos católicos que se sientan llamados a desarrollar una vocación política coherente con el ideal cristiano, de forma que no nos veamos obligados indefinidamente a optar por el mal menor?

«La verdad os hará libres» (Jn 8, 32)

Vivimos inmersos en un ambiente de acoso a la Conferencia Episcopal Española. En los momentos actuales, un obispo se lo tiene que pensar mucho antes de atreverse a hablar en público. Una de las mayores tentaciones que tiene que vencer es la del miedo, ya que cualquiera de sus palabras puede ser sacada de contexto y extrapolada por unos medios de comunicación mayoritariamente imbuidos de la cultura secularizada, laicista y anticlerical. En la práctica, el derecho a la libertad de expresión y el derecho a la libertad religiosa están en peligro.

Sin embargo, al publicar esta Nota, mis hermanos de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española han obrado con la libertad evangélica y la valentía que se alimenta de la plena confianza en las palabras de Cristo: «Cuando os lleven a las sinagogas, ante los magistrados y las autoridades, no os preocupéis de cómo o con qué os defenderéis, o qué diréis, porque el Espíritu Santo os enseñará en aquel mismo momento lo que conviene decir» (Lc 12, 11-12).

CIENCIA CON CONCIENCIA

El Norte de Castilla, 2 de febrero de 2008

La semana pasada se hacía pública la autorización del Ministro de Sanidad al Centro de Investigaciones Príncipe Felipe de Valencia, que permite por primera vez la clonación de embriones humanos, con fines terapéuticos. En realidad, hablando con precisión, deberíamos matizar diciendo que se trataría de una clonación con fines experimentales, aunque con expectativas terapéuticas. Con la brevedad que exige este artículo, me dispongo a hacer unas reflexiones sobre las implicaciones morales de este caso concreto:

En contra de la tendencia científica

Todos aquellos que siguen de cerca las apasionantes noticias sobre los avances en la ciencia Biomédica, ya han podido conocer que en la comunidad científica internacional, se ha producido un giro definitivo en la investigación de la Terapia Regenerativa. Las células madre embrionarias han sido totalmente abandonadas en las terapias clínicas, después de haber sido sustituidas por las células madre adultas, las cuales se pueden obtener mediante diversos procedimientos, sin necesidad de sacrificar embriones humanos.

Al margen de consideraciones morales, es un hecho constatado que las células madre embrionarias han resultado ser incontrolables, hasta el punto de desarrollar tumores en los organismos en los que son implantadas. Baste el dato de que de los más de setecientos protocolos de investigación clínica con células madre que se desarrollan en este momento en todo el mundo, ninguno de ellos se está realizando con células madre embrionarias, sino con adultas. En efecto, se ha comprobado que aunque estas últimas tienen menos plasticidad y versatilidad, sin embargo, son más controlables. La conclusión que cabe extraer es bastante clara: una vez más, el lenguaje de la naturaleza vuelve a converger con los argumentos morales. Afortunadamente, en el caso presente, lo que se opone al bien moral ha resultado inviable.

Quedaba otra cuestión: aunque las células madre embrionarias no tienen valor terapéutico, sin embargo, son un material biológico precioso para la investigación. Los científicos pueden extraer de esas experimentaciones la información necesaria para que la terapia con células madre adultas resulte más exitosa. ¿Cómo resolver este grave problema moral? ¿Es lícito sacrificar embriones para la experimentación?

Afortunadamente, también aquí la comunidad científica ha dado un paso de gigante: el científico japonés Shinya Yamanaka ha conseguido «rejuvenecer» células adultas, obteniendo la misma utilidad práctica de cara a la experimentación, y sin necesidad de sacrificar embrión humano alguno. Por este novedoso método, la comunidad científica ha accedido al material biológico experimental que necesitaba, con múltiples ventajas: resulta mucho más fácil de obtener, más económico y, por supuesto, es ético.

El propio «padre» de la técnica de clonación, Ian Wilmut, creador de la oveja Dolly, anunció a finales del año pasado que abandonaba la clonación, en favor de esta nueva técnica de «reprogramación» o «reju-

venecimiento» de las células adultas. A pesar de haber obtenido el permiso para iniciar el mismo proceso con seres humanos, ha renunciado al intento, tras reconocer que los avances científicos van en otra dirección.

Lo curioso de la decisión tomada por el ministro de Sanidad de España es que su apuesta en estos momentos por la transferencia nuclear (conocida como clonación), tiene lugar cuando la comunidad científica internacional, en su mayoría aplastante, ha abandonado ese camino. Da la impresión de que, con el dinero público, estamos apostando más por una ideología antihumanista, que por el avance científico. Inevitablemente, le viene a uno a la mente el título de aquella película ya clásica: *Los últimos de Filipinas*.

En contra de la ética

Como explicábamos anteriormente, en el caso presente, los avances científicos en el campo de la medicina regenerativa, están confluyendo con la ética. Ciertamente, cuando lo «ético» coincide con lo «práctico», se facilitan mucho las cosas. Pero no nos engañemos, no siempre es así. No cabe duda de que la bomba de hidrógeno, cincuenta veces más poderosa que la lanzada sobre Hiroshima, es un gran avance técnico. Incluso, podría llegar a ser práctica para concluir una guerra, como fue el caso de la bomba atómica en Japón. Pero, ciertamente, su producción y su utilización es inmoral.

Imaginemos por un instante que, a diferencia del estado actual de las cosas, las células madre embrionarias obtenidas por la clonación, fuesen los medios más prácticos para el avance de la medicina regenerativa. ¿Cuál sería la postura razonable y acorde con la dignidad del ser humano?

Hay un principio moral básico, cuya violación necesariamente ha de tener consecuencias gravísimas: «el fin no justifica los medios». Aplicado a nuestro caso concreto: un ser humano nunca puede ser manipulado para un fin que no sea su propio bien. Esto incluye también al ser humano en su fase embrionaria. El valor de la vida humana hace ilegítimo un uso meramente instrumental de nuestros semejantes. Por ello, este proyecto de clonación humana aprobado por el Gobierno Español, al igual que la Ley de Investigación Biomédica de marzo de 2007, es gravemente inmoral.

El hombre no puede ser utilizado nunca como un «medio desechable» para conseguir un objetivo, por muy maravilloso que éste pueda presentarse. Fabricar seres humanos como material genético para nuestra curación es reducir al hombre a la condición de objeto. El ser humano pasa de ser el «paciente» a convertirse en un simple «medicamento».

Más aún, por ese camino estaríamos realizando una auténtica discriminación entre los seres humanos, según la medida de los tiempos de su desarrollo. Un embrión valdría menos que un feto, y un feto menos que un niño, y un niño menos que un adulto, y un adulto más que un anciano. Estaríamos trastocando el principio moral básico, de la necesidad de respetar y defender con el máximo empeño a los que no son capaces de reivindicar y defender su intrínseca dignidad. Definitivamente, una ciencia al servicio del hombre está llamada a avanzar en sintonía con los principios morales. ¡Ciencia con conciencia!

CENSURA LAICISTA EN LA UNIVERSIDAD

Diario Palentino, 27 de enero de 2008

¡Qué verdad es que «Dios escribe derecho con renglones torcidos»! La primera persecución desatada contra los cristianos tras el apedreamiento de San Esteban, tal y como se narra en los Hechos de los Apóstoles, fue la ocasión dispuesta por la Providencia divina para la expansión del cristianismo fuera de Jerusalén (Hch 8, 1). Algo similar está ocurriendo tras el boicot violento protagonizado por un grupo de radicales laicistas en la Universidad de La Sapienza de Roma. El Papa hizo llegar su discurso al rector de la Universidad, quien lo leyó ante el profesorado y el alumnado. Posteriormente, Internet y algunos medios de comunicación se están haciendo propagadores de la palabra acallada. ¡Pocos discursos papales habrán tenido tanta difusión, resonancia y fruto como éste! Yo también quiero prestar un altavoz más al discurso censurado por esa especie de «inquisición civil» contemporánea.

Frente a la leyenda negra

Lo primero que ha sorprendido a muchos legos en la materia ha sido el dato histórico de que esta universidad laica, La Sapienza, que es la que más alumnos tiene en toda Europa, fuese creada en la Edad Media por el Papa Bonifacio VIII. Pero... ¿no nos habían dicho que la Edad Media había sido una época oscurantista en la que la Iglesia había mantenido en la ignorancia al pueblo?

Muy al contrario, la Iglesia se prodigó durante todos aquellos siglos en auspiciar universidades, dotándolas incluso de una autonomía desconocida hoy en día, que les eximía de la jurisdicción ordinaria, ya que contaban con sus propios tribunales para administrar justicia a los maestros y alumnos universitarios. El Papa recordaba en su discurso que la autonomía «siempre ha formado parte de la naturaleza universitaria, que ha de vincularse exclusivamente a la autoridad de la verdad, en libertad frente a autoridades políticas y eclesiásticas».

Benedicto XVI recuerda en su discurso dirigido a La Sapienza, que gracias a la contribución de Santo Tomás de Aquino, y en contacto con las filosofías árabes y judías, en el ámbito de la Universidad medieval se subrayó «la autonomía de la Filosofía y con ella el derecho y la responsabilidad propios de la razón, que se interroga basándose en sus propias fuerzas».

La fe estimula a la razón

Benedicto XVI se presenta siete siglos después en La Sapienza, comenzando por hacer la pregunta: «¿Qué hace o puede decir el Papa en la Universidad?». Su tarea no consiste en «tratar de imponer a los demás de manera autoritaria la fe, que sólo puede ser transmitida en libertad», sino en «mantener despierta la sensibilidad por la verdad».

En efecto, la tentación del pensamiento contemporáneo no sólo es la de rechazar la fe, sino también la de prescindir de la razón. Nuestra actual Universidad tiene el riesgo de reducirse a la enseñanza de las ciencias experimentales, renunciando a las preguntas transcendentales sobre el sentido de la existencia. El pensamiento imperante en la cultura actual, tiene alergia a las preguntas últimas y definitivas. No acostumbra a preguntarse si algo es verdad o mentira, ni tan siquiera si es

bueno o malo. Más bien, los planteamientos se derivan hacia otros matices menos comprometidos: la búsqueda de la eficacia, respuesta a intereses, la utilidad, la eficiencia, la calidad de vida, la felicidad identificada como bienestar...

El Papa quiere suscitar el deseo de la verdad, y por ello invita a la razón a ser ambiciosa en sus preguntas: «El obispo de Roma quiere invitar nuevamente a la razón a ponerse en búsqueda de lo verdadero, del bien, de Dios y, siguiendo este camino, alentarla a percibir las luces útiles surgidas a través de la historia de la fe cristiana y a percibir de este modo a Jesucristo como la Luz que ilumina la historia y que ayuda a encontrar el camino hacia el futuro».

Lejos de presentar la fe como contrincante de la razón, el Papa nos recuerda que el tradicional enemigo de la fe ha sido la superstición. De hecho, los cristianos de los primeros siglos «no acogieron su fe de manera positivista, o como la válvula de escape de deseos reprimidos», sino que «disipando la niebla de la religión mitológica», buscaron «la verdadera naturaleza y el verdadero sentido del ser humano».

Las raíces del árbol

El discurso de La Sapienza se refiere también al reconocimiento de las raíces culturales. El Papa lanza un llamamiento a la cultura occidental a no cerrarse a la verdad de la fe cristiana en nombre de la «presunta pureza» de la razón, pues ésta se «resecará». Si la razón, preocupada por guardar su laicidad, pierde el contacto con las raíces de las que ha nacido, entonces pierde la valentía de la verdad y, al perderla, lejos de crecer, se empequeñece. Dice el Papa: «La filosofía no vuelve a empezar cada vez desde el punto cero del sujeto que piensa de manera aislada, sino que se mantiene en el gran diálogo de la sabiduría histórica que, crítica y dócilmente al mismo tiempo, sigue acogiendo y desarrollando; pero tampoco debe cerrarse ante lo que las religiones y en especial la fe cristiana han recibido y dado a la Humanidad como señal del camino».

Al igual que en la memoria de la construcción europea ha quedado como referente el eslogan pronunciado al principio del Pontificado de Juan Pablo II en Santiago de Compostela —«Europa, ¡sé tú misma!, descubre tus raíces, aviva tu historia»—, así también en este discurso universitario que la «censura laicista» ha pretendido ahogar, quedarán

para la posteridad el llamamiento del Papa en defensa de la razón, y su llamada a «mantener despierta la sensibilidad a la verdad».

QUE NADIE TOQUE A CAÍN... NI A ABEL
Diario Palentino, 13 de enero de 2008

El 18 de diciembre la Asamblea General de la Naciones Unidas aprobaba una resolución por la que se insta a todos los Estados a establecer una moratoria en la aplicación de la pena de muerte. La resolución se aprobó con 104 votos a favor, 54 en contra y 29 abstenciones. Es cierto que se trata de una iniciativa política sin carácter vinculante, pero no cabe duda de que tiene un peso moral importante de cara a configurar las tendencias internacionales. Baste comprobar que en los últimos diez años, nada menos que cincuenta países han renunciado al uso de la pena capital como instrumento de justicia. No obstante, todavía existen algunos países plenamente decididos a conservar la pena de muerte. Entre los principales «ejecutores», podemos citar: China, Irán, Pakistán, Irak, Sudán y Estados Unidos.

La doctrina católica sobre la pena de muerte está claramente recogida en la Encíclica *Evangelium Vitae*, de Juan Pablo II, donde por una parte, se reconoce el derecho del Estado a aplicar la legítima defensa ante los actos de delincuencia. Pero, por otra parte, se añade un juicio de orden práctico:

> Es evidente que, precisamente para conseguir todas estas finalidades, la medida y la calidad de la pena deben ser valoradas y decididas atentamente, sin que se deba llegar a la medida extrema de la eliminación del reo salvo en casos de absoluta necesidad, es decir, cuando la defensa de la sociedad no sea posible de otro modo. Hoy, sin embargo, gracias a la organización cada vez más adecuada de la institución penal, estos casos son ya muy raros, por no decir prácticamente inexistentes». (EV 56).

Es decir, la Iglesia entiende que, en las circunstancias actuales, los estados cuentan con los recursos suficientes para defenderse legítima-

mente de los criminales, sin necesidad de recurrir a la aplicación de la pena de muerte.

Otro argumento aducido por el propio Juan Pablo II contra la pena de muerte, lo recoge el punto 27 de la misma encíclica: «No se le prive (al reo) definitivamente de la posibilidad de redimirse». «De este modo la autoridad alcanza también el objetivo de preservar el orden público y la seguridad de las personas, no sin ofrecer al mismo reo un estímulo y una ayuda para corregirse y enmendarse». En efecto, no olvidemos que, en la medida de lo posible, la justicia no ha de limitarse a castigar el delito, sino también a poner las condiciones de enmienda del reo. Difícilmente se cumpliría esta condición con la aplicación de la pena capital.

En coherencia con sus principios morales, el Vaticano ha mantenido una postura favorable a esta moratoria de la aplicación de la pena de muerte, en el Foro de Naciones Unidas, colaborando estrechamente con la Delegación italiana, que es la que ha liderado la iniciativa de la histórica resolución. Benedicto XVI ha aprovechado el discurso pronunciado el 7 de enero ante todo el cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede, para congratularse del acuerdo internacional alcanzado en la ONU. Pero, al mismo tiempo, ha lanzado un llamamiento a continuar avanzando por el camino de la coherencia moral: «Deseo que esta iniciativa estimule el debate público sobre el carácter sagrado de la vida humana».

En efecto, curiosamente, la exitosa campaña italiana contra la pena de muerte había sido puesta en marcha por asociaciones laicas y religiosas, bajo un lema de resonancia bíblica: «Que nadie toque a Caín». En efecto, en Génesis 4, 15, se narra que Yahvé prohibió que nadie se tomase la justicia por su mano contra Caín, cuando éste asesinó a su hermano Abel: «Quienquiera que matare a Caín, lo pagará siete veces».

Pues bien, el éxito de la campaña italiana, culminada con la aprobación de la moratoria de la ONU, ha motivado que el diario italiano *Il Foglio*, se atreva a proponer otra campaña a favor de una segunda moratoria: el aborto. Si consideramos un valor moral el respeto de la vida de Caín, aunque éste sea culpable del delito de sangre, ¡cuánto más habrá que respetar la vida de Abel, la del inocente no nacido!

Monseñor Elio Sgreccia, presidente de la Academia Pontificia para la Vida, ha aplaudido la iniciativa del diario italiano, afirmando en un artículo que: «No es una vuelta al pasado, sino un ir adelante. Así como se combatió la esclavitud, la discriminación entre blancos y negros, o

entre ricos y pobres, se debe continuar reconociendo el derecho a la vida también en sentido vertical, para los que se encuentran en estado de gestación y los nacidos, para los culpables y los inocentes».

Con honda preocupación hemos conocido los datos sobre el aumento del aborto en Palencia. El incremento de abortos en nuestra provincia (30%), cuadruplica la media del aumento en Castilla León. ¡Nada menos que a 243 palentinos se les ha negado su carta de ciudadanía, a lo largo del año 2006! El mismo día en que el diario *El Palentino* hacía pública esta tristísima noticia, un artículo de corte radical feminista defendía el supuesto derecho de la mujer a hacer con su cuerpo lo que quiera, en los siguientes términos: «El feto es una pretensión, un conjunto celular sin vida, sin identidad. Hacer un socavón en el suelo no obliga a construir una casa».

¿«Socavón»? ¿«Conjunto celular sin vida»?... ¡Difícilmente podrían utilizarse unos términos más trivializantes y contrarios a los datos que nos aporta la propia biología! Está claro que tenemos que trabajar muchísimo en favor del avance de la cultura de la vida. Sin olvidar que un aspecto fundamental habrá de ser la educación en una sexualidad responsable. Las consecuencias que se derivan de nuestra cultura del «usar y tirar», del «goce inmediato y desenfrenado», son demoledoras... El Centro de Orientación Familiar (COF) recientemente abierto en nuestra diócesis, tiene un reto de primer orden en la educación integrada de la afectividad, el amor, la sexualidad y la responsabilidad que se derivan de nuestros actos.

PAPÁ, ¡QUE TE DENUNCIO!

El Norte de Castilla, 5 de enero de 2008

La jornada eclesial vivida en la Plaza de Colón de Madrid, el domingo 30 de diciembre, coincidiendo con la solemnidad de la Sagrada Familia, siembra una semilla de esperanza en la Iglesia y en la sociedad española. En aquella asamblea no hubo politiqueo alguno. Más bien, ante aquella millonaria concentración de familias, se lanzaron mensajes alentadores, al mismo tiempo que denuncias proféticas. No estábamos allí para defender-

nos a nosotros mismos, ni para defender un interés de la Iglesia, sino para defender un patrimonio común de toda la sociedad: la familia.

Por desgracia, las reacciones de algunos sectores de la clase política han sido de incomprensión y de un rechazo virulento. Estos días me ha venido a la mente el pasaje del Evangelio de San Juan, en el que se narra que un guardián del templo abofeteó a Jesús durante el interrogatorio de Anás, a lo que el mismo Señor contestó: «Si he hablado mal, dime en qué he hablado mal. Pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?» (Jn 18, 23).

Lo que la Iglesia ha proclamado en la celebración de la Plaza de Colón es que la defensa de los derechos del individuo es más ficticia que real, mientras no vaya acompañada del respeto y tutela de los derechos de la familia. El bien de la familia es el bien de cada uno de los miembros que la componen. ¿Hemos dicho algo incorrecto?

Para descender a lo concreto sin quedarnos en formulaciones teóricas, me quiero referir a la aprobación, el 12 de diciembre, en el Congreso de los Diputados, de una modificación de dos artículos del Código Civil (154 y 268), en los que hasta ahora se reconocía el derecho de los padres a corregir «razonable y moderadamente» a los menores. Sorprendentemente, la mayoría del Congreso ha entendido que aquella formulación otorgaba demasiada autoridad a los padres sobre sus hijos.

Por si hubiera lugar a dudas, el Ministerio de Justicia hizo pública una nota explicativa de esta reforma, para aclarar que en la nueva redacción de los artículos del Código Civil se ha considerado preferible evitar cualquier interpretación permisiva con el castigo físico a los menores. Es decir, que se prohíbe la posibilidad de que un padre pueda dar un «azote» o un «cachete» a su hijo, cuando entienda que es necesario. Los padres podrían ser denunciados por no haber respetado la «integridad física y psicológica» de su hijo, sin que sea ya suficiente justificación el hecho de que el castigo esté en los límites de lo «razonable y moderado».

Como es lógico, aquí no vamos a entrar en la cuestión de si es más adecuado un «azote» u otro tipo de correcciones en la educación de los hijos. No soy competente para ello. Supongo que habrá caracteres y formas de ser muy diferentes, que aconsejen procedimientos diversos. Supongo también que se darán circunstancias y momentos excepcionales... En cualquier caso, una vez más, lo que me parece grave es la intromisión en la intimidad de la familia y en las facultades de los padres para educar a los hijos. ¿Quién es el Estado para decir a unos pa-

dres cuáles son los métodos más adecuados para educar a sus propios hijos?

Como popularmente se dice, llueve sobre mojado, porque en el sistema escolar, a otro nivel, el profesorado sufre también una desprotección muy grande a la hora de ejercer el principio de autoridad sobre los alumnos. Por desgracia, escuchamos a muchos profesores, manifestar su descontento porque la LOE ha potenciado unos principios pedagógicos en los que el profesor es más un espectador externo (del que se espera que modere la espontaneidad del alumno), que un educador y transmisor de valores. Si algunos padres pensaban que, al menos en el seno de su hogar, podrían discrepar de los criterios del Ministerio de Educación, se estaban equivocando.

Mención aparte merecen las declaraciones de los representantes de alguna asociación en defensa de los derechos del niño, que han saludado con alegría la prohibición del cachete. Curiosamente, estos mismos que consideran inadmisible que un padre o una madre resuelvan con un azote una rabieta de su hijo, defienden en los foros internacionales el derecho al aborto. El azote está peor visto que las pinzas punzantes, la incineradora o la trituradora. ¡Qué curioso!

Uno no sabe si pensar que esto de la «ley del cachete» es una manera de lavarnos la conciencia, para presentarnos como amantes y defensores de la infancia, o más bien hay que entenderlo simplemente como un pasito más de la intromisión en el derecho de los padres a educar a sus hijos. El artículo 27.3 de la Constitución que reconoce este derecho de los padres, en la práctica y poco a poco, va vaciándose de contenido.

TODO «POR» LA FAMILIA, NO «A COSTA DE» LA FAMILIA

Diario Palentino, 6 de enero de 2008

La jornada eclesial vivida en la Plaza de Colón de Madrid, el domingo 30 de diciembre, coincidiendo con la solemnidad de la Sagrada Familia, siembra una semilla de esperanza en la Iglesia y en la sociedad española. En aquella asamblea no hubo politiqueo alguno. Más bien, ante aquella millonaria concentración de familias, se lanzaron mensajes alentadores, al

mismo tiempo que denuncias proféticas. No estábamos allí para defendernos a nosotros mismos, ni para defender un interés de la Iglesia, sino para defender un patrimonio común de toda la sociedad: la familia.

Providencialmente, ha existido una sintonía total entre el mensaje del Papa en la Jornada Mundial de la Paz de este año (que se celebra el 1 de enero), con una de las afirmaciones del cardenal Rouco, que es sin duda la que más ampollas ha levantado en los ecos que han seguido a la concentración de las familias. La afirmación en cuestión fue la siguiente: « Nos entristece tener que constatar que nuestro ordenamiento jurídico ha dado marcha atrás respecto a lo que la Declaración Universal de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas reconocía y establecía hace ya casi sesenta años, a saber: que «la familia es el núcleo natural y fundamental de la sociedad y tiene derecho a ser protegida por la sociedad y el Estado" (art. 16/3)».

Pues bien, en el citado mensaje del Papa, se llama la atención sobre un riesgo de reduccionismo en nuestra cultura actual: los derechos humanos se estarían interpretando como unos derechos referidos exclusivamente a los «individuos», pero no a las familias. La obstaculización, o la limitación de los derechos de la familia, conlleva que los supuestos derechos universales de los individuos sean más teóricos que reales. ¿De qué le sirve al individuo ser titular de unos derechos si vive en la más radical de las pobrezas: la soledad?

Como afirmó bellísimamente Andrea Riccardi, fundador de la Comunidad de San Egidio, en aquel encuentro de las familias: «Sin la familia, la vida no tiene casa». Esto es verdad para los niños que están en el seno de sus madres y cuya vida corre peligro. Esto es verdad para los niños del Tercer Mundo, que viven en la calle sin padre ni madre. Esto es verdad para quienes sufren el dolor de la fractura familiar. Esto es verdad para los ancianos que son arrinconados en centros asistenciales...

El bienestar se vuelve amargo en la soledad. Los derechos individuales sólo tienen sentido en la medida en que estemos integrados en una familia en la que podamos compartirlos y disfrutarlos. En consecuencia, todo lo que es malo para la familia, con toda seguridad será también malo para el individuo: la fragilidad del vínculo matrimonial, la mentalidad antinatalista y abortista, una cultura juvenil del ocio que mina la convivencia familiar, unos medios de comunicación frívolos y al servicio del consumismo, la intromisión estatal en el derecho de los padres a educar moralmente a sus hijos...

Las palabras de Cardenal Arzobispo de Madrid han escandalizado a algunos políticos, pero no podían ser más certeras. Ciertamente, estamos retrocediendo en el reconocimiento y defensa de los Derechos Humanos, desde el momento en que se está provocando o permitiendo que la familia quede desprotegida. La cosa no tiene vuelta de hoja: lo que es malo para la familia y le hace daño, es contrario a los derechos humanos de todos y cada uno de los ciudadanos.

Más aún, en el citado mensaje de la Jornada Mundial de la Paz, del 1 de enero, el Papa hace un elogio de la familia como constructora de paz. Una vida familiar «sana» es vital para poder crecer en una experiencia de paz. He aquí una serie de aportaciones de la familia a la cultura de la paz, referidas por el Papa: «La justicia y el amor entre hermanos y hermanas, la función de la autoridad manifestada por los padres, el servicio afectuoso a los miembros más débiles, porque son pequeños, ancianos o están enfermos, la ayuda mutua en las necesidades de la vida, la disponibilidad para acoger al otro y, si fuera necesario, para perdonarlo».

Es bastante significativo que la violencia doméstica esté aumentando exponencialmente, en la medida en que la familia se debilita. La Iglesia no se cansará de proclamar que el mundo necesita más familia, porque necesita más gratuidad, más vida y más amor.

¿Cuál ha podido ser el motivo que ha llevado a que algunos de nuestros políticos se hayan revuelto de una forma tan violenta, llegando incluso a declarar que la Iglesia no tiene derecho a expresarse de esta forma? ¿Habrán percibido quizás como una incitación a la subversión, las palabras que don Antonio Cañizares, Cardenal Arzobispo de Toledo, dirigía en la Plaza de Colón, a las familias allí reunidas?: «Contamos con el auxilio y fortaleza de Dios [...] ¡Ánimo! ¡Adelante! Reclamad vuestros derechos inalienables. Reclamad la protección que se os debe a las familias. No tengáis miedo. El Señor está con vosotros, está con vuestras familias, está con todas las familias, a todas las quiere, por todas vela y acompaña, a ninguna le niega su auxilio. ¡Confiemos en Él!». ¿O tal vez se habrán sentido aludidos por la expresión de Juan Pablo II, allí recordada: «Todo por la familia, no a costa de la familia»? Tengo para mí, que les ha molestado comprobar que son muchísimas las familias que se resisten a asumir la «ideología de género», que está siendo implacablemente instaurada de manos del laicismo más radical.

POR LA FAMILIA CRISTIANA
ABC, 29 de diciembre de 2007

La solemnidad de la Sagrada Familia ha sido la fecha elegida por la Iglesia Católica en España, para llevar a cabo un signo orante y reivindicativo en favor de la familia cristiana. Ciertamente, hay motivos para preocuparnos y movilizarnos. Ignorar la situación dramática que afronta hoy la familia en España sería del género irresponsable, cuando las rupturas familiares se han generalizado, cuando el seno materno ha llegado a ser el lugar de máximo riesgo para la vida humana, cuando los padres están viendo usurpado su derecho a la educación de sus hijos... En la plaza de Colón, el 30 de diciembre, las familias cristianas se disponen a lanzar un mensaje de esperanza.

Creemos en la comunión de amor matrimonial, fiel e indisoluble

Me permito compartir una reflexión de Kari Johnson Gold, escritora y actriz norteamericana: «Antes era corriente que una pareja siguiera casada "por el bien de los hijos". En cambio, en los últimos treinta años hemos pasado al divorcio "por el bien de los hijos". Damos cómodamente por supuesto que nuestros hijos no pueden ser felices si nosotros somos infelices, pero nunca pensamos que nosotros no podemos ser felices si nuestros hijos son infelices».

Efectivamente, para un matrimonio el divorcio es el fracaso de su proyecto de vida, es una huida de los problemas de relación pendientes de ser afrontados, y es también una de las causas principales de la infelicidad de los hijos.

Los cristianos creemos que el verdadero amor no es el «romántico» e «idealizado», sino el que integra la cruz en la vivencia cotidiana. Solamente quien está dispuesto a morir a su egoísmo, orgullo, vanidad, comodidad, lujuria, avaricia, hipocresía, etc., será capaz de vivir una comunión de amor indisoluble. El hombre (o la mujer) divorciado de su propia conciencia y de la voluntad de Dios está abocado al divorcio matrimonial. En realidad, la ruptura del matrimonio no tiene lugar sin otras rupturas interiores previas. Es inútil construir encima de lo que está roto. El argumento del «derecho a rehacer la vida» no es sino una forma de autoengaño.

Por ello, ante tanta fractura y tantas heridas interiores, necesitamos la restauración profunda que proviene del amor de Cristo. «La gracia

de Cristo es como el cemento que puede unir los fragmentos» (Heinz Kohut).

Creemos en la familia como santuario de la vida

Todavía estamos bajo el impacto de las noticias servidas sobre las intervenciones en las clínicas abortistas de Barcelona y Madrid. Lo que se ha destapado no son casos excepcionales, sino la realidad cotidiana que se esconde tras la cultura de la muerte. No hay abortos limpios y abortos sucios... Simplemente, se trata de vidas humanas sacrificadas por causa de la desesperanza y del egoísmo humano.

Sin embargo, no sería justo que nos quedásemos solamente con el lado oscuro de la noticia. ¿Hemos reflexionado, estos días, en que nuestra vida personal es fruto de la aceptación y la apertura al don de la vida por parte de nuestros padres? Nuestra existencia es un don precioso, recibido y acogido en el seno de la familia, auténtico santuario de la vida.

Nuestros padres no se plantearon que nuestra concepción hubiese sido «deseada» o «no deseada». Ellos comprendían que un hijo no puede ser valorado como un objeto de deseo. Incluso en el caso de que nuestra concepción hubiera alterado sus planificaciones, ¿qué importancia tenía ese hecho anecdótico para quien piensa que «el hombre propone y Dios dispone»?

Creemos en la familia como escuela de todas las virtudes

Precisamente en este momento, en que la familia cristiana está siendo víctima de una inaceptable intrusión, es necesario que sepamos defender nuestros derechos de una manera asociada. La familia está padeciendo intromisiones en el ámbito escolar, en el derecho de los padres a educar a sus hijos conforme a sus principios morales, e incluso en el propio seno de la familia, cuando a éstos se les prohíbe hasta resolver con un azote una rabieta de un niño que no atiende a razones. Hoy más que nunca, la familia cristiana necesita asociarse. He aquí otro motivo, por el cual es importante realizar el gesto público de una gran concentración de las familias españolas, en favor de la familia cristiana.

Más allá del ámbito escolar, la educación de la conciencia de los hijos es una de las tareas fundamentales que tiene lugar en el ámbito de la vida familiar. Así lo afirma el Catecismo de la Iglesia Católica: «La educación de la conciencia es una tarea de toda la vida. Desde los primeros años despierta al niño al conocimiento y la práctica de la ley interior reconocida por la conciencia moral [...] La educación de la conciencia garantiza la libertad y engendra la paz del corazón» (CIC 1784).

Mientras que el laicismo imperante condena a nuestra cultura a la orfandad moral y espiritual, la familia cristiana se presenta como la gran esperanza frente a tanta desorientación moral, así como el bálsamo para sanar tantas heridas y carencias afectivas.

¡Bendita Sagrada Familia en la que descubrimos, como en un icono, el rostro de nuestra familia cristiana! ¡Jesús, José y María, velad por la familia en España!

¡FELIZ NAVIDAD!

Diario Palentino, 23 de diciembre de 2007

Por regla general, tenemos la costumbre de felicitarnos cuando las cosas nos han salido «redondas»: se felicita al político cuando gana las elecciones; se felicita al alumno que ha sido el primero de la clase; se felicita a los agraciados en la lotería...

Ciertamente, no es ése el sentido en el que la tradición cristiana ha felicitado las Navidades. Los cristianos hemos aprendido de Jesucristo, que la felicidad no es sinónimo de éxito o de triunfo, y ni tan siquiera de ausencia de sufrimiento. Frente a quienes piensan que la felicidad sólo será posible cuando la cruz haya desaparecido del horizonte de nuestra existencia, la Natividad de Jesús, su infancia, su vida pública y su Pasión y Resurrección, nos enseñan que la felicidad encierra un misterio...

Felicidad en el abajamiento

Para acercarnos adecuadamente al misterio de la Navidad, es necesario conocerla no sólo desde nuestra perspectiva humana, sino asomarnos también a la divina. Lo que para nosotros es la fiesta de la Navidad —Dios con nosotros—, al mismo tiempo es también el misterio del abajamiento, el despojamiento y la humillación de Dios, quien «a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos» (Flp 2, 6-7).

El misterio de Belén es gozo y alegría, envuelto en la Cruz: el emperador ordena la realización de un censo para dominar mejor y expoliar más a sus súbditos. José vive la humillación de no poder encontrar quien les reciba en su ciudad natal. La cuna del Mesías de Israel resulta ser el pesebre de unos animales. La Sagrada Familia se ve obligada a huir y a refugiarse en Egipto, escapando de la persecución de Herodes... «Vino a su casa, y los suyos no le recibieron» (Jn 1, 11). Pero a pesar de todo ello, el Cielo también estaba de fiesta, y se «felicitaba»: «Y de pronto se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo: "Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes Él se complace"» (Lc 2, 13-14).

En uno de los himnos de la liturgia navideña la Iglesia expresa así esa «felicidad misteriosa»:

Ver llorar a la Alegría,
ver tan pobre a la Riqueza,
ver tan baja a la Grandeza
... y ver que Dios lo quería.

Felicidad y pobreza de espíritu

Kierkegaard, filósofo y teólogo danés del siglo XIX, decía que «la puerta de la felicidad se abre hacia adentro y que hay que retirarse para abrirla: si uno la empuja, la cierra cada vez más».

En un sentido similar, decía Tolstoi que «el secreto de la felicidad no está en hacer siempre lo que se quiere, sino en querer lo que se hace». Por ello, el Salmo 130 nos invita a descubrir la felicidad en el abandono confiado en las manos de Dios: «Señor, mi corazón no es ambicioso, ni mis ojos altaneros; no pretendo grandezas que superan mi capacidad;

sino que acallo y modero mis deseos, como un niño en brazos de su madre. Espero Israel en el Señor, ahora y por siempre».

Frente a quienes piensan que la fórmula para alcanzar la felicidad consiste en poseerlo todo, Jesús nos ha enseñado que el secreto está en desear poco, o mejor dicho, en desear sólo al Todo.

Paradójicamente, la felicidad exige el precio del olvido de uno mismo: «Quien busque su vida la perderá, pero quien pierda su vida por mí la encontrará» (Mt 10, 39). El secreto de la felicidad es la caridad: ser feliz haciendo felices a los demás, ya que la felicidad no es auténtica hasta que es compartida.

Una iniciativa para estas Navidades

El próximo domingo, 30 de diciembre, día de la Sagrada Familia, la Iglesia de España se dispone a realizar un signo orante y elocuente ante los ojos del mundo, en favor de la familia. Estamos todos convocados a asistir a la Plaza Colón de Madrid, a una liturgia de la Palabra, que tendrá como lema «Por la familia cristiana», en la que el Papa nos dirigirá unas palabras, en una conexión en directo. La familia está recibiendo muchas heridas y necesita ser defendida. Desde nuestra diócesis se ofrecerá la oportunidad de participar en esta concentración, a través de las parroquias y del Centro de Orientación Familiar (COF).

A todos vosotros, fieles de la Diócesis de Palencia: ¡Feliz Navidad! Pido al Niño Dios por todas las familias palentinas, y en estas fechas tan entrañables os deseo la verdadera felicidad.

Con cariño, os bendice vuestro obispo

† José Ignacio

APRENDIZAJE Y EJERCICIO DE LA ESPERANZA

Diario Palentino, 16 de diciembre de 2007

La segunda encíclica de Benedicto XVI, *Spe Salvi*, se ha centrado en la virtud teologal de la esperanza, después de que la primera lo hiciese en la

caridad, *Deus Caritas est*. Este itinerario seguido por nuestro Papa es una buena muestra de su firme convicción de volver a lo sustancial e incidir en el abecé de nuestra religiosidad: redescubrir la fe, la esperanza y la caridad.

Laín Entralgo decía que «el hombre es un animal que espera». Vivir es esperar. Más aún, «somos esperanza» (Landsberg). Sin embargo, la encíclica papal nos enseña a distinguir entre «esperanzas» y «esperanza». La esperanza a la que se refiere el Papa es la teologal. La esperanza cristiana es vivir el presente desde el futuro que nos ha sido dado en la Resurrección de Jesucristo.

En el presente artículo, nos queremos centrar en la parte final de la encíclica, donde se nos habla de los «lugares de aprendizaje y ejercicio de la esperanza». Pues bien, tres son los «lugares» que el Papa nos propone para aprender y, al mismo tiempo, para ejercitar esta virtud:

Oración y esperanza

Decía el beato Santiago Alberione que «la oración es la respiración de la esperanza. ¡Dime cómo rezas, y te diré lo que esperas! San Agustín define la oración como una escuela de esperanza.

El hombre ha sido creado para ser colmado por Dios; pero el problema es que nuestro corazón es demasiado «pequeño», y nuestros deseos y esperanzas necesitan ser purificados. Con frecuencia, Dios no nos concede de forma inmediata los dones que le pedimos, tal vez porque no nos convienen o, quizás, porque necesitamos tener más conciencia de gratuidad...

> En la oración, el hombre ha de aprender qué es lo que verdaderamente puede pedirle a Dios, lo que es digno de Dios. Ha de aprender que no puede rezar contra el otro. Ha de aprender que no puede pedir cosas superficiales y banales que desea en ese momento, la pequeña esperanza equivocada que lo aleja de Dios. Ha de purificar sus deseos y sus esperanzas (*Spe Salvi*, 33).

El ejercicio de la oración de petición es similar al del marinero que, desde su barquichuela, lanza una soga al lugar de amarre del puerto. Después de tirar con fuerza de la soga, lo que consigue no es precisamente que el puerto se acerque a su barca, sino al contrario: es él quien se acerca al puerto.

Sufrimiento y esperanza

La lucha por la construcción de una sociedad más justa conlleva inevitablemente el sufrimiento. Aunque nosotros podamos y debamos procurar atenuar nuestro sufrimiento, no nos es posible eliminarlo: forma parte de nuestra existencia. El mensaje de la encíclica es bien claro:

> «Lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito» (*Spe Salvi*, 37).

En el sufrimiento también hay esperanza. Más aún, la capacidad de sufrir por amor a la verdad es un criterio de humanidad.

A la «aceptación» del sufrimiento, el Papa añade el «ofrecimiento». Nuestros sufrimientos pueden ser libremente ofrecidos a Dios en favor de nuestros hermanos. De esta forma estaremos participando en esa misma ofrenda voluntaria que hizo Cristo de sí mismo al Padre en la Cruz. Los cristianos tenemos la firme convicción de que no existe sufrimiento inútil ni estéril, sino que cada cruz de nuestra vida lleva implícita una vocación corredentora.

Juicio eterno y esperanza

Con frecuencia, nosotros hemos opuesto el concepto de justicia al de misericordia. Si Dios es infinitamente misericordioso, entonces tiene que cerrar los ojos ante nuestras faltas y renunciar a hacer justicia. Por el contrario, si es infinitamente justo, entonces no puede ser misericordioso. Sin duda alguna, ese dilema es falso. «El Juicio de Dios es esperanza, tanto porque es justicia, como porque es gracia» (*Spe Salvi*, 47).

Citando una escena de la novela *Los hermanos Karamazov* de Dostoievski, Benedicto XVI nos recuerda que los malvados no se sentarán indistintamente a la mesa del banquete eterno junto a sus víctimas, como si no hubiera pasado nada. En efecto, la existencia del infierno es expresamente afirmada en la encíclica, porque «puede haber personas que han destruido totalmente en sí mismas el deseo de la verdad y la disponibilidad para el amor» (*Spe Salvi*, 45); de la misma forma que

también habrá personas santas, perfectamente purificadas y preparadas para entrar a ver el rostro de Dios en el Cielo.

Sin embargo, el Papa se atreve a mostrar su convicción personal:

> Según nuestra experiencia, ni lo uno ni lo otro son el caso normal de la existencia humana. En gran parte de los hombres —eso podemos suponer— queda en lo más profundo de su ser una última apertura interior a la verdad, al amor, a Dios. Pero en las opciones concretas de la vida, esta apertura se ha empañado con nuevos compromisos con el mal; hay mucha suciedad que recubre la pureza...» (*Spe Salvi*, 46).

En efecto, el Papa habla del estado del purgatorio como un último ofrecimiento de la misericordia de Dios, que nos purifica y santifica, restableciendo así también la justicia. La posibilidad de la purificación de nuestros pecados, en esta vida y más allá de ella, es motivo de esperanza para nosotros.

Los cristianos estamos invitados a orar y a entregarnos a favor de las almas del purgatorio, participando y cooperando en el misterio de la comunión de los santos. Concluye el Papa diciendo:

> «Como cristianos, nunca deberíamos preguntarnos solamente: ¿Cómo puedo salvarme yo mismo? Deberíamos preguntarnos también: ¿Qué puedo hacer para que otros se salven y para que surja también para ellos la estrella de la esperanza? Entonces habré hecho el máximo también por mi salvación personal» (*Spe Salvi*, 48).

«ANGELITOS» PARA EL CIELO

Diario Palentino, 9 de diciembre de 2007

Las noticias servidas sobre la intervención policial en las clínicas abortistas de Barcelona han conmovido a una parte considerable de la opinión pública. Ciertamente, lo de la trituradora conectada a los desagües, la falsificación de las ecografías para encubrir los abortos de siete y ocho meses de gestación, etc., era ya demasiado sangrante como para

pasarlo por alto. Sin embargo, en esta sociedad del impacto mediático, existe el riesgo de que el debate sobre el aborto se circunscriba al tamaño del feto o a las mafias clandestinas de esta «industria». Parece como si la bondad o maldad del aborto, fuese a depender del acatamiento de unos determinados límites.

A la hora de responder a la pregunta sobre qué es el hombre, forzosamente tenemos que tomar una opción en nuestra respuesta: o bien, lo consideramos un ser meramente material, un simple animal —eso sí, más evolucionado que los demás—, o por el contrario, descubrimos en él un principio espiritual que lo hace esencialmente distinto de cualquier especie animal.

No cabe duda de que los defensores del aborto se encontrarán en el primer grupo. Lógicamente, afirmarán que «eso» no es más que un trozo de carne, que no una persona. Llevando el problema del aborto hasta sus últimas consecuencias, se nos plantea la cuestión de la espiritualidad o materialidad del hombre. ¿Existe el alma humana?

En el hombre hay acciones que no se explican meramente por las leyes biológicas. La razón de ser de estas acciones ha de estar en la existencia de un principio espiritual en el hombre. El motivo es bastante lógico: la materia no puede producir por sí misma operaciones espirituales. Nos limitaremos a indicar tres realidades de la vida del hombre que evidencian, de alguna manera, la existencia del alma:

• *El arte*:

Imaginemos que entramos en una cueva y dudamos de si en ella habitó el hombre prehistórico. Sin embargo, al comprobar las pinturas de bisontes u otros animales que hay en las paredes se nos disipan definitivamente las dudas: podemos afirmar con certeza que en esta cueva ha habitado el hombre. ¿Por qué? Porque el arte es un fenómeno espiritual, que un animal no puede ni realizar ni disfrutar. El animal no hace nada más allá de lo que sea útil para su vida. Jamás llegará al disfrute desinteresado de la belleza de un cuadro, a la contemplación de algo que no se traduzca en una utilidad inmediata.

• *La libertad humana*:

Se trata de la capacidad de autodeterminarse que tiene el hombre, por encima de las leyes genéticas que condicionan totalmente la actuación de un animal. Los genes nos pueden condicionar, pero no pueden determinarnos totalmente. Mientras que los animales son copias de sus padres, nosotros no lo somos. El hombre es algo inédito e irrepetible, capaz de

optar y elegir, creando así su propia historia. El animal, por el contrario, determinado genéticamente, no se distancia de las cosas materiales ni puede elegirlas. Su existencia no es «historia», sino vida vegetativa.

• *La religión*:

Que los animales carecen de sentido religioso es un hecho incuestionable. Y esto es así porque el fenómeno de la religión es algo radicalmente espiritual. Supone en el hombre una tendencia al infinito que sólo surge tras la constatación de que las cosas de este mundo no le satisfacen plenamente. Esta tendencia es un hecho espiritual que nunca se encontrará en los animales, dado que ellos quedan saturados por la satisfacción de sus instintos. El hombre es el único animal religioso. Precisamente porque tiene un alma espiritual. El hecho de que existan ateos no pone en cuestión lo afirmado anteriormente. En efecto, siguiendo el hilo de lo expuesto, para demostrar la existencia del alma basta comprobar la capacidad que tiene el hombre de ser religioso, pero no hace falta que lo sea de hecho. De la misma forma que hay hombres que ni pintan, ni disfrutan de la contemplación de un cuadro, pero sin embargo, tienen esa capacidad y podrían llegar a hacerlo si se les educase en ello.

Podríamos continuar citando ejemplos pero, en definitiva, la negación de la existencia del alma conlleva la dificultad de fundamentar la dignidad de la persona humana. ¿Por qué tiene el ser humano una dignidad que no tiene el animal? ¿Por qué no nos parece mal que en una granja se haga sufrir a un buey tirando de un carro y, sin embargo, sí nos parece mal que se utilice o se explote a una persona?

Fruto de la confusión que se crea al negar la espiritualidad del hombre, son toda una serie de actitudes absolutamente contradictorias: se trata al hombre como a un animal (como ocurre con el fenómeno abortista), mientras que a los animales se les trata como a seres humanos (peluquerías caninas, hoteles para mascotas, cementerios y crematorios para animales, etc.). Una inversión de valores, que tiene su raíz en la negación del alma inmortal humana.

¿No nos parece significativo que la intervención policial de Barcelona haya tenido lugar tras una denuncia de una asociación católica, de nombre *e-cristians*? En octubre de 2006 la televisión pública danesa (DR) hacía un reportaje de investigación, con cámara oculta, mostrando a los ojos del mundo esta carnicería. No era la primera vez. Anteriormente, en 2004, el periódico británico *Daily Telegraph* ya había sacado a la luz el escándalo. Pero, sin embargo, nadie se movió en ninguno de los dos casos: ni la fiscalía, ni la clase médica, ni los responsables políti-

cos de la sanidad... ¡NADIE! Ha tenido que ser una asociación religiosa (*e-cristians*) la que «ha puesto el cascabel al gato». ¿Será quizás que los hechos terminan demostrando que sólo quienes confiesan la «espiritualidad» del ser humano, tienen razones suficientes para defender su dignidad? ¿O será, tal vez, que la valentía brota de la fe?: «Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma» (Mt 10, 28).

En estos días me ha venido a la memoria una anécdota que tenía casi olvidada: siendo seminarista, entré en la habitación de un compañero. Encima de su despacho tenía un retrato familiar. Me llamó la atención que, además de los padres rodeados de sus cinco hijos, en los laterales de la foto hubiese impresos dos angelitos: ¿Qué significan esos dos angelitos en vuestro retrato familiar?, le pregunté. Su respuesta me resultó impactante: «Es que nuestra madre tuvo dos abortos naturales, y siempre nos han inculcado que nosotros no somos cinco hermanos, sino siete».

COF: CENTRO DE ORIENTACIÓN FAMILIAR

Diario de Palencia, 2 de diciembre de 2007

La creación de un Centro de Orientación Familiar en nuestra diócesis es una noticia de primera línea, tanto en el ámbito eclesial como social de Palencia. Hace ya cuatro años que la Conferencia Episcopal Española aprobó el Directorio de Pastoral Familiar de la Iglesia en España. Se trataba de un amplio documento de 250 páginas, que fue recibido con no poca ligereza por algunos medios de comunicación de ámbito nacional. En el capítulo final se planteaba la necesidad de poner en marcha diversos servicios de pastoral matrimonial y familiar. Entre ellos, destacaba el llamado «Centro de Orientación Familiar» (COF), para el cual, el citado Directorio proponía unas metas muy ambiciosas:

> Debe constar de un equipo de profesionales de los distintos ámbitos que afectan al matrimonio y a la familia: orientadores familiares, psicólogos, pedagogos, trabajadores sociales, sexólogos, médicos, juristas, moralistas y sacerdotes, etc., dotados de competencia científica actualizada, de disponibilidad para el trabajo en equipo, y para el método de orientación y con-

> sulta específico del COF. Los profesionales realizarán un trabajo de asesoramiento, consulta, terapia y prevención a nivel personal, matrimonial y familiar en situaciones de dificultad o en crisis relacional.
>
> Los ámbitos de intervención serán los problemas matrimoniales, con particular atención a la vida relacional en los aspectos de comunicación y diálogo, a la vida sexual, a la regulación de la fertilidad y a la acogida de la vida; las relaciones familiares, con una atención a todas las fases del ciclo familiar, a las situaciones irregulares, a los ancianos; la educación de los adolescentes y jóvenes para la vida y el amor; las actividades de formación y prevención en el ámbito comunitario y territorial para favorecer una nueva cultura familiar (n. 277).

En Palencia, como en todos los inicios, comenzaremos humildemente. Necesitaremos de la colaboración de todos los católicos, al mismo tiempo que de la implicación de las instituciones públicas, para alcanzar esas metas tan ambiciosas. Pero nuestro convencimiento y nuestra apuesta por la familia son incondicionales.

Hace escasamente diez días conocíamos datos estremecedores referentes al año 2006: el divorcio ha experimentado un aumento del 74% en España, con respecto al año anterior. El número de parejas que habían roto su relación matrimonial en su primer año de matrimonio ha crecido un 330% en el espacio de ese mismo año. Al mismo tiempo, todos los datos provenientes de multitud de estudios son concluyentes, hasta el punto de demostrar la enorme factura que ha de pagar la familia y que se deriva de su propia desestructuración: los índices de fracaso escolar son muy superiores en los niños educados en familias monoparentales, la violencia doméstica tiene un índice trece veces superior en las parejas de hecho que en los matrimonios, el índice de pobreza es sensiblemente mayor en las familias rotas, etc. En definitiva, la salud familiar contribuye especialmente a prevenir todo tipo de males sociales, hasta el punto de que la defensa del matrimonio y de la familia ha dejado de ser una mera preocupación moral para convertirse en una cuestión de salud pública, ya que los presupuestos y esfuerzos que una sociedad destine a la preservación y defensa de la institución familiar, son inversamente proporcionales a los que engrosan la partida de «asuntos sociales».

Una cosa es respetar y tolerar los fallos de las personas. Pero otra muy distinta es proceder de forma que los errores se conviertan en la norma común, o en el modelo de comportamiento. Parecería lógico que existiesen más recursos sociales para ayuda de las crisis matrimoniales

y familiares. Ante una carencia tan patente, la Iglesia siente la necesidad de salir en auxilio del matrimonio y la familia.

El COF es un instrumento técnico al servicio de la Pastoral Familiar. Somos conscientes de que, en los tiempos que corren, es necesario abordar los problemas en toda su hondura, sin simplificaciones. La Iglesia no puede limitarse a declarar la inmoralidad de determinados desórdenes familiares, sexuales, antropológicos... Es necesario, al mismo tiempo, ofrecer instrumentos de escucha y ayuda psicológica, de reestructuración, orientaciones preventivas, terapias sanadoras, etc.

Los tres objetivos iniciales con los que nace el Centro de Orientación Diocesano son los siguientes:

1. La educación en una visión integrada de la afectividad y de la sexualidad, al servicio de la vocación al amor. A tal efecto, se ofertarán cursos especializados en el ámbito escolar y parroquial.

2. Ayudas para la comunicación familiar, tanto a nivel preventivo, como ofreciendo terapias a las parejas y matrimonios con problemas de comunicación y convivencia.

3. Asistencia en los cursillos prematrimoniales y en las llamadas escuela de padres. Enseñanza de los métodos naturales de la regulación de la natalidad.

El cristianismo tiene una idea muy alta del matrimonio, la familia, la procreación, la educación de los hijos, la sexualidad, la afectividad, el amor... Tenemos ahora un instrumento inmejorable para poner manos a la obra. ¡Apoyemos este Centro de Orientación Familiar Diocesano, que nace plenamente al servicio de todos los palentinos!

PSICOLOGÍA Y MORAL DEL DIVORCIO
DE FENICIA A PALENCIA

El Norte de Castilla, 1 de diciembre de 2007

A mediados de noviembre, el Instituto Nacional de Estadística hacía públicos los datos de 2006, referentes al aumento de rupturas matrimoniales en España. Es una información muy importante ya que por primera vez hemos tenido acceso a comprobar los efectos de la llamada

«Ley de Divorcio Exprés», que fue promulgada en julio de 2005. Se trataba de una ley que facilitaba el divorcio, eliminando la necesidad del trámite de la separación previa, disminuyendo los plazos, y suprimiendo el requerimiento de alegar las causas para acceder al divorcio.

Como era de prever, los resultados han sido demoledores. A pesar de que la ley entró en vigor en la segunda mitad del año 2005, se han disparado las cifras. En 2006, los divorcios aumentaron en España un 74% con respecto al año anterior. El motivo es doble: la mayoría de las parejas han prescindido de la separación previa, accediendo directamente al divorcio; a lo que hay que añadir que el número de rupturas matrimoniales (sumando separaciones, divorcios y nulidades) ha crecido un 6'5%. Es particularmente significativo el hecho de que hayan aumentado un 330% las rupturas en el primer año de convivencia matrimonial.

Este tipo de leyes «liberales» suelen justificarse con el argumento de que se limitan a dar un marco legal a las demandas sociales. Sin embargo, una vez más, la experiencia nos demuestra lo contrario: las políticas familiares liberales, lejos de limitarse a proporcionar un marco legal a las realidades sociales con las que se encuentran, generan y promueven activamente las crisis.

La Ley del Divorcio Exprés no ha hecho sino añadir más elementos para trivializar las rupturas matrimoniales. Su filosofía está en la línea de una cultura ansiosa e irreflexiva, que en vez de hacer frente a las causas de los problemas, emprende una huida cobarde... Antes de la entrada en vigor de esta ley, cerca de un 20% de las separaciones matrimoniales llegaban a recomponerse sin desembocar en el divorcio. La eliminación de cautelas en los plazos y en los modos para acceder al divorcio, no hace sino dificultar los tiempos y las posibilidades de arreglo, para limitarse a facilitar las rupturas.

Con tristeza hemos observado también, cómo el Parlamento de Castilla León aprobaba una «Ley de Mediación Familiar», con fecha de abril de 2006, en la que, aun reconociendo la grave crisis que sufre la institución matrimonial, se limitaba a ofrecer ayuda para mediar en las rupturas. En efecto, en la exposición de motivos de la citada ley, podemos leer: «La finalidad de la mediación familiar no es la de evitar situaciones de ruptura, sino la de aminorar las consecuencias negativas que se derivan de las mismas» (Exposición de Motivos de la Ley, I).

¿Nos podemos contentar con el objetivo de que las rupturas sean amistosas? ¿Es eso suficiente para «desdramatizar» el divorcio? ¿No

estaremos, una vez más, «tomando el rábano por las hojas»? ¿Qué acciones concretas se han puesto en marcha para prevenir las rupturas matrimoniales, o para ofrecer todas las ayudas necesarias a quienes lo soliciten, para superar sus problemas de convivencia?

La Diócesis de Palencia ha inaugurado esta semana un Centro de Orientación Familiar, situado en el número 6 de la calle Diego Laínez. Se trata de un servicio a la familia que abarca una oferta mucho más amplia que la de la terapia de pareja, pero que, evidentemente, la incluye.

Los cristianos tenemos un motivo muy especial para luchar contra el divorcio. Hemos aprendido de Jesucristo que las cruces de nuestra vida nos hacen madurar cuando las afrontamos, mientras que nos destruyen cuando huimos de ellas. Las crisis de pareja se convierten en una ocasión de crecimiento para los que saben que el matrimonio no es sólo una elección, sino una vocación. En realidad, estamos ante un problema del sentido de la misma existencia. Sólo cuando sabemos que venimos del Amor y que volvemos a él, venciendo el sufrimiento y la muerte, es cuando podemos dar lo mejor de nosotros mismos, luchando por vencer en la «batalla» de nuestra vida.

En el año 335 a. C., al llegar a las costas de Fenicia, Alejandro Magno tuvo que librar una de sus más grandes batallas: al desembarcar comprobó que los soldados enemigos superaban en cantidad tres veces mayor a su ejército. Sus hombres estaban atemorizados y solicitaban retirarse sin acometer aquella guerra. Habían perdido la fe en la victoria y se daban por derrotados. Fue entonces cuando Alejandro Magno decidió quemar las propias naves, dejando a sus hombres sin posibilidad de retroceso, ante las murallas de Fenicia. Y fue entonces, también, cuando aquellos hombres encontraron la motivación necesaria para asaltar las murallas de Fenicia y ganar aquella batalla.

Como explicaba nuestro querido Juan Pablo II, de feliz memoria, en uno de sus discursos pronunciados en Argentina, «los que no están dispuestos a amarse para siempre, en realidad no se aman con toda la intensidad, en ningún momento». Quien pone un límite al amor en el tiempo, sea o no consciente de ello, lo está poniendo también en la intensidad. Por ello, merece la pena seguir apostando por hacer realidad aquella promesa: «Hasta que la muerte nos separe».

IGLESIA, ¿QUIÉN ERES?
Diario Palentino, 18 de noviembre de 2007

«La Iglesia no debe hablar principalmente de sí misma, sino de Dios». Con esta jugosa reflexión, se dirigía el Papa Benedicto XVI a un grupo de obispos portugueses, el pasado 10 de noviembre. De hecho, cuando en el seno de la Iglesia estamos absorbidos por nuestras cuestiones y debates internos, hacemos patente nuestro «descentramiento». ¡Mal indicio es que los cristianos estemos más ocupados en «chismes» y «rumores» eclesiales que en proclamar el Evangelio de Jesucristo y en enseñar el Magisterio de la Iglesia!

Partiendo de lo anterior, lo lógico sería pensar que no nos debe preocupar la imagen que la opinión pública pueda tener de la Iglesia: ¡ocupémonos de las cosas de Dios, y Él ya se ocupará de nuestra imagen! Pero, por desgracia, la realidad es más compleja. Estamos en una sociedad mediática, en la que muchos hermanos nuestros reciben una imagen muy distorsionada de la Iglesia. En un estudio sociológico encargado recientemente por nuestra Conferencia Episcopal, se concluye que las personas más críticas con la labor de la Iglesia son las que menos información de primera mano tienen sobre su actividad real y quienes más se dejan llevar por tópicos.

Eduardo Dogherty, un jesuita americano afincado en Brasil, afirmaba: «La Iglesia católica debería apasionar a sus potenciales "clientes". Tenemos la mejor de las ofertas: Dios. Tenemos el mejor precio posible: gratis. Una red mundial de distribución que sería la envidia de cualquier empresa...». Y, entonces: ¿qué es lo que falta para que la Iglesia sea más y mejor conocida? Bien es verdad que no es cuestión de pensar que los problemas de la Iglesia se vayan a solucionar con una operación de marketing. La superación de nuestras crisis pasa por una mayor fidelidad en el seguimiento de Jesucristo.

Pero, más allá de nuestra necesaria conversión, parece bastante obvio que tenemos un problema de comunicación y que necesitamos hacer un esfuerzo para dar a conocer la labor evangelizadora de la Iglesia. «Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte. Ni tampoco se enciende una lámpara para ponerla debajo del celemín, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa. Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los Cielos» (Mt 5, 14-16)

En este contexto, y con motivo del Día de la Iglesia Diocesana, la Conferencia Episcopal Española ha presentado una campaña publicitaria, que busca dar a conocer la labor evangelizadora de la Iglesia, a la vez que informa de las líneas básicas del acuerdo de financiación para la Iglesia española, alcanzado entre el Estado y la Santa Sede en diciembre de 2006, y que ya estará en vigor en la próxima declaración de la renta.

Es de suponer que, a estas alturas, muchos de vosotros ya habréis podido ver alguno de los anuncios televisivos de esta campaña: «La Iglesia está presente en los acontecimientos más importantes de la vida». Cuatro son las tareas principales que quisiéramos dar a conocer: actividad pastoral, asistencial, educativa y conservación de patrimonio. Los datos son impactantes por sí mismos: 23.000 parroquias y 20.000 sacerdotes, 850 monasterios contemplativos, 200 hospitales y ambulatorios, 300 guarderías, 900 orfanatos, 1.600 centros de acogida y de reinserción familiar y social, 5.000 colegios concertados (con 1.741.697 alumnos), 200 centros de educación universitaria...

Dar a conocer todos estos datos puede ser muy necesario, especialmente de cara a tantos cristianos que son víctimas de la desinformación. Pongamos un ejemplo: ¿cuántos saben que la Iglesia le ahorra al Estado Español anualmente 2.920 millones de euros, solamente en concepto de la enseñanza que imparte en los colegios religiosos concertados? Así pues, no hemos de tener miedo a la verdad, convenientemente publicitada, ya que puede aportar luz a tantas víctimas de las leyendas negras difundidas sobre la Iglesia.

Dicho lo cual, y sin contradecir lo anterior, somos conscientes de que lo esencial del ser y de la labor de la Iglesia escapa a las cámaras, a los teletipos y a las grabadoras. ¿Cómo dar a conocer al mundo que nuestra Iglesia es el Cuerpo Místico de Cristo y que en ella habita el Espíritu Santo? He aquí la labor complementaria de esta campaña publicitaria: nuestro propio testimonio. Con la perspectiva que nos da la fe, conocemos y proclamamos que la Iglesia es esa nave que tiene por mástil la cruz de Cristo, por velamen la confianza en Dios Padre, por viento impulsor el Espíritu Santo, por capitán a la Virgen María y por timonel al sucesor de Pedro. ¡Amemos a la Iglesia como un hijo ama a su madre!

PRINCIPIO DE SUBSIDIARIEDAD
Diario Palentino, 11 de noviembre de 2007

Para comprender las razones últimas de muchos de los desencuentros que están teniendo lugar en la construcción de nuestra sociedad, no es suficiente con describir la disparidad de opciones personales, sino que es necesario profundizar en los principios morales y espirituales sobre los que se sustentan las diversas opciones. Sin pretender ahora tratarlos de modo exhaustivo, nos centramos en uno de ellos en concreto: el llamado «principio de subsidiariedad». Es una de las columnas principales sobre las que se construye la Doctrina Social Católica. Bien es cierto que se trata de un principio de Ley Natural, reconocido y aceptado por ciudadanos de otras confesiones religiosas, e incluso por quienes carecen de religión; pero es de justicia reconocer que, en buena parte, su formulación y desarrollo se ha producido en el seno o al amparo de la Iglesia Católica.

Pues bien, conforme al principio de subsidiariedad, la persona humana, la familia, las iniciativas populares —y no el Estado—, son el centro de toda la vida social. El Estado existe para la persona y para la sociedad, pero no al revés.

En la Encíclica *Quadragesimo Anno*, Pío XI se expresaba en los siguientes términos:

> No se puede quitar a los individuos y darlo a la comunidad lo que ellos pueden realizar por sus propias cualidades y esfuerzo. Es gravemente injusto y perturbador del recto orden quitar a las comunidades menores e inferiores lo que ellas pueden hacer y dárselo a una sociedad mayor y más elevada, ya que toda acción de la sociedad, por su propia fuerza y naturaleza, debe prestar ayuda a los miembros del cuerpo social, pero no destruirlos y absorberlos.

Conforme a este principio, todas las realidades sociales de orden superior deben ponerse al servicio de las menores, con una actitud de ayuda (*subsidium*): reconocimiento, apoyo, promoción, etc. Por el contrario, el Estado debe abstenerse de cuanto restrinja el espacio vital de las células menores de la sociedad.

En la práctica, el principio de subsidiariedad nos protege de las instancias sociales superiores, e insta a éstas a ponerse al servicio de los particulares y de los cuerpos intermedios: priman o tienen prioridad la

persona, la familia, las asociaciones vecinales, los ayuntamientos, el voluntariado, las fuerzas vivas de la sociedad, el reconocimiento de la función social del sector privado, la salvaguarda de los derechos de las minorías... Aun reconociendo que pueden darse casos y circunstancias que requieran una función de suplencia por parte del Estado, ésta no deberá extenderse y prolongarse más allá de lo estrictamente necesario.

El Catecismo de la Iglesia Católica expresa: «Cuando el Estado no pone su poder al servicio de los derechos de todo ciudadano, y particularmente de quien es más débil, se quebrantan los fundamentos mismos del Estado de derecho» (CEC 2273). Y Juan Pablo II, en la encíclica *Centesimus Annus*, nos dice que el «Estado totalitario tiende, además, a absorber en sí mismo la nación, la sociedad, la familia, las comunidades religiosas y las mismas personas».

Caso de Venezuela

El pasado 19 de octubre, la Conferencia Episcopal Venezolana publicaba una Exhortación Pastoral en la que se pronunciaba contra la propuesta de Reforma Constitucional presentada por el presidente de Venezuela, Hugo Chávez. La voz profética del episcopado venezolano se expresaba en estos términos:

> Se acentúa la concentración de poder en manos del Presidente de la República [...] se incrementa excesivamente el poder del Estado [...] el gobierno controla muchísimos espacios de la vida ciudadana [...] establece el dominio absoluto del Estado sobre la persona [...]. El Estado debe ayudar pero no absorber ni suplantar las iniciativas, la libertad y la responsabilidad de las personas y de los grupos sociales [...] Por cuanto el Proyecto de Reforma vulnera los derechos fundamentales del sistema democrático y de la persona, poniendo en peligro la libertad y la convivencia social, la consideramos moralmente inaceptable a la luz de la Doctrina Social de la Iglesia.

Caso concreto de España

Aunque nuestro caso no sea comparable al de Venezuela, es preocupante comprobar cómo muchos de los conflictos que nuestra sociedad es-

pañola está padeciendo son generados por el desprecio al principio de subsidiariedad. ¿Acaso la imposición de Educación para la Ciudadanía, no supone una intromisión en el ámbito de la familia, por parte de las autoridades políticas? ¿Qué decir de la situación de muchos colegios concertados, al borde del estrangulamiento económico? ¿Acaso no ocurre lo mismo con el control de los medios de comunicación? Un caso bien concreto lo estamos percibiendo en España con el arrinconamiento de Radio María en el reparto de frecuencias, dentro del actual proceso de ordenación del espacio radiofónico.

Nuestra complicidad con el problema

Sin embargo, la violación del principio de subsidiariedad no se explica exclusivamente por la tendencia de las autoridades al despotismo. Tengamos en cuenta que la subsidiariedad exige participación y compromiso personal, en modo responsable y con vistas al bien común. Por desgracia, el absentismo y el desinterés por la vida social pueden ser percibidos como una opción más cómoda.

Por ello, parece oportuno que concluyamos con las palabras finales de la referida Exhortación de los obispos venezolanos: «Solamente quien es libre, construye la paz [...] Cada uno de los cristianos está llamado a descubrir y promover caminos de justicia y reconciliación en la familia, en cada comunidad y en toda la nación».

¿POR QUIÉN REPICAN LAS CAMPANAS?

Diario Palentino, 4 de noviembre de 2007

El domingo 28 de octubre repicaron al unísono las campanas de la Basílica de San Pedro del Vaticano y las campanas de las parroquias natales de los cincuenta y un nuevos beatos palentinos. Si hace setenta años nuestras campanas «doblaron», ahora han «repicado»... En nuestro rico idioma castellano, distinguimos bien el matiz que diferencia las expresiones «doblan las campanas» y «repican las campanas». La primera

tiene un sentido mortuorio, mientras que la palabra «repicar» evoca el toque festivo de las campanas en señal de gloria y alegría.

Al día siguiente de las beatificaciones, el lunes 29 por la mañana, los peregrinos españoles presentes en Roma celebrábamos una Misa de Acción de Gracias en la Basílica de San Pedro del Vaticano. Con emoción contenida escuchábamos la impresionante proclamación del salmo responsorial cantado por una soprano: «Cuando el Señor cambió la suerte de Sión, nos parecía soñar: la boca se nos llenaba de risas, la lengua de cantares. Hasta los gentiles decían: «El Señor ha estado grande con ellos». El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres. Que el Señor cambie nuestra suerte, como los torrentes del Negueb. Los que sembraban con lágrimas, cosechan entre cantares. Al ir, iba llorando, llevando la semilla; al volver, vuelve cantando, trayendo sus gavillas» (Sal 125).

Efectivamente, aquellos acontecimientos vividos en los años treinta fueron trágicos, pero ahora, a la luz de la fe y con la perspectiva que da el paso del tiempo, nos percatamos de que eran también gloriosos. La beatificación de estos mártires es una llamada, en primer lugar, a acrecentar la virtud de la esperanza en nuestra vida. Ésta es la gran lección del Evangelio de Jesucristo, reactualizada por estos contemporáneos nuestros: Sin cruz no hay gloria. No hay rosa sin espina, de la misma forma que —a la luz de la Cruz de Cristo— esperamos firmemente que detrás de cada espina brote una flor de vida eterna. La perspectiva que nos dan los mártires es fundamental para dar sentido a nuestra existencia: ningún sufrimiento de nuestra vida es inútil, cuando es integrado en la Pasión de Cristo. «En todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman» (Rom 8, 28).

En segundo lugar, la homilía pronunciada por el Cardenal Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, José Saraiva Martins, resumía de la siguiente forma el legado que nos dejan los mártires: «A los hombres y a las mujeres de hoy nos dicen en voz muy alta que todos estamos llamados a la santidad [...]. ¡Dios nos ha creado y redimido para que seamos santos! No podemos contentarnos con un cristianismo vivido tibiamente».

En otras palabras: el testimonio de los mártires es el mejor antídoto contra la mediocridad y el «pensamiento débil» tan propios de nuestra cultura actual. Su muerte testimonia que la felicidad del cristiano pasa por una opción irrenunciable e innegociable: vivir y morir en gracia de Dios. «Porque quien quiera salvar su vida, la perderá;

pero quien pierda su vida por mí, ése la salvará. Pues, ¿de qué le sirve al hombre haber ganado el mundo entero, si él mismo se pierde a sí mismo?» (Lc 9, 24-25).

Por último, añadiremos que un signo inequívoco que autentifica el martirio de nuestros mártires es el perdón y la misericordia. Las palabras de Jesús en la Cruz: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen» (Lc 23, 34) fueron reproducidas por San Esteban, el primero de los mártires, en el momento de su lapidación: «Padre, no les tengas en cuenta este pecado» (Hch 7, 60), y brotan igualmente de los labios de los nuevos beatos. Resultan conmovedoras las palabras que uno de los nuevos beatos, religioso franciscano de la Comunidad de Consuegra, dirigía a sus hermanos, cuando estaban a punto de ser martirizados: «Hermanos, elevad vuestros ojos al cielo y rezad el último padrenuestro, pues dentro de breves momentos estaremos en el Reino de los cielos. Y perdonad a los que os van a dar muerte».

No me resisto, a reproducir también el testimonio de otro de los 498 nuevos beatos. Es el caso de don Ricardo Pla Espí, capellán mozárabe y Secretario de Estudios de la Universidad Pontificia de Toledo. Cuando fueron a su casa los milicianos con intención de matarle, su padre abrió la puerta. Don Ricardo, consciente de lo que hacía, bajó rápidamente a la entrada y dijo: «El sacerdote soy yo». Su madre y su hermana salieron también y don Ricardo se despidió de la familia con estas palabras dirigidas a su madre: «Madre, ¿usted no me ha criado para el cielo?... ¡Pues ésta es la hora! Al martirio hay que ir con alegría». Su madre respondió: «Hijo mío, ¡mucho valor para sufrir!, y ¡mucho más amor para perdonar!». A los pocos minutos, trasladado al paseo toledano del Tránsito, el beato Ricardo Pla Espí caía fusilado mientras gritaba: «¡Viva Cristo Rey!». Era la tarde del 30 de julio de 1936.

Sólo me queda concluir con las palabras pronunciadas por el cardenal Bertone, Secretario de Estado: «Pidamos al Señor que el ejemplo de santidad de los nuevos mártires alcance para la Iglesia en España muchos frutos de auténtica vida cristiana: un amor que venza la tibieza, una ilusión que estimule la esperanza, un respeto que dé acogida a la verdad y una generosidad que abra el corazón a las necesidades de los más pobres del mundo».

El 6 de noviembre ha sido elegido como la fecha anual para la conmemoración litúrgica de estos mártires. Aprovechando su proximidad, el próximo martes, 6 de noviembre, a las 18.00 h., tendremos en nues-

tra catedral palentina una Misa de Acción de gracias por la beatificación de estos 51 palentinos.

MARXISMO Y MARTIRIO

El Norte de Castilla, 3 de noviembre de 2007

El domingo pasado asistimos en Roma a la beatificación de 498 mártires de la persecución religiosa de los años treinta en España. Entre ellos, tenemos el honor de contar con cincuenta y un mártires palentinos, asesinados en los meses posteriores al estallido de la Guerra Civil. Tampoco debemos olvidar el martirio del Hermano Bernardo, muerto en Barruelo en octubre de 1934, en el contexto de la persecución religiosa desatada en la revolución de Asturias.

La Iglesia Católica ha destacado insistentemente que los mártires son aquellos que fueron asesinados por «odium fidei» (odio a la fe) y que murieron testimoniando su fe en Cristo. Ellos no lucharon en ningún frente, ni tomaron parte en ninguna contienda, sino que testimoniaron su amor incondicional hacia todos, y de una forma muy especial hacia quienes les tenían por enemigos.

En estos días previos a las beatificaciones, asistía yo a la proyección de un vídeo sobre los mártires. En la tertulia que siguió a la visualización del vídeo, un joven allí presente manifestó que le costaba entender cómo podía haberse desatado esa violencia tan cruel hacia miles de sacerdotes, religiosos y seglares católicos, que no habían hecho otra cosa en su vida que rezar, atender a pobres, niños, ancianos... Se sentía perplejo por aquella falta de respeto y de tolerancia.

En efecto, al escucharle me percaté de que muchas personas pueden carecer de la visión histórica y filosófica necesarias para comprender el origen de aquella persecución antirreligiosa. En el fondo de aquel baño de sangre, sin precedentes en la historia de España, estaba una ideología determinada que había sido inoculada en las masas: el marxismo.

Carlos Marx (1818-1883) hizo famosa aquella expresión de que «la religión es el opio del pueblo». La religión no serviría sino para que los pobres se resignasen a su destino en esta vida, consolándose con el pen-

samiento en el más allá. Pero, claro, dado que esta interpretación no se compaginaba fácilmente con todas las obras sociales de la Iglesia a favor de los más desheredados, atacó sin piedad el ejercicio de la caridad, afirmando que no tenía otra finalidad que tranquilizar la conciencia de los ricos bienhechores, además de impedir la revolución de los pobres.

Marx afirma que la condición «sine qua non» para la realización del hombre es la negación de la existencia de Dios. El hombre sólo podrá alcanzar su plenitud después de derribar a los dioses de su trono. En su opinión, de la misma forma a como los trabajadores están esclavizados por el «capital» (producto de su propio trabajo), así también los hombres están dominados por el producto de su propio cerebro (sus creencias religiosas).

Lo cierto es que el marxismo no pudo ser más claro en su llamada a la violencia. Llamaba a colgar a los capitalistas de las farolas más próximas. «Cuando llegue nuestro momento, no disfrazaremos nuestro terrorismo». Dado que para el marxismo, cada persona es producto de su clase social, no hay esperanza alguna de que nadie pueda cambiar. No cabe la redención personal, sino sólo la revolución violenta que habría de liberar a la clase proletaria de la clase capitalista.

Uno de los motivos que llevan al marxismo a justificar plenamente la violencia es éste: no se reconoce la dignidad del individuo. La persona es absorbida por el «colectivo revolucionario», por el «partido», por la «causa». Anulado el individuo, el marxismo incita a los prejuicios basados en la clase social y promueve la violencia.

Al absorber a la persona dentro de una clase social, Marx estaba actuando de un modo semejante a Hitler, que encuadraba a las personas por razas. Curiosamente, una vez negado Dios —auténtico garante de la dignidad del hombre— el marxismo y el nazismo tuvieron consecuencias funestas similares: Auschwitz y el Archipiélago Gulag.

¿Cómo es posible que fuese aceptada una filosofía tan brutal cuya dinámica interna está abocada con toda certeza a la violencia y a la muerte? Algunos afirman que la explicación está en el atractivo mesiánico de Marx, quien incitó el espíritu de sus seguidores de forma astuta y despiadada. Explotó la miseria de los pobres hasta el extremo, presentándose como un mesías redentor de la tragedia del hombre, hasta el punto de reubicar el paraíso, convirtiéndolo en un reino terrenal.

A mi juicio, la persecución religiosa habida en Europa como consecuencia de la filosofía marxista no es suficientemente conocida ni por jóvenes ni por adultos. ¿Cuántos saben —por poner un ejemplo— el

dato fehaciente del asesinato de doscientos mil sacerdotes ortodoxos tras la revolución comunista en Rusia?

Es importante que entendamos que estas páginas tan negras de la historia de Europa no pueden explicarse solamente por su contexto socio-político, sino que para su plena comprensión es necesario conocer las ideas erróneas que han echado gasolina al fuego de las injusticias sociales. Bien sabemos que existen ideologías fratricidas que forman parte de la cultura de la muerte. En efecto, las ideas erróneas pueden ser también cómplices del asesinato de los inocentes.

Si verdad es aquello de que «quien siembra vientos recoge tempestades», más cierta es todavía la promesa de Cristo: «Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios... Bienaventurados seréis cuando os injurien, y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos» (Mt 5, 9-11).

LOS MEJORES HIJOS DE LA IGLESIA

Diario Palentino, 28 de octubre de 2007

¡Hoy es un día histórico, donde los haya, para nuestro pueblo! Difícilmente volveremos a ser testigos de una beatificación colectiva de cincuenta y un fieles de esta diócesis. Aquel elogio que Santa Teresa dedicaba a los palentinos («gente de buena masa»), se queda ahora muy pequeño, al compararlo con este reconocimiento de la cumbre de la santidad para los mejores los hijos de nuestro pueblo.

La persecución religiosa durante la Guerra Civil española y en los años previos, marcó la cima del martirologio de la historia de España. Ni siquiera durante los siglos de dominación musulmana tenemos noticia de tantos españoles martirizados en tan corto espacio de tiempo.

Resulta verdaderamente impresionante y conmovedor, el hecho de que no tengamos conocimiento de ningún caso de apostasía de la fe entre tantos miles como fueron martirizados. ¡Qué más natural que el pánico ante las torturas y la ejecución inminente hubiese empujado a

un buen número de creyentes a dar un paso atrás! ¡Ni tan siquiera uno solo de ellos dejó de anteponer la fe en Dios al apego a la vida!

Sin embargo, tengamos cuidado de no quedarnos en la mera admiración. El motivo último de las beatificaciones y canonizaciones no es otro que el de suscitar en nosotros la auténtica «imitación». Es posible que algunos piensen que éstos son modelos inalcanzables para nosotros, que su historia es demasiado lejana y ajena a nuestras vidas... Pero, ¿qué es aquello que podemos y debemos imitar de nuestros mártires? Las tres virtudes teologales nos permiten resumirlo de forma concisa:

Fortaleza en la Fe

Tengamos en cuenta que la secularización de nuestros días ataca a la fe, pero no ya tanto en sus contenidos concretos cuanto en la fuerza de nuestra adhesión, que es lo más íntimo de la fe. En la cultura actual es «políticamente correcto» tener una «cierta» fe, envuelta de dudas; pero, sin embargo, una fe firme sería sospechosa de fanatismo. Tal es así que una determinada mentalidad moderna ha llegado a identificar la tibieza y la mediocridad como sinónimos de prudencia.

Por el contrario, los mártires testimonian que hay ideales demasiado valiosos como para regatear su precio. ¡No todo es negociable! Ellos prefirieron morir antes que sacrificar la Verdad.

Seguridad en la Esperanza

El Catecismo de la Iglesia Católica nos ofrece la siguiente definición: «La esperanza es la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los Cielos y a la Vida Eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo...» (CIC n. 1817).

Los mártires son el mejor recordatorio de nuestra vocación a la eternidad: ¡somos ciudadanos del Cielo! ¡Ellos eligieron la Vida «Eterna» antes que la «temporal»! Su testimonio es un eco del Evangelio: «¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?» (Mt 16, 26), «[...] todo lo estimo basura con tal de ganar a Cristo» (Flp 3, 8), etc.

Démonos cuenta de que los cristianos no rezamos para no morir, sino para «morir bien». Tampoco vivimos para cuidar nuestra salud,

sino que cuidamos la salud para poder «entregar» nuestra vida. Los mártires nos ayudan a descubrir que la vida no merece la pena ser vivida si no es para entregarla por el supremo ideal.

Constancia en el Amor

Uno de los casos más sobresalientes entre los sacerdotes martirizados en la Guerra Civil es el del párroco de Santa María de Mataró (Barcelona), doctor Samsó, quien conducido al lugar en el que iba a ser ejecutado, intentó abrazar a sus verdugos, como manifestación de perdón, para decirles después: «Cometéis un crimen al matarme. Pero a mí me hacéis un gran favor porque me ayudáis a ganar el Cielo. Yo estaré con Dios hoy mismo. Os prometo que cuando llegue a su presencia, mi primera oración será por vosotros».

Los mártires hicieron vida las palabras de San Pablo: «No os dejéis vencer por el mal; antes bien, venced el mal a fuerza de bien» (Rom 12, 21). La ira, el odio y la venganza hubiesen sido las reacciones previsibles ante la injusticia de la que eran objeto. Sin embargo, estos héroes de la caridad rompieron la dinámica del mal, con la lógica del Evangelio: «Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo los paganos?» (Mt 5, 43-46).

Cuando vemos a los mártires morir perdonando a sus verdugos, a imitación de Jesucristo en la Cruz, tenemos una ocasión inmejorable para convencernos de que lo peor no es padecer el mal, sino que el mal nos haga su cómplice. He aquí la gran noticia de estas 498 beatificaciones de mártires españoles: el amor es más fuerte que el odio, que el pecado y hasta que la misma muerte.

¡A las diez de la mañana de este histórico día, 28 de octubre, redoblan las campanas de todas las parroquias en las que nuestros cincuenta y un mártires fueron bautizados!

UNA LECTURA DEL POSCONCILIO
Diario Palentino, 14 de octubre de 2007

Aprovechando sus días de descanso veraniego, Benedicto XVI mantenía el 24 de julio pasado un encuentro con doscientos sacerdotes de las diócesis de Belluno-Feltre y Treviso, en las estribaciones de los Dolomitas italianos. En un clima de fraternidad y cercanía, diez sacerdotes fueron seleccionados para formular preguntas al Papa. El último de ellos, se dirigía al Santo Padre con las siguientes palabras:

> A mí me corresponde la última pregunta, y tengo la tentación de no formularla, pues se trata de una pregunta trivial y, al ver cómo Su Santidad en las nueve respuestas anteriores nos ha hablado de Dios elevándonos a grandes alturas, me parece casi insignificante lo que voy a preguntarle. Sin embargo, lo voy a hacer. Se trata del tema de los de mi generación, los que nos preparamos para el sacerdocio durante los años del Concilio, y luego salimos con entusiasmo y tal vez, también con la pretensión de cambiar el mundo. Hemos trabajado mucho y hoy tenemos dificultades: estamos cansados, porque no se han realizado muchos de nuestros sueños y también porque nos sentimos un poco aislados. Los de más edad nos dicen: «¿Veis cómo teníamos razón nosotros al ser más prudentes?»; y los jóvenes algunas veces nos tachan de «nostálgicos del Concilio». Mi pregunta es ésta: ¿Podemos aportar aún algo a nuestra Iglesia, especialmente con esa cercanía a la gente que, a nuestro parecer, nos ha caracterizado? Ayúdenos a recobrar la esperanza, la serenidad...

La pregunta, ciertamente, era muy interesante. Además, estaba siendo dirigida a un teólogo, Joseph Ratzinger, que había vivido el Concilio desde dentro. En efecto, aunque en aquel momento el Papa no era todavía obispo, había participado muy activamente en la asamblea conciliar, como consultor teológico del cardenal arzobispo de Colonia.

Existe una considerable paradoja entre las expectativas tan grandes creadas por el Concilio y el proceso posterior de secularización y abandono de la Iglesia por parte de muchos de sus miembros. Después de un modelo eclesial distante y enfrentado con la cultura surgida a partir de la Ilustración, todo parecía presagiar que finalmente se había encontrado la fórmula adecuada: la Iglesia se reencontraba con el mundo. Partiendo de esta apertura eclesial hacia el mundo, veríamos un renacer cristiano. El Concilio Vaticano II concluía el año 1965, en un clima de

optimismo sin precedentes. Sin embargo, las cosas fueron muy distintas. La crisis religiosa posconciliar sobrevino como un «tsunami» implacable. El alejamiento de la práctica religiosa fue muy generalizado, así como el abandono de los sacerdotes y religiosos. Curiosamente, la popularidad de una Iglesia que había querido abrirse al mundo, no creció, sino todo lo contrario.

La respuesta de Benedicto XVI a la pregunta de aquel sacerdote incidía en la necesidad de tener en cuenta dos momentos claves de «ruptura cultural» que siguieron al Concilio.

Por una parte, Mayo del 68 fue una explosión que ponía en crisis la cultura cristiana de Occidente. La generación de la posguerra había desaparecido o había envejecido. Aquélla había sido una generación que había padecido el drama de las ideologías nazi y comunista, de forma que había apostado por el humanismo cristiano como camino de reconstrucción europea. Sin embargo, ahora todo parecía entrar en crisis. El espíritu de Mayo del 68 despreciaba todo legado del pasado y proclamaba la necesidad de empezar de cero. El marxismo se presentaba como la receta científica para construir el mundo nuevo.

En este momento histórico, se produjo un vivo debate en el seno de la Iglesia. Algunos pensaron que esta revolución cultural era lo que había perseguido el Concilio. Aunque la «letra» de los documentos conciliares no hubiese afirmado tales principios revolucionarios, sin embargo, sostenían que éste era el «espíritu» del Concilio. Por el lado contrario, otros sectores culpaban al Concilio por este masivo alejamiento de la fe y de la Iglesia.

Añádase a lo anterior que, veinte años después de esta primera crisis cultural, sobrevino una segunda: la caída de los regímenes comunistas en 1989. Algunos habían confiado en que la caída del Muro de Berlín supondría el regreso a la fe, una vez comprobado el fracaso de la receta marxista. ¡Pero no fue así! La respuesta fue el escepticismo total, la llamada posmodernidad: ¡Nada es verdad! ¡Que cada uno se busque su solución particular!

Tras refrescar nuestra memoria con este recorrido histórico, el Papa pasó a contestar al sacerdote italiano con su personal lectura creyente, capaz de extraer la lección que Dios quiere que extraigamos de nuestra historia: el Concilio había querido renunciar a un modelo triunfalista, más propio del Barroco, y descender al nivel de un diálogo coloquial con el hombre de nuestro tiempo. Sin embargo, había crecido entre los católicos otro triunfalismo: el pensar que nosotros tenemos la receta

mágica para construir la Iglesia del futuro, acaso despreciando a los que nos han precedido y pretendiendo reinventar la Iglesia... Pero la humildad del Crucificado excluye estos planteamientos triunfalistas. La Iglesia siempre debe llevar grabadas las llagas de la pasión de Cristo —incomprensión, persecución, signo de contradicción, etc. ya que, precisamente por eso, tiene la capacidad de renovar el mundo. ¡Sin Cruz no hay Redención! La humildad de la Cruz es indispensable para la alegría de la Resurrección.

Y desde este espíritu humilde, añade el Papa, debemos redescubrir la gran herencia del Concilio. Han sido muchos, ¡muchísimos!, los logros del Concilio: florecimiento de tantos movimientos de laicos y de nuevas comunidades religiosas, experiencias de catolicidad, renovación litúrgica, corresponsabilidad de los laicos en la Iglesia, sínodos universales y diocesanos, diálogo fe-cultura... Benedicto XVI termina aconsejando la lectura de los textos conciliares en su literalidad, sin pretender interpretarlos desde un supuesto «espíritu conciliar», que fácilmente podría ser susceptible de confusión con la propia subjetividad.

A buen seguro, que aquel sacerdote italiano que formulaba esa cuestión, en la que había estado tan implicada la historia de su vida, se sintió confortado y esperanzado con la respuesta.

EDUCACIÓN PARA LA CIUDADANÍA: ¿DIVIDE Y VENCERÁS?

El Norte de Castilla, 6 de octubre de 2007

De acuerdo con los planes previstos, la asignatura de Educación para la Ciudadanía no se comenzará a impartir en Castilla León hasta el curso 2008-2009. Este ínterin en el que nos encontramos debería ser aprovechado por todos nosotros para llevar a cabo una reflexión, no ya sólo sobre los principios morales en juego, sino también sobre las estrategias prácticas que se están desarrollando. Con este deseo, en el presente artículo me quiero referir a los manuales de esta asignatura que han sido aprobados por el Ministerio de Educación, para el presente curso.

Ha sido curioso comprobar este primer año, cómo el Ministerio ha dado luz verde a libros de texto que abordan, de forma totalmente con-

tradictoria, los temas morales en litigio. Por ejemplo, dependiendo del manual elegido, el aborto puede ser presentado como un derecho de la mujer o, por el contrario, la vida tiene una dignidad que la hace moralmente inviolable desde el momento de su concepción hasta su muerte natural. En la misma línea de lo anterior, el libro de texto de la editorial Casals afirma que «la religión ayuda a las personas a ser buenos ciudadanos, ya que fomenta valores positivos para la convivencia democrática como la honradez, la paz y la solidaridad». Más aún, afirma que «la marginación de la voz de los creyentes es injusta y poco democrática y favorece una imposición ideológica por parte del Estado». Ahora bien, en el texto editado por Laberinto, Fernando Savater llama la atención sobre la presencia de la asignatura de Religión en Bachillerato y comenta que responde a «un contorsionismo oportunista que antes o después —mejor antes— habrá que revisar definitivamente». En el libro se previene a los jóvenes de la «necesidad de defenderse del clericalismo apoyado por la derecha».

Los textos de las editoriales Octaedro y Algaida defienden el amor libre, explican el matrimonio homosexual como una opción equiparable al heterosexual, arguyen que la diferencia en las relaciones de sexo es una simple construcción cultural sin fundamento alguno en la naturaleza, etc. Por el contrario, en otros manuales, como los de Santillana, Edebé y SM, se dan orientaciones notablemente distintas...

Ante tantas contradicciones, nos surge una pregunta bastante obvia: ¿qué sentido tiene imponer una asignatura moral obligatoria, argumentando que «todos los españoles tienen que ser educados en los mismos valores democráticos», si luego se permite la publicación de manuales tan contradictorios? Alejandro Tiana, Secretario General de Educación del Gobierno de España, pasaba muchos apuros para responder a esa pregunta: «Cada uno ha adaptado la asignatura a su manera y es lógico que muestren divergencias en una sociedad plural como la nuestra. No tiene importancia. Lo relevante es que cada centro puede elegir el texto que más le guste».

No creo que sea muy osado concluir que, en este primer año, el objetivo prioritario del Gobierno ha sido el de impedir a toda costa un número elevado de objetores. De lo que se trataba ahora era de introducir la asignatura sin sufrir un desgaste excesivo, máxime en el contexto de un año electoral. Luego, en años posteriores, ¡tiempo habrá de ir ajustando los contenidos!

La estrategia del «divide y vencerás» se ha concretado, en este primer año, en dar el visto bueno para que los colegios privados puedan impartir la asignatura con algunos manuales de contenidos no problemáticos, con el objetivo de evitar un frente común de rechazo a una inaceptable intromisión del Estado en la educación moral de los alumnos.

De esta forma, se ha logrado quebrar un principio clave, que es formulado en el famoso artículo 27.3 de la Constitución, cuestión tratada específicamente en el anterior artículo de esta sección «El valor de la palabra», con fecha de 1 septiembre. Por lo pronto, lo que se ha conseguido es que los profesores, por su cuenta, o los centros escolares, sean quienes decidan la orientación moral de los alumnos, en lugar de los padres.

Y al margen de las consideraciones anteriores, la aprobación de esos manuales académicos tan dispares, deja patente la imposibilidad de una ética global de la vida, basada meramente en los principios democráticos de nuestra legislación (que era uno de los argumentos de los defensores de la asignatura). El caso que comentamos refleja claramente que el Estado no puede imponer obligatoriamente unos conceptos morales tan amplios, sin entrar en colisión con muchos de los principios morales de las familias españolas. En resumidas cuentas, ¡muy ingenuos seríamos si pensásemos que el problema de fondo ha quedado resuelto con esa pluralidad editorial de libros de texto!

ROMPER NUESTRA SORDERA

Diario Palentino, 7 de octubre de 2007

¿Es Dios el que se ha quedado mudo, o somos nosotros los que nos hemos quedado sordos? Basta que nos asomemos a la Sagrada Escritura, para convencernos de lo segundo. Precisamente, en ella se presenta a Jesucristo como la Palabra pronunciada por Dios Padre para romper nuestra «sordera» y para acallar los ruidos que, dentro y fuera de nosotros, nos impiden escuchar la voz divina, la de nuestra conciencia y la de nuestros hermanos.

Al igual que hizo con el sordomudo del Evangelio (cf. Mc 7, 34), también hoy, Jesucristo «toca nuestros oídos y nuestra lengua» y pronuncia su poderoso «*effetá!*» (¡ábrete!). Es una llamada a abrirnos a la escucha de la voz de Dios que resuena en nuestro interior, como un eco de la predicación de la Iglesia y del clamor de tantas personas y situaciones, a través de las cuales Dios sigue saliendo a nuestro encuentro. Ciertamente, distraídos por mil reclamos y replegados en nuestros problemas, tenemos el riesgo de permanecer sordos a la *voz* de quien es la *palabra*: «Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaremos juntos» (Ap 3, 20).

La tarea de la Nueva Evangelización que se nos presenta en el Tercer Milenio, consiste en ofrecernos como altavoces del Verbo Divino: poner voz a esa Palabra de Dios, buscando conductos eficaces para que su mensaje eterno llegue al hombre moderno. Para romper la sordera de nuestro Occidente secularizado, como decía Juan Pablo II, es necesario emprender la Evangelización con nuevos métodos, nuevas expresiones y un nuevo coraje, en fidelidad al mensaje inmutable de Cristo y de su Iglesia. No podemos permanecer impasibles mientras que Dios es un auténtico desconocido para un gran número de nuestros hermanos. El celo apostólico nos lleva a revivir aquel sentimiento apremiante de San Pablo: «¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!» (1 Cor 9, 16).

Pero, nos equivocaríamos si pensásemos que el problema principal de la evangelización es un problema de métodos. Los métodos son de gran ayuda e indispensables, pero nuestra necesidad fundamental es la de un celo apostólico ardiente, que sólo puede brotar de un corazón enamorado de Dios. Ésta es la clave de la Nueva Evangelización: ¡Sólo los enamorados enamoran! Y a ello hemos de añadir la búsqueda de recursos creativos, actuales y eficaces para llegar a quienes permanecen sordos a esa Voz que viene de lo alto. Ciertamente, en nuestros días es más urgente que nunca anunciar a Jesucristo en los grandes areópagos modernos de la cultura, de la ciencia, de la economía, del arte, de la música y de los medios de comunicación.

Concluyo transcribiendo algunos de los eslóganes que la Iglesia de Singapur divulgó en la prensa local. Fueron publicados uno a uno, en días sucesivos, a modo de reclamo publicitario, con el deseo de «romper nuestra sordera».

«¿Qué debo hacer para llamar tu atención? ¿Poner un aviso en el periódico?».
(Dios)

«Necesitamos hablar».
(Dios)

«Si te perdiste el amanecer que hice hoy para ti, no importa. Te haré otro mañana».
(Dios)

«¿Te imaginas el precio del "aire" si te lo trajera otro proveedor?».
(Dios)

«No te olvides el paraguas. Hoy tengo que regar las plantas».
(Dios)

«Si piensas que la *Gioconda* es asombrosa, deberías ver mi obra maestra... en el espejo».
(Dios)

«Venid a mi casa el domingo antes del partido».
(Dios)

«Amo las fiestas de casamiento, invítame a tu boda».
(Dios)

« Diles a los niños que les amo».
(Dios)

«¿Leíste mi primer best-seller? Es todo un desafío».
(Dios)

«¿Tienes alguna idea de adónde vas?».
(Dios)

«Eso de "amar al prójimo"... lo dije en serio».
(Dios)

«¡No me hagas bajar!».
(Dios)

¡«VIVAN» LOS SÍNDROME DE DOWN!
Diario Palentino, 30 de septiembre de 2007

A veces, Dios permite ciertos sucesos, para que podamos comprobar de forma evidente e incuestionable la deriva tan errónea por la que se conduce nuestra cultura, pues con frecuencia ocurre que solamente reaccionamos ante el mal cuando hemos llegado a ver su rostro en toda su crudeza.

Me estoy refiriendo a un caso que se hizo público en Milán (Italia) a finales de verano: Una mujer embarazada de tres meses, esperaba gemelos. Al hacerse la prueba de la amniocentesis, se le comunica que uno de los gemelos tiene el síndrome de Down, por lo que solicita un aborto selectivo. Llegado el momento de la intervención, los fetos se intercambian su posición y la doctora elimina por equivocación al «sano», dejando vivo al que quería matar. Comprobado el error, tras los pertinentes análisis, días más tarde, la madre decide acabar también con el gemelo Down que continuaba vivo en su seno.

El caso es especialmente dramático, pero la cuestión de fondo no varía con respecto a los demás casos de aborto: el problema moral está en el endiosamiento de nuestro deseo. Perseguimos una realidad a medida de nuestros planes, y cuando las expectativas no se cumplen, somos capaces de autoerigirnos en dueños de la vida del prójimo sin detenernos ante nada. Ésta es la inquisición contemporánea: ¡nuestra santa voluntad! Si un niño es deseado, hoy en día podemos llegar a mimarlo hasta hacer de él nuestro tirano; y si no fuera deseado, procederemos a eliminarlo sin miramientos. Soy consciente de la dureza de estas palabras, pero estaría falseando la realidad si cayese en la tentación de dulcificarlas. Me limito ahora a añadir una serie de reflexiones complementarias:

La dignidad de los síndrome de Down

¿Somos conscientes de que los síndrome de Down han desaparecido prácticamente de nuestra sociedad? Bien es verdad que todavía conocemos algunos de edad más avanzada, pero... ¿dónde están los menores de 10 años, por ejemplo? Estamos ante uno de esos tabúes de los que a nadie le gusta hablar, porque presentimos muchas complicidades encubiertas.

¿Quién sería capaz de mirar a los ojos de estos niños y negarles su dignidad? ¿Quién se siente con derecho a definir y a establecer el concepto de «normalidad», más allá del cual el derecho a la vida quedará sin protección?

La prueba de la amniocentesis

A raíz de este triste episodio de Milán, el presidente de la Sociedad Española de Ginecología, Manuel Bajo Arenas, explicaba que «...si una embarazada se somete a la amniocentesis, normalmente aborta si el resultado es positivo. Si no, ¿para qué se iban a hacer la prueba?». Lo cual plantea la responsabilidad moral de quienes, en su intencionalidad, se hacen cómplices de este grave pecado. La forma tan trivial en la que se oferta y realiza la amniocentesis en el sistema sanitario está contribuyendo a desdibujar en muchas conciencias el principio de la inviolabilidad del don de la vida. Es un contrasentido que un diagnóstico médico se convierta en una sentencia de muerte.

Autopsia obligatoria

Parece que a nadie le llama la atención el hecho de que el diagnóstico de una amniocentesis sea suficiente para autorizar un aborto y que, sin embargo, posteriormente no se exija una autopsia para comprobar si verdaderamente el diagnóstico había sido acertado. ¡Cuántas sorpresas nos llevaríamos si pudiésemos comprobar la veracidad de tantos alarmismos a los que se recurre para cubrirse las espaldas! ¿Quién no conoce a alguien que, según diagnóstico médico, tendría que estar muerto hace tiempo?

Lo más grave, la impenitencia

En el momento en que aquellos padres, cuyo nombre desconocemos —y preferimos que así sea— supieron que el gemelo «sano» había sido eliminado por error, dispusieron de una ocasión de oro para reparar el error cometido. Pudieron haber interpretado lo ocurrido como una llamada a rectificar sus valores de vida... Tras lo sucedido, podrían haber comprendido que el «error» no había estado en la elección del feto,

sino en el aborto mismo. Sin embargo, ¡¡volvieron a tropezar en la misma piedra...!! Quizás esto sea lo más grave de este caso —y no me estoy ahora refiriendo a esos padres—: el hecho de que nuestra sociedad mantenga la permisividad ante el aborto, a pesar de que seamos testigos de tantos dramas.

¡Cuida de tu hermano débil!

Cuando en nuestras familias cristianas nacía un hijo con algún tipo de minusvalía o enfermedad crónica, nuestros padres nos inculcaban y educaban para que fuésemos sus custodios hasta el fin de sus días: «¡Cuida siempre de tu hermano débil!» —se nos decía—. Ahora resulta que ha sido el gemelo sano quien ha dado una lección a sus padres sobre cómo cuidar a su hermano enfermo. ¡Paradojas de la vida! Como también es una paradoja que haya miles de familias deseosas de adoptar y abiertas a acoger en adopción a quienes otros han desechado. ¡Que «vivan» los síndrome de Down!

EUTANASIA SOLAPADA

Diario Palentino, 23 de septiembre de 2007

Con fecha del 14 de septiembre, la Congregación para la Doctrina de la Fe respondía a dos preguntas planteadas por la Conferencia Episcopal Estadounidense, acerca de un tema moral delicado que se nos podría plantear a cualquiera de nosotros. La cuestión se refiere a la alimentación e hidratación artificiales de los enfermos que están en estado vegetativo. Las respuestas dadas por la Congregación fueron aprobadas por el Papa Benedicto XVI, por lo que resultan vinculantes para todos los católicos; aunque hay que aclarar que no estamos ante una cuestión específica de moralidad religiosa católica, sino que se trata de unas orientaciones de ética natural. Transcribimos a continuación el texto que fue publicado en latín como lengua original, y traducido al inglés, francés, italiano, alemán, español, polaco y portugués:

• *Primera pregunta*:

¿Es moramente obligatorio suministrar alimento y agua (por vías naturales o artificiales) al paciente en «estado vegetativo», a menos que estos alimentos no puedan ser asimilados por el cuerpo del paciente o no se le puedan suministrar sin causar una notable molestia física?

Respuesta:

Sí. Suministrar alimento y agua, incluso por vía artificial, es, en principio, un medio ordinario y proporcionado para la conservación de la vida. Por lo tanto es obligatorio en la medida en que y mientras se demuestre que cumple su propia finalidad, que consiste en procurar la hidratación y la nutrición del paciente. De ese modo se evita el sufrimiento y la muerte derivados de la inanición y la deshidratación.

• *Segunda pregunta*:

Si la nutrición y la hidratación se suministran por vías artificiales a un paciente en «estado vegetativo permanente», ¿pueden ser interrumpidos cuando los médicos competentes juzgan con certeza moral que el paciente jamás recuperará la conciencia?

Respuesta:

No. Un paciente en «estado vegetativo permanente» es una persona, con su dignidad humana fundamental, por lo cual se le deben los cuidados ordinarios y proporcionados que incluyen, en principio, el suministro de agua y alimentos, incluso por vías artificiales.

La doctrina moral sobre la eutanasia recogida en el Catecismo de la Iglesia Católica (cf. nn. 2.277-2.279), recuerda que el juicio moral recto es totalmente contrario a la eutanasia, como una acción u omisión tendente a poner fin a la vida de personas disminuidas, enfermas o moribundas. Ahora bien, la interrupción de tratamientos médicos onerosos, peligrosos, extraordinarios o desproporcionados a los resultados puede ser legítima. Interrumpir estos tratamientos es rechazar el «encarnizamiento terapéutico». Con esto no se pretende provocar la muerte, sino aceptar el no poder impedirla.

Está claro que la cuestión clave estriba en el juicio prudente sobre cuándo unas determinadas terapias —curativas o paliativas— son proporcionadas o son desmesuradas; pero, en el caso que nos ocupa, la aportación novedosa de este documento vaticano es que la hidratación y la alimentación, ni tan siquiera pueden ser consideradas como «terapias».

He aquí la novedad que presenta la declaración de la Congregación para la Doctrina de la Fe que estamos comentando: el suministro de

agua y alimentos, incluso cuando haya que hacerlo por vías artificiales, representa siempre un «medio natural» de conservación de la vida y no un «tratamiento terapéutico». Por lo tanto, hay que considerarlo siempre «ordinario y proporcionado», incluso cuando el «estado vegetativo» se prolongue. De lo contrario, estaríamos permitiendo que un ser humano falleciese por deshidratación. Sería tanto como negarle a un enfermo la higiene, provocando su muerte por las infecciones consecuentes.

Recientemente, el nuevo ministro de Sanidad, Bernat Soria, declaraba que «La eutanasia es una asignatura pendiente en la sociedad española». Sus afirmaciones no nos han sorprendido, ya que antes de su nombramiento como ministro eran ya suficientemente conocidas sus posturas radicales en materia bioética (destrucción de embriones humanos, clonación, obtención de embriones híbridos humano-animal, etc.). Sin embargo, nos equivocaríamos si considerásemos la eutanasia como una amenaza futura, anunciada por el ministro de Sanidad para la próxima legislatura. Por desgracia, la eutanasia hoy es una realidad que se ha introducido por la «puerta trasera» en no pocos hospitales españoles.

Todos recordaremos el caso de Terri Schindler Schiavo: una mujer estadounidense en estado vegetativo, que falleció por inanición el 31 de marzo de 2005, a las dos semanas de que su marido hubiese obtenido de las autoridades el permiso para retirar la hidratación y alimentación asistidas. Pues bien, sus padres han agradecido públicamente a la Santa Sede este documento, en el que se reafirma el deber moral de proporcionar agua y comida a estos pacientes.

EL LIBRO DEL PAPA

Diario Palentino, 16 de septiembre de 2007

Ya Juan Pablo II, con su característico don de gentes, nos había acostumbrado a su proceder con libertad ante los estrictos cánones en la forma de ejercer el pastoreo. Ciertamente, Karol Wojtyla no se limitó a obrar como el responsable último de una institución, sino que su es-

tilo fue el propio de un catequista universal o de un «párroco del mundo entero». Los nuevos tiempos, exigen también nuevas formas de evangelización, y los papas han sido los primeros en entender que en la crisis actual de secularización, es necesario «descender a la arena» del diálogo fe-cultura, del encuentro con los jóvenes y de una predicación que sea capaz de dar razones de nuestra fe. En la misma línea, y con el ánimo de poner al servicio del pueblo de Dios su carisma eminentemente intelectual, Benedicto XVI ha realizado algo novedoso en la historia de la Iglesia: escribir un libro de teología, no en su condición de Papa, sino como teólogo.

¿Debería haberse quedado con los brazos cruzados mientras que en el mercado editorial se siguen poniendo a la venta «supuestos descubrimientos» —¡auténticos camelos!— que «desvelan» una historia diametralmente opuesta a la expresada en los evangelios? Paradójicamente, entre las personas alejadas y con dudas de fe, este libro del Papa va a tener más difusión que los documentos magisteriales emanados de su Pontificado. La Iglesia no se limita a condenar magisterialmente los errores contra la fe, sino que quiere también buscar formas audaces para salir al encuentro del hombre de nuestro tiempo y presentarle el verdadero rostro de Cristo.

Al mismo tiempo, Benedicto XVI también es consciente de que una determinada teología liberal y racionalista ha hecho mucho daño al pueblo de Dios. En un momento determinado de la historia del siglo XX, se publicaron muchos libros de Cristología, en los que se contraponía el «Jesús de la fe» al «Jesús real e histórico». Aplicando de una manera poco equilibrada un método histórico-crítico, se llegó a afirmar que los Evangelios reflejan la fe de la primitiva comunidad cristiana y no tanto al Jesús histórico. En el fondo, lo que esta teología liberal ponía en duda era la divinidad de Jesucristo.

Pues bien, con la sabiduría propia de quien conoce en profundidad todos esos errores y con la pedagogía del buen pastor, que es capaz de expresar las cuestiones profundas de manera llana, Ratzinger demuestra en su obra que la lectura más sencilla del Evangelio es también la más válida.

Y por aquello de que más vale un caso práctico que muchas abstracciones, me permito ilustrar lo anteriormente dicho con un ejemplo concreto.

Algunos autores de poca fidelidad a la Tradición apostólica, habían tenido la osadía de explicar el relato de la multiplicación de los panes, como una construcción literaria con la que los evangelistas querían ex-

presar que Dios bendice a los generosos que comparten sus bienes (cinco panes y dos peces). Frente a este tipo de interpretaciones, Ratzinger hace una hermosísima síntesis de los pasajes evangélicos que se refieren al pan, entrelazándolos e interpretándolos a la luz de los Padres de la Iglesia de los primeros siglos.

¿Por qué Jesucristo en el desierto rechazó la tentación de convertir las piedras en pan, y sin embargo, accedió a hacer el milagro de la multiplicación de los panes? Su respuesta es la propia del sabio conocedor de la Palabra de Dios. Realizó el milagro porque aquella gente buscaba sinceramente a Dios, tenía hambre de Él y además estaba dispuesta a compartir el pan recibido. Por el contrario, en otras ocasiones se negó a realizar signos prodigiosos, cuando eran solicitados sin la debida apertura al don de Dios y sin la disposición de conversión interior.

Ratzinger nos hace caer en la cuenta de que este relato sobre el pan remite a otro relato posterior: la Última Cena. Allí Jesús culmina el milagro de la multiplicación del pan. Jesús mismo se ha convertido en Pan de vida, que se multiplica sacramentalmente para el mundo. Ahora entendemos las palabras de Cristo a Satanás, cuando se negó en aquella circunstancia a convertir las piedras en pan: «No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mt 4, 4).

Y llegado a este punto, como buen teólogo que ilumina nuestra historia desde la Palabra de Dios, Ratzinger hace una aplicación concreta. Se fija en las ayudas de Occidente a los países en vías de desarrollo, basadas en principios puramente técnico-materiales, que en buena parte han fracasado al ignorar las estructuras religiosas, morales y sociales de estos pueblos. Creían transformar las piedras en pan, pero han dado piedras en vez de pan.

Del tenor de esta reflexión, podremos encontrar otras muchas en este libro que desarrolla los temas centrales de la vida pública de Cristo: Bautismo del Río Jordán, tentaciones en el desierto, predicación del Reino, Sermón de la montaña, oración del Padre Nuestro, parábolas, imágenes del Evangelio de San Juan, confesión de Pedro, Transfiguración y títulos cristológicos de Jesucristo. Ratzinger comparte con nosotros su búsqueda personal del rostro de Cristo, fruto del largo proceso interior de un sacerdote, teólogo, obispo y ahora Papa.

LA SONRISA DE MADRE TERESA, DIEZ AÑOS DESPUÉS
Diario Palentino, 9 de septiembre de 2007

El 5 de septiembre se han cumplido diez años de la muerte de la Madre Teresa, proclamada beata por Juan Pablo II en 2003. Su figura era tan popular y su obra al servicio de los más pobres, tan difundida, que muchos hubiesen podido pensar que poco más cabría añadir a lo ya conocido. Sin embargo, su proceso de beatificación permitió que saliese a la luz un mundo interior de Madre Teresa, que había permanecido desconocido incluso para sus más allegados, y que ella únicamente había manifestado a sus directores espirituales y al arzobispo de Calcuta. Conservamos una carta de Madre Teresa, dirigida el 30 de marzo de 1957 a su arzobispo, en la que le solicitaba permiso para destruir los documentos en los que ella había abierto anteriormente su corazón ante su pastor: «Deseo que el trabajo sea sólo suyo (de Jesús). Cuando se conozcan estos detalles, la gente pensará más en mí y menos en Jesús». Afortunadamente, el arzobispo no hizo caso de este ruego, y gracias a ello ahora podemos conocer «por dentro» a esta mujer de Dios. Por lo demás, los temores de la Madre Teresa eran infundados: conocer su historia no nos distrae de Jesucristo. Muy al contrario, nos lo hace más cercano, y al mismo tiempo nos permite entender esa expresión que a ella tanto le gustaba repetir: «Soy un pequeño lápiz en sus manos».

Tiempo de consolación

Antes de abandonar la congregación de las religiosas de Loreto para comenzar su trabajo con los más pobres, ese mundo interior de Madre Teresa consistió en una maravillosa intimidad con Jesucristo. Fue un período de su vida espiritual lleno de consuelos espirituales, sintiéndose amada por el Señor con una ternura infinita. No faltaron las locuciones y visiones interiores, a través de las que Dios le fue manifestando sus planes para ella. Fruto de esta experiencia mística, fue el voto privado que realizó en 1942, a los 36 años de edad: se obligaba a sí misma a «no negarle nada a Dios» y a darle cualquier cosa que pudiese pedirle.

Está claro que el Señor le tomó la palabra, y cuatro años más tarde le pidió que pusiese en marcha la obra de las Misioneras de la Caridad. La Madre Teresa narraba con estas sencillas y profundas pala-

bras la locución interior en la que se le manifestaba la voluntad divina: «Mi pequeñita, ven, llévame a los agujeros donde viven los pobres. Ven, sé mi luz. No puedo ir solo. Llévame contigo en medio de ellos...».

Tiempo de desolación

Después de la fundación de la nueva orden religiosa, sin embargo, el panorama de la vida interior de Madre Teresa cambió por completo. Se terminaron las consolaciones, y comenzó lo que los místicos describen como la «noche oscura del espíritu». Dejó de sentir aquella intensa unión con Jesucristo que hasta entonces había experimentado, y comenzó una durísima prueba interior en la que padecía un gran sufrimiento ante la sensación de ausencia de Dios y de separación de Él. Su deseo de Dios seguía intacto, pero chocaba con un «silencio», que ella, en ocasiones, experimentaba incluso como un rechazo. Por su fe, conocía que la presencia de Dios en su vida era indudable, pero su sensibilidad percibía lo contrario. A veces su sufrimiento era tan grande, que ella lo comparaba con el de los condenados al infierno: «En mi alma siento ese terrible dolor de la pérdida, que Dios no me quiere, que Dios no es Dios, que Dios no existe realmente». Sin embargo, más allá de estas sensaciones, ella siguió caminando a la luz de la fe. En su entorno, nadie percibió ni llegó a suponer su calvario interior, siendo así que esta prueba duró hasta la misma hora de su muerte. Permaneció fiel en todo momento a su vida de oración y a todas las exigencias de la vida religiosa. Y, sobre todo, no dejó de esperar en el Señor.

Desde el atrevimiento tan grande que suele acompañar a la ignorancia religiosa, ha habido algunos escritores que se han hecho eco de esas pruebas interiores, interpretando que Madre Teresa tenía dudas de fe, o que Madre Teresa es una mujer de nuestro tiempo porque participó del agnosticismo de nuestra generación. Sin embargo, el fenómeno no es nada nuevo. La llamada «noche oscura del espíritu» la han vivido, aunque con diversos matices y con circunstancias distintas, la práctica totalidad de los santos.

Los sucesivos directores espirituales de Madre Teresa la acompañaron en todo momento, y la ayudaron a descubrir el sentido de la prueba interior que estaba afrontando. En una primera época —durante la dé-

cada los 50— ella interpretaba su oscuridad interior como un camino de purificación de sus miserias y de transformación interior. Más tarde, Madre Teresa la entiende como una oportunidad de compartir los sufrimientos de Cristo. ¿Cómo no acordarnos del grito de Cristo en la Cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27, 26). En su experiencia de sentirse rechazada por Dios, se identifica plenamente con Jesucristo en el momento de su supremo sacrificio en la Cruz. Finalmente, llegó a entender que este sufrimiento era también «la parte espiritual de su apostolado», ya que le ayudaba a identificarse con el sufrimiento de los pobres a los que atendía. ¡Cuántas veces se le oyó decir a Madre Teresa, en referencia al sufrimiento humano, que la mayor pobreza consiste en no ser amado por nadie! Su extraordinaria sensibilidad hacia el dolor del prójimo estaba enraizada en su propia experiencia interior.

El legado espiritual de la noche oscura de la Madre Teresa

Lo más impresionante es que la beata Teresa de Calcuta vivió esta «noche oscura» sin perder en ningún momento la sonrisa. Leemos en las cartas escritas por Madre Teresa a sus directores espirituales en plena tempestad interior: «Rece para que siga sonriendo»... Como podemos comprender, el hecho de que pudiese sobreponerse durante tantos años a unas pruebas interiores tan fuertes, sólo puede ser explicado por la fidelidad con la que vivió la virtud de la esperanza.

He aquí uno de los mayores legados que la espiritualidad de la Madre Teresa puede ofrecer al hombre de nuestro tiempo. Nosotros, ciertamente, no estamos en la «noche oscura del espíritu», de la que habló San Juan de la Cruz. El origen de nuestras oscuridades es mucho más pedestre. No obstante, el ejemplo que Madre Teresa nos muestra al asomarnos ahora a su mundo interior es todo un referente para que aprendamos a afrontar nuestras oscuridades; por una parte, venciendo la tentación tan generalizada, de acomodar nuestra vida espiritual a los altibajos de nuestros estados de ánimo; y por otra, cuidando no confundir «fe» con «sentimiento». La fe no es «sentir», como muchos hoy en día creen erróneamente; la fe es la obediencia que brota de la esperanza inquebrantable en el amor de Dios.

Diez años después, descubrimos que la sonrisa de la Madre Teresa no sólo es signo de amabilidad y ternura, sino que encierra una lección

magistral sobre cómo conducirnos en tiempos de oscuridad interior... Tal y como sentenció San Pablo: El justo vivirá de la fe» (Rom 1, 17).

NUEVE RAZONES A FAVOR DE LA CLASE DE RELIGIÓN

Diario Palentino, 2 de septiembre de 2007

1.ª Es un derecho, no un privilegio

A base de tanta polémica sobre la clase de religión, algunos padres católicos pueden estar arrastrando una especie de complejo, como si les hubiesen llegado a hacer creer que la presencia de la clase de religión en la escuela es una reminiscencia de tiempos pasados, en esta sociedad democrática. Muy al contrario: se trata de un derecho constitucional, amparado en el artículo 27.3 de la Constitución. Los padres tienen derecho a marcar la orientación moral y religiosa de la formación de sus hijos, y las autoridades tienen el deber de poner los medios para que esto se lleve a cabo. Por si cupiese alguna duda, bastaría comprobar cómo la asignatura de religión tiene, en el momento presente, un tratamiento bastante más relevante en la mayoría de los países europeos que en España.

No estará de más recordar que el dinero con el que se paga a esos profesores de religión, al contrario de lo que parece desprenderse de algunas críticas contra la Iglesia, no sale del bolsillo particular de ningún gobierno, sino del de los propios padres.

2.ª La clase de religión no es lo mismo que la catequesis

Son dos cosas distintas y no cabe argumentar que la opción por una haga innecesaria la otra. La enseñanza religiosa en la escuela se circunscribe a un ámbito cultural, mientras que en la catequesis se procura introducirnos en el seguimiento personal de Jesucristo. Aun a riesgo de simplificar la cuestión, podríamos decir que la clase de religión y la catequesis se diferencian y se asemejan, de forma similar a como lo hacen el «conocer» y el «amar».

3.ª Comprender la cultura que hemos heredado

Un joven español no podrá entender la pintura, la música, la escultura, la arquitectura, la filosofía, la historia, la política, el folclore, las tradiciones... si no conoce en profundidad los fundamentos de la religión católica. Y lo mismo cabría decir, en un nivel más genérico, de una comprensión mínima de las demás religiones, para poder asomarnos a esta «aldea global» en la que vivimos.

4.ª Frente a la fragmentación del saber, necesitamos una cosmovisión

Hoy en día existe una gran «parcelación» en el saber humano, acompañada de una acumulación excesiva de datos, tanto en las disciplinas científicas como en las humanísticas. Se trata de una fragmentación que ha contribuido notablemente a la proliferación de crisis de identidad cultural, de valores, de tradiciones...

Con frecuencia se recurre a la mera explicación de que esa fragmentación es fruto inevitable de la especialización en el saber, olvidando que la exclusión del hecho religioso también nos está dificultando la integración de todos estos conocimientos en una sabiduría global.

5.ª La religión responde al sentido de la existencia

Una enseñanza global debe responder a las preguntas clave sobre el sentido de nuestra existencia. ¿De qué me sirve conocer la evolución del Universo, si nadie me explica por qué y para qué estamos en esta vida? ¿Cómo podemos fundamentar los derechos del ser humano sin dar razón de la diferencia esencial entre el animal irracional y el hombre espiritual? ¿Cabe hablar con optimismo de los avances científicos y de la sociedad del futuro, si no tenemos fundamentada nuestra esperanza en el más allá de la muerte?...

6.ª Más que el rechazo a la religión, el problema es la ignorancia religiosa

Para poder rechazar algo, primero hay que conocerlo. Hoy en día, muchos reniegan de una religión que no han conocido, y sobre la cual solamente se les han transmitido determinadas leyendas negras.

El nivel de ignorancia en materia religiosa ha crecido tanto que, hoy en día, no podemos ni debemos dar nada por supuesto; es necesario comenzar por los fundamentos básicos. Recuerdo el caso de un joven español, de unos 25 años de edad, quien tras observar la procesión del Corpus Christi por las calles, preguntaba por qué el sacerdote caminaba mirándose de continuo a ese «espejo»...

7.ª La materia religiosa interesa al hombre de hoy

No es cierta la suposición de que el hombre moderno no sea religioso. De hecho, la ignorancia religiosa tiende a crear continuos mitos y sucedáneos del hecho religioso. Cuando dejamos de creer en Dios, tendemos a creer en cualquier cosa.

El fenómeno de la proliferación, en los últimos años, de novelas esotérico-religiosas, al estilo del *Código Da Vinci*, es bien sintomático. ¡Cuántos se aprovechan del desconocimiento de muchos católicos sobre su fe y sobre la historia de la Iglesia para confundir la realidad con la ficción! La ausencia de conocimientos básicos hace difícil distinguir entre lo que son fábulas, fantasías o ataques a la historia y a los valores de la Iglesia.

El fenómeno de tantas novelas y películas centradas en lo sagrado y misterioso denota que el hombre moderno sigue siendo religioso, pero también demuestra que su ignorancia religiosa lo hace más manipulable que nunca; hasta el punto de ponerse a merced de quienes pretenden que se posicione siempre en contra de la Iglesia Católica.

8.ª Diálogo interreligioso

Somos sobradamente conscientes del grave problema que la paz mundial tiene con el fundamentalismo islámico. Cada vez vemos con más claridad que la estabilidad internacional, e incluso nuestra convivencia

con tantos inmigrantes, necesita estar sustentada en el diálogo interreligioso. Ahora bien, sólo puede dialogar quien tiene conciencia y conocimiento de su punto de partida. De lo contrario, más que a una «alianza de civilizaciones», estamos abocados a la desaparición de la nuestra.

9.ª Educación moral

Está claro que una educación integral debe incluir la dimensión moral. De poco servirá la acumulación de conceptos en la enseñanza, si no hay un espacio específico en el que se eduque en comportamientos morales como la sinceridad, solidaridad, justicia, respeto, generosidad... He aquí otra dimensión esencial de la asignatura de la religión: la moral.

Hasta la reforma educativa de hace tres años, la asignatura de religión era evaluable y tenía la ética como alternativa de libre elección. Los padres, la Iglesia y la gran mayoría de los sectores sociales, entendían que aquélla era una solución justa. Existía la posibilidad de elegir entre una enseñanza moral confesional o una ética aconfesional. La gran pregunta es: ¿Por qué se derogó algo tan razonable que funcionaba bien? ¿Por qué cada reforma supone, en la práctica, una vuelta de tuerca más, en orden a un progresivo arrinconamiento?

¡Valoremos la clase de religión! Es un derecho para los ciudadanos, es un deber de conciencia para los católicos, es una necesidad para la felicidad de nuestros hijos y es buena para la sociedad.

27.3
El Norte de Castilla, 1 de septiembre de 2007

No, no se trata de una frecuencia radiofónica misteriosa, ni de unas coordenadas que marquen la ubicación de un lugar perdido. Se trata sencillamente de un artículo de la Constitución Española, cuyo incumplimiento está generando una preocupante tensión en la sociedad española: «Los poderes públicos garantizan el derecho que asiste a los padres para que sus hijos reciban la formación religiosa y moral que esté

de acuerdo con sus propias convicciones» (Constitución Española, art. 27.3).

Es verdad que muy pocos son los que discuten la formulación de este artículo constitucional, en el que se recoge un derecho y un deber fundamental. Por desgracia, en la vida española la batalla no se está planteando a nivel de principios, sino por la vía de los hechos consumados. De poco nos sirve que nuestra Constitución marque unas bases, si luego la vida práctica es encauzada por otros derroteros. Si Romanones hizo famosa la expresión «haz tú las leyes, que yo haré los reglamentos», bien podríamos atribuir a nuestros dirigentes laicistas otra formulación: «Tú quédate con los principios, que yo voy a lo mío».

Negar por la vía de los principios el derecho de los padres a ser los educadores morales de sus hijos sería tanto como reconocer explícitamente unos presupuestos de ética marxista; algo inconfesable tras la caída del «socialismo real». Sin embargo, cada vez resulta más evidente que los diseñadores de los planes de educación en España están legislando al margen del artículo 27.3 de la Constitución. ¡Lo que darían por que este numerito desapareciese de la Carta Magna! Pero se tienen que conformar, por el momento, con legislar como si no existiese. Bien saben que, incluso en el caso de que un recurso de inconstitucionalidad terminase prosperando, sería ya muy difícil erradicar todos los vicios introducidos en el sistema educativo por la vía de los hechos consumados.

Por el contrario, permítaseme hacer notar que la Iglesia Católica siempre se ha sentido «cómoda» dentro del artículo 27.3. En efecto, nosotros no queremos evangelizar a los niños al margen de la voluntad de los padres, sino respondiendo a su petición. La tarea educadora de la Iglesia es subsidiaria del derecho-deber que tienen los padres de educar a sus hijos. Nos hacemos presentes en el sistema educativo, en mayor o menor medida, dependiendo de la demanda de los padres.

Un ejemplo bien concreto: la Iglesia Católica no pretende impartir la clase de Religión Católica a todos los alumnos, sino únicamente a los alumnos cuyos padres así lo han elegido. Por el contrario, el Gobierno Español no dirige la asignatura de Educación para la Ciudadanía sólo a los padres que así lo hayan solicitado, sino que la impone obligatoriamente a todo el alumnado. ¿No es una diferencia notable y notoria? ¿No será esto indicativo de que el estilo de la Iglesia Católica está perfectamente encajado con el artículo 27.3 de la Constitución, mientras que nuestras autoridades políticas están, sin disimulo, incómodas con este principio constitucional?

Pongo otros ejemplos igualmente significativos: a la gran mayoría de los colegios religiosos no se les permite aumentar el número de sus plazas, a pesar de que la demanda de los padres para matricular a sus hijos no pueda ser satisfecha. El motivo aducido es que mientras haya plazas libres en la escuela pública de esas localidades, no cabe dar permiso para aumentar las plazas en la escuela privada. ¿Y eso, por qué?, nos atrevemos a preguntar... ¿Puede haber otra razón para esa negativa que la alergia al principio recogido en el 27.3? ¿No deberían estar las autoridades políticas encantadas con que una iniciativa social privada —como es la Iglesia— esté dando cauce a la voluntad educativa de tantos padres, y que además esta educación le esté resultando a las arcas públicas un 40% más barata que la impartida en la escuela pública? Es difícil entender otro motivo para la denegación de la ampliación de la oferta educativa de los centros privados, que no sea la pretensión del control ideológico en la educación del alumnado, al margen de la voluntad de los padres. Por desgracia, no exagerábamos cuando nos atrevíamos a ironizar con la máxima: «Tú quédate con los principios, que yo voy a lo mío».

Si el Estado creyese en el 27.3, no habría tenido necesidad de poner en marcha la nueva asignatura de Educación para la Ciudadanía. Le habría bastado con incluir en el currículum de otras asignaturas —como la de Ciencias Sociales— la enseñanza de las Declaraciones de Derechos Humanos, de la Constitución o del funcionamiento del sistema político. La auténtica novedad de esta asignatura no es otra que la inclusión en ella de conceptos morales obligatorios para todos los alumnos, al margen de la voluntad de los padres. Es el caso de cuestiones morales como «la condición humana», «la identidad personal», «la educación afectivo-emocional», «la construcción de la conciencia moral», etc.

Y lo increíble del asunto es que, mediáticamente, a la sociedad se le llegue a transmitir el mensaje de que el problema es que «la Iglesia se resiste a abandonar unos determinados privilegios y que está mostrando su incapacidad para integrarse con normalidad en el sistema democrático español». Y, sin embargo, a pesar de la capacidad que algunos tienen de hacer creer a las masas que el cielo es verde y los burros vuelan... para todos aquellos que se acerquen a la realidad sin prejuicios de partida es patente que el problema estriba en que, mientras que unos creemos en el valor moral que encierra el 27.3, otros no creen en tal cosa. Aunque no se atrevan a confesarlo.

HIPÓTESIS SOBRE MARÍA
El Norte de Castilla, 4 de agosto de 2007

En este tiempo de descanso en el que nos encontramos, me permito aprovechar el presente artículo para recomendaros una lectura veraniega. Recientemente se ha publicado en España la traducción al castellano de un libro de Vittorio Messori, con el título *Hipótesis sobre María* (Editorial Libros Libres). El escritor es de sobra conocido. Fue el autor del libro-entrevista a Juan Pablo II *Cruzando el umbral de la esperanza* (1996), además del libro entrevista al cardenal Ratzinger *Informe sobre la Fe* (1984). Dos auténticos «best-seller» mundiales, a los que hay que añadir el éxito de su libro *Hipótesis sobre Jesús*, del que se vendieron en Italia más de un millón de ejemplares y que además fue traducido a veinte idiomas. Para quienes no le conocen, podemos presentarlo también como el columnista católico más leído. Tiene la agilidad del periodista y la fuerza del neoconverso, ya que en su juventud militó en el comunismo ateo.

A lo largo de cincuenta capítulos, Vittorio Messori hace una investigación sobre las apariciones marianas más recientes que han obtenido la aprobación de la Iglesia. En su trabajo periodístico recopila todos estos sucesos, enigmas, indicios, milagros, mensajes... Hay que destacar que, a pesar de adentrarse en un terreno tan delicado, el autor no se sale de unos parámetros de austeridad ni tampoco presenta la figura de María bajo la imagen de «devocionismos» lejanos del lenguaje contemporáneo. Lo cierto es que las apariciones marianas están ahí y las peregrinaciones a los santuarios nacidos en torno a ellas han florecido en plena crisis de secularización. Al mismo tiempo que en nuestras parroquias se producía una disminución de asistencia de fieles, aumentaban las peregrinaciones a Lourdes, Fátima y tantos otros santuarios, donde los peregrinos se cuentan por millones. Si Jesús nos dijo en el Evangelio aquello de «por sus frutos los conoceréis» (Mt 7, 16), tenemos que abrir los ojos y alabar a Dios por la cantidad de conversiones que se producen bajo la sombra de estos santuarios marianos. Sería una cobardía no querer ver esta realidad y huir de ella como de algo resbaladizo y embarazoso, cuando es evidente que estamos ante uno de los mayores referentes pastorales de la Iglesia Católica.

Es cierto que ninguna aparición es indispensable para la fe, ni tan siquiera las que han sido aprobadas por la Iglesia. Bien sabemos que la Revelación ha llegado a su plenitud con Jesucristo. Pero, al mismo

tiempo, ¿cómo le vamos a negar a Dios la posibilidad de que nos hable a través de personas santas y sencillas, incluso a través de hechos milagrosos? ¿Quiénes somos nosotros para decirle a Dios cómo tiene que hacer las cosas?

Como decía el cardenal Ratzinger en aquel libro entrevista al que hemos hecho referencia: «Las apariciones que la Iglesia ha aprobado oficialmente —Lourdes, ante todo, y posteriormente Fátima— ocupan un lugar preciso en el desarrollo de la vida de la Iglesia en el último siglo. Muestran, entre otras cosas, que la Revelación —aun siendo única, plena y, por consiguiente, insuperable— no es algo muerto; es viva y vital». En resumen, Vittorio Messori lanza este libro con el convencimiento de que las apariciones marianas son una llamada de Cristo a través de su Madre, una sacudida a nuestra indiferencia, una confirmación del Evangelio, un afianzamiento de nuestra fe...

No podemos olvidar aquella anécdota del pontificado de Juan Pablo II, cuando en una rueda de prensa, un periodista le preguntaba al Papa la razón de su espiritualidad tan mariana. Karol Wojtyla no dudó un instante en dar la respuesta: «Por motivos cristológicos». Es decir, todo lo que la Iglesia ha dicho y dice sobre María está al servicio de Cristo. Los dogmas marianos no han sido promulgados en primer lugar con el objeto de fomentar la devoción a María, sino porque nos ayudan a salvaguardar la auténtica fe en Cristo. La Mariología es en realidad Cristología. De la misma manera que la Maternidad de María remarca la verdadera humanidad de Jesucristo, así también su Concepción Virginal por obra del Espíritu Santo nos descubre la divinidad de Jesucristo. A estas alturas, tenemos ya sobradas pruebas de que allí donde la devoción mariana ha sido arrinconada, con el tiempo se ha terminado por desvanecer la fe en el propio Jesucristo. En pocas palabras, como afirmaba el Concilio Vaticano II, «María, por su íntima participación en la historia de la salvación, reúne en sí y refleja en cierto modo las supremas verdades de la fe».

Añadamos a estos argumentos teológicos, que la devoción mariana tiene la cualidad de conjugar dos dimensiones distintas pero no antitéticas: la razón y el corazón. Cuando María no está suficientemente presente en la explicación del credo católico, corremos el riesgo de reducir el mensaje cristiano a una abstracción racional, en la que se hace muy palpable la falta de «la Madre». Para que la mente del cristiano reflexione con lucidez sin dejarse cegar por falsas ideologías, su corazón debe de estar caldeado por la devoción a María.

Al mismo tiempo que los lectores de *El Norte de Castilla* leen este artículo, una numerosa peregrinación de cerca de quinientos palentinos nos encontramos en el Santuario de Lourdes de Francia. Nos unimos a los seis millones de peregrinos que pasan anualmente por esa gruta de Massabielle, en la que la Madre del Cielo dijo a Santa Bernardita: «Yo soy la Inmaculada Concepción». La presencia maternal de la Virgen se siente fuertemente y ha hecho de esta gruta un perenne lugar de oración y conversión. Más allá de las sanaciones y de otros hechos milagrosos, el mayor don que allí esperamos recibir de la Virgen es la fe, la esperanza y la caridad. Acudiremos a Ella con devoción, confianza y cariño; y estamos seguros de que aprenderemos de María a poner nuestra esperanza en el Señor y a servir a nuestro prójimo con su misma ternura maternal.

No dudéis de que a la Madre, a esta Madre de misericordia que vela constantemente por sus hijos, le pediremos por todos vosotros, gracias a este misterio de comunión que formamos en la Iglesia.

ALGO NO FUNCIONA
¿Y SI HICIÉSEMOS AUTOCRÍTICA?

El Norte de Castilla, 7 de julio de 2007

Una vez más, los datos estadísticos han caído como un jarro de agua fría sobre la opinión pública española. El responsable del «Informe Mundial sobre Droga 2007», Thomas Pietschmann, hacía públicos en rueda de prensa, el pasado 26 de junio, los resultados publicados por la oficina de la ONU contra la Droga y el Delito (ONUDD). Las cifras —como digo— demoledoras: España, por delante de Estados Unidos, es el país con mayor consumo de cocaína del mundo, además ¡ya ha cuadruplicado la media del consumo europeo! En términos globales, en nuestro país la tasa de consumo de cocaína se ha duplicado desde 1999, mientras que en la última década se ha multiplicado por cuatro en los alumnos de Institutos de Enseñanza Secundaria.

Todo ello, pese a los grandes esfuerzos de prevención que se han llevado a cabo en estos mismos años, además del refuerzo de la legisla-

ción. Tampoco parece razonable achacar el problema a la ineficacia policial, ya que España ha tenido, en el último año, el mayor número de incautaciones de cocaína de Europa (el 45% del total del continente). También cabe reseñar que España, en 2005, fue el país del mundo donde las autoridades se incautaron de mayor cantidad de hachís (resina de *cannabis*): ¡el 51% del total mundial! —no, no me he equivocado de números—, seguido de Pakistán y de Marruecos (con un 7% del total, cada uno).

Como tuve ocasión de manifestar en la carta pastoral «Manda el porro a la porra» (16-XI-06), nos encontramos ante un problema muy grave que nuestra sociedad no está afrontando adecuadamente. Antes que un tema sanitario, policial, psicológico, pedagógico... estamos ante una crisis eminentemente espiritual y moral, que requiere una seria autocrítica sobre los «valores» que nuestra cultura liberal está sembrando.

Más aún, de poco serviría ahora que pretendiésemos recuperar una serie de valores, al mismo tiempo que continuamos difundiendo muchos contravalores. No tiene sentido pisar el acelerador y el freno del coche al mismo tiempo. Pongamos una serie de ejemplos.

El hecho religioso

Relegamos en los planes educativos y ridiculizamos en los medios de comunicación el hecho religioso, cuando resulta que hace ya cerca de veinte años disponemos de estudios sociológicos de máxima solvencia (como el publicado en 1989 por Javier Elzo, bajo el título «Los jóvenes y sus relaciones con las drogas»), en los que se concluía que la variable estadística que mejor explica la incidencia de la droga en la población joven no es su nivel económico, ni el nivel cultural, ni el lugar de residencia, ni tan siquiera el posicionamiento político, sino la variable estadística denominada como el «autoposicionamiento religioso», es decir, su religiosidad. Sin embargo, en vez de partir de la realidad y sacar las consecuencias de estos datos, nos hemos dedicado a minar los fundamentos espirituales y morales de nuestra sociedad, y ahora lo sorprendente es que nos mostremos perplejos ante los efectos que nosotros mismos hemos originado. Considero grave esta falta de autocrítica, porque nos conduce a seguir por el mismo camino.

Pedagogía liberal

Se ha difundido una pedagogía de la desinhibición: ¡hay que ser espontáneos!, ¡no hay que reprimirse!, ¡ya hemos superado la moral de mandamientos y prohibiciones!, ¡carpe diem!... Es verdad que en el momento actual, son muchos los que se han percatado de la necesidad de recuperar el sentido de la autoridad en la educación, pero no saben cómo hacerlo y en ocasiones, por carecer de una comprensión antropológica del ser humano, caen en múltiples contradicciones.

Si se me permite una reflexión teológica intercalada en el presente artículo, pienso que la negación o el olvido del pecado original y de sus consecuencias, ha tenido unas derivaciones muy dañinas. Cuando comenzamos por ignorar que el enemigo lo tenemos dentro de nosotros, difícilmente vamos a ser capaces de combatirlo, y menos aún, de vencerlo.

Partiendo de este principio que no sólo es teológico, sino también antropológico, nos convenceremos de la necesidad de educar en la virtud de la templanza, que es la que modera nuestra inclinación instintiva hacia los placeres y procura el equilibrio en el uso que hacemos de los bienes creados.

«Quererse para poder querer»

Que no nos quepa duda de que detrás de la droga se esconde un indisimulado autodesprecio. Carecemos de fundamentos sólidos para una auténtica autoestima, a no ser que la sustentemos intentando sobresalir por encima de los demás. ¡Y he aquí la fragilidad del planteamiento! Quienes están sumidos en la desesperanza y el autodesprecio, son candidatos a refugiarse en diversos «tubos de escape» que les permitan aliviar su vacío interior.

Con lo dicho hasta aquí no quiero minusvalorar los planes de prevención contra la droga que el Ministerio de Sanidad y otros organismos han llevado a cabo estos últimos años. Sin embargo, la realidad demuestra que son tan necesarios como insuficientes. Está pendiente de abordar el problema en su núcleo fundamental, ya que la droga no es sino un síntoma más de una cultura enferma por su vacío interior...

CUATRO VIRTUDES Y DIEZ MANDAMIENTOS DE LA CARRETERA

Diario Palentino, 1 de julio de 2007

Se acerca la festividad de San Cristóbal, patrono de los conductores. Nuestra reflexión cristiana se ve este año muy enriquecida por la reciente publicación por parte del Pontificio Consejo Vaticano para la Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes, de un interesante documento que lleva por título *Orientaciones para la Pastoral de la Carretera* (19-VI-07). El documento tiene cuatro partes: la primera está dedicada a las comunicaciones por carretera; la segunda y la tercera parte respectivamente, se refieren a las mujeres y a los niños de la calle; y la cuarta, a los «sin techo». En esta carta nos queremos centrar en la primera parte: la Pastoral para los usuarios de la carretera.

Una vez más, hemos sido testigos de cómo determinados medios laicistas se mofaban de un pronunciamiento religioso en una cuestión como ésta: «¿También tiene que meterse la Iglesia en un tema profano como éste? ¿Es competente en el terreno de la carretera? ¿Qué tiene que ver la fe católica con la velocidad?...». Pues sí, ciertamente, ¡tiene mucho que ver! Al contrario de lo que muchos puedan pensar, la «vida espiritual» no es un capítulo aparte de nuestra «vida cotidiana». Se trata de nuestra misma vida —la única que tenemos— pero iluminada y conformada por el Espíritu de Cristo.

El hecho de que, anualmente, los accidentes de carretera causen en el mundo 1,2 millones de víctimas mortales y 50 millones de heridos, tiene muchas implicaciones morales. Y es que la conducción también tiene «aspectos morales». La buena conducción presupone el cultivo de diversas virtudes, como son el dominio de sí, la prudencia, la cortesía, el espíritu de servicio, la paciencia... De hecho, la tentación también se nos hace presente al volante, de múltiples formas: instinto de dominio, prepotencia, ira, irresponsabilidad, rebelión a las normas y a la autoridad, etc. El documento encuadra y resume en cuatro, las principales virtudes del conductor: caridad, prudencia, justicia y esperanza.

Caridad

Jesús nos dijo aquello de «amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mc 12, 31). Quererse a sí mismo es condición indispensable para poder

conducir responsablemente un vehículo. Muchas imprudencias en la carretera no son sino la manifestación de la amargura interior y de un indisimulado autodesprecio.

A lo anterior debemos añadir la caridad hacia el prójimo, especialmente hacia los más débiles al volante (ancianos, niños, conductores inseguros, etc.). El documento pontificio recoge unas palabras de Pío XII, dirigidas en 1956 a un grupo de automovilistas:

> No olvidéis respetar a los usuarios de la carretera, observad la cortesía y la lealtad hacia los demás conductores y peatones, y mostradles vuestro carácter servicial. Enorgulleceos de saber dominar una impaciencia a menudo muy natural, de sacrificar a veces un poco de vuestro sentido del honor para que triunfe esa buena educación que es un signo de la verdadera caridad. Así, no sólo podréis evitar accidentes desagradables, sino que contribuiréis a hacer del coche un instrumento incluso más útil para vosotros mismos y para los demás y capaz de que os procure mayor comunión.

Prudencia

Supone la humildad de no sobrestimar las propias cualidades. Exige precaución, para afrontar los imprevistos que se pueden presentar en cualquier circunstancia. La prudencia requiere armonía de actitudes y disposiciones, madurez de juicio y un hábito de autocontrol.

Justicia

Exige de quien conduce un conocimiento completo y exacto del Código de Circulación y una toma en consideración responsable de sus reglas. Asimismo, a consecuencia de la virtud de la justicia estamos obligados a reparar el mal que hayamos podido causar, además de solicitar o conceder el perdón requerido.

Esperanza

En el viaje hacia nuestro destino, los cristianos sabemos que Dios camina junto a nosotros y nos preserva de tantos peligros. El documento nos invita a emprender nuestros desplazamientos en presencia de Dios, en-

comendándonos a nuestro Ángel de la Guarda, a San Cristóbal, al Arcángel Rafael, a Santa María del Camino... Mas aún, se nos invita a tener momentos de oración durante el viaje, con una mención expresa del Santo Rosario, que «debido a su ritmo y repetición apacible, no distrae la atención del conductor».

Junto con la exhortación al ejercicio de las virtudes por parte del automovilista, el documento brinda también un decálogo muy práctico para usuarios de la carretera, evocando los Diez Mandamientos dados a Moisés:

I. No matarás.
II. Que la carretera sea para ti un instrumento de comunión entre las personas, y no de daño mortal.
III. Que cortesía, corrección y prudencia te ayuden a superar los imprevistos.
IV. Sé caritativo y ayuda al prójimo en la necesidad, especialmente si es víctima de un accidente.
V. Que el automóvil no sea para ti expresión de poder y dominio, ni ocasión de pecado.
VI. Convence con caridad a los jóvenes, y a los que ya no lo son, para que no se pongan al volante cuando no estén en condiciones de hacerlo.
VII. Apoya a las familias de las víctimas de los accidentes.
VIII. Haz que se encuentre la víctima con el automovilista agresor en un momento oportuno, para que puedan vivir la experiencia liberadora del perdón.
IX. En la carretera, protege a la parte más débil.
X. Siéntete tú mismo responsable de los demás.

TESTIMONIOS HEROICOS
(SOBRE LOS «GOLES EN PROPIA META»)

Diario Palentino, 24 de junio de 2007

Esta «sociedad de la comunicación» puede llegar a ser muy parcial e injusta a la hora de destacar determinadas noticias y de dejar otras en el

olvido. Gracias a Dios, muchas agencias de noticias religiosas están prestando un gran servicio a quienes se interesan por acontecimientos que permanecen ocultos a las grandes masas, pero que, sin embargo, son muy iluminadores en la comprensión de nuestra propia cultura. Las claves que nos aportan esas «historias desconocidas» son de gran ayuda para educar el necesario sentido crítico y autocrítico ante la cultura dominante.

Me quiero referir a dos acontecimientos concretos, que han tenido lugar en el corto espacio del último mes:

• Los días 18 y 19 de mayo se produjeron graves disturbios en cuatro ciudades de Guangxi (China). Nada menos que cincuenta mil campesinos se enfrentaron violentamente con la policía para protestar por la política de hijo único que el gobierno chino les impone. En las semanas anteriores, los responsables de la planificación familiar habían impuesto multas y aplicado abortos forzosos a las mujeres embarazadas que habían infringido la norma. Los que se resistían a pagar fueron detenidos y se confiscaron sus bienes. Los funcionarios llegaron a hacer destrozos en las casas de los detenidos y amenazaron con destruirlas con bulldozers en futuras ocasiones.

Hasta aquí una noticia que ha encontrado muy poco eco en los mass media occidentales y que, en el mejor de los casos, ha sido presentada exclusivamente bajo la perspectiva de una violación de los «derechos reproductivos». No es de extrañar que a occidente le resulte un tanto incómoda y hasta antipática la reflexión sobre una noticia en la que fácilmente podemos sentirnos aludidos. Es verdad que en occidente no se está imponiendo la política del hijo único, sino que la estamos decidiendo nosotros mismos...

«Autogol» es el nombre que, en el mundo futbolístico, suele darse a la acción de quien, en vez de meter el balón en la portería contraria, lo introduce en la propia meta. La crisis de natalidad que vive occidente no es solamente la consecuencia de nuestra libre decisión, sino que es el resultado de una mentalidad antivida, en la que se mezclan factores morales, económicos, laborales, culturales, etc.

Sé de sobra que muchos matizarán inmediatamente —y no tengo inconveniente en reconocerles su parte de razón— que los métodos de China no tienen nada que ver con los de Occidente. Pero claro, además de los «medios», está también la cuestión de los «fines»; y tal vez tengamos miedo a reconocer que, en lo tocante al valor de la vida, nuestra mentalidad antinatalista se asemeja mucho más de lo que pudiéramos pensar a la del gobierno chino. ¡A mí me cautiva y me emociona la imagen de los ciudadanos chinos lanzándose a las calles para defender la vida!

• El 3 de junio era asesinado en Mosul (Irak) un sacerdote católico caldeo, junto a tres subdiáconos de su parroquia. Fueron tiroteados a sangre fría al terminar la Misa y después colocaron alrededor de sus cuerpos cargas de explosivos auto-detonables para que ninguno osara acercarse. Era una manera de que los cuerpos acribillados permaneciesen expuestos a los ojos de todo el barrio, infundiendo el terror a los cristianos del lugar.

El padre Ragheed había nacido en esa misma ciudad hace treinta y cinco años, donde había estudiado ingeniería. Después se fue a Roma para estudiar teología y poder ordenarse sacerdote. En el año 2003 regresó a Mosul, porque los cristianos de su comunidad de Mosul estaban en peligro y necesitaban de la compañía y los cuidados de un pastor.

Gracias a que era corresponsal de la agencia internacional religiosa Asia News, hemos podido conocer las crónicas que había escrito anteriormente a su asesinato. El pasado Domingo de Ramos, primero de abril, sufrieron un ataque con mortero durante la celebración de la Santa Misa. Ésta fue entonces su crónica:

> Nos hemos sentido como Jesús cuando entra a Jerusalén, sabiendo que la consecuencia de su amor por los hombres será la Cruz. Así nosotros, mientras los proyectiles atravesaban los vidrios de la iglesia, hemos ofrecido nuestro sufrimiento como signo de amor a Jesús [...]. Esperamos cada día el ataque decisivo, pero no dejaremos de celebrar la Misa. Lo haremos incluso bajo tierra, donde estamos más seguros. En esta decisión soy alentado por la fuerza de mis parroquianos. Se trata de una guerra, una guerra de verdad, pero esperamos llevar esta Cruz hasta el fin con la ayuda de la Gracia divina.

Tan sólo unos días antes de su asesinato escribió:

> Los jóvenes organizan la vigilancia después de los diferentes atentados ya sufridos por la parroquia, los secuestros y las amenazas interrumpidas a los religiosos. Los sacerdotes dicen la Misa entre las ruinas causadas por las bombas. Las mamás, preocupadas, ven a sus hijos desafiar los peligros yendo a la catequesis con entusiasmo [...]. Sin domingo, sin Eucaristía, los cristianos en Irak no pueden vivir. Cristo —decía Ragheed— con su amor sin fin desafía el mal, nos mantiene unidos, y a través de la Eucaristía nos dona nuevamente la vida que los terroristas buscan quitarnos.

También ante esta noticia, es justo y necesario que hagamos la consiguiente reflexión: ¿Qué es peor, que sean los terroristas los que intenten impedir a los cristianos celebrar la Eucaristía, o que seamos los propios

cristianos los que la menospreciemos? ¿Qué mal es superior para los cristianos: la violencia de la persecución, o la indolencia de la secularización? Poco margen a la duda queda sobre cuál sería la respuesta que este mártir de la Eucaristía daría a estas cuestiones. ¡Lo peor es el gol en propia meta!

¡Gracias, padre Ragheed, porque la noticia de tu muerte —aunque silenciada por la sordina de nuestro desinterés— llega hasta nosotros en medio de nuestras celebraciones eucarísticas! Tu martirio nos ayudará a afianzarnos en las palabras del Evangelio: «Quien coma de este pan, vivirá para siempre» (Jn 6, 51).

SIMPLEMENTE, CARIDAD: «LO HACEMOS POR JESÚS»

Diario Palentino, 17 de junio de 2007

El Santo Cura de Ars, San Juan María Vianney —patrono de los sacerdotes—, en sus sermones solía hacer una hermosa y práctica aplicación de la leyenda de San Alejo a la presencia real de Jesucristo en el Sacramento de la Eucaristía:

Pertenecía San Alejo a una familia adinerada. Renunciando voluntariamente a sus bienes, por amor a Dios, abandonó la comodidad del palacio familiar para marchar lejos y vivir como un mendigo pidiendo limosna. Pasados muchos años, regresó a su ciudad natal, flaco y desfigurado por las penitencias que hacía. Sin darse a conocer, pidió y recibió albergue en el mismo palacio de sus padres. Durante diecisiete años vivió bajo una de las escaleras del edificio, a cambio de prestar algunos humildes servicios.

Al morir Alejo, su madre reconoció que se trataba de su hijo, cuando en el momento de amortajar su cuerpo reconoció en él unas marcas. Podemos imaginar el dolor en aquel lamento materno: «¡Hijo mío, qué tarde te he conocido...!».

La catequesis del Santo Cura de Ars encontraba en la historia de San Alejo una imagen muy plástica: en esta vida, a Jesucristo le tenemos mucho más cerca de lo que suponemos. Al salir de esta vida, el alma reconocerá a Aquel que estaba presente en la Eucaristía. Y entonces, a la vista de tantas gracias eucarísticas desaprovechadas, exclamará también: «¡Oh, Jesús, será posible que te haya conocido tan tarde!».

La catequesis del Cura de Ars, la podemos y debemos aplicar igualmente a la presencia de Cristo en todos y cada uno de los pobres del mundo, en todas las modalidades de pobreza. Pasamos junto a Jesucristo sin reconocerle cuando aceleramos el paso al cruzarnos con un conocido depresivo, porque nos da pavor la posibilidad de que nos pare y nos vuelva a contar sus penas. Jesús está tan cerca de nosotros que ¡vive debajo de nuestra propia escalera!... Baste descubrirle en esa familia desestructurada cuyos hijos crecen carentes de un amor estable y también en unos inmigrantes que afrontan el gran reto de su vida. Como ocurrió con San Alejo, a veces, las «malas pintas» de los desheredados de la historia pueden dificultarnos reconocer el rostro del «HIJO».

Afortunadamente, la sensibilidad social hacia la pobreza ha crecido entre nosotros —aunque quizás sea más a nivel de ideales que a nivel práctico—, y buena prueba de ello es la proliferación de ONG centradas en la solidaridad con el Tercer Mundo. Muchas de ellas son laicas, y otras muchas han nacido en el seno de la Iglesia Católica, como es el caso de Cáritas.

Lo específico de la caridad cristiana es precisamente esto: amar al prójimo como Cristo nos amó. Es cierto que nuestra caridad no mira el credo de las personas a las que se dirige. Pero eso no significa que pongamos nuestra fe entre paréntesis a la hora de acercarnos al prójimo. Todo lo contrario. Jesucristo debe ser confesado como la motivación y la finalidad última de nuestro amor y entrega a los más desheredados. Como decía la Madre Teresa de Calcuta: «Hago mi trabajo con Jesús, lo hago por Jesús, lo hago para Jesús y, por tanto, los resultados son de Él, no míos».

Benedicto XVI nos recordaba en su encíclica *Deus Caritas est* que la naturaleza íntima de la Iglesia está expresada en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios, celebración de los Sacramentos y ejercicio de la Caridad. Cometeríamos un error muy grave si llegásemos a pensar que los avances sociales pueden justificar nuestra retirada en este terreno. Así lo afirma el Papa: «Las tres tareas se implican mutuamente y no pueden separarse una de otra. Para la Iglesia, la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia» (*Deus Caritas est*, n. 25).

Desde estos presupuestos, como podéis suponer, el hecho de que aunemos en el día del Corpus Christi la confesión de nuestra fe en la presencia de Cristo en la Eucaristía y en los pobres no es ningún amontonamiento indebido, ni tan siquiera es fruto de una coincidencia. Se

trata de un único e inseparable misterio, que encuentra en esta fiesta del Corpus el marco más adecuado para su proclamación.

Es necesario que llamemos la atención sobre algunos retos de nuestra Cáritas Diocesana de Palencia. Las cuotas de afiliados a Cáritas son muy escasas: poco más de trescientas en total, y algunas de ellas con cuantías muy bajas. Nuestra aportación económica a los necesitados debería ser más acorde con nuestros ingresos. Es preciso que sintamos este deber moral de justicia y caridad. A Cáritas le ayudaría mucho que nuestras aportaciones puntuales se concretasen en el compromiso de una cuota voluntaria, porque ello permitiría fijar con más garantía su presupuesto anual.

Al mismo tiempo, Cáritas necesita más voluntarios tanto a nivel parroquial como diocesano. La semana pasada tuve la ocasión de acercarme a nuestro Albergue de Transeúntes en Palencia, y pude comprobar cómo se ha tenido que tomar la decisión de que sus puertas permanezcan cerradas, de mayo a octubre, durante varias horas por la tarde, por falta de voluntariado suficiente. Por el mismo motivo, algunos voluntarios en el ropero del albergue se veían obligados a dedicar más horas de las previstas. Si es importante nuestra contribución económica, el mayor tesoro que podemos ofrecer al Señor es la dedicación de nuestro tiempo.

Tras estas consideraciones, en la solemnidad del Corpus Christi os animo a que busquéis una unión muy afectuosa, con Jesús en la Eucaristía y, al mismo tiempo, sintáis vivamente la presencia de Cristo entre nosotros: «Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaremos juntos» (Ap 3, 20).

SILENCIO ELOCUENTE

Diario Palentino, 3 de junio de 2007

El domingo de la Santísima Trinidad es conocido como la «Jornada Pro Orantibus», en la que recordamos a quienes han hecho de la oración y el sacrificio por todos nosotros, su vocación cotidiana: las almas contemplativas. ¡Cuántas injusticias hemos cometido en las últimas décadas contra los monjes y monjas de clausura! ¡Con cuánta frecuencia han

tenido que oír de muchos católicos palabras de incomprensión, al estilo de: «¿Qué hacéis aquí rezando, con la cantidad de cosas que hay por hacer en el mundo?». Afortunadamente, parece que en los últimos años, en la medida en que nos hemos llegado a sentir asfixiados en el ambiente secularizado, hemos ido redescubriendo los monasterios contemplativos como auténticos oasis en medio del desierto de la cultura materialista. De ello son testigo muchas hospederías monacales y tantos locutorios, adonde hemos acudido en busca de paz y para encomendar nuestras preocupaciones más urgentes.

Un indicio puntual pero significativo del renacimiento de esta sensibilidad hacia los contemplativos, lo hemos visto recientemente en la gran acogida que ha tenido en Europa la película *El gran silencio*, en la cual se recogía un reportaje de la vida de los monjes cartujos de Grenoble (Francia). En naciones como Alemania, *El gran silencio* ha sido un auténtico éxito de taquilla, que ha superado con creces a Harry Potter en la media de público por proyección. ¡Un filme de 162 minutos en silencio observando la vida de los monjes! Sin duda alguna, algo impensable hace tan sólo diez o veinte años.

Dicho lo cual, sería ingenuo que extrajésemos la conclusión de que esta nueva sensibilidad pueda interpretarse como un reconocimiento suficiente por nuestra parte de la dimensión contemplativa de la Iglesia. Una cosa es el atractivo que ejerce la espiritualidad en nuestros días, y otra bien distinta, es la fe en la oración y en el sacrificio como instrumentos de redención del mundo. Me centro en el subrayado de dos aspectos concretos:

Confianza en la gracia

El influjo de la vida contemplativa en la Iglesia y en nuestra sociedad es semejante al de las cumbres nevadas de nuestras montañas. Al mirarlas, muchos no perciben más que un hermoso paisaje, ignorando u olvidando que el fértil valle del que estamos disfrutando ha llegado a florecer gracias a esa nieve derretida de una forma lenta y anónima.

Los dones que recibimos en nuestra vida están «regados» por la oración y el sacrificio de las almas contemplativas. Un cristiano es inmaduro mientras no sea consciente de que nada somos sin la gracia de Dios («Sin Mí no podéis hacer nada», Jn 15, 5) y de que hay ciertas gracias que sólo pueden alcanzarse «con la oración y con el ayuno» (Mc 9, 29).

Para que valoremos el don de la vida contemplativa, con frecuencia suele ser necesario que tengamos que purificarnos previamente desde

la experiencia de la esterilidad de nuestro esfuerzo voluntarista: «Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles; si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas. Es inútil que madruguéis, que veléis hasta muy tarde, que comáis el pan de vuestros sudores: ¡Dios lo da a sus amigos mientras duermen!» (Salmo 126).

Ocurre que uno de los errores prácticos más frecuentes en la vivencia de la espiritualidad cristiana es el «voluntarismo»: consiste en poner la iniciativa de la vida espiritual en el propio hombre, en confiar el progreso de la vida espiritual a la propia voluntad de lograrlo, de forma que la acción de Dios es relegada a un segundo plano. El planteamiento voluntarista piensa, en el fondo, que los logros de nuestra vida son directamente proporcionales a nuestra fuerza de voluntad y olvida, entre otras cosas, que también la fuerza de voluntad es un don de Dios. De esta forma, el voluntarismo no es capaz de percibir la vida cristiana como un don de Dios «gracia sobre gracia» (Jn 1, 16).

Silencio elocuente

He aquí el lema de la «Jornada Pro Orantibus» de este año. No me resisto a recoger unas hermosas reflexiones que monseñor Jesús Sanz nos ofrece en la carta de presentación de la Jornada:

> Dios nos dirige su Palabra y Dios nos dirige también su Silencio. ¡Cuántas veces Él nos dice tantas cosas... callándolas! Siempre hemos visto en María la mujer creyente que ha sabido guardar en su corazón lo que Dios hablaba y lo que silenciaba.
>
> Éste es el lenguaje místico: el silencio elocuente y la soledad habitada de la Palabra de Dios y de su Presencia adorable. Si el *homo loquens* «hombre que habla» busca y trata de expresar de tantos modos el misterio de Dios que le desborda, llega un momento en el que debe dar paso a otro modo de expresión más propia del *homo adorans* «hombre adorador»: el silencio.
>
> Esta Palabra la escuchan los contemplativos. Es la que nos testimonian desde su silencio tan lleno de susurro divino, que se hace elocuente para quien quiera escuchar. Benditos ellos, que han sido llamados a guardar en el corazón lo que Dios nos dice y lo que nos calla.

PASIÓN POR LA VERDAD
El Norte de Castilla, 2 de junio de 2007

El 16 de abril el Papa celebraba su ochenta cumpleaños y tres días después se cumplían sus dos primeros años de pontificado. Aunque ya le felicitamos y lo celebramos en su día, no he querido dejar pasar la ocasión de compartir con vosotros una reflexión sobre todo lo que este pontificado, todavía incipiente, nos está ofreciendo.

La Providencia ha querido que la sede de Pedro sea ocupada por un hombre de vasta y profunda cultura teológica, al mismo tiempo que de exquisita amabilidad. Joseph Ratzinger tiene la virtud de aunar la pasión por la verdad con una cortesía que no tiene nada de formal, sino que expresa una extraordinaria atención por cada una de las personas. Se trata de un don especial que le permite conjugar de modo admirable el papel de Maestro y de Pastor.

Como Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, el cardenal Ratzinger repetía con frecuencia que su tarea consistía en defender la fe de los sencillos, de las doctrinas ambiguas y erróneas de los llamados «sabios» de este mundo. Estamos ante un singular carisma que sabe conjugar la Verdad y el Amor. El cardenal Bertone afirmaba recientemente que en este comienzo del tercer milenio, nuestro mundo no sólo sigue teniendo necesidad de Verdad y Amor, sino que necesita especialmente su Unidad: «Éste es uno de los motivos por los que la Providencia ha elegido como sucesor de Pedro al cardenal Joseph Ratzinger: porque éste enseña, y antes aún, da testimonio con su vida de que no hay amor sin verdad y de que no hay verdad sin amor».

Dadas las cualidades y el recorrido personal del Papa Benedicto, una de sus aportaciones principales se enmarca en la problemática de la relación fe y cultura, ciencia y fe o, simplemente, religión y razón. Se trata de un aspecto fundamental y apremiante para poder dar una respuesta a la oleada de relativismo y de indiferencia que afecta a la misma sociedad cristiana.

La Providencia ha elegido a Joseph Ratzinger como el discípulo más aventajado para recibir y aplicar el contenido de la encíclica de Juan Pablo II, *Fides et ratio* (*Fe y Razón*). Un buen ejemplo lo tenemos en la conexión con la encíclica del famoso discurso de Ratisbona pronunciado el 12 de septiembre de 2006.

En *Fides et Ratio*», Juan Pablo II presentaba la fe y la razón como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contem-

plación de la verdad. Al mismo tiempo, describía de la siguiente forma la crisis de pensamiento del momento presente:

> Tanto la fe como la razón se han empobrecido y debilitado una ante la otra. La razón, privada de la aportación de la Revelación, ha recorrido caminos secundarios que tienen el peligro de hacerle perder de vista su meta final. La fe, privada de la razón, ha subrayado el sentimiento y la experiencia, corriendo el riesgo de dejar de ser una propuesta universal (n. 48).

Dicho de otro modo, si la fe no está acompañada de una razón bien formada, corre el peligro de reducirse a un mito o superstición. Por el contrario, si el ejercicio de la razón no está acompañado de una fe adulta, deja de interesarse por las grandes preguntas que siempre han preocupado al género humano, para acabar hablando de trivialidades sin trascendencia alguna.

En el discurso en la Universidad de Ratisbona, Benedicto XVI afirmaba que «una razón que sea sorda a lo divino y relegue la religión al ámbito de las subculturas es incapaz de entrar en el diálogo de las culturas». Pero al mismo tiempo añadía: «No actuar según la razón es contrario a la naturaleza de Dios [...] Quien quiere llevar a otra persona a la fe necesita la capacidad de hablar bien y de razonar correctamente, y no recurrir a la violencia ni a las amenazas».

Ratzinger añadía en aquel famoso discurso que existen «patologías» que amenazan a la religión y a la fe, cuando la razón se reduce hasta el punto de que ya no le interesan las cuestiones de la religión y de la ética. Occidente está amenazado por una especie de aversión a los grandes interrogantes de la razón. Parece como si se hubiesen cambiado las tres preguntas esenciales de la vida: «¿De dónde venimos? ¿Quiénes somos? ¿A dónde vamos?», por las más triviales e intrascendentes: «¿Cuál es tu experiencia? ¿Cómo te sientes? ¿Qué haces?...».

Jon Juaristi, de religión judía, catedrático de Filología Hispánica y ex director de la Biblioteca Nacional y del Instituto Cervantes, afirmaba recientemente que «hoy, la verdadera defensa de la Razón no está en manos de esta posmodernidad, sino en el discurso de Benedicto XVI, pues él conecta con las raíces de Europa, judías y helenistas». Este escritor acaba de recibir el premio de periodismo Mariano de Cavia, por su artículo «Teología», que publicó el 24 de septiembre de 2006 sobre el discurso de Ratisbona. Su tesis es que lo que la modernidad no ha podido soportar no es una idea vaga de Dios (¡en esto no tiene proble-

ma!), sino la idea de un Dios razonable. Sus palabras son clarividentes: «La teología es el encuentro de Atenas y Jerusalén», mientras que «la modernidad es el resultado de la deshelenización de Europa y su consecuente abandono a los dioses oscuros e inexplicables».

Adentrarse en el diálogo de la fe y la razón supone abandonar la postura cómoda de quien se limita a repetir el mensaje de fe sin contrastarlo con el pensamiento contemporáneo. Supone asumir un riesgo por amor a los que nos han sido confiados. Sólo arriesga quien ama de veras y está preocupado por el destino de sus hermanos. En su homilía de inicio del pontificado, el Papa pronunciaba las siguientes palabras:

> La santa inquietud de Cristo anima al pastor: no es indiferente para él que muchas personas vaguen por el desierto. Y hay muchas formas de desierto: el desierto de la pobreza, el desierto del hambre y de la sed; el desierto del abandono, de la soledad, del amor quebrantado. Existe también el desierto de la oscuridad de Dios, del vacío de las almas que no tienen conciencia de la dignidad y del rumbo del hombre».

Acercarse a la figura de Benedicto XVI permite comprender lo que quizás sea el secreto de su pontificado: que hay un motor del diálogo entre la fe y la cultura: el Amor.

PRIMERA COMUNIÓN
Diario Palentino, 27 de mayo de 2007

En muchas de nuestras parroquias se celebran en estos días las Primeras Comuniones. No sólo es un momento especial de gracia para los niños, sino también para sus familias y para las comunidades parroquiales. Todos los cristianos compartimos el gozo y la alegría de este día; sin embargo, en la celebración de la Primera Comunión vemos la necesidad de depurar algunas adherencias que pueden llegar a deformar la maravilla de este Sacramento. Permitidme algunas reflexiones:

1. «Dejad que los niños se acerquen a mí...» (Mc 10, 14).

Antes de otras consideraciones, lo primero es caer en la cuenta de que Jesucristo desea tener una relación personal con cada uno de los más pequeños. Tenemos el riesgo de despreciar la religiosidad infantil, pensando que los niños no tienen la «madurez» suficiente para discernir desde un espíritu crítico, sin dejarse arrastrar por las influencias de su entorno, y sin ser capaces de opciones definitivas de vida. Sin embargo, no es ése el pensamiento que refleja el Evangelio de Jesucristo: «Si no os hacéis como niños no entraréis en el Reino de los Cielos» (Mt 18, 3). «Le presentaban unos niños para que los tocara; pero los discípulos les reñían. Mas Jesús, al ver esto, se enfadó y les dijo: "Dejad que los niños vengan a mí, no se lo impidáis, porque de los que son como éstos es el Reino de Dios. Yo os aseguro: el que no reciba el Reino de Dios como niño, no entrará en él". Y abrazaba a los niños, y los bendecía poniendo las manos sobre ellos» (Mc 10, 13-16).

Sin duda alguna, de la lectura del Evangelio se desprende que para la unión con Dios, la soberbia del adulto es un obstáculo mucho mayor que la inmadurez del niño. Dios es perfectamente capaz de transmitir su mensaje eterno en un lenguaje sencillo e infantil. Más aún, ¡gusta de hacerlo! y posiblemente le resulte mucho más impenetrable nuestro lenguaje «adulto». Las Primeras Comuniones de nuestros niños nos recuerdan el ideal evangélico de hacernos como niños, con toda su sencillez y pureza, en el seguimiento de Cristo.

Se narra una anécdota protagonizada por un conocido filósofo inglés ilustrado, A. Collins, quien se encontró con un campesino que, a la hora del Ángelus, interrumpía su trabajo de labriego para recogerse en la oración mariana. Con tono provocativo, el ilustrado preguntó al labriego: «¿Cómo es tu Dios? ¿Grande o pequeño?». El labriego, sin terminar de comprender la malicia que encerraba la pregunta, le respondió sencillamente: «Dios es tan grande que no cabe en la mente de un sabio como usted, y tan pequeño que es capaz de caber en un corazón tan pequeño como el mío».

Tras su conversión, Collins manifestó años más tarde que aquella reacción del campesino había ejercido sobre él más influencia que todos los debates sostenidos y libros leídos.

2. «¡Ay de quien escandalizare a uno de estos pequeños...!».

No olvidemos que en uno de los pasajes más duros pronunciados por Jesucristo en el Evangelio, se denuncia el grave pecado que supone

que los adultos profanemos la inocencia de los niños. «Así pues, quien se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos. Y el que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe. Pero al que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le vale que le cuelguen al cuello una de esas piedras de molino que mueven los asnos y le hundan en lo profundo del mar».

No estamos hablando de casos aislados y puntuales, sino de una cultura que roba artificialmente al niño su inocencia y le impide disfrutar y enriquecerse de ella. No cabe duda de que éste es uno de los obstáculos mayores para que la Primera Comunión pueda tener todo el fruto que Dios espera de ella. Nuestra cultura consumista lanza a los niños de forma continua y sugestiva, todo un cúmulo de «sensaciones fuertes» que focalizan su atención y entorpecen en gran manera su apertura natural a los valores espirituales.

3. «Hoy te quiero más que ayer pero menos que mañana»

Permitidme un consejo práctico e importante para cuidar la Primera Comunión de nuestros niños. Es un error que enfaticemos tanto el hecho de que sea la «primera» Comunión, y dejemos pasar desapercibida la «segunda» o la «tercera»...

A nuestros niños, más allá de la natural ilusión por lo novedoso, tenemos que transmitirles que es más importante la segunda Comunión que la primera, la tercera que la segunda, o la cuarta que la tercera; de forma similar a como es más importante que papá y mamá se sigan diciendo «hoy» que se quieren, diez años después de su boda.

Os sugiero que hablemos en profundidad con nuestros pequeños sobre cómo están preparando y viviendo esas Comuniones posteriores a su «Primera» Comunión.

4. «Gesto de generosidad y desprendimiento»

Con frecuencia solemos centrarnos en la crítica a la manipulación consumista de las Primeras Comuniones. ¡Tenemos sobradas razones! Pero también es cierto que pocas veces hacemos algo como terapia de choque frente a un mal tan extendido. ¿Y si en las familias hablásemos y consensuásemos con los niños un donativo a Cáritas o al Domund, de forma que ellos también impliquen su generosidad con la renuncia a algún regalo? ¿Y si el niño comenzase a ser socio de Cáritas, de Manos Unidas o de la Infancia Misionera desde el día de su Primera Comunión?

5. Los niños, signo de Dios

Es cierto que en pura lógica, somos los adultos los que tendríamos que ayudar a los pequeños a acercarse a la Eucaristía y a valorarla. Sin embargo, en los designios divinos —cada vez con más frecuencia— los niños son el camino del que Dios se está sirviendo para que muchos adultos puedan descubrir el don de la Eucaristía. Baste concluir con una anécdota sucedida en octubre de 2005, cuando el Papa tenía un encuentro con multitud de niños que recientemente habían recibido su Primera Comunión. Una pequeña le preguntó qué hacer si sus padres el domingo no van a Misa. A lo que el Papa le contestó sugiriéndole que les hablase con gran amor y respeto, diciéndoles: «Querido papá, querida mamá, ¿sabéis que hay algo muy importante para todos nosotros y también para vosotros? Encontrarnos con Jesús».

SEMINARIO DE AYER Y DE HOY

Diario Palentino, 20 de mayo de 2007

Se ha dicho que el Seminario es «el corazón de la diócesis» y, por ello, lo que en él ocurra nos afecta a todos, de alguna manera. De una u otra forma, los católicos estamos implicados en la tarea de promover e impulsar las vocaciones sacerdotales, bien sea con nuestra oración, sacrificios, aportación económica, diversas colaboraciones... Al obispo se le encomienda de una forma muy especial la tarea del cuidado de la pastoral vocacional, así como la responsabilidad de velar para que los candidatos al sacerdocio reciban la formación adecuada. ¡Pocas tareas habrá que le sean más propias y más urgentes que la preocupación por la sucesión en el ministerio sacerdotal! Por eso, en esta ocasión os escribo para comentaros la situación actual de nuestro Seminario Mayor y las medidas que se tomarán a partir del próximo curso. Se trata de poder asegurar a nuestros seminaristas una mejor formación.

Como bien conocéis todos, la situación actual de nuestro Seminario Mayor es preocupante por el número de alumnos. Por una parte, tenemos cuatro seminaristas en el Curso de Pastoral, que ya han terminado sus estudios de Teología y viven fuera del Seminario. Por otro lado, hay

solamente cinco seminaristas realizando los seis años de Estudios Eclesiásticos. Está claro que este número escaso de alumnos es un grave obstáculo a la hora de ofrecer a los seminaristas el necesario enriquecimiento humano y académico en su formación.

Es mi deseo encontrar un remedio que afronte esta situación y que garantice a nuestros alumnos del Seminario una formación más enriquecedora a todos los niveles. Por ello, después de haber hecho un seguimiento lo más cercano posible de nuestros seminaristas, he tomado la decisión de que a partir del próximo curso nuestro Seminario Diocesano tenga dos sedes: de lunes a viernes se trasladará a Madrid, donde se realizarán los Estudios Eclesiásticos en la Facultad de Teología de San Dámaso. Los fines de semana, sin embargo, el Seminario estará ubicado en Palencia, continuando en la sede actual.

El motivo de trasladar a la Facultad de San Dámaso de Madrid los estudios de Teología de nuestros candidatos al sacerdocio no es otro que el de ofrecerles un ambiente de mayor enriquecimiento humano y espiritual, ya que se trata del centro teológico más floreciente de España. Es un hecho incuestionable que la formación académica no se recibe exclusivamente del contenido teórico encerrado en unos libros de texto, sino que también son determinantes los modelos de referencia y las relaciones humanas que se establecen en el entorno académico.

Ahora bien, al mismo tiempo, también es importante que nuestros seminaristas no se «disuelvan» en una gran capital como Madrid. Su integración e inserción en la realidad palentina debe ser cuidada con esmero. Por ello, nuestros seminaristas, en Madrid, harán vida en comunidad en un piso de nuestra diócesis cercano a la Facultad de Teología, conformando la misma comunidad actual, sin diluirse como Seminario Diocesano. Añádase a esto que los fines de semana se trasladarán a Palencia, para insertarse en las tareas pastorales de nuestras parroquias e instituciones.

En definitiva, con esta decisión se ha querido conjugar dos dimensiones: por una parte, ofreceremos a nuestros candidatos al sacerdocio una perspectiva más enriquecedora y más universal en su formación, pero por otra parte, deseamos hacerlo sin que los seminaristas pierdan el necesario entroncamiento con nuestra diócesis.

Esta decisión que tomamos ahora en Palencia, ya había sido puesta en práctica anteriormente por la casi totalidad de las diócesis de Castilla León que carecen de Facultad Teológica. Partiendo de la situación en la que actualmente nos encontramos, he creído que era el momento de llevar a cabo esta solución. El futuro de nuestro Seminario es preo-

cupante y no podemos permanecer de brazos cruzados. Hemos de arriesgar para conseguir la mejor formación posible de nuestros futuros sacerdotes y también para buscar nuevas vocaciones sacerdotales palentinas.

Se trata de una medida temporal que iremos evaluando a tenor del resultado alcanzado y de la evolución del número de las vocaciones. Yo confío en que la apertura de nuevos horizontes en el campo formativo de los seminaristas palentinos sea un instrumento del que el Señor pueda servirse para multiplicar la llamada vocacional y para fortalecer su formación.

Me apoyo en vosotros, queridos diocesanos, en vuestra oración y en vuestros ofrecimientos. No debemos olvidar en ningún momento la invitación insistente que Jesucristo nos hace en el Evangelio: «La mies es mucha y los obreros pocos. Rogad al dueño de la mies que envíe obreros a su mies» (Mt 9, 37). Os confío esta intención, por la que estoy seguro de que rezaréis con ilusión.

¡Santa María y San José, que cuidasteis de aquel primer seminario de Nazaret, rogad por nosotros! Con afecto, os bendice y encomienda vuestro obispo.

DE HUTUS Y TUTSIS
(LA FUERZA DE LA EUCARISTÍA)
Diario Palentino, 13 de mayo de 2007

Hace unos días tuve ocasión de asistir a la proyección de una película de producción anglogermana, recientemente estrenada en España: *Disparando a perros.* Afortunadamente, de vez en cuando, el cine nos regala algún filme que se sale de la tónica general de frivolidad, violencia y sexo en la que está inmerso el séptimo arte. Espero que podamos verlo próximamente en las carteleras de Palencia.

Se trata de una película de gran fidelidad histórica, que recoge los sucesos ocurridos durante el genocidio ruandés de 1994 en una misión católica ubicada en el mismo recinto de la Escuela Técnica Oficial cercana a Kigali. Unos 2.500 tutsis se refugiaron en la citada misión del

sacerdote bosnio Vjeko Curic (en el film, el padre Christopher). Al mismo tiempo, la Escuela-Misión se había convertido de forma circunstancial en base de los Cascos Azules de la ONU.

Cientos de hutus armados con machetes rodearon el recinto a la espera de que los Cascos Azules abandonasen a su suerte a los refugiados tutsis. La cobardía y el absentismo occidental fueron cómplices de la tragedia: de los 2.500 refugiados solamente sobrevivieron media docena.

El filme muestra la colaboración y el contraste entre dos figuras rigurosamente históricas: un joven voluntario occidental de una ONG (Joe) y el citado padre Christopher. Es de suponer que la atención de los espectadores se centre en la denuncia del genocidio ruandés, donde más de 800.000 tutsis fueron pasados a cuchillo en pocas semanas, ante la indiferencia del resto del mundo. No en vano, tras la experiencia de la guerra de los Balcanes y del genocidio ruandés, Juan Pablo II reiteró en distintos ámbitos la obligación moral de ejercer una necesaria «injerencia humanitaria» en favor del bien común y en defensa de los derechos de los más débiles.

¡Cuánto daño han hecho en las últimas décadas —especialmente desde la caída del muro de Berlín— los apegos tribales y raciales! Finalizada la llamada «guerra fría» y tras la «caída de las ideologías», el principal factor desencadenante de conflictos ha sido las luchas étnicas.

Sin embargo, yo quisiera fijarme en otro aspecto de la película que, por su originalidad, creo que es su mayor aportación. En concreto, me refiero a la incidencia determinante de la fe en medio de los conflictos étnicos.

Los conflictos étnicos cuestionan la madurez de nuestra fe

No olvidemos que las dos etnias ruandesas, tanto hutus como tutsis, eran mayoritariamente católicas. Es decir, el genocidio tuvo lugar entre creyentes de nuestra misma fe. En el filme, el padre Christopher se plantea, con crudeza y acierto, la pregunta de si la fe que durante tantos años ha predicado como misionero en África ha llegado a penetrar y a transformar los valores de aquellos pueblos o, si por el contrario, ha sido un mero barniz con el que se han adornado sus costumbres y cultura. No olvidemos que el padre Christopher encarna en la pantalla al sacerdote católico bosnio Vjeko Curic, en cuya tierra natal, por esas

mismas fechas ¡también estaba teniendo lugar otro genocidio, motivado por el conflicto étnico entre serbios, bosnios, croatas...!

Una prueba importante de autenticidad de la fe católica es que la comunión en los vínculos de nuestra misma fe se muestre superior a los lazos de carne y sangre. Una fe que no sea capaz de relativizar las adscripciones tribales es profundamente inmadura. El componente étnico no debe restar nunca la necesaria libertad en el seguimiento a Jesucristo.

El secreto está en la catolicidad

Cuando los Cascos Azules abandonan la misión, el padre Christopher decide quedarse entre los tutsis que iban a ser masacrados, compartiendo su destino. Que no nos quede la menor duda de que uno de los motivos por los que en las misiones se escriben páginas tan gloriosas de la historia de la Iglesia, es porque los misioneros están libres de apegos de carne y sangre, que les podrían dificultar el seguimiento incondicional a Cristo y a su Evangelio.

La *Carta a Diogneto*, escrita en el siglo III del cristianismo, describía así a los cristianos: «Habitan en su propia patria, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos, pero lo soportan todo como extranjeros; toda tierra extraña es patria para ellos, pero están en toda patria como en tierra extraña». ¿Acaso nuestra condición de hijos de un mismo Dios Padre, no nos constituye en ciudadanos del mundo?

La Eucaristía, fuente de vida eterna

El filme se inicia y concluye con una referencia a la Eucaristía: al joven cooperante que colabora con el padre Christopher le cuesta creer en la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Le parece más un símbolo que una realidad. No es difícil deducir que ésta sea la causa por la que el joven se muestra incapaz de compartir el martirio del padre Christopher. A pesar de la promesa que había hecho a los refugiados de no abandonarles en ningún momento, el miedo le obliga a marchar junto con los soldados que abandonan a los tutsis a su suerte. Solamente quien crea firmemente en las palabras de Cristo «Quien come mi cuerpo y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo

le resucitaré para la vida eterna» (Jn 6, 54), será capaz de vencer el miedo a la muerte.

Cuando ya «todo estaba perdido» y faltaban tan sólo unos instantes para la tragedia final, el padre Christopher se rebela frente al pensamiento de que «ya no hay nada que hacer». Su reacción es contundente: ¡Todavía hay unos niños que no han hecho la Primera Comunión! ¡No deben morir sin haber recibido la Eucaristía!

Supongo que ese epílogo dejará desconcertado a más de un espectador. Sin embargo, no se trata sino de la lógica evangélica. Lógica de la fe y del amor que se plasma en la frase que el padre Christopher dirige al verdugo que termina con su vida: «Al mirarte a los ojos, no puedo dejar de amarte».

EL CAMINO Y LA VERDAD Y LA VIDA
Diario Palentino, 29 de abril de 2007

El versículo 6 del capítulo 14 del Evangelio de San Juan, con el que hemos encabezado este artículo, es un buen punto de partida para discernir si el concepto de religiosidad que nos hemos ido forjando es pleno y conforme a la Revelación de Jesucristo, o si, por el contrario, es sesgado y arbitrario.

Llama la atención que Jesús se nos revelase con una frase tan sintética, no sólo añadiendo a esas tres palabras un artículo determinado, sino también uniéndolas de una forma reiterada por la conjunción copulativa «y»: «Yo soy el Camino y la Verdad y la Vida». Parece como si se nos quisiera insistir en la importancia de «sumar» esas tres palabras, ante nuestra tendencia a recibirlas parcialmente. Es bueno que nos demos cuenta de que cuando esos tres conceptos —camino, verdad y vida— no se «suman», la consecuencia puede ser una deformación de la religiosidad. Veámoslo:

Religiosidad «moralista»

Cuando la religiosidad se centra en su función de marcar el «camino», desligándose de los demás aspectos sustanciales, la consecuencia es el moralismo. En efecto, ocurre con frecuencia que muchas personas, especialmente las alejadas de la fe, tienen un concepto de la religiosidad esencialmente moralista. La esencia de la religiosidad se reduciría a los mandamientos, prohibiciones, normas, tradiciones, consejos... Con frecuencia, esto genera una imagen antipática del cristianismo, ya que la religiosidad es presentada como enemiga de la propia libertad. La imagen de Dios queda reducida a un «dios policía», dejando en el olvido que «la verdad nos hará libres» (Jn 8, 32), y que «Cristo ha venido para que tengamos vida, y vida en abundancia» (Jn 10, 10) .

Curiosamente, esa reducción moralista que tantos rechazos suscita, en otras ocasiones es buscada interesadamente. Se trata de la actitud de quienes valoran la religión en la medida en que ésta resulte de «utilidad social»; es decir, en la medida en que sea un escudo protector contra la degradación moral de nuestros días. Son aquellas personas que no dudan en adornar con un baño religioso la educación de sus hijos, con la esperanza de que, mientras estén «ocupados en cosas buenas», se evitarán «males mayores». No les gustaría que sus hijos cayeran en ciertas lacras de nuestros días: droga, terrorismo, desarraigo familiar, etc. Para eso utilizan la religión como un dique de contención contra esos vicios morales. En el fondo, no les importa tanto la religión en sí misma, cuanto los efectos beneficiosos que de ella puedan obtener.

Mención aparte merece en este capítulo la reducción del cristianismo a una «ética de solidaridad», muy frecuente en nuestros días. Aspectos esenciales del mensaje revelado quedan en el olvido: la gracia de Cristo, la redención de nuestros pecados, etc.; mientras que la predicación se circunscribe a la solidaridad, opción por los pobres, etc. Es decir, otra forma de reducción al moralismo.

Religiosidad «dogmática»

Cuando la religiosidad se centra en remarcar las verdades doctrinales, desligándose de los demás aspectos, la consecuencia es un dogmatismo doctrinal teórico, bastante estéril por lo demás. Se suele caracterizar por una formación religiosa muy doctrinal, pero poco

vital. Se trabajan mucho los conceptos, pero muy poco los afectos y la voluntad.

Parece como si lo único importante fuese mantener unos principios, al margen de su realización práctica. Dentro de este capítulo se introduce una religiosidad muy preocupada por la ortodoxia (corrección en la doctrina) pero poco por la ortopraxis (actuación coherente). Igualmente, también se incluiría en este apartado la advertencia que el teólogo suizo Hans Urs Von Balthasar hizo de la importancia de hacer una «teología arrodillada», contrapuesta a la teología especulativa, tan extendida en ciertos ambientes, que por su lejanía de la espiritualidad acaba por «secar el espíritu». De hecho, se da la circunstancia de que en la historia de la Iglesia, hasta aproximadamente los siglos XII-XIII, ser teólogo era sinónimo de ser santo. A partir de esa fecha, por el contrario, comienzan a abundar los profesionales de la erudición teológica que, lejos de acompañar sus estudios con una vida santa, polemizan sobre cuestiones más o menos banales, sin elevar el espíritu de quienes les escuchan a las cumbres de la espiritualidad.

Religiosidad «experiencial»

Cuando la religiosidad se reduce a una mera «vivencia», entendida ésta como una búsqueda de experiencias espirituales gratificantes, desligándose de los demás aspectos sustanciales, entonces la consecuencia es una religiosidad subjetiva y de consumo personal. Es la pretensión falsa de vivir el espíritu de Cristo, desligándose de su «camino» y de la «verdad» de su Persona.

El auge de fenómenos como el esoterismo, la revalorización de la religiosidad oriental, el ocultismo, la adivinación, el sincretismo religioso, etc., está muy ligado a esta religiosidad experiencial. Se busca llenar el deseo de trascendencia que todo hombre lleva en su interior, pero desligándolo de cualquier compromiso moral en la vida diaria, bien personal o social. El objetivo es saciar la sed espiritual, pero sin adherirse a verdades objetivas ni crearse compromisos morales. En definitiva, una religión «light», muy en boga en estos momentos.

En resumen, no es casual la insistencia de Jesús en esa conjunción copulativa «y», con la que nos quiere poner en guardia frente a nuestras tendencias reduccionistas. Hemos de esforzarnos por adherirnos a la Revelación de Cristo en su integridad, el cual se nos presenta como «el

Camino y la Verdad y la Vida». Por ello, el Catecismo de la Iglesia Católica engloba en estos tres pilares fundamentales la presentación de la figura de Jesús y su mensaje: Los mandamientos, porque Cristo es el Camino; el Credo, porque Cristo es la Verdad; y los sacramentos y la oración, porque Él es la Vida.

AMBIENTE REVUELTO...
Diario Palentino, 22 de abril de 2007

Estos días he podido advertir en algunos sacerdotes de la diócesis cierta preocupación ante un ambiente un tanto revuelto, especialmente en los pueblos más pequeños. Por lo visto, no se trata de ninguna novedad, sino que viene repitiéndose sistemáticamente cada cuatro años, con la llegada de las elecciones municipales. Uno de ellos hacía el siguiente comentario: «Vienen cada cuatro años y dejan el pueblo patas arriba para una buena temporada».

Por desgracia, en los pueblos pequeños —y cuanto más pequeños, peor— la formación de las listas electorales contendientes en las urnas es dificultosa, dolorosa y hasta traumática. Llegado este momento, se reabren viejas heridas y se produce un notable retroceso en la convivencia más o menos normalizada de esas decenas o centenas de habitantes.

En la raíz, vanidad y orgullo

Muchos candidatos municipales viven los resultados de las urnas como si se tratase de un veredicto de aceptación o rechazo personal, emitido por sus vecinos. Lo cierto es que se requiere madurez para que el «perdedor» de unas elecciones no se sienta personalmente humillado. Se comete un error muy grande cuando se hace una cuestión personal del servicio político.

Uno de los males más arraigados en nuestra condición pecadora es el hecho de que el triunfo frente a un oponente llegue a ser la condición necesaria para nuestra autoestima. Dicho a las claras: a veces ocurre que para sentirnos alguien en esta vida, necesitamos mirar «de arriba abajo» a los otros.

El lado oscuro de la amistad

Lo malo suele ser que estos posicionamientos conflictivos no se mantienen en solitario, sino que también, con frecuencia buscamos hacer cómplices a otros muchos. ¡Se toca a arrebato a los allegados, de quienes se espera y exige plena adhesión! ¡El voto al otro candidato sería considerado como una muestra de enemistad!

Parece como si la amistad se demostrase compartiendo las enemistades. ¡Los enemigos de mi amigo son mis enemigos! Es algo así como «el lado oscuro de la amistad». En realidad, no se trata de una verdadera amistad, sino de una manipulación de ésta, poniéndola al servicio de las propias pasiones.

En algunos pueblos hemos llegado a ser testigos de cómo se trasmiten a los propios hijos las enemistades, como si de una herencia se tratase. No hay cosa más triste que ver a unos hijos asumir las antipatías y relaciones tormentosas de sus familias, como una muestra de fidelidad a los suyos.

La ideología es la excusa

En lo que se refiere a los pueblos pequeños, los conflictos que se viven en la formación de las candidaturas, muy poco tienen que ver con las divergencias ideológicas. En realidad, la política municipal que unos y otros puedan llevar a cabo, divergirá muy poco en la práctica.

Tan es así que, puede llegar a ocurrir que las opciones políticas no sean la causa de la divergencia, sino la excusa para visualizar el enfrentamiento personal. Buena prueba de ello es que los enfrentamientos se multiplican aquí y allá, no ya sólo entre los distintos partidos contendientes, sino también dentro de cada uno de ellos. Las fracturas y escisiones dentro de cada candidatura son fiel testigo y reflejo de lo que hablamos. El refranero castellano es tan crudo como certero cuando dice aquello de «mucho gallo para poco gallinero»...

Sistema extraño a la idiosincrasia de las pequeñas poblaciones

Pero el problema de fondo no estriba únicamente en nuestro pecado de vanidad o de orgullo. Es bastante evidente que se ha exportado a los pequeños municipios, de forma artificial y forzada, un sistema de repre-

sentación democrática municipal que ha sido diseñado para las grandes poblaciones.

Dicho de otro modo, se ha proyectado sobre las pequeñas poblaciones un sistema de representatividad municipal que no ha sido pensado en clave rural. Es una extrapolación forzada de un sistema de partidos políticos, que no tiene nada que ver con la vida diaria de un pueblo de ciento treinta habitantes.

Iluminar la política municipal desde el Evangelio

La perspectiva cristiana trasladada a la política municipal, puede y debe ayudarnos a los cristianos en las próximas elecciones a los consistorios.

El entorno municipal es muy propicio para que la vocación política que procura el bien común de la sociedad, llegue a identificarse prácticamente con la entrega servicial a cada uno de los vecinos. No se trata de buscar «el bien del pueblo», sino el bien de todos y cada uno de sus vecinos, que es bastante distinto.

Y aquí es donde el Evangelio nos ilumina de una manera determinante: No se puede servir al prójimo sin quererle, sin amarle personalmente. Amar es servir, y servir es amar. ¡He aquí todo un programa de acción política municipal, especialmente dirigido para nuestros pueblos más pequeños! Los católicos de nuestros pueblos palentinos deben contribuir a que las elecciones municipales no sean causa de divisiones y rencores. ¡Ojalá que quienes resulten elegidos hagan del amor al prójimo el motor de su servicio público! ¡Ojalá que quienes sean «vencidos» no solamente no se sientan heridos, sino que lleguen a ofrecer su cooperación y disponibilidad en favor del bien común!

MANIPULAR LA CAUSA DE LOS POBRES

Diario Palentino, 15 de abril de 2007

¿Fidelidad a los pobres o fidelidad a la liturgia? ¿Encontrar a Cristo en los marginados o encontrar a Cristo en el Sagrario? ¿Ser hombre contemplativo o ser hombre de acción? ¿Espiritual o social? ¿Obediente

al Magisterio de la Iglesia o comprometido con nuestro tiempo? ¿Estudioso de la teología o cercano y comunicador? ¿Miembro de la Iglesia jerárquica o de la Iglesia popular?...

Con demasiada frecuencia, estamos siendo testigos últimamente, de cómo se plantean este tipo de dilemas, en el contexto de las noticias que los medios de comunicación nos sirven, referentes a la vida interna de la Iglesia. No hay que ser muy avispado para caer en la cuenta de que los «mass media» que inciden en esas contraposiciones, son precisamente los más laicistas y los más hostiles a la Iglesia. Se trata de una demostración concreta de cómo poner en práctica la famosa estrategia del «divide y vencerás».

No queremos cargar la responsabilidad exclusivamente sobre esos medios de comunicación, especialistas en buscar el caso límite, para convertirlo en una noticia estrella. Sería demasiado cómodo. También los católicos somos culpables de la deformación del rostro de la Iglesia, en la medida en que nos prestamos a hacer el juego a esa manipulación...

Para hacer luz sobre esta delicada cuestión, me permito sugerir que apliquemos el mismo refrán «Divide y vencerás», pero no precisamente en el sentido en que lo entendemos habitualmente, sino en su significado literal y originario: «Divide y vencerás» implica resolver un problema difícil, dividiéndolo en partes más simples, tantas veces como sea necesario, hasta que la resolución de las partes se esclarece.

Lo cierto es que no existen tales contraposiciones teológicas: la ortodoxia (corrección en la doctrina) no está reñida con la ortopraxis (actuación coherente). No es cierto que para ser más comprometido con los pobres, haya que ser menos fiel al credo católico. Ni tan siquiera es verdad que la obediencia a la autoridad de la Iglesia nos reste libertad para entregarnos a los pobres. Muy al contrario, los católicos hemos recibido el mandato de nuestra Iglesia de servir a Cristo en los pobres. Tampoco es verdad que el cuidado y la fidelidad a la liturgia estén reñidos con los servicios sociales más comprometidos. Todas esas contraposiciones responden más a ideologías que al espíritu de Cristo y a la vida de la Iglesia.

El hecho es que el sacerdote que en la celebración de la Eucaristía coge entre sus manos, con devoción, el Cuerpo de Cristo, se está preparando con ello para ejercer de buen samaritano cuando encuentre al mismo Jesús, «tirado» en la «cuneta de la vida». Y, al contrario, si cuando la Iglesia lleva a cabo sus obras asistenciales con los marginados, dejase en el olvido su fe, los sacramentos, los mandamientos... entonces, estaría cayendo en la tentación del reduccionismo y dejaría de presentar el misterio de Cristo en toda su plenitud.

En medio de posibles conflictos y malos entendidos, debemos confiar en el ministerio de la unidad que se les ha confiado al Papa y a los obispos, sucesores de los apóstoles. La unidad sólo es posible cuando se suman todas las dimensiones del misterio que Cristo ha puesto en las manos de su Iglesia: adhesión al credo + vivencia fiel de los sacramentos, de la liturgia y de la oración + cumplimiento de los mandamientos de la Ley de Dios (y de forma muy destacada, del mandamiento del amor al prójimo, especialmente a los más pobres). Es muy importante el signo de la suma: «+». A los católicos no nos es suficiente especializarnos en una de esas dimensiones, dejando las demás en el olvido. Ni tan siquiera el servicio a los necesitados lo podría justificar. Sería tanto como manipular la causa de los pobres.

Con el ingenio que le caracterizaba, Unamuno formuló una certera frase, tras quedarse perplejo ante la cerrada ovación que el público le había dirigido, en cierta ocasión: «¿Contra quién me aplauden?». Es bastante obvio que las noticias eclesiales más codiciadas no son las que reflejan el trabajo de la Iglesia por los pobres, sino las que pueden ser utilizadas contra la unidad de la Iglesia. Una prueba evidente de que la causa de los pobres no interesa en absoluto por sí misma es la nula acogida que esos mismos medios de comunicación tan amantes del escándalo, dan de hecho, a las noticias informativas sobre Manos Unidas, Cáritas, o cualquier otra de las muchísimas instituciones eclesiales implicadas en el servicio a los necesitados.

No quiero ocultar que dentro de la Iglesia pecamos, en no pocas ocasiones, de falta de comunión. Eso es tan cierto, como que siguen resonando en nuestros oídos las palabras de Jesucristo: «Padre, te ruego para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado» (Jn 17, 21). Sin embargo, me parecería profundamente injusto que no destacásemos el milagro de la unidad de la Iglesia. Lo verdaderamente impresionante es que a pesar de que seamos tan diferentes, con sensibilidades tan diversas, con circunstancias tan heterogéneas, con orígenes tan dispares... la unidad de la Iglesia siga siendo una realidad.

En la homilía pronunciada por el Papa Benedicto XVI en la solemne Eucaristía del inicio de su Pontificado recurrió a una imagen bíblica, muy utilizada por los Padres de los primeros siglos, para hablar de la unidad de la Iglesia. Se trata del episodio de la pesca milagrosa narrada en el capítulo 20 del Evangelio de San Juan. El evangelista cuenta sorprendido cómo los apóstoles recogieron las redes llenas de peces, y su

gozosa admiración llega al máximo al narrar el siguiente detalle: «Subió Simón Pedro y sacó la red a tierra, llena de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y, aun siendo tantos, ¡no se rompió la red!». El Papa concluía su homilía con una ferviente súplica a Dios: «¡Haz que seamos un solo pastor y una sola grey! ¡No permitas que se rompa tu red y ayúdanos a ser servidores de la unidad!».

Ciertamente, el Pastor tiene el deber de ejercer ese ministerio de «servidor de la unidad» de múltiples modos: animando, exhortando, corrigiendo, reprendiendo, acompañando... Pero, insisto... por mucho que se aireen los escándalos de turno, estoy convencido de que la verdadera noticia es la unidad de la Iglesia.

LA LUZ DE PASCUA

Diario Palentino, 7 de abril de 2007

Es un hecho incuestionable que la felicitación navideña está mucho más extendida que la felicitación de la Pascua de Resurrección. Todo el mundo se felicita las Navidades, aunque muchos no sean capaces de dar razón de lo que esas palabras expresan. Por el contrario, son muy pocos los que felicitan la Pascua, aunque, posiblemente, lo hagan con mayor consciencia.

Y en referencia a la celebración popular de la Semana Santa, también cabe constatar la desproporción existente entre la representación de los misterios de la Pasión y los de la Resurrección. Los pasos del Cristo sufriente, superan con creces a los que representan a Cristo glorioso. En definitiva, todavía nos falta mucho camino hasta llegar a descubrir la centralidad de la fe en la Resurrección, representada en la luz del Cirio encendido, en la Vigilia Pascual.

La Historia de la Salvación es una historia de luz. Dios es la Luz, mientras que la impotencia y el sufrimiento humano se describen en la Biblia bajo la imagen de la tiniebla, hasta el punto de que el camino hacia nuestra plena felicidad se simboliza en el paso de la noche al día, de la oscuridad a la luz: «Trocaré delante de ellos la tiniebla en luz» (Is 42, 16). Pues bien, ¡son cuatro las noches que, por la misericordia de Dios Padre, han iluminado nuestra existencia! Las describimos brevemente:

La Noche de la Creación

«En el principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra era caos y oscuridad por encima del abismo, y un viento de Dios aleteaba por encima de las aguas. Dijo Dios: "Que exista la luz", y la luz existió» (Gén 1, 1-3).

La primera luz que el mundo ha recibido —y cada uno de nosotros en particular— ha sido la de nuestra existencia. ¿Por qué «el ser» y no «la nada»? Lo lógico hubiese sido la «oscuridad» de la nada. El texto bíblico afirma: «Vio Dios que la luz era buena y la separó de las tinieblas» (Gén 1, 4). En esas breves palabras se nos recuerda la inmensa misericordia que Dios ha derramado sobre nosotros, al crearnos: ¡¡Somos!! ¡¡Existimos!! ¡Hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios! La verdad, la belleza y la bondad de la creación son un reflejo de la suma Verdad, Belleza y Bondad divinas. Nuestra existencia no es consecuencia del azar o de un ciego destino, sino que es fruto de la libre decisión de un Dios, Padre, que crea solamente por amor. ¡Nuestra existencia es un destello de la infinita luz de Dios!

La Nochebuena

Pero... el pecado hizo que el hombre rompiese su amistad con Dios. El Cielo se convierte para nosotros en algo inalcanzable y arcano. El hombre intenta conocer a Dios y relacionarse con Él, sin conseguirlo, ya que la religiosidad natural es incapaz de acceder a la intimidad de Dios.

La búsqueda de Dios, por parte del hombre, es ardua y estéril: una durísima noche. Pero «el pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz. A los que vivían en tierra de sombras, una luz les brilló» (Is 9, 2). La Revelación de Dios, que culmina con la Encarnación de Dios entre nosotros, se hace luz en la noche de nuestra búsqueda impotente.

El hecho de que la Nochebuena se celebre en el solsticio de invierno, es decir, en la noche más larga del año, encierra un simbolismo muy pedagógico: la llegada de Cristo da un vuelco a la historia, de forma que la luz comienza a ganarle terreno a la oscuridad de la noche.

La Noche Pascual

La noche de la Pascua fue para el pueblo judío el momento cumbre de su liberación. Aquella salida de Egipto, así como el paso del Mar Rojo camino de la Tierra Prometida, no eran sino imagen de la plena liberación que Cristo nos obtuvo por su muerte redentora.

Antes de la victoria pascual de Cristo, el hombre vivía condenado a la oscuridad del pecado y de la muerte, dos enemigos imbatibles que nos eclipsaban la luz de Dios. El plan divino de redención del mundo asumió nuestra noche, para transformarla en luz. Cristo «se hizo pecado» (2 Cor 5, 21), y padeció bajo el poder de la muerte, para vencer al enemigo en su propio terreno. La Resurrección de Cristo transformó la noche en día; la gracia vence al pecado y la vida derrota a la muerte. Así lo rezamos en el Pregón de la Vigilia Pascual: «Ésta es la noche en que la columna de fuego esclareció las tinieblas del pecado... Ésta es la noche de la que estaba escrito: "Será la noche clara como el día, la noche iluminada por mi gozo"».

La Noche de la Purificación

Pero todavía faltaba algo para culminar la Historia de la Salvación. Nos referimos a la necesidad de que cada uno de nosotros haga suyo —se apropie de él— ese tesoro de gracia. No basta con el anuncio de que la luz de Cristo vence a la tiniebla, sino que es necesario que ese acontecimiento tenga lugar en cada uno de nosotros, es decir, que lo personalicemos en nuestro interior.

San Juan de la Cruz describió ese proceso de purificación ascética y mística como la «noche oscura del sentido» y la «noche oscura del espíritu». Es un proceso doloroso y gozoso al mismo tiempo, en el que el paso por la oscuridad es necesario para que se haga luz en el alma. Tras la muerte, el misterio del Purgatorio completa nuestra purificación, cuando no la hemos practicado suficientemente en nuestra etapa de peregrinos. Sólo de esta forma, veremos cumplida nuestra vocación a ser Hijos de la Luz: «Porque en otro tiempo fuisteis tinieblas; mas ahora sois luz en el Señor» (Ef 5, 8).

La reflexión que hoy hacemos sobre estas cuatro noches, nos llena de esperanza ante las situaciones de oscuridad o soledad, que podamos atravesar a lo largo de nuestra vida. ¡Cristo ha resucitado! y, en conse-

cuencia, tenemos sobradas razones para la confianza y la alegría. *¡Feliz Pascua de Resurrección!*

RESPETO A LA FE CATÓLICA Y SUS IMÁGENES
LA REPARACIÓN: EL «PLUS» DEL BIEN
Diario Palentino, 1 de abril de 2007

El Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal Española hacía pública la siguiente nota el pasado 15 de marzo, con el título «Respeto por la fe católica y sus imágenes»:

> En los últimos días se han hecho notorias diversas actuaciones de particulares e incluso de instituciones públicas que no pueden ser valoradas más que como ofensas objetivas a los católicos, puesto que denigran las imágenes más representativas de la fe de la Iglesia, cuales son las del propio Jesucristo, la Virgen María y los santos. Creemos que ofenden también la sensibilidad de cualquier persona de recta conciencia. Pensamos, por ejemplo, en los carteles y en los anuncios televisivos de la película titulada *Teresa, el cuerpo de Cristo* y sobre todo en el caso, en cierto sentido aún más grave, de los catálogos de una exposición fotográfica publicados por la Consejería de Cultura de la Junta de Extremadura, con prólogo de su responsable. Las imágenes reproducidas por esos medios son crudas y lamentables blasfemias.
>
> La Constitución Española reconoce y protege el derecho de libertad religiosa de las personas y de las instituciones; las leyes, incluso las penales, tutelan ese derecho fundamental, que es vulnerado con actuaciones como las mencionadas. Con toda firmeza exigimos el respeto de la fe católica, de sus imágenes y de sus signos. No podemos pasar por alto ni dar la sensación de que toleramos tales lesiones de los derechos de los católicos y de la Iglesia. Es necesario que se pidan las responsabilidades correspondientes por las vías pacíficas y legales previstas en el ordenamiento de nuestro Estado democrático y de derecho. Sin justicia, no es posible la convivencia en libertad, ni siquiera sería posible el perdón, que no negaremos nunca a quienes nos ofenden.

> Con esta ocasión, invitamos a los católicos a elevar al Cielo oraciones de gratitud y de alabanza, porque la misericordia y la bondad de Dios son infinitas. Que la gratitud y la alabanza sean más fuertes que sus contrarios.

La nota se comenta por sí sola. Prefiero no hacer añadidos personales, porque pienso que es mejor que la condena sea escueta, para no dar margen a la propaganda gratuita. Sin embargo, al mismo tiempo, creo que el silencio ante unos hechos tan graves, podría también ser causa de escándalo y de siembra de indiferencia. Si permaneciésemos impasibles ante unas blasfemias tan brutales, ¿no estaríamos dejando de testimoniar nuestro amor a Jesucristo y a la Virgen María, nuestra madre?

La ocasión me parece propicia para redescubrir una práctica importante de nuestra fe: la *reparación*. Es uno de esos tesoros de espiritualidad que hemos ido dejando en el olvido. Providencialmente, tan sólo unos días antes, el 22 de febrero, S.S. Benedicto XVI, respondiendo a las preguntas de unos sacerdotes, hizo unas interesantes reflexiones sobre este misterio de nuestra fe.

En el lenguaje religioso, «reparar» significa recompensar con mayor amor el desamor o el agravio del pecado; significa restaurar lo que fue injustamente tomado y compensar con generosidad por el egoísmo que causó la injuria. No olvidemos nunca que Jesucristo fue el gran reparador del Padre. La Pasión y la Crucifixión son una expresión de amor de Cristo al Padre, en reparación por nuestra falta de amor.

Pues bien, con una terminología verdaderamente novedosa, el Papa se explicaba en esa tertulia con los sacerdotes a la que nos referimos, de la siguiente manera:

> Contra este gran peso del mal que existe en el mundo y que abate al mundo, el Señor pone otro peso más grande, el del amor infinito que entra en este mundo. Éste es el punto importante: Dios es siempre el bien absoluto, pero este bien absoluto entra precisamente en el juego de la historia; Cristo se hace presente aquí y sufre a fondo el mal, creando así un contrapeso de valor absoluto. El plus del mal es superado por el plus inmenso del bien.

Ciertamente, el Papa reconocía que no hemos encontrado todavía el lenguaje suficientemente preciso para expresar este misterio. Pero, es un hecho que Dios mismo se ha introducido en nuestra historia pecadora para crear no sólo un equilibrio frente al mal, sino para establecer «un plus de amor que es más fuerte que la abundancia del mal existente».

La bondad y misericordia de Dios se muestran no sólo en que Él haya reparado nuestro pecado, sino en que nos invita a cada uno de nosotros a participar también de su acción reparadora. Ciertamente, nosotros no podemos añadir nada al amor de Dios, pero, precisamente, la generosidad del Señor consiste en hacer que nuestras palabras y obras puedan tener pleno valor de reparación, en la medida en que «el Señor quiere asociarnos a este gran plus de amor suyo... Será la gran alegría de experimentar que el amor del Señor nos toma en serio».

¿Nos cuesta comprender esto? ¿Es demasiado místico? El caso es que el amor va por delante de la comprensión racional. ¡Dame alguien que ame, y entenderá la mística de la reparación! Verónica y la Magdalena no sabían mucho de teología, pero, ciertamente, son una clara expresión del amor reparador.

Dice el refrán que, «es mejor encender una luz que maldecir las tinieblas». La conclusión es bastante clara: ¡Vivamos esta Semana Santa con sentido reparador!

EL HIJO DE DIOS SE HIZO EMBRIÓN
25 DE MARZO: ¡BENDIGAMOS LA VIDA!

Diario Palentino, 25 de marzo de 2007

El 2 de febrero, día en el que celebramos la festividad patronal de Palencia, Nuestra Señora de la Calle, hice público el proyecto de realizar un «signo» anual de reconocimiento y agradecimiento por el don de la vida. El signo elegido es tan sencillo y profundo como la *bendición de las madres embarazadas*. Lo efectuaremos, Dios mediante, el día 25 de marzo, a las 19.00, en nuestra Casa de la Iglesia, al concluir una conferencia, que pronunciará una eminente científica, sobre el inicio de la vida humana.

En medio de la profunda crisis bioética en la que estamos inmersos, cuando parece que la cultura de la muerte se abre paso de forma arrogante... hemos elegido el 25 de marzo, para reflexionar sobre las consecuencias últimas de nuestra fe en la Encarnación. La afirmación del Credo, «se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre», supone que

Dios ha asumido la fase embrionaria de la existencia humana. El Hijo de Dios, por amor a nosotros, ¡se hizo embrión humano! Así lo decimos también en el himno litúrgico del *Te Deum*: «Tú, para liberar al hombre, aceptaste la condición humana...».

Es cierto que el Mesías fue esperado por un «resto de Israel», pero al margen de esta minoría, el primer drama que conllevaba el misterio de la Encarnación del Verbo es el hecho de que Dios no fuese deseado por su pueblo, del que cabría pensar que hubiese debido estar expectante ante su llegada. Ésta es la primera similitud dramática entre la Encarnación y el destino de tantísimos seres humanos que ingresan en la vida humana por la puerta falsa, bajo la terrible etiqueta de «no deseados». El que hayamos asumido, en nuestro lenguaje, expresiones como «hijo deseado» o «no deseado», delata una mentalidad en la que la vida de un ser humano es considerada como un objeto de nuestro deseo, olvidando que se trata de un don que trasciende nuestra voluntad. Pensémoslo bien: la mayor muestra de la debilidad del embrión humano y, correlativamente, la manifestación suprema del abajamiento de Dios, —aceptado libremente por Él— es el estar supeditado a nuestra acogida. El prólogo del Evangelio de San Juan dice aquello de «vino al mundo, y los suyos no le recibieron» (Jn 1, 10). ¿No cabría decir otro tanto de la falta de apertura o del rechazo al don de la vida humana concebida? («No me viene bien», «no entra en mis planes», «ahora queremos disfrutar de la vida», «quizá más adelante»...).

Aquel embrión o feto concebido en el seno de María sufrió también el intento de destrucción por parte de Herodes. Pero hoy, ¡son tantos y tan sofisticados los atentados que llegan a cometerse contra la vida humana incipiente!: embriones fabricados al margen del acto de amor, embriones sobrantes desechados y destruidos, embriones congelados... La última modalidad de la manipulación embrionaria, consiste en sacrificar los embriones humanos para generar células madre de las que podamos extraer beneficios terapéuticos. Un auténtico salto copernicano por el que el hombre deja de ser un fin en sí mismo, para convertirse en un medio. ¡Ni más ni menos, pasa de ser el «sujeto paciente», a convertirse en un simple «medicamento» al servicio de otros hombres!

¡El Hijo de Dios se hizo embrión! Y dado que la fase embrionaria es la etapa del desarrollo humano en la que más sujetos estamos a posibles agresiones y peligros, ¡qué importancia tan grande adquiere la figura de la Virgen Madre! Ella nos descubre que no somos árbitros de la vida, sino depositarios y receptores de un don que precede y supera

todo deseo humano: «Por la entrañable misericordia de nuestro Dios, nos visitará el sol que nace de lo alto» (Lc 1, 78).

Por el estilo y la delicadeza con la que María acoge, cuida y venera el fruto de sus entrañas, se puede llegar a intuir la dignidad del embrión que lleva en su seno. María es el icono perfecto del misterio que esconde. Por el contrario, la forma tan trivial, caprichosa e intrascendente por la que hoy se llega a acceder a una maternidad a la carta, no manifiesta, sino que oculta, la «dignidad de la madre» y la «dignidad del hijo».

¡El Hijo de Dios se hizo embrión! Y este misterio es una ocasión inmejorable para entender las palabras de la primera encíclica de Juan Pablo II, *Redemptor Hominis*: «Jesucristo revela al hombre su propia dignidad». Mirando a la Virgen, que lleva a Jesús en su seno, vemos que allí donde hubiera podido cometerse un homicidio, se hubiera perpetrado un deicidio. ¡Qué mayor prueba de que la vida es un don sagrado que siempre debe ser respetado y acogido!

Al mismo tiempo que bendeciremos a las madres en estado de buena esperanza, también queremos bendecir a las que tienen dificultad para quedar embarazadas. La tradición católica dirige su oración al Autor de la Vida, pidiendo el don de la fecundidad para los padres que padecen problemas de esterilidad. Por ello, Dios mediante, presentaremos también, en el mismo acto, la devoción a la «Virgen de la Gruta de la Leche», que los padres franciscanos de Belén difunden según una piadosa tradición. Ello forma parte también de la cultura de la vida, la cual... —no lo dudemos—, es más fuerte que la cultura de la muerte.

Y TÚ, ¿NO HAS PENSADO ALGUNA VEZ...?

Diario Palentino, 18 de marzo de 2007

¿Por qué hay escasez de vocaciones sacerdotales? ¿Será que Cristo llama menos, o será, tal vez, que es menos escuchado? San Juan Bosco y otros muchos santos lo tenían muy claro...: es por lo segundo. Hay que lavarse bien los oídos y quitar esos tapones que dificultan la audición. Hay que ser breves con las llamadas «tontas» e «intrascendentes» para que, cuando llame «el Importante», nuestra línea no esté «comunicando».

¿Y no será, también, que es difícil seguir una vocación que, quizás, no comprendemos ni valoramos suficientemente? ¿Apreciamos la vocación sacerdotal? ¿Tenemos una imagen del sacerdocio tal, que si el Señor nos llamase a él, reaccionaríamos con la alegría propia de aquel a quien le ha tocado el gordo de la lotería? Porque... tal vez, en el desconocimiento de lo que es el sacerdocio, radique otra parte, no pequeña, de la crisis vocacional de nuestros días.

¿Qué es un cura? ¿Cómo sirve el sacerdote al Reino de Dios y cómo contribuye a la felicidad del hombre y de la mujer de nuestro tiempo?

Elegido de Dios

La vocación sacerdotal no es la elección de un oficio, sino una llamada que nos puede dirigir Jesucristo, fijando sus ojos en nosotros, para que identificados con Él, nos dediquemos al servicio de todos los hombres.

Si me preguntaras el porqué de esa elección, ciertamente, no sabría decírtelo. Desde luego, estoy seguro de que Dios no nos elige porque nos vea capaces, sino que es su misma llamada la que nos capacita para seguirle.

Para ser mediador

¡Fíjate en la cruz! Tiene dos palos: el uno vertical y el otro horizontal. También el sacerdote tiene dos manos: una para agarrarse fuertemente a Dios, y la otra para tenderla a los hombres, sus hermanos.

Los sacerdotes son colaboradores de los obispos, a los cuales llamamos «pontífices», que significa «puentes». Es decir, el sacerdocio es un puente entre Dios y los hombres, entre lo divino y lo humano. Jesucristo ha sido el primer Sacerdote, el mediador de esta Nueva Alianza.

El hombre de la Eucaristía

El sacerdote no es un teórico de la espiritualidad, sino que nos alimenta de aquello de lo que él mismo vive. La oración y la Eucaristía son las que le capacitan para entregar su propia vida como alimento por todos nosotros.

Merece la pena recordar el testimonio que nos dio nuestro amado Juan Pablo II, cuando con motivo de sus Bodas de Oro sacerdotales, nos

desvelaba el secreto de su vida: «En el arco de casi cincuenta años de sacerdocio, la celebración de la Eucaristía sigue siendo para mí el momento más importante y más sagrado [...]. Jamás en el curso de estos años, he dejado la celebración del Santísimo Sacrificio [...]. La Santa Misa es de modo absoluto el centro de mi vida y de toda mi jornada».

Padre espiritual

El sacerdote es un padre espiritual que nos engendra a una vida nueva a través de los sacramentos. Cuando escuchamos de sus labios palabras llenas de autoridad, como «Tus pecados son perdonados», «Convertíos y creed en el Evangelio» o «Tomad y comed todos de él»..., en realidad, es el mismo Cristo el que está actuando en nosotros con todo su amor y poder, por la mediación del sacerdote.

Experto en humanidad

El sacerdote acompaña todo el recorrido de nuestra vida, hasta el punto de que se familiariza con nuestros dolores, anhelos y alegrías... Todo ello le lleva a ser «experto en humanidad». La vocación sacerdotal le ha permitido acercarse al misterio de la vida «desde dentro»..., desde el corazón de Cristo.

En el entorno del día de San José, patrono del Seminario, permíteme, joven de Palencia, que te dirija una pregunta en nombre de la Iglesia: «Y tú, ¿no has pensado, alguna vez, si el Maestro te llama y te dice: "Ven y sígueme..."?». Éste es el estribillo de una canción, «Ven y sígueme», compuesta por un sacerdote español enamorado del Señor, que ahora está de misionero en Australia. Te aconsejo que la escuches y que la lleves a tu oración y reflexión personal. (La puedes bajar en mp3, desde la página web diocesana: *www.diocesispalencia.org/libros.htm*). Aquí transcribo algunas estrofas de la canción:

> Y tú, ¿no has pensado, alguna vez, que el Maestro te llama y te dice, «ven y sígueme»? Tu carrera, tus planes, tu novia... ¡qué más da! Pon la mano al arado y no mires atrás.
>
> Todavía recuerdas cómo fue... Él pasaba a tu lado, tú te volviste a ver... Ahora todo ha cambiado, ya nada será igual. Él es quien te ha llamado, no te puedes negar...

Aunque aún te preguntes el porqué..., Dios tiene sus caminos, tú lo sabes bien... Como niño en sus brazos, aprende a confiar... Para llegar al Cielo, has de hacer su voluntad...

Y tú, ¿no has pensado, alguna vez, en dejar tu trabajo y tus redes para irte con Él? A la orilla del lago se encuentra la Verdad, el Camino y la Vida... ¡no le hagas esperar!

Y tú, ¿no has pensado alguna vez, que el que quiera ganar su vida, la va a perder? Pero, el que ahora la pierda, la encontrará. A la vuelta del tiempo, está la Eternidad.

Y tú, ¿no has pensado alguna vez, en todas esas almas que aún no tienen fe? Si no hay quien les predique, ¿cómo van a creer? Escucha la llamada... ¿qué vas a responder...?

Y tú, ¿no has pensado alguna vez, que lo que tú no puedes..., sí lo puede Él? Levanta la mirada hacia la Virgen fiel. Pregúntale a la Esclava qué has de hacer, qué has de hacer...

Y tú, ¿no has pensado alguna vez, que Dios está gritando «a quién enviaré»? Tienes sólo esta vida para dársela a Él. ¡Jesús crucificado tiene sed! ¡Tiene sed...!

Y tú, ¿no has sentido, tú también, su mirada en tus ojos, y su voz, suave y firme, a la vez? Ve y vende lo que tienes, tus proyectos también, da el dinero a los pobres, luego ven y sígueme...

Encomiendo a San José el futuro de nuestro Seminario de Palencia. A él y al beato obispo Manuel González, les pido que iluminen la respuesta de los jóvenes palentinos a la llamada vocacional de Jesucristo.

EL CAMELO DE CAMERON
LA RESURRECCIÓN DE CRISTO, PIEDRA DE ESCÁNDALO

Diario Palentino, 11 de marzo de 2007

En días anteriores, hemos asistido a una puesta en escena de James Cameron, el cineasta director de *Titanic*, quien anunciaba en una rueda de prensa, el estreno de su documental: *La tumba perdida de Jesús*. Se han invertido cinco años en la producción del documental, lo cual ya da una idea de la dimensión comercial del proyecto.

El «numerito» de Cameron ha sobrepasado los límites a los que estamos acostumbrados. ¡Ahí es nada!, se presentaba ante los medios de comunicación, acompañado de la supuesta tumba del mismísimo Jesucristo, trasladada desde Israel a Nueva York para su puesta en escena.

Entre todos los comentarios que he escuchado, me quedo con el de nuestro querido palentino de Cevico Navero, el padre franciscano Artemio Vítores, Vicecustodio de Tierra Santa: «¡A ver a qué precio salen ahora las reliquias!; todo esto es un insulto a la inteligencia, antes que a la fe».

Llueve sobre mojado

¿Se acuerdan ustedes de cómo en el año 2002 se nos dio el «notición» de que se había descubierto en Israel una urna funeraria con una inscripción en arameo en la que se leía: «Jacob, hijo de José, hermano de Jesús»? Aquella noticia tuvo una resonancia muy grande, porque parecía demostrar que la Virgen María tuvo más hijos; y a partir de aquí, se creaba un clima de desconfianza hacia la predicación de la Iglesia. Corrieron ríos de tinta y se dio lugar a múltiples tertulias radiofónicas y televisivas de cariz crítico. Fue un caldo de cultivo inmejorable para impulsar el género literario de novela esotérica anticatólica, al estilo del *Código Da Vinci*. Pues bien, unos años más tarde, en enero de 2005, un tribunal israelí condenaba a seis marchantes de arte (cinco israelíes y un palestino), entre ellos Oded Golan, un rico coleccionista, por haber falsificado aquella urna funeraria, haciéndonos creer que era una reliquia bíblica. Evidentemente, la noticia de la sentencia pasó inadvertida para la opinión pública. Así se hace la historia, y así se manipulan las conciencias.

¿Qué se ha encontrado?

En la ocasión presente, se trata de unos osarios descubiertos en 1980 en una galería subterránea, durante los trabajos de construcción de una urbanización residencial en el distrito de Talpiot, de Jerusalén. Se encontraron diez urnas fúnebres, pertenecientes, al parecer, a la misma familia y seis de las cuales llevan inscripciones que identifican a los fallecidos como «Jesús, hijo de José», «María», «José» (que sería un hermano de Jesús —lo cual supondría que la Virgen María habría tenido más hijos—), «Matia» (otro familiar), «Maríname» (María Magdalena, compañera de Jesús, según el documental) y un niño llamado «Juda, hijo de Jesús».

¿Qué hay de cierto?

Parece ser que se han hecho las pruebas de ADN a los restos del osario, y se datan en el siglo primero. Esta fecha, unida a los nombres anteriores —interpretados con mucha imaginación, todo hay que decirlo—, llevan a que se afirme en el documental que estamos ante una prueba de que Jesús no resucitó, de que tuvo hermanos, de que se casó con María Magdalena y de que tuvo un hijo...

La Autoridad Arqueológica Israelí es la responsable de más de 30.000 hallazgos arqueológicos en Tierra Santa, entre los que se encuentran miles de tumbas similares a la del documental. Los primeros escépticos ante la noticia han sido los propios arqueólogos que estudiaron en su día la tumba. Por ejemplo, Amos Kloner, catedrático emérito de la Universidad de Bar-Illan y director de las labores arqueológicas realizadas en los ochenta en Talpiot, ha afirmado que en las últimas décadas se encontraron ya tres o cuatro osarios de la época con la inscripción «Jesús, hijo de José».

Por si no se hubiesen despejado las dudas, Kloner añadió que «es una historia genial para un telefilm», pero que lo narrado en el documental «es imposible, un sinsentido»: «No hay ninguna probabilidad de que Jesús y sus familiares tuvieran una tumba familiar. Eran una familia de Galilea sin lazos en Jerusalén. La tumba de Talpiot pertenecía a una familia de clase media del siglo I d. C.».

Los puntos de vista de Kloner fueron respaldados por otros expertos, como Shimon Gibson, quien también participó en su día en las labores en Talpiot, o Danny Bahat, actualmente profesor de la Universidad de Toronto. Bahat estableció una comparación con *El Código Da Vinci* y consideró que el nuevo documental es pura ficción, que toma «dos hechos correctos» y los rodea de «confusión».

Importancia de la Virginidad de María y de la Resurrección de Cristo

No es casualidad que los ataques contra el cristianismo se estén concentrando, una y otra vez, en estos dos puntos básicos de nuestra fe: la Resurrección de Jesucristo y la Virginidad de María (que incluye la concepción de Jesús por obra del Espíritu Santo). Es un claro intento de minar nuestra adhesión a Jesucristo como el Hijo de Dios. La negación de la Virginidad de María pretende ignorar el origen divino de Jesús.

Mientras que la negación de la Resurrección de Cristo condena a la ineficacia la sangre redentora de Cristo derramada en la cruz, además de comportar la renuncia a la esperanza en la vida eterna.

A lo anterior, podemos añadir otra tendencia obsesiva: la negación del celibato de Cristo. La pretensión de que Jesucristo se hubiese casado con María Magdalena, aparte de no tener dato alguno en el que fundamentarse, es una manifestación no disimulada de un laicismo rabioso, incapaz de comprender el don de la vida consagrada.

Por todo ello, además de constatar el ridículo protagonizado por el «camelo» de Cameron, no podemos por menos de hacer memoria de las proféticas palabras dirigidas por el anciano Simeón a la madre de Jesús: «Este está puesto para caída y elevación de muchos, y para ser señal de contradicción...» (Lc 2, 36). Lejos de turbarnos por los ataques contra nuestra fe (y ¡contra la inteligencia! —como decía el padre Artemio—), nos disponemos a proclamar una vez más: ¡Salve, cuerpo de Cristo, nacido de María Virgen, resucitado glorioso de entre los muertos...!

EL AUGE DEL ESOTERISMO

Diario Palentino, 4 de marzo de 2007

Asistimos, en nuestro tiempo, a la proliferación de libros, revistas, programas radiofónicos y televisivos, de tipo esotérico. No es fácil encontrar el denominador común en el que se mueven todas estas manifestaciones. Si por algo se caracterizan, es por ser un auténtico cóctel: astrología, parasicología, magia, sincretismo de creencias religiosas, etc. Sin embargo, este «revoltijo» responde a una demanda: el deseo de conocimiento de lo oculto, lo enigmático, lo incomprensible. Y esta demanda a la que me refiero, revela unas necesidades que están ocultas en el hombre moderno: la búsqueda de respuestas a los interrogantes del ser humano (el futuro, el más allá de la muerte, etc.) y la necesidad de saciar el deseo de trascendencia en nuestra vida. Por otra parte, no se puede negar que, junto a estas motivaciones, se encuentran otras mucho más intrascendentes, como la de salir de la rutina diaria y buscar

sensaciones diferentes, al modo como algunos recurren a las películas de terror. Es un fenómeno complejo.

Pero el auge del esoterismo es especialmente merecedor de estudio, en cuanto que tiene lugar en una sociedad en la que la increencia y el secularismo alcanzan una fuerte implantación. Incluso el esoterismo y la increencia, lejos de ser dos fenómenos opuestos, pueden llegar a ser perfectamente compatibles. ¿Será acaso el esoterismo un sucedáneo o sustitutivo de la religión?

Frente a esta realidad, cabe la crítica y también la autocrítica. A las dos me voy a referir brevemente:

Crítica al esoterismo. «Cuando el hombre deja de creer en Dios, termina por creer en cualquier cosa» (Chesterton)

Una primera crítica, es la de falta de rigor científico...: psicofonías, campos de energía, ovnis, espectros, etc. Un batiburrillo tal de datos tomados de distintos campos, le recuerda a uno aquello del cajón de sastre en el que hay de todo, pero en el que, a la hora de la verdad, no se encuentra nada. Pero claro, es evidente que la rigurosidad científica vende menos que toda esta especie de literatura barata esotérica, que despierta curiosidad y morbo.

Contrariamente a lo que muchos piensan, el enemigo de la fe no es la razón, sino la superstición. Es decir, la crisis de la religión no está motivada por el hecho de que nuestra cultura sea excesivamente racionalista, sino por todo lo contrario: la crisis de la razón es la que ha provocado el debilitamiento de la fe, desde el momento en que la filosofía ha renunciado a plantearse las preguntas por el sentido y la comprensión global de la vida, y se limita a tratar cuestiones fragmentarias y a refugiarse en la duda y en el subjetivismo. En definitiva: a más razón, más fe y menos superstición; y a menos razón, menos fe y más superstición.

También cabe hacer otras críticas, no menos importantes, ya que el esoterismo responde a un deseo de controlar lo misterioso, lo trascendente, y ponerlo a nuestro servicio, con el consiguiente peligro de manipulación. En este sentido, da la impresión de que busca llenar el espacio de religiosidad que todo hombre lleva en su interior, pero desligándolo de cualquier exigencia ética en la vida diaria, bien sea personal o social. Sacia la curiosidad por lo trascendente, sin que exija mayores compromisos morales... ¡Una religión *light*!

Autocrítica sobre el esoterismo: «No os avergoncéis jamás del Evangelio» (Juan Pablo II)

Es justo y necesario, también en este tema, que tengamos nuestra dosis de autocrítica. Sabemos que muchas inquietudes y dudas que buscan ser satisfechas en el confuso campo del ocultismo esotérico, tienen una clara respuesta en las Sagradas Escrituras y en el Magisterio de la Iglesia. Me refiero, principalmente, a las verdades de la fe católica que hacen referencia a la vida después de la muerte: la existencia del cielo, infierno, purgatorio, la inmortalidad del alma, la resurrección de la carne, el juicio final, etc. El problema está en que, a veces, hemos dejado de predicarlas porque nos resultaban incómodas, o porque pensábamos que no respondían al lenguaje del hombre moderno. Y ahora, resulta que el hombre de nuestros días se plantea, fuera de la Iglesia Católica, esas inquietudes y preguntas legítimas. Y, con perplejidad y preocupación, vemos proliferar programas de radio y televisión a los que acuden católicos, pretendiendo encontrar las respuestas que no han encontrado en la Iglesia. Como ejemplo, pensemos en la difusión que tiene en nuestros días la creencia en la reencarnación. Ante este hecho, en ocasiones, se ha echado de menos una exposición clara de la doctrina que contraponga a la reencarnación, la inmortalidad del alma y la resurrección final. De hecho, existen católicos que ni tan siquiera saben que la reencarnación es incompatible con su credo. En el seno de la Iglesia, acaso tengamos nuestra parte de culpa, por las veces que hayamos podido silenciar, y quizá hasta deformar, los contenidos de la fe católica que profesamos.

Y es que... contra el auge del esoterismo, que es uno de tantos signos de debilitamiento y descomposición de la cultura occidental, el mejor remedio es la fidelidad a nuestra fe.

SENTENCIA DEL CONSTITUCIONAL SOBRE PROFESORES DE RELIGIÓN

El Norte de Castilla, 3 de marzo de 2007

Hay que ver la que se ha organizado con la sentencia del Tribunal Constitucional, en la que se reconoce el derecho de la Iglesia Católica a retirar el Certificado de Idoneidad para impartir la asignatura de religión confesional católica, a aquellos profesores, cuyo testimonio de vida es incoherente con los contenidos que están enseñando. Los titulares de una buena parte de la prensa y radio, no han tenido desperdicio: «Un paso más al talibanismo católico». «En la época de la inquisición». «¿Qué está sucediendo, doña María Emilia?». «No somos monjas ni curas». «Paso atrás en la laicidad». «No se puede consentir»... Ha sido una de esas ocasiones en las que, los medios de comunicación nos han abrumado con las reacciones contrarias a una sentencia, antes aún de habernos presentado pacíficamente su contenido.

Con todos mis respetos, todas estas reacciones encolerizadas no pasan de ser un escándalo gratuito e injustificado, y no vienen sino a demostrar hasta qué punto está equivocada la interpretación laicista del orden constitucional, tan en boga en el momento presente. El hecho cierto es que la sentencia ha dictaminado que no existe incompatibilidad entre los Acuerdos Iglesia-Estado de 1979 y la Constitución de 1978, en la que se proclama el derecho a la igualdad ante la ley. El artículo 3.º de aquellos acuerdos Iglesia-Estado recoge textualmente:

«La enseñanza religiosa será impartida por las personas que, para cada año escolar, sean designadas por la autoridad académica entre aquellas que el obispo diocesano proponga para ejercer esta enseñanza. Con antelación suficiente, el obispo comunicará los nombres de los profesores y personas que sean consideradas competentes para dicha enseñanza».

El artículo 6.º, por su parte, añade:

«A la jerarquía eclesiástica corresponde señalar los contenidos de la enseñanza y formación religiosa católica, así como proponer los libros de texto y material didáctico relativos a dicha enseñanza y formación. La jerarquía eclesiástica y los órganos del Estado, en el ámbito de sus respectivas competencias, velarán por que esta enseñanza y formación sean impartidas adecuadamente...»

La sentencia actual ha aclarado definitivamente que, si la Iglesia tiene el derecho reconocido a declarar la idoneidad del profesor que se

dispone a impartir las clases de religión católica, debe poseer también la capacidad de retirar su «plácet» a quienes juzgue que han dejado de ser idóneos para impartir dichas clases. La cosa es bastante lógica: no se puede ejercer una tarea de discernimiento de idoneidad solamente «en positivo». Por muy antipático que resulte, «discernir» supondrá también decir «no», en ocasiones.

No soy jurista, y dejo para otros el análisis técnico de la sentencia. Me limito aquí a hacer unas consideraciones explicativas:

La cuestión clave: El derecho de los padres

En la manera de servir la noticia, se ha ocultado lo fundamental. La sentencia del Tribunal Constitucional no ha salido en defensa de un derecho de la Iglesia. La cuestión de fondo es otra: proteger y canalizar el derecho de los padres a educar a sus hijos según sus convicciones.

La Iglesia no tiene este derecho, que se le ha reconocido, por sí misma. El derecho de la Iglesia Católica en España a ejercer ese discernimiento de idoneidad de los profesores de Religión Católica está fundamentado en el que tienen los padres. Leamos, una vez más, el artículo de la Constitución 27.3: «Los poderes públicos garantizan el derecho que asiste a los padres para que sus hijos reciban la formación religiosa y moral que esté de acuerdo con sus propias convicciones». Ésta es la cuestión clave. Pretender explicar la sentencia del Constitucional ignorando este punto, es una burda manipulación de la opinión pública.

El 77% de los padres españoles han pedido al Estado español que sus hijos sean educados en la escuela, en la asignatura de Religión Católica. El medio para que esto se haga posible, es que la Iglesia Católica tenga la competencia para definir los contenidos, así como para discernir la idoneidad de los profesores que van a impartir esa asignatura. Planteadas así las cosas, ¿qué fundamento hay para el escándalo? ¿Acaso el dinero con el que se retribuye a los profesores no es de los propios padres, que han pagado «cristianamente» sus impuestos al Estado?

Constitución aconfesional, pero no laicista

La sentencia demuestra lo que algunos hemos venido recordando repetidamente: La Constitución española, al contrario que la francesa —por

poner un ejemplo—, no es laicista. Nuestro ordenamiento constitucional se declara «aconfesional», lo cual quiere decir que reconoce el valor y el derecho de la presencia del hecho religioso en la vida pública, pero sin comprometerse a privilegiar a ninguna confesión religiosa en concreto. De hecho, la sentencia que estamos comentando, tiene aplicación inmediata a cualquiera de las demás confesiones religiosas existentes en España.

Los círculos laicistas deberían ser sinceros para reconocer que su problema de fondo es que rechazan el derecho constitucional de la presencia del hecho religioso en la vida pública. Si de verdad creen en la democracia, lo lógico sería que se atreviesen a plantear abiertamente una reforma constitucional, y midiesen así sus fuerzas, sin estar jugando a una continua guerra de desgaste, que no hace sino minar la convivencia social.

La importancia de la coherencia de vida

Uno de los sindicatos de profesores protestaba contra la sentencia del Constitucional, diciendo que consideraban injusto que se les exigiese una coherencia de vida para impartir la clase de religión, porque «no somos ni curas ni monjas».

Yo no sé si se han dado cuenta de que, al hacer esa afirmación, implícitamente, halagan a los curas y a las monjas; y, al mismo tiempo, —como seglares o laicos— se han tirado una piedra contra su propio tejado. ¿Es que para poder exigir que haya coherencia entre «palabra» y «vida», hay que ser cura o monja? ¿No se esconde detrás de esto un planteamiento clerical? Los católicos seglares son tan capaces de «enseñar con el ejemplo», como los sacerdotes y religiosas lo son para «predicar» con su testimonio de vida.

Evidentemente, cuando afirmamos y sostenemos que es importante y necesario que el profesor de religión tenga una vida coherente con las enseñanzas que imparte, somos conscientes de que tal exigencia se fundamenta en el concepto específico de la educación cristiana. Sabemos que en otros ámbitos no se exige la coherencia entre enseñanza y vida. Así, por ejemplo, nos imaginamos que cuando comience a impartirse la famosa asignatura de Educación para la Ciudadanía, el profesor de turno no podrá ser despedido por el mero hecho de que sea toxicómano o porque haya dejado abandonada a su mujer e hijos para

irse con la querida... (He aquí otra razón añadida por la que consideramos injusto que esta nueva asignatura de contenidos éticos, vaya a ser obligatoria para todos los alumnos, y no optativa como es la de Religión Católica).

Criticar es fácil y rasgarse las vestiduras, hasta puede ser espectacular. Pero yo me pregunto si esto de la exigencia de una «coherencia de vida» en la educación, no será uno de los motivos por los que la demanda de una educación estrictamente católica está en continuo incremento en la España secularizada actual.

SOBRE EL REFERÉNDUM DE PORTUGAL
Diario Palentino, 25 de febrero de 2007

Concluido el domingo 11 de febrero, en el que se sometía a referéndum, en la nación hermana, la liberalización del aborto en las primeras diez semanas de embarazo, me dispongo a hacer *zapping* por los distintos telediarios para ver qué noticias están transmitiendo. Las imágenes televisivas con las que nos sirven la noticia de la jornada electoral se centran en diversos grupos de religiosas y monjas, que acuden a depositar su voto en las urnas electorales. ¡Vaya por Dios...! ¿Por qué no habrán seleccionado —por poner un ejemplo— imágenes de mujeres en estado de gestación depositando su voto? Claro que... de haberlo hecho así, la noticia nos hubiese recordado que en el referéndum se ponía en juego el derecho a la vida de los hijos concebidos y todavía no nacidos. Por el contrario, al dar la noticia con la imagen de fondo de unas religiosas ejerciendo su derecho al voto, lo que se transmite subliminalmente al televidente es que, en esta consulta electoral lo que estaba en juego no era el derecho a la vida del «nasciturus», sino una pugna entre la Iglesia y la sociedad civil. Por mucho que en teoría lo demos por sabido, la manipulación que muchos de los medios de comunicación están llevando a cabo sobre la conciencia individual y colectiva de los ciudadanos, es de un grado insospechado...

Pero, vamos a los datos. El «sí» a la liberalización del aborto en las diez primeras semanas, ganó con el 59,25% frente al 40,75% que se

opuso. La abstención llegó al 56,39%, lo que implicaría que, de suyo, la consulta no es vinculante; aunque el Presidente del Gobierno portugués ya ha manifestado su intención de llevar a cabo la reforma de la ley de aborto. Son muchísimos los aspectos que cabría comentar, y como nuestro espacio nos exige brevedad, me limito a señalar escuetamente algunas consideraciones:

Indolencia

Es conocido que los ciudadanos se suelen sentir mucho más motivados a acudir a las urnas en algunas convocatorias electorales que en otras. Por ejemplo, es comprensible que, hoy por hoy, el referendo de la Constitución Europea movilice a muchos menos votantes que las elecciones generales al Parlamento de la nación. También sería previsible que, en estos momentos, un referéndum sobre una subida de impuestos tuviese mucha mayor participación que otro que versase sobre los criterios de sucesión en el acceso al trono real. Hasta ahí, lo podemos entender.

Ahora bien, el hecho de que el 56,39 % de los votantes se abstenga ante la pregunta de si debe liberalizarse el aborto, sólo puede tener una explicación: la indolencia. Si consultamos un diccionario de la lengua, encontraremos que la «indolencia» es definida en los siguientes términos: «Incapacidad de conmoverse o sentirse afectado por algo». «Pereza, desidia». «Insensibilidad, especialmente al dolor»... ¿Alguien creerá, acaso, que en Europa se está llegando a esta situación de indolencia por generación espontánea o por una toma de postura madura de sus ciudadanos? ¿No será, más bien, la cosecha lógica, tras la siembra implacable de relativismo y escepticismo?

La vida a votos

En teoría, tenemos asumido que una sociedad democrática, que se precie de serlo, debe mantener la independencia de poderes: judicial, legislativo y ejecutivo. Pues bien, lo mismo cabría decir y exigir de la independencia del orden moral y el político. ¿Qué sentido tiene que el derecho a la vida sea decidido por votación? El poder político no es el que crea la ley natural, sino el que tiene el deber de preservarla y de

promoverla. La «ciencia» afirma, sin margen alguno de duda, el dato de la existencia de la vida humana en ese feto de 10 semanas. La «moral» nos recuerda que no somos dueños de la vida. Pues bien, ¿con qué derecho se cree la «política» para imponer la «razón de los votos», sobre la «razón de la razón»?

Aquí tenemos un ejemplo práctico de cómo una democracia sin valores se acaba por convertir en un totalitarismo visible o encubierto, una dictadura de la mayoría en detrimento de los más débiles. Como nos anunciaba Juan Pablo II, de feliz memoria: «La democracia necesita de la virtud, si no quiere ir contra todo lo que pretende defender y estimular».

Fraude de ley en España

Lo ocurrido en Portugal deja al descubierto el fraude de ley flagrante que vivimos en España. Hasta ahora, en Portugal existía una legislación similar a la nuestra. Es decir, estaban despenalizados tres supuestos de aborto: malformación del feto, embarazo por violación y peligro para la salud de la madre. Pero la diferencia está en que en Portugal se aplica la ley, y por ello el número de abortos anuales no ha sobrepasado el millar. Sin embargo, en España, en un alarde de fraude de ley, el número de abortos en 2005 alcanzó la increíble cifra de 91.664. En la práctica, en nuestro país se practica el aborto libre más despiadado de Europa, sin la menor cautela en favor de la vida del niño concebido. El caso de la clínica de Barcelona lo dejó bien patente, y ahí sigue el centro abierto, sin que nadie haya puesto freno a ese clamoroso incumplimiento de la ley.

Entiéndaseme bien... Ni remotamente estoy insinuando que sea justificable el aborto en los tres supuestos anteriormente citados. ¡Qué tipo de ética tiene una sociedad que niega el derecho a la vida a un niño con síndrome de Down! Pero, aclarado esto, pienso también que la denuncia en su integridad del crimen del aborto no debe impedirnos señalar la mentira y el fraude que se está cometiendo en España.

Y... sin embargo, ¡se mueve!

Esta semana se hacía pública la noticia de que un bebé prematuro de 21 semanas y 280 gramos, ha sobrevivido sin secuelas en Estados Uni-

dos. Una vez alcanzados los dos kilos de peso, ha sido felizmente dado de alta.

Pues bien, en España, en los últimos diez años se ha triplicado el número de abortos de bebés con este mismo tiempo de gestación. ¡Qué contraste tan brutal entre esta cultura de muerte en la que nos vemos envueltos, y el instinto de supervivencia del ser humano!

EL PENSAMIENTO DÉBIL

Diario Palentino, 18 de febrero de 2007

Quizás ya nos resulte familiar la expresión. Aunque se le suele dar distintos matices, según quién la utiliza, nosotros designamos como «pensamiento débil» a la lógica de razonamiento y de discernimiento que se está extendiendo en nuestra sociedad occidental, una vez que ésta va quedando huérfana de los principios y valores filosóficos, morales y espirituales sobre los que estaba sustentada.

La flaqueza de pensamiento se contrapone a la firmeza de la reflexión cristiana, que no se apoya en la debilidad de la carne, sino en la fortaleza del espíritu. Baste recordar aquel texto de San Pablo que decía: «Para que no seamos ya niños, llevados a la deriva y zarandeados por cualquier viento de doctrina, a merced de la malicia humana y de la astucia que conduce engañosamente al error, antes bien, siendo sinceros en el amor, crezcamos en todo hasta Aquel que es la Cabeza, Cristo» (Ef 4, 14-15)

No es fácil definir en pocas palabras las características del pensamiento débil, máxime cuando no hablamos sólo de una filosofía, sino de una forma de vida. Como afirmaba un profesor universitario, se han cambiado las tres preguntas esenciales de la vida: «¿De dónde venimos? ¿Quiénes somos? ¿A dónde vamos?», por estas otras: «¿Cómo lo has pasado? ¿Cuánto ganas? ¿A dónde vamos a... comer?».

Aun a riesgo de simplificar, describimos con los siguientes rasgos el llamado «pensamiento débil»:

• Es aquel que está totalmente condicionado y hasta impuesto por los hábitos y costumbres de vida. Aquello que dice el refrán: «Si no vives como piensas, acabarás pensando como vives». En realidad no se trata de «lo que pienso», sino de dar una cobertura ideológica a «lo que hago». Es una autojustificación, más o menos inconsciente.

• Otra característica de esta forma de pensamiento es el rechazo hacia los compromisos y metas que se plantean a medio o largo plazo. La «debilidad» es incompatible con la perseverancia, y uno de los recursos de quien no quiere sentirse decepcionado por sus fracasos es el de no plantearse metas, si no son muy cercanas.

• Más todavía, el pensamiento débil es incapaz de distinguir entre «lo que quiero» y «lo que me apetece». La voluntad deja de ser una facultad del alma, para confundirse con un sentimiento instintivo. El hombre no elige, sino que es arrastrado o atraído.

• Es muy típica también la dificultad de mantener un pensamiento propio al margen de las circunstancias y del ambiente. La aceptación y la consideración de los demás, se convierten en un peaje obligatorio para quien carece de otro punto de referencia.

• Confusión entre lo bueno y lo rentable: en la medida en que el hombre ha perdido conciencia de su dignidad natural y sobrenatural, se sustituye la estima del «ser» por la del «tener». Aquello que dice el refrán: «El dinero no nos hace felices, pero es lo único que nos consuela de no serlo».

• Alergia a las preguntas últimas o definitivas. El pensamiento débil no acostumbra a preguntarse si algo es verdad o mentira, ni siquiera si es bueno o malo. Más bien, los planteamientos se derivan hacia otros matices menos comprometidos: practicidad, conveniencia..., etc.

• En consecuencia con lo anterior, otra característica es la tendencia a poner las certezas bajo sospecha. Si algunos filósofos ya habían recurrido a la duda como método para alcanzar la certeza, ahora se da un paso más para convertir la duda en un fin en sí misma. La certeza es sospechosa de dogmatismo, mientras que la duda sistemática es equiparada a la tolerancia.

Frente a estos contravalores sobre los que se apoya el pensamiento débil, el cristianismo no plantea un «pensamiento soberbio», ni la búsqueda de falsas seguridades. No se trata de que nos creamos con «receta» para todo, ni de que busquemos en la Biblia respuestas que nos dispensen de discernir, ni de que minusvaloremos las dificultades. El

pensamiento fuerte cristiano no se traduce en terquedad, incomunicación, desprecio de las cuestiones terrenales... etc.

Sencillamente, aquello que lo caracteriza es la confianza en que «Dios ha elegido lo necio de este mundo para confundir a los sabios, y ha elegido lo débil para confundir a lo fuerte» (1 Cor 1, 27). El pensamiento firme es sinónimo de sabernos «anclados» en Cristo, roca sobre la que hemos de edificar nuestra casa (cf. Mt 7, 24). Como tenemos clara conciencia de la contradicción que supone llevar ese tesoro en vasijas de barro (cf. 2 Cor 4, 7), nos sentimos más impulsados a confesar a Cristo como la Verdad que nos libera: «Si os mantenéis en mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (Jn 8, 31-32)

EL PAN DE LA CULTURA

Diario Palentino, 11 de febrero de 2007

Han pasado ya más de veinte años desde el estreno cinematográfico de *El nombre de la Rosa*, una película malintencionada en la que se pretendía difundir una imagen de la Iglesia Católica como la de una institución que ha ocultado la cultura al pueblo sencillo, para así poder manipularlo a su antojo. Recuerdo que, tras la proyección de la citada película, comenté a los amigos que me acompañaban la importancia de conocer en profundidad la historia, para evitar ser manipulados y para dar respuesta a tanta leyenda negra difundida contra la Iglesia Católica. Lo cierto es que, a lo largo de sus veinte siglos de existencia, la Iglesia ha fomentado la cultura como el mejor remedio contra la pobreza, contra los totalitarismos y contra las desigualdades entre los hombres.

El influjo cultural de la Iglesia no se reduce a Europa, a América, o a las misiones africanas. Aunque sea de una forma sencilla y escueta, desearía abrir una ventana para asomarnos a una de esas hermosas y desconocidas páginas de la historia de la Iglesia Católica: en Oriente Medio la Orden Franciscana ha dado —y continúa haciéndolo— un buen testimonio de lo que es alimentar al pueblo con el pan de la cultura.

Recientemente realizábamos una peregrinación a Tierra Santa, donde tuvimos ocasión de entrevistarnos con el padre Artemio Vítores, franciscano Vicecustodio en Tierra Santa. ¿Pensamos acaso que nuestros frailes se han limitado desde el año 1342 a cuidar las iglesias levantadas por los cruzados en los Lugares Santos? Muy al contrario, ya hacia el año 1518, los franciscanos abren las primeras escuelas en Tierra Santa. Se trataba de una especie de escuelas parroquiales..., ¡auténtico atrevimiento en plena dominación turca!, cuyo gobierno prefería que sus súbditos vegetasen en la ignorancia. En este contexto social hay que destacar la creación en Jerusalén, en 1740, de una escuela de «Artes y Oficio», para que los cristianos pudieran ganarse la vida y sobrevivir con un trabajo digno.

En el siglo XIX, los hijos de San Francisco se enfrentan al reto de la extensión de la cultura a la mujer, en el contexto de Oriente Medio, donde la cultura musulmana y judía ni tan siquiera contemplaba tal posibilidad. Aprovechando la «relajación» de la supervisión turca, en 1841 los franciscanos abren la primera escuela para niñas de Oriente Medio. El ejemplo termina por cundir, y veinticinco años más tarde los judíos abren la primera escuela para niñas, y otros veinticinco años después terminan por hacerlo los musulmanes.

En los primeros años del siglo XX los franciscanos dan un paso muy importante en su visión universalista de la educación: aceptan en sus escuelas a judíos y musulmanes. No fue un paso fácil, ya que, sobre todo al principio, hubo gran oposición por parte del Gobierno turco y otros grupos radicales. Pero sin embargo, en el momento presente, los niños musulmanes representan ya un 40 % de total de los alumnos de los colegios de la Custodia Franciscana y de otros colegios cristianos de la Tierra Santa. ¡Por cierto, y dicho sea de paso!, la orden franciscana soporta en estos momentos ¡un millón de dólares anuales!, como déficit en la gestión de esos colegios, dirigidos mayoritariamente a niños pobres, cuyas familias no pueden pagar la escolarización de sus hijos.

La conclusión de todo lo expuesto es bastante evidente: la extensión de la cultura es una de las obras de misericordia más preciosas de la historia de la Iglesia. Así se nos inculcó desde pequeños en el catecismo. ¿Recordamos? ¡Siete son las obras de misericordia espirituales!: 1. Enseñar al que no sabe. 2. Dar buen consejo al que lo necesita. 3. Corregir al que yerra. 4. Perdonar las injurias. 5. Consolar al triste. 6. Sufrir con paciencia los defectos del prójimo. 7. Rezar a Dios por los vivos y los difuntos.

Y, como dice el refrán, «para muestra, un botón»: este domingo se celebra la campaña de Manos Unidas, con el lema: «Sabemos leer, ellos no. Podemos cambiarlo». A la hora de afrontar un problema suele decirse que hay que distinguir lo urgente de lo importante. Sin duda, es más urgente aliviar el hambre que enseñar a leer. De la misma forma, también cabe decir que es más urgente enseñar a leer a los niños que enseñarles el catecismo.

Sin embargo, por experiencia, hemos aprendido a rebelarnos ante ese dilema de «lo urgente y lo importante». No es bueno abusar de esa distinción conceptual. Correríamos el riesgo de estar toda la vida centrados en «lo urgente», sin abordar nunca «lo importante». Y de esta forma, los problemas no terminarían nunca de originarse.

El acercamiento a la realidad nos descubre que todo hombre necesita ser amado, y que el amor no entiende de «servicios sectoriales». El amor cristiano no puede por menos de acoger a cada persona en su integridad somática, psicológica y espiritual. Ése fue el estilo de Jesucristo, claramente plasmado en los Evangelios. El hombre de todos los tiempos necesita de ese triple alimento: el «pan de trigo», el «pan de la cultura» y el «pan eucarístico».

TRES RAZONES PARA PEREGRINAR A TIERRA SANTA

Diario Palentino, 4 de febrero de 2007

Escribo el presente artículo al concluir una peregrinación a Tierra Santa, a la que he asistido junto con sacerdotes y seminaristas de nuestra diócesis. Tras diez meses sin atentados en Israel, el último día de nuestro viaje se producía un atentado suicida en una localidad turística, Eilat, con el resultado de tres muertos. No es mi intención ahora hablar de la posición de la Iglesia Católica sobre el conflicto judío palestino, que —por otra parte— es de sobra conocida: «Los israelíes tienen derecho a vivir en paz en su Estado; los palestinos tienen derecho a una patria libre y soberana» (Benedicto XVI al cuerpo diplomático internacional, 8 de enero, 2007). «El establecimiento de un Estado palestino viable, con el cual termine la ocupación, requiere tierras contiguas y

supone poner en tela de juicio el Muro de seguridad, así como la expansión y el establecimiento de asentamientos en Cisjordania» (Comunicado del Encuentro de Obispos de Conferencias Episcopales en su visita a Tierra Santa, enero de 2007). Me limito ahora a dar tres razones para motivar la peregrinación a Tierra Santa.

La peregrinación es segura

Las noticias que nos llegan sobre la seguridad en Israel y los territorios autónomos palestinos nos podrían llevar a concluir que no es prudente emprender en las condiciones presentes la peregrinación a Tierra Santa. Afortunadamente, no es cierto. El conflicto judío-palestino, incluso en los momentos más duros de la intifada, no ha atentado jamás contra los peregrinos. El itinerario de los peregrinos está muy alejado de los lugares en conflicto, especialmente de la zona de Gaza. Además, la prudente y heroica labor de la orden franciscana, a la que los papas encomendaron la custodia de los Lugares Santos, unida al común beneficio económico, ha hecho que tanto judíos como musulmanes estén muy interesados en la continuidad de las peregrinaciones.

Pero es que, además, desde la construcción del Muro de seguridad, que aísla drásticamente a los palestinos del territorio judío, los atentados terroristas en Israel han disminuido de forma exponencial. El hecho de que creamos y manifestemos que la construcción de este Muro ha sido injusta, porque ha hecho recaer la miseria sobre los más débiles, no nos impide reconocer la veracidad de este dato.

Los palestinos cristianos necesitan nuestro apoyo

En nuestra tradición católica, hemos designado a la Iglesia de Jerusalén, con el nombre de «Iglesia Madre». Sin embargo, el conflicto permanente entre judíos y musulmanes ha originado un éxodo masivo de los palestinos cristianos a Europa y América. Traduciéndolo a datos: hace cincuenta años, más del 70% de la población de Belén era cristiana. Mientras que, hoy en día, los cristianos rondan el 15%. En Jerusalén no llegan al 3%.

El drama de los palestinos cristianos estriba en que se sienten «extraños» en su propia tierra, ante la islamización radical de muchos de

sus hermanos palestinos, además de ser discriminados por los judíos, por el motivo de ser «árabes palestinos». La peregrinación es vital para ellos, tanto económica, como espiritualmente. Es necesario que sepan que no están solos, y que son arropados por los hijos que aquella Iglesia Madre fue engendrando por todo el mundo.

Mención aparte merece la labor de los más de doscientos franciscanos que atienden los Lugares Santos. Su apoyo a los palestinos cristianos es admirable, y se está traduciendo en este momento en la construcción de viviendas, intentando frenar su diáspora. ¿Sabíamos que el Vicecustodio de Tierra Santa (el «segundo de a bordo») es el padre Artemio Vítores, un palentino de Cevico Navero? En la entrañable tertulia que pudimos mantener con el padre Artemio, nos descubrió páginas gloriosas escritas por los hijos de Francisco de Asís, en los cerca de siete siglos que llevan con la encomienda del Papa para la defensa de los Santos Lugares y de los cristianos nativos.

«Algo faltará a vuestra fe si no habéis visto Jerusalén» (San Jerónimo)

Uno de los problemas principales que solemos tener los cristianos de «vieja cuna», es el de creer que lo tenemos todo ya ¡visto y oído! El Evangelio no es para nosotros algo novedoso, incluso puede llegar a resultarnos repetitivo. Tenemos el peligro de adherirnos a la fe cristiana, al modo de una tradición heredada, sin la debida conciencia de que somos seguidores de la Persona de Jesucristo. Por ello, la expresión de San Jerónimo, no me parece exagerada. En los Lugares Santos descubrimos las «huellas frescas» del paso de Cristo entre nosotros. La peregrinación nos sitúa en un «tú a tú», frente a su Persona.

Más aún, los maestros de vida espiritual, como San Ignacio de Loyola, nos han hablado de la ayuda que supone la «composición de lugar» a la hora de profundizar en la oración: «La composición será ver con la vista de la imaginación el lugar corpóreo, donde se halla la cosa que quiero contemplar. Digo el lugar corpóreo, templo o monte, donde se halla Jesucristo o nuestra Señora, según lo que quiero contemplar». (*Ejercicios Espirituales*, n. 47). En ocasiones, nos puede costar controlar la imaginación, al adentrarnos en la intimidad de Dios, por caminos de oración. Por ello, será importante que alimentemos nuestra memoria de imágenes que centren positivamente nuestra oración. ¡He aquí otro de los grandes beneficios de la peregrinación a Tierra Santa!

La escasa afluencia de peregrinos en el momento actual permite a los que allí acuden aprovechar mucho mejor esta ocasión de gracia, sin los inconvenientes de la masificación. ¡Merece la pena! Se trata de clarificar, fortalecer y vivir la fe cristiana en sus mismas raíces.

ECUMENISMO «CASERO»
El Norte de Castilla, 2 de febrero de 2007

Dice el refrán que «la caridad bien entendida, es la que empieza por casa». Lo mismo diríamos del ecumenismo: *el verdadero deseo de unidad entre las Iglesias cristianas es el que empieza por casa.*

Sé muy bien que, en el día a día, estamos siendo testigos de muchísimos signos de verdadera y profunda comunión, en el seno de nuestra Iglesia. Yo mismo —es de justicia que lo señale— me he sentido vivamente impresionado al comprobar cómo la comunidad católica se une como una sola familia en torno a su obispo. Pero, dicho esto, no sería bueno que nos durmiésemos en las «mieles», ignorando que también existen las «hieles». Hemos de reconocer que caemos en contradicciones, desde el momento en que anhelamos la unión con los hermanos protestantes, anglicanos y ortodoxos, y al mismo tiempo tenemos la parroquia dividida.

Me dispongo, por ello, a describir brevemente cuatro heridas que dañan la unidad interna entre los católicos, con el deseo de que hagamos todos lo posible por sanarlas:

Falta de paciencia

La misericordia de Dios tiene la característica de amarnos a cada uno de nosotros, tal y como somos. Él no se incomoda ni se desespera por nuestras torpezas, por nuestros ritmos tan distintos... Jesucristo fue el primero que sufrió con paciencia los defectos de sus discípulos, sin arrepentirse en ningún momento de haberlos elegido.

He aquí uno de los enemigos más habituales de la unidad: ¡la impaciencia! ¡Cuántas veces nos hemos sentido exasperados ante unas an-

cianas que rezan el rosario a un ritmo que nos resulta insufrible, avergonzados por los cantores del coro que desafinan, crispados ante el sacerdote que no termina de aterrizar en el sermón, enojados por un grupo de niños que no paran quietos, incómodos por el bebé que llora en su cuna durante la Misa...! ¡Es curioso...! ¿Y no se nos ha ocurrido nunca pensar que tanta exasperación no es sino el reflejo de nuestra falta de paz interior, al mismo tiempo que una tentación disfrazada de razones aparentes?

Incomprensión de los carismas ajenos

¿No es cierto que en ocasiones solemos escuchar, de labios de católicos militantes, reproches de desavenencia y desamor dirigidos hacia otros movimientos, cofradías, comunidades religiosas o, simplemente, hacia realidades eclesiales distintas a la suya? A veces, podemos llegar a tener unas miras tan cortas, que llegamos a juzgar la Iglesia desde nuestra sensibilidad, olvidando que el Espíritu Santo sopla donde quiere, y que nosotros no somos quiénes para meterle en una jaula y pretender que cante nuestra tonadilla favorita.

Hay personas que son más dadas a «restar» que a «sumar», hasta el punto de que, en ocasiones, parecen más preocupadas por quiénes se acercan a la Iglesia, que por los que se alejan de ella. A veces, consumimos más energías en nuestros roces personales y grupales, que en el desarrollo de celo apostólico en favor de nuestros hermanos alejados de Dios y de la Iglesia. Hay un pasaje evangélico —pocas veces citado— que merece mucha más atención y sobre todo, aplicación: «Juan le dijo: "Maestro, hemos visto a uno que expulsaba demonios en tu nombre y no viene con nosotros y tratamos de impedírselo porque no venía con nosotros." Pero Jesús dijo: "No se lo impidáis, pues no hay nadie que obre un milagro invocando mi nombre y que luego sea capaz de hablar mal de mí. Pues el que no está contra nosotros, está por nosotros"» (Mc 9, 38).

Afán de protagonismo

Una buena parte de las fricciones que puedan darse en el seno de nuestras parroquias está causada por el afán de protagonismo y los celos personales. Ante esto, necesitamos hacer nuestra la expresión de Juan

Bautista: «Es preciso que Él crezca y que yo disminuya» (Jn 3, 30), así como aquel otro consejo de Jesús: «Que no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha» (Mt 6, 3).

Es cierto que estamos hablando de un mal moral que se manifiesta en todos los sectores de la sociedad. Pero, sin embargo, de los que somos seguidores de Cristo, cabría esperar que tuviésemos mayor altura de miras. El mismo Jesús detectó y afrontó este problema en el grupo de los apóstoles: «Llegaron a Cafarnaúm, y una vez en casa, les preguntaba: "¿De qué discutíais por el camino?" Ellos callaron, pues por el camino habían discutido entre sí quién era el mayor. Entonces se sentó, llamó a los Doce, y les dijo: "Si uno quiere ser el primero, sea el último de todos y el servidor de todos"» (Mt 9, 34).

Ideologías y Magisterio

Una de las causas principales de la falta de comunión en el seno de la Iglesia, la tenemos en la pretensión de sobreponer nuestras sensibilidades e ideologías al Magisterio de la Iglesia y a la propia Palabra de Dios. Se cuenta la anécdota de un orador, que introducía una parte de su discurso de la siguiente forma: «Como decía Jesucristo, y en parte tenía razón...».

Desgraciadamente, el problema al que me refiero, no es ninguna broma, aunque me haya tomado la libertad de utilizar esta ironía. Se trata de una falta de acogida a la Revelación de Dios en la Escritura y al Magisterio de la Iglesia. Corremos el riesgo de aceptar la Palabra de Dios, en la medida en que confirma nuestro pensamiento, mientras que la ignoramos o rechazamos, si no se adecua a nuestra forma de ver las cosas. Un ejemplo concreto lo tenemos en las ideologías políticas: en determinadas ocasiones, a los católicos militantes o simpatizantes de algún partido político se les plantea un dilema de fidelidades. Suelen ser ocasiones determinantes para conocer nuestra jerarquía de valores: ¿Qué prima en esos casos, nuestra sensibilidad política o la religiosa?

Recordemos aquella oración que Jesús dirigió al Padre, después de la Última Cena: «Padre, que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado» (Jn 17, 20).

Aquella súplica no ha sido estéril. De hecho, el Espíritu Santo está siempre suscitando nuestra unidad —afectiva y efectiva— como lo hizo

el día de Pentecostés. ¡Seamos dóciles a su acción, testimoniando nuestro amor en la unidad!

LIBERTAD

Diario Palentino, 28 de enero de 2007

¿Qué tendrá la libertad que, en determinados momentos y circunstancias de nuestra vida, la hemos anhelado y reivindicado; mientras que en otras ocasiones, la hemos negado o, cuando menos, minimizado? Nos resulta seductora, al mismo tiempo que nos da miedo. Abre ante nosotros nuevas expectativas, pero también nos recuerda los riesgos de optar con todas las consecuencias...

Afirmar la libertad

La fe cristiana aporta algo muy importante para la afirmación de la libertad. En realidad, desde el ateísmo es muy difícil fundamentar la libertad. Partiendo de la negación de la existencia de Dios y, en consecuencia, negando también el alma humana, la comprensión del hombre queda reducida, necesariamente, a la del animal más evolucionado, pero, «animal» al fin y al cabo, ¡pura química y biología! Y, claro... entonces, ¿con qué bases podremos seguir sosteniendo el ideal de la libertad? ¿No habremos de encontrar aquí una explicación ante tantas contradicciones con las que nuestra cultura actual se posiciona frente a la libertad, idolatrándola y negándola al mismo tiempo?

Nuestra fe cristiana nos ilumina para entender que el hombre es libre, como consecuencia de esa aspiración que lleva inscrita en la profundidad de su espíritu, impulsándole hacia un deseo de plenitud y felicidad. La libertad es aquella cualidad del espíritu humano que permite a la persona no estar a merced de sus condicionamientos biológicos, psicológicos y sociales. Estamos «condicionados», pero no «determinados», ya que ¡el alma humana es el fundamento antropológico último de la libertad humana!

Rescatar la libertad

Pero el cristianismo no se limita a afirmar la libertad, a modo de postulado teórico o de principio filosófico. Es necesario partir de nuestra situación actual. En efecto, la libertad convive con muchas esclavitudes, hasta el punto de que muchos caen fácilmente en la tentación de negar su existencia. La Revelación cristiana no deja lugar a dudas: ¡La libertad necesita ser liberada!

San Pablo nos pone en guardia en su carta a los Gálatas: «Porque, hermanos, habéis sido llamados a la libertad; sólo que no toméis de esa libertad pretexto para la carne; antes al contrario, servíos por amor los unos a los otros» (Gál 5, 13). Evidentemente, la libertad no es hacer lo que a uno le venga en gana. No podemos reducirla a una frívola licencia. Esto equivaldría a definirla como la indiferencia ante la elección entre el bien y el mal. La libertad es la capacidad que tiene el hombre de responder a la vocación con la que Dios le llama a la felicidad. No es en sí misma un fin, sino un talento al servicio del amor.

El hecho es que las cosas no son muchas veces como aparentan ser: esos cantos de sirena que nos prometen libertad terminan por esclavizarnos, mientras que Jesucristo nos pide el cumplimiento de una ley que, paradójicamente, nos libera. Tenemos sobrada experiencia de que una cosa es «vivir en libertad» y otra muy distinta, «tomarse libertades». Como decía Karl Ludwig Borne: «La diferencia entre la Libertad y las libertades es tan grande como entre Dios y los ídolos».

«La verdad os hará libres» (Jn 8, 32)

La ley de Dios no recorta ni elimina la libertad del hombre, muy al contrario, la garantiza y la promueve. Solamente la libertad que se somete a la Verdad conduce a la persona humana a su verdadero bien. El bien de la persona consiste en estar en la Verdad y en realizar la Verdad. «So pena de destruirse, el hombre debe aprender a que la voluntad concuerde con su naturaleza» [...] «Verdad y justicia constituyen así la medida de la verdadera libertad» (Congregación para la Doctrina de la Fe, Instrucción *Libertad Cristiana y Liberación*, n. 25-26).

Libertad obediente

Son muchas las personas que arrastran la concepción de que la religiosidad exige el sacrificio de la libertad. El hombre religioso sería aquel que se somete a un cúmulo de preceptos y de prohibiciones, renunciando a su propio proyecto de vida. ¡Nada que ver con la realidad!

El miedo y la falta de amor limitan el desarrollo del proyecto humano y nos llevan a encerrarnos en nosotros mismos. Miremos a Jesucristo y a María, donde descubrimos el verdadero rostro del proyecto humano. ¡Hay que ser muy libre para entregar la vida!

Posiblemente, las dos expresiones cumbres que más han dignificado la libertad, las pronunciaron ellos —Madre e Hijo— en Nazaret y en Getsemaní: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu Palabra» (Lc 1, 38) y «No se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22, 42). A lo largo de dos mil años de historia cristiana, el testimonio de Jesús y María ha ayudado a muchos millones de personas a desplegar todas las potencialidades que se esconden en ese tesoro oculto que llevamos en nuestro interior, y que se llama «libertad».

CASADOS, ¡MUCHO MEJOR!

Diario Palentino, 21 de enero de 2007

¿Se acuerdan ustedes de aquella canción de Pablo Milanés que decía: *Yo no te pido que me firmes cien papeles grises para amar?* Eran los años setenta, en pleno influjo de Mayo del 68, y ya se comenzaba a sembrar la sospecha sobre el matrimonio: «¡El amor está reñido con los papeles!». «¡Atar el amor con un contrato, es tanto como meter un pájaro en una jaula!», etc., etc.

La llamada revolución sexual fue el caldo de cultivo idóneo para la extensión de una mentalidad contraria al matrimonio. El contrato matrimonial fue sustituido, en no pocos casos, por uniones de hecho. Lo curioso es que, finalmente, muchas uniones de hecho han terminado por buscar una fórmula de reconocimiento legal. ¡¡Han cambiado el color gris de los papeles por el sepia!! Pero, al margen de este tipo de

contradicciones flagrantes, no cabe duda de que, treinta años después, la cultura actual es mucho más reacia al concepto de «matrimonio». Se ha terminado por hablar de distintos tipos de familia, con la pretensión de distinguir y desligar la familia del matrimonio.

Así las cosas, en las últimas semanas se han hecho públicos diversos estudios que demuestran la importancia y plena validez del matrimonio. Cuando el matrimonio deja de estar en la base de la familia se sobreañaden muchos y graves problemas. Me refiero a dos estudios, en concreto:

Matrimonio y violencia doméstica

Según los últimos datos publicados por el Observatorio contra la Violencia Doméstica y de Género del Consejo General del Poder Judicial español, la violencia contra la mujer es mucho más frecuente en las uniones de hecho que en matrimonios. El 35,6% de las órdenes de protección se dictaron contra el marido; el 30,2%, contra el compañero; el 21,8%, contra el ex compañero, y el 12,4%, contra el ex marido. Si tenemos en cuenta la proporción que existe en España entre las parejas casadas —por la Iglesia o por lo civil— (91%), y las uniones de hecho (9%), se deduce que la frecuencia de malos tratos es unas ¡trece veces mayor! en las parejas de hecho que en los matrimonios.

Matrimonio y equilibrio de los hijos

En Inglaterra, el Institute for Public Policy Research, un organismo de reflexión e investigación política cercano al Partido Laborista de Tony Blair, ha examinado datos de 20.000 niños nacidos en el año 2000, llegando a la conclusión de que a los niños les conviene en gran manera que sus padres estén casados. El estudio tiene especial valor por el hecho de que sea presentado de la mano de un partido político que se autodefine como «de izquierdas». Afortunadamente, existen políticos capaces de hacer autocrítica a sus propios presupuestos ideológicos, reconociendo las graves consecuencias a las que ha conducido el deterioro del matrimonio. El citado estudio estadístico, concluye: «Los padres solteros dan menos apoyo emocional, son menos disciplinados, son más inconstantes, aportan menos supervisión y entran más en conflicto con sus hijos».

Los datos son tozudos, y mirar para otro lado no sirve de nada. Sin embargo, también es necesario que pasemos de los datos negativos a la formulación positiva. ¿Por qué el matrimonio es tan importante? ¿Ha sido un invento de la Iglesia, como muchos creen?

La palabra «matrimonio» proviene del término latino *matrimonium*, que significa «función de la madre». Pues bien, todos los pueblos civilizados han tenido alguna forma de expresar socialmente la unión permanente de un hombre y una mujer. Más aún, en todas las culturas, la ceremonia matrimonial ha revestido un carácter sublime y hasta sagrado. Esa especie de «trascendencia» del matrimonio, incluso el llamado civil, se justifica porque en su seno surgen nuevas vidas y se prolonga el misterio de la creación del hombre.

La familia surgida del matrimonio necesita estabilidad —incluso perennidad— para alcanzar sus fines. El amor esponsal y la educación de los hijos necesitan que la unión matrimonial tenga permanencia en el tiempo.

El compromiso de un hombre y una mujer posee relevancia social, y es necesario para poder desarrollar en plenitud el amor que lo ha originado. La estabilidad de la unión matrimonial aporta seguridad a los cónyuges y a sus hijos; les confiere derechos y deberes ante la sociedad.

El matrimonio es auténtica manifestación del amor verdadero, pues supone exclusividad en el amor y permanencia, de forma que el matrimonio es fundamento de la estabilidad familiar. Lógicamente, toda sociedad está llamada a tutelar legalmente la unión matrimonial, porque sin la estabilidad familiar, fundada en el matrimonio monogámico permanente, no se podría llegar a garantizar la plena educación humana y el perfecto desarrollo de los hijos. Baste recurrir a la experiencia para constatar que las uniones inestables no garantizan ni la felicidad de los progenitores ni la de los hijos.

La relación esponsal y la paterno-materno filial son tan exclusivas y propias que nada de este mundo puede sustituirlas. Todo esto es así, por la misma naturaleza del ser humano y porque está destinado a una finalidad en la vida. No es invento de ninguna religión ni capricho de ninguna Iglesia: lo determina nuestra naturaleza, en lo que tradicionalmente se conoce como «Ley Natural».

«VENDRÁN DE ORIENTE Y OCCIDENTE...»

Diario Palentino, 14 de enero de 2007

El reciente atentado terrorista de ETA en Barajas, en el que fueron asesinados dos jóvenes ecuatorianos, ha demostrado que todavía falta mucho trecho hasta que los inmigrantes sean considerados como parte plenamente integrada en la sociedad española. A nadie se le oculta que la conmoción y la reacción de la sociedad española ha sido mucho menos intensa ante el asesinato de dos ecuatorianos, que la que previsiblemente hubiese podido tener lugar si las víctimas hubiesen sido españolas. Por si fuese poco, en vez de unirnos todos los españoles en torno a la comunidad ecuatoriana inmigrante, renunciando a cualquier cuota de protagonismo político, hemos asistido a un triste espectáculo en el que sólo parecía importarnos el rédito político que cabía extraer de su duelo.

A pesar de estos aspectos negativos, también es verdad que este trágico atentado ha ayudado a despertar muchas sensibilidades adormecidas hacia la realidad de los inmigrantes. Cualquiera de nosotros podría haber perecido en Barajas. Esos dos jóvenes ecuatorianos, Diego y Carlos, han representado a toda la sociedad española amenazada por el terrorismo. En medio de esta circunstancia, celebramos este domingo la 93.ª Jornada Mundial del Emigrante y el Refugiado.

Merece la pena prestar atención al lema de este año: *La familia migrante.* De sobra sabemos que una buena parte de los inmigrantes parten en solitario de sus países de origen, separándose de sus seres queridos, con el sueño de poder reunificar un día la familia disgregada. Algunos de ellos esperan hacerlo retornando a sus países de origen al cabo de unos años. Otros confían en conseguir que sus familias puedan, con el tiempo, acompañarles en España.

¿Y qué ocurre en el ínterin de esos años, en los que los miembros de la familia tienen que vivir dispersos, a miles de kilómetros de distancia? Las llamadas telefónicas más o menos frecuentes, las cartas cada vez más escasas, los viajes esporádicos a sus países de origen, alivian muy poco el drama de la separación familiar. Los riesgos de esa separación forzosa son muchos y muy graves: desmotivación, infelicidad, peligro de caer en una vida desestructurada y en vicios, infidelidades matrimoniales...

Todo ello nos debería hacer caer en la cuenta de que una buena política migratoria tiene muchos motivos para priorizar la reunificación de

las familias. No nos referimos sólo a los motivos humanitarios, sino a otros muchos de rentabilidad social, económica, seguridad ciudadana, etc. Si tuviésemos una perspectiva más amplia, apostaríamos más decididamente por una inmigración de las familias unidas, así como por la reunificación de las dispersas.

En el mensaje que el Papa Benedicto XVI ha dirigido con motivo de esta Jornada Mundial del Emigrante y el Refugiado, nos ha invitado a prestar una atención especial a una forma concreta de inmigración que suele pasar bastante inadvertida entre nosotros: los estudiantes de otros países. Lejos de su hogar y de la tutela de sus familias, sin un adecuado conocimiento del idioma, a veces carentes de amistades, y frecuentemente con becas insuficientes. Los jóvenes estudiantes que abandonan el propio país se enfrentan a numerosos problemas, sobre todo, al riesgo de una crisis de identidad, provocada por el contacto repentino y brusco con una cultura liberal que se muestra agresiva con sus raíces religiosas. La Iglesia está llamada a hacer menos dolorosa la ausencia del apoyo familiar de estos jóvenes estudiantes, invitándoles a integrarse en las comunidades parroquiales o en otras comunidades cristianas de vida.

El Papa nos invita a dirigir nuestra mirada a la Sagrada Familia de Nazaret, icono de todas las familias, y muy especialmente de las inmigrantes. Nos escribe en su carta:

> El evangelista Mateo narra que, poco tiempo después del nacimiento de Jesús, José se vio obligado a salir de noche hacia Egipto llevando consigo al niño y a su madre, para huir de la persecución del rey Herodes.* En el drama de la Familia de Nazaret, obligada a refugiarse en Egipto, percibimos la dolorosa condición de todos los emigrantes, especialmente de los refugiados, de los desterrados, de los evacuados, de los prófugos, de los perseguidos. Percibimos las dificultades de cada familia emigrante, las penurias, las humillaciones, la estrechez y la fragilidad de millones y millones de emigrantes, prófugos y refugiados. La Familia de Nazaret refleja la imagen de Dios custodiada en el corazón de cada familia humana.

¡Nada hay que se escape a la Providencia Divina! «Sabemos que todas las cosas resultan para bien, para aquellos que aman a Dios» (Rom 8, 28). La fe nos hace estar seguros de que el fenómeno migratorio, traerá

---

* Cf. Mt 2, 13-15.

muchos bienes a toda la sociedad española. Y, en concreto, me permito señalar uno: desde el punto de vista religioso, merece la pena destacar la aportación tan importante que están haciendo los inmigrantes católicos —principalmente hispanoamericanos— a nuestras comunidades católicas. Su vivencia religiosa está mucho menos secularizada que la nuestra, de forma que sus gestos de humilde devoción, son una verdadera llamada de atención ante nuestra frialdad religiosa.

Cuando este jueves me dirigía hacia la Iglesia de Nuestra Señora de la Calle, donde celebramos el funeral por el eterno descanso de los jóvenes ecuatorianos asesinados, un matrimonio hispano me abordó en medio de la calle, pidiéndome que bendijese a los hijos pequeños que les acompañaban. No parecía importarles demasiado ser observados por los que pasaban en ese momento por la acera. El brillo de sus ojos delataba la emoción de la fe. Imagino que en el signo de la cruz que hice sobre sus cabezas, recibieron la gracia de Dios que buscaban. Pero, de lo que estoy seguro, es de que yo recibí mucho más de aquel gesto de fe transparente. ¡Que Dios bendiga a todos los inmigrantes!

DE CÓDIGOS DA VINCI

Diario Palentino, 7 de enero de 2007

Me quedo impresionado cuando en la sección de librería de un conocido establecimiento, encuentro expuestos de una forma muy destacada en una misma estantería los siguientes títulos: *El secreto de María Magdalena, La piedra sagrada, La conspiración del templo, El testamento de los siglos, El peregrino del tiempo, La esperada...*

Las breves sinopsis que aparecen en las contraportadas son suficientemente elocuentes: «Una auténtica bomba de relojería contra los cimientos del Vaticano». «El descubrimiento de una importante revelación que Cristo hizo a la humanidad y que ha permanecido en secreto a lo largo de los siglos». «María Magdalena fue relegada a un papel secundario en la Iglesia hace más de mil setecientos años. Ahora, con el descubrimiento en 1945, de los pergaminos de Nag Hammadi, podemos saber lo que ocurrió», etc., etc., etc.

Muchos de estos títulos tienen un primer denominador común: se presentan bajo el género de novelas, pero afirmando al mismo tiempo que han investigado y sacado a la luz enigmas ocultados por la Iglesia Católica. He aquí el primer fraude que se esconde en este género de literatura: si nos disponemos a rebatir con datos científicos las afirmaciones anticatólicas contenidas en estas obras, entonces rápidamente nos responderán diciendo que «no hemos de ponernos nerviosos, porque ya se nos advirtió que se trataba de una novela». Cuando, por el contrario, recordamos a los consumidores de esta literatura, de que se trata de meras novelas, entonces, se nos matiza diciendo que «están basadas en estudios históricos». ¡Una trampa absurda en la que muchísimos lectores se encuentran atrapados!

Con respecto al grado de fiabilidad científica de estos libros, baste señalar un significativo detalle: la mayoría son publicados por autores que se presentan bajo el currículum de «escritor e investigador». ¿Qué quiere decir eso? ¿Qué significa ser «escritor» e «investigador»? Dicho a las claras, quiere decir que esos autores se han lanzado a escribir en torno a esos temas, sin la más mínima especialización necesaria: no han cursado estudios de Teología Dogmática, ni Filosofía, ni Paleografía, ni Arqueología, ni Lenguas Semíticas, ni Sagrada Escritura, ni Patrología, ni Astrología, ni Historia, ni de Periodismo... Escribir un libro que pretende adentrarse en todas esas materias, sin dar cuenta con precisión de ninguna de ellas, puede tener dos razones de ser distintas: o bien la ignorancia atrevida que sabe descubrir y explotar un filón de oro, o el deseo deliberado de tergiversar y confundir a los creyentes.

Más allá de la denuncia de la falta de rigor científico, es también necesario caer en la cuenta de que la proliferación de esta literatura esotérica responde al deseo de todo ser humano de abrirse a lo espiritual y misterioso. Bien es cierto que el hacerlo de esta forma lleva consigo el inevitable peligro de adaptar el misterio a la propia conveniencia o a la ideología dominante, hasta el punto de deformarlo. Este tipo de novelas pretende llenar el espacio de la religiosidad natural del ser humano, pero desligándolo de todo compromiso moral, personal o social. ¡Siempre vendrá algún libertador a modo de «escritor e investigador», que nos anuncie que ha encontrado un manuscrito secreto, custodiado por los templarios, gracias al cual podamos abrir los ojos y descubrir que nuestros antiguos compromisos morales y eclesiales eran un mero invento de algún cardenal malvado! Es la perfecta «religión *light*»: se procura saciar la curiosidad por lo trascendente, liberándonos al mismo

tiempo de cualquier compromiso de vida. El fenómeno sería cómico si no fuese porque hemos conocido a más de un creyente poner en duda sus convicciones de fe. Recuerdo que recientemente, una persona consumidora habitual de este tipo de literatura se acercó a mí, preguntándome en voz baja y con tono misterioso: «¡Ustedes saben cosas que no pueden contar!, ¿verdad?». No pude por menos de preguntarle qué novela estaba leyendo esos días.

A la vista de todo esto, me formulo las siguientes preguntas: ¿Por qué estas novelas esotéricas antirreligiosas han de referirse siempre a la Iglesia Católica? ¿Por qué ocurre con la literatura lo mismo que con las producciones cinematográficas (*Estigmata*, *La mala educación*, *Las hermanas de la Magdalena*, *El cuerpo*, *La sonrisa de mi madre*, *Priest*, *Amén*...)? ¿Por qué hay tanta literatura y cine crítico hacia el catolicismo y no ocurre lo mismo con el judaísmo, el islam, las religiones orientales, o las demás iglesias cristianas?

Da la impresión, como decía Vittorio Messori, de que, en la cultura actual, el antisemitismo ha sido sustituido por el anticatolicismo. Sin embargo, lejos de hacer una lectura pesimista del momento cultural presente, Messori, en su análisis, considera «providencial» el anticatolicismo de la cultura occidental y del islam. Es un hecho, que siempre hemos necesitado de la persecución para redescubrir la propia identidad. Somos conscientes de que si redujésemos el mensaje católico a un blablablá bondadoso sobre el pacifismo, la ecología, la tolerancia y algunos otros valores de amplio y vago consenso, entonces hasta podríamos llegar a resultar simpáticos para la cultura actual. Eso sí, ¡tan simpáticos como insignificantes!

LOS REYES MAGOS EXISTEN

El Norte de Castilla, 6 de enero de 2007

Desde muy pequeño, siempre fue un misterio para mí eso de que nuestras madres tuviesen la satisfacción de servirse la cabeza y el espinazo del pescado o el trozo del bizcocho que había salido ennegrecido del horno... ¡Qué suerte que, casualmente, a ellas les gustase todo lo que

era despreciado por nosotros! ¡Qué suerte que nuestras madres no se pusiesen nunca enfermas y no necesitasen permanecer en cama, como con tanta frecuencia nos ocurría a nosotros!

A nada que uno fuese un poco observador y que tuviera un mínimo de sensibilidad, terminaba por descubrir que allí había truco, y que tanta armonía familiar no podía ser casual. Claro que siempre habrá algunos que, a pesar su mayoría de edad, sigan llamando «suerte» y considerando como «un derecho», todo aquello que no es sino producto de un amor gratuito e inmerecido hacia ellos.

Estos últimos suelen pensar que sus padres les mintieron con la magia de los Reyes Magos. Su insensibilidad y dureza de corazón les impide entender que *los reyes son verdad*. Están lejos de comprender que la bondad auténtica no se publicita, sino que gusta de permanecer oculta, conforme al ideal que nos propuso el mismo Jesucristo:

> Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de lo contrario no tendréis recompensa de vuestro Padre celestial. Por tanto, cuando hagas limosna, no lo vayas trompeteando por delante como hacen los hipócritas en las sinagogas y por las calles, con el fin de ser honrados por los hombres; en verdad os digo que ya reciben su paga. Tú, en cambio, cuando hagas limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; así tu limosna quedará en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará» (Mt 6, 1-4).

En contra de lo que suele afirmarse, la magia del día de Reyes está más en los padres que en los niños. El milagro del amor, que cada 6 de enero visualizamos de forma muy particular, consiste en hacer el bien permaneciendo en la sombra. Ésa es exactamente la clave y la razón de ser de San José en el misterio de Belén y de Nazaret, dicho sea de paso.

Tengo un amigo que suele decir que, para que una familia «funcione», hace falta que haya en ella, por lo menos, un «tonto». Pero, para que la familia «sea feliz», es necesario que haya tantos «tontos» como miembros. Lo que mi amigo entiende por «tonto» es bastante evidente: aquel que sirve a los demás, olvidándose de sí mismo; aquel cuya felicidad consiste en hacer felices a los demás...

Las aplicaciones prácticas de este principio de salud familiar para la vida matrimonial, son y deberían ser muchas y muy concretas. De sobra sabemos que cuando la propia comodidad y el egoísmo se convierten en motor de la existencia, la supervivencia del matrimonio está en grave

peligro. De poco servirán en esas circunstancias los planteamientos reivindicativos del reparto de tareas domésticas u otros discursos similares. La salud del matrimonio y de la familia no puede basarse en un consenso de mínimos, que no dejará de esconder un pacto de egoísmos. La magia del matrimonio es la misma que la magia de los Reyes Magos. Frente a quienes buscan su felicidad mirándose al ombligo, atrapados por una esclavitud egocéntrica, los esposos realizan el ideal de las palabras evangélicas: «El que encuentre su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la encontrará» (Mc 10, 39).

Sin embargo, es un hecho que suele resultar más fácil poner en práctica este principio espiritual de entrega y de olvido de uno mismo, con los propios hijos, que dentro del matrimonio. ¿Quién no ha escuchado expresiones del tenor de «A mi marido lo encontré en la calle, pero mi hijos han salido de mis entrañas»? El amor hacia los hijos es más instintivo que el amor esponsal. De lo cual se deduce que es más fácil hacer de Rey Mago con los hijos que con la esposa o el esposo. Sin embargo, difícilmente nuestros padres podrían ejercer coherentemente con nosotros de Melchor, Gaspar y Baltasar si previamente y, al mismo tiempo, no fueran el uno para el otro: María para José, y José para María. Su regalo para nosotros está fundamentado en el regalo mutuo de sus vidas.

¡Lo hemos visto en tantos episodios de la vida familiar! ¡Lo estamos comprobando en tantas obras de caridad, en el seno de la Iglesia! ¡Lo percibimos en nuestra sociedad, en tantos testimonios públicos y, sobre todo, anónimos...! Sí, es cierto, no lo dudes... ¡los Reyes Magos existen!

SI QUIERES LA PAZ... RESPETA LA LEY NATURAL

Diario Palentino, 1 de enero de 2007

Eso de las postales de Navidad, se ha convertido en un espejo de las tendencias culturales e ideológicas de nuestra sociedad, más aún, una especie de autorretrato de nuestra interioridad. Si alguno se animase a ello, tendría materia suficiente para hacer una tesis doctoral, versando sobre los valores que se asoman —y esconden, al mismo tiempo— en

esa diversidad tan amplia de «postales navideñas»: desde las imágenes del misterio religioso del nacimiento de Jesús, pasando por unos renos tirando de un trineo, hasta llegar a un dolmen nevado o a unos trazos surrealistas... Por lo menos, hay que reconocer que los textos que acompañan a unas imágenes tan diversas y dispares, suelen tener algo en común: me refiero a la expresión del deseo de paz. Otra cosa distinta es qué entendemos por paz y en qué la fundamentamos.

Tradicionalmente, el primer día del año, el Papa dirige un mensaje, con motivo de la celebración de la Jornada Mundial de la Paz. El de este año tiene como título «La persona humana, corazón de la paz». Concluida una primera lectura (es muy breve, se puede leer en *www.diocesispalencia.org/libros.htm*), no pude por menos que dar gracias a Dios, porque nos haya dado un Pastor en la Iglesia Universal, con esa capacidad tan lúcida de hacer un diagnóstico de las luces y sombras del pensamiento actual, en que se señalan certeramente los males morales que dificultan la paz. Lo que lamento, desde luego, es que ese mensaje del Papa no sea amplificado y difundido, tal y como lo merece. No obstante lo cual, vamos a aportar nuestro pequeño granito de arena con la presente carta, con el deseo de dar a conocer el contenido de este mensaje del Papa, además de animar a su lectura directa.

El Papa habla de la existencia de una «gramática común para todos los hombres». Se refiere a la Ley Natural, que es el conjunto de las normas morales inscritas en nuestra naturaleza. Nada, o muy poco, podremos hacer en favor de la paz si no partimos del reconocimiento de una norma moral común, a la que tenemos que adecuarnos todos. El Papa lo expresa con estas palabras: «Esa "gramática" trascendente, es decir, el conjunto de reglas de actuación individual y de relación entre las personas en justicia y solidaridad, está inscrita en las conciencias, en las que se refleja —esto lo sabemos los creyentes por la fe— el sabio proyecto de Dios».

Benedicto XVI recuerda que «el reconocimiento y el respeto de la ley natural son también hoy la gran base para el diálogo entre los creyentes de las diversas religiones, así como entre los creyentes e incluso los no creyentes. Éste es un gran punto de encuentro y, por tanto, un presupuesto fundamental para una paz auténtica». El problema entre nosotros está en que —vamos a ser claros— padecemos unas ideologías soberbias, que no quieren partir del reconocimiento de unas verdades morales previas, a las que tengan que someterse. Rechazada la ley natural, la ética de la paz es inventada desde la propia ideología, de forma

que lo que se entiende por «paz» o por «violencia», se hace depender de la conveniencia del momento o de lo que circunstancialmente es considerado como «políticamente correcto».

Hoy en día, la paz peligra por las concepciones relativistas ante lo que constituye la verdadera naturaleza humana. Es totalmente contradictorio que se nos llene la boca hablando de los «derechos inalienables» del hombre, al mismo tiempo que rechazamos cualquier base moral sólida. No es de extrañar que luego caigamos en paradojas, como el hecho hiriente de que el huevo de muchas especies animales tenga en España una protección muy superior a la del embrión de la especie humana. La cosa está bastante clara: si la ética no tiene bases objetivas en la naturaleza humana, entonces, ante la primera exigencia que nos resulte incómoda, acabaremos agarrándonos a la ideología de turno, para saltarnos a la torera esos derechos humanos que decíamos defender de forma incuestionable.

El Papa concreta en su carta, sin quedarse en formulaciones teóricas y, de hecho, habla de dos derechos concretos que están siendo violados continuamente, incluso por políticos que se dicen «defensores de la paz»: el derecho a la vida, y el derecho de libertad religiosa. Lo expresa así de claro en su mensaje:

> El derecho a la vida y a la libre expresión de la propia fe en Dios no están sometidos al poder del hombre. La paz necesita que se establezca un límite claro entre lo que es y no es disponible: así se evitarán intromisiones inaceptables en ese patrimonio de valores que es propio del hombre como tal. El aborto y la experimentación sobre los embriones son una negación directa de la actitud de acogida del otro, indispensable para establecer relaciones de paz duraderas. Respecto a la libre expresión de la propia fe, hay un síntoma preocupante de falta de paz en el mundo, que se manifiesta en las dificultades que tanto los cristianos como los seguidores de otras religiones encuentran a menudo para profesar pública y libremente sus propias convicciones religiosas.

Entre las primeras postales navideñas que recibí estaba una de un conocido político español, ilustrada con la imagen de un niño ante la esfera del planeta Tierra, en la que se hacían votos por la «construcción de una ética de la paz». Con todo el cariño del mundo, le felicité las Navidades, enviándole una postal en la que copiaba la siguiente cita de Benedicto XVI, tomada del discurso que dirigió el 9 de noviembre pa-

sado a los obispos suizos en *visita ad limina*: «Sólo si se respeta la vida humana desde la concepción hasta la muerte es posible y creíble la ética de la paz; sólo entonces la no violencia puede expresarse en todas las direcciones; sólo entonces respetamos verdaderamente la creación; y sólo entonces se puede llegar a la verdadera justicia».

Con mis mejores deseos de paz.

¡Feliz Año Nuevo 2007 para todos!

¡¡¡OOOOH!!!

Diario Palentino, 25 de diciembre de 2006

Insistamos una vez más: la imagen del niño débil acostado en un pesebre no es un mero signo de ternura, sino que es también una invitación a poner en práctica la doctrina exigente de Cristo: «Si no cambiáis y os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos» (Mt 18, 3).

Pero, de entrada, el problema lo tenemos en el «cómo». ¿Cómo hacernos niños? Más aún, ¿a qué se refería el Señor cuando nos pidió, y hasta nos mandó «ser como niños»? De sobra sabemos que los niños tienen también muchos defectos, que deben ser corregidos con esfuerzo y perseverancia. ¿De qué se trata entonces?

Los niños se abren a la vida, a modo de exploradores del universo que les rodea. El conocimiento de su entorno es proporcional a su capacidad de admiración. ¡¡Conocer es tanto como descubrir!! La realidad resulta para ellos sorprendente, impactante, impresionante, prodigiosa... En su sencillez, están muy cerca de entender que la existencia es un milagro, y que el mundo no es sino un regalo del Creador.

Los corazones envejecidos, sin embargo, suponen que lo saben todo. No se sienten deudores de la realidad que les rodea. Su propia vida les aburre y, de forma indisimulada, bostezan ante una existencia que les resulta anodina. Definitivamente, han perdido la capacidad de admiración ante la belleza en la que están inmersos.

Permítaseme traer aquí un fragmento de la canción italiana de Giuseppe Povia, «Quando i bambini fanno oh»:

... Cada cosa es nueva, es una sorpresa.
Incluso cuando llueve, los niños
dicen ¡ooooh!, mira la lluvia.

Cuando los niños dicen ¡ooooh!
¡qué maravilla, qué maravilla!
Pero yo, mira, ¡qué bobo!,
yo en cambio me avergüenzo
porque no sé ya decir ¡ooooh!
Ya no sé columpiarme
ni hacer un collar con un hilo de lana.

Los cretinos dicen ¡bah!
y todo sigue igual.
Pero yo quiero volver a decir ¡oooooh!
porque los niños no tienen pelos
ni en la panza ni en la lengua.

No quisiera mostrarme ingenuo ni romántico. ¡También los niños pueden tener un corazón envejecido! A muchos de ellos se les ha sustituido la ventana de su dormitorio por la pantalla televisiva, la videoconsola o el ordenador. Su contacto con la realidad es, básicamente, virtual. Su horizonte es muy limitado, hasta el punto de que se circunscribe a la tiranía de sus caprichos...

Pero también es de justicia recordar que hay muchísimos ancianos con corazón de niño. ¡Bien lo pudimos comprobar con Juan Pablo II! Todo le interesaba como a los niños: lo grande y lo pequeño, lo lejano y lo cercano... Corazón de niño que, por mucho que se debilitaba, no mermaba en sus ilusiones y en su lucha por un mundo nuevo. La experiencia del mal y del propio pecado no consigue mermar la esperanza de la santidad en quien tiene corazón de niño.

«Nacer de nuevo» es poner por obra la principal de las bienaventuranzas: la pobreza de espíritu. Y no pensemos que estamos hablando de clases sociales. Pobres de espíritu fueron los Magos llegados de Oriente, al mismo tiempo que aquellos pastores que dormían al raso. Sin embargo, el resto de los habitantes de Belén fueron incapaces de «maravillarse» por cuanto tan cerca de ellos sucedía. Tuvieron miedo, tal vez, de rezar con palabras similares a las de Unamuno:

Agranda la puerta, Padre,
porque no puedo pasar,
la hiciste para los niños,
yo he crecido a mi pesar.

Si no me agrandas la puerta,
achícame por piedad.
Vuélveme a la edad aquella,
que vivir era soñar.

Es importante que sepamos beber de las fuentes que alimentan nuestros ideales; y por ello, me tomo la libertad de haceros una propuesta concreta para vuestro regalo de Reyes. Una película que no debería faltar en nuestra videoteca es *Crónicas de Narnia*. Se trata de una novela de C. S. Lewis trasladada al cine, en la que bajo el género de fábula, se representa el misterio de la Navidad. Una obra dirigida a los niños, con la esperanza de que los mayores seamos capaces de recibirla. Ya se sabe... «¡se lo digo a los niños, para que se enteren los mayores!».

Me queda la duda de si todas las referencias teológicas que, bajo la ficción literaria, se contienen en esta película, son percibidas por el espectador. No dudo de que la alegoría y la fábula sean adecuadas para la pedagogía del Evangelio, pero es cierto también, que la ignorancia religiosa del momento actual es inmensa y puede incapacitar a no pocos, para captar las continuas evocaciones e insinuaciones de la obra de Lewis. Por eso, sugiero una ayuda didáctica para una comprensión detallada de la película, que podréis encontrar en *www.diocesispalencia.org/libros.htm*

¿Cómo superaremos nuestra indiferencia y nuestra autosuficiencia? Ciertamente, hay un método infalible: contemplemos al Niño nacido en el pesebre. Cuando descubramos en Él al Verbo hecho carne, desearemos con toda el alma nacer a una vida nueva. Entonces estaremos cerca de la deseada meta: ser como niños ante Dios.

LA NAVIDAD SECUESTRADA
Diario Palentino, 17 de diciembre de 2006

No se trata de ninguna exageración. El verdadero significado de la Navidad es ya desconocido para un sector muy importante de nuestra población. La Navidad permanece secuestrada por esa alianza existente entre consumismo y cultura secularizada e intrascendente. En la audiencia papal del 21 de diciembre del año pasado, Benedicto XVI, hacía el siguiente llamamiento: «mientras una cierta cultura moderna y consumista intenta hacer desaparecer los símbolos cristianos de la celebración de la Navidad, asumamos todos el compromiso de comprender el valor de las tradiciones navideñas, que forman parte del patrimonio de nuestra fe y de nuestra cultura, para transmitirlas a las nuevas generaciones».

Uno de los principales símbolos religiosos navideños es la luz. Las velas de las iglesias, las luces del Nacimiento, del árbol de Navidad y de las calles, evocan otra Luz, que sólo la fe puede contemplar. El Papa aprovechó la referida catequesis para ahondar en el significado de la luz:

> La fiesta de Navidad coincide, en nuestro hemisferio, con la época del año en que el sol termina su parábola descendente y empieza la fase en la que se amplía gradualmente el tiempo de luz diurna, según el recorrido sucesivo de las estaciones. Esto nos ayuda a comprender mejor el tema de la luz que prevalece sobre las tinieblas. Es un símbolo que evoca una realidad que afecta a lo íntimo del hombre: me refiero a la luz del bien que vence al mal, del amor que supera al odio, de la vida que vence a la muerte. Navidad hace pensar en esta luz interior, en la luz divina, que nos vuelve a presentar el anuncio de la victoria definitiva del amor de Dios sobre el pecado y la muerte...

La secularización de la Navidad tiene también un importante aliado en el olvido del sentido religioso del tiempo y en la consecuente paganización de la celebración del inicio del año. Sin embargo, por mucho que nos empeñemos en negar las raíces cristianas de nuestra cultura, cada vez que fechamos una carta, cada vez que comemos las uvas al son de las campanadas, estamos reconociendo implícita —ojalá explícitamente—, que el nacimiento de Jesucristo es el acontecimiento central de la humanidad, a partir del cual dividimos la historia en un «antes de» y un «después de».

La cuestión clave es que el calendario asume el «concepto» de que el tiempo se cuenta en referencia al nacimiento de Cristo. El tiempo no se mide en base a un criterio convencional numérico, ni astrológico, sino histórico-teológico. En el fondo, hay dos concepciones irreconciliables de la historia. La primera la entiende como una dialéctica en la que al hombre sólo le cabe buscar en sí mismo su propia realización. La segunda percibe en la construcción de la ciudad terrena la antesala de un destino eterno; hasta el punto de que sólo desde éste, a la luz de Dios, cabe descubrir el sentido definitivo de la historia humana.

La afirmación cristiana de que Dios ha asumido nuestra naturaleza humana, adentrándose en nuestras coordenadas de espacio y tiempo, supone que en adelante la historia del hombre es también historia de Dios, y que la historia de Dios comienza a ser historia del hombre. Todo lo auténticamente humano interesa a Dios, y, a su vez, todo lo divino concierne también al hombre. Antes de Cristo, aún sin conocerle, la historia le estaba esperando. El hombre buscaba una plenitud que era incapaz de darse a sí mismo. El inicio de un nuevo año, 2007 en este caso, será una manifestación, una vez más, de la continua presencia viva y salvífica de Jesús en el tiempo y el espacio. Él es el centro del universo y de la historia.

Y aún tenemos que dar un paso más, para extraer las consecuencias debidas de las «formas» y «maneras» en las que tuvo lugar la encarnación y nacimiento del Hijo de Dios en Nazaret y Belén. La imagen del niño débil no es un mero signo de ternura, es también una invitación a poner en práctica la doctrina de Cristo: «Si no cambiáis y os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos» (Mt 18, 3); «¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo? ¿Puede acaso entrar otra vez en el seno de su madre y nacer? Respondió Jesús: En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu» (Jn 3, 4-6).

Dicho de otra forma, los signos de la Navidad, no esconden sólo hermosas evocaciones místicas, sino que son una llamada muy concreta a la conversión personal, al arrepentimiento de nuestros pecados, al abajamiento del orgullo para acceder a la fe, al cultivo de la «pobreza de espíritu», al desprendimiento generoso de nuestras riquezas para poder así reconocer los signos pobres con los que los ángeles anuncian al recién nacido: «...y esto os servirá de señal: en-

contraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre» (Lc 2, 12).

¡Feliz Navidad y próspero Año Nuevo!... os desea vuestro pastor.

EL LAICISMO QUE VIENE (CÓMO CAMBIAR EL AGUA DE LA PECERA SIN QUE SE ENTEREN LOS PECES)

Diario Palentino, 10 de diciembre de 2006

Vaya por delante que la reciente Instrucción de la Conferencia Episcopal «Orientaciones morales ante la situación actual de España», no ha pretendido hacer un juicio moral sobre el marco constitucional español. Dejando a un lado las deficiencias y las carencias que la Constitución Española pueda tener, el documento episcopal parte de la aceptación de la Constitución de 1978, como el marco que los españoles eligieron democráticamente. Hablando de la transición española, el documento afirma:

> Perdón, reconciliación, paz y convivencia fueron los grandes valores morales que la Iglesia proclamó y que la mayoría de los católicos y de los españoles en general vivieron intensamente en aquellos momentos. Sobre el trasfondo espiritual de la reconciliación fue posible la Constitución de 1978, basada en el consenso de todas las fuerzas políticas, que ha propiciado treinta años de estabilidad y prosperidad...

Pero, sería ingenuo pensar que todo haya sido color de rosa. Ha habido y, sigue habiendo, dramas terribles, como es el hecho de que el texto constitucional no haya sido capaz de garantizar en la práctica, el derecho a la vida de los más de 80.000 españoles que anualmente son asesinados en el seno de sus madres. La Constitución tiene muchas deficiencias desde el punto de la moral católica, lo cual no obsta para que los católicos acatemos el orden legal y colaboremos en la construcción de una sociedad más justa bajo este marco constitucional.

Pero, en nuestros días, estamos asistiendo a un proceso muy grave de manipulación de la letra y del espíritu del texto constitucional. Se nos quiere confundir diciendo una y mil veces que la Constitución española es laica. A base de repetir esta falsedad, por activa y pasiva, terminan por engañar a una parte importante de la población. Lo cierto es que la Constitución española es aconfesional, que no es lo mismo, ni tan siquiera parecido.

La Constitución francesa, por ejemplo, sí es laica. Y como consecuencia de ello, la religión no tiene cabida en las escuelas, las manifestaciones religiosas son censuradas en gran medida en el ámbito público, etc. No es nuestro caso. Nuestra Constitución es aconfesional, lo cual quiere decir que el Estado español valora positivamente la presencia del hecho religioso en el ámbito público, sin que tenga por ello que hacer suya una confesión religiosa determinada. Añadamos a lo anterior que nuestro texto constitucional vigente hace mención expresa de la fe católica, como aquella que ha forjado la historia e identidad cultural de este pueblo.

No podemos permitir que nos den gato por liebre. Los que pretendan introducir en España una legislación laicista, que sepan que tendrán que modificar para ello la Carta Magna. De lo contrario, estarán pretendiendo cambiar el agua de nuestra pecera, sin pedirnos permiso.

¡Cómo les gustaría a algunos suprimir del texto constitucional el artículo referente a que, son los padres los que tienen el derecho a educar a sus hijos conforme a sus principios! Por desgracia, todo hace presagiar que la asignatura de Educación para la Ciudadanía va a provocar el enfrentamiento entre quienes pretenden hacer de la laicidad una especie de «religión estatal» y quienes entendemos que el Estado no es quién para transmitir contenidos morales contrarios al sentimiento religioso de los padres. El Estado no es el educador de nuestros hijos, sino que debe limitarse a colaborar subsidiariamente con los padres en la educación moral de sus hijos. Son dos concepciones diametralmente opuestas. Cuando los laicistas afirman que la asignatura de Educación para la Ciudadanía se dispone a «formar las conciencias en un mínimo común ético», tenemos sobradas razones para echarnos a temblar, porque está más que demostrado que es imposible consensuar ese «mínimo común ético» con quien ha hecho una bandera, del rechazo de las raíces cristianas de la cultura española.

Y para muestra, un botón, como dice el refrán. El manifiesto publicado en Málaga por la dirección del partido en el Gobierno de la Na-

ción, en vísperas del día 6 de diciembre, no deja lugar a muchas dudas. Copiamos uno de sus párrafos:

> Los fundamentalismos monoteístas o religiosos siembran fronteras entre los ciudadanos. La laicidad es el espacio de Integración. Sin laicidad no habría nuevos derechos de ciudadanía, serían delitos civiles algunas libertades como la interrupción voluntaria del embarazo, el matrimonio entre personas del mismo sexo, y dejarían de ser delitos el maltrato a la mujer, la ablación o la discriminación por razón de sexo. Sin laicidad sería difícil evitar la proliferación de conductas nada acordes con la formación de conciencias libres y críticas y con el cultivo de las virtudes cívicas.

Después de escuchar una descripción tan agresiva hacia «los monoteísmos que siembran fronteras», y tan benévola hacia el laicismo que «crea espacios de integración», sólo nos queda decir que la objeción de conciencia es el último recurso de quien se ve avasallado en sus principios.

Este manifiesto laicista hecho público el día 4 de diciembre, bajo el nombre de «Constitución, laicidad y Educación para la Ciudadanía», entre otras cosas, es incompatible con el discurso de la llamada Alianza de Civilizaciones. Como acertadamente puntualizaba el presidente de *e-cristians,* lo que no es de recibo es que el Presidente del Gobierno Español elogie «el hecho religioso» durante el discurso que pronunció hace más de tres semanas en Turquía, y ahora suscriba este manifiesto antirreligioso en España. «No puede ser que el islam sea positivo en Turquía y el catolicismo no lo sea en España».

Los católicos creemos que el relativismo no puede ser el fundamento de la democracia, como pretende serlo, de hecho, el laicismo. Si no hay una verdad última que guíe la actividad política, entonces las ideas y las convicciones son fácilmente manipuladas por razones de poder. Como la historia ha demostrado sobradamente, una democracia sustentada en el agnosticismo y en el relativismo deriva muy fácilmente en un totalitarismo abierto o encubierto.

DAME PACIENCIA, ¡PERO DÁMELA YA!
El Norte de Castilla, 2 de diciembre de 2006

La expectación tan grande suscitada por el film *El gran silencio*, se explica principalmente porque su mensaje resulta impactante, en contraste con la ansiedad e impaciencia de nuestros días. Uno de los males que mejor definen nuestra cultura actual, y que más sufrimientos nos acarrea, es la esclavitud del «ahora mismo» y la dificultad que tenemos para trazarnos metas a largo plazo. Con la sorna que les caracteriza, Les Luthiers ironizaban en una de sus actuaciones humorísticas: «Dios mío, dame paciencia, ¡pero dámela ya!».

Nos quejamos de la inconstancia de nuestros niños, a quienes vemos pasar de la ilusión ansiosa al hastío, sin solución de continuidad y en un cortísimo espacio de tiempo; Sin embargo, los adultos tropezamos en la misma piedra. Lo delatan los eslóganes publicitarios, que son fiel reflejo de la ansiedad a la que responden y que al mismo tiempo generan: «Aprenda inglés en 6 meses». «Adelgace 10 kilos en 2 semanas»... No soportamos que la realidad no se amolde a nuestro deseo, y necesitamos cambiarla cuanto antes y a toda costa.

En la vida pública se pueden tomar decisiones que, lejos de buscar el bien común o de tutelar un bien moral, responden a esta misma lógica ansiosa. Por ejemplo, la reciente reforma de la ley del divorcio se ha caracterizado por suprimir cualquier cautela de reflexión que protegiese el vínculo matrimonial. Por una parte, se suprimió el trámite de la separación para llegar al divorcio; y por otra, se eliminó la necesidad de alegar una causa objetiva, que justifique la solicitud del divorcio.

Otro ejemplo bien sencillo lo tenemos en la ausencia de cautelas para la protección de la vida. Los grupos Provida consiguieron introducir, en algunos estados norteamericanos, una sencilla «reserva de prudencia», consistente en exigir una dilación de una o dos semanas desde que la mujer gestante solicita el aborto, hasta que se ejecuta. ¡Los resultados son sorprendentes! Esa simple medida ha logrado salvar decenas de miles de vidas, ya que un período de espera y posible reflexión de tan solo ocho días, puede madurar y replantear muchas decisiones.

En el ámbito de nuestras relaciones personales, nos enfrentamos al mismo problema: la impaciencia es la tumba de muchas amistades, así como una causa muy destacada en el distanciamiento en las relaciones

familiares. La incapacidad de aguantar con paciencia los defectos del prójimo no es más que un reflejo de la inestabilidad personal.

Recientemente, en la Carta Pastoral dirigida a los jóvenes, y en referencia al aumento en el consumo de drogas, he tenido también ocasión de subrayar cómo la droga de nuestros días tiene la característica de estar ligada a una vivencia ansiosa del ocio. La noche del viernes se ha convertido en el sueño impaciente de quienes suspiran por verse liberados de la rutina diaria. En ese contexto, la droga se impone como un recurso para exprimir unas horas de ocio que corren y se escapan de forma implacable.

Podríamos continuar con un sinfín de ejemplos que reflejan la incidencia de la impaciencia en nuestra vida personal, familiar y social. Por ejemplo, la falta de espacio y de tiempo en la relación entre los padres e hijos para escucharse y comprenderse, la falta de autocontrol que se genera con la utilización ansiosa de las tecnologías de telecomunicación actuales... Pero de poco serviría ahondar en la herida sin apuntar al mismo tiempo la terapia.

La película a la que me he referido, *El gran silencio*, tiene la virtud de no centrarse tanto en denunciar nuestra impaciencia, cuanto en lograr que nos asomemos a la fuente de la paciencia de la que beben los monjes cartujos de Grenoble, protagonistas del film.

¿Dónde está el secreto de esa serenidad cristiana? O, dicho de otro modo, ¿cuál es la razón última de la virtud de la paciencia? Nos la describe magistralmente Santa Teresa de Jesús, cumbre de la mística española, en su célebre poesía: «Nada te turbe, nada te espante, todo se pasa, Dios no se muda, la paciencia todo lo alcanza, quien a Dios tiene nada le falta. Sólo Dios basta».

De aquí, lógicamente, se derivan consecuencias en nuestro obrar. La máxima que San Ignacio de Loyola propone en sus Ejercicios Espirituales, resuena en nuestros días como una sobredosis de sensatez: «En tiempos de turbación no hagas mudanza». Verdaderamente, es un consejo de sentido común, pero que, sin embargo, cada vez resulta más costoso, habida cuenta de que nos estamos habituando a tomar decisiones sin el debido discernimiento, al dictado de la angustia, y huyendo de nuestras frustraciones.

Sin necesidad de acudir a las producciones cinematográficas, el beato Rafael Arnáiz, cuya tumba es venerada en nuestra Trapa de Dueñas, nos trasmite esta misma sabiduría: «Toda ciencia consiste en saber esperar». Sus escritos y sus cartas, auténtica joya de la espiritualidad, de-

jan al descubierto la falsedad del refrán «El que espera, desespera». Más bien, deberíamos reformular este dicho de otro modo: «El que no sabe esperar, se desespera». Los cristianos creemos que nuestra historia es fruto de la inserción de la eternidad en el tiempo. Tiempo que está abierto a la eternidad.

TRES PELIGROS DEL MOMENTO PRESENTE
Diario Palentino, 8 de diciembre de 2006

La reciente Instrucción Pastoral «Orientaciones morales ante la situación actual de España», aprobada el día 23 de noviembre en la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal, nos ofrece una reflexión moral demasiado profunda y densa como para poder asimilarla en una primera lectura. Por ello, conviene que vayamos desgranando sus contenidos, de forma que nos dejemos iluminar por esta palabra profética. En concreto, en esta ocasión nos fijamos en los tres peligros que se nos señalan, como posibles reacciones incorrectas que el católico puede adoptar ante la crisis actual (nn. 23-26).

Desesperanza

El momento de fuerte crisis de valores cristianos en medio del cual estamos puede hacernos caer en la tentación de pensar que «esto está acabado», «somos los últimos de Filipinas», «cualquier tiempo pasado fue mejor»... Pero, por mucho que la desesperanza se disfrace de «crudo realismo», no deja de ser una tentación. La desesperanza se queja mucho de los males morales, pero hace muy poco por cambiarlos. Más aún, es frecuente que el estado de «quemazón interior» al que nos conduce desemboque en una relajación moral de nuestra propia vida: «Total, si todo está ya perdido, ¡qué más dará que yo mismo me tome ciertas licencias...!»

Frente a esta tentación, hemos de recordarnos una y otra vez que la situación de crisis que padecemos, está en todo momento dentro de los

planes providenciales de Dios. Dios es providente hasta el punto de que se sirve de los males morales que nos rodean, para purificarnos y hacernos más humildes.

Estos tiempos recios para el cristiano nos traen a la memoria que la cruz forma parte del camino evangélico. ¡Desconfiemos de los planteamientos de vida demasiado fáciles y triunfalistas! Ciertamente, la solución a la desesperanza no es la presunción, —que es su pecado contrario—, sino la humildad.

Enfrentamiento

Otro peligro que puede presentarse es que lleguemos a la falsa conclusión de que la vida cristiana es imposible en una sociedad democrática. No es así. Sería equivocado pensar que la culpa de los males morales está en el régimen de libertad en el que vivimos.

El cristiano debe ser capaz de luchar denodadamente por el bien común, respetando, al mismo tiempo, al prójimo que se opone a la construcción del Reino de Dios. El respeto al prójimo que yerra, al igual que la lucha por el bien común, tiene también fundamentos morales cristianos.

Sometimiento

Finalmente, creo que este tercer peligro es el más incisivo en nuestros días. El principal peligro de los cristianos, en el momento presente, consiste en acomplejarse ante este mundo en crisis. Se cree, equivocadamente, que para poder convivir e integrarse en la sociedad de hoy es necesario renunciar a la pureza de nuestros ideales cristianos. Con la excusa de que hay que adaptarse al momento presente, se diluye lo genuino del Evangelio en el ambiente secularizado. En vez de cristianizar el mundo se cae en la tentación de mundanizar el cristianismo.

La conclusión de este análisis, que se nos ofrece en la Instrucción Pastoral a la que nos referimos, es bien clara: Ni desesperanza, ni enfrentamiento, ni sometimiento. Por el contrario, en continua vigilancia contra estos tres peligros, la actitud cristiana, bien puede resumirse en sus antónimos:

• Esperanza confiada, porque Cristo es Rey y Señor del universo y de la historia, y la conduce hacia puerto seguro. Cada vez que temblamos al ver cómo nuestra barquichuela es zarandeada por vientos y olas contrarios, el Espíritu nos recuerda aquella reprensión cariñosa del Señor: «Hombres de poca fe, ¿por qué habéis dudado?... ¿No sabías que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo?» (cf. Mt 8, 26 y Mt 28, 20).

• Espíritu pacífico y paciente, porque no podemos olvidar cómo el Señor reprendió a Santiago y a Juan cuando, al verse rechazados, reaccionaron con desaire: «Al verlo sus discípulos Santiago y Juan, dijeron: "Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y los consuma?" Pero volviéndose, les reprendió; y se fueron a otro pueblo» (Lc 9, 54).

• Fidelidad a Cristo y a su Iglesia, porque sabemos que el bien moral no podemos descubrirlo ni abrazarlo, si al mismo tiempo pretendemos obtener la complacencia de este mundo. El Evangelio es muy realista cuando nos advierte de que «nadie puede servir a dos señores» (Mt 6, 24). Frente al sometimiento complaciente, no hay más respuesta coherente que la fidelidad. El documento episcopal nos anima a ello de forma contundente: «Dios nos está pidiendo a los católicos un esfuerzo de autenticidad y fidelidad para poder ofrecer de manera convincente a nuestros conciudadanos los mismos dones que nosotros hemos recibido, sin disimulos ni deformaciones, sin disentimientos ni concesiones, que oscurecerían el esplendor de la Verdad de Dios».

PRINCIPIO ANTRÓPICO

Diario Palentino, 26 de noviembre de 2006

Cuando el hombre contempla con los medios científicos actuales la grandeza del universo, se siente abrumado. La Tierra es uno de los nueve planetas alrededor de la estrella Sol. Por su parte, el Sol es una de las cien mil millones de estrellas que forman la Vía Láctea. Y, por último, al alcance de nuestros telescopios hay unas cien mil millones de «Vías Lácteas».

Sabemos hoy que esta inmensidad del universo está todavía en expansión. Hace 15.000 millones de años toda la masa del universo estaba en un único punto, tal vez más pequeño que un átomo; de forma que tuvo lugar una tremenda explosión desde la que se ha formado el universo. Esta teoría del Bing-Bang, ya no es discutida por nadie. Se considera suficientemente probada. También sabemos que por mucho que el universo sea inmenso, es finito, y que terminará siendo una gran burbuja de vacío, oscuridad y frío, ya que todas las estrellas terminarán por apagarse.

Pero más allá de los fríos datos científicos, nos plateamos legítimamente la pregunta por el sentido del universo. Algo así ocurre cuando el arqueólogo encuentra en una tumba antigua un artefacto desconocido. No le basta con que el estudio químico le explique sus componentes, o el físico le defina su masa, densidad o dureza; sino que inevitablemente se preguntará el «para qué» de ese artefacto. Y bien, ¿qué sentido tiene el universo? ¿Para qué existe algo tan grandioso que luego termina en nada? ¿Cuál es su finalidad? Sin duda alguna la fe nos da respuesta a estas preguntas, pero la ciencia también nos presta una gran ayuda para contestarlas, en base al conocido como «principio antrópico».

La palabra «antrópico», viene de la palabra griega *anthropos*, que significa «ser humano». Y el principio antrópico viene a responder a la pregunta sobre la relación que hay entre la enormidad del universo y nuestra existencia. Y lo que afirma es que, por los datos y cálculos de la física, la conclusión más lógica es que «hay universo para que se dé la existencia humana». Cualquier cambio en los parámetros de la materia o de las condiciones iniciales y desarrollo de la evolución hubiese tenido como consecuencia que no hubiera habido vida humana.

Hubo un momento en el que estuvo de moda afirmar en los ambientes científicos que el hombre es una partícula de polvo sin importancia alguna en el universo. Sin embargo, como decía Louis Pasteur: «Un poco de ciencia aleja de Dios, pero mucha ciencia devuelve a Él»; y en el momento presente una buena parte de la clase científica se maravilla al comprobar que todo parece estar pensado para que la vida humana haya sido posible en la evolución.

Manuel Carreira, doctor en Ciencias físicas, teología, filosofía y reputado astrofísico, señala que si la masa del universo en vez de ser 10^{56} hubiese sido 10^{57} o 10^{55} las consecuencias hubiesen hecho imposible la vida humana. Y si la relación entre la carga positiva y negativa del protón y el electrón fuese distinta a la que es, es decir, si el protón no fuese 1.836 veces más pesado que el electrón, entonces no estaríamos aquí.

Y si la interacción de las fuerzas electromagnéticas y las gravitatorias fuese distinta a la actual, es decir, si dejase de ser la electromagnética 10^{40} mayor que la gravitatoria, entonces también dejaríamos de existir. Y si el Sol fuese un 10% mayor o menor de lo que es, no estaríamos aquí. Ni tampoco sería posible la vida human si la Tierra estuviese un 10% más cerca o lejos del Sol, o si la Luna no estuviese en torno a la Tierra a la distancia y con la masa con la que está.

Por limitarnos a un ejemplo concreto, la incidencia del planeta Luna en la vida humana es del todo fundamental, ya que sin ella, la Tierra giraría mucho más rápido sobre sí misma, y se originarían unos vientos huracanados que harían imposible la vida humana. La gravedad de la Luna sobre la Tierra provoca que el eje de giro de la Tierra no sea perpendicular al plano de su órbita, lo que provoca las cuatro estaciones —primavera, verano, otoño e invierno— con la consiguiente renovación de la naturaleza, y se distribuye el calor del sol de una forma mucho más uniforme en toda la superficie terrestre. Si no existiese la Luna, y la Tierra tuviese en consecuencia el giro vertical, habría una franja central abrasada de calor y dos franjas extremas heladas impracticables para la vida humana; lo cual sería incompatible con la evolución vital. Sin embargo, la Luna actúa como balancín, y mantiene la inclinación del eje de la Tierra a 23,5 grados, justo lo necesario para que las condiciones de vida sean posibles.

Es decir, el mundo ha sido creado con un ajuste finísimo en sus parámetros, hasta el decimal 50 de algunas de las constantes que definen las propiedades de la materia, para que haya sido posible que en la Tierra haya aparecido la vida inteligente. Einstein afirmaba en los últimos días de su vida, que para él la gran pregunta era si el Creador tuvo alternativas cuando creó el mundo, o si una vez que tomó la decisión de crearlo, tuvo que hacerlo exactamente como lo ha hecho, para que la vida humana fuese posible.

Desde el punto de vista de la fe, el principio antrópico se entiende a la perfección. El hombre es la cumbre de la creación; todo el universo fue creado a su servicio. Y cuando la evolución alcanzó el grado de desarrollo necesario, Dios sopló el aliento de vida, es decir, creo e infundió el alma espiritual para que podamos ser lo que somos: personas humanas con la dignidad de ser imagen y semejanza de Dios.

MANDA EL PORRO A LA PORRA
16 de noviembre de 2006

El título de esta carta no es invento mío, no pretendo ser original. Lo escuché por primera vez en el estribillo de una canción cristiana. Me llamó la atención porque es una expresión un tanto provocativa, que bien puede darnos pie para abordar el problema moral de la relación de los jóvenes con las drogas. Poco importa que sea botellón, porros, rayas, pastillas, etc. Ya te imaginas de lo que quiero hablarte.

Con frecuencia, dentro de la Iglesia, hablamos de vosotros los jóvenes y de vuestros problemas. Sois objeto de esperanza y de preocupación para muchos de nosotros. Pero quizás nos falta hablar directamente con vosotros. El caso es que esta carta ha caído en tus manos de una forma u otra... El caso es que tú tienes fe, o la has tenido, o no sabes muy bien si la tienes o no... El caso es que has consumido drogas alguna vez, o al menos te lo han propuesto, o ¡quién sabe! si eres consumidor esporádico o habitual... De lo que sí estoy seguro es de que has visto las drogas de cerca y de que tienes conocidos que las consumen.

¿No hay problema?

No es cuestión de mirar para otro lado o de meter la cabeza debajo del ala. Aquí hay un problema muy gordo. En el mes de septiembre de 2006 se dio a conocer el dato de que España es el país europeo que lidera el *ranking* de consumo de drogas. En los últimos diez años el consumo de cocaína se ha multiplicado por cuatro y el de cannabis se ha duplicado. Por si fuera poco, la edad de inicio en la droga es cada vez más temprana.

Los problemas originados son fuertes y de muchos tipos: psiquiátricos (esquizofrenias, psicosis, depresiones...), psicológicos (desinhibición, falta de reflejos...), físicos (apetito desmedido, propensión a ataques de corazón, problemas respiratorios...), familiares, afectivos, laborales, escolares, de amistades, etc.

Pero, desde mi punto de vista, el prisma principal desde el que debe ser abordado el consumo de las drogas es el moral. A mí no me gustaría que un joven decidiese dejar las drogas, presionado solamente por motivos médicos, laborales, policiales, familiares, etc. Todas esas cosas, aun siendo importantísimas, son externas, y no servirían de mucho si no

descubrimos el «bien moral», como la razón principal de nuestras decisiones. Imagino que te preguntarás qué es el bien moral... Ten un poco de paciencia e intentaremos explicarlo.

No estamos ante la droga de la curiosidad

Los comienzos de la droga pudieron ser achacables a la curiosidad por lo desconocido, al morbo de lo prohibido, etc. Hoy en día, sin embargo, no creo que nadie entre en el mundo de la drogas por «desinformación» o por mera «curiosidad». A los niños, desde pequeños, se les habla del tema y, según van creciendo, ven a su alrededor, con sus propios ojos, las desastrosas consecuencias que acarrea. Sin embargo, la mera información, por sí misma, no ha sido capaz de detener esta «epidemia».

Tampoco estamos hoy ante la droga de la rebeldía

Hubo un tiempo en el que la droga pudo verse acompañada de connotaciones contestatarias. Era la droga de la rebeldía y la insumisión, con especial incidencia en el mundo hippie y en otros movimientos radicales. Han pasado esos tiempos. Hoy en día fumarse un porro, lejos de ser un signo de rebeldía, es signo de integración y sumisión a la cultura dominante.

El problema que hoy se plantea es muy distinto al de la lucha rebelde por la libertad que en un tiempo movió masas. Ya tenemos la libertad, y ahora, ¿qué hacemos con ella?

Droga de la «falta de sentido»

La droga de nuestros días se impone por defecto, quiero decir, por falta de ideales firmes y trascendentes. Es como si el organismo estuviese bajo de defensas, y entonces coge fácilmente cualquier virus que ande por ahí suelto. Nos falta afirmarnos en el sentido de nuestra existencia, caer en la cuenta de que nuestra vida responde a una vocación.

Ésta es la cuestión clave: la cuestión del sentido. ¿Para qué tantos sacrificios, metas, obstáculos, agobios? Difícilmente se le puede pedir

a alguien que se sacrifique en el día a día si no le ha sido mostrado el sentido de su existencia. Solamente cuando descubrimos que venimos del amor y que volvemos a él, venciendo el sufrimiento y la muerte, es cuando podemos dar lo mejor de nosotros mismos.

Los cristianos hemos descubierto en Jesucristo la «clave del sentido» de la existencia, y es la que te proponemos. Éste es el bien moral del hombre: descubrir su vocación al amor y entregarse a ella. Como comprenderás, las drogas no tienen sitio en esta perspectiva.

Existe la tentación. La carne es débil

Pero, con lo anterior, no quiero decirte que aquí lo importante sea tener las ideas claras, y que con eso ya esté todo solucionado. Por desgracia, las cosas no son tan sencillas. Nuestros ideales conviven con nuestras debilidades. Jesucristo mismo dijo: «El espíritu es fuerte, pero la carne es débil» (Mt 26, 41). De lo cual se deduce que hemos de disponernos a la batalla espiritual. El que no lucha, sucumbe espiritualmente. Eso es seguro.

Se nos dice engañosamente que «hay que ser espontáneos, dejarse llevar por los propios impulsos...», olvidando que existe dentro de cada uno de nosotros una tendencia espontánea al egoísmo, reforzada por los vicios que hemos ido adquiriendo a lo largo de nuestra vida. El principal enemigo lo tenemos en nosotros mismos. Quien abre los ojos a esa realidad está en una situación privilegiada para orientar la batalla de su vida. No podemos identificar «deseo» y «voluntad». Sería un error gravísimo de nefastas consecuencias. Es imprescindible ejercitarse en negarnos a nosotros mismos determinados «deseos», si no queremos padecer la tiranía de nuestro propio capricho.

Yo, personalmente, no conozco a nadie que se haya iniciado en las drogas tras una decisión madura y libre. Más bien, he escuchado expresiones como las siguientes: «empiezas a lo tonto», «para cuando quieres darte cuenta...», etc. En el mundo de las drogas no te conduces, sino que eres arrastrado.

Los cristianos comprendemos todavía mejor lo dicho hasta aquí porque la Biblia nos descubre la existencia y el influjo en nosotros de un pecado original que nos arrastra al mal. A esto se añade la tentación de Satanás y sus ángeles caídos. Jesús experimentó las tentaciones y nos enseñó a enfrentarnos a ellas con decisión (Mt 4).

¿En medio del fuego y sin quemarse?

Una tentación, y no pequeña, es la tendencia a complacer al mundo que nos rodea. Suele ocurrir, curiosamente, que el mismo joven que tiende a ser un inconformista en el seno familiar, sin embargo, luego pase a ser complaciente, a ser un «enrollado» en la calle. Te propongo para tu meditación este pensamiento que recientemente leía en un libro: «Quien no esté dispuesto a dar la espalda al mundo, se llevará la sorpresa de que en poco tiempo el mundo le dará la espalda a él».

Aunque nos suela humillar el reconocerlo, el entorno nos influye bastante más de lo que suponemos. El ambiente «nos hace», de la misma forma que nosotros hacemos el ambiente. No es prudente suponer que vayamos a estar habitualmente en medio del fuego sin quemarnos.

Como cristianos debemos acercarnos al necesitado. ¡Y quién más necesitado que el que padece la esclavitud de las drogas! Pero no nos engañemos; ese acercamiento conviene que lo busquemos en la intimidad del encuentro personal. ¿No te ha ocurrido algún fin de semana que te hayas sentido fuera de lugar por verte en medio de un ambiente en el que todos están «morados»? Difícilmente podrá ser ese el momento para forjar amistades sinceras o para ayudar a alguien.

La caridad cristiana nos impulsa a hacernos presentes o a ausentarnos, discerniendo cuándo nuestra presencia ayuda de forma eficaz, o, cuándo, por el contrario, va a resultar un comodín para «normalizar» comportamientos anormales. Cuando se nos pide que seamos «tolerantes» con los compañeros que se drogan, tengamos cuidado de no confundir las cosas: lo que no podemos es ser convidados de piedra, permaneciendo en silencio, indiferentes ante la autodestrucción de nuestros propios amigos.

Ocio y drogas

Una de las características principales de la droga en nuestros días es su estrecha relación con la cultura del ocio. El consumo de determinadas drogas está cuasi indisolublemente unido a algunas fiestas, conciertos, etc.

Hay un dato que es bastante claro: quienes «soportan» o «aguantan» los días laborables del calendario, suspirando ansiosamente por la llegada del fin de semana para disfrutar a tope, son los candidatos principales al consumo de drogas.

Digámoslo claramente: la felicidad no es fruto únicamente de la diversión. En realidad, si no eres feliz el miércoles, tampoco lo vas a ser el sábado por la noche. El motivo es muy sencillo: no es lo mismo «ser alegres» que «ponerse alegres». La felicidad no está al alcance de una moneda ni de una sustancia química.

Hay quienes reconocen que la droga no les hace felices, pero que es lo único que les consuela de no serlo... Lo malo es que quien recurre al sucedáneo de la felicidad, fácilmente deja de buscar la auténtica. Volvemos aquí al principio de esta carta: la verdadera felicidad depende de que el hombre alcance su «bien moral». Depende, entre otras cosas, de que sepamos integrar las cruces de nuestra vida en la vocación al amor, para la que hemos sido creados.

Sé humilde y Dios te bendecirá

¿Tienes ya problemas con las drogas? No lo dudes, PIDE AYUDA. Sé humilde y Dios te bendecirá. Más vale ponerse una vez rojo, que veinte veces amarillo. Ya suponemos que tu realidad dista mucho de coincidir con el «gigante de tus sueños», pero tampoco tiene nada que ver con el «enano de tus miedos». Ni lo uno, ni lo otro: ni gigante ni enano. La verdad es que Dios te quiere como eres, pero te sueña distinto. Y, ¿sabes qué? Los sueños de Dios, a diferencia de los nuestros, ¡se hacen realidad!

Hay muchas razones para luchar por la verdadera libertad, por una vida sin drogas. Tantas, como razones para el amor, la fe y la esperanza. Dios no sólo te pide que dejes la droga, sino que te da su «gracia» para poder hacerlo. Y... ¿qué es la gracia, sino la compañía de Dios que camina junto a ti? ¡No te sentirás nunca solo en ese camino de liberación!

ENDIOSAMIENTO DEL DESEO
SOBRE LA LEY DE IDENTIDAD DE GÉNERO

Diario Palentino, 12 de noviembre de 2006

Esta semana ha sido aprobada en el Congreso de Diputados la Ley de Identidad de Género. El Gobierno español, en poco más de dos años,

ha puesto en marcha una amplia batería de iniciativas contrarias a la propia naturaleza humana: cambio del concepto de matrimonio, adopción de niños por parejas homosexuales, desprotección del ser humano en su fase embrionaria, restricción en la práctica del derecho de los padres a educar a sus hijos... y, ahora, la Ley de Identidad de Género. Por lo visto, eso de que tengamos que ser hombres o mujeres por naturaleza, ahora se entiende como una imposición inadmisible, y en adelante el ciudadano podrá ejercer el derecho de elegir libremente su sexo.

Esta nueva ley resulta tan sorprendente y tan extraña para la mayor parte de la población, que posiblemente sea ignorada o reducida al comentario cómico e irónico. Sin embargo, nos equivocaríamos si no le prestásemos la debida atención. Esto, a pesar de las apariencias, no es ninguna broma, sino un paso más en la implacable puesta en práctica de la llamada «ideología de género».

¿Mera respuesta a una demanda social o política activa?

Las políticas liberales suelen autojustificarse con el argumento de que se limitan a dar un marco legal a las demandas sociales existentes. Pero la historia reciente del divorcio y del aborto nos ha enseñado más bien lo contrario.

En vísperas de la introducción de la ley del divorcio en España, en 1981, el entonces ministro de Justicia, Francisco Fernández Ordóñez, afirmó sin titubeos que «medio millón de parejas esperaban esa ley como agua de mayo para formalizar la ruptura de sus matrimonios». Afortunadamente, cometió un pequeño error de cálculo. El número total de las parejas que solicitó el divorcio en los dos años posteriores a la aprobación de la ley, no llegó al 7% de sus pronósticos.

En 1985 se despenalizaba la «interrupción del embarazo», con un argumento similar. Había que dar un marco legal a los 300.000 abortos anuales que se calculaba se estaban realizando en la clandestinidad. Sin embargo, al año siguiente de la despenalización se registraron tan solo 467 abortos legales.

Eso sí, a partir de ahí, el aborto y el divorcio no han hecho sino crecer en España, hasta superar los 80.000 abortos y las 87.000 demandas de divorcios del año pasado. Paradojas de la vida, aquellos datos ofrecidos a la opinión pública como estimaciones de una realidad falseada, acabaron siendo más bien vaticinios de la degradación moral que esas

leyes iban a promover. Lo cual demuestra que las políticas familiares no se limitan a dar marco legal a las realidades sociales con las que se encuentran, sino que las generan activamente.

Pues bien, la historia se repite, y el número de parejas homosexuales que solicitan el matrimonio o de transexuales que vayan a inscribir en el Registro Civil su cambio de sexo, en el momento actual es insignificante. La ley actual, ¿da solución a un problema o, por el contrario, va a contribuir a que se genere?

¿Esto nos afecta en la práctica?

Muchos pueden pensar que estamos ante una iniciativa tan excéntrica, que difícilmente va a tener incidencia en nuestras vidas. Pero, por desgracia, la experiencia nos dice que se equivocan.

Una de las consecuencias más rápidas y notorias que tendrá la actual disposición (al igual que ha ocurrido con el llamado «matrimonio» homosexual), es que los contenidos de las asignaturas cursadas por los niños españoles serán revisados para adecuarse a la nueva legislación. Al niño se le instruirá en que, como ciudadano español, puede casarse indistintamente con un hombre o una mujer; y que, igualmente, puede aceptar la condición sexual con la que ha nacido o cambiarla, si no se siente a gusto con ella. La consecuencia será que el niño se connaturalice con unas propuestas totalmente extrañas a la educación que se le trasmite en el seno de la familia. En la práctica, será un gravísimo obstáculo para que los padres puedan hacer valer su derecho constitucional de educar a los hijos conforme a sus principios y convicciones.

Al fondo está el endiosamiento del «deseo»

El centro de nuestra cultura secularizada no es otro que el endiosamiento de la propia voluntad. Más exactamente, habríamos de decir, del «deseo» (que no es lo mismo que la voluntad, a decir verdad). Uno ya no tiene el sexo que tiene, sino el que quiere. ¡La naturaleza no es quién para imponerle a nuestra sacrosanta libertad el sexo con el que nacemos! A partir de ahora seremos nosotros mismos los que «fabriquemos la realidad» a nuestra medida, cuando ésta no responda a nuestras expectativas. Ni que decir tiene que será totalmente rechazado

cualquier intento de educar y adecuar nuestros sentimientos y deseos en conformidad a la naturaleza. ¡Esto sería percibido como la reedición de la inquisición en nuestros días! Llegamos así a la tentación diabólica de los orígenes de la humanidad: «Seréis como dioses, conocedores (determinadores) del bien y del mal» (Gén 3, 5).

Sin embargo, paradójicamente, lo único que el «endiosamiento del deseo» no es capaz de conseguir es la felicidad. Los teóricos de la «Ideología de Género» han ignorado la objetividad de la naturaleza humana, pretendiendo moldearla cual si de chicle o plastilina se tratase. Por el contrario, y aquí está la paradoja: sólo alcanzan la felicidad aquellos que aceptan la realidad y se adecuan a ella. «La Verdad es la que nos hace libres» (Jn 8, 32), no nuestro deseo.

EL PADRE MARIANO. LA SANTIDAD AL ALCANCE DE LA MANO

Diario Palentino, 5 de noviembre de 2006

Hoy domingo, 5 de noviembre, es beatificado en Sao Paulo (Brasil) un hijo de nuestra Iglesia palentina: el padre Mariano de la Mata Aparicio, religioso agustino, nacido en 1905 en Barrio de la Puebla, en la Valdivia (Palencia). Su muerte se produjo hace tan sólo veintitrés años (en 1983), lo que hace de su beatificación algo excepcional. No es frecuente que se abran y se concluyan los procesos de beatificación con tanta rapidez. La fama de santidad del padre Mariano extendida entre los pobres de Brasil, donde vivió más de cincuenta años, ha sido el elemento determinante que lo ha posibilitado.

Es verdad que hay santos cuya vida, envuelta en prodigios es más propia de ser admirada que imitada. Se trata de casos impresionantes que Dios suscita en ocasiones y que suelen estar rodeados de hechos milagrosos, para testimoniar ante el mundo que la gracia lo puede todo y que no hay nada imposible para Dios. Pero existen también otro tipo de santos, admirables e imitables al mismo tiempo. A este segundo orden pertenece el padre Mariano. Su santidad se forjó en la vida sacrificada a la vez que alegre, en el olvido de sí mismo, en la atención incansable a los enfermos, en su predilección por los niños, en el estilo de

vida pobre, en su sensibilidad hacia la naturaleza... y todo ello sostenido por una devoción a la Virgen María llena de ternura y en un profundo amor a la Eucaristía. No busquemos en su vida nada heroico, o mejor dicho, aprendamos a apreciar la auténtica heroicidad: aquella que tiene al amor como motor, hasta de nuestras mínimas acciones.

¿Se puede ser santo sin haber hecho milagros en vida? En contra de lo que muchos piensan, la Iglesia no pide milagro alguno en la vida de un santo para elevarlo a los altares. En el proceso de beatificación se solicita la existencia del hecho milagroso obrado por intercesión del beato «después de muerto», como prueba de que está en el Cielo. La heroicidad del padre Mariano se cifró en el grado en que vivió todas esas virtudes a las que antes nos hemos referido: alegría heroica, oración y sacrificio en grado de perfección, amor heroico por los pobres, los enfermos y los niños, etc.

El modelo del padre Mariano nos sirve para rescatar el ideal de la santidad del polvo del retablo. La vocación a la santidad la hemos recibido todos y cada uno de nosotros junto con el sacramento del Bautismo y en absoluto está reservada para unos privilegiados. Una anécdota en torno a la Madre Teresa de Calcuta lo ilustra bien. En una espontánea rueda de prensa, un periodista le preguntaba: «Hay personas que creen que usted es como una santa viviente. ¿Qué reacción le produce eso?». Ella, sin dudarlo dos veces, le respondió al periodista: «Usted debe ser santo en el lugar que ocupa, y yo debo serlo en el lugar en que Dios ha querido ponerme. Así que, ser santo no es nada extraordinario. La santidad no es el lujo de unos pocos; la santidad es sencillamente un deber para usted y para mí. Para eso hemos sido creados».

La figura del padre Mariano rompe con falsos estereotipos muy extendidos en la Iglesia posconciliar. ¿Quién ha dicho que los místicos no pueden ser pastores cercanos al pueblo? ¿Quién ha dicho que conviene «secularizar» nuestras expresiones para ayudar a conectar el Evangelio con la cultura contemporánea? El caso es que el padre Mariano era muy humano y muy sobrenatural (veía a Dios en todo). Su sensibilidad le lleva, tras una operación de cataratas, a ponerse ante una imagen de la Virgen, diciéndole en voz alta: «Ahora veo todos tus colores, Madre mía». Y al mismo tiempo, tras su fallecimiento, los pobres de Sao Paulo acuden en masa a preguntar por el «Padre de la batiña» (el Padre del hábito).

La Iglesia de Palencia no está edificada sobre su arqueología románica o prerrománica, sino sobre piedras vivas. Llama poderosamente la

atención la concentración tan grande de santos en nuestra reciente historia. Todavía hace muy pocos años que el padre Polanco, natural de Buenavista de Valdavia, era igualmente beatificado, sin olvidar al Hermano Rafael o a don Manuel González. ¡Qué gran honor para nuestra diócesis! Pero antes que un honor, se trata de una llamada a la santidad, para cada uno de nosotros.

SANGRE INOCENTE
EL CASO DE LA CLÍNICA DE BARCELONA
El Norte de Castilla, 4 de noviembre de 2006

Tenemos que agradecer a la televisión danesa el servicio que ha prestado, en el ejercicio del periodismo de investigación, sacando a la luz lo que ocurre en las clínicas abortistas de España. Sabíamos que existían paraísos de «turismo sexual». Ahora hemos conocido que España (Barcelona muy especialmente) es el destino del «turismo abortista». Los datos irrefutables están al alcance de la mano de cualquiera que tenga interés en conocer la verdad (*www.forumlibertas.com*). Los testimonios grabados recogidos en grabadora y cámara oculta por los periodistas camuflados son terribles:

—Llamo para hacerme un aborto.

—¿De qué país llama?

—De Dinamarca. Estoy embarazada de 30 semanas. ¿Es eso un problema?

—No, no es un problema, pero necesitamos tenerte aquí cuanto antes.

—¿Cómo se hace?

—Es como un parto, pero inducido. Es un parto, pero no natural, sino artificial. Así, lo que hacemos es, primero, que deje de latir el corazón del feto.

—¿Dentro?

—Dentro, sí.

—¿Qué es lo se le da?

—Digoxina. Es lo que se pone cuando se tiene un ataque al corazón, pero en sobredosis.

...

—¿Por qué tengo que rellenar un formulario y hacer un test psicológico?

—La única forma en que podemos hacer esto es demostrar que tú estás, o puedes estar, con ansiedad o depresión... Porque la ley dice que si quieres un aborto es porque tienes un problema psicológico tan grande que entonces podemos ayudarte.

—O sea, que dices que tienes eso...

—Sí, es burocracia.

En esta nación se practica el aborto libre más agresivo del planeta Tierra sin ningún tipo de cautela en defensa del derecho a la vida del niño concebido. Lo de los tres supuestos de despenalización del aborto recogidos por la ley española, es una auténtica tomadura de pelo. El 98% de los casos de aborto son justificados bajo el supuesto de «peligro para la salud psicológica de la madre». Un eufemismo que esconde un evidente fraude de ley. La práctica del aborto en España no sólo es inmoral, sino también ilegal.

Personalmente, lo que a mí me sorprende es que algunos se extrañen de que hayamos llegado a estos extremos. ¿Pensaban acaso que se podía aplicar con equidad y justicia una ley profundamente inmoral? El bien es difusivo, pero el mal no lo es menos. Por ello, es bastante difícil ser sólo «un poquito asesino». Si la vida deja de ser sagrada, si levantamos la veda, es imposible poner límites al egoísmo humano. El aborto introduce en las relaciones humanas la «ley de la selva», en un grado desconocido en el reino animal.

Ahora parece que nos ha escocido la noticia de que en España se practican abortos en el séptimo y octavo mes de embarazo. Acaso resulte demasiado chirriante para nuestra sensibilidad descubrir el rostro cruento del aborto. El bulto de un embarazo tan avanzado es demasiado evidente, como para ignorar el drama que se esconde tras eufemismos del estilo de «salud reproductiva», «interrupción voluntaria del embarazo», etc.

Recuerdo un pasaje de Hamlet, en el que Shakespeare expresa magistralmente el drama del asesinato: Hamlet va a matar a su padrastro, pero su sensibilidad no le permite hacerlo mirándole a la cara, de forma que recurre a clavarle su espada tras una cortina. ¡He aquí reflejada la cobardía del aborto! Nos escandaliza el infanticidio, pero somos capaces de admitir el aborto. La diferencia está en esa «cortina» —el seno materno— que nos permite ignorar el drama sangriento que permanece oculto. «Ojos que no ven, corazón que no siente», dice el refrán. Pero, en esta ocasión, el problema se ha originado por motivo de que en la

cortina se marcaba demasiado el bulto en el que se clavaba la espada asesina. ¡Es una auténtica hipocresía escandalizarnos por los abortos de embarazos avanzados, cuando ignoramos o minimizamos el drama del asesinato de un feto de tres meses!

El reportaje de la televisión danesa ha descubierto la existencia de una clínica cuyo empresario, carente de escrúpulo alguno, ha amasado una fortuna multimillonaria con la sangre de niños inocentes. ¿Creen ustedes previsible que se aplique la ley, condenando a este individuo y cerrando su clínica? Seguramente, se recurrirá al argumento de que esas pruebas no pueden ser aceptadas por la forma en que se han obtenido, a difamar a quienes lo denuncian, a dejar pasar el tiempo para que la noticia se enfríe, etc.

¿Cómo es posible que hayamos llegado a los más de 80.000 abortos anuales en España? ¿Cómo es posible que España se haya llegado a convertir en el paraíso abortista? ¿Es suficiente recurrir a la explicación del influjo de las ideologías marxistas y de la ideología de género? Para comprender el origen de tamaño letargo moral es necesario reconocer también el pecado de desidia de tantos católicos que se han replegado en sí mismos, renunciando a su deber de hacerse presentes en la vida pública y en la construcción del bien común. Ahora bien, dice le refranero que «no hay mal que por bien no venga», y confío en que a veces es necesario conocer el rostro del mal en toda su crudeza, para reaccionar frente a él. ¡Amemos la vida!

HERMANA MUERTE

Diario Palentino, 29 de octubre de 2006

El calendario litúrgico tiene una cita importante esta semana entrante, en la celebración de Todos los Santos y Todos los Difuntos. Es posible que la religiosidad popular tienda a mezclar las dos celebraciones, sin distinguir suficientemente entre la celebración de los santos que gozan ya de la visión de Dios en el Cielo (1 de noviembre) y la conmemoración de las almas del Purgatorio, que se preparan en ese estadio intermedio de purificación, hasta ser capacitadas para el Cielo. Lo que sí es seguro es que, con mayor o menor formación teológica, todos tenemos

una ocasión para contemplar de cara a la «hermana muerte», tal y como la llamaba San Francisco de Asís.

Mirarla a los ojos

Es curioso que al mismo tiempo que trivializamos la muerte virtual, haciendo de ella un espectáculo cinematográfico, no sepamos ni qué hacer, ni qué decir, ni cómo posicionarnos ante la muerte real y concreta. Miramos la muerte en la pantalla, pero ¡no sabemos mirarla a los ojos! Y sin embargo, por mucho que recurramos al juego del avestruz, ella sí que fija indefectiblemente su mirada en nosotros. Como decía Sancho Panza en el Quijote: «La muerte es un segador que no duerme la siesta, y come lo mismo cabrito que cebón». Pocas cosas son tan obvias en nuestra vida como la certeza de nuestra muerte, y pocas son tan olvidadas en nuestras programaciones.

Buena muerte

En la tradición católica se ha hablado mucho del concepto de la «buena muerte» y hoy se ha llegado a secularizar al máximo esa expresión, dándole la vuelta totalmente a su sentido original. De ser una ocasión de preparar conscientemente la partida de este mundo con la recepción de los sacramentos y manifestación de las últimas voluntades, ha pasado a significar casi lo contrario: «¡Qué "buena muerte" ha tenido, se ha quedado como un pajarito en la cama sin enterarse de nada!». Parece como si el único alivio que nuestra cultura secularizada ofreciese ante el drama de la muerte fuese acortar y ocultar el mal trago. Ante la incapacidad de encontrar un sentido a la muerte, la solución parece ser distraer la atención en otras cosas.

Sentido de la vida y de la muerte

No nos confundamos: el problema no está en la muerte. Si ésta resulta para algunos un drama sin sentido, es porque tampoco habían descubierto el sentido de la vida como una llamada de Dios a la existencia.

Se habían limitado a subsistir, a tirar para adelante, sin saber muy bien cuál es ese «adelante».

El problema de la muerte es, hoy en día, el mismo problema del sentido de la vida. No se puede entregar la vida cuando no se sabe lo que es. Sólo cuando sabemos que venimos del amor y que volvemos a él venciendo el sufrimiento y la muerte, es cuando podemos dar lo mejor de nosotros mismos.

Vida eterna

Ésta es la gran noticia que nos trae Jesucristo: «He venido para que tengan vida, y la tengan abundante» (Jn 10, 10). La imagen de los ciclos de la naturaleza es utilizada para darnos a conocer nuestra propia vocación: Como el grano de trigo ha de morir para dar fruto, así también la muerte es camino de vida (cf. Jn 12, 24). De forma similar a como las estaciones del año están en conexión entre ellas y conforman el ciclo de la vida, entendemos también que cada etapa de nuestra existencia tiene un sentido que se engarza en la anterior, hasta alcanzar la plenitud: «La vida es para buscar a Dios. La muerte es para encontrarle. La eternidad es para poseerle».

Una buena ocasión, la de esta semana, para reavivar nuestra fe en el «más allá», al mismo tiempo que reafirmamos el compromiso con el «aquí y ahora». Ojalá tengamos la paz suficiente para mirar a los ojos a la hermana muerte, de la misma forma que asistimos en el paritorio al alumbramiento —¡siempre duro!— para esta vida.

PALENCIA MISIONERA

Diario Palentino, 22 de octubre de 2006

Todavía hace escasamente un mes me encontraba en Roma, asistiendo al cursillo dirigido a los 132 obispos católicos ordenados este último año. Desde allí pude percibir ya los ecos de la ingente obra misionera palentina. Cada vez que algún compañero obispo de América me pre-

guntaba por mi diócesis de procedencia, observaba cómo brillaban sus ojos al escuchar la palabra «Palencia», para luego pasar a detallarme los nombres de los misioneros palentinos que permanecían o habían pasado por aquellas zonas de Misión. Palencia ha llegado a tener más de un millar de misioneros repartidos por todo el mundo (siendo tal vez la diócesis del mundo con mayor índice de misioneros por habitante) y todavía hoy, a pesar de los pesares, son más de ochocientos. Por ello, no es de extrañar que en el dossier de prensa que las Obras Misionales Pontificias nos han ofrecido, se detalle el siguiente retrato del misionero español: una religiosa (56,29% del total), nacida en Castilla y León (30,11% del total) y que trabaja en algún país de América Latina (71,51% del total).

Obra social y muchísimo más

Es impactante conocer que en los últimos quince años, la Iglesia Católica ha abierto «diariamente» en misiones cuatro obras sociales, además de diez obras educativas. ¡Impresionante ese «gota a gota», que más bien debería ser descrito como un surtidor inagotable en medio del desierto! Es ilustrativo comprobar cómo la Evangelización va de la mano de la humanización de los pueblos. Sabemos que no existe, ni puede existir, un acto de amor desencarnado de las circunstancias particulares, de la situación material y de los sufrimientos personales de nuestro prójimo.

Sin embargo, hoy en día corremos el peligro de acercarnos al hecho misionero exclusivamente desde el ángulo de la obra social realizada. Existe una admiración «secularizada» de la labor del misionero, que ensalza su figura por sus obras sociales, sin llegar a percibirlas como el signo del amor de Dios Padre. Resuenan aquellas palabras de Jesús en Mt 9, 4-9: «Jesús, conociendo sus pensamientos, dijo: "¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir: 'Tus pecados te son perdonados', o decir: 'Levántate y anda'? Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene en la tierra poder de perdonar pecados — dice entonces al paralítico —: 'Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa'". Él se levantó y se fue a su casa. Y al ver esto, la gente temió y glorificó a Dios, que había dado tal poder a los hombres».

Con las misiones, ocurre como con el iceberg... sin la mirada de fe no vemos más que la pequeña parte que emerge de las aguas. Lo prin-

cipal permanece oculto, tal y como ocurrió con aquellos contemporáneos de Jesús. Al igual que el milagro de la curación del paralítico les permitió a ellos abrirse también al milagro superior del perdón de los pecados, así también nosotros tenemos que sensibilizarnos, para que el milagro de la obra social misionera de la Iglesia sea el signo que nos revele a Jesucristo como la Vida Eterna que el Padre ofrece al Mundo. Quien conoce la obra misionera con los ojos de la fe, descubre a Jesucristo como la plenitud de sentido de todo hombre.

Dar, para darse

Entre los datos confortantes que hemos conocido en esta campaña del DOMUND llama la atención el aumento tan importante de la contribución económica. La última campaña recaudó un 22,9% más que el año anterior, la cual a su vez constituía un récord. 140 millones de dólares a nivel mundial y más de 26 millones de euros en España, son cifras muy importantes, máxime cuando se suman a otras campañas misioneras.

Pero debemos estar prevenidos ante la tentación de reducir la campaña del DOMUND al pase de una hucha o al reparto de un sobre en el que introducir un dinero. ¡Cuidado con limitar nuestro compromiso misionero a la materialidad de lo que damos! ¡No olvidemos que lo importante es ofrecernos personalmente como colaboradores de la obra evangelizadora! Existe el riesgo de que el «dar» sea la pantalla que permita eludir nuestro deber de «darnos».

Piedras vivas

Cuando los visitantes se asoman a nuestra catedral y a tantas otras maravillas del románico palentino, pueden concluir con lógica que quienes hace siglos plasmaron en piedra tanta belleza, hubieron de estar vivamente convencidos de la bondad y de la verdad en la que tan firmemente creían. Algo así podemos y debemos concluir al admirar tantas vocaciones misioneras que, como piedras vivas, construyen el Reino de Dios en misiones. Una vez más, ¡Gloria a Dios, por la fe de este pueblo!

IMPOSICIÓN DE LAS MANOS
Diario Palentino, 15 de octubre de 2006

Esta semana hemos vivido dos acontecimientos gozosos y trascendentes para la Iglesia en Palencia. Me refiero a la Ordenación diaconal del Hermano Juan Javier Martín, celebrada el día del Pilar en la abadía trapense de Dueñas; así como a la ordenación sacerdotal de Jesús Vigo, hoy domingo, en nuestra catedral. Más allá de los parabienes y las felicitaciones, tenemos una buena oportunidad para redescubrir en ese rito central de la imposición de las manos, el signo paradigmático de nuestra identidad de cristianos católicos *apostólicos*.

Frente a la proliferación de sectas

Se calcula que cada día nacen en Estados Unidos tres sectas nuevas. En muchos países hispanoamericanos, un tanto por ciento considerable de los católicos (hasta el 15%) han ingresado en sus filas. El fenómeno salpica también a Europa, aunque de una forma más moderada.

Pues bien, el gran argumento para rebatir el discurso de las sectas es la «sucesión apostólica» trasmitida durante dos mil años en el seno de la Iglesia Católica, a través de la imposición de las manos. Difícilmente podrá argumentar una secta su pretensión de ser reconocida como la verdadera Iglesia de Jesucristo, cuando de todos es conocida la fecha reciente en la que fue constituida. ¡Su identidad carece de raíces! ¿Dónde estaban ustedes en el siglo XIX, o en el siglo XIV, en el siglo VI o en el siglo II? El seguimiento a Jesucristo —con sus aciertos y sus pecados— ha de ser necesariamente tan antiguo como el mismo Cristo, si no queremos caer en el ridículo de considerarnos el ombligo de la historia.

Ya en el siglo II, San Ireneo de Lyon rebatía el empuje de las primeras sectas, recurriendo a las listas de sucesión apostólica de cada diócesis. Cada diócesis tiene su árbol genealógico en el cual se ve cómo a través de la imposición de las manos, los obispos y sacerdotes de esa diócesis han recibido la misma autoridad ministerial que Cristo encomendó a los apóstoles. Ese sacerdote que perdona los pecados o celebra la Santa Misa en nuestra parroquia, ha sido ordenado por un obispo, el cual a su vez ha sido ordenado por otros, y así sucesivamente, hasta entroncarnos con los doce apóstoles.

Frente a la conciencia endiosada

Los cristianos católicos y apostólicos nunca aceptaremos ese concepto tan en boga en nuestra cultura secularizada, por el que se presenta la conciencia como creadora del bien moral (¡que cada uno haga lo que quiera con su conciencia!). En el fondo, es la misma tentación del pecado original narrado en el Génesis: «Seréis como dioses en el conocimiento del bien y del mal» (Gén 3, 5). La conciencia no crea el bien moral, sino que lo recibe y lo aplica a sus circunstancias particulares. Nosotros no somos «inventores» de los valores de la vida, sino que nos aproximamos a la realidad con la conciencia de ser «descubridores» de sus misterios más profundos. ¡No es lo mismo ser inventor que descubridor!

La sucesión apostólica manifestada por Pablo de Tarso: «Yo he recibido una tradición que a su vez os transmito» (1 Cor 11, 23); supone la conciencia de ser depositarios de un mensaje de salvación del que no somos dueños. En definitiva nos preserva del peligro del endiosamiento, al mismo tiempo que nos dignifica al hacernos instrumentos de Cristo.

El 10 de septiembre el Nuncio de su Santidad en España, acompañado por otros cuarenta obispos, me imponía sus manos, consumando así mi ordenación episcopal. Ahora, un mes después, el Señor me ha dado la gracia de ser su instrumento en la extensión de la sucesión apostólica por Él iniciada. Pido a Dios que «reavivemos en todo momento la gracia del Espíritu Santo que hemos recibido por la imposición de las manos» (cf. 1 Tim 4, 14).

TODAS LAS RELIGIONES NO SON IGUALES

Diario Palentino, 8 de octubre de 2006

Ya ha pasado el tiempo suficiente desde la polémica surgida en torno al discurso del Papa en Ratisbona (Alemania), como para extraer algunas conclusiones y hacer algunas aplicaciones. ¿Cometió el Papa un error? ¿Acaso el diálogo interreligioso debe limitarse a los gestos di-

plomáticos, hasta el punto de renunciar al juicio sobre la veracidad y la bondad de las religiones?

Diálogo interreligioso y relativismo

No sería correcto confundir el diálogo interreligioso propugnado por la Iglesia Católica con el relativismo tan extendido en nuestra cultura, el cual viene a presuponer, poco más o menos, que todas las religiones son iguales. Es cierto que todas las religiones son respetables, que tienen elementos positivos y que debemos trabajar conjuntamente por la mutua comprensión y colaboración en favor de un orden mundial justo y pacífico. Pero eso no supone que el hombre creyente haya dejado de tener el derecho y hasta el deber de seguir la religión que en su conciencia ha conocido como «suprema verdad».

Recuerdo que una de las mayores tonterías que he escuchado en televisión, fue la de un conocido director de programas de debate cultural-esotérico-filosófico, quien se declaró públicamente como «ferviente cristiano, budista convencido, fiel musulmán y judío apasionado...».

Cristianismo, islam, violencia y razón

La doctrina de Jesucristo sobre la violencia es muy clara: «Guarda tu espada, Pedro, porque quien a espada mata, a espada muere». A Juan Pablo II y a todos aquellos católicos que buscan limpiamente la verdad, no les han dolido prendas a la hora de pedir perdón por los momentos históricos en los que nuestros hermanos en la fe incumplieron el mensaje de Cristo.

El caso del islam, sin embargo, es distinto. En el Corán se presenta el islam como religión de paz, al mismo tiempo que en otros pasajes se recuerda el deber del musulmán de acudir al llamado de la guerra santa. Mahoma mismo, al contrario que Jesucristo, practicó la guerra como medio de extensión del islam.

Uno de los problemas de fondo que diferencia al islam del cristianismo es la relación fe-razón. El islam exalta la trascendencia de Dios hasta el límite, de forma que lo sobrenatural podría llegar a ser irracional. El cristianismo entiende que aunque la fe trascienda la razón (es suprarracional), no puede llegar a ser nunca irracional. Fe y razón no

pueden ser nunca incompatibles para el cristianismo, al contrario que para el islam.

Cristianismo, reencarnación y justicia social

La creencia en la reencarnación conlleva como consecuencia una religiosidad desencarnada y desentendida de la justicia social. Es muy difícil que partiendo de esa creencia pueda superarse la tentación de reducir la religión a un intimismo desconectado de la realidad, a la que se considera como un disfraz del que estamos llamados a desprendernos. Mientras que la fe cristiana en la «resurrección de nuestros cuerpos» implica que todo lo material interesa e implica el Reino de Dios, la fe en la reencarnación desemboca en un dualismo alienante, que divide e incomunica el mundo material y el espiritual.

En resumen: el pensamiento políticamente correcto y secularizado de nuestros días pretende fundar el diálogo interreligioso en el simple arte de la diplomacia. Es una pretensión del todo inconsistente. El diálogo supone también unas certezas de partida, además de la debida libertad en el uso de la razón para poder expresarlas.

ACUERDO PARA LA FINANCIACIÓN
Diario Palentino, 1 de octubre de 2006

Las cosas de Dios no tienen precio, pero ¡su predicación tiene unos costes...! No tenemos que ruborizarnos de decirlo o de escucharlo. La verdadera religiosidad se preocupa también de las cuestiones materiales que están implicadas en las espirituales. La tarea que Jesús encomendó a su Iglesia nos obliga a ejercer de Marta y María al mismo tiempo (cf. Lc 10, 39ss); si bien es verdad que debemos supeditar los agobios y preocupaciones materiales de Marta a la vocación radical de su hermana, como oyentes fieles de la Palabra de Cristo.

Pues bien, después de muchos tiras y aflojas, nos felicitamos por el acuerdo de financiación al que han llegado la Conferencia Episcopal

Española y el Gobierno. Lo sustancial del acuerdo se resume en dos cuestiones: En la Declaración de la Renta se ofrecerá la posibilidad de que el ciudadano destine el 0,7% de sus impuestos a la Iglesia Católica; y el Estado dejará de compensar a la Iglesia con una cantidad fija a cargo de los presupuestos del Estado. Las razones para estar satisfechos son varias:

1. *Quitarnos de encima un injusto sambenito que ha hecho daño a la imagen de la Iglesia.* El dinero compensatorio que el Estado ha pasado anualmente a la Iglesia ha sido ocasión de que la Iglesia Católica recibiese acusaciones de vivir de la sopa boba y de resultar una carga para el Estado. ¡Nada más lejos de la realidad! Según los cálculos más humildes, la Iglesia Católica le ahorra al Estado anualmente unos 7.867.500.202 euros (el 1% del PIB); es decir, el 5.580 % más de lo que ha recibido como asignación del Estado. Estos datos resultan de cuantificar lo que el Estado se ahorra por cada alumno escolarizado en un colegio religioso concertado, sumando al ahorro por enfermo atendido en un hospital católico, por los servicios sociales sostenidos por Cáritas, etc.

2. *Testimonio de fe y amor hacia Cristo, nuestro gran tesoro.* Si de verdad somos conscientes de los dones que Dios ha puesto en manos de la Iglesia nos costará muy poco asumir los costes de la evangelización. ¡Quien algo quiere, algo le cuesta! La autofinanciación es un signo de la fe de los fieles católicos, un testimonio dado en medio de una sociedad española en la que es demasiado frecuente vivir del dinero público. Mucho se ha hablado de la Iglesia en los últimos años; pero, en España, ¿acaso se autofinancian los partidos políticos, los sindicatos, los clubs de fútbol, etc.?

3. *Reto de concienciación de nuestros fieles.* A partir de ahora «la pelota está en nuestro tejado», y es momento de que nos tomemos más en serio la campaña de concienciación de los católicos en materia de autofinanciación. Habremos de estar atentos a las dificultades prácticas, como es el hecho de que son muchos los católicos que no hacen la Declaración de la Renta, o que la hacen a través de gestorías, bancos, etc. (los cuales raramente preguntan al interesado si desea poner la «x» en la casilla de la Iglesia). Pero sobre todo, nuestra principal preocupación habrá de ser la de hacer virtud de la circunstancia presente, reafirmando nuestra militancia cristiana.

4. *Buscando el bien del hombre.* No debemos permitir que el acuerdo de financiación que Iglesia y Estado han alcanzado sea una pantalla para olvidar otros problemas más importantes. Quiero decir con esto que hubiésemos preferido un acuerdo en el tema de la asignatura de Religión, que en el tema de la financiación. No olvidemos que el fin de la Iglesia no es «financiarse» sino servir a Dios buscando el bien del hombre.

AMO A LA IGLESIA

Diario Palentino, 24 de septiembre de 2006

En los últimos años, la Congregación Vaticana para los Obispos organiza en Roma un encuentro dirigido a los obispos consagrados en el último año. Desde esta cita en la que me encuentro junto con otros 132 obispos de todos los rincones del planeta, os envío estas líneas, con el deseo de contagiaros el amor a nuestra Madre Iglesia.

Una audiencia con el Papa

En la audiencia que tuvimos el jueves 21, Benedicto XVI me dijo en un perfecto castellano que enviaba una bendición para toda la Diócesis de Palencia. Yo me limité a decirle: ¡Gracias Santo Padre por esa combinación de valentía y humildad en la proclamación de la Verdad de Cristo!

Cada vez es más evidente que la figura del Papa trasciende los límites que cabría asignar a un máximo responsable de una religión determinada. Hay nombres que lo dicen todo, y uno de ellos es el de «Papa». En este clima de orfandad moral que padece nuestra cultura, la Providencia está haciendo del Sucesor de Pedro un referente moral, una especie de «padre» de toda la humanidad. Se trata de un «papá» que está desposado con una «mamá», que es la Iglesia.

Muy al contrario de lo que algunos piensan, venerar la figura del Papa no nos conduce a la idolatría, sino que nos ayuda a adentrarnos

en el misterio de la maternidad de la Iglesia, así como en la Paternidad de Dios.

Iglesia que peregrina hasta en los últimos rincones

Ayer desayunaba junto a un obispo mejicano cuya diócesis se extiende por zonas controladas por la guerrilla donde los narcos promueven el cultivo de la coca. Me cuenta que en su primera visita unos encapuchados armados salen a su encuentro para advertirle de que no tendría problemas mientas su predicación se limitase a hablar de Dios y de la Virgen, sin descender a «detalles»... «¿Y qué piensas hacer?», le pregunté. «¡Ay de mí si me callo el Evangelio!», me respondió.

Otro obispo, en este caso de la Patagonia, nos describe las inmensas extensiones en las que están repartidos sus veinte sacerdotes. Entre los curas más cercanos puede haber distancias de cientos de kilómetros. Su asombro es mayúsculo al conocer que en Palencia tenemos trescientos sacerdotes; y me hace unas preguntas que os traslado a vosotros: ¿Ya son conscientes ustedes de ese regalo que el Cielo les ha dado? ¿Lo aprovechan? ¿Lo comparten?

Polémica islamista por el discurso del Papa

Mención aparte merece la presencia en el encuentro de los nuevos obispos católicos de Turquía y de Túnez. Resultó de máximo interés la conferencia y el diálogo posterior mantenido con monseñor Gerhard Ludwig Müller, obispo de Ratisbona, diócesis alemana de Baviera en la que el Papa pronunció el famoso discurso de la polémica:

- Es cierto que la fe supera el ámbito de la razón; pero, ¿es admisible que la fe sea irracional, es decir, contraria a lo que la razón nos dice desde el sentido común?
- Es cierto que hemos de esforzarnos en conocer y respetar las peculiaridades de cada cultura; pero, ¿es admisible que alguien rechace los principios de «libertad de conciencia» y de «reciprocidad» como extraños a su cultura? ¿Es posible construir una convivencia pacífica internacional, mientras no se acepten esos principios como elementos comunes pertenecientes a la ley natural?

- El Papa ha matizado insistentemente a lo largo de esta semana las palabras de su discurso, pidiendo que no fuesen leídas fuera de su contexto; pero, ¿acaso las reacciones violentas acontecidas (incluido el asesinato de una religiosa católica) no demuestran que Benedicto XVI había dado en el clavo al denunciar la utilización del nombre de Dios para justificar la violencia? ¿Se le puede pedir al Papa que rectifique esa afirmación de fondo?

POR LA PÁGINA DE PENTECOSTÉS...
Diario Palentino, 17 de septiembre de 2006

El momento cumbre de la ordenación episcopal tiene lugar cuando tras la imposición de las manos, los obispos celebrantes con las manos extendidas pronuncian sobre el candidato arrodillado la Plegaria de Ordenación. Mientras tanto, dos diáconos sostienen sobre su cabeza un Evangeliario abierto. Lógicamente, las anotaciones litúrgicas no especifican la página por la que ese Evangelio pueda estar abierto...

¡Querido maestro de celebraciones litúrgicas!, ¡queridos diáconos!... ¿me permitís un «capricho»? Por favor, ¡que sea por la página de Pentecostés! Deseo ardientemente tener sobre mi cabeza el relato de aquel acontecimiento:

> Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse.

Te pido, Señor Jesús, que a imagen de lo acontecido en el Cenáculo de Jerusalén, sople también en la catedral de Palencia ese viento impetuoso llenando «toda la casa». ¿Y qué «casa» ha de ser esa sino tu Iglesia, y dentro de ella —a modo de una pequeña celda— este siervo tuyo? ¡Haznos!, ¡hazme!, «templo del Espíritu Santo».

Me abandono a la llamada de tu Vicario en la Tierra, Benedicto, en la confianza de que la consagración del Espíritu Santo, que de Ti y el Padre procede, llevará a su término la obra buena que comenzaste en este pobre pecador. ¡No olvides que soy de barro, Señor! ¡Mira el poder del pecado cuando no envías tu aliento! ¡Mira el vacío del hombre si tú le faltas por dentro! Me presento ante ti, pues, como humilde mendigo de tu gracia:

Que tu Espíritu me haga atento a todas tus inspiraciones; que suelte mi lengua para proclamar tu Evangelio; que ponga en mis labios las palabras o los silencios adecuados ante peligros e insidias; que me dé el don de seguirte con la libertad de los hijos de Dios; que no me mire a mí cuando te sigo, sino que clave en ti mi mirada; y que, en definitiva, tu Espíritu «arquitecto y alfarero» haga de mí un Pastor conforme a tu Corazón.

Por todo ello, os lo suplico: ¡abrid y sostened bien firme ese Libro Hermoso por la página de Pentecostés! Mientras tanto, con abandono confiado, escucharé la petición que mi Madre Iglesia dirige a Dios Padre: «Infunde ahora sobre este siervo tuyo que has elegido la fuerza que de Ti procede: el espíritu de soberanía que diste a tu amado Hijo Jesucristo...»

EN TI CONFÍO. DESPEDIDA

Diario Vasco, 3 de septiembre de 2006

No está bien eso de marcharse sin decir tan siquiera «adiós»... Ha llovido mucho desde que el 30 de agosto de 1989 publicara en estas páginas un primer artículo, bajo el título de «Impresiones desde Santiago de Compostela», tratando de la IV Jornada Mundial de la Juventud que allí tuvo lugar. Desde entonces hasta la última colaboración en vísperas de mi nombramiento como obispo de Palencia («Da Vinci, al desnudo», el pasado 11 de junio), he mantenido una presencia continua, con mayor o menor intensidad, a lo largo de estos diecisiete años. Quiero dar las gracias a *El Diario Vasco* por la posibilidad que me ha dado de hacer de estos artículos una ocasión de diálogo entre fe y cultura, trascendiendo las fronteras eclesiales.

No me cabe duda de que todos entenderán que el cometido magisterial de un obispo, unido a su jurisdicción territorial diocesana, hacen improcedente que el obispo de Palencia continúe escribiendo artículos de opinión en *El Diario Vasco* de San Sebastián. Permitidme, pues, en esta despedida expresar algunas de las experiencias acumuladas.

El mensaje cristiano sigue siendo el referente del hombre moderno

Sea para adherirse, o sea para combatirla, el punto de referencia sigue siendo la religión católica. No existe otro asunto que posicione tanto las posturas en Occidente como el debate en torno al humanismo cristiano. Si dejásemos esto a un lado, la diferencia entre izquierdas y derechas llegaría a ser anecdótica. Un europeo secularizado de derechas piensa básicamente lo mismo que el secularizado de izquierdas. Tras la caída de la ideología marxista, la única alternativa al pensamiento liberal occidental —el considerado hoy como políticamente correcto—, es el cristianismo.

Recuerdo, por poner un ejemplo, las múltiples reacciones suscitadas en este periódico en torno al artículo «De la evolución a la involución, volvemos al mono» (10-5-2006). Es difícil encontrar temas que provoquen debates «de fondo», como es el caso del origen de la existencia, el respeto a la vida concebida, la eutanasia, el derecho de los padres de educar a sus hijos conforme a sus principios religiosos, etc. Afortunadamente, la sal no se ha vuelto insípida (cf. Mc 9, 50).

Debatir y evangelizar

Los medios de comunicación dan fácilmente cabida al debate que recoge la polémica de actualidad. Ello hace que sea mucho más fácil la publicación de artículos que entren a rebatir la posición contraria, que la difusión de aquellos que se reduzcan a un contenido expositivo aséptico. Por ejemplo, será mucho más fácil hacerse presente en los medios de comunicación explicando los porqués de la inmoralidad del aborto, que limitándose a exponer la dignidad de la vida humana. Es verdad que las afirmaciones en positivo («la vida es sagrada») tienen unas consecuencias en negativo («no matarás»); mientras que las afirmaciones en negativo («no matarás») suponen la formulación positiva («la vida

es sagrada»). Sin duda, los dos géneros deben ser complementados prudentemente, según la circunstancia; pero es claro que si pretendemos hacer presente el Evangelio de Cristo en los medios de comunicación, hemos de perderle miedo a la contraposición apologética, si no queremos que se nos rechace bajo la acusación de que empleamos un lenguaje eclesiástico tan plano como aburrido.

Importancia del lenguaje directo en la evangelización

Dentro de la autocrítica que debiéramos hacer en el seno de la Iglesia, está la falta de un lenguaje claro y directo que nos permita entrar en diálogo con el mundo contemporáneo. Es más, a veces el lenguaje alambicado es un mero recurso para encubrir la falta de claridad en el pensamiento. Permítaseme una anécdota personal. Era yo seminarista cuando asistí a una conferencia de uno de esos teólogos a los que parece que el Diccionario de la Real Academia se les ha quedado pequeño; y abrumado por su discurso, le dije al oído a un amigo, profesor de teología, que tenía a mi derecha: «No me estoy enterando de nada». A lo que éste me respondió: «No te preocupes, yo me estoy enterando de todo, y no está diciendo nada». ¡Tengo que reconocer que me quedé muy relajado! Pero al mismo tiempo, confirmé mis sospechas de que el lenguaje supuestamente erudito puede llegar a ser un subterfugio recurrente; y que, sin embargo, como decía C. S. Lewis: «La verdadera prueba es el lenguaje corriente y directo». La Iglesia siempre ha desconfiado de las teorías teológicas que no pueden ser trasladas al lenguaje del catecismo. En esto, por lo menos, coincidimos con la mentalidad práctica popular.

¿Quién de nosotros, los sacerdotes, no ha escuchado de los jóvenes de nuestras parroquias: ¡José Ignacio, no seas chapas!? ¿Quién de los que hemos escrito en estas páginas no ha sido reprendido en ocasiones por sus conocidos en demanda de mayor claridad de exposición? ¿Quién no ha metido la pata con las palabras utilizadas, causando ofensa a algunos, cuando él no pretendía sino amar en la verdad? En fin, por todo ello, aprovecho la ocasión para pedir sinceramente perdón.

Dios mediante, el próximo domingo 10 de septiembre, a las 6 de la tarde, seré ordenado obispo de la Iglesia Católica, en la catedral de Palencia. No le pido a Dios nada más que ser su instrumento (¡y nada menos...!). Permitid que traspase los límites de este foro público para

haceros un ruego con énfasis: ¡Rezad por mí! Confío en esa comunión que nos une a católicos en la fe, por encima de nuestras sensibilidades. ¡En Palencia tenéis vuestra casa! Siempre, claro, ¡¡que no vayáis todos a la vez!! Quiero llevaros a todos en mi corazón, de la misma forma que el Señor nos lleva en el suyo. ¡Corazón de Jesús, en Ti confío!

HOMILÍAS

«Un año más, San Antolín»
Diario Palentino, 6 de septiembre de 2009

El Señor nos concede la gracia de celebrar un año más nuestras fiestas patronales. De nuevo, nos reunimos en este marco incomparable de la catedral palentina, para honrar como se merece a San Antolín, nuestro querido patrono.

Permitidme iniciar mis palabras con una breve reflexión sobre la etimología y el significado de la palabra «patrono». «Patrono» viene de «padre». Si consultamos en el diccionario, descubriremos que el significado de este término hace referencia siempre a la «paternidad». Así por ejemplo: «Se dice "patrono", del defensor o bienhechor; Amo o Ama; Santo o Santa elegido como protector de un pueblo o institución».

En otras palabras, el concepto de «patrono» está relacionado, en última instancia, con la «paternidad» divina, de la cual el «patrono» no es sino un reflejo... Dios es nuestro Padre, que cuida amorosamente de cada uno de nosotros, además de que acompaña y conduce los destinos de nuestro pueblo... Afirmar que tenemos «patrono», es tanto como reconocer que no deambulamos como «ovejas sin pastor», que acogemos de forma agradecida un principio de autoridad moral sobre nuestras vidas, que hemos descubierto un modelo del que sentirnos orgullosos y al que imitar...

Más aún, la afirmación consciente y consecuente del «patronazgo», supone por nuestra parte una resistencia a pactar con el relativismo que padece nuestra cultura, así como un buen antídoto frente a la orfandad moral en la que nos vemos sumergidos... En efecto, una de las causas de la actual crisis moral y espiritual tiene su origen en la absurda suposición de que el ejercicio de nuestra libertad es incompatible con la aceptación de cualquier autoridad sobre nosotros. Nos han hecho creer

que la madurez del hombre se conseguiría al precio de romper con todos los vínculos a los que debemos reconocimiento. ¡¡Qué gran error!!

Hoy estamos siendo testigos de cómo la crisis de autoridad, en la propia familia, en la escuela y en tantos otros ámbitos de la sociedad, genera profundas heridas y graves males. Ciertamente, cuando rompemos con las ataduras que nos oprimen, nos liberamos... Pero, sin embargo, cuando cortamos con nuestras raíces y con nuestras tradiciones cristianas, estamos abocados a un debilitamiento moral, generador de todo tipo de esclavitudes...

Tenemos acumulada suficiente experiencia como para afirmar que cuando negamos a Dios como valor supremo de nuestra existencia, más que en «ateos», nos convertimos en «idólatras», cautivos de multitud de miserias morales que nos atenazan y que nos impiden vivir la libertad de los hijos de Dios.

Por ello... ¡¡sentiros orgullosos del patronazgo de San Antolín!! ¡Que por su medio crezca nuestra confianza en la providencia de Dios!

En el comienzo de este curso 2009-2010, le encomendamos a nuestro patrono que nos guíe en el ejercicio de nuestras responsabilidades. Para ello, y a modo de ayuda, permitidme recomendaros a todos, pero muy especialmente a vosotros, los que habéis elegido el camino de la política para servir a nuestro pueblo, la lectura de la encíclica *Caritas in Veritate,* recién publicada por el Papa.

Se trata de un luminoso documento del Magisterio Social de la Iglesia, publicado en el contexto de esta crisis económica que padecemos, en el que se nos recuerda que la virtud de la justicia solamente es posible cuando va acompañada de la caridad. La justicia sin el amor termina por resultar una meta utópica. Escribe así Benedicto XVI: «La caridad no es sólo el principio de las micro-relaciones (las amistades, la familia, el pequeño grupo), sino también de las macro-relaciones (las relaciones sociales, económicas y políticas)» (n. 2). Dicho de otro modo: solamente cuando se ama al prójimo está asegurada la justicia. En consecuencia... ¡qué necesario es el cultivo de la espiritualidad para la consecución de la justicia! ¡Qué importante será que los gobiernos respeten el ejercicio de la libertad religiosa, para la consecución del bien común!

Y, correlativamente, el Papa nos recuerda en su encíclica que la caridad no puede ser entendida como un sentimiento subjetivo y arbitrario. Muy al contrario, la defensa de la verdad es un ejercicio insustituible de la práctica de la caridad. Así lo dice el Papa: «Sin verdad, la

caridad cae en mero sentimentalismo. El amor se convierte en un envoltorio vacío que se rellena arbitrariamente. Éste es el riesgo fatal del amor en una cultura sin verdad. Es presa fácil de las emociones y las opiniones contingentes de los sujetos» (n. 3).

En referencia a la necesidad de respetar el orden moral objetivo, Benedicto XVI nos recuerda en su encíclica que la cuestión social se está convirtiendo en nuestros días, para bien y para mal, en una cuestión antropológica... Ciertamente, hay que dignificar al máximo la vocación política, consistente en administrar y ordenar la vida social; pero, al mismo tiempo, hemos de hablar claro y con fortaleza ante la tentación que pretende redefinir desde la acción política el mismo concepto de «vida», de «muerte», de «matrimonio», de «familia», de «educación», de «virtud»... que son bienes morales prepolíticos, y que deben ser reconocidos, tutelados y promovidos por todos en la vida social.

Me atrevo a pedir a San Antolín un bien que considero prioritario en este momento de la vida de España: ¿Y si dejásemos de cuestionar desde los idearios políticos estos bienes morales fundamentales? ¡Qué gran servicio podríamos hacer a la vida social española, si entendiésemos que determinados valores, tales como el respeto a la vida, la tutela de la familia y de sus derechos, están radicalmente por encima de esas sensibilidades, a las que designamos como de «derechas» o de «izquierdas»; «conservador» o «progresista»!

La convivencia social difícilmente será estable, mientras estemos sumergidos en una permanente crisis de valores en la que se cuestiona lo más básico y fundamental. Si ignoramos o despreciamos los cimientos de nuestra civilización, difícilmente conseguiremos un consenso en la elección de los caminos a seguir...

Por esto es tan importante la objetividad de las verdades morales, porque las dictaduras de nuestros días tienen sus raíces en los relativismos. Tenemos la experiencia de que cuando no se reconoce la dignidad trascendente de la persona humana, termina por triunfar la lógica del poder arbitrario (cfr *Veritatis Splendor* n. 99).

No quiero concluir esta homilía en el día de nuestro patrono, sin hacer referencia a la próxima elevación a los altares del Hermano Rafael Arnáiz, monje trapense de la Abadía Cisterciense de Dueñas, que será canonizado en Roma el próximo 11 de octubre. Afortunadamente, entre los santos no existen ni celos ni envidia alguna, y San Antolín estará encantado de que su fiesta sea el marco para que comprendamos que

la santidad de los primeros siglos de la Iglesia, representada en nuestro patrono, ha sido encarnada por otros muchísimos seguidores de Cristo, llegando hasta el siglo XX, como es el caso del joven Rafael Arnáiz; y hasta el siglo XXI, como se espera de cada uno de nosotros.

Un grupo de siete obispos hemos publicado una Carta Pastoral Conjunta, especialmente —aunque no exclusivamente— dirigida a los jóvenes, con el título «Buscad el rostro de Dios». Os invito a todos a leerla, para que nos empapemos de la profunda experiencia de Dios de este monje trapense. ¡Que los de casa no seamos los últimos en descubrir los tesoros que muchos forasteros se acercan a conocer en nuestra tierra!

A los que podáis participar en la peregrinación diocesana a Roma el 11 de octubre, os animo a ello, para que seamos muchos los palentinos que estemos presentes en un momento tan trascendente. No obstante, al regreso convocaremos en esta catedral una Eucaristía en acción de gracias por la elevación a los altares del Hermano Rafael.

Concluyo con una breve cita entresacada de sus cartas, en la que nos cautiva al recordarnos que la santidad está al alcance de todos:

> El camino de la santidad cada vez lo veo más sencillo. Más bien me parece que consiste en ir quitando cosas, que en ponerlas. Más bien se va reduciendo a sencillez que complicando con cosas nuevas [...] No hace falta para ser grandes santos grandes cosas, basta el hacer grandes las cosas pequeñas. Dios me puede hacer tan santo pelando patatas como gobernando un imperio» (n. 790)

¡Ojalá nos sintamos atraídos por la lectura de sus escritos, traducidos ya a multitud de idiomas!

Bajo la protección de San Antolín y del Hermano Rafael, os pongo a todas las familias palentinas al inicio de este nuevo curso. ¡Que a lo largo del camino, ellos nos ayuden a mantener firme nuestra Esperanza! Amén.

«POR CRISTO, CON ÉL Y EN ÉL»
Diario Palentino, 21 de junio de 2009

La doxología que el sacerdote pronuncia al concluir la Plegaria eucarística de la Santa Misa —«Por Cristo, con Él y en Él»—, visualizada en estos estandartes que adornan el presbiterio, nos ofrece el marco de los tres eventos que hoy nos convocan: «Por Cristo» —Año Jubilar Sacerdotal—; «con Cristo» —Adoración Perpetua—; «en Cristo» —renovación de la Consagración de Palencia al Sagrado Corazón de Jesús.

La imagen del Cristo del Otero se asoma de medio cuerpo en el estandarte, mostrando su rostro, de forma velada... ¡Todo un símbolo de nuestro seguimiento al Señor: en curso pero inacabado! Le conocemos, aunque todavía es un misterio por explorar; le amamos, pero en una medida inferior a la que Él tiene derecho a recibir de nosotros; esperamos en Él, pero no somos inmunes a los desalientos y desesperanzas...

En esta solemnidad del Corazón de Jesús, fijamos nuestros ojos en esta su imagen, con el deseo de ver cumplida la profecía de Zacarías citada en el Evangelio de San Juan: «Mirarán al que traspasaron» (Jn 19, 37). A Santa María, la que no sólo «miró» sino que llegó a «ver» el misterio de amor que se escondía en el Corazón de su Hijo, le pedimos que nos acompañe y ayude a abrir nuestro corazón en este acto de fe que nos disponemos a realizar.

Por Cristo

No es muy difícil suponer cómo nació la decisión del Papa de convocar este Año Jubilar Sacerdotal. El sucesor de Pedro, gracias al ejercicio de su ministerio, tiene una «atalaya» privilegiada para ver los problemas que acucian a la Iglesia, así como para discernir las prioridades pastorales que deben ser acometidas.

La preocupación por los sacerdotes ocupa un lugar prioritario en el corazón del Papa y en el Corazón de Cristo. También ha de ocuparlo en el nuestro. ¡He ahí la razón de ser de este Año Jubilar!

Las palabras de Benedicto XVI son muy claras: «Para favorecer la necesaria tensión de los sacerdotes hacia la perfección espiritual, de la cual depende en gran medida la eficacia de su ministerio, he decidido convocar un Año Sacerdotal especial». ¡Qué gran responsabilidad tenemos los sacerdotes! Sin exageración alguna podemos afirmar que los

fieles que nos son encomendados, se van a ver condicionados, en gran medida, por nuestra santidad o por nuestra mediocridad.

En consecuencia, tenemos que aprovechar este Jubileo para reavivar la gracia que recibimos el día de nuestra ordenación sacerdotal, por la imposición de las manos (cf. 2 Tim 1, 6). Nuestra identidad sacerdotal necesita de la celebración diaria y devota de la Santa Misa, la confesión frecuente, el rezo ordenado de la Liturgia de las Horas acompañado de la oración mental, la lectura de la Palabra de Dios, el rezo del Santo Rosario, la práctica habitual de los retiros sacerdotales y de los ejercicios espirituales anuales, el estudio ininterrumpido del Magisterio de la Iglesia, el recurso habitual a la dirección espiritual, el trato de amistad y la adhesión cordial con el obispo y con los hermanos del presbiterio... La caridad pastoral ha de ser alimentada, de modo similar a como aquellas lámparas de las cinco vírgenes sensatas eran provistas de aceite (cf. Mt 25, 1ss) ¡Estoy seguro de que si viviésemos intensamente estos medios de gracia estaríamos desarrollando ya, sin pretenderlo incluso, la más eficaz de las campañas vocacionales!

El Año Jubilar Sacerdotal se inaugura coincidiendo con los 150 años del fallecimiento del Santo Cura de Ars, San Juan Maria Vianney. Quien hasta ahora era patrono de los párrocos, pasa a ser, según nos anuncia el Papa, patrono de todos los sacerdotes, independientemente de su cargo pastoral.

Fijémonos en la figura de nuestro patrono: no fundó nada fuera de su aldea de 230 habitantes, no escribió ningún libro, no organizó ningún viaje, no alcanzó ningún título académico, no asumió ningún cargo diocesano de responsabilidad... Se limitó a luchar hasta la extenuación por la oveja perdida en aquella lejana y diminuta aldea de Francia; se convirtió en un apóstol del confesionario, celebró la Santa Misa con gran devoción, catequizó a los niños con paciencia, visitó a los enfermos como a los preferidos de Cristo... Fue «simplemente» ¡sacerdote!

Con Cristo

Como bien sabéis, nos disponemos también a inaugurar la Adoración Perpetua en Palencia. Al concluir esta Eucaristía saldremos en procesión con el Santísimo Sacramento hasta la capilla de las Clarisas, donde será ubicada esta Adoración Permanente.

No dudéis de que estamos comenzando un proyecto vital para nuestra diócesis. Nuestro objetivo es que haya siempre uno o varios palentinos ante el Santísimo Sacramento, intercediendo por la Iglesia y por el mundo entero. La importancia de la oración la vemos reflejada en la misma vida de Jesucristo. En efecto, el Evangelio nos cuenta que Jesús buscaba con frecuencia lugares solitarios y silenciosos, incluso robando horas al descanso nocturno, para hacer oración.

La eficacia de la evangelización no tiene como único instrumento la predicación o la administración de los sacramentos. Dentro del Cuerpo Místico de Cristo, existe una vocación muy especial de «maternidad espiritual», que ejercitamos practicando la caridad, ofreciendo sacrificios y rezando, bien sea por los sacerdotes, bien sea en favor de nuestros familiares y conocidos, bien sea por otras personas necesitadas de la ayuda divina para poder afrontar situaciones complicadas en sus vidas... La Adoración Perpetua es una continua intercesión de unos por otros, que nace de la conciencia de que nada somos sin la gracia de Dios. Como dice el salmo: «Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles; si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas».

Leo literalmente la invitación (8-XII-2007) que nos dirigió a todos los obispos el cardenal Hummes, Precepto de la Congregación para el Clero:

> Suscitemos en la Iglesia un movimiento de oración, que coloque en el centro la adoración eucarística continuada durante las veinticuatro horas, de tal modo, que de cada rincón de la tierra se eleve siempre a Dios incesantemente una oración de adoración, agradecimiento, alabanza, petición y reparación, con el objetivo principal de suscitar un número suficiente de santas vocaciones al estado sacerdotal y, al mismo tiempo, acompañar espiritualmente —a nivel del Cuerpo Místico— con una especie de maternidad espiritual, a quienes ya han sido llamados al sacerdocio ministerial.

Pero, la Adoración Perpetua no será solamente un ejercicio para hablar con Dios, sino que será también —principalmente— un lugar de escucha. ¡Cuántas cosas quiere decirnos Jesucristo, y no encuentra en nosotros el momento de silencio y de acogida necesario! Si deseamos que el Espíritu Santo ilumine los pasos de nuestra vida, tendremos que ponernos en oración y darle ocasión para que nos inspire... ¡¡Qué menos!!

Por ello, os animo de corazón a que participéis en este proyecto. Yo mismo deseo implicarme personalmente en él. Soy beneficiario de vues-

tra oración, lo cual os agradezco profundamente, pero también estoy llamado a ser intercesor en favor vuestro. Dios nos ha puesto a unos en el camino de los otros, estamos todos en la misma barca —la barca de Pedro—, nuestra meta es la misma, los peligros que nos acechan son muy similares... ¿No será lógico y normal que recemos unidos, los unos por los otros, creciendo así en conciencia de corresponsabilidad en medio de la Iglesia y del mundo?

En Cristo

Por último, nos disponemos a renovar la Consagración de Palencia al Corazón de Jesús. La realizó por primera vez en esta diócesis, hace 110 años, el entonces obispo de Palencia, Enrique Almaraz.

La Consagración al Corazón de Jesús es un acto tan sencillo como profundo. Se trata de reafirmar consciente y libremente que hemos nacido del amor de Dios, y que reconocemos a Cristo como nuestro Salvador. Consagrarse es decirle a Cristo «totus tuus», somos «plenamente tuyos» y queremos serlo en la práctica, no sólo en la teoría. Consagrarse es volver al «amor primero» del que nunca nos debiéramos haber alejado. Lo más trágico que ha podido suceder en nuestra vida es haber dado la espalda al Amor de Dios. Y, por el contrario, lo más gozoso es el regreso al Corazón de su Hijo Jesucristo, para comprobar que nuestro nombre ha estado inscrito en él desde toda la eternidad.

Pero, vamos a señalar un matiz importante, ya que no se trata de un acto meramente individual. Consagramos Palencia entera al Corazón de Jesús... ¿Por qué?

Somos corresponsables de lo que ocurre a nuestro alrededor. Jesús nos advirtió de ello al dirigirnos aquella palabra de vida: «El que esté libre de pecado, que tire la primera piedra» (Jn 8, 7). Por ello, la Consagración al Corazón de Jesús tiene también un componente importante de reparación, no sólo por nuestros pecados, sino también por los de los demás. En realidad, el mundo no se divide en buenos y malos, sino en corresponsables e irresponsables. El Cirineo no era menos pecador que los demás, pero tuvo la gracia de cargar unos metros con el peso del pecado del mundo, aliviando las espaldas de Jesucristo.

Consagrar Palencia al Corazón de Jesús supone también una toma de conciencia de que necesitamos abrirnos a Cristo para poder ser felices en nuestras relaciones sociales. La experiencia nos está demostran-

do que la auténtica justicia social se funda en Cristo, de forma que cuando le damos la espalda a Dios, nos embrutecemos; llegando incluso a ser incapaces de reconocer la dignidad de todo ser humano, especialmente de los más débiles... ¡Sin Cristo no hay justicia social! ¡Sin Cristo no hay hombre!

Ahora bien, el hecho de que consagremos Palencia entera al Corazón de Jesús, no quiere decir que estemos imponiendo nuestra fe a nadie. Cristo se propone, no se impone. Cristo está deseando llevar a cabo su reinado de amor entre nosotros, pero está esperando a que respondamos a su invitación personal y comunitaria: «Mira que estoy a la puerta llamando, si alguno escucha mi voz y me abre, entraré y cenaremos juntos» (Ap 3, 20).

Ese reinado de Cristo tiene una característica que le distingue de todos los demás. Su táctica consiste en transformar los corazones para que el mundo pueda cambiar. ¡Cambiar «cada uno», para que las cosas puedan ser distintas!... ¿Y si yo cambiase en este día? ¿Y si tú también volvieses a nacer de nuevo? ¿Qué ocurriría si cada uno de los aquí presentes nos sumásemos a esta «ola concatenada» de transformación y de conversión? A buen seguro que podríamos ver realizada la profecía que se describe en el libro final de la Sagrada Escritura, en el Apocalipsis: «Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra ya no existen [...] Entonces dijo el que está sentado en el trono: « Mira que hago un mundo nuevo» (Ap 21, 1.5).

Corazón de Jesús, me fío de Ti porque lo puedes todo, me conoces del todo y me quieres a pesar de todo. ¡Sagrado Corazón de Jesús, en Ti confío!

APÓSTOLES DE LA VIDA

Diario Palentino, 5 de abril de 2009

Celebramos esta Vigilia de oración por la Vida, con el trasfondo de la encíclica que el Siervo de Dios, Juan Pablo II, publicó en la Solemnidad de la Encarnación de 1995: *Evangelium Vitae*. La palabra «evange-

lio», etimológicamente significa «buena noticia». Es decir, *Evangelium Vitae* es «la buena noticia de la Vida».

He aquí la cuestión clave de partida: La vida es... ¿buena noticia, o mala noticia? ¿Es buena noticia «siempre», o solamente cuando ha sido previamente deseada, cuando se presenta sana y exenta de dificultades?

La buena nueva del cristianismo consiste, precisamente, en la proclamación de nuestra fe, esperanza y amor hacia la vida: La vida —toda vida— es una elección de Dios, que nos ha amado llamándonos a la existencia. La vida no es un «objeto» de consumo que nosotros podamos programar y encargar, como hacemos legítimamente con tantas otras cosas. Es posible que llegue sin haber sido programada... Y, entonces... ¿qué le diremos? ¿Tal vez... «¡Eres una indeseada!»?

¡No!, la vida no es un «objeto», sino un «sujeto». Y aunque pudiera sorprendernos con su llegada inesperada, nuestra esperanza está llamada a darle una bienvenida incondicional, acogiéndola e invitándola a sentarse a nuestra mesa.

Testimonio de los cofrades

Quiero felicitaros de una manera muy especial a los integrantes de la Hermandad de Cofradías de Semana Santa de Palencia, por el testimonio que estáis dando al hacer pública vuestra adhesión a «la causa de la vida».

¿Cómo no recordar el evangelio que proclamamos el Domingo de Ramos, en el que un grupo de fariseos exigía a Jesucristo que acallase a la multitud que le aclamaba en su entrada en Jerusalén: «¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!»? La respuesta del Señor resuena hoy como si fuera dirigida a vosotros: «Si estos callan, gritarán las piedras» (Lc 19, 40).

¡Dichosos vosotros porque habéis prestado vuestra voz a los que no tienen voz, y os habéis ofrecido como altavoces de los más inocentes! ¡Dichosos vosotros porque en vuestra defensa de la vida «indefensa», habéis sido objeto de amenazas, ridiculizaciones y calumnias! Estad alegres y contentos, porque un día escucharéis del Señor aquellas palabras tan sorprendentes: «Tuve hambre y me disteis de comer, mi vida estaba desprotegida y la defendisteis [...] Cada vez que lo hicisteis con uno de esos mis humildes hijos, conmigo lo estabais haciendo» (cf. Mt 25, 35-40).

Algunos se pensaban que los cofrades erais una especie de museo viviente de interés turístico... y se han llevado una sorpresa al comprobar que sois, ante todo y sobre todo, ¡discípulos de Jesucristo!

¿Una campaña para dividir?

Se ha acusado a la Iglesia Católica de dividir a la sociedad española con esta campaña contra la ampliación del genocidio silencioso del aborto. Es una acusación grave, dado que una de las misiones de la Iglesia es ser fermento de unidad en el mundo.

Es cierto que Jesucristo se presenta en el Evangelio como el «Príncipe de la Paz», que ordena a Pedro enfundar su espada y le reprocha su espíritu violento... Pero, al mismo tiempo, es el mismo Señor el que nos advierte: «¿Pensáis que he venido a traer paz a la tierra? No, he venido a traer división» (Lc 12, 51). Ciertamente, la paz que Jesucristo nos enseña a proclamar, no es la paz de las «conciencias anestesiadas», ni la paz de las «injusticias silenciadas»... Es la paz fundada en «la Verdad que nos hace libres» (cf. Jn 8, 32); aunque bien es cierto —y así lo estamos comprobando— que la defensa de la verdad puede resultar mortificante y que, en ocasiones, es percibida como ofensiva, por quienes prefieren vivir en las tinieblas.

Ciencia y fe, centinelas de la Vida

Uno de los signos de los tiempos en esta batalla por el reconocimiento de la dignidad de todo ser humano, lo encontramos en la confluencia entre la ciencia y la fe, que van unidas de la mano para afirmar la inviolabilidad de la vida, desde el instante de su concepción hasta su muerte natural. La ciencia, la auténtica ciencia, —y no aquella que está ligada a proyectos comerciales o a subvenciones públicas—, se ha pronunciado en estos días de una manera diáfana, a través de la llamada «Declaración de Madrid», firmada por unos dos mil expertos en biomedicina, bioquímica y otras especialidades.

Paralelamente, la luz de Cristo nos permite reconocer la Ley Natural, que es negada a causa del eclipse de la razón, al que ha conducido la cultura de la muerte. La gracia de la fe y el Magisterio de la Iglesia

resultan cada vez más necesarios para conocer la naturaleza del hombre. La ciencia y la fe aparecen más hermanadas que nunca.

La «cultura de la Vida» frente a la «cultura de la muerte»

La reivindicación del aborto y del suicidio, como si fueran derechos humanos, se encuadra en la llamada «cultura de la muerte»; que, poco a poco, se ha ido introduciendo entre nosotros, cambiando radicalmente los presupuestos de la cultura de la vida, de claras raíces cristianas. Utilizando una imagen muy gráfica, parece como si se hubiese procedido a cambiar el agua de la pecera por otro líquido extraño, sin que «los peces» nos hubiésemos percatado de ello. ¡Tal ha sido la inversión de valores que se está produciendo en pocas décadas!

Pero tengamos en cuenta que la cultura de la muerte no se manifiesta exclusivamente en el aborto o en otras acciones criminales. Por muy «a favor de la vida» que nos consideremos los aquí presentes, descubrimos que en nuestra vida diaria pueden darse determinadas opciones, deudoras de los mismos antivalores que sustentan la cultura de la muerte. Me permito señalaros algunas de ellas, a modo de examen de conciencia. (¡El que esté libre de pecado que tire la primera piedra!):

1.º ¿Me alegro de la existencia de todos, sin excepción? ¿Soy capaz de decir, de todos y cada uno: «¡Qué bueno es que existas!»?

2.º ¿Valoro la vida, más por el «ser» que por el «tener»?

3.º ¿Respeto la dignidad, la singularidad y la libertad del prójimo, o lo utilizo a mi servicio y capricho?

4.º Puesto que los cristianos consideramos que la vida es un regalo del amor de Dios, ¿vivo, en consecuencia, alegre y agradecido; o, por el contrario, arrastro amarguras y tristezas?

Por todo ello... porque queremos apostar por la cultura de la Vida frente a la cultura de la muerte, nos disponemos a hacer un gesto hondamente significativo en el momento final de esta Vigilia: descenderemos en procesión hasta la cripta de San Antolín, que nos evoca la primitiva Iglesia palentina, las raíces de nuestra fe... En ese lugar se ha predicado de forma ininterrumpida durante siglos, la sacralidad de la vida. ¿Vamos a cortar ahora con las raíces de nuestra fe y de nuestra cultura, después de dos mil años de transmisión del Evangelio de la Vida?

Que nuestra existencia sea un canto de gratitud a Dios, nuestro creador, así como a nuestras madres, que tomaron a María como mo-

delo de apertura y de acogida al don la vida. Que Ella nos conceda la gracia de ser, en este momento crucial de la historia de España, «apóstoles de la vida», capaces de gritar ante quien quiera escucharnos: ¡Hosanna! ¡Sí a la Vida! ¡Viva la vida!

CINCO PISTAS PARA LA COMUNIÓN (EN LA MISA DE CLAUSURA DEL FÓRUM DE PASTORAL CON JÓVENES)

Diario Palentino, 10 de noviembre de 2008

Queridos jóvenes:

Os podéis imaginar que, un «servidor», quisiera ahora acertar. Voy a decir que me he confesado hace un rato, y que le he pedido luz al Espíritu Santo para dirigirme a todos vosotros. Os hablo, no en nombre propio, sino en nombre de todos mis hermanos obispos, que con mucho gozo hemos compartido esta asamblea, y que queremos también deciros una palabra de aliento, de ánimo, que ilumine vuestro camino.

Aquí ha habido una palabra que se ha repetido mucho. Yo creo que ha sido posiblemente la más repetida. Es de la que quisiera hablaros... es la palabra «Comunión». Sí..., precisamente, forma parte del ministerio episcopal ser «garante» de esa comunión, ser «animador» de esa comunión. Por eso, quisiera que esta homilía tuviera el siguiente título: «Cinco pistas para la comunión». Es lo que yo os quisiera indicar. En este tono litúrgico, os pediría que no hubiera aplausos. Vamos a reservarlos para la homilía del Papa, en el 2011. Además, por otra parte, aunque no os parezca... soy tímido. Todavía recuerdo cómo a mis catorce o quince años, cuando sonaba el teléfono en casa, yo me escapaba a otra habitación por no cogerlo, pues me daba corte hablar con alguien sin verle la cara. Mi madre me echaba la bronca: «¡Qué va a ser de ti el día de mañana, tienes que dar la cara...! ¡Coge el teléfono!». A veces, cuando me acuerdo de esa anécdota de mi vida, pienso: «¡Hay que ver cómo el Señor te pega un empujón y te lanza a la piscina en muchas cosas!». Pero no penséis que se deja de ser tímido, aunque se vaya aprendiendo a dar la cara...

En este tono de familia en el que estamos, os presento cinco pistas para la comunión en la Iglesia.

Primera pista

Acabamos de terminar, providencialmente, el Sínodo de la Palabra. Nos resultará de gran ayuda una lectura «íntegra» y «profunda» de la Sagrada Escritura... No una lectura parcial o sesgada; sino una lectura íntegra y profunda.

Hay dos métodos para leer la Biblia. El primero suele ser buscar en ella los textos en los que uno se ve más identificado («Esta parte del Evangelio me dice mucho... ésta otra no me dice nada... ésta la dejo..., paso la página...»). Es decir, en lo que me siento identificado me paro, lo reflexiono, lo comento...

El otro método es: leo la Biblia y me fijo en lo que me conmueve, pero también me paro y me fijo en esas otras partes de la Escritura que no me dicen nada; o incluso que parece que son un poco «chirriantes» para mi sensibilidad. Posiblemente, si llego a leer la Escritura de esta manera, caeré en la cuenta de que tengo carencias que debo de completar. Y la Revelación viene en auxilio de mi visión parcial de Dios.

Si uno lee la Escritura únicamente con el primer método, tiene el peligro de «retroalimentarse», tiene el peligro de pensar que la Revelación de Dios ha venido a apoyar su sensibilidad, «a reafirmarme en lo mío». Es decir, tiene así el peligro de hacerse un dios a su medida.

Sin embargo, si leemos la Escritura con el segundo método, fijándonos en aquello que me cuesta más entender y hacerlo mío, porque es Revelación de Dios, Palabra de Dios...entonces seguro que alcanzaremos la «comunión» en el Dios Revelado, comunión en el Dios que me hizo a mí, y no en el dios que yo me he hecho.

Segunda pista

En el Sínodo de la Palabra —lo habréis escuchado por los medios de comunicación— se ha insistido en que, a diferencia del mundo protestante, los católicos no creemos en la libre interpretación de la Sagrada Escritura, sino que la Iglesia católica afirma que la Escritura es leída en el interior de la Iglesia, en la Tradición de la Iglesia, en el seno de la Iglesia... Por lo tanto, la segunda pista que os quiero proponer para la Comunión es ésta: La fidelidad al Magisterio, la fidelidad a la Tradición de la Iglesia. Sin ella no encontraremos esa Comunión.

El «tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» es básico, y no tenemos que avergonzarnos nunca de él. O dicho de otra manera: sin la «comunión con Pedro» no puede haber «comunión entre nosotros». A lo sumo, tendremos coincidencia de sensibilidades o de ideologías y parecerá que estamos en comunión, pero eso... es otra cosa.

Sin Pedro no hay comunión. Esto es básico, porque de lo contrario, estamos condenados a acercarnos al misterio de la Iglesia con criterios que son ajenos a nosotros, que son extraños a nosotros. Fijaos..., nos han querido colar... nos quieren colar (no hablo sólo del pasado), lecturas de la realidad de la Iglesia con criterios extraños al Evangelio: Que si «derechas, izquierdas y centro», que si «los carcas y los progres», que si «Iglesia jerárquica o la Iglesia popular», que si «Iglesia magisterial o la Iglesia caritativa». TODO ESTO ES UN TIMO, ES UNA CARICATURA. No podemos caer en ese error. No podemos permitir que nos metan ese gol y mucho menos meterlo nosotros en propia puerta.

Hay un icono que a mí siempre me ha impactado y que seguro que también vosotros lo habéis visto: aquella fotografía en la que aparecen Juan Pablo II y la Madre Teresa de Calcuta, en la que la Madre Teresa agarraba al Papa de la mano, y bajaban los dos la escalera, con cuidado de no tropezarse. Es la imagen de la Iglesia «petrina» y de la Iglesia «mariana», que caminan de la mano. No podemos permitir que nos metan ese gol. Es básico esto. No hacen falta muchos ejemplos. Estamos hoy en día sufriendo bombardeos contra la comunión: blogs de Internet que parece que se dedican a darse patadas en el tobillo uno contra otro...etc. ¡CREEMOS EN LA COMUNIÓN, EN LA VERDAD REVELADA, EN EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA!

Tercera pista

La tercera pista nos recuerda que la Iglesia no es sólo «apostólica», también es «carismática». Es apostólica y carismática al mismo tiempo. (Ya lo he explicado un poco antes, con el icono de Juan Pablo II y la Madre Teresa). Por lo tanto, es importantísimo para nuestra comunión, que valoremos todos los carismas que suscita el Espíritu Santo, que tengamos prontitud para gozar lo que el Espíritu Santo suscita.

¡Qué gozada que el Señor suscite este carisma o el otro! ¡Y hasta voy a tener santa curiosidad de conocerlos! Vencer la mezquindad de quien sólo entiende lo suyo y lo demás lo mira con sospecha: «¡Éstos no han entendido el Concilio, éstos otros no han entendido no se qué...!».

En la teoría, estamos todos de acuerdo, pero luego ocurre como lo del chiste de Cantinflas. Dicen que fue Cantinflas a un auditorio y pregunta: «¿De qué están hablando?» y le contestan: «Están hablando de la mujer en general». Y entonces Cantinflas respondió: «Sí, pero... ¿la mujer de cuál general?».

Esto nos pasa con los carismas, estamos abiertos a todos los carismas, hasta que nos ponen uno con rostro concreto, y ya me resulta antipático. ¡Hombre! Entonces... ¿de cuál general...? No, no ¡¡en general...no de cuál general!!

Tenemos que amar todos los carismas de la Iglesia, todos los carismas que ha acogido la Iglesia en su seno, porque en todos ellos está la presencia del Espíritu Santo.

Cuarta pista

La Iglesia es carismática y apostólica, como decíamos, pero antes de ser carismática y apostólica, la Iglesia se compone de personas, de «personas concretas»... Por eso, la comunión no se hace sólo en la Palabra de Dios y en el Magisterio. La Comunión se hace también en el Amor, en el cariño real y concreto a las otras personas, en la estima, en el querer a las otras personas con nombre y apellido...

Porque nos puede pasar en el seno de la Iglesia que estemos muy motivados para salir, con la parábola del Samaritano, al encuentro del alejado, y tal vez, somos un tanto antipáticos con el que tengo a mi derecha y a mi izquierda.

Es como aquél que en la calle es «superenrollado», pero luego su mujer tiene que decir: «¡Sí, sí!...¡si usted le conociese en casa...! ¡no hay quien le aguante!». También puede pasar esto en el seno de la Iglesia: que seamos muy «enrollados» repartiendo con los alejados... y luego en casa... pego patadas a la izquierda y a la derecha. ¡Ojo con eso!

Tenemos que amar con cariño a quien Dios ha puesto a nuestro lado en la Iglesia: A ése que pertenece a ese determinado movimiento, a ese catequista...sin celotipias, sin bobadas. LA CARIDAD ES UN PRESUPUESTO INDISPENSABLE DE LA COMUNIÓN.

Quinta pista

La comunión requiere de una Madre. *Sin la madre hay desmadre,* como ello mismo indica. Sabéis que en las familias suele ocurrir que cuando muere la madre, ya es muy difícil reunir a los hermanos. Ha fallecido la madre y los hijos ya no se ven... Antes se juntaban todos en

su casa... Fallece la madre y nos desmembramos entre nosotros. No hay comunión sin María. ¡¡Y no se trata de buscar la belleza estética para acabar la homilía!! ¡NO HAY COMUNIÓN SIN MARÍA!

La madre tiene la capacidad de conocer a sus hijos en su singularidad. Por ejemplo, cuando tú le dices a una madre: «¡Cuánto se parecen tus hijos!». Te dice ella: «¿Que se parecen...?, pero... ¡si son distintísimos!». No hay madre que diga que sus hijos son iguales. Ella tiene la capacidad de distinguirlos subrayando la singularidad a tope. Pero al mismo tiempo, la madre ve a sus hijos como una piña. Muy distintos, pero como una piña. Y no se le puede dar un disgusto mayor a una madre que mostrarle a sus hijos enfrentados entre ellos. Eso lleva a la tumba a una madre. Por eso no hay Comunión sin María.

Me vais a permitir que os muestre este rosario, que tiene cada misterio de un color y que esta mañana he sacado del interior de mi maleta. Este rosario es signo de que la Madre nos quiere «en red». Nos quiere unidos en red. Cada una de estas bolas somos nosotros, cada una de estas cuentas... Ella nos quiere unidos en red. Cuando hablamos de «estar en red», enseguida pensamos en Internet, que está bien... pero yo creo que cuando hablemos de «estar en red» debemos pensar también en que María nos quiere unidos entorno a la oración mariana.

Me estoy acordando de que hace unos catorce años, un domingo por la tarde, me sonó el móvil y me llamaban porque había habido un atentado en una cafetería. (Sabéis que yo soy del País Vasco, y aquél era uno de los peores momentos del terrorismo...). Le habían disparado a un hombre por la nuca. Debía ser un guardia civil que estaba fuera de servicio. Me acerqué rápidamente y me impresionó tremendamente una cosa, fijaos... Me impresionó que aquel hombre, al que le di la absolución —aunque no sé si estaría vivo— momentos antes de morir, había tenido tiempo, yo no sé cómo, de meterse la mano al bolsillo. Al sacársela, vi que la tenía agarrada a su rosario. Aquello me impactó tremendamente. Cada vez que rezo el rosario me acuerdo de aquella escena, de unos dedos agarrados levemente a un rosario.

¿Qué quiero decir con esto?... ¡que también la oración a María es la comunión en el dolor! En ella el pueblo cristiano y los jóvenes compartimos nuestros sufrimientos. María hace una «red» de comunión entre nosotros. Una red de comunión, porque comparte nuestro sufrimiento y tú lo compartes con el que está a tu lado, y tú llevas la cruz del de al lado. SE HACE COMUNIÓN COMPARTIENDO SUFRIMIENTO. Cuando tú has compartido un sufrimiento con alguien, estás unido a él para siempre. Eso

une más que muchos discursos. Compartir la situación de dolor..., ésta es la comunión que María nos quiere dar. Por eso hay tanta gente que se une a María, porque le reza en sus momentos de máxima intensidad de cruz.

Esto es lo que os quiero transmitir en nombre de mis hermanos obispos: estas pistas de comunión. Seguro que habrá más pistas, pero pienso ante el Señor que, sin éstas, difícilmente podremos alcanzar ese don, que en este Forum tantas veces se ha mencionado.

Además, hay un lugar en el que no sólo «se invoca» la Comunión, sino en el que se «hace» la Comunión: la Eucaristía. Como destacaba San Ignacio de Antioquía, uno de los Santos Padres de la Iglesia, la Eucaristía hace de nosotros un sólo corazón, de forma similar a como los granos de trigo se funden en un mismo pan.

Si todos nosotros nos uniésemos a Jesucristo, *Si fuésemos un solo corazón con él,* no habría ningún problema de comunión. *Es nuestro pecado el que dificulta la comunión.* Por tanto, vamos a hacer Comunión, vamos a hacer que la Eucaristía la realice. Que la haga fáctica, que la haga no sólo utopía, sino realidad. Que la Virgen María nos conceda la gracia, cuando hoy comulguemos, de *ser una sola cosa en Cristo*: «Ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí».

SAN ANTOLÍN, PATRONO Y MÁRTIR

Diario Palentino, 2 de septiembre de 2008

Un año más, el Señor nos ha concedido la gracia de vernos reunidos en esta catedral —*corazón de la diócesis palentina*— edificada sobre la ancestral cripta de San Antolín —*signo elocuente de las raíces cristianas sobre las que se asienta la tradición de nuestro pueblo*— para conmemorar a nuestro Santo Patrono mártir, San Antolín.

Somos hijos de mártires

Todavía tenemos muy reciente la emotiva elevación a los altares que tuvo lugar en octubre del año pasado en Roma, de nuestros cincuenta

y un palentinos, víctimas de la persecución religiosa. Durante estos meses de julio y agosto que acaban de concluir, son muchos los pueblos palentinos en los que, de una u otra forma, se ha celebrado la memoria de estos nuevos beatos, aprovechando la visita de tantos palentinos que se han acercado hasta nosotros este verano.

Pero dicho esto, hoy queremos recordar que no sólo somos hijos de mártires, sino que, como consecuencia del Bautismo que un día recibimos, todos los cristianos estamos llamados a vivir la espiritualidad martirial como un elemento esencial de nuestro seguimiento a Jesucristo.

Perseverancia final

En efecto, no se trata de hablar del martirio exclusivamente, en referencia a las persecuciones violentas de determinados momentos históricos. Aun siendo muy importante que guardemos memoria de nuestros antepasados mártires, es necesario también concretar y traducir a nuestra situación actual, esta espiritualidad martirial a la que me quiero referir.

En realidad, la perseverancia en el seguimiento de Jesucristo es ya, de por sí, una especie de martirio. En efecto, Jesucristo nos advirtió que «muchos son los llamados y pocos los escogidos» (Mt 22, 14), poniéndonos en guardia contra la «inconstancia» como uno de los enemigos principales de la vida cristiana: de muchos es el comenzar, pero de pocos el llegar a término.

Estamos en un momento cultural muy proclive a la inconstancia... Somos solicitados continuamente por multitud de novedades que, paradójicamente, tienen una fecha de caducidad muy próxima. ¡Nos ilusionamos y nos desilusionamos con muchas cosas en un espacio muy corto de tiempo! Nuestra cultura actual tiene la característica de ensalzar algunos paradigmas hasta la idolatría, para, al cabo de un tiempo, dejarlos fácilmente en el olvido. Decía el Papa Benedicto XVI a los jóvenes, en el contexto de las Jornadas Mundiales de la Juventud celebradas en Sydney (Australia), que una de las formas de idolatría más evidentes de la cultura contemporánea, consiste en confundir lo «novedoso» con lo «bueno» o con lo «verdadero».

Ahora bien, esto no quiere decir que los cristianos vivamos fuera de este tiempo y del contexto social presente. Ni mucho menos. Los cristianos estamos llamados a ser hijos de nuestro tiempo, pero —y éste es

el matiz importante— sin ser esclavos de nuestro tiempo. No en vano, somos seguidores del Dios vivo que se encarna en la historia humana, pero que, al mismo tiempo, trasciende todo tiempo y lugar.

Por ello, en este modelo cultural tan cambiante, muy fácilmente solemos caer en la tentación de abandonar el seguimiento a Jesucristo, por la inconstancia en las prácticas religiosas. La «infidelidad» es la tentación de nuestros días y la «perseverancia hasta la muerte», es la respuesta del mártir.

En realidad, no lo olvidemos: martirio no es sólo la resistencia ante la hipotética amenaza de la espada, de los fusiles o de la guillotina, sino principalmente, el martirio es la fidelidad ante las seducciones de la mentalidad del momento presente. Con mucha agudeza, decía San Agustín, que «de dos maneras se ha perseguido a los cristianos a lo largo de la historia: atemorizándolos por la violencia, o por una seducción mundana».

La otra cara del martirio

Nosotros estamos acostumbrados a hablar del martirio, generalmente, desde el punto de vista del mártir, destacando su testimonio, su fe, su valentía, etc. Sin embargo, a buen seguro que también nos resultaría provechosa y aleccionadora, la aproximación al hecho del martirio desde la otra cara: es decir, desde la perspectiva de los verdugos y sus cómplices. El Evangelio que hemos leído (Mc 6, 17-29) nos resultará de gran ayuda, ya que narra el martirio de Juan Bautista, apresado y decapitado por Herodes, por causa de haberse atrevido a denunciar la ilicitud del matrimonio del rey Herodes con Herodías, mujer de su hermano Filipo.

¡Que apaguen esa luz!

De Herodías se dice en el Evangelio que: «aborrecía a Juan y quería quitarlo de en medio». No es difícil suponer el motivo: al que anda en tinieblas, le resulta molesta la luz. Herodías es imagen de todos aquellos que se sienten molestos y denunciados por el testimonio y la palabra fiel de los profetas. En vez de razonar pensando que Juan Bautista es un profeta de Dios, enviado para rescatarla de su extravío, se pone a la defensiva, sintiéndolo como su enemigo.

La reacción de Herodías es la de aquellos que gritan enrabietados: «¡Que apaguen esa luz!, porque me hiere la vista acostumbrada a la penumbra». «¡Que silencien esa voz!, porque me dice las verdades que no estoy dispuesto a escuchar».

¡Ojalá acogiésemos siempre en nuestras vidas el testimonio de los profetas, aunque nos resulte exigente y hasta molesto! ¡Ojalá pudiéramos decir que en nuestra vida, nunca hemos apagado su luz, aunque nos haya resultado mortificante!

La complicidad del cobarde

Pero en el Evangelio hay otro personaje que es determinante en el martirio de Juan: el rey Herodes. Paradójicamente, de él se dice que: «respetaba a Juan, sabiendo que era un hombre honrado y santo, y lo defendía. En muchos asuntos seguía su parecer y lo escuchaba con gusto». Sin embargo, y aquí está la paradoja, fue él quien lo apresó, y quien terminó por dar la orden de su decapitación. La seducción de Herodías se transforma en un falso deber de complacencia hacia ella, hasta el punto de llegar a traicionar su conciencia. ¡Cuántas similitudes con aquel Pilatos que entrega a Jesucristo al martirio, aún a sabiendas de que se trata de un hombre justo!

En pocas palabras, el martirio y la persecución de los justos, no sólo se explica por el rechazo de algunos exaltados cegados por el odio, sino sobre todo, por la cobardía y la dejación de otros muchos, que terminan por sucumbir a la complacencia o, simplemente, a la tentación de evitarse problemas, a costa de traicionar la voz de Dios en su conciencia.

Un recuerdo a nuestros difuntos: accidente de Barajas

En este día de nuestro patrono, San Antolín, hacemos una mención especial a todos los palentinos que han fallecido en este último año. De una manera muy especial, recordamos a los tres palentinos fallecidos en el accidente de Barajas: Francisco Javier Valles Marcos, Mariano García Povedano y María Esperanza Borge Calle.

Un accidente de estas dimensiones suscita una gran conmoción en todos nosotros, porque deja patente nuestra fragilidad, así como el he-

cho de que el progreso humano es inseparable de los fallos técnicos, de los errores humanos, etc.

Un suceso como éste, nos invita —por no decir que nos obliga— a reflexionar con mucha humildad sobre el sentido de la existencia. Las circunstancias de nuestra vida y de nuestra muerte pueden ser muy diferentes y variadas, sin que esto cambie la cuestión sustancial que es siempre la misma en todos los casos: ¿qué sentido tiene la existencia? ¿Hay esperanza más allá de la muerte?

Pues bien, nuestro Santo Patrono, San Antolín, tiene una clave de sentido para darnos. Su martirio aclara y da respuesta a muchas preguntas. En realidad, la vida es para buscar a Dios; la muerte, para encontrarle; y la eternidad, para poseerle.

Como decía Kierkegaard: «Cuando el tirano muere, su reino termina. Sin embargo, cuando el mártir muere, su reino comienza».

Ofrecimiento por todos los palentinos

Además de por nuestros difuntos, ofrecemos esta Eucaristía también por todos aquellos palentinos que están padeciendo momentos difíciles, bien sea por la soledad, por la enfermedad, por la crisis económica, o simplemente, por la falta de fe para la búsqueda de sentido en sus vidas.

¡¡Que Cristo sea la razón de nuestra existencia, como lo fue de San Antolín, nuestro patrono!! ¡¡Que Santa María en su advocación de Nuestra Señora de la Calle, nos indique el camino para llegar a su Hijo Jesús!!

FUNERAL POR LAS VÍCTIMAS DEL ACCIDENTE DEL 1 DE MAYO

Diario Palentino, 3 de mayo de 2007

Un funeral es el «adiós» de la comunidad cristiana a cada uno de sus miembros. Y en esta ocasión, el hecho de que realicemos este funeral

conjunto para todas las víctimas del trágico accidente ocurrido en la madrugada del martes en Palencia, nos permite dar un cauce a tantos palentinos, que necesitan expresar sus sentimientos de dolor y de solidaridad con todas las víctimas y con todos los afectados.

Por desgracia, tenemos que reconocer que el estilo de vida de las sociedades urbanas, nos puede conducir a hacernos insensibles a las situaciones que nuestro prójimo pueda estar viviendo cerca de nosotros. Tal vez, al otro lado del tabique tambor de nuestra vivienda, estén teniendo lugar dramas personales que permanecen ocultos. Sin embargo, la conmoción producida en Palencia en estos días, demuestra que el prójimo nos importa; que el sufrimiento del vecino no nos es ajeno; que nuestro proyecto de vida no puede estar —ni está de hecho— sustentado en la indiferencia.

Dios no nos ha creado para que recorramos nuestro camino en soledad, sino en comunidad. La suerte y el destino de quienes me rodean, forma parte de mi propia historia. Hoy recordamos y hacemos nuestras las palabras del apóstol San Pablo: «¿Quién llora, sin que yo no llore con él? ¿quién ríe, sin que yo no ría con él?» (cf. 2 Cor 11, 29). ¡Ojalá nuestras preocupaciones no coincidan únicamente con «nuestras cosas» y «nuestros intereses»! ¡Ojalá cultivemos el olvido de nosotros mismos y la preocupación por los demás, como uno de los secretos de la existencia y de nuestra propia felicidad!

Pero, en esta ocasión, es también muy importante que nuestra fe cristiana nos aporte una clave de sentido en medio de esta tragedia. ¿Cómo entender y encajar el misterio del sufrimiento, el dolor y la muerte? ¿Hay alguna palabra que decir y que nos pueda transmitir luz? ¿Continúan existiendo en medio de estas circunstancias, razones para la esperanza?

El mayor enemigo de la esperanza no es el sufrimiento, ni tan siquiera la muerte. En realidad, la auténtica antítesis de la esperanza es el sinsentido, la carencia de una clave de comprensión de nuestra existencia. Hay algo mucho peor que el dolor y que la muerte: la falta de sentido para afrontarlas.

Ayer por la mañana, tuve el privilegio de compartir la Santa Misa con los enfermos ingresados en el Hospital Psiquiátrico de San Luis. Ante aquella numerosa asamblea de enfermos, asamblea «experta» en dolor y sufrimiento y de los cuales tenemos tanto que aprender, escuché con emoción unas palabras llenas de sentido que me parecen iluminadoras en el momento presente: «por encima de las nubes grises, luce el

sol». No eran unas palabras pronunciadas desde la teoría o la inexperiencia. Era una clave de sentido que se nos ofrecía desde la escuela del dolor, vivida en la esperanza.

«¡Por encima de las nubes grises, luce el sol!». Ciertamente, las nubes impiden ver el sol. Eso es indudable. Pero también es cierto que las nubes no son capaces de impedir que los rayos del sol se filtren a través de ellas, llegando la claridad hasta nosotros y permitiendo que vivamos «a la luz del día».

Así también ocurre con el dolor y el sufrimiento. Podrán ensombrecer nuestra felicidad en múltiples ocasiones, podrán incluso hacer más difícil a muchos la comprensión del sentido de la existencia, pero no hasta el punto de impedir que los signos del amor de Dios continúen llegando hasta nosotros, como rayos que se filtran a través de las nubes. Los sufrimientos de esta vida, por mucho que el mal apriete de forma cruel en momentos determinados, no consiguen impedir que los signos del amor de Dios sigan llegando hasta nosotros.

Por encima de todo, el principal de estos signos, que nos da la clave de sentido de la existencia, es el signo de la Cruz. El papa Juan Pablo II, de feliz memoria, un hombre curtido en el dolor, nos dejó en uno de sus libros esta profunda reflexión: «Si no hubiera existido esa agonía en la Cruz, la verdad de que Dios es Amor estaría por demostrar». (*El umbral de la esperanza*).

El signo de la Cruz es tan silencioso como elocuente: Dios nos ama profundamente; y a través del misterio de la muerte en Cruz de su Hijo, ha convertido el sufrimiento en instrumento de redención, y ha hecho de la muerte la puerta de la vida eterna.

Tal vez, considerando las circunstancias en las que ha tenido lugar la muerte de estos hermanos nuestros, posiblemente nos veamos reflejados en aquel pasaje del Evangelio que nos presenta la muerte como un ladrón que viene de noche: «Velad, pues, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor. Entendedlo bien: si el dueño de casa supiese a qué hora de la noche iba a venir el ladrón, estaría en vela y no permitiría que le horadasen su casa. Por eso, también vosotros estad preparados, porque en el momento que no penséis, vendrá el Hijo del hombre» (Mt 24, 42-44).

Qué duda cabe que la muerte tiene algo de ladrona, porque no avisa, porque nos roba nuestros planes, porque nos exige un absoluto despojo... Pero, por otra parte, también es cierto que aunque las circunstancias que rodean nuestro fallecimiento son impredecibles, no es

menos cierto que no hay cosa más segura y predecible que el hecho incuestionable de la muerte. Vivir de espaldas a esta realidad, sería vivir en el engaño.

Por lo tanto, la muerte no puede ser explicada exclusivamente con la imagen del ladrón que llega a media noche. Se trata de una imagen iluminadora, pero insuficiente. Por ello, el pasaje del Evangelio que hoy hemos leído, del capítulo 25 de San Mateo, nos habla de la muerte bajo la imagen de unas doncellas que esperan la llegada del novio, para celebrar su banquete de bodas. ¡La muerte es descrita con la imagen de un desposorio, de una boda! ¡Qué imagen tan distinta a la del ladrón que llega sin avisar!

Decía un autor católico, Gustave Thibon, que «si no recibimos la muerte como a una novia, la acabaremos recibiendo como a nuestro verdugo». Y la conclusión es bastante clara: el cristiano debe de vivir su existencia de cara a Dios, para que llegue a morir también de cara a Él. La muerte no es el encuentro con lo desconocido, desde el momento en que Dios no resulta desconocido o extraño para los que somos sus hijos... Si la vida es el tiempo de la búsqueda de Dios, la muerte es el momento del encuentro definitivo y la eternidad es su posesión absoluta.

Fijaos que hemos comenzado diciendo que los funerales son el «adiós» de la comunidad cristiana a sus hijos. No sé si caemos en la cuenta del significado de esta expresión cotidiana —«adiós»— tan utilizada en nuestro lenguaje habitual. Adiós significa «hacia-Dios», significa «a Él nos dirigimos», «hacia Él caminamos», «somos peregrinos». La palabra «adiós» ha llegado a ser un saludo coloquial, que la mayoría de las veces utilizamos de forma inconsciente, desconociendo su etimología, pero que refleja claramente las profundas convicciones de nuestra fe y tradición cristianas. Es una de esas expresiones que encierra una clave de sentido que hoy y aquí nos es muy necesaria.

Curiosamente, cuando saludamos diciendo «adiós», con frecuencia recibimos por contestación un «hasta luego». Tan cierto es que el funeral es una «despedida», como que también es un «recordatorio» de nuestro destino común con los que nos han precedido, con los cuales nos volveremos a encontrar.

No podemos olvidar que los cristianos no rezamos para no morir, sino para morir bien. Nuestra meta no es la vida física, sino la vida eterna. Y buena prueba de esto la tenemos en los mártires, quienes han preferido morir, antes que perder la «Vida».

Quiero concluir dirigiendo una palabra especial de cariño a los heridos y damnificados, así como a las familias de los fallecidos y desaparecidos. ¡Ojalá que las muestras de afecto y solidaridad de las que os sentís rodeados, sean un signo de que el Amor es más fuerte que la muerte!

También deseo agradecer a todas las autoridades, funcionarios y voluntarios, que estáis llevando a cabo este dispositivo de emergencia, todavía en marcha. De forma especial quiero agradecer a las Hermanitas de los Ancianos Desamparados su acogida y apoyo. Son tantos los palentinos, asociaciones y particulares, que se han volcado incondicionalmente en este momento trágico, que sería imposible mentarlos con detalle. Le pido a Dios que toda esta solidaridad no sea circunstancial y puntual, sino que tenga el debido seguimiento.

Ofrecemos el Sacrificio de la Santa Misa con dolor, pero con esperanza. Le dirigimos al Señor una súplica sincera por el eterno descanso de los difuntos, por el consuelo de sus seres queridos, por el restablecimiento de los heridos, y le pedimos que esta tragedia sea también una ocasión de gracia para despertar sensibilidades dormidas, para suscitar nuestra mutua unión, solidaridad y fraternidad. En definitiva, para abrirnos al mensaje de esperanza que se encierra en la Cruz de Cristo.

COMUNICACIÓN DEL OBISPO DE PALENCIA EN EL INICIO DEL MINISTERIO EPISCOPAL

Diario Palentino, 10 de septiembre de 2006

Me parece estar reviviendo en este momento aquel pasaje del evangelio de San Lucas en el que se nos narra la visita de Jesús a la sinagoga de Nazaret.

> Desenrollando el libro de Isaías, dio lectura al pasaje que dice: «El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor». Enrollando el volumen, lo devolvió al ministro. En

la sinagoga todos los ojos estaban fijos en él. Comenzó, pues, a decirles: «Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy» (cf. Lc 4, 17-22).

Pues bien, queridos hermanos, Dios ha tenido misericordia, una vez más, de todos nosotros, prolongando el pastoreo de su Hijo Jesucristo con el ministerio episcopal... Saliendo en socorro de la orfandad moral que padece nuestra sociedad, el Corazón de Cristo se compadece al vernos como ovejas sin pastor.

Como podéis suponer, al recordaros esta providencia de salvación de Dios para con todos nosotros, a mí me impresiona especialmente el hecho de que sea yo el instrumento elegido para llevar a cabo esa tarea. Por ello, por la convicción de que Dios me ha llamado para transmitiros algo que supera a todas luces mi condición pecadora, he querido elegir como escudo episcopal la imagen del Corazón de Jesús, con el lema «En ti confío».

Dicho de una manera gráfica: tras este anillo episcopal que he recibido en esta liturgia episcopal, y que significa el desposorio de Cristo con la Iglesia (el obispo se desposa con la Iglesia), se esconde otro anillo. Es la alianza del desposorio de nuestra alma con Jesucristo:

No se puede ser esposo de la Iglesia, sin estar desposado al mismo tiempo con Jesucristo... De la misma forma que no se puede ser pastor, si al mismo tiempo no se es oveja dócil... No se puede mandar, si al mismo tiempo no se sabe obedecer... No se puede enseñar, si olvidamos nuestra condición de permanentes discípulos... No se puede hacer correcciones, si quien las hace no es humilde... En definitiva, no se puede ser escultor, si no se tiene la experiencia de ser arcilla.

Por eso, entiendo que todo se resume en que el Señor me ha elegido como instrumento suyo, para hacer con los demás lo que Él hace conmigo. Este anillo episcopal significa al «esposo de la Iglesia», porque, como os decía, implícitamente significa de una forma previa mi «desposorio con Cristo». Ya sabemos que, por desgracia, la santidad no va intrínsecamente unida al ministerio jerárquico, pero es el ideal... y es la única manera de que el Reino de Cristo venga a nosotros. Me encomiendo a mi predecesor, el beato Manuel González, en quien de una manera tan plena se fundió el ser obispo y santo.

En este día tan señalado, quiero solicitar de todos vuestra colaboración para que creemos un clima en el que este ministerio episcopal que la Iglesia me ha encomendado, pueda sea ejercido con «libertad evangélica». Y... ¿cuáles podrían ser los principales obstáculos para llegar

a crear ese necesario clima de libertad evangélica? Permitidme señalar tres:

Dejarnos condicionar y coartar por los esquemas ideológicos de nuestro tiempo

Por desgracia, a veces ocurre que estamos más preocupados por cómo se van a percibir ideológicamente nuestras palabras y nuestras iniciativas, que por discernir si obramos en conformidad con la voluntad de Dios. De sobra conocemos esos esquemas ideológicos a los que me estoy refiriendo: Que si «progresista» o «conservador», que si de «derechas» o de «izquierdas»... Caemos en la trampa de aceptar estos parámetros políticos que son totalmente ajenos al Evangelio, e inadecuados para referirnos al misterio de la Iglesia. ¿Nos acordamos de cómo Juan Pablo II era descrito por muchos medios de comunicación como un hombre conservador en temas de familia y progresista en temas sociales? ¿Era acaso contradictorio el Papa? ¿A cuántos se les ocurrió llegar a la conclusión de que Juan Pablo II era perfectamente coherente con el Evangelio, y que sencillamente eran esos parámetros ideológicos (conservador-progresista, derecha-izquierda) los que resultaban inadecuados para entender la realidad? Insisto, seamos libres, con la libertad de los hijos de Dios, y no nos dejemos encorsetar por esquemas ajenos al Evangelio y a la Tradición de la Iglesia.

Otro peligro frente al que tenemos que estar muy atentos es la lectura reducida del Evangelio y el Magisterio

Hay dos formas de leer el Evangelio. La primera es buscar en él las páginas con las que más nos identificamos, pasando por alto las páginas que no «nos dicen tanto», las que nos resultan «más incomprensibles o incómodas»... La segunda forma de leerlo, sin embargo, consiste en fijarnos especialmente en aquellos pasajes del Evangelio ante los que somos menos sensibles, precisamente porque ello denota en nosotros una carencia en la que el Señor espera que crezcamos. Las dos formas deben de ser complementadas. Pero, ¡qué bien se hacen las cosas cuando nos acercamos al Evangelio, no precisamente buscando una confirmación de nuestra sensibilidad y pensamiento, sino cuando lo leemos

abiertos a lo que el Señor quiera mostrarnos! (Lo que hemos dicho del Evangelio, digámoslo y apliquémoslo igualmente del Magisterio de la Iglesia). En resumen, frente a una lectura reducida o sectorizada del Evangelio y del Magisterio de la Iglesia, tenemos que esforzarnos por una recepción íntegra que asume todos sus aspectos: cultivo de la vida espiritual; comunión eclesial; opción preferencial por los pobres; vivencia y cuidado de la Liturgia; transmisión fiel del depósito de la fe a pequeños, jóvenes y adultos; defensa de la dignidad de la vida humana; presencia de los católicos en la vida pública; denuncia profética de las injusticias y de las leyes contrarias a la dignidad ser humano y de la familia; apoyo a los padres en la defensa de su derecho de dar una educación cristiana a sus hijos; construcción de la paz...

La Libertad Evangélica sólo será posible si en nuestras relaciones entre pastor, sacerdotes y fieles, reina la caridad

Tenemos que dar testimonio de que la verdad y la caridad se funden en Cristo en una sola realidad. Es una falacia tomar excusa de la verdad para faltar a la caridad. De la misma forma que es un engaño escudarse en la caridad para dispensarse de la adhesión y obediencia hacia la verdad. Nuestro modelo es Jesús, quien, con caridad en la verdad, dijo a la pecadora: «Tampoco yo te condeno, mujer, pero vete, y no peques más». Imagino que a la familia de los jesuitas, no les habrá pasado desapercibida la coincidencia de que, hoy día 10 de septiembre celebramos la memoria del Beato H. Gárate, un religioso que trabajó en la portería de la universidad de Deusto durante más de cuarenta años. De él se dice que era tan recto como caritativo. Le llamaban el «Hermano finuras», por infinidad de detalles... como aquel que cuentan sus biógrafos, que cuando repartía las cartillas con las notas a los alumnos, no olvidaba nunca de introducir algunos caramelos en las cartillas que llevaban suspensos, entregándolas además con un especial afecto. ¡Endulzaba la verdad con la caridad! También nosotros debemos tener como norma, que la caridad reine en todas nuestras palabras, incluso en las más exigentes y costosas. Que el amor sea nuestro distintivo, porque como nos ha recordado Benedicto XVI, «Dios es amor». ¡Que demos testimonio ante el mundo de que la Verdad de Cristo es exigente sí, pero que al mismo tiempo es Amable y es Bella!

Queridos hermanos, ¡tan mimado me siento de Dios! que después de pensarlo, he decidido renunciar a hacer en este momento una acción de gracias detallada. Os iba a cansar con infinidad de referencias de mi vida, y me sería muy difícil hacerlo sin caer en olvidos. ¡Tantas han sido las personas que Dios ha puesto en mi camino como reflejo de su amor! Quiero que todos os sintáis incluidos en la acción de gracias que dirijo a Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo; así como a María, que con tanto esmero ha cumplido aquella tarea que su Hijo Crucificado le encomendó en el Calvario: «Ahí tienes a tu hijo».

Como os digo, os pido que os sintáis todos incluidos en esa acción de gracias. Quiero deciros que me he sentido impresionado desde el primer momento por la acogida de esta Diócesis. A los pocos minutos de hacerse público mi nombramiento el 24 de junio, llegaba un fax a mi despacho de Zumárraga, con remite de la diócesis de Palencia, que decía simplemente: «Bendito el que viene en nombre del Señor».

¡Gloria a Dios por la fe de este pueblo, por su caridad, y por la esperanza tan grande que ha depositado en su pastor! ¡Le pido a Dios no ser estorbo, sino instrumento de sus designios para con vosotros! ¡Gloria a Dios por sus obras! ¡Gloria a Dios por su misericordia!

CARTA PASTORAL CONJUNTA

Buscad el rostro de Dios

Para entrar en comunión con Cristo, y contemplar su rostro*, es preciso tener manos inocentes y un corazón arrebatado por la belleza divina.*[1]

Buscar el rostro de Jesús, *debe ser el anhelo de todos los cristianos; y si perseveramos, al final de nuestra peregrinación, será Él nuestra recompensa y gloria para siempre. Ésta es la certeza que ha impulsado a los santos»*[2]*, y entre ellos, al Hermano Rafael Arnáiz Barón, monje trapense.*

Prólogo

A todos los jóvenes en edad y/o en espíritu

Queridos jóvenes:

La canonización del Hermano Rafael Arnáiz, que será reconocida por Su Santidad Benedicto XVI el 11 de octubre del presente año 2009, nos ha impulsado a algunos obispos[3], vinculados por motivos diversos al Hermano Rafael, a escribir esta Carta Pastoral.

---

1 Benedicto XVI, *Discurso*. 1 de septiembre de 2006. Santuario de la Santa Faz de Manoppello (Italia).

2 Ibíd.

3 FRANCISCO GIL HELLÍN, arzobispo de Burgos, ciudad natal del Hermano Rafael.

JOSÉ IGNACIO MUNILLA, actual obispo de Palencia, diócesis en la que se encuentra enclavada la Trapa del Hermano Rafael.

RICARDO BLÁZQUEZ, actual obispo de Bilbao. Fue el obispo palentino que realizó la Postulación del Hermano Rafael.

RAFAEL PALMERO, actual obispo de Orihuela-Alicante. Siendo obispo de Palencia nombró el tribunal que ha estudiado el milagro que ha servido para su canonización.

Éstas son nuestras intenciones al escribiros:

• Acercaros a los escritos del Hermano Rafael. Ojalá que su mensaje, dibujado en sus propias palabras, llenas de autenticidad y frescura, y nacidas de una profunda vivencia, os enseñen a buscar a *«sólo Dios»,* —éste era su lema—. Confiamos en que os ayudarán a identificaros con Cristo y a amar entrañablemente a la Virgen María.

• Queremos ofreceros algunas orientaciones inspiradas en su vida y escritos, que iluminen y fortalezcan vuestra espiritualidad de cristianos, deseosos de que lleguéis a ser, como Rafael, testigos de Cristo en el mundo de hoy.

• Deseamos que esta Carta llegue también a los alejados de la Iglesia; a los que les cuesta creer, pero buscan a Dios con una conciencia recta; y también a los que no hayan tenido oportunidad de recibir una educación cristiana pero ansían conocer el corazón de Dios.

Con profundo respeto y afecto, con humildad y sencillez, con gozo y esperanza, pensamos en todos vosotros al redactar estas páginas.

† Francisco Gil Hellín, arzobizpo metropolitano de Burgos
† José Ignacio Munilla, obispo de Palencia
† Ricardo Blázquez, obispo de Bilbao
† Rafael Palmero, obispo de Orihuela-Alicante
† Francisco Cerro, obispo de Coria-Cáceres
† Manuel Sánchez, obispo de Mondoñedo-Ferrol
† Gerardo Melgar, obispo de Osma-Soria

FRANCISCO CERRO, actual obispo de Coria-Cáceres. Realizó su tesis doctoral sobre el joven trapense. Promotor de los Encuentros de reflexión sobre la figura del Hermano Rafael en el Centro de Espiritualidad de Valladolid.

MANUEL SÁNCHEZ, actual obispo de Mondoñedo-Ferrol. Siendo de origen palentino es un gran conocedor del Hermano Rafael. Siguió su proceso de canonización como Vicario General de la Diócesis.

GERARDO MELGAR, actual obispo de Osma-Soria. Siendo de origen palentino es un gran conocedor del Hermano Rafael. Siguió su proceso de canonización como Vicario General de la Diócesis.

SEMBLANZA DEL HERMANO RAFAEL ARNÁIZ

¡Nadie nace siendo santo! A veces pensamos que los santos podrían haber sido canonizados ya en los primeros años de su vida... y, desde luego, la cosa no suele ser así... El camino de purificación exterior e interior que lleva hasta la santidad, es necesario para la generalidad de los cristianos; y, el Hermano Rafael, no es una excepción.

Este monje trapense nacido el 9 de abril de 1911 en Burgos, fruto del matrimonio cristiano formado por Rafael y María Mercedes, fue el primogénito de cuatro hijos. Rafael poseía muchos talentos y cualidades: simpático, líder, inteligente, profundo...; pero contaba también con defectos y pecados, que hubo de ir puliendo a lo largo de su vida: era presumido, se había acostumbrado al bien vivir, no rendía a tope en sus estudios...

Para que nos hagamos una idea de lo que era el joven Rafael antes de llegar a la Trapa, vamos a partir de una descripción hecha por su propia madre, años después de la muerte de su hijo, en la primera biografía que se escribió sobre su vida. Es verdad que las madres suelen tener demasiada pasión por sus hijos, pero como podrás ver, se trata de una descripción muy verosímil y con muchos indicios de objetividad. Veamos lo que nos cuenta:

> Rafael fue un niño inteligente y comprensivo, al que bastaba una palabra para traerle al orden cuando se introducía en alguna trastada. Nunca hubo que reñirle por algo importante.
>
> Recibió muchos premios y medallas en el colegio. Sin embargo Rafael era algo indolente, no gran estudiante, ni muy aplicado, lo fiaba todo al despejo de su inteligencia y a su intuición imaginativa.
>
> La ilusión del joven Rafael era la pintura: plasmar en lienzos lo que su alma de artista concebía. Su capacidad imaginativa era enorme. De ahí que fue para él un triunfo el ingreso en la Escuela de Arquitectura de Madrid, siempre difícil de conseguir.
>
> Todo lo quería y nada conservaba. Caprichoso en adquisiciones para sí y para los demás, lo mismo pedía a su padre un coche que una caja de cerillas.
>
> Rafael era extremadamente cariñoso con los suyos, pero sin manifestaciones externas. Los sirvientes de la casa nunca recibieron de él una palabra áspera. Y sin embargo, tenía vivo el genio, era impaciente por verse bien y prontamente servido.

Era escrupuloso en la limpieza y le repugnaba todo lo que era feo, sucio o grosero; las palabras malsonantes... todo lo que atentaba al bien decir y a la belleza física o moral.

Buen gastrónomo y de exquisito paladar, conocía todos los restaurantes madrileños en los que mejor condimentaban los manjares de su gusto... aunque comía lo que le pusieran en la mesa»[4].

Así pues, comenzamos esta Carta Pastoral con una semblanza del Hermano Rafael, en la que hacemos un breve recorrido de su vida. Tenemos que reconocer que sabemos más cosas del Rafael monje, que del Rafael niño, adolescente o joven... Pero, sin embargo, partiendo de su vocación, no nos será difícil «tirar del hilo», llegando a conocer el recorrido espiritual de su vida, de la que tantas lecciones podemos extraer para nosotros.

El joven Rafael y su vocación

Hablar en nuestros días del Hermano Rafael Arnáiz es tanto como hablar de un monje trapense. Ahora bien, teniendo en cuenta que Rafael ingresó en la Trapa con veintidós años, la primera pregunta que se nos plantea es la siguiente: ¿Cómo se le ocurre a un joven estudiante de arquitectura, destacado en sus estudios, apuesto y admirado por las chicas, miembro de una familia acomodada, «sepultarse» en el anonimato de una vida tan escondida, austera y humilde?

Vamos a intentar comprender el itinerario seguido por nuestro querido Rafael, hasta que descubre su vocación e ingresa en la Trapa.

Cimientos profundos de una vocación

La providencia de Dios se suele servir de muchas mediaciones humanas, pero en el caso del Hermano Rafael, resultó fundamental la educación cristiana recibida en el seno de su familia. Sus padres demostraron un gran acierto en el despertar religioso de su hijo, y de una forma es-

---

4 Cf. *Vida y escritos de Fray María Rafael Arnáiz Barón*, Ed. Perpetuo Socorro, Madrid, 1984, pp. 15 y ss.

pecial, su madre. A esto hay que añadir la formación religiosa que recibió en el colegio de los Jesuitas de Oviedo, adonde se había trasladado su familia.

Esto no quiere decir que nuestro Hermano Rafael hubiese frecuentado ambientes exclusivamente religiosos. De hecho, a los quince años pasó del colegio religioso a un instituto público, donde terminó el Bachillerato.

Para cuando el Hermano Rafael llegó al monasterio ya estaba avanzado en la vida espiritual. Era un joven que se había dejado alcanzar por Dios, y por ello, lo buscaba más y más. El padre Teófilo, su confesor en la Trapa, pudo afirmar de nuestro joven: «Por especial providencia de Dios, nunca llegó a romper sus filiales relaciones con Él por un pecado grave plenamente deliberado». El maestro de novicios se encontró con «una obra maestra de la gracia», un alma hambrienta y sedienta de Dios.

Pero no pensemos que el Hermano Rafael carecía de defectos. Era una persona muy sensible, y esto tenía —y tiene— sus ventajas y sus inconvenientes. Su gran sensibilidad hacia el prójimo le hacía muy cariñoso, compasivo y solidario, pero tal vez le inclinaba a ser demasiado condescendiente. Por su talante personal, a Rafael le podía costar más decir que «no» que «dejarse llevar»... Sin embargo, la vida espiritual necesita también reciedumbre, y la Providencia de Dios le fue educando poco a poco para corregir sus defectos, al mismo tiempo que fortalecía sus virtudes.

La llamada va madurando

Al terminar el Bachillerato todavía no estaba decantada su vocación contemplativa. Esa sensibilidad fue fraguándose gracias a la relación que mantenía con sus tíos de Ávila, los duques de Maqueda, quienes poseían una cultura religiosa y una vida espiritual excepcionales. Ellos fueron la mediación humana que completó la educación religiosa que Rafael había recibido de sus padres y del colegio de los Jesuitas. La relación sobrino-tíos fue muy intensa, y gracias a esto, Rafael pudo ampliar sus horizontes y conocer en profundidad muchas figuras de la mística española y mundial.

Un año después de iniciar sus estudios de arquitectura en Madrid, Rafael visita por primera vez la Trapa de Dueñas y se queda «prenda-

do», o cuanto menos «tocado». En la Trapa no le presionaron para que entrase, sino que le aconsejaron que continuase sus estudios y que fuese profundizando en el alcance de la vida monástica. El discernimiento de Rafael no fue precipitado, ya que ingresó tres años más tarde, tras una madura consideración, no exenta de luchas interiores...

Un detalle importante del que todos debiéramos tomar nota es que Rafael no llevó a cabo su discernimiento quedándose «encerrado»; muy al contrario, se incorporó a diversas asociaciones católicas, además de realizar anualmente los ejercicios espirituales. En otras palabras, Rafael no caminó solo y supo apoyarse en los medios espirituales que Dios puso a su alcance.

Tras la purificación y las pruebas, el «salto»...

El Hermano Rafael vivía su fe y su discernimiento vocacional en un contexto muy delicado de la historia de España... La Segunda República estaba presidida en aquellos años por un gobierno marcadamente anticlerical y marxista, y el ambiente que Rafael encontró a su alrededor no era precisamente favorable para sus propósitos...

Conocemos una anécdota sucedida en la Pensión Callao de Madrid, en la que él residía mientras cursaba sus estudios de arquitectura, que refleja sus luchas internas en aquel ambiente. Una tarde, al llegar a la pensión, una chica argentina que se hospedaba en la misma residencia se metió en su habitación y se echó en la cama con la intención de seducirle para que se acostara con ella. Más tarde diría el Hermano Rafael, en clara referencia a este episodio y a otros que desconocemos: «Si no es por un milagro de la Santísima Virgen me hubiera sido imposible sustraerme a las garras de los enemigos del alma que intentaron arrebatarme el tesoro de la gracia y la libertad del corazón»[5].

El Hermano Rafael no estaba «huyendo de nada» en su discernimiento vocacional, sino que estaba respondiendo a la llamada del Señor. Sin embargo, en la medida en que el ambiente anticristiano le resultaba más envolvente y asfixiante, más claro veía que debía de «apartase» de los peligros que le impedían ser fiel a la vocación que Dios le estaba mostrando en su interior. Ciertamente, hoy en día la expresión «huida del mundo» resulta antipática y contracultural, pero

5 Teófilo Sandoval, *El Espíritu del Hermano Rafael*, EHR III, 66.

puede y debe interpretarse positivamente: un cristiano necesita tomar medidas de prudencia para poder mantenerse fiel en la vocación que Dios le ha dado.

Al margen de estas últimas tentaciones y pruebas que Rafael hubo de superar, el momento de la despedida de su familia había de ser especialmente duro para él, máxime teniendo en cuenta su sensibilidad... ¡Un auténtico «desgarrón»! Pero Rafael está decidido, y prepara con delicadeza y prudencia la forma de comunicar la noticia a sus padres, tíos, hermanos y demás parientes y conocidos... Los ojos derraman abundantes lágrimas, ya que el adiós supone una gran purificación para quien tanto ama a los suyos, pero en su alma se asienta el consuelo de las promesas de Cristo: «Yo os aseguro: nadie que haya dejado casa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos o hacienda por mí y por el Evangelio, quedará sin recibir el ciento por uno: ahora al presente, casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y hacienda, con persecuciones; y en el mundo venidero, vida eterna. Pero muchos primeros serán últimos y los últimos, primeros»[6].

Rafael en la Trapa

Como hemos apuntado anteriormente, a los 19 años de edad, Rafael había visitado el monasterio cisterciense de San Isidro de Dueñas, sintiéndose fuertemente atraído por lo que allí vio: «Lo que yo vi y pasé en la Trapa, las impresiones que tuve en ese santo monasterio, no se pueden, o por lo menos, no sé explicarlas y solamente Dios lo sabe»[7].

Finalmente, tomó la firme decisión de consagrar su vida a Dios, en un ambiente de contemplación y clausura, de oración y silencio, de trabajo y gozosa penitencia.

Pasado el mes de postulantado requerido, Rafael tomó el hábito de novicio lleno de ilusión. Creyendo haber llegado a la meta de sus aspiraciones y de su vocación, escribió a su madre: «La Trapa la ha hecho Dios para mí, y a mí para la Trapa. Puedo morir contento, pues ya soy trapense»[8].

---

6 Mc 10, 29-30.

7 Hermano Rafael, *Obras Completas*, Edit. Monte Carmelo, Burgos, 2008, n. 18.

8 Ibíd. n. 136.

De momento, el Señor le permitió que gozase de las emociones y alegrías de la vida que había elegido; y, cuando estuvo bien afianzado en la fe y en el amor hondo a su vocación trapense, llegó calladamente una enfermedad —la diabetes sacarina—, para probarle de manera misteriosa. Por ello se vería obligado a dejar el monasterio, una, dos y hasta tres veces; volviendo otras tantas, en aras de una generosidad heroica, a responder a la llamada de Dios.

Cuando reingresó por segunda vez, el 11 de enero de 1936, tuvo que hacerlo como «oblato» —el último en el monasterio— (condición ésta que le dispensaba de ciertas exigencias, debido a su precaria salud). Sin embargo, supo sobrenaturalizar en todo momento esta situación, sin acomplejarse, interpretándola como una «ofrenda al Señor». Por eso dejó escrito: «Lo único que quiero es dar gloria a Dios, amarle, servirle... Procuraré ser un "oblato" santo»[9].

Su última entrada en la Trapa la realizó el 15 de diciembre de 1937. Abandonando las comodidades y cuidados de su casa, vuelve de modo definitivo al monasterio. Al día siguiente anota en su cuaderno íntimo: «Ayer al dejar mi casa, a mis padres y hermanos, fue uno de los días que más sufrí. Es la tercera vez que por seguir a Jesús abandono todo, y yo creo que esta vez fue un milagro de Dios, pues por mis propias fuerzas, es seguro que no hubiera podido»[10].

El Hermano Rafael supo corresponder a esta vocación con total generosidad, aunque en ocasiones en plena desolación. En su cuerpo se iba notando el flagelo de la enfermedad diabética, con sus manifestaciones de cansancio agotador. Todo fue casi fulminante. A mediados de abril de 1938 cayó en cama para no levantarse. Con intuición providencial, antes de morir, el abad le concedió el privilegio de vestir la cogulla cisterciense, prenda monacal que se viste una vez realizada la profesión solemne; si bien llegó a disfrutarla solamente una semana.

El 26 de abril de 1938, hacia las siete de la mañana, acabó sus días a consecuencia de un coma diabético; aunque más bien, fue el amor de Dios lo que le consumió. Tenía veintisiete años recién estrenados.

---

9 Cf. Ibíd. n. 32.

10 Ibíd. n. 1.001.

Sus escritos desde la Trapa

Si es cierto que la devoción de muchos creyentes ha contribuido a la expansión y a la fama de santidad del Hermano Rafael, no cabe duda que la lectura de sus escritos espirituales ha influido poderosamente en su conocimiento y difusión, con notable provecho para muchas almas.

Uno de los Censores ha precisado: «Tras un estudio atento de sus escritos, llegamos a la conclusión de que no han podido llevarse a cabo, sin un influjo predominante del Espíritu Santo».

Estos son sus escritos más importantes y significativos:

—*Meditaciones de un trapense*. Escrito desde el 12 de julio al 8 de agosto de 1936.

—*Mi cuaderno.* Inicia el 8 de diciembre de 1936 y continúa del 1 de enero hasta el 6 de febrero de 1937.

—*Dios y mi alma: Notas de conciencia (reservado).* Comienza el 16 de diciembre de 1937 y termina el 17 de abril de 1938, nueve días antes de su muerte.

Propuesto como modelo

La fama de santidad del Hermano Rafael ocasionó la apertura de su proceso de canonización en 1962. Un salto importante en la propagación de la figura del Hermano Rafael, se produjo el 19 de agosto de 1989. Juan Pablo II, en la homilía de clausura de la Jornada Mundial de la Juventud, en Santiago de Compostela, habló del Hermano Rafael ante medio millón de jóvenes, con estas palabras:

> Con profundo gozo me es grato presentaros como modelo de seguimiento de Cristo, la encomiable figura del Siervo de Dios, Rafael Arnáiz Barón, muerto como oblato trapense a los ventisiete años de edad, en la Abadía de San Isidro de Dueñas (Palencia). De él se ha dicho justamente, que vivió y murió «con un corazón alegre y mucho amor a Dios». Fue un joven como muchos de vosotros y vosotras, que acogió la llamada de Cristo y le siguió con decisión.

Fue igualmente Juan Pablo II quien el 27 de septiembre de 1992, lo declaró Beato en la Plaza de San Pedro. Refiriéndose al Hermano Rafael,

en la solemne ceremonia, el Papa volvió a repetir: «En su vida monástica, breve, pero intensa, como trapense, fue ejemplo, sobre todo para los jóvenes, de una respuesta amorosa e incondicional a la llamada divina».

Con su canonización, el próximo 11 de octubre, Benedicto XVI glorificará a Dios y propondrá un nuevo intercesor a toda la Iglesia. Será una llamada interpelante para recordarnos a todos, que «el Padre nos ha elegido en Cristo antes de la creación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia por el amor»[11].

ESPIRITUALIDAD Y MENSAJE

El Hermano Rafael, tiene una misión profética ante los jóvenes de hoy, de manera especial ante los que buscan el sentido de su vida y un ideal por el que luchar.

Consideramos que Rafael es un modelo, no sólo para los jóvenes en edad, sino también para los «entrados» en años, pero jóvenes de espíritu, que tratan de reafirmar su seguimiento a Cristo; y también para los maduros desencantados y desilusionados, tal vez enquistados en sus tibiezas e indiferencias, pero deseosos de superarlas.

El testimonio de este joven monje nos estimula a la santidad en nuestra vocación particular. La Iglesia nos propone al Hermano Rafael como modelo a imitar, no tanto para «copiar» literalmente su vida, sino para que nos ilumine en el discernimiento de los caminos que Dios ha trazado para nosotros.

Veamos las características principales de su espiritualidad y su mensaje.

Buscando el rostro de Dios

He aquí una de las «claves de bóveda» del alma del Hermano Rafael. Es su gran tema: el alma absorbida por la «pasión» de Dios, que, como hierro adherido al imán, se ve atraída desde el fondo mismo de su corazón, y abocada a una búsqueda insaciable del rostro divino.

---

11 Ef 1, 4.

Se trata de una verdad perfectamente expresada en el Salmo 41, que reza así:

Como busca la cierva
corrientes de agua,
así mi alma te busca
a ti, Dios mío;
tiene sed de Dios,
del Dios vivo:
¿cuándo entraré a ver
el rostro de Dios?

San Agustín había hablado anteriormente de la búsqueda que realiza «el corazón inquieto», que no se detiene hasta descansar en Dios. Por su parte, Rafael dedicará una de sus mejores meditaciones al tema de la «cierva sedienta», que en este caso, no es el alma cristiana en abstracto, sino su propio corazón, sediento del Dios único y verdadero, el ¡sólo Dios!:

«Como el ciervo desea las fuentes, como el cervatillo sediento olfatea el aire buscando con qué mitigar su sed, así mi alma suspira de sed de vida...»[12].

«¡Ansias de Cristo! ¿Cómo no tenerlas? [...] El ciervo con sed, es el animal acosado por los cazadores... Su sed le viene de su continuo correr por los montes, los riscos y las breñas. Busca con locura la fuente escondida, donde sabe hallará el descanso su fatiga, y el agua que templará sus ardores»[13].

Y para llegar a Dios... el desprendimiento

El hermano Rafael había conocido antes de su ingreso en la Trapa la doctrina espiritual de San Juan de la Cruz. Su enseñanza se resumía en una frase emblemática: «Para llegar al *todo*, hay que ir por la nada»[14]. Es decir, para llenar nuestro corazón de Dios, es preciso estar dispuesto

12 Hermano Rafael, *Obras Completas*, op. cit., n. 770.
13 Ibíd. n. 774.
14 San Juan de la Cruz, *Subida al Monte Carmelo*.

a despojarse de todo aquello que pudiera impedirlo: fama, comodidades, planes, dinero, criterios mundanos, etc.

Rafael se adentra decididamente en este camino de «desprendimiento». En el fondo, es la lucha contra la «idolatría», para poder llegar al «sólo Dios». Los «ídolos» no deben ocupar en nuestro corazón el lugar central reservado para Dios. En el fondo, se trata de traducir a nuestra vida el pasaje evangélico del joven rico: «Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes, dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven y sígueme»[15].

Como es de suponer, este proceso de desprendimiento le resultaría costoso a Rafael, máxime siendo él un joven de la alta sociedad, acostumbrado a vivir cómodamente y a que los demás le sirviesen. Pero no se trataba de un ejercicio de voluntarismo, ya que Rafael fue capaz de ir desprendiéndose de sus «ídolos», en la medida en que descubría el «tesoro escondido» del amor de Dios.

En la espiritualidad del Hermano Rafael, es emblemático el siguiente texto, que te invitamos a leer. Aunque un poco largo merece la pena. En él se expresan con gracia y claridad las luchas interiores del joven trapense en el monasterio:

> Las tres de la tarde de un día lluvioso del mes de diciembre. Es la hora del trabajo, y como hoy es sábado y hace mucho frío, no se sale al campo. Vamos a trabajar a un almacén donde se limpian las lentejas, se pelan patatas, se trituran las berzas, etc. [...] La tarde que hoy padezco es turbia, y turbio me parece todo. Algo me abruma el silencio, y parece que unos diablillos están empeñados en hacerme rabiar, con una cosa que yo llamo recuerdos... En mis manos han puesto una navaja, y delante de mí un cesto con una especie de zanahorias blancas muy grandes y que resultan ser nabos. Yo nunca los había visto al natural, tan grandes... y tan fríos... ¡Qué le vamos a hacer!, no hay más remedio que pelarlos.
>
> El tiempo pasa lento, y mi navaja también, entre la corteza y la carne de los nabos que estoy lindamente dejando pelados. Los diablillos me siguen dando guerra. ¡¡Que haya yo dejado mi casa para venir aquí con este frío a mondar estos bichos tan feos!! Verdaderamente es algo ridículo esto de pelar nabos, con esa seriedad de magistrado de luto.
>
> Un demonio pequeñito y muy sutil, se me escurre muy adentro y de suaves maneras me recuerda mi casa, mis padres y hermanos, mi liber-

15 Mt 19, 21.

tad, que he dejado para encerrarme aquí entre lentejas, patatas, berzas y nabos.

[...] Transcurría el tiempo, con mis pensamientos, los nabos y el frío, cuando de repente y veloz como el viento, una luz potente penetra en mi alma... Una luz divina, cosa de un momento... Alguien que me dice que ¡qué estoy haciendo! ¿Que qué estoy haciendo? ¡Virgen Santa!! ¡Qué pregunta! Pelar nabos..., ¡pelar nabos!... ¿Para qué?... Y el corazón dando un brinco contesta medio alocado: pelo nabos por amor... por amor a Jesucristo.[16]

Fascinado por Jesucristo

En esta vida, todos tenemos nuestros «modelos», seamos o no conscientes de ello. Pueden ser modelos «de barro» o pueden ser elevados y estimulantes. Un ideal de barro produce vidas de barro, y un ideal santo, hace a los hombres y mujeres santos... Pues bien, el modelo y referente de Rafael no fue otro que Jesucristo.

Por Jesucristo, Rafael renunció a todo: a sus gustos refinados, a sus aficiones, a sus vanidades, a sus planes... Fue capaz de afrontar despedidas «sangrantes» para seguir su vocación, abrazar el sueño «imposible» de ser monje, aceptar una enfermedad sin curación que hubiese frustrado a cualquiera... Unido a Jesucristo, los supuestos «rigores» de la vida monacal le resultaban llevaderos: el silencio, la comida, los horarios, la soledad, el frío... y sobre todo, la humillación de ser un monje debilucho, incapaz de cumplir toda la regla monástica.

El «cristocentrismo» de Rafael no es una faceta más de su vida; es su esencia, su ser, constituye su misma vida. Estas son sus palabras: «Con Jesús a mi lado lo puedo todo»[17]. «Sólo Jesús llena el corazón y el alma»[18]. Su ideal es vivir en Cristo, unirse a Cristo, ser otro Cristo. Pudo afirmar con San Pablo: «Nada vale la pena, si se compara con el conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él he sacrificado todas las cosas y todo lo tengo por basura, con tal de ganar a Cristo»[19].

---

16 Hermano Rafael, *Obras Completas*, op. cit., n. 785ss.
17 Ibíd. n. 1142.
18 Ibíd. n. 1185
19 Flp 3, 8.

Evocando los pasajes evangélicos en los que se narra cómo Jesús lanzaba la invitación a seguirle, escribe estas preciosas reflexiones:

> Si vieras que Jesús te llamaba, y te daba un puesto en su séquito, y te mirase con esos ojos divinos que desprendían amor, ternura, perdón y te dijese: ¿Por qué no me sigues? ... ¿Tú, qué harías? ¿Acaso le ibas a responder... Señor, [...], te seguiría si me dieras medios para seguirte con comodidad y sin peligro de mi salud..., te seguiría si estuviera sano y fuerte para poderme valer? No, seguro que si hubieras visto la dulzura de los ojos de Jesús, nada de eso le hubieras dicho, sino que [...] sin pensar en tus cuidados, sin pensar en ti para nada, te hubieras unido, aunque hubieras sido el último..., fíjate bien, el último en la comitiva de Jesús, y le hubieras dicho: voy, Señor, no me importan mis dolencias, ni la muerte, ni comer, ni dormir... Si Tú me admites, voy. [...] No me importa que el camino por donde me lleves sea difícil, sea abrupto y esté lleno de espinas. No me importa si quieres que muera contigo en una Cruz...Voy, Señor, porque eres Tú el que me guía. Eres Tú el que me promete una recompensa eterna. Eres Tú el que perdona, el que salva... Eres Tú el único que llena mi alma»[20].

Enamorado de la Eucaristía

La Eucaristía es la «fuente y cima de toda vida cristiana»[21], porque «ella contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua»[22]. Para el Hermano Rafael la Eucaristía fue centro de irresistible atracción.

Desde muy joven, se inscribió en la Adoración Nocturna de Oviedo y de Madrid, permaneciendo fiel a este carisma de adoración eucarística, hasta que entró en la Trapa como monje. En sus escritos dejó consignado: «Quisiera estar arrodillado ante el sagrario día y noche»[23]. Sentía vivo dolor, al ver a los hombres distraídos en sus vanidades e intereses terrenales, olvidados de la presencia sacramental de Cristo.

Al visitar la Trapa por primera vez, consignó en sus anotaciones:

---

20 Hermano Rafael, *Obras Completas*, op. cit., n. 975.
21 *Lumen Gentium*, 11.
22 *Presbiterorum Ordinis*, 5.
23 Hermano Rafael, *Obras Completas*, op. cit., n. 1110.

«Alrededor del sagrario gira toda la actividad del monje cisterciense [...] Las horas que se pasan en la iglesia parecen minutos; la fe nos dice que estamos alabando a Dios, y Dios está allí, muy cerca, a unos pasos, en el Sagrario»[24].

Más tarde, cuando ya formaba parte de la comunidad monacal, vuelve a insistir:

«He venido a la Trapa, para permanecer en silencio delante del sagrario»[25]. Y añade: «A veces dejo la pluma que no dice lo que quiero porque no sabe, y no puede, y me postro ante el sagrario y allí escribo, canto, rezo o lloro..., lo que Dios me da a entender...y lo que nadie leerá jamás»[26].

Una estrella en su camino: María

En la andadura de todo joven, nunca ha de faltar la referencia determinante de una mujer. Esa mujer para Rafael fue la Virgen María, Madre de Jesús y Madre nuestra. Ella, la «Señora» —como a Rafael le gustaba llamarla— fue su confidente, su ayuda, su amparo, su fuerza, su consuelo; en una palabra, su guía y su estrella.

Rafael la invoca como «la estrella que es guía en la noche del navegante»[27], porque «el mar, son los propios pensamientos, que a veces están en bonanza y en ocasiones se agitan tempestuosamente poniendo a prueba la habilidad del piloto»[28]. Tras haberlo vivido así, nos aconseja: «No te agobien las cosas de la tierra. [...] Aún en las más negras borrascas del mundo, si elevas los ojos a la Virgen..., algo verás»[29], queriendo decir que mirando a la Señora, nunca se queda uno a oscuras.

De hecho, la Virgen María nunca estuvo ausente de su pensamiento y de su corazón; nada emprendió sin contar con Ella; le acompañó todos los días de su vida. No hay en sus anotaciones una sola página donde no aflore el nombre dulcísimo de María: «La Virgen todo lo puede», «todo está en sus manos», «todo se hace con su ayuda y la de Dios».

---

24 Ibíd. n. 126.
25 Ibíd. n. 631.
26 Ibíd. n. 867.
27 Ibíd. n. 955.
28 Ibíd. n. 707.
29 Ibíd. n. 457.

Y un día memorable, consigna sus vivencias en estos términos:

> ¡Qué bien conoce Dios el corazón del hombre, pequeño y asustadizo! ¡Qué bien conoce nuestra miseria que nos pone ese puente... que es María! [...] No sé si diré algo que no esté bien, [...] pero creo que no hay temor en amar demasiado a la Virgen. Creo que todo lo que en la Señora pongamos, lo recibe Jesús ampliado... Yo creo que al amar a María, amamos a Dios, y que a Él no se le quita nada, sino todo lo contrario [...] ¡¡¡Cómo no amar a Dios teniendo a María!!![30].

Rafael tomó la determinación de no escribir ninguna carta, sin mencionar en ella a la Virgen. Tenía una gran fe en su poder mediador:

> Dios ha puesto a la Virgen «entre el cielo y la tierra» como intercesora, para que alcance del mismo Dios, todo aquello que nos da: guía, aliento, amparo, fortaleza, consuelo, compasión y dulzura.[31]

María es el espejo del rostro materno de Dios, su imagen más perfecta en una criatura humana, porque Ella es la única «llena de gracia», es decir, llena del Espíritu Santo. Por eso escribe: «Dios nos ofrece el corazón de María como si fuera el suyo»[32].

Amor filial a la Iglesia

Supongo que habrás oído en más de una ocasión la expresión «Cristo sí, Iglesia no». Sin embargo, la Iglesia no es algo distinto de Jesús, sino que es su Cuerpo Místico. Por lo tanto, no se puede amar a Cristo sin amar también a su Iglesia. Ella nos ha «engendrado» a una vida nueva, y es cauce de la gracia que Dios nos quiere comunicar.

Rafael vive este misterio con plena conciencia: recibe los sacramentos con gran devoción y provecho; es fiel a los mandamientos y disposiciones de la Iglesia (conocemos, por ejemplo, que en su etapa universitaria anotaba en su agenda los días en que la Iglesia prescribe la abstinencia y el ayuno); y, dentro de lo que le permitían sus obligacio-

---

30 Ibíd. n. 955.
31 Ibíd. n. 954.
32 Ibíd.

nes de estudiante, tomó parte en algunos movimientos y asociaciones religiosas (Adoración Nocturna, Conferencias de San Vicente de Paúl y Apostolado de la Oración).

Oración de intercesión por todos los hermanos

El celo apostólico del Hermano Rafael se extiende a toda la humanidad redimida por Cristo. Veamos cómo refleja esto en sus escritos, cuando tenía ya tomada la decisión de consagrar su vida en el monasterio:

> Yo espero con mi poca experiencia, andar ese camino de la santidad, llevar por él a mucha gente, pues si nuestro Señor se valió de doce pescadores para convertir al mundo entero, también me ayudará a mí en mi buen deseo, pues a veces se vale Dios de las cosas más insignificantes, para tocar el corazón del hombre.[33]

Los medios para desarrollar este celo apostólico fueron la oración intercesora y una vida de sacrificio; con el compromiso de santificarse y ofrecerse a Dios por todos, con amor de hermano:

> Por conseguir que un hermano mío en el mundo, haga solamente un acto de amor a Dios, soy capaz de todo»[34]. «Quiero ayudar a las almas del mundo entero, para que amen a Dios, y sin que ellas se enteren.[35]

Desde que ingresó en la Trapa, su preocupación misionera traspasó todos los límites; Él mismo nos lo cuenta:

> Como en la Trapa no se pierde ni un minuto, ni en los intervalos ni, incluso, al ir de una parte a otra, yo al salir de la iglesia, después del examen de conciencia hasta llegar al refectorio, lo he dedicado a las misiones. [...] Le agradecía la paz de mi convento y, al mismo, tiempo le pedía que no olvidase a los misioneros que a veces ni tienen qué comer, ni tienen convento.[36]

---

33 Ibíd. n. 26.
34 Ibíd. n. 420.
35 Ibíd. n. 480.
36 Ibíd. n. 182.

Ofrenda de su enfermedad y de sus sufrimientos

La misión apostólica tiene su precio; y en la vida contemplativa de un monasterio, se concreta en una aceptación de la cruz diaria, compartiendo la suerte de Cristo crucificado. Bajo la luz de la gracia, Rafael llega a amar la cruz, como el regalo más precioso:

> Amo más a Cristo, cuanto más me prueba. [...] Por nadie me cambio, pues tengo lo mejor que un cristiano puede tener..., la Cruz de Jesús muy dentro del corazón.[37]

Tanto el sentido de la reparación de los pecados, como el deseo de que Cristo sea conocido y amado por todos, le estimula a ofrecer las «cruces» de su vida, unidas al sacrificio redentor de Jesucristo:

> ¡Qué alegría sería morir por Jesús..., y que Él ofreciera mi vida al Eterno Padre, en reparación de los pecados del mundo; de las guerras, de los pueblos infieles; por los sacerdotes, por el Papa, y por la Iglesia![38].

El dolor, el sufrimiento, la enfermedad y la misma muerte no le separaron a Rafael ni un ápice de su unión con Dios. Su secreto consistió en descubrir la «sabiduría de la cruz»:

> Si el mundo supiera cuánto se aprende a los pies de la Cruz... Si el mundo supiera que toda la Teología, que toda la Mística y la Ascética, que toda la Filosofía escrita en mil años, no sirve para nada, si no se medita y se estudia a los pies de la Cruz de Cristo [...]. A sus pies, y sin ruido de palabras, se llega a ver el Amor infinito clavado en un madero... A sus pies se aprende a amar a Cristo, a despreciar el mundo y a conocerse uno a sí mismo.[39]

Rafael supo interpretar su enfermedad con visión elevada, insertándola en el plan de Dios, y Dios se le hizo presente para hacerle crecer en el amor. ¡Algunos han llegado a decir que su muerte fue causada por el amor, más que por la propia enfermedad!

---

37 Ibíd. n. 873.
38 Ibíd. n. 1077.
39 Ibíd. n. 765.

Santidad alegre

¿Quién ha dicho que la santidad tiene un tono serio y triste? Ciertamente, éste es uno de los engaños que nuestra cultura dominante pretende «vendernos» sobre el hecho religioso... Pero lo cierto es que es precisamente nuestra cultura actual la que se caracteriza por arrastrar una gran amargura y tristeza. ¡Cuántas carcajadas esconden frustraciones, mientras que las sonrisas serenas están transparentando un corazón feliz!

Así por ejemplo, tan sólo una hora después de haber recibido el hábito blanco de novicio cisterciense, Rafael escribía a su madre en estos términos:

> Siento que cuando vengáis a verme no esté tan limpio como hoy, que parezco un novicio recién desempaquetado»[40]. Y añade: «... baste que sepáis que vuestro hijo está contento, alegre, [...] pues un triste santo, es un santo triste; pero no te preocupes, que aquí en la Trapa es donde yo he visto más alegría reunida...[41]

Está fuera de duda que el Hermano Rafael no había ingresado en la Trapa por el hecho de que no supiese disfrutar de las alegrías del mundo. Baste leer lo que el joven Rafael escribió al padre abad de la Trapa, cuando solicitó su ingreso:

> ... No me mueve para hacer este cambio de vida, ni tristezas, ni sufrimientos, ni desilusiones ni desengaños del mundo... Lo que éste me puede dar, lo tengo todo. Dios en su infinita bondad me ha regalado en la vida, mucho más de lo que merezco... Por tanto, mi Reverendo Padre, si me recibe en la Comunidad con sus hijos, tenga la seguridad de que recibe solamente un corazón muy alegre y con mucho amor a Dios.[42]

Es decir, que frente a esas deformaciones que tienden a presentar la santidad como equivalente de «rareza», el Hermano Rafael tiene muy claro que «santidad» es sinónimo de «felicidad», además de ser condición necesaria para la verdadera alegría.

---

40 Ibíd. n. 136.
41 Ibíd. n. 135.
42 Ibíd. n. 81.

Cuando Santa Teresa escribió en el libro de sus Fundaciones la famosa frase, «entre los pucheros anda el Señor», quiso darnos a entender que la santidad no consiste en los fenómenos místicos extraordinarios (visiones, locuciones, revelaciones, etc.). La santidad no tiene otro secreto que la vivencia de la vida ordinaria en intensidad de amor.

Por lo que se refiere al Hermano Rafael, está sobradamente constatado que, si resulta tan accesible y cercano a quien lee sus páginas, es precisamente porque habla de lo que vive y vibra en cada instante. Por ello, a lo largo de su proceso de canonización han llegado cartas de quienes aseguran que han encontrado en él un alma gemela, un amigo, un hermano mayor, alguien que les entiende, que adivina sus situaciones, que los anima y alienta en sus dolores... Su secreto no ha sido, ni será otro que la sencillez, la alegría y la transparencia con que habla de lo cotidiano, de su vida gozosa y sencilla:

«Dios no nos exige más que sencillez por fuera y amor por dentro. [...] En realidad qué fáciles son los caminos de Dios, cuando se camina por ellos con espíritu de confianza y con el corazón libre y puesto en Él»[43].

Una de las lecciones que ofrece el Hermano Rafael es ésta: ¿Obras grandes o pequeñas?... ¡qué más da! Lo importante y único necesario es poner amor en ellas. La condición indispensable para que las obras más pequeñas tengan mérito y eficacia, es que estén realizadas en referencia a Cristo: «Todo por Jesús», escribió en su horario de estudiante.

RAFAEL, MODELO PARA LOS JÓVENES

Somos conscientes de que a algunos les parecerá extraño proponer a un monje trapense como modelo para los jóvenes de nuestros días... ¿Puede el Hermano Rafael continuar siendo un «referente» accesible para las nuevas generaciones?

Ciertamente, el Hermano Rafael no es un modelo para los jóvenes, si por tal se entiende a una persona cuyos valores o estilo de vida sean «representativos» de la sensibilidad mayoritaria de la sociedad... El joven Rafael es modelo en otro sentido... Su vida es una llamada viva a lo que Dios quiere decirnos hoy a todos y, de una forma muy especial, a

---

43 Hermano Rafael, *Obras Completas*, op. cit., n. 657.

los jóvenes. No se trata de un liderazgo en el que nuestras debilidades se vean consentidas y justificadas, sino de una figura que nos recuerda que Dios nos quiere como somos, ciertamente; pero... ¡nos «sueña» distintos! Dios nos habla en el Hermano Rafael; y lo hace especialmente hoy, de una forma muy libre y contracultural.

Actualidad del «sólo Dios» de Rafael

«Cielo y Tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán»[44]. Dicho de otro modo: ¡Sólo Dios es el absoluto! Es evidente que esta afirmación contrasta grandemente con el relativismo actual, al que nuestro Papa ha tenido la clarividencia de designar como «dictadura del relativismo». En efecto, hablar en nuestros días de «sólo Dios» «suena» a intolerante o a fanático.

La cultura secularizada no tiene problema en admitir que podamos tener «algo de fe», especialmente si la circunscribimos al ámbito privado. El relativismo suele tolerar sin mayor problema que haya personas que cultiven una faceta espiritual en sus vidas, de forma semejante a como otros cultivan sus «aficiones». Pero, sin embargo, lo que resulta escandaloso para nuestra cultura es la confesión de que Dios lo es «todo» y que sin Él no somos nada.

En efecto, Dios no es un capítulo más de nuestra vida, ni siquiera el más importante... En realidad, Dios, o lo es «todo», o no es Dios. Dicho de otro modo: o el hombre se abre a la infinitud del amor de Dios, o está fabricando un ídolo a su medida. Como dice San Pablo: «En Él vivimos, nos movemos y existimos...»[45]. Es decir, Dios engloba todos los aspectos de la existencia, es nuestro «todo». El hombre está llamado a decir, con el Hermano Rafael y con todos los místicos, «¡sólo Dios basta!».

Por eso, el Hermano Rafael es un modelo de gran actualidad para nosotros: porque no se toma su relación con Dios a la ligera, sino que es un «testigo» cuyo corazón está «lleno» de Dios. ¡Le sale por los poros! Es por esto que «transmite» tanto, porque... ¡sólo los enamorados enamoran!

---

44 Mt 24, 35.

45 Hch 17, 28.

Necesidad del silencio

Posiblemente, el sobreexceso de ruido en el que estamos inmersos, esconde el temor del hombre a la soledad y al silencio. No pensemos que el silencio es signo de incomunicación, sino todo lo contrario: ¡El silencio es la sal de la palabra! Nos abre a la comunicación con Dios en un «tú a tú». Y lo cierto es que nuestra sociedad, aunque parezca lo contrario, también suspira por el silencio. (Baste comprobar el éxito alcanzado por la película «El gran silencio», producida en el 2005 en una cartuja de los Alpes franceses).

El Hermano Rafael remarca insistentemente su amor al silencio. Fijémonos en estas reflexiones suyas, escritas con motivo de una de sus salidas obligadas de la Trapa:

> Desde que salí de mi Trapa no escucho más que ruidos... La única música que no me molesta es la plegaria... Pero ésta en el mundo se oye poco... Todo lo demás son ruidos. Mucha gente me pregunta acerca del silencio de la Trapa, y yo no sé qué contestar, pues el silencio de la Trapa no es silencio..., es un concierto sublime que el mundo no comprende... Es ese silencio que dice: No metas ruido, Hermano, que estoy hablando con Dios...»[46].

Sin embargo, sucede que, a pesar de que suspiramos por el silencio, llegado el momento, somos incapaces de vivirlo, y hasta es frecuente que optemos por buscar refugio en el ruido. En realidad, para poder vivir gozosa y aprovechadamente el silencio, es necesaria una gran madurez, que requiere un trabajo interior muy serio: mortificación de los sentidos y de nuestras impulsividades, control de la imaginación y educación de nuestras «esperanzas»...

Vivencia intensa de la Liturgia

Frente al tópico generalizado de que la liturgia católica es un lenguaje ininteligible para los jóvenes, la figura del Hermano Rafael nos invita a adentrarnos en este misterio, como un cauce de comunicación entre

---

46 Hermano Rafael, *Obras Completas*, op. cit., n. 270.

el cielo y la tierra. Es importantísimo que seamos educados en el lenguaje litúrgico, de modo que podamos llegar a percibir que cada vez que los sacramentos son celebrados, Jesús entra e interviene de nuevo en nuestra historia.

En nuestros días estamos asistiendo a un curioso fenómeno: cada vez son más los cristianos, e incluso muchos alejados de la Iglesia, que acuden a la «sombra de los monasterios» para disfrutar de una liturgia bella y solemne, que les lleva a descubrir a Dios.

¡Qué gran ayuda podemos encontrar en el Hermano Rafael para vivir intensamente la liturgia, más allá de la mera percepción estética o del peligro del aburrimiento o la rutina! Leamos con atención estas intensas palabras de Rafael:

> A las diez de la mañana es la Misa conventual en el Monasterio, celebrada con tanta unción, y oída por los monjes con tan profundo respeto, que el hombre de poca fe no tiene más remedio que bajar la cabeza y exclamar: ¡¡Señor, Señor!!, cuántas veces he asistido al divino Sacrificio estando mi alma ausente... Señor, perdóname, que no sabía lo que hacía... Mi pequeñez y miseria nunca llegará a comprender el inmenso amor de un Dios que se humilla a descender en medio de sus criaturas para ser maltratado, o pasar desapercibido... Pero en un Monasterio Cisterciense no se puede decir lo mismo, los monjes asisten al divino Sacrificio, no solamente con sus cuerpos, sino con sus almas... Todo es respeto, todo indica veneración y amor a su Dios»[47].

María, sanadora de la afectividad, modelo de pureza

Estamos inmersos en un erotismo ambiental que lo llena todo; parece como si viviéramos en una «alerta sexual» permanente, que condiciona mucho nuestra capacidad para vivir en fidelidad el seguimiento a Cristo. Este bombardeo termina por crear adicciones y conductas compulsivas que propician la falta de dominio de la propia voluntad y muchos desequilibrios, hasta el punto de hacernos incapaces de amar con madurez.

Cada vez son más notorias nuestras heridas afectivas. Cuando no llenamos nuestro corazón de Dios, solemos recurrir a «mendigar» afectos y a buscar falsas compensaciones.

---

47 Ibíd. n. 47.

El Hermano Rafael nos enseña a invocar a María como sanadora de nuestra afectividad y como inspiradora de la pureza. Ella nos recuerda que el ideal de la castidad es posible: estamos llamados a seguir a Dios en la integridad de nuestro cuerpo y nuestra alma.

La Virgen María es la mejor prueba del don de la pureza que Dios quiere darnos. La mirada a María es, en el Hermano Rafael, una apertura del corazón a los grandes ideales, a no conformarse con la mediocridad, a volar alto... Mirando a María podemos deducir la obra de sanación y elevación que Dios quiere realizar en nosotros.

¿Recuerdas el episodio que referimos en la primera parte de esta Carta, en el que una joven quiso seducir a Rafael en la pensión de estudiantes universitarios en la que vivía? Rafael atribuyó el triunfo frente a aquella tentación a la intercesión de María... ¡Toda una lección de cómo invocarla, pidiéndole el don de la pureza!

Vida espiritual ordenada y perseverante

Frente a la tendencia a reducir la práctica religiosa a unas vivencias «esporádicas», es muy importante que nos propongamos el ideal de una amistad con Cristo, íntima, fiel y perseverante. El Hermano Rafael tuvo sus flaquezas, pero una de las grandes lecciones que aprendemos de él, a lo largo de toda su vida -infancia, adolescencia, juventud y vida monacal, es el recurso ordenado a los medios de gracia. Partiendo de su ejemplo concreto, te proponemos el siguiente programa:

• *Haz oración*. Siempre ha sido necesaria, pero hoy lo es más que nunca. El cristiano, o es un hombre de oración, o deja de serlo. Ya sabemos que estamos muy ocupados, pero el que dice no encontrar tiempo para la oración, demuestra que no se ha dado cuenta de su valor y necesidad.

• *Frecuenta los sacramentos*. Cuando un cristiano se separa de la Eucaristía, es como si cortase el cordón umbilical a través del cual recibe el alimento que le fortalece. Cuando un cristiano se aleja de la confesión, es como si le dijese a su madre que no está dispuesto a escuchar ninguna corrección de ella, ni a aceptar sus remedios de sanación. Renunciando a esto, se opta por un «camino autodidacta», hasta terminar por fabricarse una religión «a medida».

• *Únete a un grupo cristiano*. Ya es bastante que tengas que remar contra corriente para vivir tu fe cristiana. ¡No pretendas también hacerlo en solitario, porque ya sería demasiado! En nuestros días, constatamos que los jóvenes que siguen a Cristo con coherencia, pertenecen en su mayor parte a algún grupo parroquial o movimiento cristiano. En estos grupos encontrarás modelos de referencia en los que te convencerás de que no eres un «bicho raro».

• *Busca un director espiritual*. Aunque a ti te parezca que tu principal obstáculo para ser un buen cristiano lo tienes en el ambiente que te rodea, irás comprendiendo que tu peor enemigo lo tienes dentro de ti. Por ello tienes que tomarte en serio la tarea de tu maduración interior, de tu santificación. Con la cantidad de dudas que tenemos, no podrás hacerlo sin la ayuda de un acompañante espiritual, que conociéndote por dentro, te ayude y oriente. La dirección espiritual puede ser prolongación de la confesión, aunque no es exactamente lo mismo.

• *Fórmate*. Es necesario formarse y aclarar dudas, para poder dar razón de nuestra fe ante este mundo secularizado que nos rodea. Esto lo puedes hacer en el seno de tu grupo cristiano y quizás con la ayuda de tu director espiritual. El acceso a unas buenas lecturas y a algunos cursos formativos, te será de gran ayuda.

• *Sé valiente y generoso*. Los mediocres pudieron subsistir en otras épocas, hoy en día sucumben con facilidad. Algunos dirán que te han «comido el coco»; pero tú, en tu interior, sabrás que has encontrado la verdad de Cristo, y que esa Verdad te libera de esclavitudes. Ya sabemos que no es fácil mantenerse firme en medio de un ambiente adverso, pero no olvides que «el salmón enfermo se deja arrastrar por las aguas; mientras que el salmón sano salta en contra de la corriente». Jesús no se va a dejar vencer en generosidad. Así nos lo prometió: «Al que me confiese delante de los hombres, también yo le confesaré delante de Dios. Pero al que se avergüence de mí delante de los hombres, también yo me avergonzaré de él delante de mi Padre»[48].

• *Vive abierto para descubrir tu vocación*. Dios no se oculta a los que le buscan sinceramente... Para cada uno de nosotros tiene un designio de amor, que coincide con nuestra felicidad. Dicho de otro modo, la felicidad no consiste en el cumplimiento de nuestros sueños, sino en la búsqueda de la voluntad de Dios y en nuestro compromiso coherente con ella. Lo propio de un cristiano que «busca el rostro de Dios» —este

48 Lc 9, 26.

es el título de la presente Carta Pastoral— es que le pregunte con frecuencia al Señor en su oración: ¿Qué esperas de mí? ¿Cuáles son los caminos que has trazado para que te siga?

Navega mar adentro

La figura del Hermano Rafael es una invitación para que nos familiaricemos con la «mística», es decir, con el camino que Dios traza para que las almas lleguen a la unión íntima con Él. Tenemos la suerte de vivir en España, que es probablemente la nación con mayor tradición mística de la Iglesia Católica.

Rafael Arnáiz traslada a nuestros días lo mejor de la herencia de la mística española, pero lo hace con una forma de expresión propia del siglo XX. Su figura resulta atrayente por su jovialidad, su sencillez, su sentido del humor, su pluma privilegiada, sus ejemplos cercanos...

Por ello... ¡Perdámosle «miedo» a la mística! No la veamos como algo lejano e inalcanzable para nosotros. Cuando menos, en cierta medida, ¡todos estamos envueltos en ella! Vayamos sin miedo, «navegando mar adentro», en el océano del misterio del Dios misericordioso, Padre, Hijo y Espíritu Santo... Así entenderemos el texto de San Pablo a los Efesios:

> Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, para que, arraigados y cimentados en el amor, podáis comprender con todos los santos cuál es la *anchura y la longitud, la altura y la profundidad*, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que os vayáis llenando hasta la total Plenitud de Dios».[49]

CONCLUSIÓN

Tenemos ya como horizonte próximo la canonización del Hermano Rafael. Dios mediante, el 11 de octubre la Iglesia Católica será enriquecida con ese gran don de su canonización. Al mismo tiempo, nos esta-

---

49 Ef 3, 17-19.

mos preparando para la celebración de la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid, en agosto del 2011.

Confiamos en que el Hermano Rafael Arnáiz nos acompañe como uno de los «copatrones» del encuentro, para que todos los jóvenes del mundo puedan conocer la obra de Dios en este joven del siglo XX.

Ahora bien, ¡no vaya a ocurrir que «los de casa» desconozcamos el tesoro que tenemos a nuestro lado, y que tengan que venir de lejos a abrirnos los ojos! Acerquémonos al Hermano Rafael, peregrinemos a la Trapa de San Isidro de Dueñas para orar ante su tumba, leamos sus escritos, y seamos difusores de su vida y testimonio...

En definitiva, ¡seamos auténticos, como el Hermano Rafael! A los jóvenes católicos de este siglo XXI, os toca remar contra corriente. ¡Somos conscientes de ello! No es fácil ser auténtico, en medio de tantos reclamos y tentaciones contrarias al camino del Evangelio.

Y, sin embargo, no basta con lamentarse. Sería una equivocación pensar que nuestros antepasados lo tuvieron más fácil que nosotros. Baste recordar a los mártires que entregaron la vida por mantenerse fieles, o al mismo Hermano Rafael, quien tuvo que vivir su vocación en medio de una situación difícil de la historia de España, en medio de su enfermedad. En realidad, el que no esté dispuesto a abrazar la cruz, no puede ser discípulo de Cristo.

Vamos a emprender una peregrinación a Roma para participar en esa canonización, con la esperanza de que su modelo sea un acicate que nos renueve en el camino hacia la santidad. ¡Ojalá pueda decirse al final de tu vida, lo que hoy decimos del Hermano Rafael: «Vivió y murió con un corazón alegre y con mucho amor a Dios»! ¡Que Dios te bendiga!

† Francisco Gil Hellín, arzobizpo metropolitano de Burgos
† José Ignacio Munilla, obispo de Palencia
† Ricardo Blázquez, obispo de Bilbao
† Rafael Palmero, obispo de Orihuela-Alicante
† Francisco Cerro, obispo de Coria-Cáceres
† Manuel Sánchez, obispo de Mondoñedo-Ferrol
† Gerardo Melgar, obispo de Osma-Soria

San Isidro de Dueñas (Palencia), 15 de agosto de 2009.

Índice temático*

Aborto: 37, 46, 70, 75, 80, 109, 110, 112, 140, 216, 230, 325, 376
Aconfesionalidad: 322
Adoración perpetua: 64, 401
Adviento: 120
Alexia: 130
Amo a la Iglesia: 388
Amor: 164
Anglicanismo: 23
Anticatolicismo: 66, 152, 345
Antropología: 140, 230, 257, 371
Año Paulino: 50, 154
Año sacerdotal: 401
Asignatura de Religión: 68, 166, 267
Astronomía: 102
Ateísmo: 95
Ayuno: 85

Bautismo: 184
Belén: 352
Bella: 122
Belleza: 48, 174
Benedicto XVI: 66, 182, 261
Bien: 48
Blasfemia: 95
Camino: 130
Caridad: 54, 247, 283, 330
Carismas: 409
Caritas in veritate: 57
Catecismo: 179
Catolicismo: 109, 110, 115, 117, 208, 362
Celíacos: 184
Chiara Lubich: 189
Ciencia: 210
Cine: 122
Código da Vinci: 345
COF: 233
Comunión eclesial: 126, 193, 303, 335, 409
Conferencia Episcopal Española: 193
Confesión: 196
Conocimiento de Dios: 176
Consagración de España: 53
Consagración de Palencia: 401
Consumismo: 57
Corazón de Jesús: 53, 145, 164, 401
Cruz: 42, 50, 73

* En este índice se citan las páginas del documento en que se trata el tema señalado.

Cuaresma: 85, 203
Cultura: 330
Cultura de la muerte: 75, 405
Cultura de la vida: 75, 405

Derecho a la educación: 322
Derechos humanos: 88
Desesperanza: 418
Dignidad humana: 88, 106, 133
Dignitas personae: 106
Diócesis de Palencia: 19, 380
Dios: 102, 115, 160
Disparando a perros: 295
Divina Misericordia: 206
Divinidad de Cristo: 316
Divorcio: 235
Dolor: 418
Droga: 275, 367

Economía: 57
Ecumenismo: 23
Educación: 270, 275
Educación para la Ciudadanía: 97, 166, 252
El gran silencio: 360
El nombre de la rosa: 330
Elecciones políticas: 301
Embriones: 109
Encarnación: 311
Enfermos: 133
Esoterismo: 83, 110, 319
Esperanza: 120, 169, 227, 247, 409
Espíritu Santo, Pentecostés: 59
Ética: 210
Eucaristía: 54, 64, 290, 295
Eutanasia: 90, 104, 133
Evangelio: 422
Evangelización: 140, 259, 391

Familia: 115, 122, 136, 218, 220, 223, 340, 347
Fe: 198, 247
Fe y razón: 288
Fecundación in vitro: 106
Felicidad: 111
Feminismo: 112
Feto: 191
Financiación eclesial: 386

Hambre: 92
Hijos: 340
Hipótesis sobre María: 273
Horóscopos: 83
Humanae vitae: 149
Humor: 34

Ideología de género: 371
Ideologías: 422
Iglesia: 19, 162, 184, 191, 238, 383, 409
Iglesia local: 25
Imágenes: 309
Incineración: 191
Increencia: 83
Infancia: 28, 100, 179, 290
Inmigrantes: 343
Internet: 61, 85

Jesucristo: 104
Jesús de Nazaret: 261
JMJ 2011: 73
Juan Pablo II: 187
Juventud: 48, 73, 126, 128, 172, 201, 275, 367, 409

Laicidad: 142, 357
Laicismo: 142, 213
Ley: 90
Ley Natural: 349

Libertad: 157, 338
Limosna: 25, 126, 138, 147, 203
Magisterio: 422
Mandamientos: 278
Manos Unidas: 92
María: 19, 189, 273, 409
Mariano de la Mata: 374
Mártires: 245
Mártires palentinos: 242, 247
Martirio: 414
Marxismo: 245
Materialismo: 152, 223
Matrimonio: 223, 340
Medios de comunicación social: 61, 78, 280, 391
Misiones: 100
Muerte: 378, 418
Mujer: 75

Navidad: 106, 111, 115, 225, 352, 355
Noviazgo: 201
Nueva evangelización: 254

Obispos: 78
Objeción conciencia: 80, 97, 166, 380
Ocio: 367
Oración: 109, 110, 227

Padres: 218
Palabra de Dios: 126
Palencia: 422
Papado: 182
Pascua: 303, 306
Pecado: 70
Pedro: 409
Pena de muerte: 216
Penitencia: 196
Pensamiento débil: 328
Pentecostés: 390
Pobres: 303
Pobreza: 57
Política: 160, 208
Postconcilio: 250
Postmodernidad: 133
Principio antrópico: 364
Principio de subsidiariedad: 240
Prisiones: 37
Proyecto Gran Simio: 152
Proyecto Raquel: 112

Relativismo: 80, 128, 384
Religiones: 384
Religiosidad: 298
Reparación: 309
Resurrección: 191, 316
Revelación: 115

Sacerdocio: 32, 37
Sagrada Escritura: 138, 409
Salud sexual y reproductiva: 80
San Antolín: 397, 414
San Pablo: 50, 154
San Rafael Arnáiz: 29, 34, 429
Santidad: 21, 29, 34, 176, 374, 429
Secularización: 355
Semana Santa: 75
Seminario: 293
Sínodo Obispos: 138
Spe Salvi: 120, 227
Sucesión apostólica: 383, 390, 422
Sufrimiento: 418
Sydney 2008: 124, 147

Televisión: 44, 85, 169
Teresa de Calcuta: 264
Terrorismo: 46
Testimonio: 124, 157, 280, 414
Tierra Santa: 330, 332
Tópicos: 162
Tráfico: 278

Universidad: 213

Verdad: 288
Víctimas: 418
Vida: 223, 311
Vida contemplativa: 285
Violencia sexual: 136
Virginidad de María: 316
Virtudes: 278
Vocación: 313